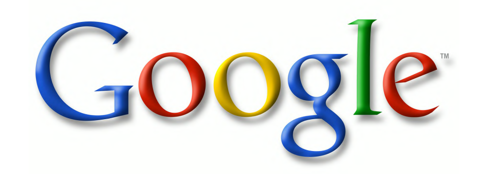


EL RIGOR DE LA CORNETA,

(RECUERDOS DE LA VIDA DE CAMPAÑA.)

NOVELA HISTÓRICA

POR

ARTURO GIVOVICH.



VALPARAISO
IMPRENTA Y LITOGRAFIA EXCELSIOR
14, Calle Serrano, 14
—
1887

A MIS COMPAÑEROS

LOS OFICIALES DEL BATALLON "MIRAFLORES"

En las pájinas que siguen leerán ustedes muchas escenas de la vida de campaña que les son conocidas y que no creo se hayan borrado ya de su memoria.

Como verán, la base histórica de esta novela es la expedicion de Ayacucho en que tomó parte nuestro batallon, aquella empresa tan llena de peripecias como de penurias, donde tantos de nuestros soldados perdieron la vida, ya bajo las armas del enemigo, ya ultimados por los rigores del clima; ora helados en las cordilleras, ora arrebatados por los rios.

No dudo que ustedes reconocerán que los hechos históricos a que me refiero son relatados con exactitud y verdad, exentos de exajeraciones que si bien pudieran dar interes novelesco al libro, en cambio contrariarian el fin que me propuse, la narracion fiel de los sucesos.

Abrigo la confianza de que la dedicatoria de este trabajo será aceptada por ustedes como una muestra del afecto de su compañero y amigo

ARTURO GIVOVICH.

EL RIGOR DE LA CORNETA.

I

El rigor de la corneta.

Lima, la ciudad de los Santos Reyes, se hallaba entónces ocupada por fuerzas chilenas. Corria el mes de junio de 1883.

Como a las once y media de la mañana de un domingo, el sol con todo el brillo que ostenta en las rejiones tropicales lanzaba sobre la ciudad ardientes rayos, a pesar de ser aquel un dia del mes en que segun los almanaques concluye el otoño y entra el invierno para todo el hemisferio meridional.

El comercio naturalmente, siendo dia festivo, habia cerrado sus puertas y el tráfico de jente por las calles era menor que en los demás dias.

A la hora citada iba por la calle de Bejarano un oficial cuyo uniforme e insignias anunciaban que era un capitan del batallon que llamaremos *Setiembre*, no queriendo darle su verdadero nombre para poder escribir con mayor libertad nuestra narracion. Algunos pasos delante de él caminaba un niño de unos diez o doce años.

Al llegar a la calle de Baquijano el chico se detuvo. El oficial se acercó a él y le preguntó:

—¿Cuál es la casa?

—Esa de balcon,—respondió el niño designando una casa distante veinte o treinta metros de donde ellos estaban.

—¿Estás seguro?

—Mui seguro; ví entrar en ella a la morenita y me quedé esperando; a poco salió al balcon sin *manta* ya, por lo que presumo que debe vivir ahí.

—Está bien; eso era todo lo que queria yo saber.

Diciendo esto el capitan sacó del bolsillo de su pantalon un billete de diez soles; tal vez iba a dárselo al chico, cuando éste le dijo con presteza:

—¡Catai! véala usted; ahí salió la morenita al balcon.

Volvió rápidamente el oficial la vista y en el balcon indicado divisó una negra jóven de pura raza africana.

Ahogando una exclamacion de cólera, preguntó al niño:

—¿Conque esa era la morenita?

—Sí, pues; esa fué la que usted me indicó.

—¡Ah, trompeta! esa es una negra más negra que la pólvora.

Y entre colérico y risueño, el capitan echó a andar dejando plantado y perplejo al chico.

Durante algun tiempo continuó su marcha mostrando en su fisonomía señales de disgusto que de cuando en cuando eran ahuyentadas por una fina sonrisa.

Poco más de una cuadra habria andado, cuando oyó detras de él una voz que llamaba:

—¿Lostan?

Volvió la cara y vió a otro oficial de su mismo grado y batallon.

—Me has hecho marchar al paso jimnástico para alcanzarte,—dijo éste;—lo que

no es mui refrescante con el calor que hace.

—No me hables de calor, porque estoi ardiendo de rabia en tanto extremo que siento fresco el sol.

—¿Qué te ha pasado? No será raro ande en ello alguna mujercita.

—Justamente.

—Ya lo suponia.

—Celebro mucho haberme encontrado contigo para desahogarme un poco contándote mis cuitas.

—Pero aquí en la calle el sol está mui bravo y corremos peligro de derretirnos ántes de que termines tu historia. Entremos a ese café a tomar una copa de cerveza con hielo y ahí hablarás.

—Corriente.

Ambos capitanes entraron al lugar designado, se sentaron junto a una mesita de mármol y se hicieron servir cerveza con hielo.

Despues de haber encendido sendos cigarrillos, aquel a quien hemos oido llamar Lostan, que era efectivamente su nombre, dijo a su compañero:

—Hé aquí el hecho. Cierto domingo, hace cosa de un mes, estaba nuestro batallon en la iglesia de Santo Domingo; como de costumbre habia asistido a oir misa. Yo me encontraba a la cabeza de mi compañía, y como a cuatro o cinco pasos más adelante, entre las devotas, divisé una morenita de ojos negros y más linda que un ánjel...

—¡Hombre! los ánjeles tienen el cabello rubio y los ojos azules; al ménos así los pintan.

—Precisamente por eso te digo que ella es más linda que un ánjel... si la vieras no me contradirias. Tenia su libro de oraciones en las manos, leia moviendo rápidamente los labios y de cuando en cuando volvia la hoja del libro; todo esto lo hacia con tanta gracia y jentileza, con tanto donaire, que me tenia el alma en un hilo. Por fin alzó una vez sus ojos negros y los fijó en los mios... me mató... Desde ese instante ya no supe lo que pasaba por mí y sólo pensé en espiar las miradas de aquellos ojos que me fascinaban, las que para mayor encanto siguieron repitiéndose con pequeños intervalos. En medio de tan dulcísima tarea, apénas si noté que la misa habia concluido. Vino a advertírmelo la corneta atronando los ámbitos de la iglesia con el *paso redoblado*.

—¡Y adios ojos negros!—exclamó el compañero de Lostan, a quien desde luego llamaremos Galvez.

—Habia bramado nuestra tirana, la corneta; mis piernas tomaron maquinalmente el compas redoblado de la marcha; pero mi alma se quedó allí contemplando el brillo de aquel par de ojos negros, presa de su hechizo. Despues de llegar al cuartel, apénas se hubo dado puerta franca, tomé un coche y volé a la iglesia; pero ni señales logré encontrar de la morenita. En el sitio que ella ocupaba se habia colocado una zamba sesentona que se parecia tanto a mi morena como un murciélago a un canario. Me eché entónces a recorrer a la ventura las calles más próximas; dos horas gasté en este afan y saqué por todo resultado lo de que casi me cocí al sol.

—Si ella va a misa a esa iglesia es seguramente porque vive en las cercanías.

—Así lo supuse.

—Aunque bien podia haber ido esa vez por excepcion.

—Todo eso lo pensé, y al cabo de una semana me afirmé en la idea de que debia vivir no mui léjos de Santo Domingo. El siguiente domingo volví a encontrarla en el mismo lugar y en las mismas circunstancias. Inútil me parece decirte que esta vez la encontré aun más encantadora. Las miradas se repitieron con mayor frecuencia y mayor fuego hasta que, como una semana ántes, el toque abrumador de la corneta vino a interrumpir tan delicioso idilio.

—Hubiste de marchar con el batallon.

—Al compas redoblado, a razon de ciento veinte pasos por minuto, me alejé de mi morenita; pensando que quizás no volveria a verla nunca mas.

—¿Y se han realizado tus temores?

—No; todos los siguientes dias festivos he seguido encontrándola y el comercio de las miradas ha seguido en aumento.

—Supongo que ya habrás averiguado quién es, dónde vive, cómo se llama, etcétera.

—Nada; en valde he taloneado por todas las calles circunvecinas con la esperanza de encontrarla; desde la de Aumente hasta la de Espaderos y desde la del Palacio hasta la de Comesebo, todas me las he paseado doscientas veces sin lograr ver a mi morenita en algun balcon o ventana. Convencido de que con los tales paseos no conseguia otra cosa que gastar paciencia y zapatos; resolví tomar otra determinacion

Me ví con un niño que me pareció mui despierto y despues de ofrecerle una buena propina, le dije que fuera a misa a la vez que el batallon y se colocara cerca de mí; y agregué:

«—Disimuladamente te indicaré con la espada una jóven morena; cuando ella salga de la iglesia la seguirás hasta su casa y en seguida sin perder un minuto me irás a dar cuenta de tu comision al cuartel.»

«Esto sucedió ayer. Esta mañana estaba ella como de costumbre en misa y ponia en juego su par de negros ojos como dos ametralladoras que lanzaran proyectiles de amor, y de vez en cuando acompañaba sus miradas con una finísima y disimulada sonrisa tan dulce, que se me nublaba la vista de placer. El niño, cumpliendo con lo concertado, estaba ahí. En varios momentos oportunos le señalé a mi morenita con la espada; él me hacia un signo para darme a saber que me habia comprendido. Por fin se oyó el tremendo *paso redoblado* de la corneta. Lancé una mirada de despedida a los ojos negros y marché contento por la primera vez al moverme, de ahí, pensando que mediante el niño iba a lograr conocer el domicilio de la hechicera jóven.

»A la hora y media despues de haber llegado el batallon al cuartel se me apareció el niño.

»—¿Qué has averiguado?—le pregunté.

»—Su nombre y su casa.

»—¿Cómo se llama?

»—A otra que iba con ella la oí llamarla Clarita.

»—¡Clara! lindo nombre!

»Y sin que me contuviera el ardiente sol que hacia, añadí:

»—Vé a señalarme la casa al instante; en marcha.

»Al cabo de andar algunas cuadras, durante cuyo trayecto murmuraba yo el dulce nombre de Clara, el niño me mostró una casa de balcon diciéndome:

»—Esa es.

»Y luego añadió:

»—!Catai¡ véala usted; ahí salió la morenita al balcon.

»Miré... y ví una negra, negra como el betun de las cartucheras.

»Al momento lo comprendí todo... Yo habia hablado al niño de una morenita, sin fijarme en que es usanza en Lima llamar *morenas* a las negras.»

—Seguramente,—dijo Galvez riendo de la aventura de su compañero;—tambien estaria aquella negra hoi en la iglesia.

—Habian otras varias de su color, lo que no es raro en esta tierra, y cuando yo con mi espada indicaba al niño mi morenita, debia encontrarse en la misma direccion aquella infernal negra, Clara de nombre y oscura de piel.

—De manera que has perdido una semana por ese quid pro quo.

—Y con éstas son cinco las que he pasado suspirando de amor por esa desconocida que me ha clavado una espada en el corazon.

—No serán tantos los suspiros,—replicó Galvez;—porque yo te estoi viendo a cada instante y siempre alegre y contento.

—Las apariencias engañan.

—Así será; pero tus penas no te han impedido acudir a las tertulias de X*** y bailar media docena de valses cada noche.

—Las distracciones en mis circunstancias son necesarias,—contestó Lostan con cómica gravedad.

—Tambien por distraccion seria que el último domingo durante el paseo que hicimos al Cercado no te separaste del lado de cierta jovencita...

—Eso fué por cortesía; es fuerza ser halagüeño con una niña bonita, so pena de pasar por un majadero.

—Por eso será que a esa vecinita del cuartel que tambien es preciosa...

—¡Qué diantre! no porque esté enamorado de una he de ser indiferente con la hermosura y gracia de las demás mujeres; esa es la práctica de la jente pusilánime y apocada; los hombres de espíritu esforzado y de sentimientos varoniles, aunque lleven en el corazon la más dolorosa herida, siempre conservan la serenidad necesaria para apreciar en su justo valor la belleza y el donaire donde quiera que se encuentren....

—¡Alto la marcha!—exclamó Galvez interrumpiendo a su compañero,—ya esto va pareciendo discurso.

—Ríete cuanto quieras,—prosiguió diciendo Lostan con seriedad cómica;—pero es lo cierto que yo estoi atrozmente enamorado y lo que más arraiga en mi pecho tan extremado sentimiento es... el imperio de la Ordenanza Militar, la fuerza de la obligacion, la voz de la corneta, que me mandan formar a la cabeza de mi compañía, ir a misa, ver a mi morenita y regresar al cuartel sin poder disponer libremente de mi persona, sin poder hacer otra cosa

que lo que ordena la corneta; obligándome, por último, a estar enamorado de un modo exclusivamente platónico, sin lograr conseguir más favores que tiernas miradas, sistema homeopático que detesto... Todos estos contratiempos redoblan el vigor de mi pasion en tal grado, que si ási continúan, luego llegará el dia que uno de mis compañeros tenga que mandar la descarga de ordenanza al pié de mi sepultura

Galvez imitando la cómica seriedad de su amigo le replicó:

—Desecha, Lostan, esos lúgubres pensamientos; es preciso que sigas viviendo para la patria y para tus compañeros.

—Me conmueven tus sencillas palabras y te prometo poner de mi parte cuanto pueda para prolongar mi cuitada existencia.

—Para que la promesa revista mayor formalidad, sellémosla concluyendo nuestras copas de cerveza.

—Aceptado.

Ambos jóvenes bebieron, y despues de haber convenido en ir a dar un paseo por los portales, salieron del café.

II

Dos estrellas que se confunden con otras.

Cuando los dos capitanes se encontraban ya cerca de la Merced, comenzó a salir por la puerta de esta iglesia una multitud de fieles entre los que predominaban en número los del bello sexo.

En ese instante salia la misa de doce.

No faltaba, por cierto, al rededor de la puerta del templo un par de docenas de mozos elegantes, que con sus trajes domingueros habian acudido ahí, quién sabe si por devocion o por otro motivo; aunque parece mui dudoso lo de que la devocion fuera el móvil que los conducia, pues en tal caso no se habrian contentado con quedarse al lado de afuera de la puerta miéntras se celebraba el incruento sacrificio de de la misa. Tambien habian algunos oficiales chilenos.

Al salir del templo, como un rio que se divide en dos brazos, aquella concurrencia, compuesta en su mayor parte de mujeres, se dividia tomando una parte la calle hácia la derecha y la otra hácia la izquierda. El manto y vestidos negros era entre ellas el traje que dominaba; puede decirse que era el único; lo cual le daba a todas cierto aspecto uniforme. Pero en realidad, pocas reuniones tan heterojéneas como esa. Diversas clases sociales, diversos tipos, diversas edades, tenian ahí representantes.

Se veian negras, cuya piel rivalizaba en color con sus trajes; mulatas, término medio entre la luz y la oscuridad; cholas de faz cobriza, como la de Huáscar y Atahualpa; zambas, promedio entre el Inca y el Mandinga; pero (y esto por ser lo mejor lo dejamos para el postre) entre todos aquellos astros más o ménos opacos, lucian como fuljentes estrellas una cantidad relativamente numerosa de jóvenes limeñas de tez algo pálida, ojos negros y dientes blanquísimos, con el manto prendido a la espalda, el talle jentil, donaire en todos sus movimientos y gracia especial en el andar con sus piés notables por la forma y pequeñez.

Fácil es adivinar a quienes se dirijia la vista de los elegantes y la de los militares que ahí habian.

Un animado cambio de saludos, un nutrido fuego de miradas, algunas espresivas sonrisas y tal cual palabra más o ménos decidora segun el salero de quien la pronunciaba; hé ahí lo que durante algunos minutos habria podido notar un observador.

Pero era menester que ese observador fuera sobradamente impasible para no dejarse arrebatar por la afluencia de belleza que allí se lucia encantadora y natural, sin mas adorno que el sencillo manto

Lostan y Galvez habian seguido avanzando hasta tomar lugar entre los mirones.

—¡Hombre!—dijo Lostan apretándole un brazo a su compañero—cuánta hermosura! qué de caras bonitas! qué de gracia y donosura! ¡Todos los ánjeles y serafines han bajado de los nueve coros, se han puesto manto y basquiña y se están saliendo por la puerta de la Merced!

—Modera un poco tu entusiasmo—replicó Galvez,—y acuérdate de la morenita.

—Déjame, que este es un momento de tregua para mis penas amorosas... Mira esas dos que vienen hácia acá... Qué perlas!

Eran éstas dos hermosas jóvenes que traian sus devocionarios en las manos.

De pronto a una de ellas se le escurrió casualmente el libro y cayó al suelo.

Lostan haciendo un rápido movimiento

lo cojió y ofreció galantemente a la niña.

Esta lo recibió contestando brevemente:

—Gracias

—Tiene usted hasta para darlas,—respondió Lostan.

Ella se sonrió lijeramente y siguió andando con su compañera.

Ambos capitanes las miraron alejarse.

—¡Cuánto donaire! —exclamó Galvez.

—Son lindísimas, yo no sé lo que me pasa... me muero ...me muero...— dijo Lostan repitiendo este modismo que habia aprendido en Lima.

—No las perdamos de vista. Han tomado la calle de Lescano.

—Sigámoslas.

—Pero sin acercarnos mucho a ellas; nos haríamos notar.

Ambos jóvenes echaron a andar con paso mesurado.

—Han mirado hácia atras... nos han visto... han sonreido,—exclamó Lostan;—esta aventura promete... hai que seguir de frente

—Pero, hombre, acuérdate de tu morenita,—le dijo Galvez sonriendo con cierta sorna.

—Déjame en paz y ten presente que yo tengo bastante pecho para amar a medio mundo....

—Al medio mundo femenino....

Al concluir la cuadra, las dos niñas torcieron a la derecha, no sin que una de ellas al hacerlo volviera la cara y divisara a los oficiales.

Estos siguieron el mismo camino manteniéndose a unos treinta o cuarenta pasos de distancia y marchando por la acera opuesta, pero sin perderlas de vista.

Una circunstancia imprevista vino a desorientarlos.

Cuando ellas llegaban a San Agustin, salia de esta iglesia una multitud de jente.

Así como dos golondrinas que van volando y se mezclan en una bandada se hacen difíciles de reconocer, aquellas dos niñas al juntarse con las que salian del templo, vestidas del mismo traje y color, se confundieron con ellas.

—Apresurémonos, que se nos pierden,—dijo Lostan.

Iban a poner en planta esta idea, cuando a pasar junto a ellos un jefe del o, el comandante X.

bos capitanes le saludaron cediéndoaso sin parar su marcha. Pero hé ahi dios del amor, quien no siempre está dispuesto a mostrarse propicio con los enamorados, suele divertirse en hacerles alguna travesura.

El comandante contestando el saludo de los oficiales, les dirijió esta frase:

—Oiganme ustedes una palabra.

Los dos jóvenes hubieron de detenerse, por más que comprendieron el riesgo en que se ponian de perder la pista seguida.

No es posible entre militares ser descortes con un superior; ahi está la Ordenanza que ha previsto el caso recomendando las debidas consideraciones «hasta en los actos más familiares.»

—¿De su cuartel vienen ustedes?—les preguntó el comandante.

—Hace como una hora que salimos de él,—contestó Lostan.

—¿Estaba el coronel allá?

—Sí, señor.

—Pues entónces voi a hacerle una visita.

Tras de esto el comandante se despidió de ellos dejándolos libres. Pero esta corta demora habia durado el tiempo suficiente para que las dos desconocidas se confundieran con las que salian del templo vestidas, como hemos dicho, con un traje semejante al de ellas.

—Este diablo de comandante nos ha embromado,—dijo Galvez;—creo que las hemos perdido.

—Nó; ahí van,—contestó Lostan.

—Acerquémonos a ellas; es mui fácil que se nos pierdan en medio de tanta jente que está saliendo de San Agustin.

Avanzaron algunos pasos, pero no pudieron hacerlo tan de prisa como deseaban por no atropellar la muchedumbre de fieles, que aunque no mui compacta, lo era bastante para impedir una marcha apresurada.

De pronto exclamó Galvez:

—Te equivocaste; ¿no ves? no son éstas.

—Ah, diantres! tienes razon... hai tanta jente que solo se ven cabezas y con esos malvados mantos todas las cabezas se parecen por detras.

Galvez y Lostan se pusieron a mirar en todas direcciones; donde quiera que tendiesen sus miradas veian personas que al parecer bien podian ser las que buscaban. Se dirijian hácia unas y despues hácia otras, teniendo que hacerlo con cierto disimulo para no llamar la atencion; pero todo fué infructuoso.

Al cabo de algunos minutos, la concu-

rrencia se habia dispersado y la plazoleta se encontraba casi desierta.

Los dos capitanes acabaron por convencerse de que les era forzoso abandonar la esperanza que abrigaran.

—Hé ahí las consecuencias de la carrera militar,— dijo Lostan con un aire sentencioso.

—¡Qué tiene que ver la carrera militar con todo esto!—replicó Galvez algo malhumorado.

—¿No comprendes? si hubiéramos sido paisanos, cuando el comandante nos habló para detenernos, le hubiéramos contestado que íbamos mui de prisa y si queria nos siguiera para hablarnos sobre andando; pero como somos capitanes y él es todo un comandante, hubimos de pararnos justamente el tiempo necesario para perder de vista a ese par de preciosas perlas... que, te lo digo de véras, ya me habian inflamado el corazon...

—¡Tanta pasion solo en el trayecto de dos cuadras, la de Lescano y la de Lartiga!

—Mis piés habian andado dos cuadras, pero mi corazon dos leguas...

—En fin; todo esto no será motivo para que nos quedemos aquí tomando un solazo.

—Lleguemos hasta los portales.

—En marcha,—contestó Galvez, y agregó una vez que ambos se pusieron en movimiento:—Hoi no hai toros ni diversion alguna, ¿tienes ya hecho tu itinerario para gastar este dia de fiesta?

—No sé qué hacer.

—¿Y tú?

Tampoco; pero no nos faltará; ya lo pensaremos.

Un momento despues se encontraban ambos compañeros en el portal de Escribanos.

III

Charla interrumpida.

Como domingo que era aquel dia, los portales presentaban un aspecto mui diferente del que ofrecian los dias de trabajo.

No se veia esa multitud de individuos de diversas edades que sin la menor compasion por los tímpanos de los transeuntes gritaban con voz ya de tiple, ya de tenor o barítono.

—¡Dos mil soles para mañana!

—¡Plata para luego!

Ni tampoco aquellos cambistas ambulantes, con una docena de soles de plata que echan constantemente de una mano a otra, como hace un mono con un huevo caliente, y están horas de horas haciendo sonar su dinero para advertir a los viandantes cual es su oficio.

Hacia como un cuarto de hora que Lostan y Galvez estaban en el portal, cuando se acercaron a ellos otros dos oficiales, tambien capitanes, uno del Buin y el otro de Carabineros.

El del Buin dijo a aquéllos a la vez que los saludaba con un apreton de manos:

—¿Y qué hacen ustedes aquí?... ¿viendo pasar a las buenas mozas?

—¿Hombre, — contestó Lostan,—¿qué mejor ocupacion puede uno darle a los ojos que la de mirar a las hermosas?

—La tarea es agradable, pero poco refrescante, con el calor que hace; no seria malo suspenderla para ir a tomar una copa de helados.

—Si no hai alguno que se oponga, se da la idea por aprobada.

—Aprobada.

Los cuatro oficiales se dirijeron a la *heladería* de Capella.

Un momento despues se encontraban sentados al rededor de una mesa de mármol y cada uno se hacia servir la clase de helados que eran más de su gusto, escojidos en la larga lista que el mozo recitaba de un tiron como un niño que reza los dones del Espíritu Santo.

—Traerás tambien un poco de pisco,— dijo uno de ellos al mozo.

—¿Para echarle a los helados?—preguntó otro.

—Por supuesto; los helados son demasiado frios, y así pierden la crudeza.

—Y se convierten disimuladamente en ponche.

—Y aun sin disimulo.

En ese instante se oyó la voz atiplada del niño que hacia de mozo gritar:

—¡Dos de piña, uno de limon y un huancayo, dobles!

De esta manera pedia él a su vez los helados que debia servir a los oficiales.

Uno de estos al oirlo dijo:

—Ese chico debe habernos visto tra de andar mui acalorados, pues pide pa nosotros helados con el agregado de *dobl* es decir, en doble cantidad.

—Es una atencion que aquí siempre nos hacen a los chilenos, sin duda *los signori* dueños de este establecimiento quieren que estemos frescos.

Luego regresó el mozo trayendo en una bandeja los refrescos pedidos. Cada uno puso frente a sí la copa que le correspondia.

El que habia pedido pisco echó un poco de este licor en sus helados y se puso a revolverlos con una cucharita. Otro de ellos le dijo al verlo:

—Héte ahí haciendo una bebida atemperante que no seria admitida en la sociede temperancia.

—Sí, pero que será admitida en mi estómago, que es lo que a mí me importa.

—La razon es de peso.

—Y por último, te contaré que habian dos frailes mui escrupulosos, de los cuales una vez uno pecó por haber tomado un trago y el otro al verlo pecó de envidia.

—Con esto me has convencido; más vale pecar por beber que por envidiar; pásame la botella del pisco para ponerle un poco a mis helados.

—Y tú, en seguida, me lo cederás para hacer lo mismo; no quiero dar sospechas de envidiar.

—Ni yo tampoco, agregó el cuarto.

—Hénos ya a todos con el mismo armamento.

—Todos con rifles del mismo sistema.

—Esto es usar un lenguaje como el de los masones, que segun dicen llaman cañones a las botellas.

—¡Qué están ahí hablando de cañones tres infantes y un carabinero!

Este apóstrofe fué lanzado por un oficial de artillería que entraba en ese instante.

—Acérquese y siéntese aquí ese artillero...—dijo Galvez dirijiéndose al recien llegado;—estamos hablando de cañones del antiguo sistema, de cargar por la boca.

—De cañones de vidrio,—añadió Lostan.

—Comprendo,—costestó el de artillería sentándose;—con esos cañones lo mismo sabe apuntar un infante que un artillero.

—Y ningun tiro queda corto miéntras no se acaba la pólvora.

La conversacion continuó con ese aire de alegría y llaneza peculiar de las reunio- de militares que tienen lugar en las -as francas. Las chanzas y palabras chis-antes se cruzaban con viveza, los dichos -lusiones picantes, los chascarrillos, las -irectas que provocan una pronta réplica, frases cortadas: todo eso en medio de risas y buen humor le daba animacion al diálogo y hacia pasar el tiempo agradablemente.

Durante la charla habian llegado otros oficiales que tambien fueron invitados a tomar asiento entre ellos, y nuevos helados u otra cosa, al gusto de cada cual, fueron pedidos.

Frente a Lostan habia un gran espejo en el cual se reflejaba una buena parte del salon próximo y mediante el cual habia visto entrar y salir a varios visitantes del establecimiento.

Esto lo hacia distraidamente.

El espejo es uno de los utensilios que más usa el amor; puede decirse que es uno de sus instrumentos, una de sus herramientas. Rara será la enamorada que no ocurra ante él a estudiar los encantos de su propia fisonomía, como un jeneral que en tiempo de guerra pasa revista a sus tropas. El espejo se ha hecho para el amor, y como exacto y leal servidor, le auxilia y ayuda en cuanto puede en todos sus lances.

En uno de los instantes en que más animada era la conversacion de los oficiales, Lostan notó algo como el paso de una sombra por la luna del espejo que tenia al frente. Miró maquinalmente hácia él y despues de mantener fija la mirada por algunos segundos, pudo apénas retener una exclamacion producida tal vez por una mezcla de sorpresa y placer.

La sombra que habia visto en el espejo no era otra cosa que el reflejo de dos personas que venian entrando al salon vecino. Eran estas dos jóvenes damas en las cuales Lostan reconoció a las mismas que un par de horas ántes perdiera de vista frente a San Agustin.

El capitan del Setiembre las vió sentarse y hablar al mozo, seguramente para hacerse servir helados.

Al cabo de un instante una de ellas dirijió la vista al espejo que miraba Lostan. Sus ojos naturalmente se encontraron con los jóven. Hizo entónces un lijero movimiento de sorpresa y volviendo rápidamente la cabeza dijo algunas palabras a su compañera. A su vez ésta lanzó una furtiva mirada al espejo. Ambas se hablaron en seguida y con sendas mal disimuladas sonrisas dejaron ver las bien alineadas filas de sus albos dientes.

Lostan tocó lijeramente con la rodilla a Galvez que estaba a su lado, y le dijo en voz baja:

—Mira con disimulo al espejo.

Obedeció éste y al punto le contestó en el mismo tono:

—Ellas son.

Desde ese momento el cristal azogado, ejerciendo su impasible oficio de reflejar la luz, recibió y devolvió con toda su infalible fidelidad las expresivas miradas que por su intermedio se dirijian.

—Sígueme dentro de un minuto más,—dijo Lostan a su compañero levantándose de su asiento y dirijiéndose al meson.

Galvez se le juntó al instante.

—Esta vez no es posible perderlas,—exclamó Lostan.

—Ya lo creo,—contestó Galvez manifestando un entusiasmo semejante al que mostraba su compañero;—son lindísimas.

—Son dos perlas.

—Es preciso no perderlas otra vez de vista. En cuanto concluyan los helados que están tomando saldrán de seguro...

—Ir a hablarlas, no es prudente: tal vez no les gustaria y nos espondríamos a un rechazo.

—Es natural que en un lugar público tal como éste no les agrade ni convenga que las hablemos.

—Y además, dado caso que nos admitieran sentarnos a su lado, seria a nosotros a quienes no les convendria; aquí entran a menudo jefes y oficiales, y al vernos no formarian mui buen juicio de nosotros ni de ellas.

—Es claro.

—No hai que pensar más en eso, porque al fin y al cabo por más lindas que sean no sabemos quiénes son.

—Esperarémos que salgan y las seguirémos.

—Pero ántes,—replicó Lostan,—haremos otra cosa.

Y dirijiéndose al dependiente mesonero le pidió dos cambuchos de confites.

En seguida llamó al mozo y hablándole a un lado le dijo:

—Vas a llevarles estos dos cambuchos a esas dos señoritas que están en el primer salon.

—¿De parte de usted?—preguntó el niño.

—Nó; les dirás que unas dos personas que estuvieron aquí esta mañana te encargaron de dárselos cuando vinieran.

El chico se sonrió y fué a cumplir su comision.

Lostan y Galvez volvieron a sentarse donde ántes estaban.

El espejo, continuando en prestar sus mudos servicios, les permitió observar que las dos desconocidas vacilaban en tomar los cambuchos de confites.

—¡Primer combate parcial, está ganado!—dijo Lostan con entusiasmo al oido de Galvez, al ver que al fin los confites quedaban en las delicadas manos de aquellas a quienes se habian enviado.

—¡Los primeros tiros se han aprovechado! buena puntería!—replicó Galvez en el mismo tono que su amigo.

Un par de miradas en dulce consorcio con un par de sonrisas vino a manifestarles que las jóvenes habian adivinado la procedencia del regalo que acababan de aceptar; enigma menos rudo por cierto que el de la esfinje.

Un momento despues se levantaron y una vez que arreglaron sus trajes más por graciosa coquetería que por lo que hubieran podido descomponerse miéntras estuvieron sentadas, salieron lanzando una última mirada al complaciente espejo.

Lostan y Galvez dejaron sus asientos diciendo a sus compañeros de tertulia:

—Vamos aquí cerca, luego volveremos.

Y dando cualquier disculpa ante las exijencias que éstos les hacian de permanecer entre ellos, salieron del establecimiento.

IV

Aventura que marcha al trote.

Cuando ambos capitanes llegaron a la puerta, ya las dos jóvenes caminaban por el portal.

Al llegar a la esquina de las Mantas, se detuvieron en circunstancias que pasaba un carro de la tranvía hácia la Exposicion.

Lo hicieron parar y subieron en él. Era éste uno de esos carros descubiertos que tienen techo pero que carecen de paredes, dejando que el aire pase libremente de un lado a otro y durante la marcha produzca un agradable fresco; teniendo además l pasajeros la gran ventaja de ir divirtiend la vista durante el viaje y la no menor d ser vistos, sobre todo si pertenecen a aque lla encantadora parte del jénero huma que se llama el bello sexo, y aún más

perteneciendo a éste, como los escojidos entre los escojidos, se hallan además figurando en el rol de la cofradía de las hermosas.

Lostan y Galvez subieron a uno de los coches que como es costumbre se estacionan frente a los portales.

—Vas a seguir ese carro de la tranvía que va por Mercaderes,—dijeron al cochero que era un negro, al parecer vivo de injenio.

—Bien, mis capitanes,—contestó el cochero haciendo andar sus caballos.

El coche siguió la direccion indicada.

Las dos jóvenes damas habian observado todo esto y no demostraban disgusto por verse perseguidas, a juzgar, al ménos, por sus semblantes que de cuando en cuando se iluminaban con alguna sonrisa.

El coche, por disposicion de los que lo ocupaban, apresuraba o retardaba su marcha segun convenia a éstos para disimular sus fines ante los demas pasajaros del carro.

Toda esta maniobra continuó por algunos minutos.

—Míralas, como se sonrien.—decia Galvez a su compañero,—han tomado confites de los obsequiados y los comen.

—Es una cortesía de su parte,—agregó Lostan,—nos halagan endulzándose el paladar.

—¡Y con cuánta gracia los mascan!

—¡Felices confites! debe ser mui grato sentirse morder por esos afilados y enfilados dientecitos.

Al llegar a la esquina de Matajudíos las desconocidas hicieron parar el carro y descendieron, echando en seguida a andar por esa calle.

—¡Retarda la marcha!—gritó Galvez al cochero,—y escucha.

El auriga obedeció.

—Vas a seguir a esas dos niñas, pero conservando una prudente distancia y discrecion,—añadió Galvez.

—Déjeme usted a mí,—replicó el negro haciendo un jesto malicioso que queria decir «comprendo.»

Despues de andar algunos pasos, las jóvenes entraron en una casa de altos sobre el dintel de cuya puerta de calle se veia el número 114.

—¡Sigue de frente!—gritó Galvez al cochero,—y al concluir la cuadra de Ibarola regresarás por esta misma calle.

El cochero ejecutó lo ordenado.

Cuando de regreso volvió a pasar el coche frente a la casa indicada, los dos capitanes pudieron ver al traves de los vidrios del balcon y medio ocultas por una cortina, las fisonomías de sus desconocidas más risueñas que ántes.

—¡Magnífico! exclamó Lostan; viven en los altos y se han dejado ver de nosotros; ésta es señal de que no les ha desagradado que las sigamos.

—Claro está,—observó su compañero;—si no hubieran querido dejarse ver nos habrian mirado al traves de las persianas.

—Con esto nos dan a entender que quieren que llevemos adelante la aventura.

—Y nos encuentran listos. Por ahora lo primero es ponernos en comunicacion con ellas.

—¿De qué manera?

—Ya lo resolverémos. Volvamos donde Capella y discutirémos nuestro plan de ataque.

Dieron la indicada direccion al cochero y durante el camino se pusieron de acuerdo en lo que debian hacer.

Una vez llegados, Lostan interrogó al auriga en esta forma:

—¿Te fijaste en dónde entraron aquellas dos personas?

—Por supuesto, mi capitan,—contestó el negro con su aire malicioso.

—¿Las conoces? sabes quiénes son?

—No, mi capitan.

—Eso habla en favor de ellas.

—¿Por qué, pues, mi capitan? un cochero puede conocer toda clase de jentes, personas de altas consideraciones...

—No te pregunto nada de eso. ¿Podrias llevar una esquelita a esas personas, pero con mucha discrecion y?...

—No me diga más, mi capitan; déme la esquelita y no pase usted cuidado.

—Espéranos un momento.

Los dos capitanes entraron a la *heladería*. Los oficiales con quienes ahí estuvieran poco ántes se habian ido ya.

Pidieron al mozo recado de escribir y una vez que lo tuvieron escribió uno de ellos, consultándose con su compañero, lo siguiente:

«Señoritas:

»Hemos tenido la dicha de ver a ustedes dos veces en un dia.

»¿Serán estas las primeras y las últimas?

»¿Volveremos a gozar de tanta felicidad?

»Estas preguntas nos hacemos, pero la respuesta que podemos darnos sólo es la duda.

»Una amistad nacida en las simpatías del primer momento, de la primera vista; he ahí lo que les ofrecemos.

»La idea puede parecer extraña; pero es sincera.

»¿Será aceptable?

»Ustedes lo juzgarán.

»De todas maneras no nos guarden rencor por nuestro atrevimiento en escribirles, como no se lo guardarán a ustedes, aunque nos rechacen,

Luis y Alfredo.»

Doblaron el pliego en que esto habian escrito, y despues de ponerlo dentro de un sobre se dirijieron donde estaba el cochero.

—Este es la esquela,—dijo Lostan al negro.

—Bien, mi capitan,—contestó aquel.

—Matajudíos, 114...

—En los altos, a la derecha...

—Ah! pillo; tú las viste en el balcon.

—Sí, pues, mi capitan: un buen cochero debe verlo todo. Entraré a la casa y daré en mano propia la cartita a una de ellas observando que no haya padre o marido a la vista porque... estas dilijencias son mui delicadas... Vea usted...

Y diciendo esto el negro se quitó el sombrero y bajando la cabeza dejó ver entre su lanudo pelo una regular cicatriz.

—Comprendo,—dijo Lostan lanzando una carcajada, la que fué imitada por Galvez;—ejecutando alguna de esas dilijencias te dejaron ese recuerdo.

—Sí, pues; un señor mui colérico... La experiencia enseña.

—A un hombre tan experimentado como tú no hai que hacerle más recomendaciones... Véte; aquí te esperamos.

El cochero partió azotando los caballos.

Galvez y Lostan se pusieron a pasearse a lo largo del portal divagando sobre el resultado que tendria su misiva.

—Me parece,—decia aquel,—que hemos obrado con mucha precipitacion escribiéndoles tan pronto.

—No lo creas,—replicaba Lostan;—así está bien hecho: aceptaron sin mucho vacilar el obsequio de dulces y no pusieron mala cara porque las seguíamos; esto hace suponer que tambien sin vacilar mucho ni poner mala cara recibirán la cartita aquella y, aún, es de esperar que la contestarán.

—En fin, pronto saldremos de dudas.

Lostan sacó su reloj y dijo despues de consultarlo:

—Ya son más de las dos y media... Con tal que regrese pronto el negro para saber desde luego a qué atenernos... Al fin y al cabo, si nos va mal en esta aventura, poco se ha perdido: un par de cambuchos de confites; pero en cambio nos hemos divertido un par de horas en tratar y ajitar este negocio. De todos modos seria sensible que nos fuera mal por cuanto nuestras desconocidas son lindísimas; pero, qué diantres, no nos habríamos, por eso, de dar por muertos; ya nos consolaríamos emprendiendo desde luego otra aventura: «un clavo saca a otro clavo.»

Ambos compañeros continuaron discurriendo más o ménos de esa misma suerte durante sus paseos.

Ya comenzaban a impacientarse cuando divisaron venir por la calle de Mercaderes el coche esperado.

Fueron a colocarse en un intercolumnio del portal, y un minuto despues el carruaje se detenia frente a ellos.

Traia el negro un aire de importancia y seguridad como demostrando que se hallaba satisfecho de sí mismo.

—Hablé con ellas,—dijo a los jóvenes,—y les dí la cartita.

—¿Y qué dijeron?—preguntaron ellos a un tiempo.

—Despues de hacerme esperar largo rato me dijeron que no habia contestacion; pero yo les hice ver que no era posible hacer tal descortesía a unos señores tan cumplidos, y al fin logré convencerlas y escribieron esta nota.

Al decir esto sacó el negro de un bolsillo un billete cerrado.

Galvez lo cojió y con su compañero entraron en la *heladería* ya mencionada para leerlo tranquilamente.

Hé aquí lo que decia:

«Señores Luis y Alfredo:

»La amistad es un afecto de mucho precio para que sea prudente concederlo sólo por la impresion del primer momento, de la primera vista, como ustedes dicen, y más aún cuando no se sabe a quién.

»Suponemos que ustedes son discretos y léjos de ofenderse por esto último que les decimos, nos encontrarán razon.

»Nosotras no podemos recibir visitas en casa y salimos de ella mui raras veces.

»Puede ser que la casualidad haga que algun dia nos encontremos, y entónces logremos nosotras conocer mejor a unos amigos que se nos ofrecen con tanta vehemencia.

Blanca y Olimpia.»

Despues de esta lectura, Galvez y Lostan se miraron las caras como preguntándose mutuamente su opinion.

—Poco dicen,—exclamó al fin Galvez rompiendo el silencio.

—¿Poco te parece?—replicó su compañero con un tono firme que inspiraba aliento;—pues, hombre, ¿qué más quieres?

—Pero... ello es que nos dicen nones.

—No tal... cada una de sus frases es un *sí* mas claro que los da el flautin de la banda.

—A ver, explícate.

—Seria una gran majadería pretender que a la primera palabra que les dirijíamos se rindieran a discrecion sin disparar un tiro siquiera. Esta carta que nos han escrito no es un ultimatum, sino una nota diplomática que pide réplica; y la tendrá sin perder un minuto..., vas a ver.

Acto continuo, como lo habia hecho poco ántes, pidió al mozo recado de escribir y trazó en un pliego de papel las siguientes palabras:

«Señoritas Blanca y Olimpia:

»Nos abandonan ustedes a la casualidad; esto es cruel.

»Esperar de la casualidad y desesperar, son hermanos jemelos.

»Hénos ahí como marinos que navegando sin brújula quieren hallar el puerto que buscan.

»Y todavía agregan ustedes que salen mui raras veces de su casa. Si supiéramos siquiera cuándo suceden éstas y adónde se dirijen ustedes, ya seria eso como un faro luminoso.

»¿Les inspiraremos tan poca confianza que no quieran ustedes comunicárnoslo? ¿Serán ustedes tan recelosas que nos lo oculten?

»Esto es lo que nos atrevemos a preguntarles.

Luis y Alfredo.»

¿Qué te parece?—preguntó Lostan a su amigo cuando hubo concluido de escribir.

—Se da por aprobado,—contestó éste.

—Pues entónces, no hai que perder tiempo.

Y diciendo esto puso Lostan en un sobre el papel, escribió encima la direccion «Señoritas Blanca y Olimpia,» y fué en busca del cochero acompañado de su amigo.

—Vas a llevar allá esta otra carta,—dijo al negro.

—Está bien, mi capitan.

—Te esperaremos aquí hasta cinco minutos ántes de las cuatro; si no nos encuentras nos irás a buscar al cuartel del Setiembre; preguntarás por el capitan...

—Lostan o por el capitan Galvez,—dijo el negro interrumpiendo a ése.

—¡Ah, pillo! sabes nuestros nombres.

—Un buen cochero lo sabe todo, mi capitan.

—En fin, vamos; en marcha.

El coche partió.

—Has hecho bien previniéndole al negro que si no nos encuentra aquí nos busque en el cuartel,—dijo Galvez mirando su reloj,—porque ya son más de las tres y la llamada es a las cuatro.

—Felizmente por ser hoi domingo la llamada se toca a esa hora y además con la banda de música, lo que nos da algunos minutos más de tiempo para esperar la contestacion de nuestras perlas.

—Si es que la dan.

—La darán, créelo; y nos será propicia; —contestó Lostan con entusiasmo,—me lo dice el corazon, que siento arder por esas bellas desconocidas; sí, querido compañero, ya estoi conociendo que me muero de amor por ellas.

—¿Por las dos?.. cómo es eso?., y yo? —replicó Galvez riéndose.

—¡Qué diantres! ¿no ves que hablo en silépsis?

—Miéntras tanto, es lo cierto que hemos consumido al *signore* Capella papel y sobres; bueno seria consumirle un par copas para que haya compensacion, ya que por el papel no cobra nada.

—Aceptado; las tomaremos brindando por la prosperidad de nuestra presente aventura.

—Eso es; pronunciando los nombres de ellas, Blanca, Olimpia.

—Dí Blanca *y* Olimpia, porque sin la *y* parece que dijeras *blanca o limpia*; siendo que ambas son blancas y limpias como la plata.

Los dos capitanes entraron donde Ca-

pella continuando su charla de buen humor y humedeciéndola con sendas copas de oporto.

No perdian entre tanto de vista la puerta.

Faltaba un cuarto de hora para las cuatro cuando vieron aparecer el coche esperado.

Pagaron sus copas y salieron.

Como lo esperaba Lostan, el negro traia contestacion escrita.

Rompieron rápidamente el sobre y leyeron:

«Señores:

»Son ustedes mui curiosos.

»¿Quieren ustedes saber cuándo salimos y adónde vamos? Como no es un secreto no tenemos por qué ocultarlo. Los dias lúnes entre la una y las dos de la tarde solemos ir a la huerta del Camal.

»*B. y O.*»

—No te lo decia yo!—exclamó Lostan dirijiéndose a su compañero,—ya ves como han contestado... esta aventura marcha al trote.

—Oiga usted, mi capitan,—dijo el negro.

—¿Qué?

—Me dijeron que no les llevara más cartas porque podia llamar la atencion de la vecindad yendo otra vez hoi.

—Lo que es por hoi ya ha terminado la correspondencia epistolar.

—Pero si mañana, mi capitan me necesita, me tiene a su servicio; ya ve usted que yo, mi capitan...

—¡Dale con mi capitan, mi capitan!... yo no soi capitan de... cocheros... exclamó Lostan riendo.

—¡Qué mozon es mi capitan...

—¡Otra!... En fin; nos vas a llevar al cuartel.

—En efecto, agregó Galvez,—ya se acerca la hora de la llamada.

Los dos capitanes subieron en el coche y se hicieron conducir a su cuartel.

V

Una frase a traves de una rejilla.

A esa misma hora más o ménos caminaba por otro barrio de la ciudad, por la calle de Zamudio, un gallardo oficial que aparentaba tener unos veintitres o veinticuatro años de edad.

El par de trencillas que circundaban su képis anunciaban su grado, que era el de teniente.

Caminaba con cierto aire marcial y desenvuelto que estaba en perfecta armonía con su arrogante apostura.

Su cabello era castaño y un fino bigote del mismo color sombreaba sus labios. La mirada de sus ojos verdes era altiva sin ser altanera. Su tez era blanca, aunque lijeramente tostada; esto sin duda era sólo un accidente; a él tal vez como a la jeneralidad de los chilenos que hicieron la campaña del Perú, los rigores del clima, el sol tropical y la intemperie en los campamentos y en las marchas, le habian bronceado levemente la piel.

Este jóven teniente figuraba en el rol de oficiciales del batallon Setiembre con el nombre de Víctor Alvar.

Iba, decíamos, este oficial por la calle de Zamudio.

Su paso era mensurado y miéntras caminaba sus verdes ojos dirijian continuas miradas hácia una ventana de la misma acera de la que todavía distaba unos veinte metros, y delante de la cual pasaria en pocos segundos más siguiendo el mismo paso.

Aquella ventana estaba cubierta hasta la mitad de su altura por una rejilla, como lo están en Lima, con pocas excepciones, todas las ventanas del piso bajo que dan a la calle.

Esas rejillas son como unos bastidores que sostienen un fino tejido de alambres o una hoja de lata acribillada con menudos agujeros de diversas formas; se colocan delante de las ventanas y tienen por lo comun la altura conveniente para alcanzar bastante mas arriba de los ojos, de los curiosos transeuntes. Al traves de ellas, las personas que están en el interior de las habitaciones ven perfectamente bien a los que van por la calle; pero éstos no divisan ni las sombras de los que están adentro.

Cuántas veces suele verse algun galan tal vez amartelado dirijir interrogadoras miradas hácia una rejilla, como preguntando si estará tras de ella el ser amado; y cuántas veces aquellas expresivas miradas habrán sido recibidas por los ojos huraños de algun marido, lo que puede llegar a ser trájico, o lo que es cómico desde luego, por alg[illegible] criada negra o algun chino cocinero.

Esas rejillas tienen la forma del segm[illegible]to de un cilindro o sea la del lomo de [illegible] libro, y sobresalen de la pared, permitie[illegible]

con esto que los que se hallan adentro puedan dirijir la vista no solamente al frente, sino tambien hácia los lados. Cuando son planas, tambien el bastidor que la subtende está un poco afuera de la pared, y los espacios que quedan entre ése y el marco de la ventana a ambos lados se cubren con otras pequeñas rejillas que suelen tener visagras para poder abrirse.

Alvar seguia su marcha.

Al pasar frente a la ventana que ántes indicamos, clavó la vista en la rejilla; pero nada más que el empolvado y menudo tejido de alambre pudo ver. Más afortunados que sus ojos fueron sus oidos: una voz arjentina de una pureza notable y melodiosa pronunció claramente aunque en bajo tono estas palabras:

—A las ocho y media:

Alvar hizo un pequeño movimiento de cabeza que habria pasado desapercibido por cualquiera que no lo esperara, pero que un atento observador habria tomado por señal de asentimiento, y siguió andando al mismo paso a la vez que se llevaba una mano a la cara como para atusarse el bigote; mas, tal vez en realidad para ocultar una lijera sonrisa de placer o de satisfaccion.

Si en ese momento se hubiera alzado o desaparecido aquella rejilla como por obra de majia, o cual suele verse en la apoteósis final de algun drama de efecto, es indudable que como en un cuadro vivo se habria podido contemplar la faz de la persona que con tan dulce voz habia pronunciado las palabras que oyó el teniente Alvar. Pero, cumpliendo con su deber, permaneció inmóvil la rejilla, aquella solapada invencion de algun celoso moro tan crédulo ante la verdad del Coran, como descreido ante la fidelidad de las mujeres.

Sin embargo, es menester que veamos a la persona que habia hablado; no nos basta haber oido su voz, es necesario ver su fisonomía.

Aun corriendo el riesgo de que alguna pulida limeña nos llame *lisos* e indiscretos, levantáremos con mano firme la rejilla y la veremos.

Héla ahí.

Era una personita que hasta entónces habria aspirado el tibio y perfumado am[biente] de diez y siete floridas primaveras. En su rostro lijeramente pálido brillaban [dos] negros y rasgados ojos que atraian las [mi]radas. El que miraba ese rostro tenia [que] detener la vista en esos ojos, como el que mira al cielo se siente forzado a detenerla en los luceros. La luz atrae a la vista.

Su nariz era recta, de una forma mas graciosa que artística. Sus labios delgados y no del color encendido de la amapola, pero sí del que luce el clavel rosado, y cuando se abrian para dar paso a una sonrisa, dejaban ver dos hileras de parejos dientes notables por su blancura. Todas sus facciones eran delicadas, como lo eran sus manos, su talle, su cuerpo, como lo era toda ella.

Era hemosísma, y la gracia era en ella un don natural que la acompañaba hasta en sus más mínimos movimientos.

Era un perfecto tipo de limeña.

Basta ya de indiscreciones; colocarémos nuevamente la rejilla en su lugar, y desaparecerá del alcance de nuestra vista aquella linda jovencita, como el sol cuando densas nubes se extienden delante de su luminosa faz. Pero como un recuerdo del bien perdido con esa ocultacion, con ese eclipse, diremos que se llamaba Lucía.

El teniente Alvar despues de mirar su reloj habia apurado el paso. Como ya lo sabemos, se aproximaba la hora de la llamada.

Si miéntras andaba le hubiera encontrado en su camino un ser semejante a los que Flammarion soñó haber visto en el rojizo planeta Marte, uno de esos seres para nosotros maravillosos que por las palpitaciones o vibraciones de la pulpa cerebral percibian el pensamiento presente, y tal vez el pretérito, de los que se ponian al alcance de sus numerosos sentidos, un ser de aquellos habria visto en el cerebro de Alvar la imájen de Lucía, y tambien en imájen habria visto conservarse allí estampadas varias escenas, por las que en resúmen se sabria lo siguiente:

Alvar tenia amistad con una señora venezolana, esposa de un comerciante frances, y solia visitarla.

En casa de esta señora habia visto por primera vez a Lucía. Fué allá donde cambió con ella las primeras miradas, las primeras palabras, que fueron el jérmen de un sentimiento que no tardó en desarrollarse.

Lucía era demasiado hermosa para no hacer una profunda impresion desde la primera vista, y Alvar era demasiado impresionable para no haber sentido su influencia desde el primer momento.

La amó desde luego.

¿El amor será contajioso?

La ciencia, que en estos tiempos todo lo investiga y todo lo descubre, aún no se ha pronunciado en esta materia. Pero tal vez no está léjos el dia en que un nuevo doctor Ferran ayudado de poderosa lente descubra los microbios y vírgulas que lo producen, que producen el amor; y vendrá entónces a ofrecer a la humanidad sensible esta nueva vacunacion como preservativo contra las asechanzas del hijo de Vénus. Se verá en aquellos dias a los padres severos forjados a la antigua española, conducir sus tiernas hijas, quienes mostrando desnudo el mórbido brazo se dejarán inocular el nuevo vírus que amortiguará para siempre los arranques del corazon.

Pero como hasta ahora no ha dado la ciencia tan adelantado paso, Lucía no había podido recibir aquella vacunacion, de manera que si el amor es contajioso, ella era susceptible de ser alcanzada por el contajio.

Y lo fué.

Aunque, para decir verdad, no sabemos si contajiada por el amor de Alvar o cediendo a los naturales ímpetus de su propio corazon; pero ello es que amó al jóven y gallardo oficial.

Dulces y amorosos coloquios tuvieron lugar entre ellos, siempre en la casa donde ambos se encontraban como visitas.

Una predisposicion mui corriente en Lima durante la ocupacion de aquella plaza por las fuerzas chilenas, vino a interrumpir aquellas gratas entrevistas.

Sucedió que al cabo de algunos dias Lucía dejó de ir a casa de la señora venezolana. Esto alarmó a Alvar, pero no se atrevió a dirijir preguntas sobre ella a la dueña de casa. Pero, al fin un dia, tratando de disimular sus verdaderos sentimientos y aparentando solamente urbanidad, hizo a aquella señora esta pregunta:

—Hace dias que no he visto aquí a la señorita Lucía, ¿estará enferma?

—No tal,—contestó la señora, y dejando pasar un instante añadió:—y no creo que vuelva a visitarme... a lo ménos mui pronto.

—¿Por qué?—balbució Alvar pudiendo apénas dominar su emocion.

La señora no respondió de pronto, quedó como vacilando; al fin dijo:

—Vea usted lo que ha pasado: el papá de Lucía ha sabido que yo recibo en casa algunos chilenos y le ha prohibido venir a verme.

Estas palabras aturdieron al jóven oficial; sin darse cuenta de lo que decia replicó tartamudeando:

—Cuánto siento ser en parte causa... de que usted pierda sus amistades...

—No diga usted tal cosa; mi marido y yo somos aquí extranjeros y no tenemos ningun motivo para rehusar las visitas de ustedes, los chilenos, ni la de los peruanos que nos honren con su amistad; comprendo que el papá de Lucía como peruano no quiera que su familia tenga relaciones con los chilenos, con los enemigos de su pais; pero como ya se lo he dicho a usted, aquí somos extranjeros, neutrales...

La señora se sonrió diciendo esto último.

Todo eso no tenia nada de novedad para Alvar que sabia mui bien la especie de entredicho en que se mantenia gran número de familias peruanas con los miembros del ejército chileno. Mas, no por conocer la razon, dejó de sentirse anonadado por la noticia que le dió la señora.

Desde aquel dia, no pudiendo hablarse, ambos enamorados hubieron de recurrir a otro expediente.

La caligrafía entró en escena.

No faltó un niño sirviente de la vecindad que quisiera desempeñar el oficio de correo ambulante, previo el correspondiente franqueo de algunas propinejas.

Las cartas fueron ardientes; habia en ellas todo ese fuego que irradiaban los negros ojos de Lucía y el fogoso corazon de Alvar; todo el fuego de ese sol de los Incas que hace madurar los plátanos y las granadillas; de ese sol que dos veces al año, trasitando por los signos de Escorpion y Acuario, desde el cenit alumbra y abrasa la ciudad del Rimac.

Al período de las cartas sucedió otro: el de las citas.

Hubo citas.

Eso sí que fueron rápidas, breves, llenas de interrupciones y sobresaltos.

La casa en que vivia Lucía era habitada por diversas familias y personas; ella con sus padres ocupaban un departamento en los altos.

La escalera que hasta ellos conducia, quedaba en ese tiempo en una completa oscuridad. Habia ahí, es verdad, una lámpara; pero no se encendia. Por ese tiempo el papel moneda, el billete, habia bajado mucho; mas, no habia bajado la parafina necesaria para cebar la lámpara, y ademas como consecuencia natural de la guerra el

pago de los arriendos no era mui exacto, de manera que el propietario de aquella casa y de aquella lámpara creyó justo no alumbrar bien a los que le pagaban mal.

Mediante aquella oscuridad, pudo Alvar introducirse a menudo en la casa sin ser visto. Subia la escalera y esperaba un instante hasta que Lucía, advertida de antemano, ocurria al sitio convenido. Pero solamente podia ella permanecer un instante ahí, pues tenia que entrar a cada momento a sus habitaciones para evitar que notaran su ausencia; además constantemente estaban entrando y saliendo personas de la vecindad; Alvar se escondia entónces detras de una puertecilla que habia al fin de la escalera, y Lucía, lijera y medrosica como llama de La Sierra, corriendo se entraba en su departamento.

Estas citas con todas sus interrupciones y continjencias, y quién sabe si por esto mismo, tenian un gran encanto para ambos enamorados.

En este estado estaban las relaciones de la enamorada pareja unos pocos dias ántes del domingo en que vimos a Alvar pasando por la calle de Zamudio, cuando una noche, durante una de aquellas citas, Lucía en medio de tristes sollozos le refirió a su amado una resolucion de sus padres: querian que volviera al Colejio de Belen, de donde hubiera ella salido hacia más de un año, y que entrara allí a pupila para no salir sinó una vez al mes. El motivo que les sujiriera esta idea no se lo habian comunicado.

Lucía y Alvar encontraron que aquello era un acto de despotismo, de atroz tiranía.

Bajo tal amenaza quedaron anonadados como Dámocles bajo la espada de Dionisio.

Pero mas osados que Dámocles, creyeron que ellos tambien debian tomar alguna resolucion para contrarestar la tiranía.

Ya los veremos en la obra.................

....

Alvar, en cuyos oidos repercutian como los últimos ecos de una melodiosa música aquellas palabras, «a las ocho y media,» continuaba su marcha hácia el cuartel apresurando el paso.

VI

Una comida en el cuartel.

En el momento en que el teniente llegaba la puerta del cuartel se oyeron los tres golpes dados al parche del tambor que, conforme a lo dispuesto por la táctica, sirven para que los cornetas y tambores procedan a ejecutar el toque correspondiente a la hora. Otros tres golpes más roncos y sonoros retumbaron; eran éstos dados al bombo, lo que indicaba que tambien la banda de música debia tomar parte en el toque alternándose con la de tambores y cornetas.

Se iba a tocar la llamada.

A juzgar por el nombre que se le da, cualquiera puede pensar que la *llamada* sirve para llamar a los soldados a su cuartel; pero no es así en realidad: la llamada sirve para anunciarles que ya debian estar en su cuartel, del mismo modo que cuando un individuo atraviesa distraidamente una calle y es atropellado por un coche, el golpe sirve para anunciarle que no debia haber pasado por ahí.

Al oir aquellos tres golpes, algunos soldados que iban dirijiéndose a su cuartel redoblaron el paso, apresurándose tanto más cuanto más léjos estaban de la puerta del cuartel.

Cada uno iba diciéndose en sus adentros si alcanzaria a llegar a tiempo; es decir, si alcanzaria a entrar al cuartel, llegar a su cuadra, ponerse su fornitura, cojer su rifle y entrar en las filas de su compañía; si alcanzaria a hacer todo esto de manera que cuando el sarjento primero pronunciara su nombre, pudiera él contestar «firme» y terciar su rifle.

Si no alcanzaba a hacerlo a tiempo, se le consideraria como *atrasado* y no seria raro que se llevara su arresto. Dar en el instante preciso la contestacion de «firme,» hé aquí lo que se trataba de lograr.

La banda habia comenzado ya a tocar la llamada, y miéntras hacia oir algun valse o mazurca, todavía solia verse venir algun soldado de quien las gruesas gotas de sudor que le surcaban el ajitado rostro anunciaban claramente el apuron que se habia dado en el camino, y sin embargo iba a ser de los *atrasados*, él lo sabia, pues el estar ya la banda tocando a una cuadra del cuartel era una señal segura, pero de todas maneras se apresuraba, tal vez abrigaba la esperanza de que el sarjento primero hubiera pasado la lista mas despacio que de costumbre, o cualquiera otra feliz casualidad inesperada. Pensaba que si echara a correr quizás llegaria a tiempo; pero un soldado no puede correr por la calle, ni

ménos llegar corriendo al cuartel, pues esto seria lo suficiente para que cayera al calabozo con más lijereza que la de una piedra al caer en un pozo.

La banda habia comenzado a tocar la segunda pieza y algunos capitanes del batallon, entre ellos Lostan y Galvez, que formando un pequeño corrillo habian estado oyendo la música, comenzaron a dirijirse a sus compañías.

En éstas debian ya estar los oficiales subalternos de ellos. Es una regla fija que el inferior debe hallarse ya en su puesto cuando llega el superior. De modo que cuando un capitan se presenta a su compañía a la hora de diana, llamada, retreta u otra distribucion, toda ella debe encontrarse ya lista y completa.

Este es uno de los grandes temores que trae el soldado que viene atrasado: si habrá llegado ya su capitan a la compañía. Esto agrava el atraso, es un término medio entre el *atrasado* y el *falto*.

Por fin entró la banda al cuartel y se tocó *lista*.

Siendo aquel un dia festivo, no se hizo ejercicio de armas ni otro trabajo; así es que se dió puerta franca nuevamente.

Galvez y Lostan se habian juntado con otros dos de los capitanes.

—¿Qué hacemos miéntras llega la hora de comer?—dijo uno.

—Yo tengo un coche descubierto en la puerta del cuartel,—contestó otro,—vamos a dar una vuelta por las calles...

—Aceptado,—exclamó Lostan,—a esta hora los balcones se convierten en jardines de flores vivas...Yo designaré los barrios por donde pasaremos...

—¡Alto ahí!—cada uno designará a su tiempo una calle.

—Convenido... Ya te comprendo... tú querrás pasar por Santa Teresa...Yo les indicaré un barrio donde hai un balconcito notable en que aparecen tres beldades que son Las Tres Gracias, por no decir las tres estrellas lucientes de Orion.

—En marcha, en marcha.

Los cuatro capitanes subieron en el coche mencionado.

Razon habia tenido Lostan al decir que a esa hora los balcones se convertian en jardines de flores vivas.

Si no en todos, en gran parte de ellos aparecian lindas jóvenes, que como una reina en su trono, ellas, reinas tambien de la hermosura, se presentaban a recibir el homenaje debido a la belleza.

Los balcones se han hecho para las hermosas.

La hermosura se ha hecho para ser vista y no para tenerla escondida entre cuatro paredes como hacen los avaros con sus lucientes doblones. Dios ha dotado a los planetas de un movimiento de rotacion para que todos sus habitantes puedan contemplar la belleza del sol.

Durante una hora recorrieron los cuatro capitanes diversas calles, y despues de tomar de pasada un *bitters* donde Broggi, regresaron al cuartel. Era la hora de comer.

Todos los capitanes del cuerpo comian reunidos: tenian juntos su rancho.

Cuando entraron al comedor ya la mesa estaba lista. Se hallaba ahí otro capitan a quien desde luego llamaremos Aliaga. Este recibió a los recien llegados diciéndoles:

—Al fin llegaron.

—Al fin llegamos,—contestó Lostan;—pero me parece que aun estoi en el coche porque todavía veo en la imajinacion tanta bella como divisamos.

—Ya era hora de comer; son más de las seis.

—¡Cuándo será el dia que no te oiga pronunciar la palabra comer! Comer y comer; eso es lo único que te preocupa; tú perteneces a la categoría de aquellos que viven para comer...

—De todo me gusta un poco; pero lo primero es el estómago...

—Lo primero es el corazon, que es el que sabe amar.

—Así será; pero el amor con el ayuno es como una ensalada sin asado;—esto contestó Aliaga, y dirijiéndose a un asistente añadió:—que sirvan la comida al momento.

Se sentaron todos y fueron servidos.

Al concluir la sopa apareció otro capitan. Era Robert.

—Otro atrasado,—dijo Aliaga.

El recien llegado colgó en una percha su espada y su képis y pasó a sentarse.

—Qué risueña traes la cara,—le dijo Galvez;—¿te ha ido bien por ahí?

Robert se sonreia con un aire satisfecho poniéndole sal y pimienta a su sopa.

Al fin de un rato dijo haciendo un jesto expresivo:

—¡Si yo les contara!

—A ver, anda contando.

—Váciate porque estás que revientas por hablar.

—Pero, hombres,—replicó Aliaga,—déjenlo comer.

—Ya salió Aliaga hablando del comer, —exclamó Lostan.

Entre cucharada y cucharada comenzó a decir Robert:

—¡Si yo les contara!... Una chica de diez y seis abriles... un par de manos aristocráticas... y ¡qué ojos!... qué talle!... qué pies!... ¡de lujo!... Un paseito en coche al Cercado... un rato de conversacion en un huerto tomando una copa de cerveza...

—¿Y qué más?

—Aceptacion para mañana de una invitacion para ir a comer en un hotel... hoi, imposible... ¡las conveniencias sociales!... ¡De lujo!... qué perfumes!... Atkinson lejítimo...

—Hombre,—le dijo Aliaga interrumpiéndole,—cóme tu estofado... se te enfria... el estofado frio no...

—Déjame de estofados... si tú estuvieras como yo bajo la impresion de aquel rostro divino que he estado contemplando durante una hora... todavía me parece sentir una manecita en la mia...

En ese momento hizo su entrada otro oficial; era el único que faltaba del rancho. Entregó su espada y su képis a un asistente y fué a sentarse.

Al ver a Robert exclamó:

—No esperaba encontrarte aquí... como estabas allá en el Cercado tomando cerveza en compañía de una *mancarrona* de más de cuarenta...

—¡Cómo!—gritó Lostan;¿—no era una niña de diez y seis abriles?

—¿Qué?... una vieja... hubiera sido siquiera buena moza, pero llegaba a dar pena de verla tan fea...

Una carcajada jeneral acojió estas palabras, y se oyeron entre las risas preguntas como éstas:

—¿Conque así era la de diez y seis abriles?

—¡De lujo!

—¡Qué encanto!

—¡Qué talle!

Robert no se cortaba y gritó:

—¡Qué! le hacen juicio ustedes a este *guaso* de Orrego... la equivoca con la dueña del hotel...

—No la equivoco... llegaste en coche con ella... tomaron cerveza... más de media hora... Yo estaba ahí y no quise ir a hablarte porque no me gusta ni acercarme a las viejas...

Las risas se repitieron con más fuerza. Pero Robert, como buen militar, no queria rendirse y dirijiéndose a Orrego gritaba:

—¡Qué entiendes tú de hermosura!... tu eres un *guaso* que no sabe más que sembrar papas y sobar látigos...

—Con todo,—contestó el aludido,—ni para hacer un látigo sirve el pellejo arrugado de esa vieja...

—¡Ah, ja, ja! ¿Conque ya tiene el cuero arrugado?—gritaron otros riendo.

—Como una manzana seca.

—¡Ah, ja, ja! Y ya tendrá tambien largos los colmillos...

—Más largos que los de un *chancho*.

—Cállate, guaso remoto, que no has podido todavía acostumbrarte a ver jente ni a saber apreciarla...

—¡A esa basura! ... ¿cómo quieres que la *aprecée?*...

—¡Ah, guaso! aprende siquiera a hablar: que la *aprecie*...

Esta correccion fué acojida con nuevas carcajadas. Orrego queriendo enmendar su error, gritó:

—Así he dicho: que la *apriece*...

Nuevas risas.

—Que la aprese...

—Que la apriete...

—Que la aprense...

—Todos esos cariños merece aquella vieja.

—?En qué quedamos? *¿aprecée* o *apriece?*

Orrego habia pasado ahora en vez de Robert a ser el blanco de las palabras y dichos zumbones. Pero él se defendia como podia y trataba de hacer caer sobre otro el peso de las bromas.

Por fin lo consiguió. En un momento en que entre bocado y bocado dejó Aliaga salir algunas palabras picantes, le gritó:

—¡Tambien te ries tú!... ya estás contento y todavía no te has comido más que cinco platos.

—No le levantes ese falso testimonio a Aliaga... si aun no se han servido más que cuatro...

—Sí, pero él repitió del pescado...

—Y tambien del estofado...

—Del estofado no, no he repetido...

En ese instante un asistente vino a poner delante de Aliaga un plato de este último guiso.

Grandes risas acojieron este acto.

—Yo no habia pedido más estofado,—dijo Aliaga al asistente.

Este no se atrevió, por supuesto, a contradecirle, e hizo ademan de llevarse el plato.

Aliaga lo detuvo diciendo:

—Ya que está aquí, déjelo;—y añadió dirijiéndose a sus compañeros:—no soi tan tonto que por hacer juicio de los disparates de ustedes me quede sin comer...

—¡Sin comer!... y ya te has comido más de dos libras...

—Dí, sin llenarte...

—Sin hartarte...

—Sin repletarte...

—Entre el responder y el comer, estoi por el comer...

Y cumpliendo con lo que decia, Aliaga se puso a comer dejando sin respuesta las bromas.

Con esto hubo un momento de silencio.

Lostan lo rompió haciendo a Galvez insinuacion de tomar su copa a la vez que le decia:

—Por ellas, por aquellas dos perlas de hoi; porque tengamos ventura en nuestra aventura.

Ambos bebieron.

—¿Y quiénes son ellas? — preguntó Orrego.

—Dos soles; el que las mira queda ciego.

—¿Dos soles de papel o dos soles de plata?

—Dos soles de fuego y luz.

—¡Cuidado con tantos soles! no les vaya a dar una *exhalacion*...

—Una insolacion, querrás decir; no seas *guaso*...

—No será raro que las dos perlas, los dos soles de que hablan sean un par de *mancarronas* como la vieja de Robert...

—Si llegaras a conocerlas algun dia les pedirias perdon por tus malos pensamientos.

—Preséntamelas y veré si tienes razon.

Lostan y Galvez se rieron. Este dijo:

—Todavía no nos hemos presentado nosotros a ellas y ya quieres que te presentemos a tí.

—¡Hum!... están por conocer la plaza y ya cantan victoria como si hubieran tomado *posicion* de ella...

—¡Dí, posesion!...—gritó Lostan;—más vale que te calles, porque cada vez que abres la boca se te cae un disparate.

—Mejor para mí; ménos me quedan adentro.

—Te aplaudo la respuesta; es mui filosófica; merece que la celebremos con una copa... ¡salud!

Todos bebieron un trago de vino.

La comida continuó en medio de las chanzas y bromas de palabras con que la amenizaban, teniendo todos el buen criterio de no enfadarse, con lo cual al fin y al cabo solo habrian conseguido hacerse embromar con más inclemencia.

Las anécdotas y chascarrillos se intercalaban con los recuerdos de las campañas y de los memorables episodios que venian sucediéndose desde hacia cuatro años.

A cada instánte se oian los nombres de algunos que habian caido ya en los campos de batalla, ya en las ambulancias, pero que vivian, como vivirán siempre, en la memoria de sus compañeros. Se oian sus nombres ya recordando sus caracteres, ya recordando sus aventuras, jeneralmente las que habian tenido algo de jocoso. Todos ellos habian sido por lo comun, como éstos, jóvenes, alegres, buenos camaradas, siempre dispuestos a decir alguna chanza o hacer alguna broma.

A las siete y media el tambor de la guardia anunció con tres golpes que se iba a tocar la retreta.

Esto puso fin a la conversacion de sobremesa.

Algunos de los oficiales se dirijieron por un momento a sus habtaciones y otros a la puerta del cuartel a oir la retreta.

....

Eran ya más de las ocho, cuando despues de haber concluido de tocar la banda y despues de haberse pasado lista, se tocó *silencio*.

A esta hora podian salir los oficiales que no estubieran ocupados.

El primero que se aprovechó de esta licencia fué un oficial a quien ya conocemos: el teniente Víctor Alvar.

Aun vibraba la última nota *morendo* de la corneta, cuando él salia por la puerta del cuartel.

En ese mismo instante se detenia un coche frente a esa puerta y bajaba de él una persona en quien Alvar reconoció al coronel del cuerpo.

El oficial de la guardia salió a recibirlo con el proverbial:

—Sin novedad.

—Que no salga nadie del cuartel hasta segunda órden,—dijo el coronel.

Alvar no alcanzó a oir estas palabras.

Estaba ya en la calle. Si las hubiese oido seguramente hubiera vuelto a entrar al cuartel y con esto quizás habria evitado una gran desgracia.

VII

Un paso hácia las tinieblas.

A unos cuarenta pasos de la puerta del cuartel estaba estacionado un coche. El cochero al divisar al oficial se bajó del pescand y abrió la puertecilla. Seguramente lo esperaba.

Alvar entró en el coche diciendo al auriga:

—Calle de Llanos.

El vehículo rodó.

Cuando hubo llegado a la calle indicada y faltaban unos veinte metros para entrar en la de San Diego, el jóven gritó:

—Pára.

Se detuvo el coche y aquél añadió:

—Me esperarás aquí; tal vez demoraré cerca de una hora, pero no te vayas.

El cochero, a quien iban dirijidas estas palabras, contestó afirmativamente.

Alvar descendió.

Su traje habia sufrido cierta metamorfósis. En vez de képis llevaba un sombrero de paño negro y un capote, sin ningun boton amarillo que pudiera anunciar la condicion de su dueño, le cubria por completo el uniforme.

A pesar de la luz del gas que ahí habia, nadie habria podido sospechar en vista del traje que aquel jóven era un oficial del ejército chileno.

Alvar echó a andar.

Al llegar a la calle de Zamudio siguió por ella.

Cuando estuvo frente a la puerta de la casa de Lucía, entró resueltamente, y como conocedor del camino, apesar de la oscuridad trepó sin vacilar por la escalera, pero tambien sin hacer ruido.

Una vez llegado al fin de ella, esperó.

A pocos pasos de distancia se veia la puerta del departamento ocupado por la familia de la niña. Una tenue vislumbre permitia divisar las sombras de los que pasaran por ella.

Así sucedió al cabo de dos o tres minutos: una sombra pasó por delante de la puerta.

Alvar hizo un lijero ruido restregando un pié en un tramo de la escalera.

La sombra avanzó hasta cerca de él.

Era Lucía.

—Acérquese sin temor, soi yo,—dijo Alvar en voz baja.

—A cada instante he estado llegando hasta la puerta,—contestó ella en el mismo tono,—aunque todavía faltan cerca de cuatro minutos para las ocho y media.

—¿Sí? yo creia que fuera ya la hora; ya se ve que las horas en que espero verla a usted no las cuento por el reloj, sino por los latidos del corazon,—replicó Alvar cojiendo las manos de la niña y atrayéndola hácia sí.

Ella se dejó arrastrar con dulce abandono.

—¿Y qué ha dicho hoi su papá?—le preguntó Alvar.

—Está más resuelto que nunca.

—¿A que vuelva usted a Belen?

—Sí, pues,—contestó ella con un tono impregnado de tristeza.

—Pero eso es atroz, no puede ser...

—Hoi apénas anocheció estuvo en casa un señor a quien no conozco; papá permaneció como una media hora a solas con él en su habitacion, y luego que se hubo ido, me llamó para decirme que tuviera lista mi ropa y mis libros porque mañana volveria al colejio...

—¿Mañana?... tan pronto?—dijo el teniente a quien esta noticia causó la más penosa impresion.

—Sí, mañana temprano...

—Pero, ¿no le dijo usted que ese era un sacrificio que le imponia?

—Sí, como se lo he dicho tantas veces, —respondió la niña lanzando uno de esos suspiros trémulos que se escapan de un pecho oprimido por algun doloroso pesar;— ya estoi demasiado grande para volver al colejio... hace más de un año que salí de él... todas las que eran mis amigas y compañeras de clase ya se han salido; algunas están ya casadas... Voi a encontrarme allá solo con las que llamábamos las chicas... Al verme regresar me harán zumba, seré el objeto de sus burlas, y como tengo más edad que ellas me llamarán la vieja... bien recuerdo que cuando yo estaba en el colejio a una grande que habia la llamábamos *Doña Pavona*; vea usted qué feo nombre... a mí tambien querrán ponerme algun sobrenombre... Pasar la vida encerrada sin ver más que a las *madres*, las monjas, y a las colejialas; sin salir a la calle más que una vez al mes...

—Es una locura lo que pretende su papá. ¿Y qué ha contestado cuando usted le ha hecho ver todos esos inconvenientes?

—Su respuesta es siempre la misma: «Es preciso... es necesario hacerlo así»... me dice.

—Pero usted ya no necesita volver al colejio; su instruccion es superior a lo que requiere una niña en la sociedad... Yo no veo en esa pretencion otra cosa que un capricho que es una demencia.

—Cuando esta noche me anunció que mañana debia partir, me eché a llorar... he llorado mucho... tengo los ojos enrojecidos... El me abrazó cariñosamente y me dijo:—Para mí tambien es un gran sentimiento separarme de tí; pero, es preciso.

—¿Y no supone usted que motivos tendrá su papá para hacer ésto?

—No sé qué pensar. Esta noche me ha dicho que su resolucion es irrevocable.

—De manera que ya no hai esperanzas de que ceda

—No, pues.

Alvar estrechó a la hermosa niña en sus brazos como si temiera que se la arrebataran y le dijo:

—Entónces ha llegado ya la hora de que usted me cumpla su promesa.

—¡Ai! no me atrevo...—contestó ella toda temblorosa.

—¿Vacila usted cuando ha llegado el mo mento? Quiere usted que nos separemos, que no nos veamos tal vez nunca más; quiere usted ser encerrada en un colejio que es un convento, y que yo quede sin poder hablarla, verla, ni escribirle siquiera; sin que aun sepa qué es de usted... esto es imposible. Si usted me ama como yo la amo comprenderá que no podemos vivir completamente separados. Me habia hecho usted la promesa de que si la obligaban a irse al colejio huiria conmigo, me lo habia jurado. Confiando en su palabra y en su juramento, ya no temia yo que pudiera efectuarse la separacion y continuaba amándola cada vez más y creyendo en que era correspondido, y ahora que llega el momento de cumplir, vacila usted.

—Sí,—balbució ella titubeando,—no me atrevo... dar ese paso, me asusta...

—Lucía,—dijo el jóven con apasionado acento y estrechando las manos de la niña, —¿Tiene usted desconfianza de mí?

—¡Oh! nó,—contestó ella con vehemencia,—lo amo mucho para eso.

—¿Entónces, que le asusta?

—No sé... abandonar esta casa, abandonar a papá...

—Es él quien lo quiere, quien quiere separarse de usted.

—Se lo diré con franqueza; he pensado mucho en esto; varias noches no he dormido, he sentido fiebre pensando en ello, y siempre he quedado indecisa. Escuchando a mi corazon debo seguirlo a usted, irme con usted donde me lleve, porque conozco que solo a su lado puedo ser feliz... porque lo amo... pero al mismo tiempo siento un temor que me embarga... yo no sé... es algo que me atormenta... Yo no conozco el mundo sino por los libros que he leido, y en ellos he visto la historia de tantas niñas que han abandonado su casa y han sido tan desgraciadas...

—Los libros pintan las cosas a su manera.... habrán sido desgraciadas las que no hayan sido amadas de véras...

—Es verdad.

—Las que hayan amado a un hombre sin corazon, sin conciencia...

—Sí,—murmuró Lucía.

Alvar guardó un instante de silencio y luego estrechando en sus brazos a la niña la dijo con un acento de súplica a la vez que resuelto:

—Esto es todo... dígamelo con franqueza... no tema ofenderme... ¿qué piensa usted de mí, Lucía?

Ella, como si arrancara sus palabras de lo mas íntimo de su corazon amante, contestó con dulzura:

—Yo tengo fé en usted.

Hacer esta confesion equivalia a dar su consentimiento; así lo comprendió Alvar y cediendo a un trasporte de la pasion, imprimió sus ardientes labios en los de la enamorada niña.

—Esas palabras,—la dijo,—han salido de su corazon... crea usted en él, siga sus impulsos... La suerte nos ha puesto en el mismo camino y el amor nos ha unido; ya no podemos separarnos; somos el uno del otro. Quieren alejarnos mutuamente cuando ya nuestras almas forman una sola, esto no puede ser; es preciso huir.... vamos...

Y diciendo esto Alvar tràtaba de arrastrar suavemente consigo a Lucía.

Ella haciendo un lijero movimiento se soltó de sus brazos.

—Sí,—contestó con voz entrecortada,—estoi resuelta a todo... pero ántes... un momento... una última prueba...

Y se escurrió prestamente dirijiéndose hácia la puerta por donde habia venido.

—¡Lucía! Lucía! vuelva usted...¡—exclamó implorando el jóven.

—Sí, sí; espéreme,—contestó ella.

Y entró por la puerta designada.

Atravesó una habitacion y pasó a otra. En ésta se encontraba un caballero como de cuarenta y cinco a cincuenta años. Estaba sentado junto a una mesa y leia unos papeles manuscritos que parecian preocuparlo profundamente. En otro extremo de aquella pieza, una señora arrellenada en un sillon leia un libro.

Aquel era el padre de Lucía, y la señora una hermana de él.

Ninguno de los dos pareció notar la entrada de la niña.

Esta buscaba en su acalorada imajinacion alguna palabra que dirijir a su padre; pero no la encontraba. Sin darse cuenta de lo que hacia se puso a hojear algunos papeles de música que ahí habia encima de un piano.

Al cabo de un instante el caballero dejó un papel sobre la mesa para tomar otro, y en el intervalo fijó su vista en la niña.

—¿Estás escojiendo los papeles de música que vas a llevar al colejio?—le dijo; —haces bien; que todo quede preparado para mañana.

—Papá,—balbuceó ella con la voz impregnada de llanto y acercándose a él,—¿persiste usted en esa determinacion?

—No me hables más de ello; es preciso hacerlo así...

Esto lo dijo con una entonacion que no admitia réplica. Lucía sintió un hielo en el corazon; por instinto conoció que aquella respuesta habia decidido su suerte.

La señora levantó en ese momento la cabeza para decir:

—Ya ves; papá lo quiere; ahora prepararemos tu baul...

—Prefiero acostarme temprano y levantarme tambien temprano mañana para hacer eso.

—Bien,—contestó la señora volviendo a su lectura que parecia interesarla mucho.

Lucía se dirijió a su alcoba.

Habia tentado lo que ella llamaba una última prueba..................................

....

Alvar habia quedado esperando lleno de dudas.

Varias veces tuvo que ocultarse porque algunos vecinos habian subido o bajado por la escalera.

Habrian trascurrido unos veinte minutos, cuando divisó una sombra en quien reconoció a Lucía, más por intuicion que por lo que podia distinguir en la oscuridad.

Alvar extendió los brazos y recibió en ellos el cuerpo lánguido de su amada.

Una circunstancia le explicó la resolucion de Lucía.

Sintió que la niña traia ahora la cabeza envuelta en un manto. Esto hablaba claramente: estaba determinada a huir.

—Vamos,—murmuró Alvar.

—Víctor,—balbuceó la niña con una voz que partia del alma y echando sus brazos al cuello del jóven:—Víctor, desde este momento, desde que yo avance un paso en esta escalera, ya no hai para mí más que usted en el mundo... mi casa, mi familia, todo lo pierdo; si presiente que algun dia me ha de olvidar, por lo más sagrado se lo suplico, no me obligue ahora a abandonar mi casa... no quiera usted que algun dia esta pobre niña que lo ama tanto llegue a verse en medio de la calle sin tener a quien volver los ojos...

Estas tiernas palabras hicieron la más profunda impresion en el jóven, que contestó sin titubear:

—Eso nunca miéntras yo viva; le doi mi palabra de honor.

Lucía se dejó conducir por Alvar.

Un momento despues subian ambos al coche que habia quedado esperando en la calle de Llanos..................................

....

Aunque Alvar, como lo dijo él, tenia la promesa de Lucía de que si su padre persistia en enviarla al colejio se saldria de su casa, no habia creido que llegara ese caso y, por consiguiente, no habia tomado la precaucion de tener un lugar preparado donde llevarla. Dejándose arrastrar por su amor y por su carácter impetuoso no vaciló. sin embargo, en emprender aquella aventura, sin reflexionar, sin pensar en las tremendas consecuencias que podia tener.

Amaba y era amado: hé ahí todo lo que veia.

Comprendia que en entrando Lucía al colejio la perderia tal vez para siempre. Esto le pareció ser un tremendo sacrificio que era preciso evitar. Para ello lo primero era que Lucía abandonara su hogar esa misma noche; mas tarde ya no seria tiem-

po. Una vez que ella se encontrara libre de lo que él llamaba la opresion paternal, se pensaria en lo demás.

La prudencia y el amor no pueden marchar mucho tiempo unidos: el uno es hielo y el otro es fuego. El uno mengua cuanto el otro crece, como la nieve se deshace a medida que calienta el sol.

Cuando se vió Alvar con Lucía en el coche, pensó que era preciso dirijirse a alguna parte. No teniendo él más casa que el cuartel, no le quedaba otro recurso que dirijirse a un hotel. Así lo hizo: dió al cochero el nombre del hotel X.

Lucia estaba toda llena de sobresalto y temor. El corazon le latia con tal violencia que le hacia dificultosa la respiracion. Viéndola Alvar en ese estado, trató de reponerla a fuerza de caricias y ardientes palabras con que le expresaba su amor.

A pesar de su poca experiencia ella presentia la gravedad de su situacion, aunque tal vez no alcanzaba a tomarle todo el peso, a apreciarla en todo su valor. El paso que acababa de dar era de aquellos que ejercen la influencia más trascendental en la vida de una niña, de los que deciden de un solo golpe su porvenir, su suerte, su existencia entera: es como jugar su fortuna, su felicidad, en una sola partida, en una lotería donde para uno que gana hai mil que pierden.

Cuando llegaron al hotel designado por Alvar, éste entró en él y pidió un departamento que constaba de dos piezas. Una vez que se lo hubieron preparado, volvió en busca de Lucía.

El cochero fué despedido y ambos amantes entraron en el hotel.

Lucía se habia cubierto el rostro con su manto; pero esta precaucion fué inútil porque no hallaron a nadie en el trayecto que recorrieron hasta entrar al departamento que los esperaba.

Alvar cerró con llave la puerta e hizo sentarse a la niña en un sofá.

—Estaremos aquí,—la dijo, colocándose al lado de ella,—hasta mañana que yo buscaré un lugar más escondido y retirado donde podamos estar con mayor seguridad.

—Sí,—contestó ella,—donde no pueda encontrarme papá, porque yo no puedo volver a verlo, me moriria de vergüenza.

—No tenga usted cuidado; estaremos en una casita donde no podrá hallarnos por más que nos busque.

—Seguramente él me ha de buscar; pero solo desde mañana.

—¿Por qué?

—Antes de salir dije a mi tia que iba a retirarme a mi alcoba, a dormir.

—Así es que creerán que está usted aún allá y solamente mañana la echarán de ménos.

—Es natural.

—¿Se acordó usted de hacer lo que habíamos concertado anteriormente?

—¿Qué era ello?

—Que si llegaba el caso de dejar usted su casa escribiria...

—Si me acordé; dejé sobre mi velador un papel escrito a papá diciéndole que me iba fuera de Lima.

—De manera que pensará en buscarla fuera de la ciudad.

—Sí, si acaso cree en lo que le he escrito.

—Por lo ménos eso le hará entrar en dudas y nosotros tendremos tiempo para escondernos mejor. Estaremos en una casita sin mantener por algun tiempo relaciones con nadie...

—Yo no quiero ver a nadie,—le replicó Lucía con rapidez interrumpiéndole,—a usted no más...

—Tiene usted razon,—contestó él estrechando tiernamente en las suyas las suaves manos de la niña;—yo tampoco quiero ver a nadie más que a usted. ¿Qué nos importa el mundo a nosotros? ¿Qué más compañía necesitamos que la de nuestro amor? Y yo, Lucía, la amaré tanto que la haré olvidar su soledad.

—Sí; ámeme usted,—replicó ella con un acento de súplica y saturado de pasion que el jóven no pudo oir sin enternecerse,—ámeme usted mucho, ámeme siempre; su amor es todo para mí, es lo único que anhelo; por él me he dejado arrebatar, lo he abandonado todo; lo que me ha impulsado a dejar mi casa no ha sido el temor de volver al colejio, sino el de no poder verlo más a usted; ámeme siempre; no hacerlo seria la mayor ingratitud para con esta pobre niña que no sabe sino amarlo, que no sabe sino vivir para usted. Si dejara de amarme, ¡qué seria de mí, sola en el mundo!..

—¡Dejar de amarla! Si pudiera usted leer en mi corazon no pensaria en eso. Tal cosa no sucederá nunca. La suerte y el amor nos han unido para siempre.

Alvar, preciso es reconocerlo, hablaba de buena fé: decia lo que sentia. Pero ¿qué

mortal puede leer en el libro del porvenir? ¿Quién puede saber lo futuro? Y en amores ¿quién es bastante dueño de su corazon para gobernarlo en cualquier momento, y mucho ménos para imprimirle un rumbo fijo en lo venidero?

Dejemos a Lucía y a Alvar entregados a su dulce coloquio y trasladémonos con la imajinacion a otro lugar.

VIII

Orden inesperada.

Ya hemos dicho que al tiempo de salir esa noche Alvar del cuartel entraba el coronel y ordenaba que nadie saliera.

Acto continuo, dirijiéndose a un soldado de la guardia, le dijo:

—Llámeme al mayor.

Diciendo ésto anduvo hácia el interior del cuartel.

No habia trascurrido más de un minuto cuando acudió el mayor.

Sin esperar que éste le diera parte de las novedades ocurridas, le preguntó:

—¿Cuántos faltos han habido a la retreta?

—Nueve, señor.

—¡Caramba! será preciso mandar comisiones a buscarlos.

—Mui bien, señor.

—Pero, ántes, óigame: mañana a primera hora sale el batallon para el interior.

—Mui bien, señor.—contestó el mayor, quien sorprendido por la inesperada noticia no halló más que decir, sino aquella frase rutinaria con que entre militares se da por bueno todo lo que viene de órden superior.

—¿Cuántos hombres tenemos disponibles?

—Setecientos cuarenta y uno.

—Para una espedicion al interior es preciso llevar solo a los que se hallen enteramente sanos y buenos.

—Es cierto, señor.

—Un individuo medianamente enfermo no solo es inútil, sino que es un estorbo tremendo.

—Es verdad, señor.

—El tren en que partirá el batallon saldrá a las ocho de la mañana.

—¿Entónces se tocará diana a las cuatro?

—Sí, a las cuatro.

—¿Qué equipó llevará la tropa?

—El capote, una frasada, morral y caramayola.

—¿Municiones?..

—Cien cápsulas cada hombre,

El mayor, haciendo ademan de retirarse, dijo:

—Voi a dar las órdenes; con su permiso, señor.

—Bien... Aunque, espérese. Haga llamar a los capitanes de compañía y déles aquí la órden.

—¿Corneta de la guardia?—gritó llamando el mayor.

El corneta acudió.

—Llamada de capitanes,—le dijo el mayor, lo que equivalia a ordenarle ejecutar ese toque.

El corneta obedeció y el toque indicado resonó en todo el cuartel.

Los oficiales estaban cavilosos con aquella órden de no salir nadie del cuartel, y lo mismo la tropa de la guardia que habia oido al coronel darla.

Se hacian mil conjeturas.

La llamada de capitanes acabó de inquietarlos: ese toque era poco acostumbrado, y mucho ménos a esa hora.

Los llamados se apresuraron a acudir.

En el camino se encontraron Galvez y Lostan.

—¿Para qué será esta llamada?—preguntó éste.

—Esa es precisamente la pregunta que vengo haciéndome.

—De seguro que no es para cosa buena... nunca estas llamadas son para hacerle a uno un regalo...

Cuando estuvieron los capitanes reunidos y formando «la rueda,» un semicírculo en rededor del mayor, éste les dijo:

—La diana se tocará mañana a las cuatro; a las seis y media se tocará tropa y las compañías formarán equipadas y listas para marchar.

En seguida les comunicó las demás órdenes que acababa de recibir del coronel.

Este, que se hallaba a un lado, agregó:

—Los oficiales no llevarán más equipaje que el que puedan cargar ellos mismos. Las compañías deben de quedar listas esta noche.

El mayor repitió esta órden, y despues de algunas otras recomendaciones, hizo un saludo con su képis, el que fué devuelto por los capitanes. Esta era la señal para que se retiraran a cumplir lo ordenado.

Cada capitan se dirijió a la cuadra de su compañía.

El cuartel, que un momento ántes se encontraba completamente tranquilo, cambió de aspecto repentinamente. Las órdenes trasmitiéndose de superior a inferior en las múltiples jerarquías militares, puede decirse que inundaron el batallon.

Llegando el capitan a su compañía, decia llamando:

—Que venga el *primero* (nombre abreviado que se da al sarjento de primera clase).—El sarjento de semana que vaya a llamar a los oficiales de la compañía.—Primero, que forme la tropa con todo su eq uipo, armamento y municiones.

El movimiento se hacia jeneral; era un ir y venir que a un extraño le habria parecido la confusion mas espantosa; pero en realidad aquel movimiento no era el de la mar tempestuosa en que las olas se atropellan y rompen unas con otras, sino el de una máquina en que cada pieza tiene una accion fija.

La tropa que ya estaba desnudándose, se vestia nuevamente y acudia a formar armada y equipada.

Por mui listo que se encuentre un batallon, siempre una partida da lugar a una multitud de preparativos y pormenores, y de ahí la multitud de órdenes.

—Ayudante,—decia el mayor dirijiéndose a un capitan ayudante,—pida una relacion de las faltas de equipo y armamento a las compañías.

—Bien, señor,—contestaba aquel, y añadia, gritando:—¡corneta! llamada de sarjentos.

Tocaba el corneta.

—¿Ayudante?—llamaba el coronel.

—¿Señor?

—El café de la tropa debe estar listo a las cuatro y media.

—Bien, señor.

Y el ayudante volaba a disponer lo necesario para que se cumpliera esta órden.

—¡Ordenanza! (nombre que se le da a un soldado de la guardia que se destina a hacer mandados;) ¡ordenanza!

—¿Mi mayor?

—Que venga el ayudante.

Luego llegaba el ayudante jadeando y preguntaba:

—¿Me ha llamado, señor?

—Sí; que salgan los oficiales de semana de las ocmpañías en que hai faltos con una comision a buscarlos.

—¡Corneta! llamada de sarjentos.

Pronto venian los sarjentos, a quienes el ayudante trasmitia la órden.

Todavía estaba en ésto cuando se le aparecia un soldado diciéndole:

—Mi ayudante, lo llama mi mayor.

Se apresuraba a ocurrir, y en el camino lo alcanzaba otro soldado para decirle:

—Mi ayudante, lo llama mi coronel.

Y hé aquí que el ayudante hubiera querido volverse dos o partirse por la mitad realizando la idea de Salomon con el niño disputado.

En cada compañía sucedia algo parecido.

La tropa se encontraba ya formada.

—Teniente, que cada cabo reviste su escuadra con mucha exactitud,—decia el capitan.

—Bien, señor.

—Lo más pronto posible, para revistar yo la compañía; y que tome nota de las faltas.

—Bien, señor.

—Mucho cuidado con las caramayolas, que no salgamos despues con que van algunas rotas... lo mismo con las correas de los portacapotes...

En esto llegaba el sarjento de semana diciendo al capitan:

—La llamada de sarjentos fué para pedir una relacion de la fuerza que pueda marchar.

—¡Primero!—llamaba el capitan.

—¿Mi capitan?

—Hágame una relacion de los individuos que estén completamente sanos... —Subteniente, ¿todavía no ha salido con la comision para los faltos?—Teniente, apure la revista.—El sarjento de semana que vaya a buscar los arrestados que estén en el calabozo para que pasen revista...

—Bien, mi capitan.—Ya voi a salir.—Ya están aquí...—contestaban respectivamente los interpelados.

Por fin llegaba el momento en que la compañía estaba lista para que la revistara el capitan.

A pesar de que constantemente se están haciendo esas revistas, y por más escrupulosidad que se gasta en ellas, nunca falta cada vez algo que reparar. Entre tantas como tiene el equipo de una compañía, nunca falta alguna correa descosida, alguna hebilla quebrada, y en jeneral, alguna prenda en mal estado. Aquí viene el rabiar del capitan, como ya lo habia hecho el

teniente, el subteniente, el primero, etc., sucesivamente, por escala.

Miéntras tanto en otro lugar el coronel preguntaba al mayor:

—¿Han traido ya las relaciones pedidas?

—Todavía no están todas; voi a mandar apurarlas.

—Bueno. Es preciso que todo quede listo esta noche para que mañana no tengamos atraso. Habrá que llevar las calderas del rancho. La banda quedará aquí, en Lima. Llevaremos solamente los cornetas. ¡Cuántos pares de botas hai en el almacen?

—Ciento cincuenta.

—Que se repartan a los que tengan más usadas sus botas.

El mayor recibia todo este cúmulo de órdenes y ya con la cabeza caliente, se apresuraba a llamar al ayudante para que las trasmitiera.

Y era un ir y venir de los ayudantes y un correr de los sarjentos de semana y un moverse de todos en jeneral para dar cumplimiento a aquella serie de órdenes que se sucedian con tanta prodigalidad.

El coronel entretanto se paseaba a lo largo de la mayoría, repasando en su imajinacion todos los preparativos que habia de hacerse al emprender una expedicion, para evitar olvidos que podrian acarrear, una vez puesto el batallon en marcha, inconvenientes y dificultades irreparables.

De esas meditaciones era de donde nacian las órdenes que tenian en contínuo movimiento todo el cuartel.

Al cabo de hora y media comenzaron a estar listas las compañías. Los soldados procedian a acostarse discurriendo y haciendo mil comentarios sobre el objeto y direccion de la marcha que iban a emprender; pero sin que esto les quitara el sueño, acostumbrados como estaban a la vida de campaña y, por de contado, a las marchas y contínuas expediciones.

Los oficiales, apénas se desocupaban de sus compañías, se dirijian a sus piezas con el objeto de preparar su equipaje, o mas bien dicho, con el de guardar el que iba a quedar en el cuartel, pues el que iban a llevar necesitaba mui poco preparativo; se reducia a un par de frazadas, una o dos mudas de ropa blanca, un morral en que se echaban cigarrillos, papel, sobres, pañuelos y algunos pequeños objetos de los más necesarios.

Cada oficial llamaba a su asistente y se oian diálogos como éstos:

—Toda la ropa al baul.

—¿Y la cama, mi teniente?

—Meterla en un saco; eso se hará mañana. Dame el uniforme de cuartel, que será con el que marche.

—Aquí está.

En cada pieza vivian varios oficiales, y como el espacio solia no ser mui extenso, los asistentes se codeaban unos con otros y las voces se confundian..................

....

—Además de la llave será bueno ponerle al baul unos cuatro clavos.

—Se le pondrán, mi teniente.

—Así no podrán meterse en él manos extrañas.

—¡Ai! hombre!—dijo otro oficial,—seis clavos le hice poner a mi baul cuando lo dejé para hacer la expedicion a Lima, y despues clavado lo encontré... pero vacío.

—Tuvistes más suerte que yo,—gritó otro,—que no encontré ni noticias del mio.

....

—¡Qué estás haciendo!

—Ensacando la cama, mi subteniente.

—¿Y dónde quieres que duerma esta noche? Guarda la ropa solamente.

—¿Y el lavatorio?

—Se envolverá en el colchon.........

....

En una pieza habian dos oficiales y tres asistentes. Uno de éstos, a quien desde luego llamaremos Peralta, se acercó a un teniente y le dijo:

—Mi teniente Alvar no está en el cuartel.

—Salió apénas tocaron silencio, de modo que debe de ignorar que estamos de marcha. ¿No sabes dónde habrá ido?

—No sé.

—Ni yo tampoco. De todas maneras será bueno que le tengas todo listo para cuando llegue. Si puedo salir esta noche trataré de buscarlo.

El que habia dicho ésto era el teniente Martel, el más íntimo amigo que tenia Alvar entre sus compañeros. Vivian en una misma habitacion.

El soldado Peralta, el asistente de Alvar, era un muchacho mui despierto a quien tendremos ocasion de conocer mejor.....

....

—Dame mi uniforme de cuartel,—dijo el capitan Lostan a su asistente, entrando en su pieza y comenzando a desnudarse.

El soldado obedeció.

—Anda guardando este que me estoi quitando.

En esa pieza por todo mueblaje habia dos catres, dos sillas, una mesa, un lavatorio, una especie de ropero, unos aparatos provisionales al lado de los catres para poner el candelero, y algunos baules y maletas.

De aquellos catres pertenecia uno a Lostan y el otro a Galvez.

Este entró cuando aquél estaba acabando de vestirse con su uniforme de cuartel en cambio del que ántes llevaba, el usado en los dias festivos.

—¿Vas a cambiar de uniforme?—preguntó Lostan a su compañero.

—Por supuesto,—contestó él; —tengo que salir esta noche, y si llego a demorarme por ahí, tendré que andar mañana apurado para cambiar de uniforme y guardar éste; no he de hacer la expedicion con el de parada.

—Pero, ¿es expedicion la que vamos a hacer?

—Tal vez; aunque el mismo coronel no lo sabe todavía; tiene solamente órden de tomar mañana el tren y llegar hasta Chicla, donde recibirá segunda órden.

—Me está dando en el corazon que no vamos a parar hasta La Sierra.

—Quién sabe.

—Ya está guardado el uniforme, mi capitan.

—Ahora guarda toda la ropa, los papeles, todo; enrolla la cama.

—¿Y dónde vas a dormir?

—Eso se verá; quiero que todo quede listo para no tener que andar con apuros mañana.

—¿Vas a salir esta noche?

—Naturalmente.

—Tú y yo contamos sin la órden que hai de que no salga nadie del cuartel.

—Esa órden ha de durar solamente hasta que estén listas las compañías; la suspenderá el coronel.

En ese momento entraron a la pieza los capitanes Aliaga y Orrego.

—¿Qué piensan hacer ustedes esta noche?—preguntó Orrego.

—Aun no lo tenemos resuelto,—contestó Lostan.

—¿Tienen algun compromiso?

—¿A qué viene esta pregunta?

—Es para invitarlos a pasar la noche juntos.

—¿Dónde?

—En casa de unas dos amigas.

—¿Solas?

—Con otras amigas.

—¿Habrá canto?

—Con piano y vihuela.

—¿Y baile?

—Serio y jocoso.

—Y tambien,—añadió Aliaga,—alguna cosilla que echar por la boca... su *seviche* de camarones, sus buenas butifarras, etc... yo me encargo de eso.

—Es preciso, para la despedida, pasar un rato alegre,—agregó Orrego.

—Comprendido y aceptado por mi parte.

—¿Y Galvez?

—No sé si pueda ir,—contestó éste;—tengo un compromiso.

Todos se sonrieron.

—Te diremos donde es la casa, y si te dejan tiempo irás a buscarnos.

—¿Dónde es?

—Calle de Ibarola, número 104.

—¿Quienes son los de la partida?

—Nosotros cuatro y Soler.

—Corriente,—dijo Lostan y añadió:—yo tambien tengo algo que hacer, pero ántes de las doce estaré con ustedes.

—Convenido. Lo mismo me dijo Soler, quien quedó de juntársenos a esa hora más o ménos.

Despues de esto Aliaga y Orrego salieron.....................................

....

Cuando el mayor dió parte al coronel de que las compañías se encontraban listas, éste dijo:

—En fin, ya está lo principal. Lo relativo al rancho y otras pequeñeces lo arreglaremos mañana.

—Es poco lo que queda por hacer.

—Ya se puede suspender la órden que dí al entrar.

—¿La de que no saliera nadie?

—Sí, lo hice para que se alistaran las compañías; ahora ya pueden salir los oficiales en la misma forma que las demás noches... tal vez algunos tendrán que despedirse de álguien...—añadió sonriéndose el coronel..........................

....

Razon tenia el coronel en decir esto último. Era natural que al emprender una marcha inpensada, que no se sabia cuánto podria durar, no les faltara a los oficiales de quien despedirse ni tampoco algunos asuntillos que arreglar ántes de partir.

Ello es que casi todos los que tenian derecho para ello salieron del cuartel.

Como no podemos seguirlos a todos, porque eso seria una tarea mui larga y pesada, sin contar con que seria tambien una tremenda indiscrecion, los dejaremos salir del cuartel, ya de a uno solo, ya en grupos de dos o tres.

IX

Herida misteriosa.

Lostan y Galvez salieron juntos del cuartel.

—La hemos hecho de oros,—decia Galvez miéntras caminaban,—¿qué van a pensar de nosotros aquellas Blanca y Olimpia?

—Todo se lo ha llevado la trampa,—replicó Lostan;—nosotros que esperábamos encontrarnos y hacer mañana amistad con aquel par de deidades, a la hora de la cita nos hallaremos en la empinada línea de la Oroya alejándonos de ellas a todo vapor.

—Si pudiéramos hacerles saber nuestra partida...

—Para eso seria menester encontrar al negro que les llevó hoi las cartas...

—Puede ser que lo encontremos.

—Dí tú; ir a cortar en el principio esta aventura que prometia tanto... yo me sentia ya perdidamente enamorado de aquellas preciosas desconocidas...

—¿Y la morenita de Santo Domingo?—preguntó Galvez chanceando.

—Tambien muerto de amor por ella, por todas ellas. Tú bien sabes que yo tengo bastante corazon para repartir amor a todas... Pasando a otra cosa, piensas asistir al convite de Aliaga y Orrego.

—Tal vez... cuando regrese al cuartel pasaré por allá... ahora voi a hacer una visita...

—Ya lo suponia,—replicó Lostan sonriendo,—vas a tu visita y segun la hora en que te dejen libre irás o no al convite. Yo tambien tengo que ver a un amigo y cumplir ciertos encargos; tan pronto como me desocupe iré a juntarme con ellos, con Aliaga, Orrego y Soler, que son los de la partida.

—Quedamos entónces en que si alguno de nosotros encuentra al negro de hoi le encargo de ir mañana temprano a avisar a nuestras desconocidas que nos será imposible ir al jardin indicado.

—Corriente. ¡Ai, hombre! tan lindas y perderlas... esta es la vida del militar en campaña: sonó la corneta, y abur...

Cuando los dos capitanes hubieron llegado a cierta esquina, se despidieron, y tomó cada uno distinta calle...............

....

Lostan se dirijió al hotel Maury donde tenia que ver a un amigo.

Estuvo con éste algun tiempo y en seguida se dedicó a cumplir ciertos encargos y pequeños compromisos que no queria dejar pendientes a su partida.

Para andar más lijero habia tomado un coche.

Como a las once se encontró desocupado y dispuesto a ocurrir al lugar donde lo habian invitado sus compañeros Aliaga y Orrego.

—Calle de Ibarola, número 104, dijo al cochero.

Este hizo correr a sus caballos en la direccion dada.

Miéntras rodaba el coche Lostan fumaba un cigarrillo y se iba diciendo:

—Hé ahí la instabilidad de las cosas mundanas, como dicen los filósofos; hace pocas horas me sonreia yo ante la idea de encontrarme mañana en dulce cita con un par de hermosas niñas, y hé ahí que en vez de eso iré en un tren sin saber a punto fijo hasta dónde, o habiendo llegado ya, no será raro que a la hora de la cita me halle trepando cerros como una cabra, en persecucion de montoneros y dándome de balazos con ellos... Y la morenita de Santo Domingo a quien no he hecho más que divisar con su par de brillantes ojos y su dulce sonrisa... ¡quién sabe cuándo volveré a verla!... El convite de Aliaga y Orrego es a casa de sus queridas, si están ellas dos solas me despido apénas llegue, incontinenti... pero han dicho que habrá algunas amigas; así la tertulia seria mas entretenida...

Una voz interrumpió el soliloquio de Lostan. Era una voz de mujer que gritaba:

—¡Cochero! cochero!

—Va ocupado,—contestó el cochero.

Lostan se asomó por la ventanilla y vió en el medio de la calle una mujer vestida de negro que corria como si quisiera alcanzar el coche. Por su ajilidad revelaba ser jóven

—Pára,—gritó Lostan al cochero.

El coche se detuvo.

La desconocida avanzó, y al ver a Los-

tan dijo como si expresara sentir una gran contrariedad.

—¡Ah! está ocupado.

Su voz era arjentina y ésto impresionó a Lostan que no alcanzaba a distinguir su rostro en la oscuridad, además ella mostraba esmero en cubrírselo con su manto.

—Señorita,—dijo el capitan abriendo la puertecilla,—si usted gusta subir tendré un gran placer en hacerla llevar a donde desee ir.

—Gracias... le aceptaré porque me precisa mucho llegar...

Esto contestó la desconocida con voz entrecortada y mirando hácia atras como si temiera ver venir a álguien. Subió en seguida al coche y se sentó en la testera.

—¿A qué calle quiere usted señorita que la conduzca?—preguntó Lostan.

—A la de Santa Teresa, al número 70.

El capitan repitió estas señas dirijiéndose al cochero.

—Es larga la carrera,—dijo éste;—estamos en Calonje...

—Calla y tira.

El coche partió.

El hecho de haber aceptado la desconocida con tanta facilidad la oferta dió lugar a que Lostan se dijera interiormente:

—Debe ser una aventurera, de esas que aquí llaman «de la cuerda». Me ha visto venir solo en el coche y ha querido entablar amistad conmigo: hé ahí todo.

Y añadió en voz alta:

—Parece que está usted mui de prisa.

—Sí...—contestó ella como trepidando.

—Y tambien algo sobresaltada.

—Nó...

—Tal vez teme algo, la he visto mirar con susto hácia atras.

—Nada...

—¿Nada de qué?—preguntó Lostan por hacer hablar a su compañera de coche.

Esta guardó silencio por un instante y al fin dijo como haciendo un esfuerzo para hablar.

—Miraba hácia atras para ver si venia algun otro coche que estuviera desocupado... no hubiera querido molestar a usted... y deseaba impedir que al verme aceptar tan sin vacilacion su ofrecimiento se formara usted alguna mala idea de mí...

—Eso de ningun modo...

—Tengo absoluta necesidad de llegar pronto a Santa Teresa, y es ésto lo que me ha hecho andar sola por la calle a esta hora.

—Comprendo... alguna dilijencia urjente...

La voz de la desconocida era dulce y la alteracion de su acento al hablar le prestaba un nuevo encanto. Lostan, emprendedor por naturaleza, estaba deseoso de lanzar algunas palabras galantes; pero temeroso de darse algun chasco quiso ver el rostro de ella ántes de arriesgar su galantería.

— Puede ser alguna vieja ridícula,—pensó,—y perderia yo mi pólvora en gallinazos.

El interior del coche estaba completamente a oscuras.

Dejó extinguirse el fuego de su cigarrillo y, como para encenderlo nuevamente, sacó de su bolsillo una cajita de fósforos y frotó uno.

A la luz que produjo el fósforo pudo ver Lostan rápidamente la fisonomía de la desconocida: era la de una jóven hermosa.

Hizo ella ademan de cubrirse con su manto. Al llevarse una mano a la cara, Lostan notó con sorpresa que esa mano estaba llena de manchas rojas.

Ella tambien debió ver esto, porque lanzando un grito, exclamó:

—¡Sangre!... estoi herida!

Y dejó caer pesadamente la cabeza hácia atras.

—¡Vamos!—exclamó Lostan con más mal humor que sorpresa,—¿qué comedia viene usted a representar aquí? Dice que está herida y no lo sabia usted misma... ¿me cree usted tonto?...

La jóven no contestó ni una palabra.

Raspó entónces el capitan otro fósforo y a la luz pudo ver que la desconocida tenia los ojos cerrados y el semblante sumamente pálido. Por su mano izquierda, como viniendo del brazo, resbalaban algunas gotas de sangre.

—¡Diablos!—exclamó Lostan,—la cosa era de véras... Es preciso ver ésto... ¡Cochero, pára!...

Este obedeció.

—Baja y trae para acá uno de los faroles del coche; quiero ver una cosa...—añadió el capitan.

El cochero ejecutó lo ordenado y entró en el coche.

Lostan se apresuró a quitar el manto a la jóven, y pudo observar su semblante a la luz del farol.

—Está desmayada,—dijo.

—Sí; se ha insultado,—añadió el cochero.

En seguida trató de recojerle hácia arriba la manga del brazo izquierdo; al hacerlo, alguna sangre que debia estar sujeta por la manga corrió a lo largo del brazo.

—¡Por la Vírjen Santísima, mi capitan! ¿qué es lo que ha hecho?—exclamó el cochero demostrando un terror pánico;—no me comprometa usted... déjeme usted marcharme... le juro por los clavos de Jesucristo que nunca diré nada...

Lostan sintió deseos de darle un par de golpes al auriga, pero conteniéndose le gritó:

—¡Qué es lo que estás pensando, badulaque!

—Yo... nada, mi capitancito...—contestó el cochero temblando;—esta niña... está muerta...

—No está muerta, sino desmayada y herida, y tú crees que he sido yo quien la ha herido...

—Yo... no creo nada...

—Cómo puedes imajinarte que yo haya herido a una jóven a quien ni siquiera conozco... ella se explicará en cuanto pueda hablar... debia venir herida cuando subió al coche... ¿No comprendes, imbécil, que si yo la hubiera herido no te habria llamado a tí para que pudieras servir de testigo en contra mia?...

Este razonamiento tranquilizó un poco al cochero, que dijo tartamudeando:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Lo primero es tratar de prestarle algun socorro... ¿en qué calle estamos?

—En la Pregonería.

—Dista solo tres cuadras el lugar designado por ella... debemos conducirla primeramente allá... aquí no podemos hacer nada en su favor... En marcha, a toda prisa...

El cochero salió y subió al pescante. Los caballos duramente azotados emprendieron una veloz carrera.

—¡Maldita aventura,—murmuraba Lostan, y todas estas preguntas se agolpaban en su imajinacion:—¿Quién ha herido a esta jóven? por qué no conoció que estaba herida sino al ver su sangre? quién es ella? por qué motivo la han herido? qué misterio hai en todo ésto?... Pero lo más notable es que yo sin comerlo ni beberlo me encuentro mezclado en esta aventura, y lo que es peor, el cochero ha comenzado por creer que era yo quién la habia herido, y como él pensarán tal vez otros miéntras ella no pueda hablar y explicarlo todo... ¿Y si ella muriera sin poder hacerlo?...

Al dirijirse esta última pregunta sintió helársele la sangre en las venas. El era un valiente mozo, pero ante la idea de quedar bajo el peso de una acusacion de asesinato, se sintió estremecer.

—Pero eso no puede ser,—añadió tratando de reponerse,—su herida es leve puesto que ella pudo llegar hasta este coche sin sentirla...

Luego le vino al pensamiento un recuerdo atormentador que expresó de este modo:

—Sin embargo... yo he visto en las batallas soldados que despues de ser heridos han continuado avanzando algunos pasos y luego han caido para no levantarse más... En fin, lo que sea tronará; por ahora lo esencial es prestarle algun auxilio a esta niña.

Para que con el movimiento del coche no se golpeara la cabeza de la jóven, Lostan la sostenia en sus brazos. De cuando en cuando la dirijia alguna palabra; pero ella permanecia muda.

Por fin el coche se detuvo.

—Aquí está el número 70,—dijo el cochero.

Lostan descendió con presteza del carruaje y llamó a la puerta que tenia ese número. Como nadie acudiera, repitió y volvió a repetir el llamado.

A la tercera vez se abrió un postigo de una ventana que habia al lado de la puerta, y al traves de la rejilla preguntó una voz de mujer:

—¿Quién llama?

—Yo, que vengo trayendo a una señorita de esta casa.

—No puede ser; las personas de esta casa están todas adentro.

Tras de esto el postigo crujió como si lo cerraran.

—Señora,—se apresuró a decir Lostan,—óigame usted una palabra: esa señorita ha dado el número de esta casa...

—Se ha equivocado,—contestó la voz.

—No lo sé... ella no puede decirlo porque está... enferma y sin habla.

—Nada tenemos aquí que ver con eso.

Esto respondieron de adentro y el postigo se cerró.

—¡Señora,—exclamó el capitan con impaciencia,—veo que usted cree que la estoi engañando! Esa señorita ha pedido que la conduzcan a esta casa, por consiguiente usted debe conocerla... de todas maneras, aunque no la conozca, hará usted una obra de caridad admitiéndola en su casa

un momento miéntras se le proporcionan algunos auxilios.

El cochero tuvo una buena idea. Hizo avanzar el coche hasta enfrentar la ventana, cojió uno de los faroles, y alumbrando con él a la jóven desmayada, dijo:

—Oiga usted, señora; asómese por la rejilla y verá usted a la niña, puede ser que la conozca.

La voz del cochero que tenia un recargado acento limeño, pareció inspirar confianza a la persona que habia hablado desde adentro. El postigo volvió a abrirse.

Una doble exclamacion lanzada por dos voces femeniles se dejó oir:

—¡Es Luisa!

Al instante se abrió la puerta de calle y salieron atropelladamente dos mujeres, de las cuales una, a juzgar por la edad que ambas representaban, bien podria ser la madre de la otra, que era una niña.

—¿Qué es lo que tiene mi hija, mi Luisa?—preguntaba anhelante la señora.

—No hai que alarmarse... está algo enferma... no es cosa grave...—respondió Lostan no atreviéndose a decir desde luego que estaba herida por no asustar a aquellas personas, y agregó:—Será preciso llevarla en peso para adentro...

Y sin contestar a las preguntas que le dirijieron, levantó en sus brazos a la jóven herida y entró con ella a la casa.

La señora lo guió hasta una alcoba en la que habia un catre. Sobre éste depositó a la desmayada, quien tenia el vestido salpicado de sangre.

Naturalmente, pronto la señora se apercibió de esto.

—¡Está manchada de sangre!—exclamó, —¡mi hija está herida!.. está muerta!...

—Serénese usted, señora,—le dijo Lostan tratando de calmarla,—solamente está herida...

—¿Y quién la ha herido? qué significa esto?.. ¡Oh, los chilenos!...—gritó ella lanzando una terrible mirada al uniforme del oficial.

—Antes de arrojar una acusacion injusta, óigame usted... He encontrado a esta señorita en la calle; me ha rogado que la conduzca en mi coche hasta aquí, y en el camino se ha desmayado; sólo entónces he venido yo a saber que estaba herida... cuando ella vuelva en sí podrá decir la verdad... Lo más apremiante por ahora es socorrerla de algun modo... yo iré volando en busca de un médico...

Miéntras tanto, la niña que acompañaba a la señora habia desabrochado el traje de la herida y le echaba algunas gotas de agua en el rostro. Al oir las últimas palabras de Lostan, exclamó con acento suplicante:

—Háganos ese servicio, señor... un médico... eso es lo que necesitamos...

—En Corcovado vive el doctor X.,—dijo el cochero que tambien habia entrado a la casa.

—Vamos allá al punto,—replicó Lostan. Ambos salieron.

El trayecto que tenian que recorrer era corto: dos cuadras.

Por fortuna encontraron al doctor en pié todavía. Lostan lo impuso de que se trataba de prestar los primeros cuidados a una jóven herida recientemente.

El médico se proveyó de los instrumentos y accesorios necesarios para hacer la primera curacion de una herida, y salió con el capitan.

....

—Aquí tenemos al doctor X.,—dijo Lostan entrando en la casa donde habia dejado a la herida hacia a lo más unos quince minutos.

La jóven permanecia en la cama; pero ahora tenia los ojos abiertos: habia vuelto en sí.

—Será preciso,—dijo el médico a la señora,—desnudar la parte herida.

La jóven lanzó al capitan una expresiva mirada. Este la comprendió y salió de la alcoba pasando a la pieza contigua que era una sala regularmente amueblada.

Se propuso esperar ahí el resultado de la primera curacion, despues de la cual suponia que tendria lugar alguna explicacion que disipara todas las dudas. Por de pronto se alegraba de que la jóven hubiera recobrado el sentido, tanto por el bien de ella, cuanto porque con una sola palabra podia desvanecer las sospechas que contra él se habian levantado.

La sala en que se encontraba tenia una puerta que daba al zaguan. Ahí estaba el cochero, quien habiendo visto a la jóven con los ojos abiertos habia recobrado la tranquilidad.

—Ya viste,—le dijo Lostan,—como ha vuelto del desmayo y no me ha acusado de ser su asesino.

—Yo no creí nunca tal cosa, señor.

—Sin embargo... bien claro me deja conocer tu pensamiento; creiste que yo la

más acá ni más allá le habia dado una estocada o una puñalada a esa señorita...

El auriga, con la locuacidad propia de los cocheros limeños, se deshizo en protestas que hacian reir al capitan.

Por fin, al cabo de media hora, se abrió la puerta que comunicaba aquella sala con la alcoba vecina y apareció el doctor seguido de la señora que aparentaba ahora ménos turbacion.

Lostan interrogó a aquel con una mirada.

—No es cosa grave,—dijo el médico;— una herida de cuchillo en el brazo izquierdo; el golpe parece que fué dirijido al corazon, pero afortunadamente se erró.

—¿Será de consecuencias?..

—Nó; en quince dias estará completamente bien. El desmayo fué sin duda producido sólo por la impresion del susto.

—Me alegro infinito de que no haya sido cosa grave... ¿Y no le ha revelado ella quién la hirió?

—En cuanto a eso,—contestó el doctor liando con calma un cigarrillo que encendió en una vela que alumbraba la sala,— en cuanto a eso, no es de mi incumbencia averiguarlo.

—Yo,—replicó Lostan,—tengo interes en eso porque en el primer momento esta señora, como ya lo habia hecho el cochero, pareció creer que era yo el delincuente.

—Yo, señor,—se apresuró a decir la señora,—no he abrigado tal sospecha...

—Ya lo ve usted... —dijo el doctor interrumpiendo a aquella, y añadió:—mañana volveré a ver a la enferma.

Tras de esto se despidió.

Parecia natural que Lostan saliera acompañando al doctor y se retirara con él; pero haciendo esto iba a quedarse envuelto en las dudas que le habia sujerido aquella extraña aventura; quiso aclarar el misterio y tomó una resolucion. Volviéndose hácia el cochero le dijo:

—Vé a dejar a su casa al señor doctor; te esperaré aquí, pues yo tengo que ir en direccion opuesta.

Cuando el capitan quedó sólo con la señora, la dijo:

—Antes de retirarme desearia saludar a la señorita herida.

Esta peticion era tan natural despues de servicios prestados por el oficial, que no posible negarse a acceder a ella.

La señora abrió la puerta de la alcoba y bos entraron allá.

La herida estaba siempre sobre el lecho. A su lado se encontraba la niña a quien ya habia visto Lostan.

El capitan dirijiéndose cortesmente a aquella, dijo:

—Con mucho placer he oido decir al médico que su herida no es de gravedad.

—Ha sido mui poca cosa felizmente para mí,—contestó ella tratando de sonreir.

—¿Sufre usted mucho?

—No siento casi nada.

—Aunque por fortuna no logró su intento, parece que el que la hirió quiso dar el golpe al corazon.

—Talvez... murmuró ella bajando la vista.

—No por haber errado deja de ser un asesino y es preciso que caiga sobre él el peso de la justicia.

La jóven fijó una mirada temerosa en el oficial y bajó en seguida la vista tartamudeando:

—Pero... si yo no sé quién fué...

—Podrá, sin embargo, dar algunos indicios.

Guardó silencio la jóven y al fin dijo balbuciente:

—¿Qué indicios?... yo no sé... recibí un golpe que me pareció dado con la mano... y solamente al verme, ya dentro del coche, la sangre.... conocí que estaba herida.... y no sé más....

Lostan no necesitaba haber sido tan penetrante de imajinacion como era para conocer que la jóven ocultaba la verdad y trataba de dejar aquella aventura envuelta en el misterio.

Queriendo asegurarse mejor de ésto, dijo insistiendo:

—Con los datos que usted dé se podrá seguir la pista del asesino; si usted gusta puedo ir ahora mismo a dar parte a la policía de lo sucedido para que se ponga desde luego en movimiento.

La jóven vaciló ántes de contestar, y lo hizo tartamudeando:

—Ya ve usted.... que no tengo datos....

—Veo,—dijo Lostan sonriendo,—que usted quiere que no se trate más de este asunto y seria una majadería de mi parte seguir insistiendo.

La jóven herida inclinó la cabeza como si no encontrara qué responder.

Como lo expresó, conoció Lostan que seria casi una impertinencia continuar instando para descubrir la verdad de lo ocurrido; por lo ménos estaba ya seguro de

que ahí se ocultaba un drama misterioso.

—Señorita,—dijo,—usted debe necesitar de reposo; voi a retirarme. No le pido a usted permiso para pasar a informarme de su salud porque mañana mismo voi a salir de Lima y no podré hacerlo. Por si acaso llega usted a necesitar de mi testimonio a propósito de los sucesos ocurridos esta noche, le diré que soi el capitan Lostan del batallon Setiembre.

—¿Del Setiembre?—preguntó ella mostrando cierta emocion.

—Sí, señorita,—contestó el oficial para quien no pasó desapercibida esa emocion.

Se despidió en seguida con algunas palabras corteses y salió de la alcoba.

Estaba ya en la sala cuando lo alcanzó la niña a quien hemos ya visto y le dijo expresándose con gracia y dulzura:

—Mamá y mi hermana en su tribulacion se han olvidado de dar a usted los agradecimientos que merece su atencion; yo lo hago en nombre de ellas y en el mio.

Al oirla, Lostan se fijó por primera vez atentamente en ella: era una linda jovencita llena de donaire y jentileza.

—Lo que he hecho,—contestó amablemente,—no vale la pena de agradecerlo, es mui poca cosa, y soi el verdadero deudor al recibir de usted una palabra de gratitud.

En ese momento apareció el cochero en la puerta que daba al zaguan diciendo:

—Ya estoi de regreso.

Lostan, a quien el dulce acento de la niña habia producido la más grata impresion, la hizo un amable saludo y salió dirijiéndole una última mirada que ella recibió ruborizándose y bajando la vista.

—¡Qué lástima!—murmuró el capitan subiendo al coche,—que tenga que marcharme mañana sin poder ver otra vez a esta linda chica!... Soi un gran majadero.... ¡no haberme fijado en ella sino solamente al salir!

Y alzando la voz gritó al cochero:

—Calle de Ibarola, a la casa donde íbamos hace una hora.

Miéntras rodaba el coche acudian al pensamiento de Lostan mil dudas que él expresaba haciéndose otras tantas preguntas más o ménos como éstas:

—¿Qué puede significar toda esa aventura? quién ha herido a esa jóven? por qué quiere ella guardar silencio sobre el suceso? qué misterio hai en todo esto?.... Lo que yo veo claramente es que ella no quiere denunciar al asesino, a quien sin duda conoce; si no fuera así, en el momento de sentirse o verse acometida habria dado voces, pedido socorro.... Nada de eso ha sucedido; mui al contrario, no ha querido dar siquiera indicios que puedan servir para encontrar al delincuente, ni detalles del acontecimiento... ¿Qué misterio habrá en este negocio?.... ¡Otra! ¿por qué le llamó la atencion que yo perteneciera al batallon Setiembre? No abrigo duda de que se conmovió al oir este nombre....

Miéntras hacia Lostan estas reflexiones, sus ojos se fijaban distraidamente en las calles por donde pasaba el coche.

De pronto divisó el bulto de una persona en quien reconoció a un militar por el brillo que despedian los botones de su traje a la luz del gas.

Sacó la cabeza por la ventanilla para ver mejor, y el transeunte por el modo de andar le pareció ser Galvez.

—¿Galvez?—gritó llamando.

Volvió el desconocido la cara y Lostan pudo ver que no se habia equivocado.

Hizo parar el coche.

—¿A dónde vas?

—A la calle de Ibarola, al convite que allá tenemos,—contestó Galvez.—¿Y tú?

—Tambien para allá.... Sube al coche.... Ha sido una feliz casualidad que nos hallamos encontrado....

—No es tan casual nuestro encuentro pues que llevamos el mismo camino,—replicó Galvez subiendo al carruaje.—¿Por qué te has demorado tanto en acudir a la cita?.... ya son como las doce y media.

—¡Una famosa aventura me ha ocupado por más de una hora!... ya te la contaré.

El coche continuó su interrumpida marcha.

X

Los cocheros

En este siglo que bien pudiera llamarse «el siglo de la locomocion» por cuanto ya todo se está haciendo locomovible: enormes moles de hierro se deslizan sobre las aguas, inconmensurables rosarios de vagones son arrastrados por encima de acerados rieles, montañas de granito pierden su ce tro de gravedad a impulsos de la dinan ta; proyectiles de media tonelada surc los aires trasladándose al distante cam

del enemigo, y hasta la voz humana recorre leguas por el alambre electrizado....

En este siglo de locomocion, decíamos, los coches, y en consecuencia los cocheros, están llamados a desempeñar un papel importante en la sociedad.

El hombre moderno ha encontrado que es una gran majadería esto de que siempre que desee trasladarse a alguna parte lo haga por el antiguo sistema de ir poniendo un pié delante del otro hasta llegar al sitio requerido. El ejercicio de la palestra era necesario para el espartano que se preparaba a comer «la sopa negra;» pero tal aperitivo es inútil para un hombre moderno que prefiere una sopa de ostras o de tortuga. Las costumbres antiguas pierden terreno: la de andar a pié data desde Adan, para el hombre de hoi dia es una antigualla que quiere echar en olvido, y ha inventado el coche, o más bien, ha jeneralizado su uso.

En años pasados los coches eran privilejio de los que tenian «muchas campanillas» que poner en ellos, pero ahora que las cosas han cambiado tanto, los coches se han hecho populares y se encuentran bajo el dominio de cualquier mortal que pueda disponer de una pequeña moneda de plata.

Como la panacea sirve para toda clase de enfermedades, el coche sirve para toda clase de dilijencias.

Por la mañana va a un entierro, por la noche va a un baile; tanto sirve para llevar a un enfermo al hospital, como a un elegante al teatro; en coche va el juez al tribunal y en coche el reo a la cárcel; en él anda el atareado negociante y tambien el paseante ocioso; el devoto que va a oir su misa y el enamorado que acude a dulce cita; unos tristes, otros alegres; unos llorando, otros riendo; unos a trabajar, otros a divertirse: el coche los arrastra a todos.

El cochero sentado en su pescante con su fusta en la mano es la cabeza del coche, como los caballos con sus piés.

El cochero recorre cien veces al dia las calles de la ciudad y conoce de vista a la mitad de sus habitantes, y de nombre y aun de costumbres a la mayor parte de ellos. Pegado en el pescante como el baures en un buque, permanece inmóvil en edio del movimiento continuo de su vehículo; está inmóvil en el movimiento, del ismo modo que está ocioso y trabajando: la ociosidad y el trabajo de dirijir un coche son hermanos jemelos.

El ocio y el vicio (buena pareja para tirar un coche) se dan la mano. El cochero (sea dicho con perdon de los de su especie) acaba por hacerse un grandísimo bellaco. Llevando y trayendo mortales constantemente, concluye por ponerse al cabo de una multitud de intrigas y secretillos de los que sabe sacar el mejor partido posible.

Para ésto el cochero limeño no creemos que le vaya en zaga a ninguno.

El que habia servido aquel dia domingo a Lostan y Galvez de intermediario entre ellos y aquellas dos desconocidas que firmaron una misiva con los nombres de Blanca y Olimpia, habia quedado revolviendo en su negra cabeza la idea de sacar una buena coima de la comenzada aventura.

En la noche de ese dia, como a las diez, iba con su carruaje por la calle de Mercaderes, cuando divisó un oficial en quien creyó ver a Galvez.

—Mi capitan, aquí está el coche,—le dijo deteniendo los caballos.

Mirólo el oficial, y conociendo el negro que se habia equivocado, añadió:

—Dispénseme usted, creí que era mi capitan Galvez... me pareció por el uniforme.

—Te equivocaste,—contestó el oficial que era el capitan Aliaga;—pero ya que estás a la mano te ocuparé.. ven a esperarme a la puerta del Hotel Cardinal.

Este hotel estaba a pocos pasos de distancia.

Aliaga entró en él y despues de un cuarto de hora salió acompañado de un mozo que traia un gran paquete.

Hizo poner el paquete dentro del coche y subió en seguida dándole al cochero por señas el número de una casa de la calle de Ibarola.

Cuando hubo llegado y llamó a la puerta de aquella casa, salió a abrir una simpática niña viva como una ardilla.

Al ver a Aliaga le echó los brazos al cuello y se colgó de él como un saltimbanco del trapecio volante.

—¡Cuidado, loca!—gritó el jóven tratando de afirmarse en el marco de la puerta;—suéltame... vas a aplastarme lo que traigo en este paquete...

—¿Qué cosa es?—preguntó ella soltándose.

—Comistrajo.

—¡Riquísimo!.. qué buen olor!.. esto tiene trufas... No despidas el coche porque lo necesitamos para ir en busca de unas amigas que vamos a convidar... Voi a buscar mi manta...

Y la niña entró corriendo.

Aliaga avanzó hasta una puerta que daba al zaguan y se encontró en una salita donde estaba Orrego conversando con otras dos jóvenes.

—Apuesto,—gritó Orrego al verlo,—a que es cosa de comer lo que traes en ese paquete.

—Yo tambien apuesto lo mismo,—contestó Aliaga,—y gano de seguro.

—Este hombre no piensa más que en comer,—dijo una de las niñas.

—¿Quieren entónces que me lleve pensando en la inmortalidad del alma?

—¿Y Cármen?—le preguntó la otra niña.

—Fué a buscar su manta para salir.

—¿A qué parte?

—A ver a las amigas que va a convidar.

En ese momento aquella Cármen por quien se preguntaba, que era la misma a quien vimos recibir tan amablemente a Aliaga, salia a la puerta de calle.

—Salud, señorita,—la dijo el negro del coche.

—¿Eres tú, zambito?—replicó ella que sin duda conocia ya al cochero.

—Yo que traje al capitan. Hoi me ha ocado andar con los capitanes del Setiembre.

—¿Sí? ¿Con cuáles de ellos?

—Mi capitan Lostan y mi capitan Galvez.

—¿Dónde fueron?

—¡Ah!—contestó el negro dándose importancia,—es un secreto...

—Era lo suficiente pronunciar la palabra secreto para avivar la curiosidad de la niña.

—A mí no me gusta que me dejen con la curiosidad,—dijo vivamente;—si no me lo cuentas todo no te doi ni una copa de cerveza...

—Es un asunto reservado...

—Yo no entiendo de reservas ni de conservas... ¡hábla!... si quieres tomar cerveza...

—Por ser a usted, Carmencita... contestó el negro que en realidad, habituado por oficio y aficion a los chismes, reventaba de ganas de hablar.

En un momento la puso al corriente de todo lo que él sabia de la aventura de Lostan y Galvez con las dos desconocidas: de como las habian seguido y mandado despues dos cartas que habian tenido contestacion.

—¿Dices que viven en la calle de Matajudíos número 114?—preguntó Cármen al cochero cuando hubo terminado su relato.

—Sí,—respondió él.

—Una es flaquita, de ojos negros, grandes, y la otra un poco más bajita y de más carnes, trigueña...

—Sí.

—¿Viven en el balcon de la derecha?

—Justamente.

—¡Son ellas! ellas mismas!... unas amigas mias... ¡Ah, ja, ja!

Y riéndose como una loca entró de carrera en la salita.

—¿Qué tiene ésta?—dijo una de las niñas al verla.

—Es una cosa mui graciosa...—respondió ella en medio de sus risotadas.

—¿Qué es ello?

—Dime, Aliaga, ¿van a venir a casa esta noche Lostan y Galvez?...dijiste que los habias invitado!

—Sí; quedaron de venir más tarde.

—Pues les voi a hacer una pasada... nos divertiremos...

Y poniendo a Aliaga su képis que habia él dejado sobre una silla, lo cojió de un un brazo arrastrándolo en seguida hácia afuera.

—Anda, hombre, ánda,—le decia.

—Pero... ¿dónde?

—Vamos en busca de mis amigas... muévete, hombre.

Y a tirones lo llevó hasta el coche.

—A Matajudíos, zambito, a la casa que tú sabes,—gritó.

—¿Qué vamos a hacer a esa calle?—preguntó Aliaga.

—A convidar a unas amigas... no a las que te habia dicho, sino a otras... en el camino te lo explicaré todo...

Miéntras rodaba el coche puso a Aliaga al corriente de la idea que tanto la habia hecho reir.

XI

Baile, cena y despedida.

Mas de dos horas habian trascurrido d de que sucedió lo que acabamos de ref

hasta el momento en que habiendo encontratado Lostan a Galvez en su camino lo hizo subir al coche que ocupaba.

Una de las primeras palabras que éste dirijió a su compañero fué la siguiente:

—¿Has encontrado al negro cochero de hoi?

—No he podido verlo; ¿y tú?

—Tampoco; lo busqué en la plaza, pero no logré hallarlo.

— De manera que las bellas Blanca y Olimpia no han sido advertidas de nuestra partida.

—No, pues; así es que si asisten a la cita rabiarán de no encontrarnos.

—Todo bien considerado, vale más que rabien por nosotros; así no nos olvidarán tan pronto...

Ambos compañeros rieron de ésto y continuaron conversando.

....

Cuando el coche que los conducia se detuvo en la calle de Ibarola frente a la casa que ya conocemos, los dos capitanes pudieron oir un alegre estrépito producido por un piano y voces que cantaban unas y hablaban y reian otras.

—¡Buena está la cosa!—dijo Lostan saltando fuera del carruaje;—hai animacion y entusiasmo.

—Canto y baile,—replicó Galvez bajando a su vez;—llama fuerte a la puerta, porque con la bulla que tienen no te oirian...

La puerta se abrió y apareció Aliaga diciendo:

—¡Caramba! ya estabamos temiendo que no vinieran... y habrian perdido una cosa buena... supónganse que a esta locuela de Cármen se le antojó que habíamos de tener un baile de máscaras, y me ha hecho correr en busca de caretas... ahí están todas ellas enmascaradas...

—¡Magnífico!—exclamó Lostan con entusiasmo;—a mí me agrada siempre lo inesperado... pero nosotros no tenemos máscaras.

—Ni nosotros, los hombres, tampoco... son ellas solamente las disfrazadas... en fin allá lo verán... De frente, paso redoblado, mar!...

Lostan pagó y despidió al cochero, y los compañeros entraron en la salita que hemos visto.

ta presentaba ahora un aspecto mucho animado. Habian ahí hasta cinco niñas todas ellas disfrazadas y con caretas. Aunque improvisados, como lo habia dicho Aliaga, sus disfraces no dejaban de tener gracia, y quizás las mismas faltas que se notaban en ellos, seguramente debidas a la premura del tiempo, contribuian a hacerlos más fantásticos y variados. Eran sin duda restos incompletos de algun carnaval.

Sin entrar en pormenores detallando sus trajes, para poder distinguirlas, dirémos que las disfrazadas representaban más o ménos lo siguiente: una jardinera, una turca, una figuranta, una india y una colejiala.

Los hombres eran Orrego y otro capitan a quien tambien vimos aquel dia en el cuartel durante la comida, y cuyo nombre le oimos pronunciar a Orrego: era el capitan Soler.

Además habia ahí un paisano, tómese esta palabra en su segunda acepcion, que así nos servirá para indicar que aquel no era militar. Estaba este individuo sentado al piano.

La mesa que ántes se hallaba en el centro de la pieza habia sido colocada en un rincon y sobre ella se veian vasos, copas y botellas en alegre desórden.

En todos los que ahí habian, tanto en los hombres como en las mujeres, se notaba un gran entusiasmo que sin duda tenia estrecha relacion con lo que habia, o más bien, con lo que ya no habia dentro de las botellas.

Al aparecer Lostan y Galvez, fueron recibidos por una salva de aplausos y exclamaciones.

—¡Páre el baile!—gritó Orrego,—y todo el mundo a tomar una copa con los recien llegados.

No se hicieron repetir esta órden. Todos y todas acudieron y cojiendo sendas copas, ya de cerveza, ya de ponche que habia en una sopera, las levantaron en actitud de brindar.

—¡Salud, hermosa concurrencia!—exclamó Lostan que necesitaba mucho ménos todavía que aquella bulla y animacion para sentirse entusiasmado; — ¡salud, jentiles enmascaradas! no veo vuestros bellos semblantes, pero sí el brillo de vuestros ojos que me incendia el corazon... ¡bebo por ellos!

—¡Bravo! ¡arriba!

—¡Toda la copa los recien llegados!... Ellos vienen mui frescos!...

—¡El primer trago ha de ser largo!...

—¡Y los demás lo mismo!

Todas estas palabras eran pronunciadas unas por voces de hombres y otras por voces femeniles.

—Y tú tambien Gasparito,—dijo Orrego dirijiéndose al paisano,—has entrado en fila para tomar la copa... vas a acabar por emborracharte y no poder tocar el piano.

—¡Oh, capitan!—contestóle el interpelado;—todo lo contrario; la copa me hace tocar con mas gusto, me da más inspiracion...

Era este sujeto un individuo enteco, macilento, que tenia por oficio tocar el piano para divertir al prójimo que le suministraba alguna propina; personaje mui útil en una tertulia como aquella.

—¡Un vals!—pidió una voz.

—¡Sí; un vals!

Gaspar, que así se llamaba el paisano, corrió al piano y el vals se dejó oir.

Lostan y Galvez paseaban la vista por las enmascaradas para elejir compañeras de baile.

Dos parejas se habian ya formado.

La colejiala, pasando por delante de Lostan, le dijo rápidamente:

—Baile usted, capitan Lostan, enamorado inconstante, volante, vagante y flotante...

—Donosa colejiala, ha aprendido usted mucha retórica,—replicó Lostan;—déme ahora una leccion de baile.

—Yo no... estoi pedida...

Y corrió a juntarse con Soler.

Sólo quedaban disponibles la turca y la jardinera.

Lostan se dirijió a aquella y Galvez a ésta.

Ambas aceptaron la invitacion.

La sala no era mui extensa y las cinco parejas tenian que codearse y atropellarse para ejecutar el baile, lo que si bien era incómodo, en cambio contribuia a redoblar la animacion.

Lostan no dejó de notar que su compañera tenia unas manos suaves y finas, un talle lánguido y unos brillantes ojos que se veian por los agujeros de su careta, y tambien que se entregaba con dulce abandono al baile.

Por su parte Galvez ejecutaba los continuados jiros del vals llevando casi en peso a la jardinera que parecia tener gran aficion a ese ejercicio, y se deleitaba mirándola el bien torneado cuello, rollizo y aterciopelado, y sus orejas pequeñas y adornadas con dos botones de oro esmaltados.

Esta pareja fué una de las últimas en abandonar el baile. Galvez condujo a la jardinera hasta una silla y se sentó a su lado.

—Estaria usted ya cansada,—la dijo.

—No mucho,—contestó ella.

—Si no del baile... tal vez del compañero...

—Se hace usted mui poco favor,

—Lo digo porque usted, acostumbrada, como jardinera, a estar entre las flores...

—Podria tomarlo a usted por un jazmin...

—O por un zángano metido entre ellas.

—¿Se apoca usted para que yo lo engrandezca?

—Parece usted tan amable que la creo capaz de hacerlo...

—Y yo a usted de tolerarlo.

—Yo no me atreveria nunca a contradecirle a usted.

—Gracias; es usted mui atento.

—Por carácter.

—¿De nacimiento?

—Y por costumbre; soi dócil, blando, sumiso.

—Buenas cualidades para monje, para novicio...

—Y lo soi.

—¿Monje?

—Novicio... novicio en amor.

—¡Qué tal! Ah! ja, ja... ¿Novicio en amor?..

—Hoi he hecho mis primeros votos.

—¿De amor?

—Eterno.

—¿Hoi? ¿a qué horas?—preguntó la jardinera clavando una mirada en Galvez.

—En este mismo instante.

—¿Estamos acaso en carnavales?

—Su traje de usted está en carnaval, pero mi corazon no.

—¿Y en qué está?

—En un incendio.

—¿Quién lo ha incendiado?

—Usted.

La niña se levantó con presteza, y sonriendo exclamó:

—Es usted un grandísimo liso Yo soi—jardinera y no me gustan los picaflores merman mi mercancía...

E hizo un gracioso borneo y se alejó dejarle a Galvez tiempo para contestar.

....

Cuando dejó de bailar, Lostan se sentó al lado de la turca, diciendo:

—¡Quién fuera sultan!

—¿Señor de un serrallo?—replicó ella riendo.

—Señor de una turca que conozco yo.

—Las turcas fuera de la Turquía no quieren señores, sino vasallos.

—¿Vasallo? pues yo lo soi.

—¿Del rei... o de la reina?

—De la reina.

—¿Y es tirana?

—Aun no me atrevo a juzgarla.

—¿Tan poco la conoce?

—Mi esclavitud es reciente.

—De todos modos, un esclavo puede cambiar de amo si lo encuentra malo.

—¿Cambiar?.. no lo pretendo ni lo deseo... para eso soi mui leal...

—¿Leal?... pues la colejiala acaba de llamarlo inconstante.

—Una colejiala es persona mui inexperta para juzgar...

—Juzgará por la fama.

—La fama engaña mucho.

—O dice mucha verdad.

—Es injusta.

—O justiciera.

—Conmigo no.

—¿Quién lo asegura?

—Yo; y si mi palabra no basta, a la prueba me remito.

—¿Cómo probar su constancia?

—Experimentándola.

—¿De qué manera?

—Dejándose amar por mí.

—No me gusta jugar con el amor... eso quema...

—Pues no lo tome usted como un juego, sino a lo serio.

—Imposible... estoi impedida...

—¿Del corazon?

—Justamente... ya tiene dueño.

—Será una historia antigua... eso se olvida...

—No; es moderna.

—¿De cuándo data?

—De hoi mismo.

—Es planta nueva que no ha alcanzado a echar raices... se puede arrancar fácilmente.

—Si la arranco queda vacío el corazon.

—Se le llena nuevameute.

—¿Con qué?

—Con amor.

—Pero ¿dónde encontrarlo?

—En mí... y así pondrá usted a prueba mi constancia.

—Ah! ja ja! Ya la estoi probando...—replicó la turca riendo, y luego levántandose de su asiento, añadió:—

Las moras a la Meca
Bailando van,
Tres pasos adelante
Y dos atras...

Y dando saltitos acompasados se alejó hácia otro extremo de la sala.

Miéntras tanto la música habia continuado. Unos bailaban, otros se acercaban a la mesa a dar un beso a las copas, y otros conversaban o reian, todo en medio de una animada alegría y dichos y palabras picantes.

—¡Gasparito, una marinera! — gritó Orrego al concluir de tomar una copa con la colejiala.

—¡Eso es, marinera!—gritaron en coro varias voces.

Gaspar ejecutó el preludio del baile pedido. La jardinera se acercó al piano para cantar a duo con el músico que era a la vez cantante.

Orrego y la colejiala se colocaron frente a frente en el medio de la sala y comenzaron el baile con las primeras voces del canto.

Los demás formaron un círculo en rededor de los bailadores y con palabras animadoras y estrepitosos palmoteos acompasados los alentaban y aplaudian. Orrego hacia piruetas y cabrioleaba con pródiga soltura; la colejiala le acompañaba con un contoneo y un vaiven lleno de sal.

—¡Haro!—exclamó de pronto Aliaga apareciendo con un par de vasos en las manos.

Canto y baile pararon.

Se bebió un trago, y en seguida con mayor brío se continuó el canto y la danza.

Las marineras se sucedieron ocurriendo cada vez a la palestra nuevas parejas.

Allí lucian su ajilidad, gracia y destreza las que las tenian, y las que no, tambien eran aplaudidas, porque los espectadores eran jente que estaba de mui buen humor, y el que está de buen humor se encuentra dispuesto a encontrarlo todo bueno.

El entusiasmo crecia, subia en medida que las botellas bajaban.

La bulla se hacia cada vez mayor y el que queria hacerse oir gritaba como un orador público en una borrasca electoral.

Al concluir una marinera, gritó Orrego;

—¡Que la india baile cachaspare!

—¡Sí, que la chola baile cachaspare!

—¡Arriba!

—¡Que baile con Soler que ha sido su pareja!

—¡Pero yo no sé ese baile!—gritaba Soler.

—No importa...

—Lo que no se sabe se aprende...

Y unos empujando a la india y otros arrastrando a Soler, acabaron por ponerlos en baile.

—¡A ver un cachaspare, Gasparito!

Este, que era un gran conocedor de toda clase de baile, ejecutó en el piano el que se le pedia.

Soler, que apénas conocia de nombre aquella danza, trataba de imitar los movimientos de su compañera y zapateaba como ella duro y parejo. Su falta de destreza contribuia a hacer más divertida aquella escena que todos celebraban y aplaudian con grandes risas y estruendosos palmoteos.

Entre baile y baile y en medio de la jarana cada uno obraba con entera independencia. Se sentaba o levantaba, iba y venia, conversaba o reia, invitaba a alguna de las enmascaradas a tomar una copa, dirijia a una un requiebro, a otra un piropo.

En un momento en que Orrego estaba sentado en el sofá, se dejó caer a su lado la figuranta, y cojiéndole una mano, le dijo:

—Conque se van mañana, cholito.

—Así lo manda la órden,—contestó él.

—¿Y no saben cuándo se regresarán?

—Nada sabemos.

—¡Marcharse tan impensadamente!. Vamos a quedar tan solas... miéntras estés fuera no voi a poner un pié en la calle... Cuidadito con apasionarte por allá de alguna serrana... ¿Llevas mi retrato?

—Aquí lo tengo... en el bolsillo...

—A verlo...

Orrego sacó del bolsillo de su dolman una tarjeta fotográfica. La figuranta, de quien diremos que se llamaba Elvira, se sonrió debajo de su careta al verla.

—¿Lo mirarás a menudo?—dijo.

—Para eso lo llevo.

....

Tanto Galvez como Lostan habian mantenido varios diálogos respectivamente con la jardinera y la turca.

En un instante en que Galvez estaba afirmado en el marco de la puerta, Lostan se acercó a él diciéndole:

—¿Mui adelante estás con la jardinera?

—No mucho,—contestó Galvez,—pero se avanza un poco. ¿Y tú con la turca?

—Esa muchacha tiene gancho, pero es esquiva como el azogue.

—Por lo que se les ve de la cara en contorno de la máscara, parecen ser buenas mozas.

—Así lo sospecho... Ahí va a sentarse mi turca... corro a su lado.

Diciendo y haciendo fué a sentarse en una silla junto a ella.

—Estoi por creer,—le dijo la niña al oido,—que se engañaba la colejiala al llamarlo a usted inconstante.

—Gran dicha es para mí,—replicó Lostan,—que al fin me haga justicia.

—Se la hago porque ya hace como dos horas que estamos aquí y todavía usted no ha dirijido sus galanterías a otra.

—Y como en estas dos horas, lo mismo sucederá en dos años, en dos siglos...

—Este plazo es mui largo... si en dos horas más todavía se mostrara usted constante ya...

—¿Ya qué?.. concluya usted... no me deje en suspenso...

—Ya comenzaria a creerle.

—¿Me da usted esa esperanza?

—Se la estoi dando.

—La esperanza de creerme, y... ¿nada más?...

—Cuando una persona se cree amada, no corresponder es una ingratitud.

—¡Me colma usted de felicidad!—exclamó Lostan queriendo cojer una mano de la turca.

—¡Guá!.. quieto!... replicó ella retirando su mano y haciendo un gracioso mohin.

La colejiala acertó a pasar delante de ellos en ese momento y dijo:

—Señora turca, no le creas a ese cristiano, que es un turco en el amor.

—Cállese la colejiala,—exclamó Lostan,—vaya a estudiar y no pretenda dar lecciones.

—Ando estudiando y pienso tomarte por maestro de inconstancia...

—No lo ofendas, colejiala,—dijo la turca,—que lo estoi sometiendo a prueba...

—¿Lo defiendes?

Defender mora a un cristiano
Es olvidar el Coran.

Y tras de ésto se retiró la colejial riendo.

....

Galvez no habia dejado de buscar la compañía de la jardinera que por su parte habia perdido mucho de su equivez y se mostraba cada vez más accesible.

—Yo soi mui exijente,—decia al capitan.

—¡Qué me podrá exijir que yo no lo haga por usted!—contestaba Galvez.

—A mí me gusta que me amen a mí sola...

—Eso ya lo tiene en mí.

—Oiga usted; quiero que me den el corazon enterito.

—El mio es de usted, entero, completo.

—No quiero ni sombras de traicion.

—Ni sospechas le daré.

—Pues bien, a la primera que me haga, tronamos.

—¿Y miéntras tanto?...

—Tenga usted un poquito de paciencia... déjeme conocerlo mejor,—dijo la jardinera con un acento que llenó de esperanza a Galvez.

....

Los bailes se habian estado alternando con algunas canciones, y la bulla y el movimiento jeneral no habia sido interrumpido. A cada momento los diálogos eran cortados, ya porque uno de los interlocutores salia a bailar, ya por aplaudir y animar a los danzantes o escuchar las canciones.

Al concluir una *marinera*, Aliaga gritó con voz militar:

—¡Atencion!... Ya los estómagos reclaman algo de positivo...

—No será el tuyo,—exclamó Orrego,—porque te he visto ir varias veces al comedor y volver mascando...

—¡Silencio en las filas!... ¡Atencion!... Ya los estómagos piden que se acuerden de ellos, y la mesa nos espera... Confío en que mis palabras serán recibidas con entusiasmo. He dicho.

—¡Bravo!

—¡Sacó trago!... pásenle un vaso...

—Acepto el homenaje... Y en marcha...

Todos se pusieron en movimiento.

—Que se queden todavía un momento aquí los hombres,—pidió la colejiala.

—Corriente,—respondió Orrego,—es de ıponer que las mascaritas ántes de sentar- ; a la mesa querrán arreglar sus trajes.

Lostan y Galvez encontraron ésto mui ıtural, y por más deseos que tenian de dar el brazo a las que habian estado cortejando, aceptaron la aprobacion de Orrego, a quien, por otra parte, lo mismo que a Aliaga consideraban como dueño de casa.

—Vamos a tomar miéntras tanto una copa,—añadió Orrego.

Todos se sirvieron.

—Es de esperar,—dijo Lostan,—que para comer se sacarán las caretas.

—Ya lo creo,—contestó Aliaga,—para comer se necesita completa libertad.

—¡Por la turca!—dijo Lostan levantando su copa.

—¡Por la jardinera!—agregó Galvez.

—¡Por la india!—añadió Soler.

—¡Por mi figuranta!—exclamó Orrego.

—¡Por mi colejiala!—gritó Aliaga.

—Unos decimos *la* y otros dicen *mi*,—observó Soler.

—Las dos son notas musicales,—añadió Lostan,—pero en distinto tono.

—Puede ser que los que hoi cantan en *la* mañana canten en *mi*.

Todos rieron alegremente y vaciaron sus copas.

Voi a disponer los asientos para que todos estemos así... —dijo Aliaga juntando las manos e intercalando los cinco dedos de la derecha entre los de la izquierda,—cada uno con su cada una.

Y salió de la sala seguido de Soler.

Orrego detuvo un momento más a Lostan y a Galvez quedando los tres solamente en la sala.

Al cabo de un rato oyeron la voz de Aliaga que los llamaba.

Los tres se dirijieron a otra pieza que era el comedor.

Una mesa no mui grande, o hablando más exactamente dos mesas pequeñas puestas una junto a otra estaban cubiertas con un mantel sobre el cual, en algunas fuentes y platos, no faltaba con qué contentar el estómago.

Al rededor de la mesa habian colocado diez sillas, siete de las cuales estaban ocupadas: dos por Aliaga y Soler, y las otras cinco por las disfrazadas.

Estas se habian sacado las caretas y dejaban ver sus semblantes ajitados por el baile y animados por sonrisas picarescas.

Una lámpara y cuatro bujías iluminaban perfectamente el aposento.

Cuando aparecieron Galvez y Lostan conducidos por Orrego, todas las miradas se fijaron en ellos.

Naturalmente Lostan y Galvez pasearon

con atencion la vista por los semblantes ahora descubiertos de las que hasta entónces habian visto enmascaradas. Como era de esperarlo, aquel buscó el de la turca y éste el de la jardinera.

Ambos lanzaron de súbito una exclamacion de sorpresa:

—¡Son ellas!—gritó Galvez volviéndose hácia Lostan,—¡ellas! nuestras desconocidas de hoi! Blanca y Olimpia!

—¡Ellas mismas!—exclamó Lostan corriendo a colocarse al lado de la turca.

Grandes aclamaciones, risotadas, gritos, palmoteos y bulla jeneral fué el efecto que produjo la sorpresa de los capitanes Galvez y Lostan.

—¡Bravo! —¡Golpe teatral! —¡Agnicion!—gritaban todos en medio de gran estruendo.

—¡Bien me advertia el corazon!—decia Lostan con fuego a la turca,—¡una irresistible simpatía me arrastraba hácia usted aunque no veia su hermosa fisonomía... ahora lo comprendo todo: era usted la misma que habia ocupado mi pensamiento durante todo este dia!

La turca reia, pero sin decir ni una palabra.

Al mismo tiempo Galvez sentado junto a la jardinera le decia entusiasmado:

—¡No podia ser de otra manera! ¡Era usted la misma de hoi!

La jardinera, como la turca, reia de buena gana sin contestar nada.

La colejiala golpeando con un cuchillo en una copa, reclamó silencio.

Todos callaron.

Entónces ella, la colejiala, que era la sagaz y graciosa niña a quien llamamos Cármen, se puso de piés y afectando un aire de cómica gravedad, pronunció esta especie de discurso:

—Antes de comenzar la cena, esta mesa va a convertirse en un tribunal, y yo he sido nombrada presidenta de él. Nadie podrá usar de la palabra sin que yo se la conceda ántes; podrá, eso sí, manifestar cualquiera su aprobacion por medio de aplausos.

—¡Bravo! bravo!—gritaron algunos, a la vez que todos aplaudian con las manos como para aprovechar desde luego el permiso de aplaudir.

—Aquí se va juzgar y sentenciar a dos individuos acusados del feo vicio de inconstancia y veleidad. Los reos se encuentran presentes; son los capitanes Lostan y Galvez...

—¡Pido la palabra!—gritó Lostan.

—¡Pido la palabra!—exclamó Galvez.

Cármen, golpeando la copa con el cuchillo, gritó:

—¡Orden! Los acusados hablarán a su tiempo... Paso a exponer los hechos. Por una casualidad, casualidad que tomó la figura de un cochero negro, supe que los citados capitanes se habian ocupado hoi en el dia en dirijir requisitorias amorosas a dos amigas mias. Corrí entónces a casa de éstas y las invité a que vinieran aquí esta misma noche para que pudieran conocer y apreciar en su verdadero valor a sus galanteadores de hoi dia. Viniendo ellas a cara descubierta, los dos acusados al verlas habrian continuado cortejándolas como en el dia: esto era naral; pero mis amigas querian poner a prueba su constancia, querian saber si era solamente una impresion pasajera la que habian producido en ellos. Para que pudieran cerciorarse de ésto yo les indiqué un medio: fué el de que a esta reunion que íbamos a tener concurriéramos todas las mujeres disfrazadas y con máscaras. Esto fué aceptado. Trabajillo nos costó encontrar disfraces tan de súbito; pero revolviendo baules encontramos algunos restos de carnavales y nos vestimos como estamos... yo no hallé otra cosa más que el uniforme que usaba en el colejio, y me lo puse; Aliaga fué en busca de caretas, y por fin todo estaba listo cuando llegaron los acusados Lostan y Galvez.

—¡Protesto contra la palabra «acusados»!—gritó Lostan.

—¡Silencio!... órden!—exclamaron varias voces.

Restablecida la calma, Cármen prosiguió diciendo:

—Los capitanes Lostan y Galvez apénas llegaron, olvidando por completo a las desconocidas galanteadas en el dia, se dedicaron a cortejar el primero a la turca y el segundo a la jardinera, sin sospechar ni remotamente que ellas eran las mismas Blanca y Olimpia, cuyas voces no conocian, pues nunca las habian oido hablar. Al requebrar a la turca y la jardinera enmascaradas, eran infieles con Blanca y Olimpia; han sido, pues, pillados por ellas mismas infraganti, cometiendo los delitos de inconstancia y veleidad.

(Rumores de aprobacion.—Protestas los acusados.)

Cármen ajita el cuchillo contra la co

Se obtiene silencio.

—El acusado Lostan,—dice la presidenta,—puede hacer uso de la palabra en términos moderados y concretándose a su defensa:

—Pido la palabra,—dice Soler,—para una cuestion previa.

—La tiene,—contesta la presidenta.

—Hago indicacion para que en este intervalo tomemos una copa.

(Aplausos de aprobacion. Se aprueba por aclamacion lo indicado. Todos se sirven y beben.)

—El acusado Lostan tiene la palabra,—repite la presidenta.

Lostan se pone de piés y habla:

—Señora presidenta, señoras *vocalas* y señores vocales de este ilustrado Consejo:

No me presento ante este augusto tribunal con la cerviz inclinada, doblegada bajo el peso de la tremenda acusacion de inconstancia y veleidad, sino con la frente alta, seguro como estoi de que mi inocencia resplandecerá cual resplandecen los brillantes ojos de esta encantadora turca, por cuyo fulgor me encuentro ahora sometido a juicio. Hoi en el dia, tan solamente de verla, me enamoré de una hechicera jóven; esta noche la suerte, o más bien dicho cierta intriguilla, me ha conducido al lado de una turca enmascarada. Tenia yo estampada, grabada, en lo más íntimo del pensamiento y del corazon la imájen de la hechicera jóven que habia visto en el dia y a quien amaba ya locamente, y sin embargo sentí esta noche una fuerza, un impulso misterioso, que me impelia hácia la turca enmascarada. ¿Qué era aquéllo? ¿qué sucedia en mí? Yo no me lo explicaba: amar a una y sentirse impelido hácia otra: yo no lo comprendia; pero ahora lo comprendo todo. Mis ojos no veian el semblante cubierto de la turca; pero mi corazon sí, él no se engañaba, y por éso me impulsaba hácia ella: ella lo atraia como el iman al acero, como la tierra a los aereolitos, como el sol a los cometas.

(Aprobacion de parte de los hombres.—Silencio de parte de las mujeres.)

Lostan prosiguió:

—La jóven de hoi y la turca de esta noche eran una misma persona. Los pastores ' Belen adorando a Jehová y al niño Je- no faltaron al monoteismo, porque s dos eran uno solo. Lo mismo yo, ndo a una misma persona bajo dos formas distintas, no he podido dar prueba de inconstancia ni de veleidad. Por el contrario, he probado con tanta claridad como la luz del cielo que amo a esa jóven doblemente, no solo por su hermoso semblante, sino que aun oculto éste por el antifaz, sigo amándola por su donaire y natural encanto, porque la amo no con los ojos, sino con el corazon. He dicho.

(Aplausos.)

Gaspar, el músico, que desde un rincon escucha todo ésto, aplaude con entusiasmo y grita:

—El capitan Lostan ha dado espléndidas razones y debe ser absuelto.

—¡Silencio en la barra!—exclama Soler.

La presidenta hace sonar la copa con el cuchillo y dice:

—A la segunda amonestacion se despejará la barra.—El acusado Galvez tiene la palabra.

Galvez se para y habla:

—Siendo la acusacion que pesa sobre mí en todo igual a aquella de que tan brillantemente se ha defendido mi compañero Lostan, su defensa es tambien la mia. A mí me ha sucedido con la jardinera lo mismo exactamente que a él con la turca. No quiero extenderme hablando para no retardar el fallo de este ilustre tribunal, que estoi segurísimo ha de ser la más completa absolucion para nosotros y un aplauso para nuestros corazones que no se han dejado engañar por las caretas. He dicho.

(Muestras de aprobacion.)

—Oidas las defensas,—dice Cármen, la presidenta,—se procederá a la votacion.

—Hago indicacion,—dice Soler,—para que se vote en esta forma: los que opinen porque los acusados sean absueltos, tomarán un trago de su copa, y los que estén por lo contrario, nada.

(Se da por aprobada la indicacion.)

—En votacion,—dice la presidenta.

Todos toman sendos tragos.

Gaspar tambien empina una copa.

—¡Gasparito!—le grita Orrego,—tú no tienes voto... y estás votando...

—No botando... sino tragando...—contesta él, y concluye su copa.

—Ya lo ve usted,—dijo Lostan con entusiasmo a la turca que estaba como hemos dicho sentada a su lado,—el tribunal ha tenido que reconocer la verdad. Es usted aquella de quien me enamoré hoi y la misma de quien volví a enamorarme esta

noche y de quien sigo y continuaré enamorado toda la vida

Y miéntras hablaba trataba de tomarle una mano. La turca reia sin contestar una palabra.

La jardinera estaba sentada frente a ella y tambien reia escuchando los requiebros de Galvez.

Las risas se hacian jenerales y todos reian, hombres y mujeres, a cual más.

Por fin Cármen golpeando otra vez con el cuchillo la copa, pidió silencio.

—Los capitanes Lostan y Galvez,—dijo, —han sido absueltos de una de las acusaciones de inconstancia, pero todavía hai otra contra ellos, y es menester juzgarlos.

—¿Otra acusacion, de qué?—preguntaron a un tiempo Lostan y Galvez.

—De lo mismo, de inconstancia. Ambos han dirijido galanteos y declaraciones de amor a otras esta misma noche y en esta misma casa.

—¡No es exacto!—exclamó Lostan,—yo no he requiebrado más que a la turca.

—¡Ni yo tampoco, más que a la jardinera!—gritó Galvez.

—No he visto en esta casa más mujeres que las que hai aquí en la mesa,—añadió Lostan,—y apelo a la palabra de ellas para probar que la acusacion es falsa.

Otro tanto expresó Galvez.

—Pues bien,—dijo la presidenta,—se va a oir a los testigos. Primeramente mi amiga Olimpia que está vestida de turca, y en seguida mi amiga Blanca, que se halla en traje de jardinera, prestarán sus declaraciones.

La turca, que como sabemos tenia a Lostan a su lado, habló de este modo:

—Yo declaro que el capitan Lostan acaba de estar enamorándome y aun oprimiéndome la mano.

Al oirla, Lostan la miró espantado. Su voz no era la de la turca a quién habia estado cortejando toda la noche.

—Y yo,—dijo la jardinera en seguida, —declaro que el capitan Galvez me ha estado requebrando en este mismo instante.

Galvez la miró atónito; le sucedió lo que a Lostan. Esa voz no era la de la jardinera que estaba un momento ántes en la sala.

Una salva estrepitosa de risas se dejó oir. Todos reian como locos hasta saltárseles las lágrimas.

Lostan y Galvez comprendieron al fin la broma y acabaron por reir tambien.

Lostan reconoció en la jardinera la voz de la turca que estaba en la sala, y Galvez viceversa.

La explicacion era mui sencilla: miéntras habian quedado los hombres solos en la sala tomando una copa, a indicacion de la vivaracha Cármen, la turca y la jardinera habian cambiado mutuamente de traje, tomando la una el de la otra.

—¡Celebro y aplaudo la broma!—gritó Lostan haciéndose oir a pesar de la hilaridad,—pero no me dejo derrotar por ella... Ven, Galvez, éste es tu asiento... yo voi a ocupar el tuyo al lado de Blanca que ahora está de jardinera, pero que para mí es siempre la turca...

Ambos cambiaron de asiento.

—Se atreve usted a venir a sentarse a mi lado,—dijo Blanca, riendo siempre, a Lostan cuando éste se colocó junto a ella, —cuando a mi vista acaba de estar galanteando a Olimpia!

—No es posible,—replicó Lostan,—que por un momento de vacilacion me condene usted a una eternidad de penas.

—¡Pido una copa,—gritó Soler,—por Carmencita que ha sido el alma de toda esta broma!

—¡Bien! mui bien!

—¡Bravo!

Cuando hubieron bebido, Aliaga, que no se olvidaba nunca de las exijencias del estómago, dijo:

—Ahora ya es tiempo de trabajar con los dientes... Este seviche de camarones está gritando: ¡comedme!

—A ti toda la mesa te grita ¡comedme!

—Come y calla, este es el mas sabio de todos los dichos.

La cena comenzó. Cada uno se apresuró a servir y atender a la dama que tenia al lado.

Dos negras de quienes aun no hemos hecho mencion, servian a la mesa.

Durante un rato se ocuparon todos en comer, humedeciendo los bocados con sus correspondientes tragos de vino. No por esto dejaban de cruzarse, entretanto, breves diálogos y palabras tan picantes como los comestibles que en esa mesa se servian, condimentados al gusto limeño, pródigamente impregnados de ají.

El buen humor inundaba todos los corazones; de consiguiente, la alegría reinal tanto entre los anfitriones como entre l(comensales.

Aliaga era el que ménos hablaba, pu(

preferia abrir la boca para echarse algo nutritivo, y no para derramar palabras.

—Aliaga,—gritó Soler,—ten compasion de tus dientes; no los hagas trabajar tanto.

—Acuérdate,—agregó Orrego,—que ántes de sentarte a la mesa te habias tragado media docena de butifarras...

—Cállense, — exclamó Aliaga; — hasta ahora no he hecho más que entretenerme en escaramuzas, en pequeños tiroteos; falta el ataque a la fortaleza principal.

—¿Cómo es eso?

—Ya lo verán.

Y dirijiéndose a una de las negras, hizo una señal.

Esa trajo al momento una fuente en la que un rollizo pavo dejaba ver su desplumado cuerpo.

—¡Pavo tenemos!

—Y trufado.

—¡Hola! esto va pareciendo banquete!

—¡Dichoso pavo que va a tener el honor de ser comido por tan amable compañía!

—Si por milagro resucitara instantáneamente, al verse tan honrado se moriria otra vez de gusto.

—¡Qué buen olor despide!

—Gasparito,—dijo Orrego a éste que se habia aproximado,—tú tambien vienes a olfatear el pavo.

—¡Oh! capitan, tiene un aroma exquisito.

—No te sucederá a tí lo mismo cuando mueras.

—Ni te harán tampoco el honor de trufarte.

—Gasparito no aspira a los honores póstumos; prefiere ser trufado en vida.

Aliaga, miéntras tanto, despues de afilar un cuchillo restregándolo con otro, se puso a descuartizar el pavo.

—¿Quién quiere un muslo?

—¿Quién un cuadril?

—A mí un pedacito de pechuga.

—Muslo... eso le viene a la figuranta.

—Un zancarron para la turca en recuerdo del zancarron de Mahoma.

Luego estuvieron todos servidos.

De cuando en cuando las niñas ensartando con el trinchante un pedazo de pavo se lo ofrecian a su vecino o a otro, diciéndole:

—Este bocadito.

Aliaga encontraba preciosa esta cosmbre.

A medida que iban quedando satisfechos los estómagos, la conversacion se hacia más bulliciosa y jeneral. Los bríndis no escaseaban y la animacion crecia.

—¡Salud!

—¡Provecho!

—Por usted.

—Correspondido.

—Porque tengan una feliz marcha.

—Porque al regresar las encontremos tan hermosas como ahora.

—Por la constancia.

Se brindó por los presentes y por los ausentes, por todos y por todo. Hasta se oyó que Aliaga saboreando aún el gusto del ave trufada, pidió:

—¡Una copa por el inventor de los pavos trufados!

Lostan no cesaba de requebrar a Blanca tratando de convencerla a fuerza de elocuentes y expresivas palabras de que era ella a quién únicamente amaba. Y por respeto a la verdad, diremos que ella poco a poco se iba mostrando convencida, ora fuese que lo creyera, o bien que solamente tuviese el deseo de creerlo. En fin, sea por fás o por néfas, ello es que no se mostraba mui cruel con su galan. Es verdad que en una cena que viene siendo la continuacion de un baile, el amor marcha al «paso lijero o trote,» como habria dicho Lostan hablando militarmente.

—No me diga usted más—replicaba ella lanzando a Lostan una lánguida mirada que revocaba esta órden;—ahora que va a partir...

—Es verdad que mañana parto; pero no para la eternidad, y he de regresar...

—¡Quién sabe cuándo!

—No lo sé; pero ha de ser pronto... déjeme llevar una palabra suya que me haga desear el regreso...

Y Lostan le cojia una mano para dar más fuerza a su peticion. Blanca no soltaba la palabra, ni Lostan soltaba la mano...

De las conversaciones en alta voz y de las interrupciones a gritos, se pasó gradualmente a las canciones. La alegría y la música si no son hermanas, son por lo ménos amigas íntimas; se buscan, se encuentran, se abrazan, y se divierten juntas.

—Una cancion!—pidio una voz.

—Si; Elisa, una cancion.

—Que cante! que cante!

Elisa, que era la disfrazada de figuranta, no se hizo rogar y apénas llegó la vihuela traida por una de las negras, cantó:

La que vive en la cocina
Y trabaja en el fogon
En ardiente chamuzquina
Tiene siempre el corazon.

Pero los oyentes que habian llegado a ese grado de entusiasmo en que el individuo no está dispuesto a ser parte pasiva, sino activa; en que ninguno quiere ser espectador, sino actor; de oyentes pasaron a cantantes, y la cancion se continuó en coro, coro que dejaba mucho que desear como arte, pero no como fuego para mantener ardiente la animacion.

Concluida una cancion se comenzaba otra, o dos a un tiempo, lo cual si no era más melodioso era en cambio más divertido, y ellos creian salir ganando con ésto.

Al mismo tiempo con la más completa libertad cada uno conversaba, reia o cantaba; habia interpelaciones, réplicas, coloquios, interrupciones, y en jeneral las bocas no descansaban, ya conversando, ya cantando; ya riendo, ya bebiendo.

—¡Orrego! estás desafiando mucho... cierra los labios por compasion...

—Y Aliaga está cantando con un pedazo de pavo en la boca... traga y despues cantarás...

—Déjenme comer ahora, que mañana andaremos trepando cerros y quizás a esta misma hora estaremos todavía en ayunas.

—¡Ai, cholito, no me acuerdes de que te marchas!...

—No te aflijas todavía...al tiempo de despedirnos lo haremos juntos.

—¡Oido!—gritaba Soler,—esto es lindo:

Ando borracho,
Por una mujer,
Tan, tan, tan, tan,...

Que no me quiere
Como yo le adoro,
Flan, flan, flan, flan.

—¡Hombre!...que me pone sorda.

....

—Blanca, ha sido para mí una desgracia haberla conocido solamente hoi, cuando iba a partir...pero la consideré siempre como una dicha si usted me promete no olvidarse mui pronto de que me ha conocido... dígame siquiera que no le soi del todo indiferente...

—Si me fuera del todo indiferente no le escucharia...

—Escuchándome usted me colma de placer...pero... ¿eso no más es todo lo que me concede?

Como se ve, Lostan que era quien hablaba a Blanca, se iba poniendo mal contentadizo.

—¿Qué más quiere usted que le diga?—replicó la niña, y dirijiéndole un mirada que hablaba más que su boca, añadió:—acuérdese que solo desde hoi nos conocemos... poco tiempo para que ya pueda existir entre nosotros un sentimiento mui firme...

—Por parte de usted, sí; pero por parte mia...

—Ménos...

—Blanca, se hace usted poco favor...es usted bastante linda para inspirar amor desde la primera vista...

—No me diga nada más...qué saco con oirlo ahora que va a marcharse...

—Pero para regresar.

—Cuando regrese, entónces, conversaremos de todo ésto...

—Entónces continuaremos la conversacion; pero miéntras tanto dejémosla tan avanzada como podamos...replicó Lostan sonriendo.

....

Galvez habia permanecido firme al lado de Olimpia, la amiga de Blanca.

—Estaba justamente hablando de usted y de su compañero con Blanca,—le decia la niña,—cuando esta noche fué Cármen a invitarnos para venir acá.

—Ya ve usted como la suerte porfía por juntarnos; tres veces nos ha hecho encontrarnos hoi dia...

—No diga la suerte, sino la casualidad...

—No tal; es la suerte... que quiere que nos amemos, y es preciso obedecerle...

—Una cándida seria yo si me pusiera a quererlo ahora que está por partir...

En ese momento cantaba Orrego a toda voz:

El amor del soldado
Dura media hora,
En tocando la caja,
Adios, señora...

—¿Oye usted lo que canta uno de sus compañeros?

—¡Quién hace juicio de lo que dicen los versos!

....

No porque Lostan y Galvez trataran de hacer progresar sus nacientes amores, dejaban de tomar parte en la animacion jeneral; tanto ellos como ellas, Blanca y Olimpia, tambien entre coloquio y coloquio contaban, reian y cambiaban palabras todos.

—¡Qué cante Gasparito!—gritó uno.

—¡Que cante en chino!

—¿Que cante?... ¿en chino?... ¡ah, ja, ja!...—tartamudeó Gaspar y se echó a reir como un demente.

Es lo cierto que no teniendo él dama a quien galantear habia entablado sus coloquios con las copas, y tratando con estas señoras se habia desmemoriado de tal manera, que ya no sabia donde tenia la cabeza ni se acordaba de las reglas empíricas de física que enseñan al hombre a mantenerse de piés. Estaba él como ántes dijimos sentado en un rincon junto a una mesa sobre la cual se ponian platos, botellas y vasos para que estuvieran próximos a la mesa principal, cuando oyó que lo llamaban quiso levantarse de un asiento, pero no logró ejecutarlo: estaba tan borracho que no supo cómo hacerlo.

—¡Gasparito, te has emborrachado!— le gritó Orrego.

—Nó, mi capitan... no estoi mareado...

—Si no puedes ni enderezarte...

—Es que... tengo las piernas dormidas...

—Pero el gaznate no lo tienes dormido... te has despachado dos botellas de vino.

—Son ellas, capitan, las que me han despachado a mí... ¡Ah, ja ja!..

Y Gaspar reia, y tambien todos al verlo.

—Para qué necesitamos de Gaspar cuando yo lo hago tan bien cantando...—gritó Soler entonándose;—escuchen:

De las aves que vuelan
Me gusta el chancho,
Andar, andar...
Porque es un avechucho
Que vuela tanto,
¡Ai, caramba, sí!..

—¡Andar, andar!

—Así iremos mañana nosotros... andar, andar... ¡ai, caramba, sí!..

—¡Oido! esto es lindo!—exclamó Lostan y cantó siendo acompañado por los demás tanto con la voz cuanto con palmoteos y golpes en la mesa para llevar el compas:—

El pulpero e la esquina
De Monserrate
Se conquistó una zamba
Con chocolate;
Sí, cómo no...

—¡Sí, cómo no!..

—¡Otra!

El pulpero e la esquina
De Guadalupe
Se conquistó una china
Po un plato e chupe.
¡Sí, cómo no!..

—¡Sí, cómo no!..

El pulpero e la esquina
De Malambito,
Se conquistó una chola
Con pescáu frito.
Sí, cómo no...

—Sí, cómo no...

Ai, ai, ai, currutaco,
Que viene el paco...
Ai, mamita, sí!..

—Mamitita, sí...

—Sí, guai, ai. ai...

Todos cantaban, reian y aplaudian. El entusiasmo habia alcanzado un alto grado de elevacion. La alegría estaba en todos los corazones, y los corazones alegres son más expansivos y accesibles. Lostan y Galvez habian aprovechado esta circunstancia en pro de sus empresas amorosas, y ya habian avanzado hasta hacerse dar dulces y expresivas contestaciones.

Lostan habia oido respuestas como ésta:

—Si cuando esté usted de regreso se acuerda todavía de mí, tenga la seguridad de que será correspondido.

Y Galvez oia decir a Olimpia:

—Más vale que lo haya conocido solamente hoi... a tiempo que usted va a partir... si hubiera sido ántes, habria tenido que sufrir mucho mas con la separacion... es tan triste separarse........................

....

Hai circunstancias en que el tiempo pasa para algunos sin sentir; pero pasa siempre. Josué pudo, segun la Biblia, detener el sol; más no el tiempo. Este marchó entónces como ahora siguiendo la lei más inalterable de que se da cuenta el hombre.

Para aquellas cinco parejas las horas de esa noche habian trascurrido alegres y lijeras

Por fin, Soler mirando su reloj, exclamó:

—Ha llegado el triste momento de tomar la última copa en la agradable compañía de nuestras encantadoras amigas.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Es preciso que a las cinco estemos en el cuartel.

Así como echando de súbito un balde de agua hirviente se suspende instantáneamente el ruido de la ebullicion, aquellas palabras cortaron de un golpe la bulla de esa reunion tan animada.

Los diálogos y coloquios dejaron de ser jenerales; se hicieron particulares en cada pareja.

—Cholito,—decia Cármen a Aliaga:—cuidado con enamorarte por allá de alguna serrana... ¡ai! si llega a suceder tal cosa, me muero de la cólera.

Aliaga la tranquilizaba como mejor podia haciéndole mil promesas.

Orrego, miéntras tanto, aseguraba a Elisa que no dejaria de mirar y besar el retrato que de ella llevaba, como si fuera el orijinal y no la imájen.

Blanca habia acabado por decir a Lostan que esperaria con ansias su regreso, y él le estrechaba cariñosamente las manos, y aun creemos que en un trasporte de entusiasmo alcanzó a estamparle un beso en la mejilla izquierda.

No se mostraba Olimpia más cruel que aquélla con Galvez, y suspiraba cuando éste le hablaba de cuánto iba a pensar en ella durante su ausencia.

Soler y la india, sin saber cómo, habian llegado a decirse mui dulces y tiernas palabras, y parecian mui entretenidos en repetírselas.

Pero con todo, pasado que hubieron algunos minutos, repitió:

—¡Vamos! arriba la última copa!

Las copas se sirvieron.

—¿Felicidad!

—¡Porque sea feliz la marcha!

—¡Por el pronto regreso!

—Por que luego nos volvamos a ver juntos los que estamos aquí reunidos!

Despues que hubieron bebido, comenzaron a levantarse de sus asientos y a dirijirse a la sala donde habian dejado sus képis y sus espadas los oficiales.

En la sala la despedida se hizo con palabras y demostraciones más expresivas. Hasta algunos lagrimones se desprendieron de los ojos de Cármen y Elisa que abrazaban estrechamente a sus queridos haciéndoles mil recomendaciones.

—No olvides, cholito, tu manta de vicuña... dicen que por allá es terrible el frio...

—No dejes de escribirme...

—Abrígate mucho... no sea que cojas esas fiebres malignas de la Oroya...

Y con éstas, otras muchas advertencias y encargos.

Por fin se dieron el último abrazo, y al verlos, tanto Lostan como Galvez y Soler, se dejaron contajiar por el ejemplo y con un rápido pero tierno abrazo se despidieron respectivamente de aquellas a quienes habian galanteado durante el baile y la cena.

Esto tenia ya lugar en la puerta de calle.

Emprendieron ellos la marcha y avanzaron por la calle volviendo a cada instante la cara para contestar a las últimas palabras de despedida que ellas desde la puerta les dirijian.

XII

Listo para marchar

Cuando al torcer una esquina dejaron los cinco capitanes de percibir las voces de las que habian sido sus compañeras de baile y tertulia, Soler dijo:

—Hemos pasado un precioso rato.

—Como no lo esperábamos,—observó otro.

—Esta Cármen tiene unas ocurrencias... lo del baile de máscaras ha sido notable...

—Esa chica vale un tesoro.

—Todas ellas.

—A todo ésto... ¿qué hora es?..

—Las cinco y diez minutos... ya está comenzando a aclarar...

—Tenemos tiempo sobrado.

Todo esto lo decian miéntras caminaban. Galvez iba al lado de Lostan.

—¿Qué te parece,—le decia éste,—marcharnos precisamente cuando comenzábamos nuestras relaciones con ellas, con Blanca y Olimpia... cortar en el principio esta aventura que tanto prometia....

—Así es... no hace veinticuatro horas que las conocemos y ya ha habido cartas, encuentros, baile, declaraciones y hasta tierna despedida... esto marchaba al vapor...

—Y al vapor ha concluido.

—¿Concluido?.. ¿por qué?.. a nuestro regreso...

—Tú hablas de regreso como un *turiste* que viaja por su propio recreo. ¿Acaso nosotros sabemos cuándo regresaremos, n siquiera si llegaremos a regresar?.. Per aun dando por un hecho que prontament estaremos de vuelta en esta ciudad, ¿cre

tú que Blanca y Olimpia por habernos tratado durante algunas horas hayan quedado tan enamoradas que se tapen las orejas cuando otros les hablen de amor, y todo por esperarnos con el corazon en la mano?

—Hombre, eres mui escéptico.

—Y tú mui crédulo.

—De los creyentes será el reino de los cielos.

—Pero no el de la tierra, que es donde están ellas.

Ya habian andado algunas cuadras, cuando Orrego dijo:

—Para no llegar todos juntos al cuartel nos separaremos aquí y marcharemos por distintas calles.

Así lo hicieron, de manera que fueron llegando uno en pos de otro al cuartel. Aunque no tenian necesidad de ocultar su llegada a esa hora, puesto que no habian faltado a sus obligaciones ni a ninguna órden, no querian llamar la atencion apareciéndose todos ellos a un mismo tiempo; sabian demasiado bien que siempre es conveniente guardar ciertas apariencias.......

....

Cuando llegaron los cinco compañeros, ya las compañías habian tomado café.

A pesar de que la noche anterior habia quedado listo el batallon, no faltaban nuevas órdenes a última hora.

El ayudante de semana no paraba un minuto yendo y viniendo de un lado a otro.

—¿Ayudante?—llamaba el mayor.

—¿Señor?

—Apure el rancho... a las seis y media debe estar el almuerzo.

—Estará a esa hora.

—¿Ha hecho repartir las botas?

—Estoi esperando que esté bien claro.

—Pida a las compañías una relacion de todos los individuos que quedarán en Lima.

—Bien, señor.

Y el ayudante gritaba:

—¡Corneta! llamada de sarjentos.

Tocaba el corneta; acudian los llamados y recibian la órden para comunicarla a su vez.

No bien concluia el ayudante de hacer ésto, cuando ya se le acercaba un soldado a llamarlo de parte del mayor.

—A las seis y media se tocará asamblea, le decia éste al verlo acudir,—que la guardia entrante lleve todo su equipo.

—Voi a dar la órden.

Nuevamente sonaba la corneta, corrian los sarjentos y la órden seguia su curso....

....

En las cuadras de las compañías no faltaba animacion ni faltaba qué hacer.

El capitan, a quién desde la mayoría urjian con órdenes sobre órdenes, a su turno apuraba a los tenientes, subtenientes, etcétera.

—Teniente, ¿está ya la relacion pedida? —El sarjento de semana tenga cuidado de que los que van a entrar de guardia lleven su equipo completo y las botas en buen estado.

—Capitan,—decia el teniente,—un soldado da parte de enfermo.

—¡A última hora! ¿qué diablo tiene?

—Un pié lastimado, no puede marchar.

—Y ya está hecha la lista de los que se quedan por enfermos.

—Pero todavía no ha sido entregada... se puede agregar su nombre al fin.

—Hágalo, pues.

—¿Mi capitan?

—¿Qué dice, mi sarjento?

—Se ha ordenado ir al almacen a recibir las botas.

—Bien; iré yo mismo, venga usted conmigo y con dos soldados para traer las botas.—Teniente, haga formar la compañía para repartirlas...

Un momento despues regresaba trayendo las botas.

Se repartian entre los que tenian las suyas más usadas.

Comenzaba en seguida otra jarana entre los soldados.

—A mí me aprietan las botas.

—A mí me quedan largas.

—Cambiemos.

—A ver... éstas están pilonas... no tienen de donde tirarlas.

—Estas si que me quedan buenas... pero no me las puedo entrar..................

....

El coronel ya estaba en pié y llamaba al mayor.

Luego comenzaba la afluencia de órdenes.

—Mayor, llevaremos las calderas del rancho... con cuatro grandes y cuatro chicas tendremos suficiente.—Que no vaya ningun individuo enfermo; eso sirve sólo para estorbo.—Mande buscar una carreta para conducir a la estacion el equipo de los oficiales.—A las siete saldremos del cuartel.

El mayor se apresuraba a llamar al ayu-

dante para descartarse de aquel cúmulo de órdenes.......................................

....

Los oficiales en los momentos de que podian disponer acudian a sus habitaciones y daban la última mano a su lijero equipaje.

En un instante que el teniente Martel, de quien ántes hemos hecho mencion, entraba a su pieza donde tambien vivia, como ya lo referimos, el teniente Alvar, un soldado le dijo:

—Ya son las seis y mi teniente Alvar no ha llegado.

—Yo lo busqué mucho anoche,—replicó el teniente,—para avisarle que hoi marchábamos: pero no pude encontrarle; ¡quién sabe dónde se ha metido!

—Todo su equipo lo tengo listo... he guardado su ropa, ménos el uniforme de cuartel, para que en llegando se lo ponga, pues anda con el de parada.

—Has hecho bien, Peralta... Con tal que llegue a tiempo...

Peralta, como sabemos, era el asistente del teniente Alvar, del oficial a quien dejamos con Lucia en el hotel X...............

....

A las seis y media, como se habia ordenado, se tocó rancho.

Aquella hora no era mui adecuada para almorzar, pero aun sin ganas los soldados comian o hacian esfuerzos por comer partiendo del prudente principio que aconseja al soldado en campaña llevar siempre que pueda una comida adelantada. Los que no alcanzaban a comerse su presa de carne, o su *tumba* como ellos la solian llamar, la echaban al morral.

Luego en las cuadras y patios del cuartel se vió a los soldados con sus cananas al pecho y su morral y caramayola colgados al cuello...

....

—Dime,—decia Aliaga a su asistente, —¿está listo aquello?

—Sí, mi capitan.

—¿Lo echaste a un morral?

—Sí, mi capitan.

—¿De qué se compone el *cocavi?*

—Una gallina fiambre, un pedazo de salchichon, una docena de huevos duros, una libra de queso y cinco soles de pan.

—No está malo...

Como se ve, Aliaga no se olvidaba del estómago.......................................

....

—Por fin estoi ya desocupado,—decia Orrego juntándose en el patio con Lostan y Soler.

—Pues nosotros hace rato que concluimos.

—Pero yo he tenido que hacerlo casi todo; supónganse que me falta el primer teniente de la compañía.

—¿Quién? Alvar?

—Sí; él. Anoche tampoco estuvo miéntras se revistaba la compañía.

—¿Faltó a la retreta?.. Me extraña porque es un oficial mui cumplidor,—dijo Soler.

—No faltó a la retreta; pero apénas tocaron silencio, debió salir; pues no lo he visto desde entónces.

—Seguramente no sabrá que estamos de marcha.

—Tal vez... pero de todas maneras es una barbaridad... Por estar tan atareado no he ido aún a darle parte al mayor... voi en seguida.

Ya iba Orrego a ejecutar ésto cuando le alcanzó un oficial de su compañía para decirle que un soldado le habia dado un ataque de terciana.

—¡A buena hora! a tiempo de partir!... vamos a verlo...............................

....

La tropa estaba ya lista, y los soldados en su mayor parte fumaban un cigarrillo esperando el toque de tropa. Pero no por esto dejaban de sobrevenir pequeños inconvenientes, lijeros tropiezos, de esos que es imposible prever, y que atendido el gran número de individuos que componen un batallon, deben naturalmente estar sucediendo a cada instante. Ya a uno se le cortaba un boton de la canana, a otro se le torcia una hebilla, al de más allá se le caia el tapon de la caramayola y notaba que era mui delgado, y así en fin hasta el último momento no faltaba algo en que entender.

....

Por fin la corneta resonó haciendo oir el toque de tropa.

Este es uno de los toques que producen el efecto mas vistoso en un cuartel.

Todo el mundo acude presuroso a su puesto.

Se deshacen los corrillos, se cortan las conversaciones, el que estaba fumando le da el último chupeton a su cigarrillo y arroja, y todos se dirijen a su compa andando tanto mas lijero cuanto menor su graduacion, de manera que el sup

lo encuentre ya en su puesto al llegar; así en apareciendo el capitan, no tiene más que dar las voces de mando para que aquélla se ponga en marcha.

Las compañías fueron saliendo de sus cuadras y se formaran en el patio una acontinuacion de otra, de derecha a izquierda por órden numérico.

El coronel con sus ayudantes y sus cornetas estaba en el medio del patio, solamente tenia que hacer una señal a su corneta de órdenes para que el batallon se pusiera en marcha.

El teniente Martel tenia verdadero cariño a su amigo y compañero Alvar. Cuando vió que el batallon iba a ponerse en marcha y su amigo no llegaba, sintió una mórtal desazon. Faltar a un ejercicio u otro acto análogo, ya era considerado como una grave falta: ahora tratándose de una marcha, de una expedicion, el caso era mucho mas serio y tendria irremediablemente funestas consecuencias.

Orrego paseando una mirada por su compañía vió al teniente Martel ocupando el lugar en que debia estar Alvar. Al instante recordó que aun no le habia dado parte al mayor de la ausencia de aquel, pues habia estado preocupado por la mil atenciones que le habia ocasionado su compañía, y cuando iba a hacerlo, como lo vimos, fué interrumpido. Rabiando por tener que ir a dar a última hora un parte que debia haber dado mucho ántes, llamó al teniente Martel.

Este acudió.

—Dígame, teniente, ¿no sabe usted qué es del teniente Alvar?

—No sé, capitan; tal vez estará enfermo...

—¿Enfermo?... habria avisado... ¡Es una barbaridad!... faltar un oficial a tiempo de marchar... ¡esto no tiene nombre!... Y yo que todavía no he dado parte al mayor... va a tener un disgusto conmigo al ver que a última hora le voi con esa nueva...

Martel no halló qué contestar; veia que tenia sobrada razon el capitan. Este rabiando tanto por la ausencia de Alvar cuanto por haberse olvidado de dar parte de esa falta anteriormente, salió de las filas dirijiéndose hácia donde estaba el mayor y pensando en el modo con que este jefe iba seguramente a replicar: "Y ahora no más e usted a darme parte de éso."

artel quedó por su parte pensando con .miento cuánto iba a costar aquella falta a su amigo. Conociendo la estrictez de la disciplina tenia la seguridad de que si no llegaba a tiempo para marchar, seria separado del batallon, lo que equivalia a ser expulsado y perder de un solo golpe todos los méritos obtenidos en crudas campañas y gloriosas batallas.

XIII

Delicia primero; desesperacion despues.

Mui léjos se encontraba Alvar de imajinarse lo que sucedia en su cuartel.

Como a las seis de esa mañana se encontraba frente al espejo de un tocador y con un peine en la mano se disponia a componerse el cabello.

Esto sucedia en el departamento del hotel donde le dejamos la noche anterior.

Lucía estaba ahí. Miraba la imájen de su amante reflejada en el espejo y le sonreia con cariño.

De pronto cojió una silla y colocándose detras de Alvar le dijo:

—Siéntate.

Y al mismo tiempo poniéndole sus suaves y delicadas manecitas sobre los hombros le cargaba.

Alvar se dejó caer en la silla, impelido seguramente más bien por la dulce emocion que le producia aquel lijero contacto que por las fuerzas físicas de la débil niña.

—Dame el peine,—añadió ella quitándole ese instrumento con prontitud y gracia;—verás que bien lo hago... ni en la peluquería de Mercaderes...

Y comenzó a alisar los cabellos del jóven.

—¿Qué hora es?

Alvar miró su reloj.

—Las seis y diez minutos,—contestó él.

—Dices que a las siete debes estar en tu cuartel.

—Irremisiblemente; a esa hora tenemos ejercicio de armas.

—Y me has dicho que a los que no asisten les ponen arrestados... yo quiero que no faltes, no, no... si te pusieran arrestado, ¿qué haria yo, sola?... y ¿dónde les ponen? ¿les encierran?... a nosotras en el colejio por cualquier candidez nos encerra-

ban en un cuartito chiquito, oscuro, mui oscuro... habia pericotes... yo no les tenia miedo... cuando sentia alguno le daba duro, duro, con el libro... porque me daba cólera siempre que me encerraban... ¿A ustedes, los oficiales, tambien los encierran?

Alvar se rió al oir esta pregunta.

—¿Por qué te ries?

—A nosotros no nos encierran.

—Entónces pueden salirse cuando están arrestados.

—Tampoco.

—¿Quién les detiene?

—La razon.

—¿Qué? ¿cómo se entiende éso?

—Basta que a un oficial le diga un superior: «Usted queda arrestado,» para que él no se mueva del cuarto de bandera.

—¡Qué candidez!... pues a nosotras la superiora tenia que mandarnos poner bajo llave para que no nos saliéramos.

—Pero ya supondrás que el jefe de un batallon posee medios mas enérjicos que una superiora de colejio para hacer respetar sus órdenes.

—Pero tambien ustedes son hombres... si yo fuera hombre seria mui brava, mui bravo diré... yo en el colejio no le tenia miedo a ninguna niña, ni a otras mas grandes que yo...

Alvar escuchaba con encanto la locuacidad de la niña que al hablar daba donosas inflexiones a su acento segun convenia a la idea que deseaba expresar; al mismo tiempo seguia peinándolo.

—Te dejaré esta ondita en el pelo, sobre la frente...

—Eso es mucho adorno para mí,—replicó Alvar mirándose en el espejo;—mejor será dejar los cabellos como caigan naturalmente.

—¡Qué! ¿qué cosa?... no, señor... así está bonito... Y por último así me gusta a mí... y tú no tienes que parecerle bien a nadie más que a mí... ¿cierto?...

Alvar contestó con una caricia a esta pregunta.

—Está concluido,—dijo ella aludiendo al peinado.

Y yendo en busca de un maletín o bolson de mano que habia traido de su casa, sacó de él un frasquito de esencia de *frangipanne* de Atkinson.

—Esto es para el pañuelo; pero tambien se le puede poner al pelo a falta de *aceitillo*...

—Basta... me perfumas demasiado...

—Este olor me gusta mucho... yo he leido en un libro que el olor ejerce influencia en la memoria... un perfume hace recordar a la persona que lo usa... fué en un libro de Víctor Hugo... ¡tu nombre, Víctor!... lo leí en frances... yo sé frances, lo aprendí en el colejio... ¿y tú?...

—Un poco.

—Es mui cansado eso del *accent grave*, *accent aigu*... yo siempre confundo esos dos acentos... Sí, pues; un perfume hace recordar a la persona que lo usa... miéntras sientas el olor de esta esencia te acordarás de mí...

—No necesito de eso para tenerte siempre en la memoria, pues que te tengo en el corazon.

—Zalamero.

Alvar volvió a mirar su reloj.

—Son las seis y veinte minutos,—dijo.

Y levantándose de la silla cojió a la niña de las manos y la arrastró suavemente hasta un sofá, donde la hizo sentarse a su lado.

—¿Cuánto vas a demorar por allá?—preguntó ella.

—Tres horas y media.

—¿Tanto? ¿qué vas a hacer? dímelo todo.

—A las siete saldrémos del cuartel a hacer ejercicio con las compañías; el ejercicio durará hasta las nueve; despues hai que permanecer en el cuartel hasta que toquen fajina...

—¿Fajina? ¿qué eso? ¡qué feo nombre!...

—Es un toque de corneta para dar puerta franca.

—¡Otra! yo no entiendo...

—Es para anunciar que podemos salir a la calle.

—¿Y a qué horas tocan esa corneta?

—A las diez.

—¿Qué voi a hacer sola aquí hasta esa hora?... ¿Regresarás en cuanto te desocupes?

—Sin perder un minuto.

—Ven mui lijero... en un coche... Estando a tu lado no tengo miedo; pero cuando quede sola voi a estar temiendo... Si viniera papá...

—Tendria que ser adivino para sab que estás aquí. Antes de las diez y med me encontraré de vuelta, permaneceré u rato contigo y en seguida iré a disponer

necesario para que hoi mismo podamos trasladarnos a otra parte; entónces quedarémos más tranquilos.

Lucía se habia puesto repentinamente pensativa. Habia bajado la cabeza y tenia la vista fija en la alfombra del piso.

—Te estás entristeciendo,—la dijo tiernamente el oficial rodeándole con el brazo su flexible talle;—acuérdate que me has prometido no entristecerte más.

—No puedo... cuando me acuerdo de mi casa... de lo que he hecho... siento que se me parte el corazon... no sé... no puedo dominarme... me asalta ese pensamiento... Te amo mucho, muchísimo, no quiero más que tenerte a tí en la imajinacion; pero a pesar mio se me presenta el recuerdo de papá, de mi tia... de mi casa... de todo...

Alvar a fuerza de caricias trató de disipar las sombras que acudian al semblante de la niña.

—Veamos,—la dijo tratando de distraerla de sus ideas y dirijiendo una mirada hácia una silla sobre la cual habia quedado el maletin de Lucia;—veamos qué es lo que tienes en este maletin.

—¡Curioso!—replicó ella arrebatándole vivamente de la mano el bolson que ya él habia cojido.

—¿Tienes algun secreto en él?

—Nada.

—Déjame verlo, entónces.

—Espera... yo te mostraré.

Abrió ella el bolson y sacó una cajita con polvos de arroz y el frasquito de esencia que ya hemos visto.

—Perfumes, —dijo Alvar sonriendo, se conoce que eres limeña.

—¡Cómo! qué! ¿las chilenas no usan perfumes?

—Los usan, pero con ménos profusion.

Sacó ella en seguida un pequeño estuche forrado en terciopelo dentro del cual se vieron unas tijeras, un dedal de plata y otros utensilios semejantes. Lucía miró sonriendo a su amante; éste reconoció el estuche: era un obsequio suyo.

Despues vino un pañuelo, algunas alhajitas y otros objetos del mismo estilo.

—No hai más,—dijo ella cerrando el maletin. pero dejando lucir en sus labios una sonrisa que desmentia esa aseveracion.

[illegible]var haciendo un lijero movimiento [illegible] el bolson y lo sacudió sin arrancarlo [illegible] manos de Lucía. Un ruido se oyó den[illegible] él.

—Sí hai más,—dijo el jóven riendo,—sí hai otra cosita que ha sonado.

—¡Curioso!

—Ese es el secreto.

—Pero no lo es para tí... tú lo conoces... Adivina...

—Si pudiera adivinar no necesitaria verlo.

—No quiero dejarte con la curiosidad...

Abrió Lucía el maletin y Alvar divisó en el fondo de él un paquetito de papeles manuscritos. Fácil le fué reconocerlos a la primera mirada: eran las cartas que él la habia escrito en diversas ocasiones.

—Siempre las llevo conmigo,—dijo ella;—ahora cuando quede sola te esperaré leyéndolas.

Alvar pagó con una espontánea caricia aquella sencilla muestra de amor.

Las últimas palabras de la niña le hicieron recordar su obligacion de ir al cuartel. Miró nuevamente su reloj.

—Dos minutos más de las seis y media,—dijo,—es preciso que me vaya.

Se levantó de su asiento y se puso el képis y la espada.

—¡No demores!—exclamó ella tomándolo de un brazo;—¡qué largas van a ser para mí estas horas! Voi a estar temiendo que vaya a sucederte algo y no puedas regresar...

—No seas loca... a las diez y media a más tardar estaré aquí... voi a dejar mi reloj para que veas en él la hora...—repliplicó Alvar dejando su reloj sobre una mesa.

—Voi a estar contando las horas...

—Para que crean los que están alojados en este hotel que va a quedar solo este departamento y nadie venga a molestarte, voi a dejar con llave la puerta y a llevarme la llave en el bolsillo. No creas,—añadió él riendo,—que vas a quedar encerrada como en el colejio, pues estando adentro con descorrer los cerrojos puedes abrir la puerta sin necesidad de llave.

—Las diez y media,—dijo ella, y contando con los dedos añadió:—una, dos, tres, cuatro... ¡cuatro horas!

—A lo sumo.

Lucía habia acompañado a su amante hasta la puerta teniéndole el cuello rodeado con sus lánguidos brazos. Al llegar ahí Alvar la tomó la cabeza entre sus manos y dándola repetidos y apasionados besos, la dijo:

—Hasta luego.

—¡Ai, no sé por qué estoi toda temerosa!...

—No seas aprensiva,—replicó él repitiendo sus caricias.

—Miéntras estés por allá no dejes de pensar en mí...—le dijo ella viéndolo abrir la puerta.

Álvar salió y ántes de volver a cerrar la puerta dirijió una última mirada a la niña.

—Acuérdate de que yo quedo aquí esperándote... sola...

Al decir esto fijó ella sus negros ojos en los de su amante.

Esa mirada produjo en Alvar la más profunda impresion. Aquellos ojos hablaban un lenguaje mudo pero elocuentísimo que el oficial comprendió, su mirada era amorosa y a la vez suplicante; pedia amor y al mismo tiempo proteccion.

Bajo la influencia de aquella muda súplica, Álvar cerró maquinalmente la puerta, torció la llave y sacándola de la cerradura la guardó en el bolsillo de su pantalon.

En seguida echó a andar hácia la escalera llevando estampada en la imajinacion, creyendo ver todavía la mirada de aquellos ojos tan queridos.

—Es,—pensaba, —la primera vez que me mira así... y es la primera vez que me separo de ella siendo su amante... Yo soi ahora para ella todo... su único amparo... todo, todo...

Un momento despues se encontraba en la calle y tendia la vista a todos lados esperando divisar algun coche. No viendo ninguno, se puso a andar apresurando el paso.

—Me conviene,—se decia,—estar en el cuartel ántes de la siete para cambiar de uniforme, pues ando con el de parada y no he de ir con éste al ejercicio... pero tengo tiempo sobrado.

Miéntras caminaba le venian a la memoria todos los acontecimientos sucedidos desde la noche anterior. A pesar de sentirse embriagado de felicidad al considerarse dueño de la linda niña a quien amaba, no dejaba de pensar en la parte ménos poética de toda aquella aventura y conocia toda la gravedad del paso que habia dado.

No abrigaba temores respecto a que el padre de Lucía descubriera el lugar en que estaba la niña. Esto le parecia mui difícil por la misma circunstancia de estar ella en un sitio casi público como era el hotel, donde seguramente no pensaria en ir a buscarla.

Pero de ninguna manera podia ella continuar en el hotel; eso llamaria indudablemente la atencion de todos los huéspedes, de los mozos, etcétera: no habia ni que pensar más en ello. Era necesario buscar lo más pronto posible, ese mismo dia, una casita, algun sitio seguro, que se convirtiera en nido de amores.

Encontrar alguna casita que arrendar no era cosa mui difícil; en cuanto al mueblaje, Alvar poco se preocupaba: como militar en campaña desde hacia algunos años habia concluido por convencerse de que los muebles que adornan una casa son en su mayor parte superfluos, inútiles, y que con una cama, un baul y un lavatorio hai lo suficiente...

Sin embargo, no pensando hacer que Lucía llevara tambien la vida de campaña, se buscaria algunos muebles de los mas necesarios, ya comprándolos, ya alquilándolos y poco a poco se iria enriqueciendo el ajuar.

Para Alvar era de poca importancia todo ésto, es decir lo que llamarémos la parte material del porvenir; todo se reducia a cierto gasto de dinero. Lo que más le preocupaba era la otra, la parte moral.

Lucía era una tierna jóven tan pura como inexperta que vivia al lado de su padre. El la habia hecho abandonar su hogar y su familia, la habia hecho perder bienes tan preciosos. Desde ese dia era dueño no sólo de su amante corazon, sino de toda ella, de su porvenir, de su vida. Aquella niña tan linda como enamorada, lo habia abandonado todo por él; ahora él debia ser todo para ella, su amor y su sosten.

Así discurria Alvar miéntras seguia caminando hácia el cuartel.

Por instantes, a pesar suyo, se le presentaba a la imajinacion Lucía abandonada por él y siguiendo las huellas de tantas niñas que incapaces de resistir a la miseria se habian dejado arrastrar por la depravacion. Lucía tan tierna y tan bella, esa misma niña a quien amaba tanto y cuyas caricias tenian para él tan precioso valor, ella, cayendo de brazo en brazo, sirviendo de juguete para las bajas pasiones, de[illegible]la por uno, tomada por otro, despreci[illegible]a, abyecta, envilecida, depravada... [illegible]ta idea le horrorizaba.

—Abandonarla seria una infamia... ¡no lo haré nunca!

Esto murmuraba Alvar.

Y lo decia con fé.

Envuelta en todos estos pensamientos se encontraba su mente cuando llegó al cuartel.

Entró distraidamente hallándose seguro de que aun no era la hora del ejercicio.

Pasó el zaguan y al llegar al patio quedó atónito contemplando el cuadro que se ofrecia a su vista. El batallon estaba formado, toda la tropa armada y equipada, y el coronel en el medio del patio.

Siendo él militar, fácil le fué sospechar al instante qué significaba aquéllo: el estar la tropa equipada y en esa formacion sólo podia explicarse de una manera: el batallon iba a partir.

Por instinto, siguiendo el primer impulso, se dirijió a su compañía, ejecutando un acto que todo militar hace al fin maquinalmente por la fuerza de la costumbre, pues concluye por considerarse como una parte, como un pedazo de su compañía: y lo es en realidad.

Para llegar hasta ella Alvar pasó naturalmente por retaguardia de la tropa que circundaba el patio; atravesar éste habria sido mostrarse ante los jefes, cosa que se halla mui léjos de querer hacer un militar que llega atrasado.

Era precisamente aquel el momento en que el capitan Orrego se dirijia donde el mayor a darle parte de la ausencia del teniente. Como sabemos, Orrego iba disgustado por haber demorado en dar ese parte hasta ultima hora. Con una vaga esperanza echó una mirada a la puerta de calle. Aliviado de un gran peso se sintió al divisar que venia entrando Alvar. Volvió entónces sobre sus pasos y atravesando las filas de soldados salió al encuentro del teniente.

—¡A esta hora se viene apareciendo, teniente!—le dijo con aspereza y lanzándole una severa mirada.

—Yo no sabia, capitan...—contestó Alvar balbuciente.

—Debia haber sabido... Vaya a tomar su colocacion.

El jóven no halló qué replicar y fué hácia su puesto que estaba ocupado como ya lo dijimos por el teniente Martel.

—?Qué significa esto? ¿dónde va el batallon?—preguntó con ansiedad a su amigo en voz baja.

—Vamos a marchar... al interior...

—¿Hasta dónde?

—No se sabe.

—¿Por cuánto tiempo?...

—No se sabe nada, nada...

Estas palabras se cambiaron con rapidez.

En ese instante volvió a aproximarse a Alvar el capitan Orrego diciéndole:

—Vestido de parada... está usted de lunar... vaya a cambiarse de uniforme... apúrese... ya vamos a salir...

Alvar oia todas estas palabras sin comprenderlas. Estaba suspenso, alelado, embobecido. Toda su imajinacion la ocupaba una sola idea traducida por estas frases que él pronunciaba interiormente:

—¡Vamos a partir!... ¿Y Lucía?...

Su asistente, Peralta, se acercó a él diciéndole:

—Mi teniente, aquí tengo su uniforme de cuartel... está listo... lo tengo en ese cuarto...

Y designaba uno cuya puerta estaba a cuatro pasos detras de ellos.

Todas estas palabras se habian cambiado con gran rapidez, pues sólo se esperaba la voz del coronel, o más bien el sonido de la corneta, para emprender la marcha. Era preciso aprovechar el tiempo.

Afortunadamente para Alvar en ese momento el coronel ordenó que se viera por última vez si en las filas no habia algun soldado que no estuviera en perfecto estado para marchar. Esto proporcionó algunos minutos de espera.

Alvar se dirijió al cuarto que le señalaba su asistente. Al hacerlo se encontró con Martel que habia pasado a la fila exterior cuando le cedió el puesto.

—Oyeme una palabra... ven...—le dijo Alvar.

Su compañero le siguió.

Cuando estuvieron dentro del cuarto, Alvar le dijo:

—Me encuentro en el trance más apurado.

—¿Qué te sucede? —preguntó Martel alarmado por el acento de su amigo.

—Te lo explicaré en dos palabras; anoche saqué de su casa a una niña y la he dejado en un hotel creyendo volver dentro de pocas horas.

—¡Bah! por eso no más te apuras tanto... ella conocerá el camino y se volverá por donde mismo...—contestó Martel sonriendo.

—Te equivocas... no es una persona

como te imajinas... no puede regresar más a su casa... es una niña inexperta...

—Entónces el asunto es... formal...

—Para mí es de lo más formal que hai en el mundo... Dejarla ahí abandonada seria la mayor infamia... no puedo hacer semejante cosa...

—¿Y qué partido piensas tomar?

—No lo sé... la cabeza me arde... nada se me ocurre...

—Puedes dar parte de enfermo y quedarte en Lima.

—Eso seria una baja accion... esa mentira en el momento de partir a una expedicion en que puede haber peligro... podria ser interpretada hasta de cobardía... no se puede... preferiria hacer mi renuncia del batallon...

—Hombre, tomas mui a pechos el asunto... ten un poco de calma y tratemos de arreglarlo... Puedes mandar a álguien donde tu Dulcinea para que le advierta de lo que pasa y que te espere en el hotel...

—¡Imposible!.. es una niña de diez y seis años que nunca se ha visto libre... qué va a hacer sola en un hotel... sin saber hasta cuándo...

—Podemos hacer otra cosa... tú conoces a Josefina...

—Tu querida.

—Sí; puedes dejarla en casa de ella.

Alvar movió la cabeza demostrando que no le satisfacia la propuesta.

—No te ofendas,—dijo;—tú bien sabes que Josefina es una muchacha... de mundo... no puedo dejar en su poder la niña de que te hablo...

Aunque quizás no le gustó a Martel la manera como calificaba a su querida, no hizo alto en ello considerando la desesperacion de su amigo.

—Si yo hubiera podido imajinarme que hoi partíamos, de ningun modo la habria hecho salir de su casa... Si la dejo ahí, qué va a ser de ella... estoi desesperado... no sé qué hacer... pero ántes de dejarla abandonada a su suerte, tomaré cualquier partido... haré mi renuncia del batallon...

—Ni digas tal cosa... ¡a tiempo de salir a una expedicion!

—Seria feísimo... indecoroso... pero ¿qué hacer?..

—¡Con qué cara te irias a presentar a última hora haciendo tu renuncia!.. ni aun creo que te la aceptarian hasta despues de regresar...

—Me saldré entónces de las filas y me quedaré aquí...

—No digas semejante disparate...

En ese momento apareció en la puerta del cuarto el capitan Soler.

—¿Teniente Alvar?—dijo llamando:—óigame una palabra.

Alvar se acercó a él obedeciendo maquinalmente.

—Sin quererlo,—le dijo Soler,—he oido todas sus palabras; estaba ahí, al lado de de afuera, afirmado en el marco de la ventana escribiendo los nombres de dos soldados que van a quedar en Lima por enfermos... estoi al corriente de lo que le sucede; me ha agradado mucho su delicadeza para no permitir que *ella* quede en poder de esa Josefina a quien usted reputa de... mala cabeza... Voi a ofrecerle un modo de salir del conflicto.

Alvar le dirijió una mirada suplicante.

—Yo conozco una persona... digna, en cuya casa puede usted dejarla sin temor, confíe en mi palabra...

—Basta que usted me lo diga, capitan,—replicó Alvar que se sintió renacer con aquella oferta.

—No tenemos tiempo que perder... voi a escribir cuatro letras a aquella persona...

Diciendo esto sacó Soler del maletin que llevaba colgado al cuello un pliego pequeño de papel y afirmándolo en la pared, escribió en él con lápiz lo siguiente, que Alvar iba leyendo a medida que se escribia:

«Luisa:

»Atienda y hospede en su casa a la niña que le entregue este papel. Será uno de los favores más grandes que me haya hecho. Ella se lo explicará todo.—Suyo,

Soler.»

En seguida escribió en un sobre esta direccion:

«Señora doña Luisa L. v. de Montemar.—Calle de Calonje, número 7.»

Y puso el pliego dentro del sobre, diciendo a Alvar:

—Que se presente ella con esta cartita allá donde indican estas señas; estoi seguro de que Luisa la recibirá y atenderá lo mejor que pueda.

—¿Y con quién voi a remitírsela?— el teniente pensando en ello.

—Con Peralta,—replicó Martel que se habia acercado a ellos.

—Peralta tiene tambien que marchar.

—No; temiendo que tú te quedaras en Lima, lo puse en la lista de los enfermos; de consiguiente no marchará. Ahora es preciso que para remitirle la carta que ha escrito el capitan Soler, tú la escribas otra explicándole lo que sucede.

Al mismo tiempo daba Martel a Alvar un pliego de papel y un lápiz.

Alvar escribió afirmado en la pared:

«Lucía:

»Al llegar al cuartel me he encontrado con que vamos a partir para el interior. Ha sido una cosa impensada; te juro que nada sabia yo; créemelo, no me juzgues ántes de oirme.

»Te incluyo una carta para que vayas donde indican las señas. Esa señora te atenderá y cuidará; aunque yo no la conozco, me lo ha asegurado el compañero que firma esa carta, quien merece completa fe. Ten confianza.

»No tengo tiempo para escribirte más.

»Te amo siempre; créelo por lo más sagrado.

Víctor.»

Peralta estaba ahí a un lado; lo habia oido todo. Tenia en sus manos el uniforme de cuartel de su teniente.

Cuando vió que éste concluia de escribir, le dijo:

—Mi teniente, aquí tengo su uniforme.

Alvar comenzó a cambiarse de ropa.

El capitan Soler habia salido al patio.

—Hombre,—dijo Martel a su amigo que continuaba mudándose de ropa,—con tu atolondramiento quizás has olvidado una cosa.

—¿Qué?

—Supongo que tu dulcinea no tendrá dinero, y esto es tan necesario en todo caso...

—Pensando estaba en ello... tampoco tengo yo gran cosa... y a última hora de dónde voi a sacar... a ver... aquí tengo trescientos cincuenta soles... y tú... ¿puedes prestarme algo?..

—Veinte pesos... tómalos...

T-do esto es poco... ¡quién sabe cuán-
.os a demorar por allá!..

e todas maneras, mándale aunque
.o... cambiando los pesos por papel
hará aquello un total de seiscientos soles... peor es nada... Dale ahora tus instrucciones a Peralta.

El asistente ayudaba a vestirse a Alvar.

—Ya sabes de lo que se trata,—le dijo éste.

—Sí, mi teniente.

—¿Has comprendido?

—Déjeme a mí, mi teniente,—contestó el soldado que era un muchacho mui despierto y habia tomado cariño a su oficial, a quien servia desde mucho tiempo atras,—déme las cartas y los soles, y no pase cuidado.

—Tómalos...

—¿Dónde está la señorita?

—En el hotel X... ¿lo conoces?

—Sí.

—En la pieza número 16... No tendrás necesidad de preguntar nada a nadie... Toma esta llave... con ella abrirás la puerta...

El sonido de la corneta interrumpió a Alvar.

—Nos vamos...—dijo Martel saliendo a toda prisa...

Alvar lo siguió, diciendo a Peralta:

—Ve a ponerte a mi lado miéntras marchamos; tengo algo más que decirte...

Aun iba Alvar concluyendo de abotonarse su dolman, cuando volvió a sonar la corneta tocando «atencion, derecha y paso redoblado.»

Todo el batallon como si fuera un solo individuo se puso en marcha.

Peralta corrió a colocarse al lado del teniente Alvar que ya, por supuesto, iba marchando.

—Muchas pruebas me has dado ya de tu intelijencia y buena voluntad,—le dijo el jóven;—ahora necesito de ambas más que nunca... Con la llave que te dí abrirás la puerta... ella ha de creer que soi yo... le darás las dos cartas... y le explicarás lo que ha sucedido, que repentinamente han dado la órden de marcha... en fin, confío en tu intelijencia...

—No pase cuidado, mi teniente, lo hare lo mejor que pueda...

—Harás todo eso con prontitud e irás a la estacion donde se dirije el batallon para darme cuenta del resultado... sin falta, te espero...

—Voi a guardar en el baul el uniforme de parada que usted se quitó... y corro en seguida al hotel...

—La dirás tambien que tú eres mi asis-

tente... que vas a quedarte en Lima y la atenderás...

Peralta regresó al cuartel y el batallon continuó su marcha.

XIV

Peralta recurre a la elocuencia.

Al entrar al cuartel, Peralta se dirijió al cabo de la guardia, diciéndole:

—Mi cabo, vengo mandado por mi teniente a buscar su equipo para llevárselo a la estacion.

Estas palabras tenian por objeto advertir al cabo que iba a salir pronto nuevamente, pues sin esa advertencia se exponia a que no le permitieran la salida del cuartel una vez que hubiera guardado el uniforme de Alvar.

Peralta era un mozo de veintiocho años, pelinegro, de mirada expresiva y ademan resuelto.

Hacia más de dos años que era asistente de Alvar. Este lo habia tratado siempre con deferencia y se habia mostrado tolerante con él dispensándole en muchas ocasiones algunas faltillas, ya algun exceso en el culto de Baco, ya algun olvido en la asistencia a lista.

Un dia le dijo Alvar:

—A mí no me gustan los borrachos; cuando hayas bebido trata de que yo no te vea.

Dos semanas despues faltó Peralta del cuartel durante todo un dia y una noche.

Al verlo de regreso, el oficial le preguntó con enojo:

—¿Por qué has faltado?

—Habia tomado un trago, mi teniente, —replicó Peralta cuadrándose.

—¡Y tienes la insolencia de decírmelo!

—Mi teniente, usted me ordenó que cuando tomara no me pusiera a su vista.

Viendo la seriedad con que hablaba el asistente, Alvar estuvo a punto de reirse.

—Pues bien,—contestó;—anoche tuve que hacerme yo mismo la cama, y esta mañana no tuve ni agua para lavarme; todo por estar esperando que tú vinieras; será preciso que cuando quieras beber me lo avises con tiempo para tomar mis medidas.

—Mui bien, mi teniente; pero...

—Pero... ¿qué?

Peralta hizo un jesto de vacilacion y respondió:

—Ahí es el caso... que uno muchas veces no sabe cuándo va a tomar... como eso no está a lo que manda la voluntad, sino a lo que manda el bolsillo... y a veces hai sed y no hai plata... y si a uno le sale algun amigo que lo convida... y uno no puede adivinar cuándo le va a salir ese amigo...

—Suficiente; para que no estés sujeto a la vaguedad del acaso, siempre que te halles en aquella circunstancia, la de tener sed y no plata, avísamelo; yo te daré dinero con la condicion de que no aceptes esos impensados convites... y por último, no quiero que mi asistente ande bebiendo de gorra, de bolsa, de mogollon.

Peralta no echó en saco roto esta advertencia. De cuando en cuando, miéntras cepillaba la ropa de su teniente, solia decirle:

—¡Qué calor ha hecho hoi, mi teniente! La saliva se le hace a uno engrudo...

Alvar se sonreia; sacaba del bolsillo unos diez o veinte soles y dándoselos, le daba tambien permiso para pasear hasta el dia siguiente.

Otras veces Peralta se expresaba de otras maneras:

—¡Ai! mi teniente; hoi al ranchero se le pasó la mano con el ají... ¡estaba tan picante el rancho!.. la boca me arde como si me hubiera comido un sinapismo...

O bien:

—No sé lo que tengo, mi teniente... una fiebre, el pelo tieso como cerda, los nervios flojos como *güiros* y la boca seca... como la yesca...

Alvar comprendia que esa boca necesitaba remojo, y se lo proporcionaba.

Peralta habia concluido por tener un verdadero cariño a su teniente. Por este motivo habia escuchado con sumo interes las palabras que esa mañana cambiara el oficial con Soler y con Martel.

Viéndolo tan acongojado, se habia propuesto poner de su parte cuanto le fuera posible para remediar todo aquel asunto.

Una vez dentro del cuartel, corrió a guardar en un baul el uniforme de parada que acababa de sacarse Alvar. En seguida cojió el equipo de éste, que aunque lo tenia listo no lo habia remitido a la estacion por no saber si su teniente marcharia con el batallon.

Peralta estaba desarmado, pues como sabemos no iba a marchar. Se colgó al cuello un morral, un maletin, una caramayola y un rollo formado por un dos frazadas y un capote: era eso el equipaje de Alvar.

Hecho esto salió del cuartel a toda prisa y se dirijió al hotel X.

—Mi teniente no tiene un pelo de tonto,—se decia caminando,—ha dejado a su prenda con llave... bien que hace... las mujeres tienen el ojo tan vivo y la voluntad tan despierta... y luego andan tantos interesados... Cuando sepa que mi teniente está de marcha va querer agarrar el cielo con las manos... ¿cómo me las voi a componer para sosegarla?... aquí te quiero ver, Peralta... Y el tiempo apura... tengo que hablar con la niña y alcanzar a mi teniente en la estacion... a las ocho sale el tren... Si encontrara un coche para andar más lijero... pero no se ve ninguno...

Pensando en esto alargaba el paso.

Por fin llegó al hotel X. Subió la escalera sin vacilar y una vez en los altos anduvo al acaso por un pasadizo hasta encontrar el número 16.

La puerta estaba cerrada. Sacó la llave que llevaba en el bolsillo y con ella la abrió.

A su vista se presentó una niña que al verlo retrocedió demostrando sorpresa y temor. Era Lucía que habia acudido creyendo era Alvar el que venia.

—No se asuste usted, señorita, vengo mandado por mi teniente Alvar.

Estas palabras tranquilizaron a Lucía.

Peralta entró y cerró tras sí la puerta.

—Soi su asistente,—dijo.

—¿Víctor lo envia a usted?—preguntó ella deseosa de conocer el objeto del mensaje.

—¿Víc?... ¡Ah! eso es: Víctor Alvar... Como allá en el cuartel sólo se le llama el teniente Alvar, no le habia entendido a usted...

Peralta se quedó un instante indeciso. Habia venido preparando un discurso en el camino; pero al ver a Lucía tan jóven y hermosa, pensó en el dolor que iba a causarle dándole la noticia de golpe o con poca preparacion, y encontró que su discurso era mui corto y descarnado. Era preciso improvisar otro, cálamo currente.

—¿Con qué objeto le envia él a usted? —tornó a preguntar la niña, más por curiosidad que porque sospechase algo de la verdad.

-Eso es al justo lo que voi a decirle... - decírselo a usted es para lo que me mandado mi teniente; y yo como buen itar tengo que obedecer... la obediencia, eso sale en la Ordenanza... todo militar, desde el tambor hasta el coronel, todos tienen quien los mande; ninguno se maneja por su cuenta, siempre tiene alguno encima... y ¡cuidadito! que no le dicen a uno «hágame el servicio,» «hágame el favor,» «hágalo por su mamita»... ¡nada! sino, «haga ésto,» «haga esto otro,» calladito la boca, tuerto o derecho y san-se-acabó... ¡redoblado, marcheu!»... y marcha, no más...—«Que, señor, que me duele un pié.—No importa ande con el otro..» Y no hai que darle vuelta... no hai consideracion alguna que valga... Ahí tiene usted lo que pasa; ahí tiene usted lo que le ha pasado hoi a mi teniente... llega al cuartel y le dicen «marche» y tiene que marchar...

—¿Marchar?... él ha ido al ejercicio, segun me dijo..

—Sí; al ejercicio... pero el ejercicio va a ser un poquito mas léjos...

—¡Cómo! ¿más léjos?—exclamó Lucía sobresaltada.

Peralta pensó: «ya llegamos a lo bueno,» y tratando de mostrar calma, añadió:

—Es aquí... cerca... un paseito en tren...

—¡Por el ferrocarril!—exclamó Lucía palideciendo;—es un viaje entónces...

—No tanto... no se asuste, señorita... es cosa de ir y volver... mañana mismo piensa estar de vuelta...

—¡Mañana!... pero él me ha dicho que luego... a las diez y media iba regresar...

—Es que mi teniente no sabia lo que iba a suceder... solamente al llegar al cuartel se encontró con que el batallon iba a marchar... y tuvo que marchar tambien...

—¡Ha marchado!.. ¡y me ha dejado sola!...

Lanzando estas palabras como una queja, como un alarido, Lucía se dejó caer en un sofá llevándose ambas manos a la cara. Quiso hablar, pero el llanto la ahogaba, y sólo pudo exhalar un sonido gutural a la vez que su semblante se bañaba en lágrimas.

Peralta se apresuró a acercarse a ella, pero sin hallar qué hacer. El esperaba, recordando lo que habian hecho algunas *camaradas* al ser dejadas por sus amantes, que Lucía se hubiera encolerizado. Cuando vió que la niña se entregaba muda a su dolor, quedó desconcertado. Al fin pudo decirla:

—¿Sola?... no, señorita... no la ha deja-

do sola... no se aflija usted tanto y óigame... me ha dado una carta para usted...

—¿Una carta?... a verla... —dijo ella engujándose los ojos con las manos.

Peralta se la dió.

Cojióla ella vivamente y volviendo a secarse los ojos para poder ver, leyó lo que habia escrito Alvar.

—¡Me dice que se va para el interior!... ¡no podrá regresar tan pronto!..

—No llore más, señorita... mire usted... lea la otra carta... aquí está...

Leyó Lucía la otra carta que era la escrita por Soler, y seguramente sin comprender lo que decia, exclamó:

—Esta no está escrita por él.

—No, pues; la escribió mi capitan Soler para esa señorita donde debe ir usted a esperar a mi teniente... es una señorita mui respetable... mui buena... la cuidará mucho a usted... basta que mi capitan Soler la recomiende... Además yo tambien la atenderé a usted... para eso me quedo en Lima... ya lo ve usted... no tiene usted porque tener cuidado... No llore, no se desespere... Mi teniente ha de volver pronto... aunque no se venga el batallon él pedirá permiso y vendrá para acá... Si lo hubiera visto usted.... qué confundido se quedó cuando vió que el batallon estaba formado para marchar.... apenitas tuvo tiempo para escribirle a usted.... todo su pensamiento era usted...., no hallaba qué hacerse, estaba como loco... yo le tenia todo su equipo listo... no le alcanzó el tiempo ni para ir a su pieza a buscar plata... lo que andaba trayendo en el bolsillo no más pudo darme para entregarle a usted... estos soles; voi a dejarlos aquí encima de la mesa... Ya venia marchando el batallon y todavía seguia hablándome de usted.

Lucía continuaba llorando y oyendo apénas las palabras de Peralta que trataba de consolarla ponderando y contando las cosas a su manera.

—No crea que mi teniente se olvida de usted... ¡eso nunca!... él es mui caballero y mui bueno... yo lo digo porque lo conozco tanto... El estará ahora ansioso esperándome para que le diga cómo la he dejado...

—¿Entónces no ha partido todavía?— preguntó ella vivamente.

—Un batallon demora siempre en embarcarse en un tren...

—¡No se ha ido aún!... pues quiero verlo... voi a verlo...

Y diciendo esto Lucía se enderezó vivamente.

Peralta se quedó cortado. Al instante se le vinieron a la imajinacion los inconvenientes de que la niña asistiera a la partida del batallon.

—Ni piense en tal cosa, señorita,—replicó;—una señorita como usted no puede hacer eso... ní siquiera podria hablar con él... él está ocupado en la compañía... y usted ahí... sola, ni diga tal cosa... se pondria en una vergüenza... qué pensarian de usted...

—Pero yo quiero verlo ántes de que se vaya.

Peralta para hacerla desistir de su propósito no vaciló ante ponderar y mentir un poco.

—Eso no es posible... él está dentro de un carro con su compañía... a usted no la dejarian entrar... ni él podria salir... y luego si mi coronel la veia... que la tendria que ver... se pondria furioso... usted no sabe de lo que es capaz mi coronel cuando se enoja... mi teniente seria el que la pagara; lo pondrian preso y nada se habria ganado...

Lucía se dejó caer con desaliento en el sofá.

Peralta, temeroso de que volviera ella a insistir en su deseo y calculando al mismo tiempo que la hora era avanzada, dijo:

—Voi a ir corriendo para alcanzar a verme con mi teniente... él ha de estar ansioso de saber lo que usted le contesta...

—¡Que le puedo contestar yo!—respondió entre sollozos,—qué, sino que estoi desesperada... que no sé que hacer...

—El, para estar tranquilo, ha de querer saber si usted consiente en ir a esperar su vuelta en la casa de esa señorita que nombra la carta...

—Pues bien; dígale que haré todo lo que él quiera...

—Perfectamente... voi a hablar con él, y de la estacion me vengo para acá... no pase usted cuidado... yo la atenderé lo mejor que pueda... iré a ver a esa señorita Luisa donde ha de ir usted... buscaré un coche para que usted se vaya en él y todo se hará sin inconveniente... no se af[illegible] tanto... yo voi y vuelvo sobre la march[illegible]

Diciendo esto, Peralta dió una med[illegible] vuelta y se dirijió hácia la puerta.

Lucía se levantó de su asiento y and[illegible]

detras del asistente diciéndole con voz entrecortada por el llanto:

—Dígale que regrese pronto... ¡qué va a ser de mí!... dígale que estoi desesperada... que he quedado llorando... que sufro mucho...

Peralta se apresuró a salir porque la desesperacion y el llanto de la niña lo tenian desasosegado, no sabia qué cara poner ni qué actitud tomar ante ese dolor tan justo y tan profundo.

Cuando se encontró en la calle echó a andar a toda prisa murmurando:

—¡Por todos los diablos de este mundo y del otro! como dice mi sarjento Carrion, yo no sirvo para ver llorar mujeres... todo quieren componerlo con llorar,.. y uno no sabe que hacer... ahora cuando vuelva de la estacion volverá a comenzar la jarana; pero lo que ya la deje en casa de esa señorita Luisa, allá se las compondrá con ella... entre ellas las mujeres se entienden... la otra la acompañará a llorar... las mujeres tienen las lágrimas listas... a la menor, las largan...

Discurriendo de esta manera se dirijia Peralta a la estacion de Desamparados que era donde el batallon Setiembre debia estar subiendo al tren.

XV

En marcha.

El Setiembre habia hecho el trayecto hasta la estacion al son de los «pasos dobles» tocados por su banda de música y la de otro batallon que como una muestra de confraternidad habia enviado la suya para acompañarlo.

Un tren compuesto de un vagon de primera clase, siete de segunda y uno de carga lo esperaba.

A las siete y veinte minutos descendia el Setiembre por la rampa que une el Puente Viejo con la estacion. Estaba ya dentro de ésta todo el batallon cuando la corneta se hizo oir tocando «alto la marcha.»

Decir que el Setiembre se detuvo, nos parece inútil. Un batallon puede compararse en cierto modo con uno de esos autó-as que en algunas exhibiciones consti-en las delicias de los niños, un autómata ual si se le toca un resorte levanta un ... si se le toca otro mueve una pierna y con un tercero hace una cabriola; y todo eso lo ejecuta irremisiblemente. Así en un batallon el resorte es la corneta: toca ésta un toque, aquel hace un movimiento; toca ella otro, él tambien hace otro: todo como por medio de la mecánica. Hai un refran que a nadie le viene tan bien como a un batallon, y es el que dice: «Al son que le tocan baila.»

Apénas la corneta ejecutó el toque que dejamos consignado, el mayor se apróximó al coronel en solicitud de órdenes.

—Tenemos siete carros para la tropa, mayor,—dijo el jefe;—la primera compañía irá en el primer carro, y la parte de ella que no quepa en él pasará al segundo; la segunda compañía al segundo carro, pasando la tropa sobrante al tercero, y así las demás

—Está bien, señor. ¿Se comienza ya el *embarque?*

—Sí, pues.

El mayor daba el nombre de «embarque» al acto de entrar la tropa en los vagones, con lo cual daba tambien un pellizco al Diccionario de la Lengua que quiere reservar ese sustantivo para cuando se trate de barcos y no de trenes; pero con esto el mayor no hacia más que seguir la costumbre, y esta señora, aunque le duela al mundo ilustrado y erudito, tiene más fuerza y poder que todas las Academias que han existido desde los tiempos de Platon hasta la fecha actual: deplorable es ésto; pero es la verdad.

Llamó el mayor al capitan de la primera compañía y le ordenó que instalara «la suya» en el tren en la forma dispuesta.

Ese «la suya» que ponemos entre comillas, dirijido a un capitan significaba en lenguaje militar «su compañía.»

Comenzó a hacerse sin inconvenientes el «embarque» de la tropa.

El «oficial de semana» de cada compañía subia al mismo vagon que ella.

Cada compañía tenia por oficiales un capitan, que era su jefe, dos tenientes y tres subtenientes. Estos últimos se turnaban constantemente y cada uno de ellos, de un sábado a otro, era el «oficial de semana,» teniendo ciertas obligaciones especiales durante siete dias.

Cada vagon de segunda clase tenia capacidad para contener ochenta personas, y por consiguiente en siete podian instalarse quinientos sesenta individuos. El Setiembre marchaba con seiscientos quince. Era

por consiguiente preciso ajustarse, oprimirse, estrecharse, para que cupieran todos. La tropa tendría que hacer el viaje incómoda; pero no paraba en ello la atencion acostumbrada como estaba a esas contingencias.

A medida que iban dejando instaladas sus compañías, los oficiales quedaban desocupados. Algunos se dirijian a tomar asiento en el carro de primera clase y otros permanecian en el andén conversando o despidiéndose de algunos amigos, que no eran muchos por haber sido repentina la marcha del batallon.

A pesar de esto último no faltaba un buen número de curiosos que habiendo visto pasar por las calles al batallon equipado habia acudido a la estacion.

Nunca falta jente para aprovechar de los espectáculos que puedan distraer un rato, y se encontraba ahí ocasion para entretener la vista, y aún el oido, puesto que habia bandas de música.

Los soldados una vez colocados en los carros se asomaban por las ventanillas, y vendedores de ambos sexos recorrian el andén ofreciéndoles en venta pan de Guatemala, bizcochos, tamales, butifarras y otras especies de comestibles, y tambien helados, cigarrillos y hasta periódicos. No faltaban algunas mujeres que acudian a despedirse de sus maridos o camaradas y con disimulo trataban de deslizarles alguna botella, *viola* o *cutra* de pisco burlando la vijilancia de los sarjentos.

Tres oficiales habian formado un corrillo. Eran los capitanes Lostan, Orrego y Soler.

—Deseando estoi,—decia Orrego,—que nos pongamos en marcha, que ande el tren; me parece que me voi a ir durmiendo de un tiron hasta La Chosica... con la trasnochada tengo un sueño bárbaro.

—Por ahora no nos faltará tiempo para dormir,—replicó Lostan;—yo pienso hacerlo soñando con la linda Blanca.

Orrego iba a contestar algo; pero no lo hizo y fijó la vista hácia un lado. Lo que miró fué un individuo regularmente vestido y con la cabeza cubierta por un sombrero de pita. Estaba este sujeto afirmado en la pared y dirijia frecuentes y penetrantes miradas a los tres oficiales.

Al fin dijo Orrego:

—Han reparado ustedes en que ese individuo nos está mirando con mucha atencion desde hace rato.

—¿Qué individuo?—preguntó Soler.

—Ese de sombrero de pita que está afirmado en la pared cerca de la ventana, a tu derecha.

—Ya lo veo.

—No lo mires mucho para que no sospeche... hace un rato que nos lanza miradas y al mismo tiempo se fija en un papel que tiene en la mano... parece un sarjento que con la filiacion a la vista anduviera buscando algun desertor.

Lostan y Soler movieron los hombros con indiferencia.

A pesar de esto Orrego añadió:

—Me ha dado curiosidad... quiero saber qué es lo que tiene en la mano... voi a hacer que un soldado pase con disimulo al lado de él.

Orrego se retiró del corrillo.

Lostan y Soler continuaron conversando y haciendo recuerdos de la noche anterior.

Al cabo de un momento dijo Lostan interrumpiendo la conversacion:

—Es a tí, Soler, a quien mira tanto ese individuo.

—¿A mí? — replicó Soler volviéndose para verlo;—yo no conozco a ese sujeto.

Y lo miró fijamente.

El del sombrero de pita soportó esa mirada por algunos segundos y volvió en seguida la cabeza.

—Esa cara no me es enteramente desconocida, —dijo Soler;—pero no puedo recordar dónde la he visto. Me están dando ganas de apersonármele para preguntarle qué quiere conmigo.

El individuo en cuestion como si hubiera adivinado el pensamiento de Soler y no quisiera conferenciar con él, se alejó del sitio en que estaba.

Luego regresó Orrego diciendo:

—¿Saben ustedes lo que miraba él del sombrero de pita?... Mandé a un soldado que pasara junto a él para ver aquello... era un retrato... ¿De qué te ries, Lostan?

—De tu curiosidad.

—Yo queria saber por qué nos miraba tanto; con qué fin...

—No habias de ser *guaso* para que no fueras receloso.

Soler como si de pronto recordara a[illegible]o que le hiciera olvidar el incidente del s[illegible]-to desconocido, dijo:

—Voi a ver una cosa.

Y se puso a andar dirijiéndose a un [illegible]-

pito formado por el teniente Alvar y el teniente Martel.

El semblante de aquel demostraba la angustia de que estaba poseido, y dirijia con impaciencia frecuentes miradas hácia la rampa y hácia la puerta de entrada.

—¿Ha sabido algo de su «prenda»?—le dijo Soler apersonándosele.

—Nada,—contestó él;—mi asistente fué a verse con ella; pero todavía no ha venido a traerme noticias.

El teniente Martel que miraba en ese instante hácia la rampa, exclamó:

—Ahí viene, justamente.

En efecto, Peralta venia bajando a toda prisa y buscando con la vista a su teniente entre la muchedumbre. Martel le llamó, y al oirlo el soldado apresuró aún más el paso.

—¿La viste?—preguntóle ansioso Alvar sin esperar que él hablara y saliéndole al encuentro

—Sí, mi teniente.

—¿Qué dijo? qué hizo? se aflijió mucho?

—¡Ai! mi teniente, más bien no quisiera acordarme; casi me ha hecho llorar... ahí la dejé hecha una Magdalena.

—¡Pobre Lucia!—murmuró Alvar sintiendo oprimírsele el pecho.

—Pero vamos a lo principal,—dijo Soler que como ménos interesado tenia más sangre fria;—¿qué dice *ella?* ¿consiente en ir a la casa que le indiqué y quedarse ahí?

—Dijo que haria todo lo que quisiera mi teniente.

—Eso es lo esencial por de pronto; quedará ella en un sitio seguro; ya puede usted, Alvar, estar tranquilo; ahora sólo quedan las penas del corazon, y esas se borrarán con el gusto de volverse a ver al regreso. Aunque con las cuatro letras que escribí hai lo suficiente, voi sin embargo a escribir algo más a la persona que va a hospedar a su palomita.

Sacó Soler papel de su maletin y se puso a escribir con lápiz, afirmándose en un vagon.

Alvar comenzó a pedir detalles a Peralta del modo cómo habia recibido Lucia la noticia de su partida, y luego le hizo mil recomendaciones a propósito de la atencion que debia tener con ella; le dió tambien algun dinero que habia logrado juntar ahí [en l]a estacion pidiéndolo prestado a algu[nos] compañeros. Diciéndole y repitiéndole [tod]o esto acompañó a su asistente hasta el carro de los oficiales donde dejó Peralta el equipo de su teniente.

Miéntras tanto, estando ya la tropa en el tren como hemos dicho, se habia procedido a colocar en el carro de carga las calderas, hachas, cuchillos y demás accesorios del rancho.

El mayor fué a dar parte al coronel de que ya todo estaba listo.

—Pues entónces, cuánto más pronto partamos tanto mejor. Faltan cinco minutos para las ocho. Seria bueno que le avisara al encargado de los trenes que podemos partir de una vez.

—Voi allá, señor.

Dirijióse andando apresuradamente a la oficina de la estacion, y al regresar se encontró con un capitan que acompañado de un soldado armado y equipado, le dijo:

—Este soldado se ha enfermado en este momento; no puede marchar.

—¿Qué tiene?

—Un ataque de terciana.

—¡Caramba! a última hora... y ya se dió parte al Estado Mayor que llevábamos seiscientos quince individuos de tropa... y luego es de tan mal efecto que un individuo armado se vuelva al cuartel...

A ese tiempo iba saliendo de la estacion Peralta, llevando una carta que le acababa de dar el capitan Soler. El mayor lo vió.

—Venga usted acá,—le dijo.

Peralta obedeció.

—¿Dónde va usted?

—Al cuartel, mi mayor.

—¿Y por qué motivo no marcha usted con el batallon?

—Estoi enfermo, mi mayor.

—¿Enfermo? ¿qué es lo que tiene?

—Estoi enfermo del pecho, no puedo marchar,—respondió Peralta sin vacilar.

—¿Enfermo del pecho? ¿no puede marchar?—repitió el mayor con severidad y mal humor, y añadió con creciente efervescencia:—hace un momento lo he visto llegar aquí casi corriendo... usted no tiene nada... está bueno y sano... es un camastron... tome el armamento y el equipo de este soldado enfermo y vaya a embarcarse al momento...

—Pero, mi mayor...

—¡No me replique!.. y obedezca lijero... Y usted, capitan, véase con el capitan de la compañía de este soldado para que se dé por recibido de este armamento y equipo.

No habia más que obedecer.

Un sarjento estaba ahí tambien con el enfermo de terciana, y fué encargado de hacer ingresar a Peralta en su compañía. Esto se ejecutó a toda prisa porque el tiempo urjía.

Peralta aflijidísimo por este contratiempo, quiso avisar a su teniente lo que sucedia; pero en ese mismo instante se oyó la voz del coronel, diciendo:

—Embárquense los oficiales... ya nos vamos.

El sarjento cojió con viveza una parte del armamento y del equipo que no habia alcanzado a ponerse Peralta y corrió hácia el vagon donde estaba su compañía, haciendo marchar delante de él al asistente.

Algunos segundos despues de que ámbos estuvieron en el tren, a una seña del conductor sonó el silbato de la locomotora y los vagones suavemente arrastrados se pusieron en movimiento.

Al mismo tiempo las bandas de música que habian quedado en el andén entonaron el Himno Nacional, que era la más patriótica despedida que podian hacer al batallon.

El mayor del detall que, como hemos dicho, quedaba en Lima a cargo de la banda de música y de los enfermos, marchaba por el andén siguiendo frente a una ventanilla del carro de primera clase, desde donde el coronel le daba sus últimas instrucciones.

Al oir los soldados el Himno Nacional prorrumpieron en vivas a Chile y batieron al aire sus képis.

Los espectadores, compuestos casi en su totalidad de extranjeros y peruanos, no se mezclaban naturalmente en esas manifestaciones y observaban aquello con la simple curiosidad de mirones indiferentes.

El andar del tren aumentaba progresivamente y el eco de la música llegaba cada vez más apagado al oido de la tropa del Setiembre.

Las casas que tienen vista al Rimac por cuya márjen izquierda se deslizaba el tren, fueron desapareciendo sucesivamente ante las miradas de los soldados que en su mayor parte se asomaban por las ventanillas de los vagones. Primero quedaron atras las casas de la poblacion urbana; el puente de Balta; la plaza de Acho, lugar de diversiones, y por último, el Panteon, la mansion de los muertos, con lo cual Lima parecia despedirse y hacer una muda advertencia a los que marchaban hácia el interior.

Al pasar frente a aquel cementerio los soldados no podian ménos que recordar a muchos de sus compañeros ahí sepultados, en tierra extraña y enemiga, léjos de su patria, de su familia, donde nunca una hermana o una madre cariñosa vendria a depositar un ramo de flores o una lágrima. Muertos unos despues de heridos en Chorrillos o Miraflores, y otros, muchos más, por las enfermedades.

A pesar de que la tropa sabia mui bien que las penurias y fatigas eran el acompañamiento inseparable de las expediciones que se hacian saliendo de Lima por el ferrocarril de la Oroya, iba contenta, alegre y risueña, como si se tratara de un paseo. Se conversaba, se reia, se cruzaban palabras y dichos picantes que eran ruidosamente celebrados, y todo con el mejor humor y sin parar mucho la atencion en la incomodidad con que hacian el viaje, pues muchos ni aun tenian asiento, y todos en jeneral iban estrechos y apretados, y tenian que ponerse sus morrales, rollos y caramayolas sobre las rodillas cuando no alcanzaban a ponerlos debajo de los bancos, donde a lo sumo cabria la mitad de ellos.

El carro de los oficiales era, como todos los de esa línea, del sistema americano. Formaba un salon oblongo, teniendo a cada lado una hilera de sillones para dos personas, colocados uno en pos de otro, como las lunetas de un teatro; y al medio, entre esas dos hileras, un pasadizo. El respaldo de los sillones era jiratorio, de modo que los viajeros podian a su eleccion sentarse dando frente a uno u otro extremo del carro.

Lostan y Galvez ocuparon uno de esos sillones. Orrego y Aliaga, haciendo jirar el respaldo del que estaba frente a aquel, se sentaron de manera que los cuatro compañeros quedaron dándose las caras como si estuvieran en un coche de plaza.

—Hénos ya en marcha,—dijo Galvez encendiendo un cigarrillo.

—Dame el fósforo,—dijo Lostan a su compañero;—voi a fumar tambien miéntras se pierden de vista las últimas casas de Lima, y en seguida me rindo a discrecion en los brazos de Morfeo.

—No serás tú el único; el sueño me está venciendo ya.

—Yo abrigo la esperanza de soñar con Blanca; nuestras almas se juntarán durante el sueño, pues presumo que a esta hora ha de estar ella durmiendo a pierna suelta

—Así me parece: ella y las otras no estarán por cierto hablando de nosotros.

—Eso no impide que nosotros nos ocupemos de ellas...

Los cuatro compañeros se pusieron a hacer recuerdos de sus compañeras de baile y cena, y de todos los incidentes ocurridos en aquella fiesta, hasta que uno a uno fueron quedándose dormidos, fatigados con la trasnochada.

En otro sillon estaban sentados codo con codo el capitan Soler y el teniente Alvar.

—Tenga usted la seguridad,—decia Soler,—de que Luisa recibirá en su casa y atenderá a esa niña.... ¿cómo se llama ella?

—Lucía,—murmuró Alvar sintiendo un grato placer en pronunciar aquellas tres sílabas.

—Lindo nombre... Siento decírselo; pero no dejaré de expresarle que no apruebo absolutamente en nada el hecho de que usted haya sacado de su casa a esa niña. Hacer que una hija de familia abandone su hogar, es un acto mui serio, es un acto que acarrea la más grave responsabilidad.

Alvar bajó la cabeza comprendiendo cuánta razon tenia Soler, y dijo balbuciente:

—Vea usted, capitan; querian hacerla entrar a un colejio donde yo no podria verla nunca...

No me diga más... ¡Qué podrá usted decirme que no lo haya adivinado yo!.. Le gustó la niña y... y voló con ella sin pensar, sin reflexionar más... hé ahi el caso... despues vienen los apuros, las aflicciones y todo lo demás... Si yo me he metido en este asunto indicándole la casa de Luisa para que se guarezca en ella, no ha sido, créamelo, por protejer sus amores; mui léjos de eso; ha sido por evitar un mal mayor: por evitar que esa niña, una hija de familia como usted ha dicho, se encontrara sola, aislada, sin tener a quien volver los ojos y expuesta en su desamparo a caer en cualquier precipicio fácil de adivinar.

—Lo comprendo, capitan, y por ello tiene usted mi eterno agradecimiento,—replicó Alvar confuso con aquellas palabras.

En ese momento se acercó el teniente Martel diciendo con viveza:

—Peralta está aquí; viene en el tren con el batallon.

—¡Cómo es ésto!—exclamó Alvar palideciendo.

—El capitan me lo ha dicho para que agregue su nombre a la lista de la tropa que marcha perteneciente a la compañía; se ha venido por órden del mayor.

Y en seguida relató Martel lo que ya sabemos: de qué manera el mayor hizo hizo armarse y tomar el tren a Peralta.

Soler oyó toda esta narracion, y cuando Martel hubo concluido, dijo a Alvar:

—Esta es otra cosa que tengo que reprobarle; ese soldado no estaba enfermo y usted lo hacia pasar por tal: eso está malo.

Viendo el capitan Soler que el teniente Alvar habia quedado anonadado con la noticia, no quiso prolongar la reprension y añadió:

—Además, la permanencia en Lima de Peralta no era absolutamente nada necesaria, pues Lucía ya tiene la carta que le servirá para dirijirse a casa de Luisa.

Soler continuó tratando de tranquilizar al enamorado teniente. Pero luego comenzó a producir en él su natural efecto la trasnochada; sus ojos se cerraron a impulsos del sueño, y reclinándose en el respaldo del sillon se entregó al reposo que ya se hacia mui necesario.

El tren habia tomado gran velocidad y Alvar afirmado en el marco de la ventanilla que tenia a su lado, veia deslizarse rápidamente los árboles, los maizales y los plantíos de caña que habia a un lado del camino; con la sangre afiebrada y el cerebro dominado por una idea fija, le parecia que todos ellos se lanzaban con un ímpetu vertijinoso hácia allá, hácia donde quedaba su amante, y con ellos hubiera querido enviarla una palabra de amor y de aliento.

XVI

La quebrada de la Oroya.

El rio Rimac, sobre el cual fundó Pizarro la ciudad de los Reyes, nace en la Cordillera de los Andes y se precipita hácia el occidente por una profundísima quebrada hasta diez o doce leguas ántes de llegar al Océano Pacífico en donde deposita sus correntosas aguas.

El ferrocarril de la Oroya o Trasandino, puede considerarse como un compañero del Rimac desde la calurosa ciudad de Lima hasta el helado pueblo de Chicla.

Como aquellos sabios que en la tierra de los Faraones remontan el curso del Nilo para buscar sus vertientes, así el ferroca-

Un sarjento estaba ahí tambien con el enfermo de terciana, y fué encargado de hacer ingresar a Peralta en su compañía. Esto se ejecutó a toda prisa porque el tiempo urjía.

Peralta aflijidísimo por este contratiempo, quiso avisar a su teniente lo que sucedia; pero en ese mismo instante se oyó la voz del coronel, diciendo:

—Embárquense los oficiales... ya nos vamos.

El sarjento cojió con viveza una parte del armamento y del equipo que no habia alcanzado a ponerse Peralta y corrió hácia el vagon donde estaba su compañía, haciendo marchar delante de él al asistente.

Algunos segundos despues de que ámbos estuvieron en el tren, a una seña del conductor sonó el silbato de la locomotora y los vagones suavemente arrastrados se pusieron en movimiento.

Al mismo tiempo las bandas de música que habian quedado en el andén entonaron el Himno Nacional, que era la más patriótica despedida que podian hacer al batallon.

El mayor del detall que, como hemos dicho, quedaba en Lima a cargo de la banda de música y de los enfermos, marchaba por el andén siguiendo frente a una ventanilla del carro de primera clase, desde donde el coronel le daba sus últimas instrucciones.

Al oir los soldados el Himno Nacional prorrumpieron en vivas a Chile y batieron al aire sus képis.

Los espectadores, compuestos casi en su totalidad de extranjeros y peruanos, no se mezclaban naturalmente en esas manifestaciones y observaban aquello con la simple curiosidad de mirones indiferentes.

El andar del tren aumentaba progresivamente y el eco de la música llegaba cada vez más apagado al oido de la tropa del Setiembre.

Las casas que tienen vista al Rimac por cuya márjen izquierda se deslizaba el tren, fueron desapareciendo sucesivamente ante las miradas de los soldados que en su mayor parte se asomaban por las ventanillas de los vagones. Primero quedaron atras las casas de la poblacion urbana; el puente de Balta; la plaza de Acho, lugar de diversiones, y por último, el Panteon, la mansion de los muertos, con lo cual Lima parecia despedirse y hacer una muda advertencia a los que marchaban hácia el interior.

Al pasar frente a aquel cementerio los soldados no podian ménos que recordar a muchos de sus compañeros ahí sepultados, en tierra extraña y enemiga,léjos de su patria, de su familia, donde nunca una hermana o una madre cariñosa vendria a depositar un ramo de flores o una lágrima. Muertos unos despues de heridos en Chorrillos o Miraflores, y otros, muchos más, por las enfermedades.

A pesar de que la tropa sabia mui bien que las penurias y fatigas eran el acompañamiento inseparable de las expediciones que se hacian saliendo de Lima por el ferrocarril de la Oroya, iba contenta, alegre y risueña, como si se tratara de un paseo. Se conversaba, se reia, se cruzaban palabras y dichos picantes que eran ruidosamente celebrados, y todo con el mejor humor y sin parar mucho la atencion en la incomodidad con que hacian el viaje, pues muchos ni aun tenian asiento, y todos en jeneral iban estrechos y apretados, y tenian que ponerse sus morrales, rollos y caramayolas sobre las rodillas cuando no alcanzaban a ponerlos debajo de los bancos, donde a lo sumo cabria la mitad de ellos.

El carro de los oficiales era, como todos los de esa línea, del sistema americano. Formaba un salon oblongo, teniendo a cada lado una hilera de sillones para dos personas, colocados uno en pos de otro, como las lunetas de un teatro; y al medio, entre esas dos hileras, un pasadizo. El respaldo de los sillones era jiratorio, de modo que los viajeros podian a su eleccion sentarse dando frente a uno u otro extremo del carro.

Lostan y Galvez ocuparon uno de esos sillones. Orrego y Aliaga, haciendo jirar el respaldo del que estaba frente a aquel, se sentaron de manera que los cuatro compañeros quedaron dándose las caras como si estuvieran en un coche de plaza.

—Hénos ya en marcha,—dijo Galvez encendiendo un cigarrillo.

—Dame el fósforo,—dijo Lostan a su compañero;—voi a fumar tambien miéntras se pierden de vista las últimas casas de Lima, y en seguida me rindo a discrecion en los brazos de Morfeo.

—No serás tú el único; el sueño me está venciendo ya.

—Yo abrigo la esperanza de soñar con Blanca; nuestras almas se juntarán durante el sueño, pues presumo que a esta hora ha de estar ella durmiendo a pierna suelta.

—Así me parece: ella y las otras no estarán por cierto hablando de nosotros.

—Eso no impide que nosotros nos ocupemos de ellas...

Los cuatro compañeros se pusieron a hacer recuerdos de sus compañeras de baile y cena, y de todos los incidentes ocurridos en aquella fiesta, hasta que uno a uno fueron quedándose dormidos, fatigados con la trasnochada.

En otro sillon estaban sentados codo con codo el capitan Soler y el teniente Alvar.

—Tenga usted la seguridad,—decia Soler,—de que Luisa recibirá en su casa y atenderá a esa niña.... ¿cómo se llama ella?

—Lucía,—murmuró Alvar sintiendo un grato placer en pronunciar aquellas tres sílabas.

—Lindo nombre... Siento decirselo; pero no dejaré de expresarle que no apruebo absolutamente en nada el hecho de que usted haya sacado de su casa a esa niña. Hacer que una hija de familia abandone su hogar, es un acto mui serio, es un acto que acarrea la más grave responsabilidad.

Alvar bajó la cabeza comprendiendo cuánta razon tenia Soler, y dijo balbuciente:

—Vea usted, capitan; querian hacerla entrar a un colejio donde yo no podria verla nunca...

No me diga más... ¡Qué podrá usted decirme que no lo haya adivinado yo!.. Le gustó la niña y... y voló con ella sin pensar, sin reflexionar más... hé ahí el caso... despues vienen los apuros, las aflicciones y todo lo demás... Si yo me he metido en este asunto indicándole la casa de Luisa para que se guarezca en ella, no ha sido, créamelo, por protejer sus amores; mui léjos de eso; ha sido por evitar un mal mayor: por evitar que esa niña, una hija de familia como usted ha dicho, se encontrara sola, aislada, sin tener a quien volver los ojos y expuesta en su desamparo a caer en cualquier precipicio fácil de adivinar.

—Lo comprendo, capitan, y por ello tiene usted mi eterno agradecimiento,—replicó Alvar confuso con aquellas palabras.

En ese momento se acercó el teniente Martel diciendo con viveza:

—Peralta está aquí; viene en el tren con el batallon.

—¡Cómo es ésto!—exclamó [illegible] pali-deciendo.

—El capitan me lo ha di[illegible] me agregue su nombre a la lis[illegible]

que marcha perteneciente a la compañía; se ha venido por órden del mayor.

Y en seguida relató Martel lo que ya sabemos: de qué manera el mayor hizo hizo armarse y tomar el tren a Peralta.

Soler oyó toda esta narracion, y cuando Martel hubo concluido, dijo a Alvar:

—Esta es otra cosa que tengo que reprobarle; ese soldado no estaba enfermo y usted lo hacia pasar por tal: eso está malo.

Viendo el capitan Soler que el teniente Alvar habia quedado anonadado con la noticia, no quiso prolongar la reprension y añadió:

—Además, la permanencia en Lima de Peralta no era absolutamente nada necesaria, pues Lucía ya tiene la carta que le servirá para dirijirse a casa de Luisa.

Soler continuó tratando de tranquilizar al enamorado teniente. Pero luego comenzó a producir en él su natural efecto la trasnochada; sus ojos se cerraron a impulsos del sueño, y reclinándose en el respaldo del sillon se entregó al reposo que ya se hacia mui necesario.

El tren habia tomado gran velocidad y Alvar afirmado en el marco de la ventanilla que tenia a su lado, veia deslizarse rápidamente los árboles, los maizales y los plantíos de caña que habia a un lado del camino; con la sangre afiebrada y el cerebro dominado por una idea fija, le parecia que todos ellos se lanzaban con un ímpetu vertijinoso hácia allá, hácia donde quedaba su amante, y con ellos hubiera querido enviarla una palabra de amor y de aliento.

XVI

La quebrada de la Oroya.

El rio Rimac, sobre el cual fundó Pizarro la ciudad de los Reyes, nace en la Cordillera de los Andes y se precipita hácia el occidente por una profundísima quebrada hasta diez o doce leguas ántes de llegar al Océano Pacífico en donde deposita sus correntosas aguas.

El ferrocarril de la Oroya o [illegible] puede considerarse como un [illegible] Rimac desde la calurosa [illegible] has[illegible]elado pueblo de [illegible] [illegible]uellos sab[illegible] [illegible] remontar [illegible] sus [illegible]

Un sarjento estaba ahí tambien con el enfermo de terciana, y fué encargado de hacer ingresar a Peralta en su compañía. Esto se ejecutó a toda prisa porque el tiempo urjía.

Peralta afiijidísimo por este contratiempo, quiso avisar a su teniente lo que sucedia; pero en ese mismo instante se oyó la voz del coronel, diciendo:

—Embárquense los oficiales... ya nos vamos.

El sarjento cojió con viveza una parte del armamento y del equipo que no habia alcanzado a ponerse Peralta y corrió hácia el vagon donde estaba su compañía, haciendo marchar delante de él al asistente.

Algunos segundos despues de que ámbos estuvieron en el tren, a una seña del conductor sonó el silbato de la locomotora y los vagones suavemente arrastrados se pusieron en movimiento.

Al mismo tiempo las bandas de música que habian quedado en el andén entonaron el Himno Nacional, que era la más patriótica despedida que podian hacer al batallon.

El mayor del detall que, como hemos dicho, quedaba en Lima a cargo de la banda de música y de los enfermos, marchaba por el andén siguiendo frente a una ventanilla del carro de primera clase, desde donde el coronel le daba sus últimas instrucciones.

Al oir los soldados el Himno Nacional prorrumpieron en vivas a Chile y batieron al aire sus képis.

Los espectadores, compuestos casi en su totalidad de extranjeros y peruanos, no se mezclaban naturalmente en esas manifestaciones y observaban aquello con la simple curiosidad de mirones indiferentes.

El andar del tren aumentaba progresivamente y el eco de la música llegaba cada vez más apagado al oido de la tropa del Setiembre.

Las casas que tienen vista al Rimac por cuya márjen izquierda se deslizaba el tren, fueron desapareciendo sucesivamente ante las miradas de los soldados que en su mayor parte se asomaban por las ventanillas de los vagones. Primero quedaron atras las casas de la poblacion urbana; el puente de Balta; la plaza de Acho, lugar de diversiones, y por último, el Panteon, la mansion de los muertos, con lo cual Lima parecia despedirse y hacer una muda advertencia a los que marchaban hácia el interior.

Al pasar frente a aquel cementerio los soldados no podian ménos que recordar a muchos de sus compañeros ahí sepultados, en tierra extraña y enemiga, léjos de su patria, de su familia, donde nunca una hermana o una madre cariñosa vendria a depositar un ramo de flores o una lágrima. Muertos unos despues de heridos en Chorrillos o Miraflores, y otros, muchos más, por las enfermedades.

A pesar de que la tropa sabia mui bien que las penurias y fatigas eran el acompañamiento inseparable de las expediciones que se hacian saliendo de Lima por el ferrocarril de la Oroya, iba contenta, alegre y risueña, como si se tratara de un paseo. Se conversaba, se reia, se cruzaban palabras y dichos picantes que eran ruidosamente celebrados, y todo con el mejor humor y sin parar mucho la atencion en la incomodidad con que hacian el viaje, pues muchos ni aun tenian asiento, y todos en jeneral iban estrechos y apretados, y tenian que ponerse sus morrales, rollos y caramayolas sobre las rodillas cuando no alcanzaban a ponerlos debajo de los bancos, donde a lo sumo cabria la mitad de ellos.

El carro de los oficiales era, como todos los de esa línea, del sistema americano. Formaba un salon oblongo, teniendo a cada lado una hilera de sillones para dos personas, colocados uno en pos de otro, como las lunetas de un teatro; y al medio. entre esas dos hileras, un pasadizo. El respaldo de los sillones era jiratorio, de modo que los viajeros podian a su eleccion sentarse dando frente a uno u otro extremo del carro.

Lostan y Galvez ocuparon uno de esos sillones. Orrego y Aliaga, haciendo jirar el respaldo del que estaba frente a aquel, se sentaron de manera que los cuatro compañeros quedaron dándose las caras como si estuvieran en un coche de plaza.

—Hénos ya en marcha,—dijo Galvez encendiendo un cigarrillo.

—Dame el fósforo,—dijo Lostan a su compañero;—voi a fumar tambien miéntras se pierden de vista las últimas casas de Lima, y en seguida me rindo a discrecion en los brazos de Morfeo.

—No serás tú el único; el sueño me está venciendo ya.

—Yo abrigo la esperanza de soñar con Blanca; nuestras almas se juntarán durante el sueño, pues presumo que a esta hora ha de estar ella durmiendo a pierna suelta

—Así me parece: ella y las otras no estarán por cierto hablando de nosotros.

—Eso no impide que nosotros nos ocupemos de ellas...

Los cuatro compañeros se pusieron a hacer recuerdos de sus compañeras de baile y cena, y de todos los incidentes ocurridos en aquella fiesta, hasta que uno a uno fueron quedándose dormidos, fatigados con la trasnochada.

En otro sillon estaban sentados codo con codo el capitan Soler y el teniente Alvar.

—Tenga usted la seguridad,—decia Soler,—de que Luisa recibirá en su casa y atenderá a esa niña.... ¿cómo se llama ella?

—Lucía,—murmuró Alvar sintiendo un grato placer en pronunciar aquellas tres sílabas.

—Lindo nombre... Siento decirselo; pero no dejaré de expresarle que no apruebo absolutamente en nada el hecho de que usted haya sacado de su casa a esa niña. Hacer que una hija de familia abandone su hogar, es un acto mui serio, es un acto que acarrea la más grave responsabilidad.

Alvar bajó la cabeza comprendiendo cuánta razon tenia Soler, y dijo balbuciente:

—Vea usted, capitan; querian hacerla entrar a un colejio donde yo no podria verla nunca...

No me diga más... ¡Qué podrá usted decirme que no lo haya adivinado yo!.. Le gustó la niña y... y voló con ella sin pensar, sin reflexionar más... hé ahí el caso... despues vienen los apuros, las aflicciones y todo lo demás... Si yo me he metido en este asunto indicándole la casa de Luisa para que se guarezca en ella, no ha sido, créamelo, por protejer sus amores; mui léjos de eso; ha sido por evitar un mal mayor: por evitar que esa niña, una hija de familia como usted ha dicho, se encontrara sola, aislada, sin tener a quien volver los ojos y expuesta en su desamparo a caer en cualquier precipicio fácil de adivinar.

—Lo comprendo, capitan, y por ello tiene usted mi eterno agradecimiento,—replicó Alvar confuso con aquellas palabras.

En ese momento se acercó el teniente Martel diciendo con viveza:

—Peralta está aquí; viene en el tren con el batallon.

—¡Cómo es ésto!—exclamó Alvar palideciendo.

—El capitan me lo ha dicho para que regue su nombre a la lista de la tropa que marcha perteneciente a la compañía; se ha venido por órden del mayor.

Y en seguida relató Martel lo que ya sabemos: de qué manera el mayor hizo hizo armarse y tomar el tren a Peralta.

Soler oyó toda esta narracion, y cuando Martel hubo concluido, dijo a Alvar:

—Esta es otra cosa que tengo que reprobarle; ese soldado no estaba enfermo y usted lo hacia pasar por tal: eso está malo.

Viendo el capitan Soler que el teniente Alvar habia quedado anonadado con la noticia, no quiso prolongar la reprension y añadió:

—Además, la permanencia en Lima de Peralta no era absolutamente nada necesaria, pues Lucía ya tiene la carta que le servirá para dirijirse a casa de Luisa.

Soler continuó tratando de tranquilizar al enamorado teniente. Pero luego comenzó a producir en él su natural efecto la trasnochada; sus ojos se cerraron a impulsos del sueño, y reclinándose en el respaldo del sillon se entregó al reposo que ya se hacia mui necesario.

El tren habia tomado gran velocidad y Alvar afirmado en el marco de la ventanilla que tenia a su lado, veia deslizarse rápidamente los árboles, los maizales y los plantíos de caña que habia a un lado del camino; con la sangre afiebrada y el cerebro dominado por una idea fija, le parecia que todos ellos se lanzaban con un ímpetu vertijinoso hácia allá, hácia donde quedaba su amante, y con ellos hubiera querido enviarla una palabra de amor y de aliento.

XVI

La quebrada de la Oroya.

El rio Rimac, sobre el cual fundó Pizarro la ciudad de los Reyes, nace en la Cordillera de los Andes y se precipita hácia el occidente por una profundísima quebrada hasta diez o doce leguas ántes de llegar al Océano Pacífico en donde deposita sus correntosas aguas.

El ferrocarril de la Oroya o Trasandino, puede considerarse como un compañero del Rimac desde la calurosa ciudad de Lima hasta el helado pueblo de Chicla.

Como aquellos sabios que en la tierra de los Faraones remontan el curso del Nilo para buscar sus vertientes, así el ferroca-

Un sarjento estaba ahí tambien con el enfermo de terciana, y fué encargado de hacer ingresar a Peralta en su compañía. Esto se ejecutó a toda prisa porque el tiempo urjía.

Peralta aflijidísimo por este contratiempo, quiso avisar a su teniente lo que sucedia; pero en ese mismo instante se oyó la voz del coronel, diciendo:

—Embárquense los oficiales... ya nos vamos.

El sarjento cojió con viveza una parte del armamento y del equipo que no habia alcanzado a ponerse Peralta y corrió hácia el vagon donde estaba su compañía, haciendo marchar delante de él al asistente.

Algunos segundos despues de que ámbos estuvieron en el tren, a una seña del conductor sonó el silbato de la locomotora y los vagones suavemente arrastrados se pusieron en movimiento.

Al mismo tiempo las bandas de música que habian quedado en el andén entonaron el Himno Nacional, que era la más patriótica despedida que podian hacer al batallon.

El mayor del detall que, como hemos dicho, quedaba en Lima a cargo de la banda de música y de los enfermos, marchaba por el andén siguiendo frente a una ventanilla del carro de primera clase, desde donde el coronel le daba sus últimas instrucciones.

Al oir los soldados el Himno Nacional prorrumpieron en vivas a Chile y batieron al aire sus képis.

Los espectadores, compuestos casi en su totalidad de extranjeros y peruanos, no se mezclaban naturalmente en esas manifestaciones y observaban aquello con la simple curiosidad de mirones indiferentes.

El andar del tren aumentaba progresivamente y el eco de la música llegaba cada vez más apagado al oido de la tropa del Setiembre.

Las casas que tienen vista al Rimac por cuya márjen izquierda se deslizaba el tren, fueron desapareciendo sucesivamente ante las miradas de los soldados que en su mayor parte se asomaban por las ventanillas de los vagones. Primero quedaron atras las casas de la poblacion urbana; el puente de Balta; la plaza de Acho, lugar de diversiones, y por último, el Panteon, la mansion de los muertos, con lo cual Lima parecia despedirse y hacer una muda advertencia a los que marchaban hácia el interior.

Al pasar frente a aquel cementerio los soldados no podian ménos que recordar a muchos de sus compañeros ahí sepultados, en tierra extraña y enemiga, léjos de su patria, de su familia, donde nunca una hermana o una madre cariñosa vendria a depositar un ramo de flores o una lágrima. Muertos unos despues de heridos en Chorrillos o Miraflores, y otros, muchos más, por las enfermedades.

A pesar de que la tropa sabia mui bien que las penurias y fatigas eran el acompañamiento inseparable de las expediciones que se hacian saliendo de Lima por el ferrocarril de la Oroya, iba contenta, alegre y risueña, como si se tratara de un paseo. Se conversaba, se reia, se cruzaban palabras y dichos picantes que eran ruidosamente celebrados, y todo con el mejor humor y sin parar mucho la atencion en la incomodidad con que hacian el viaje, pues muchos ni aun tenian asiento, y todos en jeneral iban estrechos y apretados, y tenian que ponerse sus morrales, rollos y caramayolas sobre las rodillas cuando no alcanzaban a ponerlos debajo de los bancos, donde a lo sumo cabria la mitad de ellos.

El carro de los oficiales era, como todos los de esa línea, del sistema americano. Formaba un salon oblongo, teniendo a cada lado una hilera de sillones para dos personas, colocados uno en pos de otro, como las lunetas de un teatro; y al medio, entre esas dos hileras, un pasadizo. El respaldo de los sillones era jiratorio, de modo que los viajeros podian a su eleccion sentarse dando frente a uno u otro extremo del carro.

Lostan y Galvez ocuparon uno de esos sillones. Orrego y Aliaga, haciendo jirar el respaldo del que estaba frente a aquel, se sentaron de manera que los cuatro compañeros quedaron dándose las caras como si estuvieran en un coche de plaza.

—Hénos ya en marcha,—dijo Galvez encendiendo un cigarrillo.

—Dame el fósforo,—dijo Lostan a su compañero;—voi a fumar tambien miéntras se pierden de vista las últimas casas de Lima, y en seguida me rindo a discrecion en los brazos de Morfeo.

—No serás tú el único; el sueño me está venciendo ya.

—Yo abrigo la esperanza de soñar con Blanca; nuestras almas se juntarán duran te el sueño, pues presumo que a esta hor ha de estar ella durmiendo a pierna suelta

—Así me parece: ella y las otras no estarán por cierto hablando de nosotros.

—Eso no impide que nosotros nos ocupemos de ellas...

Los cuatro compañeros se pusieron a hacer recuerdos de sus compañeras de baile y cena, y de todos los incidentes ocurridos en aquella fiesta, hasta que uno a uno fueron quedándose dormidos, fatigados con la trasnochada.

En otro sillon estaban sentados codo con codo el capitan Soler y el teniente Alvar.

—Tenga usted la seguridad,—decia Soler,—de que Luisa recibirá en su casa y atenderá a esa niña.... ¿cómo se llama ella?

—Lucía,—murmuró Alvar sintiendo un grato placer en pronunciar aquellas tres sílabas.

—Lindo nombre... Siento decirselo; pero no dejaré de expresarle que no apruebo absolutamente en nada el hecho de que usted haya sacado de su casa a esa niña. Hacer que una hija de familia abandone su hogar, es un acto mui serio, es un acto que acarrea la más grave responsabilidad.

Alvar bajó la cabeza comprendiendo cuánta razon tenia Soler, y dijo balbuciente:

—Vea usted, capitan; querian hacerla entrar a un colejio donde yo no podria verla nunca...

No me diga más... ¡Qué podrá usted decirme que no lo haya adivinado yo!.. Le gustó la niña y... y voló con ella sin pensar, sin reflexionar más... hé ahí el caso... despues vienen los apuros, las aflicciones y todo lo demás... Si yo me he metido en este asunto indicándole la casa de Luisa para que se guarezca en ella, no ha sido, créamelo, por protejer sus amores; mui léjos de eso; ha sido por evitar un mal mayor: por evitar que esa niña, una hija de familia como usted ha dicho, se encontrara sola, aislada, sin tener a quien volver los ojos y expuesta en su desamparo a caer en cualquier precipicio fácil de adivinar.

—Lo comprendo, capitan, y por ello tiene usted mi eterno agradecimiento,—replicó Alvar confuso con aquellas palabras.

En ese momento se acercó el teniente Martel diciendo con viveza:

—Peralta está aquí; viene en el tren con el batallon.

—¡Cómo es ésto!—exclamó Alvar palideciendo.

—El capitan me lo ha dicho para que gregue su nombre a la lista de la tropa que marcha perteneciente a la compañía; se ha venido por órden del mayor.

Y en seguida relató Martel lo que ya sabemos: de qué manera el mayor hizo hizo armarse y tomar el tren a Peralta.

Soler oyó toda esta narracion, y cuando Martel hubo concluido, dijo a Alvar:

—Esta es otra cosa que tengo que reprobarle; ese soldado no estaba enfermo y usted lo hacia pasar por tal: eso está malo.

Viendo el capitan Soler que el teniente Alvar habia quedado anonadado con la noticia, no quiso prolongar la reprension y añadió:

—Además, la permanencia en Lima de Peralta no era absolutamente nada necesaria, pues Lucía ya tiene la carta que le servirá para dirijirse a casa de Luisa.

Soler continuó tratando de tranquilizar al enamorado teniente. Pero luego comenzó a producir en él su natural efecto la trasnochada; sus ojos se cerraron a impulsos del sueño, y reclinándose en el respaldo del sillon se entregó al reposo que ya se hacia mui necesario.

El tren habia tomado gran velocidad y Alvar afirmado en el marco de la ventanilla que tenia a su lado, veia deslizarse rápidamente los árboles, los maizales y los plantíos de caña que habia a un lado del camino; con la sangre afiebrada y el cerebro dominado por una idea fija, le parecia que todos ellos se lanzaban con un ímpetu vertijinoso hácia allá, hácia donde quedaba su amante, y con ellos hubiera querido enviarla una palabra de amor y de aliento.

XVI

La quebrada de la Oroya.

El rio Rimac, sobre el cual fundó Pizarro la ciudad de los Reyes, nace en la Cordillera de los Andes y se precipita hácia el occidente por una profundísima quebrada hasta diez o doce leguas ántes de llegar al Océano Pacífico en donde deposita sus correntosas aguas.

El ferrocarril de la Oroya o Trasandino, puede considerarse como un compañero del Rimac desde la calurosa ciudad de Lima hasta el helado pueblo de Chicla.

Como aquellos sabios que en la tierra de los Faraones remontan el curso del Nilo para buscar sus vertientes, así el ferroca-

Un sarjento estaba ahí tambien con el enfermo de terciana, y fué encargado de hacer ingresar a Peralta en su compañía. Esto se ejecutó a toda prisa porque el tiempo urjía.

Peralta aflijidísimo por este contratiempo, quiso avisar a su teniente lo que sucedia; pero en ese mismo instante se oyó la voz del coronel, diciendo:

—Embárquense los oficiales... ya nos vamos.

El sarjento cojió con viveza una parte del armamento y del equipo que no habia alcanzado a ponerse Peralta y corrió hácia el vagon donde estaba su compañía, haciendo marchar delante de él al asistente.

Algunos segundos despues de que ámbos estuvieron en el tren, a una seña del conductor sonó el silbato de la locomotora y los vagones suavemente arrastrados se pusieron en movimiento.

Al mismo tiempo las bandas de música que habian quedado en el andén entonaron el Himno Nacional, que era la más patriótica despedida que podian hacer al batallon.

El mayor del detall que, como hemos dicho, quedaba en Lima a cargo de la banda de música y de los enfermos, marchaba por el andén siguiendo frente a una ventanilla del carro de primera clase, desde donde el coronel le daba sus últimas instrucciones.

Al oir los soldados el Himno Nacional prorrumpieron en vivas a Chile y batieron al aire sus képis.

Los espectadores, compuestos casi en su totalidad de extranjeros y peruanos, no se mezclaban naturalmente en esas manifestaciones y observaban aquello con la simple curiosidad de mirones indiferentes.

El andar del tren aumentaba progresivamente y el eco de la música llegaba cada vez más apagado al oido de la tropa del Setiembre.

Las casas que tienen vista al Rimac por cuya márjen izquierda se deslizaba el tren, fueron desapareciendo sucesivamente ante las miradas de los soldados que en su mayor parte se asomaban por las ventanillas de los vagones. Primero quedaron atras las casas de la poblacion urbana; el puente de Balta; la plaza de Acho, lugar de diversiones, y por último, el Panteon, la mansion de los muertos, con lo cual Lima parecia despedirse y hacer una muda advertencia a los que marchaban hácia el interior.

Al pasar frente a aquel cementerio los soldados no podian ménos que recordar a muchos de sus compañeros ahí sepultados, en tierra extraña y enemiga, léjos de su patria, de su familia, donde nunca una hermana o una madre cariñosa vendria a depositar un ramo de flores o una lágrima. Muertos unos despues de heridos en Chorrillos o Miraflores, y otros, muchos más, por las enfermedades.

A pesar de que la tropa sabia mui bien que las penurias y fatigas eran el acompañamiento inseparable de las expediciones que se hacian saliendo de Lima por el ferrocarril de la Oroya, iba contenta, alegre y risueña, como si se tratara de un paseo. Se conversaba, se reia, se cruzaban palabras y dichos picantes que eran ruidosamente celebrados, y todo con el mejor humor y sin parar mucho la atencion en la incomodidad con que hacian el viaje, pues muchos ni aun tenian asiento, y todos en jeneral iban estrechos y apretados, y tenian que ponerse sus morrales, rollos y caramayolas sobre las rodillas cuando no alcanzaban a ponerlos debajo de los bancos, donde a lo sumo cabria la mitad de ellos.

El carro de los oficiales era, como todos los de esa línea, del sistema americano. Formaba un salon oblongo, teniendo a cada lado una hilera de sillones para dos personas, colocados uno en pos de otro, como las lunetas de un teatro; y al medio, entre esas dos hileras, un pasadizo. El respaldo de los sillones era jiratorio, de modo que los viajeros podian a su eleccion sentarse dando frente a uno u otro extremo del carro.

Lostan y Galvez ocuparon uno de esos sillones. Orrego y Aliaga, haciendo jirar el respaldo del que estaba frente a aquel, se sentaron de manera que los cuatro compañeros quedaron dándose las caras como si estuvieran en un coche de plaza.

—Hénos ya en marcha,—dijo Galvez encendiendo un cigarrillo.

—Dame el fósforo,—dijo Lostan a su compañero;—voi a fumar tambien miéntras se pierden de vista las últimas casas de Lima, y en seguida me rindo a discrecion en los brazos de Morfeo.

—No serás tú el único; el sueño me está venciendo ya.

—Yo abrigo la esperanza de soñar con Blanca; nuestras almas se juntarán durante el sueño, pues presumo que a esta hora ha de estar ella durmiendo a pierna suelta

—Así me parece: ella y las otras no estarán por cierto hablando de nosotros.

—Eso no impide que nosotros nos ocupemos de ellas...

Los cuatro compañeros se pusieron a hacer recuerdos de sus compañeras de baile y cena, y de todos los incidentes ocurridos en aquella fiesta, hasta que uno a uno fueron quedándose dormidos, fatigados con la trasnochada.

En otro sillon estaban sentados codo con codo el capitan Soler y el teniente Alvar.

—Tenga usted la seguridad,—decia Soler,—de que Luisa recibirá en su casa y atenderá a esa niña.... ¿cómo se llama ella?

—Lucía,—murmuró Alvar sintiendo un grato placer en pronunciar aquellas tres sílabas.

—Lindo nombre... Siento decirselo; pero no dejaré de expresarle que no apruebo absolutamente en nada el hecho de que usted haya sacado de su casa a esa niña. Hacer que una hija de familia abandone su hogar, es un acto mui serio, es un acto que acarrea la más grave responsabilidad.

Alvar bajó la cabeza comprendiendo cuánta razon tenia Soler, y dijo balbuciente:

—Vea usted, capitan; querian hacerla entrar a un colejio donde yo no podria verla nunca...

No me diga más... ¡Qué podrá usted decirme que no lo haya adivinado yo!.. Le gustó la niña y... y voló con ella sin pensar, sin reflexionar más... hé ahí el caso... despues vienen los apuros, las aflicciones y todo lo demás... Si yo me he metido en este asunto indicándole la casa de Luisa para que se guarezca en ella, no ha sido, créamelo, por protejer sus amores; mui léjos de eso; ha sido por evitar un mal mayor: por evitar que esa niña, una hija de familia como usted ha dicho, se encontrara sola, aislada, sin tener a quien volver los ojos y expuesta en su desamparo a caer en cualquier precipicio fácil de adivinar.

—Lo comprendo, capitan, y por ello tiene usted mi eterno agradecimiento,—replicó Alvar confuso con aquellas palabras.

En ese momento se acercó el teniente Martel diciendo con viveza:

—Peralta está aquí; viene en el tren con el batallon.

—¡Cómo es ésto!—exclamó Alvar palideciendo.

—El capitan me lo ha dicho para que regue su nombre a la lista de la tropa que marcha perteneciente a la compañía; se ha venido por órden del mayor.

Y en seguida relató Martel lo que ya sabemos: de qué manera el mayor hizo hizo armarse y tomar el tren a Peralta.

Soler oyó toda esta narracion, y cuando Martel hubo concluido, dijo a Alvar:

—Esta es otra cosa que tengo que reprobarle; ese soldado no estaba enfermo y usted lo hacia pasar por tal: eso está malo.

Viendo el capitan Soler que el teniente Alvar habia quedado anonadado con la noticia, no quiso prolongar la reprension y añadió:

—Además, la permanencia en Lima de Peralta no era absolutamente nada necesaria, pues Lucía ya tiene la carta que le servirá para dirijirse a casa de Luisa.

Soler continuó tratando de tranquilizar al enamorado teniente. Pero luego comenzó a producir en él su natural efecto la trasnochada; sus ojos se cerraron a impulsos del sueño, y reclinándose en el respaldo del sillon se entregó al reposo que ya se hacia mui necesario.

El tren habia tomado gran velocidad y Alvar afirmado en el marco de la ventanilla que tenia a su lado, veia deslizarse rápidamente los árboles, los maizales y los plantíos de caña que habia a un lado del camino; con la sangre afiebrada y el cerebro dominado por una idea fija, le parecia que todos ellos se lanzaban con un ímpetu vertijinoso hácia allá, hácia donde quedaba su amante, y con ellos hubiera querido enviarla una palabra de amor y de aliento.

XVI

La quebrada de la Oroya.

El rio Rimac, sobre el cual fundó Pizarro la ciudad de los Reyes, nace en la Cordillera de los Andes y se precipita hácia el occidente por una profundísima quebrada hasta diez o doce leguas ántes de llegar al Océano Pacífico en donde deposita sus correntosas aguas.

El ferrocarril de la Oroya o Trasandino, puede considerarse como un compañero del Rimac desde la calurosa ciudad de Lima hasta el helado pueblo de Chicla.

Como aquellos sabios que en la tierra de los Faraones remontan el curso del Nilo para buscar sus vertientes, así el ferroca-

Peralta, ménos preocupado de las penas del espíritu que de las fatigas del cuerpo, y discurriendo que por mui aflijido que se encuentre un prójimo a causa de algun pesar, siempre le es necesario comer a sus horas y tener cama en qué dormir, hizo cuanto pudo para remediar la dejadez de su teniente.

Encontrábase Alvar fumando un cigarrillo y mirando distraidamente los altos cerros que tenia a su frente, cuando se aproximó a él Peralta y le dijo con cierta énfasis que acostumbraba usar cuando tenia seguridad de que sus palabras producirian buen efecto:

—Mi teniente, ya está lista su cama.

Alvar lo miró con alguna sorpresa, pero conociendo cuán activo y despierto era, le contestó sonriendo:

—Vamos a ver qué laya de cama me has hecho.

Estas palabras habian sido cambiadas en la puerta de la casita en que estaban las piezas destinadas para los oficiales de las tres compañías del Setiembre.

Peralta condujo a su teniente a una de esas piezas. Se encontraban en ella los equipos de algunos oficiales, y varios de éstos acostados en el suelo sobre una frazada y cubiertos con otra, en tan poco mullido lecho se guarecian acosados por el excesivo frio. El único catre que habia en aquella habitacion era uno de tijeras; sobre él vió Alvar extendida una frazada que reconoció como suya. Esto queria decir claramente que ahí estaba su cama.

Echóse Alvar con satisfaccion encima del catre porque a pesar de los pensamientos que le tenian embargado el espíritu, no dejaba de sentir un penetrante frio.

—¿Dónde has logrado encontrar catre? —preguntó uno de los oficiales que estaban acostados en el suelo dirijiéndose a Alvar.

—Es Peralta quien lo ha buscado,—respondió el teniente.

—Este Peralta tiene un olfato de perro perdiguero... yo no he podido conseguir ni un colchon y estoi en este suelo tan duro que se me quiebran los huesos...

Peralta, no sin cierta satisfaccion de amor propio, contó que tenia en el pueblo un amigo a quien conociera el año anterior, y el cual le debia algunos servicios, y en virtud de esto le habia prestado ese catre para su teniente.

—Tú tienes la Providencia en la figura de Peralta,—dijo el oficial a Alvar cuando aquel hubo salido de la pieza.

Echado encima del catre pudo entregarse el amante de Lucía con más tranquilidad a sus pensamientos.

Cuando fué hora de comer, volvió a aparecerse Peralta diciendo:

—Mi teniente, ya está la comida.

Y en efecto, traia un plato en una mano y un cubierto en la otra.

Peralta sabia que su teniente habia dejado en Lima todo su dinero y que por consiguiente no podia irse a comer al hotel. Viéndolo a pesar de esto tan poco preocupado de su estómago, resolvió subsanar aquel olvido por su cuenta.

Pidió en el rancho la racion en crudo correspondiente a Alvar, y buscando una olla por aquí y un pedazo de leña por allá, puso en juego todos sus conocimientos en el arte de cocinar, y aderezó la comida que vino a ofrecerle.

XVIII

Buscarse cabalgaduras.--Se supone quien fué la dama herida.

El dia siguiente como a las dos de la tarde, se encontraban en el departamento del hotel que habia seguido ocupando el coronel, éste y el mayor.

—Estoi deseoso de saber,—decia el coronel,—si quedará el batallon guarneciendo la línea por algun tiempo, pues en tal caso mandaré traer de Lima los colchones de la tropa y tambien el equipaje de los oficiales, porque sin esto se nos va a enfermar mucha jente.

—Es verdad, señor; aquí el frio es terrible y la tropa no tiene más que una frazada y su capote para abrigarse.

—No quise que trajeran más abrigo pensando que íbamos a pasar la Cordillera y que en tal caso el soldado debe llevar el menor peso posible. En las marchas el cansancio es más temible que el frio.

En ese momento apareció un individuo diciendo al coronel que pedian de Lima que acudiera a la oficina del telégrafo para conferenciar.

Apresuróse el coronel a ir al lugar indicado, en el cual por medio del telégrafo eléctrico se puso al habla con los que llamaban desde Lima.

Media hora más tarde regresó el coronel a la pieza donde habia quedado el mayor y le dijo apénas entró:

—Nos vamos para Tarma.

—¿Cuándo, señor?—preguntó el mayor que no se mostró admirado por la noticia.

—Mañana comenzaremos a marchar.

—Por fortuna en el tren que llegará esta tarde viene su caballo y el mio.

—Debian haberlos mandado anteayer en un tren que iba a salir de Lima algunas horas más tarde que nosotros; pero como se resolvió que nos quedáramos en la línea, no vino ese tren. Avise a las compañías que vamos a marchar, para que los oficiales traten de buscarse algun caballo o mula; pasar la cordillera a pié es asunto sério.

—Difícil será que encuentren cabalgaduras, al ménos todos; este pueblo es tan escaso de recursos y los oficiales son tantos que a lo sumo la mitad podrá acomodarse.

—Así es. La compañía que está en Matucana y la que está en San Mateo llegarán aquí por el ferrocarril mañana a primera hora. Avíseles por telégrafo para que sepan que marchamos y traten de conseguir bestias.

Un momento despues las tres compañías sabian que al dia siguiente saldrian para Tarma.

En todo el pueblo no habria más de una docena de bestias, entre caballos y mulas, que pudieran ser adquiridas por compra. Todas las que se veian, en su mayor parte, eran ya del bagaje, ya de los pequeños destacamentos de artillería y caballería que ahí estaban de guarnicion.

De aquella docena de bestias la mitad se componia de animales casi completamente inútiles, llegados recientemente de La Sierra y fatigados por el viaje, los cuales seria mui difícil que pudieran volver a pasar los Andes sin quedarse en el camino.

En cuanto a la otra mitad, sus dueños tenian aquellas bestias para su servicio y no querian deshacerse de ellas; o bien, si consentian en venderlas era haciéndoselas pagar en más de su valor.

Apénas tuvieron los oficiales noticia de la próxima partida comenzaron sus apuros para proporcionarse cabalgaduras.

esde luego los que no tenian dinero an ir preparando los talones para tre- la Cordillera.

demás, que no formaban el mayor número, corrian de un lugar a otro examinando algun caballo o mula, pero resultaba, ya que la bestia estaba lastimada, ya que se encontraba tan flaca y extenuada que se caia sola, o ya que pedian por ella más dinero del disponible.

Cortaba uno el trato de un caballo por encontrarlo lastimado, e iba a tratar una mula y la hallaba renca; corria entónces a ver un macho de que le habian dado noticias, pero lo querian vender mui caro o bien, lo habian vendido ya o no querian venderlo.

Despues de muchas idas y venidas, carreras, afanes y trajines, algunos conseguian tener cabalgadura.

Se ofrecia otra cuestion entónces: proporcionarse silla y freno.

Nuevos apuros, nuevas carreras, nuevos pasos.

A varios les habia alcanzado el dinero exactamente para pagar la bestia, de suerte que no les quedaba para los aperos, y con correas que buscaban por aquí y por allá y con frazadas trataban de acomodar la bestia de manera que pudiesen montarse en ella.

Los que tenian ya listo su animal se sonreian con satisfaccion, y los otros seguian dando vueltas y revueltas.

Soler despues de mucho disputar habia conseguido que un pulpero le vendiera en cuatrocientos soles una yegua tordilla ensillada con una "silla de cajon"; era ésta un suerte de silla en la cual los muslos del jinete iban como en un cepo.

Soler de piés en el umbral de la puerta de la casa que estaba habitando, dirijia escudriñadoras miradas a su yegua, y luego se acercaba a ella, le tocaba el pecho, le palpaba las piernas, la hacia dar algunos pasos, y despues de su prolijo exámen quedaba siempre abrigando mil dudas sobre si aquel cuadrúpedo seria capaz de cargar con su humanidad a través de los Andes.

Un fuerte silbido que se dejó oir llamó la atencion del capitan Soler. Lanzó una postrera mirada escrutadora a su bestia y echó a andar hácia la estacion del ferrocarril que se encontraba a pocos pasos de distancia.

Aquel silbido anunciaba la llegada del tren de Lima por el cual esperaba Soler que le viniera la contestacion de la carta que habia escrito dos dias ántes.

Cuando el tren entró en la estacion, el capitan se hallaba en el andén y fijaba la

vista atentamente en los palanqueros que venian en el techo de los vagones. Entre ellos descubrió a su emisario.

Se aproximó a él tan pronto como se detuvo la locomotora, y le prenguntó:

—¿Entregó usted la carta?

—Sí, señor, — contestó el mozo bajando del tren; — pero no en la calle de Calonje.

—¿Cómo es eso?

—No estaba en Calonje la señora a quien iba dirijida la carta. Una sirvienta que habia en la casa me dió las señas de donde podria encontrarla: era en Santa Teresa número 70. Fuí allá, y una niña que salió a recibirme dijo que la señora estaba enferma en cama y que ella le entregaria la carta. Se la dí, y esperé la contestacion. Al cabo de un rato regresó y me dió ésto...

Al decir lo último el mozo sacó del bolsillo de su blusa un sobre cerrado.

Cojiólo el capitan prontamente y se apresuró a abrirlo.

El teniente Alvar habia ocurrido tambien a la estacion y se en encontraba a un paso detras de Soler. Cuando vió que éste abria el sobre, clavó en él sus ojos esperando que saliera de su interior otro con la contestacion de Lucía; pero sintió oprimírsele el pecho al divisar que de él salia solamente un pequeño pliego de papel que el capitan se puso a leer con atencion.

Apénas vió que concluia su lectura le preguntó con ansiedad:

—¿Qué le dicen, capitan?

Soler volvió la cara y divisando al teniente pareció vacilar ántes de dar la respuesta. Por fin, como si tomara por fuerza una resolucion, contestó designando con un dedo una parte de lo escrito en el pliego de papel:

—Lea usted ésto, teniente.

Alvar leyó a media voz lo siguiente;

"Sin poderlo comprender he leido repetidas veces el párrafo de su carta en que me habla de una persona llamada Lucía. No sé a quién se refiera usted. Por lo que me dice he vislumbrado se trata de una persona que debe solicitar de mí algun servicio y aun venir a mi casa. Hasta ahora nada de esto ha sucedido; pero si ella acude a mí, tenga la seguridad de que haré cuanto me sea posible por ser agradable a usted cumpliendo su encargo".

Estas líneas sobrecojieron al teniente que al concluir de leerlas solo pudo balbucir:

—¡Lucía no está en casa de Luisa!

Soler se sintió conmcvido al ver la angustia que revelaba el semblante de Alvar, y buscó en su imajinacion algunas palabras con que reanimarlo.

—No ha ido a casa de Luisa,—le dijo; —eso lo dice claramente esta carta; pero por esta circunstancia no debe desesperarse usted; quizá Lucía tiene alguna amiga a cuya casa se ha ido a refujiar, o bien habrá regresado a la de su familia dando alguna disculpa por su ausencia; cuando ella no ha ido en busca de Luisa, es seguramente porque ha tomado alguna determinacion que le ha parecido convenirle más.

Alvar oia las conjeturas de Soler; pero sin poder dejarse tranquilizar por ellas.

—Usted, capitan,—replicó,—vé las cosas a través de un prisma mui distinto del mio; quién ni qué me asegura que Lucía no se haya creido engañada y abandonada por mí, y al verse sola, sintiéndose desesperada, no haya tornado alguna terrible resolucion... O bien tal vez su débil complexion no ha podido resistir tan tremendo golpe moral y ha perdido el conocimiento, y se encuentra enferma y sola o en medio de jente extraña...

Alvar se dejó caer sobre un banco de madera que habia en la estacion y se entregó a una profunda desesperacion miéntras las ideas más negras cruzaban su mente presentándole con sombríos coleres la suerte de Lucía.

....

Algunas horas más tarde, siendo ya de noche y cosa de las nueve o nueve y media, en la habitacion ocupada por los tres capitanes de las compañías del Setiembre que estaban en Chicla, se encontraban ellos tres sentados al rededor de la mesa en unos cajones que les servian de sillas.

—Hoi,—decia Orrego,—poco ántes de saber que mañana partiamos, compré una botella de oporto en el hotel con la intencion de tomar una o dos copitas cada mañana.

—Pero con el viaje se ha frustrado tu saludable proyecto,—dijo Lostan;—pues supongo que no pensarás cargar con una botella de vino durante la marcha.

—Claro está que no; llevaré para el fri una de pisco que hace el mismo bulto

calienta más. En cuanto a la de oporto, he pensado convertirla en un ponche caliente que nos tomaremos esta noche condimentado con rebanaditas de este par de limones que acabo de comprar con tal fin.

—Este Orrego suele tener unas ideas mui aceptables, — dijo Soler. — Solo nos falta el agua caliente.

—A esta hora ha de estar hirviendo ya; hace rato mandé calentar un jarro al rancho.

—¡Querido Orrego!—esclamó Lostan;—tú te has propuesto conquistar nuestras simpatías y lo estás consiguiendo; no vacilamos en reconocerte como el más excelente compañero de campaña.

Orrego mandó en seguida traer el agua caliente y un momento despues los tres jarros de loza que el dia anterior comprara aquel capitan con el objeto de que hicieran las veces de tazas, se encontraron llenos de ponche.

Con este aliciente la conversacion se hizo luego sostenida, y naturalmente vinieron luego los recuerdos de la última noche que habian pasado juntos en Lima.

Orrego habló de Elisa, aquella que estaba esa noche disfrazada de figuranta y que era su querida, y Lostan ponderó la hermosura de Blanca, de quien se decia enamoradísimo aunque solamente un dia la habia visto y hablado.

—Nosotros, Lostan y yo,—dijo Orrego, dirijiéndose a Soler, — hacemos recuerdos de nuestras compañeras de la noche de la despedida y tú nada dices de la india, que fué la tuya.

—Es que yo, — contestó Soler, — estoi ocupándome de otra persona cuya salud me interesa mucho y de quien hoi he tenido malas noticias: se encuentra enferma.

—Tal vez de melancolía por la ausencia.

—Esta suposicion, — replicó Soler sonriendo, — es lo que me puede consolar. A propósito; ¿sabe alguno de ustedes hácia qué lado se encuentra en Lima la calle de Santa Teresa?

—Está cerca del cuartel de Santa Catalina, — contestó Lostan, y añadió: — esa calle me hace recordar una aventura que no les he contado y que me aconteció en la misma noche de que estamos hablando, precisamente cuando me dirijia a la casa donde tuvimos el baile de máscaras. Fué una aventura con sus ribetes de novelesca, lance en que hubo dama desconocida, [illegible]das, misterio y mucha quisicosa.

Lostan notando la curiosidad que habia despertado con su preámbulo en sus dos compañeros, cojió su jarro de ponche y despues de tomar un trago, comenzó a relatar lo que ya hemos contado anteriormente: de como yendo él aquella noche por la calle de Calonje en un carruaje, una dama desconocida llamó al cochero y habiendo admitido la oferta del capitan pidió que la condujeran a la calle de Santa Teresa, y de como en el trayecto se habia desmayado al verse herida y, por fin, de como despues de haber vuelto en sí y haber sido atendida por un médico, se obstinó en decir que no sabia quién la habia herido. Todo esto lo refirió Lostan con todos sus detalles y pormenores.

Cuando hubo concluido su relacion, dijo Soler tratando de sonreir; mas, haciéndolo de una manera mui forzada:

—Veo, Lostan, que quieres hacerme una broma; seguramente es en cambio de la que aquella noche te hicimos con el disfraz de Blanca.

—¡Yo, broma, a tí! — exclamó Lostan con asombro.

—No te hagas el admirado; no has logrado jugármela.

—Tú eres el que me estás embromando a mí, pues no te comprendo.

—Sabes finjir mui bien la sorpresa,—replicó Soler sonriendo siempre;—pero no me la pegas; quién sabe de qué manera has logrado saber algo relativo a esa dama por quien me intereso y quieres hacerme una chanza.

—Pues ahora te entiendo ménos... Si porque la jóven herida se llama Luisa y la persona a quien te refieres tambien lleve ese nombre crees que yo pretenda hacer de las dos una sola, te equivocas... además yo no conozco a aquélla por quién dices interesarte, ni sé su nombre, ni aun sabia que existiera ántes de lo que acabas de decirme.

—No es solamente por lo del nombre, sino tambien por otras circunstancias; lo de la hora y el sitio: aquello de comenzar la aventura en la calle de Calonje y concluir en la de Santa Teresa... En fin, ha estado mui bien urdida la broma, te la aplaudo; pero no la trago... Lo que ahora te pido es que me digas cómo has podido ponerte al corriente de mis asuntos, apesar de que he guardado siempre la mayor reserva; ni siquiera habia pronunciado el nombre de Luisa en presencia de ustedes...

Bien dicen que nada se puede tener oculto en este mundo... seguramente es el teniente Alvar quien te ha contado algo... aunque él tampoco sabe gran cosa...

—No hables más,—le dijo Lostan interrumpiéndole; — miéntras más hablas más en ayunas me quedo; lo único que puedo decirte es que cuanto te he contado es la pura verdad; y como barrunto que mi aventura puede ser de importancia para tí, te doi mi palabra de que no te engaño.

Reparando Soler en el aire serio y la formalidad con que hablaba Lostan, conoció que no bromeaba.

—¡Entónces es ella, es Luisa la que está herida!—exclamó como si tratara de convencerse a sí mismo.—No puede caber duda, es ella; la hora, el sitio del suceso, el encontrarse ahora en la calle de Santa Teresa número 70, el hecho de escribirme que está enferma en cama, todo hace creer que es ella misma; no puede ser otra. Además la circunstancia de no querer dar parte a la policía de aquel crímen está de acuerdo con lo de ocultármelo a mí mismo, pues me dice que se halla enferma y no que está herida.

Orrego y Lostan oian hablar a su compañero y sentian vivamente picada su curiosidad por saber qué clase de relaciones existian entre la dama herida y Soler.

—Comprendo,—dijo Lostan,—que mi jóven desconocida y la Luisa que te interesa son una misma persona, y siento en el alma haberte dado esa desagradable noticia; pero al referirte mi aventura no me imajinaba que iba a causarte un pesar.

—Naturalmente, además yo no tengo sino motivos de agradecimiento para tí, pues mediante tu atencion tuvo ella médico y medicinas con prontitud.

—Te muestras tan agradecido,—dijo Orrego queriendo chancear,—como si se tratara de tí mismo.

—Más aún. Ya que la casualidad les ha hecho conocer a ustedes una parte de mis relaciones con Luisa, prefiero que lo sepan todo, pues de esa manera se formarán ustedes de ella mejor idea que la que indudablemente se estarán formando. Hace cosa de cuatro meses ví a Luisa por primera vez: fué en los portales. Su vista produjo en mí la más grata impresion. Desde entónces tomé la costumbre de ir a pasearme por los portales todos los dias despues de almuerzo hasta la hora de la llamada. Continuamente la encontraba; la veia ir de una tienda en otra, entrar y salir, y yo trataba de cruzarme con ella cuantas veces podia. Cuando me pareció que habia reparado en mí y que no me miraba con malos ojos, me resolví a escribirle. Yo sabia donde vivia ella, porque la habia seguido hasta su casa, y por un muchacho de la vecindad supe su nombre y que vivia solamente en compañía con su sirviente. Dos dias anduve trayendo en el bolsillo una carta escrita por mí; pero no encontraba oportunidad de dársela a Luisa. Fácil me hubiera sido remitírsela a su casa, pero temia comprometerla y enfadarla, porque habria sido necesario tener algun confidente y tal vez esto podria desagradarla y echar por tierra mis esperanzas. Me decidí entónces a enviarle mi carta por medio del correo, comunicándole en ella mi nombre y direccion para el caso de que contestara. Al cabo de dos dias de dudas y dubitaciones, recibí una contestacion en la que ella me pedia que no la siguiera por la calle ni pasara mui a menudo frente a su casa porque eso podria comprometerla. Naturalmente volví yo a escribirle, y mantuvimos algun tiempo correspondencia por escrito solamente, hasta que despues de mucho lidiar conseguí que me diera una cita. Se efectuó ésta; nos vimos y nos hablamos; pero no en casa de ella, sino en la calle, en un barrio apartado. Desde entónces continuamos hablándonos en diversos lugares para donde nos citábamos, porque en su casa, aunque ella es viuda y enteramente libre, no podia recibirme por evitar chismes que no habrian escaseado, sobretodo siendo yo militar chileno. Cuando nuestras citas tenian lugar de noche, acostumbraba yo ir de regreso a acompañarla hasta una de las esquinas próximas a su casa, sin entrar nunca con ella en la calle de Calonje, que era donde vivia.

—En esa calle,—dijo Lostan miéntras Soler hacia una pausa;—fué donde la encontré yo, donde subió al coche yendo ya herida.

—Aquella noche estuve yo con ella en un hotel hasta las once; nos despedíamos por cuanto al dia siguiente me venia yo para acá con el batallon. A esa hora nos fué preciso separarnos porque debia ella regresar a su casa, pues no queria que ni aun su sirviente sospechara nada de nu[illegible]tros amores. La acompañé hasta la esqu[illegible] de la calle de Concha: ahí nos despedir[illegible] Yo la ví doblar la esquina y recuerdo [illegible]

encendí un cigarrillo, y permanecí ahí cerca de un minuto; tiempo sobrado para que ella llegara a su casa. En seguida me eché a andar hácia abajo dirijiéndome despues a la calle de Ibarola que fué donde tuvimos la fiesta y la cena. Ahora pueden ustedes adivinar fácilmente cuánta zozobra me causa la historia que ha contado Lostan. La jóven herida es Luisa; lo que me confirma aún más en esta creencia es que hoi acabo de recibir una carta de ella en que me dice que está enferma en casa de su madre, que vive precisamente en la misma calle y en la misma casa donde Lostan condujo a la herida, y en compañía de otra hija suya, que es sin duda la niña que vió Lostan.

—Pero,—dijo Orrego,—no debes afligirte mucho, puesto que la herida ha sido leve, y pronto se encontrará ella restablecida.

—De todas maneras, bien comprenderás cuan penoso es saber que la mujer a quien uno ama ha sido maltratada, que se ha querido asesinarla sin que uno se encontrara ahí para protejerla y castigar al asesino, y sin poder acudir en su defensa cuando el peligro quizás aun no cesado del todo.

—Raciocinemos un poco,—dijo Lostan; —¿quién habrá sido el agresor? Si lográramos saber esto podríamos fácilmente calcular si Luisa corre aún algun peligro. Yo no creo que haya sido un bandido cualquiera que quisiese robarle dinero o alhajas: asaltos a mano armada con ese fin no se ven en las calles de Lima en estos tiempos.

—Yo tampoco creo tal cosa: el asesino debe haber sido instigado por otro móvil.

—Por odio o por venganza.

—Tal vez.

—¿No sabes si ella tiene algun enemigo?

—Nunca me ha dicho nada a ese respecto.

—Y, sin enfadarte por lo que te voi a preguntar, ¿no has sospechado que tengas algun rival?

—No lo creo, ni pienso que ella fuera capaz de engañarme.

—No es esa la cuestion; yo hablo de un rival desdeñado y celoso; los celos pueden conducir a muchos extremos.

—Recuerdo que una vez hablando como una cosa sin importancia me contó Luisa que un pariente suyo la habia pretendido por esposa poco despues de haber enviudado; pero que ella no habia admitido. Esto habia pasado mucho ántes de que yo la conociera, y parece que ese individuo estaba ausente, y aun creo que me dijo que habia muerto; ello es que me habló de él como de una persona que no habia vuelto a ver.

—Hai una circunstancia que llama la atencion en todo ésto,—dijo Lostan hablando con calma.—La mano del asesino no debió ser movida por un deseo de lucro, sino por odio, venganza o celos. En cualquiera o cualesquiera de estos tres casos, Luisa debe saber quien fué el agresor, si no pudo ver su semblante en la oscuridad, debe por lo ménos haber adivinado quién es él. Ahora bien: ¿por qué no gritó pidiendo socorro? ¿por qué no me lo pidió a mí así como me pidió que la condujera en el coche? ¿por qué estando su casa a un paso de distancia se hizo llevar léjos, a la de su madre? ¿por qué no quiso darme indicios para buscar al asaltador?

—Todas esas preguntas me las hago yo y no encuentro qué respuesta darme. Lo único que veo es que el asesino ha quedado impune y en libertad para repetir su atentado; lo que indudablemente hará habiendo visto que se frustró su primera tentativa. No encontrarme yo en Lima, cerca de Luisa, para defenderla y protejerla: esto es lo que me desespera.

—Sin embargo; no debes de temer que el hecho se repita, pues Luisa tendrá cuidado de hallarse prevenida. La circunstancia de haberse ido a casa de su madre indica quizá que trata de ponerse en seguridad.

—Miéntras tanto voi a quedarme con mis temores quién sabe por cuanto tiempo. Mañana partimos para La Sierra y durante la expedicion ni aun tendré noticias de Luisa: esa incertidumbre es la que más me desasosiega.

Orrego que hasta entónces habia tomado poca parte en la conversacion, limitándose a escuchar, dijo:

—¿Recuerdan ustedes que cuando estábamos en la estacion de Desamparados en Lima, miéntras subia la tropa al tren un individuo de sombrero de pita miraba mucho a Soler, y yo reparé en ello?

—¿A qué viene ese recuerdo?

—Aquel sujeto bien pudiera tener al-

guna relacion con el hecho de que se trata.

—¡Siempre receloso como *guaso* que es! —dijo Lostau por Orrego.

—A mí me gusta fijarme en todo.

Los tres capitanes continuaron haciendo deducciones y conjeturas; pero siempre quedaban envueltos en la duda. No teniendo una base fija en qué fundarse, todo no pasaba de meras suposiciones con mayores o menores visos de verdad: imposible les era adivinar el móvil del asesino, ni ménos su nombre.

XIX

En Casapalca.

El dia siguiente, que era juéves, debia comenzar la marcha del batallon hácia La Sierra; decimos que debia comenzar por cuanto el viaje desde Lima hasta Chicla lo habia hecho por el ferrocarril, y sólo de este pueblo iba a principiar la marcha a pié.

Por la mañana llegaron en un tren las compañías que habian quedado en Matucana y San Mateo.

Las doce del dia era la hora fijada para la partida.

A las nueve y media tomó su almuerzo la tropa, y apénas estuvieron desocupados los calderos y demás utensilios del rancho, fueron colocados en los lomos de dos mulas que con ese objeto habia proporcionado el bagaje, y conducidas por los rancheros salieron aquellas bestias en direccion a Casapalca.

Partian ésos a esta hora para poder tener hecha la comida cuando llegara la tropa, que saldria más tarde.

Esta primera jornada iba a ser hasta Casapalca, y puede decirse que seria algo como un preámbulo, como un prefacio de las que tendrian que hacerse los dias siguientes. El coronel la habia llamado «preparativa» al hacer el itinerario en esta forma:

1.ª jornada (preparativa) de Chicla a Casapalca.
2.ª id. de Casapalca a Pachachaca.
3.ª id. de Pachachaca a La Oroya.
4.ª id. de La Oroya a Tarma.

Antes de las once de la mañana los pocos oficiales que tenian cabalgaduras estaban ya preparándolas. A unos les faltaba silla, a otros cincha o riendas: la silla se suplia con frazadas, algunas correas representaban el papel de cincha y algunos látigos o cordeles tomaban el carácter de riendas.

Y a fe que no merecian mejores jaeces aquellas desgraciadas bestias, pues casi todas ellas tenian tan triste aspecto y tan descarnado cuerpo, que Rocinante al frente de ellas habria parecido un cerdo cebado.

Tambien habia en Chicla unos pocos burros que podian comprarse. Algunos de los oficiales que no tenian caballo los compraron, no para hacer el viaje en ellos, pues aquellos orejudos cuadrúpedos carecian por completo de fuerzas y resistencia para atravesar los Andes con un cristiano encima del espinazo; sino para echar sobre ellos el peso de sus equipos.

Los soldados tenian mui pocos preparativos que hacer: ponerse la canana con sus cien cápsulas, colgarse al cuello el morral y la caramayola, y a la espalda el rollo hecho de la frazada, o simplemente «el rollo» como acostumbra llamarlo la tropa.

Poco ántes de las doce se tocó tropa, y las compañías formaron.

Algunos soldados que se habian enfermado en esos tres dias fueron entregados al que quedaba de jefe de la plaza para que fueran remitidos a Lima.

A las doce sonó la corneta, y las cinco compañías del Setiembre que ahí estaban formadas, oyeron los toques de «atencion, derecha y paso redoblado».

Esta era la señal para «romper la marcha».

Y era la señal para comenzar otra vida, otra existencia llena de fatigas, penalidades y miserias. Era comenzar la lucha del pié contra los rápidos desfiladeros, del pulmon contra el *soroche*, del estómago contra las privaciones; la lucha contra la lluvia, la nieve, el hielo, las tempestades...

Las compañías emprendieron la marcha al «paso de camino» siguiendo una en pos de otra.

Como lo hemos dicho ántes, la jornada de ese dia no iba a ser mui larga; dos o tres leguas de camino: en un terreno llano, aquéllo habria sido un paseo; pero estaba mui léjos de ser llano el terreno que se debia recorrer para salvar aquella [illegible] tancia.

De Chicla parte hácia arriba un send[illegible] que va serpenteando por la quebrada [illegible]

si buscara el nacimiento de ella, y sigue ya por su fondo, ya por las faldas de los cerros que la forman, haciendo mil recodos y subidas y bajadas, y atravesando varias veces el rio que corre por ella, el Rimac, que en aquellas alturas no trae todavía más que un reducido caudal de aguas.

El piso de aquel sendero está constantemente húmedo y barroso, pues en aquellos parajes llueve a cada momento y además vierte el agua por todas partes, ya sea por venas interiores, ya por lo que destila la nieve que cae a menudo.

La mano del hombre ha trabajado mui poco en aquella via que sigue pacientemente todas las sinuosidades del terreno: a cada instante el viajero tiene que subir para volver a bajar: estas continuas subidas y bajadas hacen doblemente pesado el camino. Sin esta circunstancia hai ya bastante que subir para llegar desde Chicla hasta Casapalca; ahora con esos repetidos senos y hondonadas en que es preciso descender para volver a ascender, la subida se multiplica, y bien se sabe que el repechar, el ir cuesta arriba, es lo que hace más fatigoso un camino.

Como se vé, la marcha que ese dia iba a hacer el batallon Setiembre, aunque corta debia ser molesta. Pero habia un factor con el cual las molestias de ese viaje se convertian en fatigas abrumadoras: era el *soroche*.

Aquellos parajes se encuentran situados a más de cuatro mil metros, algo como una legua sobre el nivel, sobre la superficie del mar. Como cuanto más arriba, menor es la presion del aire, y éste se hace más ralo, más flojo, más ténue, en la enorme altura indicada, donde se encuentra el camino de Chicla a Casapalca, la raridad o rarefaccion del aire es tanta, que apénas tiene la densidad necesaria para la vida del hombre, quien respirando a todo pecho con gran dificultad puede aspirar escasamente el oxíjeno que necesitan sus pulmones.

Si un individuo se encuentra quieto en esos lugares, no siente más que alguna molestia para respirar, cierta falta de aire que le fastidia un poco. Pero cuando hace movimientos, cuando se ajita, siente que e [illegible] le falta por completo, que se aho- g [illegible] ene entónces que detenerse y respirar c [illegible] oda la fuerza de sus pulmones varias v [illegible] nsecutivas para proporcionarse la mayor cantidad de oxíjeno que se le hace necesaria por el desarrollo de calor que le ha producido la ajitacion.

Le basta a un hombre andar unos pocos pasos por aquellas alturas para sentir este fenómeno; le es forzoso detenerse para respirar.

Esa rarefaccion del aire es lo que llaman por allá el *soroche*.

En los repechos es cuando sus efectos se sienten con mayor fuerza.

A veces produce no solamente sofocacion sino tambien agudísimos dolores de cabeza y fatigosos vómitos; hai ocasiones en que hace caer al suelo a las personas, desvanecidas y arrojando sangre por las narices y por los oídos.

Saliendo de Chicla las compañías del Setiembre comenzaron a marchar pausadamente en dos filas.

La guardia de prevencion compuesta de veinticinco hombres al mando de un oficial, iba a algunos pasos detras, llevando por principal obligacion velar porque ningun soldado se quedara en el camino.

A poco andar la formacion en dos filas se deshizo, pues pronto se presentaron desfiladeros por donde la tropa tenia que pasar a la deshilada, uno por uno. Además los pulmones de todos los soldados no tienen como es natural igual resistencia, y aquellos en quienes el soroche hacia mayor efecto retardaban el paso más que los otros.

Cuando un indivíduo va solo por esos senderos, cada vez que le falta el aliento se detiene a respirar; pero yendo en un batallon no puede hacer ésto; le es forzoso marchar hasta que se dé un descanso jeneral. Si se para un soldado en un desfiladero, impide el paso a todos los que van detras de él; de esa manera seria imposible que hiciera su marcha una tropa, puesto que siempre habria algun soldado cansado y nunca se podria avanzar. Por consiguiente todo el que se encuentra fatigado, que le falta el resuello, sintiendo que se asfixia, que el pecho se le oprime y que la cabeza se le desvanece, saca vigor del fondo de su alma, hace un esfuerzo supremo y llega a algun recodo del camino donde puede pararse algunos segundos a resollar.

En las marchas que hace un batallon por cualquiera parte que no sea aquella u otras alturas semejantes, en las primeras horas todo va perfectamente bien, y es sólo al cabo de largo tiempo cuando comienza

la tropa a mostrar cansancio y a quedarse en parte rezagada; pero en aquellos sitios que recorria el Setiembre, como no es el cansancio natural, sino el soroche lo que fatiga a la jente, desde los primeros momentos la fatiga se pintaba en el semblante de los soldados.

Luego empezaron a sacarse el rollo de la frazada que llevaban a la espalda para colgárselo al cuello, y a cada momento el morral y la caramayola que llevaban al lado derecho, los cambiaban al izquierdo o viceversa, dejando descansar un hombro para cansar el otro.

El coronel iba a la cabeza del batallon y cada media hora daba un pequeño descanso a la tropa. Los soldados se sentaban en el suelo o se afirmaban en el cerro que en casi todo el camino hacia el efecto de una enorme pared, y respiraban con fuerza como si quisieran almacenar aire en sus pulmones para continuar la marcha.

A menudo miéntras caminaban el coronel al encontrarse en algun lugar alto volvia la cabeza hácia atras y podia ver una larguísima hilera de soldados que uno en pos de otro trepaban por el desfiladero con el cuerpo encorvado por la fatiga, la boca entreabierta para resollar con ménos dificultad, la mirada sin brillo por el cansancio y demostrando en sus semblantes la mayor extenuacion, y que avanzaban con gran trabajo adelantando pausadamente sus piernas.

Hemos dicho esto de los soldados; pero debemos agregar que los oficiales, salvo unos pocos, se hallaban en iguales circunstancias. Era corto el número de los que habian conseguido cabalgadura.

Continuamente se oian las voces de los oficiales diciendo a algun soldado:

—Avance.

—No corte las filas.

Y los soldados jadeantes avanzaban como podian.

Afortunadamente la jornada de aquel dia era corta.

Una parte de la tropa conocia aquel camino por haberlo recorrido el año anterior; los que la componian, eran interrogados por los otros con frecuencia desde cuando aun iban por la mitad:

—¿Mucho nos falta para llegar?

—Bastante; vamos en la mitad.

O bien, más tarde:

—¿Muchas puntas de cerro tenemos que pasar?

—Algunas; en llegando a una puntilla colorada estamos cerca de Casapalca.

Y los soldados al doblar cada seno de cerro tendian la vista esperando columbrar la puntilla colorada que para ellos venia a ser un faro.

Esas eran las únicas palabras que se pronunciaban, pues la marcha se hacia en medio del silencio obligado por el soroche que hace fatigoso el hablar.

Por fin se divisó la puntilla colorada; pero aun faltaba un buen trecho para llegar a Casapalca.

Poco despues de las cinco de la tarde arribó a ese lugar la cabeza del batallon.

Mas, esta vez el batallon se habia convertido en una serpiente de fenomenal largura. La cabeza llegó a Casapalca; pero la cola... venia léjos todavía.

Los soldados en quienes el soroche habia hecho más efecto no fueron capaces de marchar al paso del batallon. Tenian que venir haciendo continuas paradillas y para ello se habian metido en algun recodo del camino hasta que pasara el batallon.

La guardia de prevencion que caminaba a retaguardia era la encargada de hacer avanzar a aquellos rezagados. El oficial que la mandaba tenia órden terminante de no dejar ninguno atras.

Aquellos infelices completamente extenuados por el soroche apénas podian andar con mucha lentitud; a los más fatigados era preciso muchas veces aliviarles del peso que llevaban consigo: un soldado de la guardia les tomaba el morral, otro el rollo, a pesar de que éstos ya tenian bastante diversion con cargar sus propios equipos; pero lo hacian de buena voluntad por desahogar a un compañero y tambien por conveniencia, queriendo llegar al alojamiento ántes de que se hiciera de noche, pues con la oscuridad se hacia mucho más pesado andar por esos desfiladeros, y hasta peligroso por cuanto era fácil despeñarse.

Por más que el oficial de la guardia rabió y gritó como un energúmeno para aguijar a los rezagados, sólo despues de las siete y estando ya completamente oscuro pudo llegar a Casapalca.

No se crea que Casapalca es alguna villa, pueblo o villorrio; nada de ésto; simplemente un lugar donde se ensancl un poco la quebrada y en el cual hai u

posada que sirve de alojamiento a los que van a pasar la Cordillera.

Esa posada a la que su dueño le da pomposamente el nombre más moderno y extranjero de hotel, es una pequeña casita de madera con piezas para el hospedaje de diez o doce viajeros.

El clima de Casapalca es mucho más crudo que el de Chicla; es mayor el frio y el soroche, lo que es mui natural puesto que se encuentra más próxima a la Cordillera, y que puede decirse que está dentro de ella misma.

No se ve por ahí otra vejetacion que una planta del más menguado aspecto, semejante al ramaje de una escoba, que por allá suelen llamar *paja* y que los chilenos conocian por *coiron*.

Cuando llegó el Setiembre el rancho estaba ya listo. Los rancheros que habian venido adelante lo tenian preparado.

Despues que llegó la guardia se pasó lista para ver si faltaba algun soldado. En seguida quedó la tropa libre para dormir.

Esta era la gran cuestion del momento.

En unas piezas contiguas al hotel y algun otro lugar techado podian caber a lo sumo ciento cincuenta hombres, acomodándose como saben hacerlo los soldados cuando les es necesario; esto es acostándose allegados unos a otros y apretándose, estrujándose, y recojiendo las piernas para ocupar el menor espacio posible, y aun sentándose en el suelo a piernas cruzadas como las mujeres en la iglesia.

Quedaban por consiguiente cuatrocientos cincuenta hombres que tenian por lecho el suelo barroso y por techado las negras nubes que constantemente dejaban caer sobre ellos una menuda llovizna y algunos copos de nieve.

En tales condiciones debian soportar el intensísimo frio de la noche y crear fuerzas para la marcha del dia siguiente, que era cruzar las cumbres de los Andes, la más récia de las jornadas para llegar a Tarma.

....

Los jefes y los oficiales se encontraban el hotel; lo llamaremos así por seguir ostumbre de su dueño.

as ocho o diez camas disponibles fueocupadas por los que anduvieron más vivos, los demás se alojaron en la pieza que servia de comedor.

Al lado de ésta habia otra más pequeña en el fondo de la cual se veia un reducido meson y un estante con algunas botellas; en el medio se hallaba una chimenea.

—¡Paracatitas! hace un frio mui regular, mi coronel,—decia a ese jefe el posadero, un austriaco que parecia mui satisfecho al ver su establecimiento lleno de pasajeros, y poniendo una silla al lado de la chimenea, añadia:—siéntese aquí junto a la candela... cerraré la puerta por el frio...

—No haga tal,—replicó el coronel sentándose;—si cierra usted la puerta nos sofocamos con el soroche; es preferible soportar un poco más de frio.

Esto tenia lugar despues de la comida, que fué corta, primeramente porque llegó a su fin con el segundo guiso, y en seguida porque el coronel se apresuró a levantarse de la mesa para dejar a otro su sitio, pues por las dimensiones de la mesa sólo una tercera parte de los oficiales podia sentarse a la vez en su rededor.

—Echaré más *champa* a la chiminea,—dijo el posadero.

—Echele toda la que pueda.

Crece en las cercanías un pasto que apénas llega a tener dos o tres centímetros de altura; sus raices son un poco mas largas y se enredan y amalgaman con la tierra, formando algo como una gruesa costra. Eso se corta en pedazos semejantes a un ladrillo y se dejan secar para servirse de ellos como de un combustible al cual dan el nombre de *champa*.

—Acérquense al fuego,—dijo el coronel dirijiéndose al mayor y a algunos capitanes que estaban ahí;—aproximen sus sillas.

El mayor y dos o tres capitanes se sentaron al rededor de la cheminea.

—La tirada de mañana es la más respetable,—dijo el coronel rompiendo con un fierro los pedazos de champa que demoraban en arder.

—Siete leguas,—contestó el mayor.

—No es nada la distancia, sino la clase de camino.

—¿A qué hora saldremos, señor?

—A las cinco de la mañana. Es preciso pasar la parte más alta de la Cordillera ántes de las doce, porque a esa hora hai jeneralmente tormenta, o por lo ménos fuerte nevada.

—Así, mi coronel,—dijo el posadero que estaba en el meson;—hai que llegar temprano a Morococha... a medio dia cae mucha nieve y ¡paracatitas! no hai que jugarse con ella.

—¿A qué distancia está de aquí Morococha?

—Tres leguas.

—¿De subida?

—La mayor parte.

—Y habrá más soroche que aquí, puesto que hai mayor altura.

—Sí, pues.

—Ya tendremos diversion mañana.

El coronel dijo ésto quedándose un momento pensativo, como si ya estuviera viendo en su imajinacion la larga hilera de soldados que rendidos por la fatiga se arrastraban penosamente por las montañas cubiertas de nieve.

....

Tan pronto como terminó la comida, los oficiales comenzaron a hacer tender en el piso del comedor, y algunos encima de la mesa, las frazadas que debian servirles de cama.

El lecho era duro y el abrigo poco; pero con la caminata del dia no faltaba sueño.

Ni tampoco faltaba entre los oficiales el buen humor para hacer bromas a propósito de las mismas molestias que sufrian.

Todos se acostaban vestidos o a lo más se sacaban los zapatos, pues el frio que hacia no era para desnudarse sin tener un buen lecho.

—¡Paracatitas!—decia un oficial remedando la entonacion con que el posadero decia a cada instante aquella palabra,—cómo aprieta el frio!

—Tengo los piés que no los siento de helados,—replicaba otro.

—Ménos los siento yo, que creia estar restregándomelos con las manos para calentarlos... y ahora vengo a apercibirme de que los que sobajaba eran los piés de Diaz...

—¡Paracatitas! con la mentira grande!

Todo esto era motivo de risas.

—Mui mal servido está el hotel de *Paracatitas;* acabo de preguntar si han hecho helados... y no hai...

—He encontrado un buen remedio para no hallar la cama dura.

—¿Cuál?

—No acostarse.

....

El teniente Alvar era uno de los que ahí estaban. Tendido sobre una frazada, tapado con otra y apoyando la cabeza en su morral que le servia de almohada, oia las voces de sus compañeros y aunque no tomaba parte en la charla, aquella bulla le distraia un poco de sus pensamientos.

....

En una pequeña habitacion que estaba casi totalmente ocupada por dos catres entre los cuales apénas habia espacio para que pasara una persona, que tales eran los alojamientos del hotel de Casapalca, estaban los capitanes Lostan y Soler.

Ambos se habian acostado ya, cada uno en una cama.

—Todavía te veo taciturno,—decia Lostan;—no tienes motivo; Luisa estará casi enteramente sana de su herida.

—No es eso lo que me aflije, sino el temor de que sea otra vez agredida.

—¡Bah! ya te lo he dicho; ella tendrá buen cuidado de ponerse a salvo. No hablemos más de eso; pensemos en lo que hemos andado y en lo que nos queda que andar. Piensa en tu yegua tordilla, que la he visto con mui pocas ganas de trepar la Cordillera.

—Efectivamente,—contestó Soler dando tregua a sus penosos pensamientos,—creo que ese animal va a dejarme en la mitad.

—Bueno será que alcance hasta la mitad y no te deje en el principio. Yo estoi pasando sustos con mi mula, y te aseguro, sin ofender con ello a Blanca ni a ninguna otra, que en este momento más me preocupa mi mula que todos los amores habidos y por haber: cada cosa a su tiempo...

—¡Al fin te oigo hablar razonablemente! — exclamó entrando a la habitacion otro oficial que era el capitan Aliaga;—cada cosa a su tiempo: me alegro de encontrarte en tan buenas disposiciones para el objeto de mi venida aquí, que es el de hacerles una pregunta y una advertencia.

—Vamos a ver; comienza por hacer la prengunta.

—Es ésta: ¿qué *cocaví*, qué comestibles van ustedes a llevar para el viaje?

—La pregunta es como tuya. Llevamos carne cocida o asada, que es lo único que se puede tener por aquí.

—Corriente.

—Sepamos la advertencia ahora.

—Es la siguiente: yo voi a llevar en mi morral exclusivamente las municiones de boca necesarias para la mia, y durante la marcha yo dejo de ser el capitan Aliaga para convertirme en «Juan Orozco, cuando como no conozco.» Esta es la advertencia: supongo que ustedes la habrán comprendido.

Aliaga habia dicho todo esto con un acento de cómica gravedad, y viendo que sus compañeros reian, rió tambien y añadió tratando de ponerse sério:

—Aquí todos nos conocemos perfectamente bien y sabemos lo que somos en los viajes: no es ésta la primera marcha que hacemos con el batallon. Hai muchos oficiales que puramente por dejadez no llevan nada para mascar por el camino, y una vez andando, cuando el estómago comienza a gritarles, principian ellos a allegarse a los que se han dado la pena de llevar algun comistrajo, y el infeliz por no ser mal compañero tiene que poner a racion su boca y vaciar su morral para repartirse con ellos.

—No necesitaba haberte oido este discurso para saber que eres un tragaldabas; pero te encuentro razon; es cierto lo que dices.

Ya eran como las diez de la noche y a pesar del frio y de la nieve que estaba cayendo, Aliaga salió del hotel y se dirijió al rancho donde estaban cociendo una cantidad de carne que debia repartirse a la tropa al tiempo de marchar para que la llevara en sus morrales como alimento durante la caminata.

El objeto de su visita era ver si se hallaban preparados ya los fiambres que él habia encargado y con los cuales esperaba entretener el diente en la próxima jornada.

....

Algunas horas despues todos dormian; pero de cuando en cuando algunos despertaban mortificados por agudísimos dolores de cabeza producidos por la rarefaccion del aire, y desafiando el frio tenian que levantarse y salir de la habitacion en que se encontraban para respirar el aire libre, único modo de aliviarse un poco, sino del [illegible]

[illegible] tropa que dormia o, para hablar con [illegible]r exactitud, que estaba acostada a [illegible] descubierto, podia respirar con mé[illegible]cultad; pero por guarecerse del frio y de la nieve se ponian algun pañuelo sobre la cara, y entónces comenzaban a sofocarse con el soroche; se lo quitaban: sentian nuevamente los efectos del frio y la nieve; volvian a cubrirse la faz; y en ese ejercicio pasaban la mayor parte de la noche, de aquella noche en la cual más que nunca les habria convenido un tranquilo sueño que les diera vigor para la próxima jornada.

XX

El paso de los Andes.

A las cuatro de la mañana se tocó diana y los soldados se levantaban sacudiendo sus capotes y frazadas blancos de nieve, lo cual en medio de la oscuridad daba un aspecto fantástico a aquel movimiento.

Las compañías formaban y los sarjentos primeros de ellas pasaban lista «de memoria» por falta de luz para leer en el libro en que tenian anotados los nombres de los soldados.

Como era de esperarlo, varios individuos de tropa amanecieron enfermos: fueron éstos como treinta, y tambien dos oficiales.

Hablamos sólo de los que se encontraban completamente imposibilitados para proseguir la marcha, pues si todos hubieran sido sometidos a un exámen médico ni la mitad habria resultado hallarse en tan buen estado de salud como pocos dias ántes.

—Dejaremos aquí a los enfermos para que regresen a Lima, —dijo el coronel dirijiéndose al mayor;—y éstos serán los últimos que se queden, pues más adelante no tenemos donde dejar a los que se enfermen y habrá que marchar con ellos, lo cual es una de las mayores molestias para una expedicion.

....

Dentro del hotel los oficiales hacian que sus asistentes formaran un rollo de sus frazadas, y los que tenian cabalgadura la mandaban ensillar.

El posadero iba y venia, ya recibiendo el pago que le hacia cada oficial que habia recibido hospedaje, ya sirviendo café a los que lo pedian; todo en medio de un diluvio de ¡paracatitas! que le brotaba de la boca.

Un practicante que marchaba con el batallon tenia su botiquin abierto y varios

oficiales acudian a él pidiéndole un poco de álcali volátil para llevar durante la travesía de la cordillera con el objeto de aspirar su olor en caso de sentirse atacados por el soroche.

Todo esto daba lugar a muchas idas y venidas, y siendo tan reducido el espacio que habia en el hotel y tantos los oficiales y asistentes, se daban con los codos y se topaban unos con otros al hacer cualquier movimiento.

....

Tan pronto como se pasó lista la tropa acudió al rancho a tomar el café y el caldo en que habian cocido la racion de carne de aquel dia; un pedazo de ésta se le daba a cada individuo para que la guardara en su morral.

—Apure, mayor, que se nos va la mañana,—decia el coronel.

Y el mayor llamando al ayudante le decia:

—Que se apresure la tropa en tomar su rancho, y avise usted en cuanto concluya.

Pocos minutos ántes de las cinco, el ayudante dió parte de que el rancho estaba ya repartido.

—Haga tocar tropa,—le dijo el coronel.

A este toque las compañías formaron.

Los que tenian caballos u otros cuadrúpedos que hicieran las veces de tales, montaron en ellos, y cada uno tomó su colocacion.

Veinticinco hombres al mando de un oficial partieron desde luego a la descubierta llevando órden de marchar tres o cuatro cuadras a vanguardia de la cabeza del batallon.

Un número igual de jente que componia la guardia de prevencion, como el dia anterior, debia ir a retaguardia.

El coronel seguido de sus cornetas pasó a colocarse a la cabeza del batallon e hizo tocar marcha.

Todavía no comenzaba a aclarar; pero en las primeras cuadras no era el camino mui malo y se podia caminar a pesar de la oscuridad siguiendo cada cual tras de la sombra del que iba delante de él, que alcanzaba a columbrarla merced a cierto débil reflejo producido por la nieve. Dos muchachos cornetas que iban a la cabeza seguian las huellas impresas por la descubierta, y ésta habia marchado como Dios le ayudara, encontrando el camino a fuerza de dar traspiés y tropezones. Pero llegó un momento en que comenzaba un desfiladero y no podia atinar con el paso. Hubo de quedarse ahí hasta que fué alcanzada por la cabeza del batallon.

Oyendo el oficial de la descubierta que el batallon se acercaba, quiso hacer una nueva tentativa para hallar el camino; dió algunos pasos en una direccion que le pareció conveniente; pero resultó no serlo, pues pisó en un lugar resbaladizo y resbalando fué sin hallar de qué pescarse hasta que llegó a un charco, pantano o cosa parecida donde quedó sumerjido hasta las rodillas.

Iba a lanzar una exclamacion de cólera, cuando sintió que uno de sus soldados que siguió sus huellas cayó a su lado. A pesar del disgusto sintió ganas de reir y gritó:

—¡Basta! no se vengan todos para acá... no crean que estoi mui bien.

En ese momento oyó la voz del coronel que preguntaba;

—¿Por qué no avanza la descubierta?

—No podemos hallar el camino, señor; —contestó el oficial.

El coronel no se mostró disgustado porque ya esperaba que esto sucediera y habia logrado miéntras tanto avanzar algunas cuadras. Además una débil claridad comenzaba a anunciar la venida del dia.

Al cabo de unos diez minutos hubo la luz suficiente para ver que en ese lugar principiaba un desfiladero de repecho, y continuó la marcha.

A medida que crecia la luz se aparecia ante los ojos de los soldados del Setiembre la enorme mole de los Andes, blanca de nieve, majestuosa, inmensa, imperturbable, y a la vez tremenda, formidable, amenazante; parecia querer infundir pavor y espanto a los que osaran hollar su nieve eterna con sus propios piés, no con el casco herrado del caballo, sino con la sencilla bota del soldado.

Alzaban todos la cabeza para admirar aquel grandioso espectáculo, aquellas montañas blancas como una vision fantástica que se elevaban casi encima de ellos y cuyas empinadas cumbres se perdian entre las nubes. Las contemplaban todos y tal vez cada cual sintiéndose ya angustiado por el cansancio se preguntaba interiormente si tendria suficiente vigor para llegar hasta la cima, para subir, para ascender hasta internarse como ellas en las nubes que ocultaban sus picos.

¡Y era preciso hacerlo! era necesario e

contrar fuerzas! era necesario llegar hasta la meta!

....

Con la luz del dia se pudo ver tambien el aspecto que presentaba la tropa.

Casi todos los soldados habian hecho en sus frazadas que eran rojas un corte de una media vara, y se las ponian al cuello como una manta o poncho; de esa manera sentian ménos su peso, y se abrigaban a la vez. La mayor parte llevaba sus rifles a discrecion sobre un hombro, y otros cojíanlo de la mitad con una mano que dejaban colgar.

Una buena porcion de los oficiales iba con mantas. Entre éstas habia gran variedad: de vicuña, de *paco*, de algodon, de lana, de bayeta, y de toda clase de colores y dimensiones. Algunos habian sustituido el képis por un sombrero, prenda mas adecuada para las lluvias y nevadas.

Es mui comun oir contar las penurias de su viaje a los pasajeros que atraviesan los Andes montados en sus buenas mulas y llevando el abrigo y demás accesorios convenientes; hablan mui largo de sus fatigas y penalidades, y no les falta razon.

Ahora bien; entre pasar la Cordillera en esas condiciones y pasarla a pié, hai ménos diferencia que entre cruzar una bahía en una embarcacion y cruzarla a nado; el uno va muellemente sentado en la popa de un bote y el otro tiene que fatigarse para mantenerse a flote, tiene que luchar con las olas para avanzar y corre el peligro de que si le faltan las fuerzas se sumerjirá en las aguas y perderá la vida.

Además los soldados del Setiembre al trasmontar a pié los Andes tenian en su contra la desventaja de llevar consigo el gran peso de su equipo y armamento: la caramayola, el morral, el rifle y la canana con cien cápsulas a bala.

Durante las primeras horas la marcha del batallon fué parecida a la del dia anterior, teniendo en cuenta que hallándose a mayor altura el soroche era tambien mayor y lo mismo el frio.

Los desfiladeros se hacian cada vez más pendientes y escabrosos.

Estaban ya en el nacimiento de la quebrada. Ahí ésta se reducia a unas grandes hendeduras las cuales iban disminuyendo h[illegible]a cumbre de las montañas, que unidas y [illegible]tinuadas semejaban una colosal mura[illegible]

[illegible] el fondo de esas hendeduras bajaban precipitándose y formando caprichosas cascadas algunos arroyos de agua cristalina recientemente destilada de la nieve. Eran ellos el oríjen del Rimac.

En esa parte el estrechísimo camino tenia que ascender con mayor rapidez que hasta entónces para elevarse hasta la cima, pues como lo dejamos dicho ahí los Andes forman la muralla que divide las aguas que vienen hácia el océano Pacífico y las que van al Atlántico. El sendero subia formando ángulos, y a veces casi perpendicularmente, buscando las sinuosidades de las rocas y hallando paso por los huecos y rasgaduras que habia hecho en ellas la naturaleza.

Aquella era tal vez la parte más pesada del camino.

El soroche se hacia cada vez más insoportable.

La tropa marchaba a la deshilada.

Era verdaderamente triste, conmovedor, volver la cabeza atras y ver hácia abajo una larguísima hilera de soldados envueltos en sus frazadas rojas, encorvados, agobiados por el cansancio, dejando una distancia de una o dos varas uno de otro, moviendo trabajosamente las piernas y deteniéndose a cada instante para respirar con fuerza el aire enrarecido de aquellas alturas que no alcanzaba a satisfacer las necesidades de sus oprimidos pulmones.

Con el cuerpo entumido por el frio, incierta la mirada, la boca entreabierta, el pecho resollando aceleradamente con el estertor de la agonía, el aliento convirtiéndose en pámpanos de hielo al tocar los bigotes, y todo el semblante demostrando la mayor extenuacion; empuñando el rifle con la mano crispada y afirmándose en él como en un báculo, avanzando unos pocos pasos, deteniéndose para respirar y volviendo a avanzar nuevamente con ánsias, como si quisiera devorar el camino.

Los más vigorosos y esforzados pasando delante de sus compañeros, y éstos haciendo inauditos esfuerzos para no dejarse adelantar. Algunos, los más abatidos, dejándose caer en un recodo del sendero; otros desvanecidos por el soroche, con náuseas y arcadas o arrojando sangre por las narices.

En medio de sus fatigas su principal anhelo era mirar hácia adelante, hácia arriba, ver cuánto faltaba para llegar a la cima; pero aquellos rocallosos montes son mui engañadores; cuando se ha llegado a

la cumbre de uno, se divisa otro que parece surjir repentinamente y que tambien hai que trasmontar.

Los desfiladeros tienen ahí con frecuencia a su lado precipicios insondables. Hai que afirmar el cansado pié en la nieve con mucho tino para no resbalar.

La mayor parte de los oficiales que no tenian cabalgaduras, ménos acostumbrados ellos, por su condicion, a las fatigas que la tropa, no eran quienes ménos sufrian con la marcha.

De los que iban a caballo varios habian tenido que apearse porque siendo sus bestias débiles y gastadas, no podian resistir el peso de un jinete por aquellos despeñaderos. Otros se desmontaban por intervalos de sus caballos para prestárselos a aquellos de sus compañeros que veian más extenuados.

....

Como a las nueve de la mañana comenzó a llegar la cabeza del batallon a cierta altura que podia decirse estaba ya en la cumbre de los Andes.

Se extendia en la cima una especie de meseta bastante accidentada y llena de hondonadas; pero que, al ménos en el camino, no ofrecia grandes repechadas.

En ese sitio el coronel se apeó de su caballo y dió descanso a la tropa.

—Descansaremos aquí una media hora, —dijo,—para que se junte algo la jente, pues viene mui dispersa.

En efecto, desde ahí se veia hácia abajo la larga hilera de soldados cortada en muchos trechos. Aunque alcanzaba a divisarse como un kilómetro del camino, la guardia de prevencion no se veia en él, lo cual significaba que aun más allá venian algunos rezagados.

Los soldados iban llegando uno a uno y se dejaban caer al suelo aprovechando con delicias aquel descanso y dando resoplidos de desahogo.

A medida que llegaban los oficiales que venian montados, se apeaban, tanto para descansar ellos, cuanto para aliviar por un momento a sus gastados caballos, fatigados no solamente con el peso de su jinete, sino tambien con el de algun soldado que se les habia colgado de la cola en las repechadas.

El soldado que marchaba tras de una bestia, aprovechaba esa circunstancia para cojerse de la cola del animal durante las subidas, proporcionándose con esto un gran alivio a costillas del pobre bruto que ya tenia bastante trabajo con cargar a su jinete.

El capitan Lostan fué uno de los que se apeó; venia montado en una mula oscura. Sentóse en una piedra y sacó un cigarrillo de su maletin.

Hacia cuatro o cinco minutos que fumaba cambiando algunas palabras con otros oficiales que estaban próximos a él, cuando vió llegar al capitan Soler que venia a pié, y jadeando se sentó a un lado.

—¿A pié?—díjole Lostan;—¿y tu yegua?

—¡Maldito animal!—contestó Soler con voz entrecortada por el cansancio;—se me cansó... me dejó en la mitad del camino... ya lo calculaba... desde que salí de Chicla...

—No es usted el único que ha corrido esa suerte, capitan,—dijo otro oficial;—a mí me pasó lo mismo con mi caballo.

—Y a mí, ídem;—agregó un tercero.

—Yo he andado más feliz; mi caballo ha aguantado hasta aquí; pero no la cincha, que se cortó y tuve que apearme;—añadió otro de más allá.

Y en jeneral raro fué el que no tuvo que contar algun percance acaecido a su cabalgadura, lo que era mui natural puesto que casi todas ellas eran bestias inútiles, y los jaeces improvisados de cualquier modo.

—Desde ahora,—dijo Lostan,—ya no tenemos tantas repechadas; los caballos que no estén mui gastados podrán caminar con sus jinetes. Te queda, Soler, esa esperanza.

—Veremos.

Lostan se levantó de la piedra en que estaba sentado, anduvo hasta donde estaba su mula que tenia colgada de la silla una caramayola con pisco, vació en el cachucho de ella un poco de ese licor y se acercó a Soler diciéndole:

—Toma un trago para el cansancio.

Bebió Soler y en seguida el cachucho pasó de mano en mano hasta quedar vacío.

Cuando estuvieron un poco descansados, comenzaron a fijar sus miradas en el imponente espectáculo que ofrecia ahí la naturaleza, y principalmente en el Mon[illegible] Meiggs, distante pocas cuadras de ellos.

Ese coloso de piedra rojiza parece u[illegible] torre jigantesca colocada en la cima de l[illegible]

Andes; tan empinado es que la nieve no alcanza a sujetarse en él. Ostenta en su cumbre, en su cúpula, que se eleva 22,000 piés sobre el nivel del mar, dos postes con banderolas de hierro enclavados ahí por la mano del hombre, siendo tal vez la obra de hierro labrado que se encuentra a mayor altura en toda la tierra; están colocados ahí como heraldos que anuncian la venida de la civilizacion, el ferrocarril cuya via está ya trazada, aunque inconclusa.

....

Al cabo de una media hora de descanso, se divisó venir a mucha distancia la guardia de prevencion.

—Continuaremos la marcha,—dijo el coronel dirijiéndose a un capitan que estaba a su lado,—todavía viene mucha jente atras; pero no podemos esperar más: en otro descanso nos alcanzarán.

Diciendo esto se levantó de una piedra en que se habia sentado y montó a caballo.

Al verlo todos se pararon y se continuó la marcha.

Como el cansancio de la tropa en esas alturas no provenia tanto del ejercicio de las piernas cuanto del soroche, sucedia que apénas se ponia en movimiento, volvia a sentir prontamente el efecto de la rarefaccion del aire y la fatiga consiguiente.

Sin embargo, el camino que empezaron a recorrer no era tan pesado como el anterior por no tener tan rápidas pendientes.

Era la cima de los Andes completamenmente nevada. Los altos picos que se divisan desde la costa algunas veces, se veian ahí, sobre la meseta, bajos, chatos, extendidos, parecian pabellones o tiendas de campaña hechas de blanco lienzo.

La tropa al marchar iba dejando un surco en la nieve. Pero constantemente tenian que salirse de esa huella los que venian más atras, porque la nieve al ser aprensada se endurecia y se ponia resbalosa.

Fijando la vista se veian en algunos parajes delgados hilos de agua que corria indecisa a un lado u otro, como si vacilara entre inclinarse al occidente e ir a formar el Rimac para arrojarse en el océano Pacífico, o cargarse al oriente y echarse en el uli para recorrer centenares de leguas ta entrar al Amazonas y llegar al océa- Atlántico.

Mil espectáculos grandiosos se presentaban a los ojos. La naturaleza se mostraba ahí severa e imponente como en ninguna parte. Enormes rocas oscuras elevándose atrevidamente y a veces inclinadas hácia afuera, parecian centinelas amenazantes apostados para impedir que algun osado llegara a descubrir los secretos con que la Cordillera se hace madre de los rios que riegan todo un continente.

La tropa del batallon Setiembre doblegada por el cansancio no tenia ánimos para distraerse contemplando tantas grandezas. Avanzaba midiendo pausadamente con sus cansadas piernas el nevado piso y anhelando oir el toque de «alto la marcha» para reposar un instante.

Pero ese toque se hacia mucho esperar. La jornada de ese dia era mui larga y era imposible dar repetidos descansos. Además podia sobrevenir una tormenta de un momento a otro y sus efectos en aquella tropa desabrigada y a pié hubieran sido desastrosos.

El coronel queria a toda costa concluir de atravesar la cima para comenzar el descenso hácia el oriente.

El hecho de ver que terminan las subidas infunde mucho aliento a la tropa. Produce un gran efecto moral que da brios al más extenuado.

Cerca de las once de la mañana eran cuando los que marchaban más adelante vieron hácia abajo el lugar llamado Morococha, que es una gran hondonada rodeada de ventisqueros y en cuyo fondo reposan las tranquilas y heladas aguas de una laguna de forma ovalada. Próxima a su ribera existe una casa con techumbre de zinc pertenecientes a las faenas de unas minas de plata; sólo el afan de encontrar el codiciado metal arjentino puede inducir al hombre a construir habitaciones en aquellas elevadas soledades.

La tropa comenzó a bajar, y era tan rápida la pendiente que a veces se sentia forzada a correr, lo cual no era mui conveniente por cuanto aceleraba la respiracion y hacia con esto sentir más intensos los ahogos producidos por el soroche.

Al cabo de una hora llegaban los primeros al fondo de la hondonada y en un lugar cercano a la laguna ordenó el coronel hacer alto.

—Aquí,—dijo dirijiéndose al capitan de la primera compañía que venia próximo a él,—descansemos un rato largo para que

se junte un poco la tropa; ¡qué dispersa viene!

Y mirando hácia atras una vez apeado de su caballo, repitió:

—¡Qué dispersa viene!

En efecto se veia bajar por la empinada cuesta una gran cantidad de soldados, ya en pequeños grupos, ya aisladamente.

De continuo en la cumbre nevada de la Cordillera aparecian unos puntos oscuros que eran rezagantes que en ese momento solamente iban a comenzar el descenso.

—Ni medio batallon tenemos a la vista, y son más de las once y media y nos quedan todavía cuatro leguas de camino,—exclamó el coronel con un disgusto tanto mayor cuanto que no encontraba que remedio ponerle al mal.

La tropa marchaba dispersa porque le era físicamente imposible marchar unida. Los empeños, enojos y amenazas de los oficiales se estrellaban contra el agotamiento casi completo de las fuerzas de algunos soldados. Ninguno se atrasaba por deseo o por capricho; todos al contrario hubieran querido ser de los primeros; pero la voluntad no era siempre capaz de vencer el cansancio y el soroche.

Los oficiales lo comprendian mui bien, puesto que lo estaban sintiendo ellos mismos; sin embargo gritaban y rabiaban apurando a la tropa, más bien por dercargo de conciencia, como vulgarmente se dice, que porque esperaran obtener buen resultado.

Si el coronel hubiera podido ver a traves las cumbres nevadas como a traves de un cristal, habria divisado que allende la cima aun venia la guardia de prevencion, lidiando por hacer avanzar a los más atrasados.

A medida que iban llegando al lugar del descanso, los oficiales a un lado y los individuos de tropa a otro, se echaban o se sentaban en el suelo húmedo y barroso, pero ya sin nieve, y se despojaban de sus morrales y demás atavíos, dejándolos a un lado por un momento para respirar con mas desahogo.

Luego sacaban el trozo de carne fiambre que traian, y un poco de sal y ají que jeneralmente llevaban guardado en un atadito; para deshacer el nudo de éste, no pudiendo valerse de sus dedos tiesos y ateridos por el frio se servian de los dientes.

....

La yegua tordilla de Soler prestó a éste sus servicios nuevamente en la cima de la Cordillera; pero otra vez tuvo que desmontarse al descender de las alturas, pues las endebles piernas de la consumida bestia apénas podian bajar la cuesta sin doblarse con el peso de su propio cuerpo, y mucho ménos podrian haberlo hecho llevando encima de éste el de su dueño.

Sentóse Soler al lado de Lostan, y ambos despues de tomar un trago de pisco se pusieron a comer un pedazo de carne fria, almuerzo en el que los cuchilos eran los dientes y los tenedores las manos.

En esto estaban cuando divisaron venir al capitan Aliaga a pié y mostrando en su semblante un mal humor notable a pesar de que entre todos los que venian llegando no se veian, por cierto, caras risueñas ni contentas.

Dejóse Aliaga caer al lado de los dos capitanes y despues de tomar resuello, exclamó:

—¡Maldita suerte! ¿no saben ustedes lo que me ha pasado?

—Nó; ¿qué?—preguntaron a un tiempo aquellos dos.

—Al pasar por uno de esos desfiladeros que hai al fin de la subida, en una ladera, y que se halla encima de un tremendo precipicio, me habia apeado de mi caballo y venia tirándolo de las riendas, cuando dió el animal una pisada en falso y se despeñó... yo tuve que andar mui vivo en soltar las riendas para no ser arrastrado por él.

—La bestia se hizo pedazos, por supuesto.

—¡Qué podria sucederle cuando cayó casi verticalmente, y golpeándose en las rocas, como doscientos metros!

—¿Y llevaba todo tu equipo?

—Todo, todo; no he quedado mas que con lo encapillado.

—Embromado asunto.

—Lo que más siento,—dijo Aliaga con aire compunjido,—es que con el caballo se fué mi morral, en el cual traia una lengua cocida y un trozo de lomo asado tan bonito...

Al oir esto los dos capitanes no pudieron retener una carcajada de risa, a pesar de que deploraban naturalmente la pérdida de la cabalgadura y equipo de su compañero, lo cual en aquellas circunstanci[as] era una verdadera desgracia.

—¡Pero, hombres,—exclamó Aliaga c[a]si con enojo;—se rien ustedes de ver[m]e embromado!

—Nos reimos solamente de la pérdida del comistrajo, aunque sentimos grandemente la de tu bestia y equipo. En fin, en cuanto a aquéllo podemos ayudarte en algo; aquí tienes un pedazo de carne.

Aliaga miró el pedazo ofrecido, y haciendo un jesto de mal humor, dijo:

—Tengo rabia; no quiero comer.

Sin embargo lo cojió, y un momento despues se puso a darle mordiscones.

Al cabo de un rato se le habia compuesto un poco el humor y contestaba a las palabras de sus compañeros.

—Mui grande,—decia Lostan,—debia ser tu rábia cuando casi se te quita el apetito eterno que te acompaña.

—Ni me hagas recordar aquéllo; me parece que todavía estoi viendo cuando se despeñaba mi pobre caballo; a poco trecho ya la silla iba saltando por un lado y el morral por otro... todo destrozándose.

—Yo hubiera querido ver la cara de Aliaga, cuando miraba que sus fiambres iban cayendo a brincos por las piedras.

—Ustedes se rien; pero yo todavía no tengo ganas de hacer otro tanto, porque pienso que por fortuna mia acababa de desmontarme; sin eso habria rodado tambien con la bestia y a estas horas no estaria contando el cuento.

Lostan y Soler dejaron de reir, porque habiendo visto aquel precipicio comprendian el peligro de que habia escapado su compañero.

Cuando hubieron acabado de hacer su frugal y poco variado almuerzo, encendieron sendos cigarrillos.

Lostan dió un atado de éstos a algunos soldados que estaban inmediatos a él, despues de ver a muchos de ellos que trayendo papel y tabaco hacian esfuerzos por envolver un cigarrillo, pero sin conseguirlo a causa de tener los dedos envarados con el frio.

....

La tropa seguia llegando poco a poco.

Habia trascurrido una hora y era preciso continuar la marcha porque faltaba mucho camino que andar.

De órden del coronel un corneta tocó "atencion", y los soldados empezaron a levantarse y a ponerse al cuello sus morrales y caramayolas que poco ántes se sacaran descansar.

jefe echó una última mirada a los todavía venian descolgándose de las ...res, e hizo tocar marcha.

Desde ahí el camino tenia pocas repechadas grandes, pero siempre era comunmente un angosto sendero por encima de las rocas barrosas y empapadas con el agua que manaba de todas partes, resbaladizas y llenas de filos.

A menudo se encontraban atolladeros, para atravesar los cuales habian sido colocadas ahí hileras de piedras angulosas.

La tropa marchaba con ménos fatiga que a la subida de la Cordillera, pero sinsiendo siempre el efecto del soroche, aunque en menor grado.

Hasta Morococha habian hecho la parte más dura de la jornada; pero aun les quedaban cuatro leguas que recorrer; si bien el camino ya no era tan pesado, en cambio la distancia era mayor y la jente estaba ya abrumada por la fatiga de la marcha que llevaba hecha.

Andar por desfiladeros se hace tanto más difícil cuanto mayor es el número de personas que marchan a la vez. Las dificultades y tropiezos se multiplican y entorpecen y atrasan la marcha. Si en un paso trabajoso un individuo que fuera solo perderia tres o cuatro segundos, yendo un centenar de personas, la pérdida de tiempo, la demora, se centuplica. Supongamos que el camino se halla cortado por un arroyo bastante ancho para que no lo pueda pasar un hombre de un solo salto; en el medio de él hai una piedra, se salta sobre ésta y de ahí a la otra orilla. El primero que pasa gasta en salvar esa distancia un instante más que si no existiera el arroyo; el segundo, que no puede pasar hasta que lo haya el hecho el primero, pierde doble cantidad de tiempo; el tercero que tiene que esperar que hayan saltado dos ántes de él, pierde triple; de manera que componiéndose un batallon de centenares de personas, es notable el tiempo que se pierde en cada paso difícil.

Y de éstos, tales como arroyos, atolladeros, trozos del sendero derrumbados, partes resbaladizas y escabrosas en que habia que hacer uso de las manos para afirmarse, eran muchos los que encontraba el Setiembre en aquellos parajes.

El coronel trataba de apresurar cuanto fuera posible por temor de que llegara la noche. Si a la luz del dia la marcha era penosa, con la oscuridad llegaria a ser peligrosísima, tanto porque aumentarian las dificultades para caminar cuanto porque creceria el frio.

Despues de cada hora o poco más de marchar, se daba algunos minutos de descanso. Los soldados que iban a la cabeza se sentaban en el suelo, y los que venian más atras se juntaban a ésos y tambien se sentaban a medida que llegaban; pero terminaba el tiempo destinado para reposar, continuaba la marcha, y aun muchos individuos venian marchando; éstos no podian descansar y proseguian caminando.

Durante uno de estos descansos el jefe ordenó que las mulas del rancho y seis u ocho más que formaban el bagaje adjunto al batallon, tomaron la delantera, custodiadas por los veinticinco hombres que marchaban a vanguardia, hasta llegar a Pachachaca, donde debian ser descargadas al momento para regresar en busca de los soldados que más fatigados se encontraran.

La tropa continuaba su marcha jadeante y silenciosa, abrumada no solamente por el soroche, sino tambien por el cansancio natural de la luenga distancia que habia ya recorrido por pésimos senderos.

El jefe miraba a menudo su reloj. Cuando las saetas de éste señalaban las cuatro ménos cuarto. faltaban todavía dos leguas de camino.

Era necesario apurarse. Sin embargo no era posible hacerlo sino con mucho tino. Miéntras más se alijera el paso, mayor es el número de rezagantes que va quedando, mayor es la dispersion.

A medida que declinaba la tarde la tropa hacia mayores esfuerzos por avanzar. Los oficiales que iban montados a menudo se apeaban para prestar sus caballos a algun compañero o a algun soldado que venia mui extenuado.

Hacia ya bastante tiempo que habian pasado las lagunas que se encuentran al lado del camino, la vista de cuyas tranquilas aguas aumenta el frio de los que pasan junto a ellas en esas glaciales alturas; se hallaban en una parte en que el terreno forma una continuacion de bajas colinas semejantes a las ondas que los marinos suelen nombrar mar boba, cuando comenzó a entrar la noche.

A medida que crecia la oscuridad se retardaba la marcha y aumentaba la segregacion,

No viéndose el piso, las malas pisadas, los traspiés y tropezones contribuian a ello y tambien acrecentaban el cansancio.

La jente hendia la oscuridad guiándose cada cual por el ruido de los pasos del que iba más adelante, con el cuerpo encorvado bajo el peso del equipo, los brazos caidos, las piernas extenuadas y los piés adoloridos y lastimados en los riscos; yertos por el frio, transidos por el cansancio, angustiados por el soroche y afiebrados por la marcha.

Ninguno hablaba, ni pensaba tal vez, temiendo intuitivamente quizá que las vibraciones de su cerebro gastaran algo de su fuerza vital hurtándosela a sus cansados músculos.

El pueblo de Pachachaca se encuentra situado al pié de la serranía por donde marchaba el batallon Setiembre. Viniendo por este lado solamente se le divisa cuando se está casi encima de él y mui próximo.

Al doblar la punta de un cerro la tropa que marchaba a la cabeza divisó puede decirse que de improviso una gran fogata como a trescientos metros de distancia en una direccion oblicua hácia abajo.

Esto le dió gran aliento. Conoció que aquel era el alojamiento y que ese fuego era del rancho que se les estaba preparando.

Como el árabe en el desierto al divisar un oásis, los soldados recobraban brios y descendian a regular paso hasta llegar al pueblo.

....

El pueblo de Pachachaca se encontraba completamente destruido y deshabitado. De las casas, o más propiamente, de los ranchos, solo quedaban algunas paredes, faltando los techos que era lo más esencial.

El campamento se instaló en la plaza, al aire libre.

Entre las paredes que aun quedaban de los ranchos, la tropa habria tenido algun abrigo contra el viento ya que no contra la lluvia, pero estaba todo aquello lleno de escombros y era por consiguiente imposible alojarse ahí. Hubo que optar por la plaza.

El ayudante mandado por el coronel designaba el lugar que debia ocupar cada compañía, colocándose paralelamente una en pos de otra.

Eran las siete y media de la noche, hacia veinte minutos que la cabeza del batallon habia llegado a la plaza, y todavía no se veia en ella sino poco mas de la mitad de la jente.

Esto tenia grandemente disgustado al

coronel; pero no dejaba de considerar que el camino habia sido pesadísimo, la jornada tremenda, y que con ésto la tropa tenia poderosos motivos para atrasarse en la marcha.

Hubo órdenes y rabietas que seria largo detallar. Y a fe que habia motivo para alterar la paciencia del mismo Job. La tropa rezagada podia extraviarse en la oscuridad, pasar la noche en completo desamparo, sin abrigo, sin alimento, expuesta al rigor del hielo de las alturas y de alguna tempestad que podia sobrevenir de un momento a otro.

Ello es que el ayudante y algunos oficiales tuvieron que desandar parte del camino con el fin de hacer avanzar a la tropa. Para traer a los más extenuados llevaron todas las bestias que habia, las del rancho, del bagaje y de los oficiales. Pero éstas apénas alcanzaban a veinte, y tan cascadas, que más solia ser el trabajo de hacerlas caminar que los servicios que podian hacer.

Tan pronto como el ayudante perdió de vista la fogata del rancho se encontró en medio de la oscuridad más completa, sin embargo hincaba con fuerza las espuelas en los hijares de su caballo y avanzaba. No veia a nadie, pero a menudo oia voces de soldados que preguntaban por el camino.

—¡Por acá! vengan hácia donde oyen mi voz!—gritaba el ayudante.

Y a cada momento repetia esas palabras.

Guiándose por ellas los rezagantes adelantaban cayendo y tropezando, golpeándose aquí, magullándose allá.

Tambien el caballo del ayudante habia dado sus resbalones en uno de los cuales el jinete habia alcanzado a tocar el suelo con el cuerpo, recibiendo en aquel acto una respetable peladura en un hombro. Con esto, el frio penetrante, el desagrado de haber tenido que desandar parte del camino, el encontrarse en medio de profundas tinieblas, no es menester ponderar el buen humor que tendria el ayudante.

Las bestias conducidas por dos arrieros habian sido montadas por jente rezagada y regresado hasta el lugar desde donde se ˗˗ia el fuego del rancho. Ahí dejaban a , y volvian a buscar otra jente.

Despues de mucho andar se encontró el udante con el oficial de la guardia de evencion, a quien conoció por la voz, y el cual, como hemos dicho, tenia órden de no permitir que ningun individuo de tropa quedara atras.

—¿Viene jente mas a retaguardia?—preguntó el ayudante.

—No he dejado a nadie,—contestó el oficial.

—Apure la marcha, entónces; ya queda poco camino.

Eso era lo que el oficial de la guardia habia venido haciendo desde que salió de Casapalca.

Este es el puesto más enfadoso que puede tener un oficial en una marcha difícil. Hacer andar a individuos que están agobiados, agotados, extenuados, que no pueden más; y le es forzoso cumplir sin excepcion la órden estricta que ha recibido; esos individuos deben continuar marchando; su vigor está exhausto, sus músculos gastados, su pecho oprimido, y sin embargo deben encontrar fuerzas para seguir andando; es preciso, no hai remision. Contra el cansancio del rezagante está el deber del oficial.

Esto da continuamente lugar a escenas tristes y a veces terribles.

—Avance,—dice el oficial a un soldado que fatigado se ha tirado al suelo.

—No puedo, mi teniente.

—Yo tampoco puedo dejarlo aquí; ya ha descansado un rato: avance.

—No tengo fuerzas.

—Tiene que tener; aquí no se ha de quedar; amaneceria helado.

—Aunque me hiele, aunque me muera, déjeme aquí, mi teniente, se lo ruego.

—¡Ya se lo he dicho y usted lo sabe: no puedo dejarlo: marche! — exclama el oficial encolerizado más contra las circunstancias que contra el soldado;—si no marcha por bien marchará por mal!

Y el infeliz tiene que encontrar fuerzas miéntras le quede un soplo de vida.

O si no, en medio de sus angustias se le infrinjirá un castigo y el dolor le hará marchar.

El oficial que se ve obligado a llegar a este extremo que seria bárbaramente cruel si no fuera absolutamente necesario, rabia, vocifera, porque moralmente siente el castigo tanto como el que lo ha recibido.

Estas escenas se repiten a menudo, el disgusto, el enfado del oficial crecen y llega a ser poseido de una fiebre que le impide sentir su propio cansancio, su propia fatiga.

Los demás oficiales de un batallon que hace una marcha penosa se hallan tambien en un caso parecido; pero cuando ven algun soldado mui abatido les resta el recurso de permitirle quedarse descansando; y será la guardia al fin la que tenga que hacerlo avanzar.

En ese estado se encontraba el oficial de la guardia del Setiembre cuando en medio de la oscuridad se halló con el ayudante.

—¿Falta mucho, ayudante?—preguntóle despues de haber dicho las palabras que dejamos consignadas más arriba.

—Como diez cuadras,—contestó el ayudante, aunque en realidad faltaba mayor distancia, pero queriendo alentar con eso a la tropa que le oia.

Con esta noticia cobró un poco de vigor la tropa que la oyó, y se continuó la marcha.

A cada trecho iban encontrando soldados dispersos; muchos de ellos exhaustos de fuerzas y echados en el camino. La guardia arrastraba con ellos como podia.

El ayudante se habia apeado y su quebrantado caballo cargaba con dos de los más extenuados.

Despues de muchos tropezones y golpes, de sumerjirse hasta las rodillas en los atolladores de barro, y de los mil percances consiguientes al hecho de marchar por senderos escabrosos en medio de la oscuridad, llevando por guia el instinto del caballo citado, a cuyos jinetes se les hacia fumar para guiarse por el brillo del fuego de sus cigarrillos; despues de todo eso que duró todavía una hora, lograron llegar al punto desde donde se divisaba la fogata del rancho.

....

La tropa, como dijimos, habia acampado en la plaza al aire libre. Luego que dejaron sns armas y equipos, los soldados que estaban ménos cansados fueron a buscar entre las ruinas del pueblo algunos pedazos de madera para hacer fuego, y un momento despues se veia en medio del campamento una muititud de lumbres a las cuales se arrimaban los entumecidos soldados, extendiendo sobre ellas las manos entorpecidas por el frio.

El renegador sarjento Carrion en cuclillas al lado de una fogata y teniendo sus botas suspendidas sobre la lumbre, decia:

—Aquí quisiera yo tener todo el fuego de los infiernos para secar estas malditas botas... debieron ser los grandes diablos los que me empujaron para echarme en un condenado pantano... Bueno que es maldicion bien regrande pasar esta endiablada cordillera... más ántes quisiera recondenarme que no pasarla otra vez...

Miéntras juraba el sarjento seguia llegando más jente poco a poco e ingresaba en sus respectivas compañías.

Seria cosa de las nueve cuando se tocó rancho. La tropa acudió a recibir su racion.

Despues de comer regresó al sitio donde estaban sus armas y equipos, y se acostó sobre el suelo húmedo.

El frio era terrible.

Los soldados no tenian más abrigo que lo encapillado. Se acurrucaban y estrechaban unos a otros.

Muchos traian la ropa mojada por hab[illegible] caido en algun pantano o arroyo cuan[illegible] marchaban en las tinieblas. De éstos a[illegible]gunos no se acostaban aún por secar sus ropas a la lumbre, y otros más extenuados no se hallaban con fuerzas para ello y se acostaban empapados.

....

De toda la poblacion solamente quedaba un pequeño rancho con techo. El coronel se alojó ahí con unos seis oficiales, que eran cuantos cabian.

Los demás oficiales habian tendido sus frazadas junto a las paredes que circundaban la plaza y se acostaron en ellas tan pronto como estuvieron desocupados.

Los capitanes Lostan, Soler y Aliaga formaban un grupo, tendidos uno al lado del otro.

—Mi pobre yegua tordilla,—decia Soler,—que apénas pudo llegar hasta aquí, anda ahora otra vez en viaje en busca de rezagados.

—Y tambien mi mula,—añadió Lostan,—se han embromado las pobres bestias.

—Por lo que hace a mi caballo,—dijo Aliaga;—se ha librado de esta jarana el infeliz.

Como se recordará, aquel animal se habia destrozado cayendo en un despeñadero.

—Allá estará el pícaro,—contestó Lostan,—abrigándose a estas horas con tus dos frazadas y comiéndose tus fiambres.

—Dejémos en paz a los difuntos y pensemos en nosotros mismos, todavía no está el rancho, y es tan tarde.

—¡Ya está pensando en comer Aliag[illegible]

—¿En qué quieres que piense ahora, [illegible] estas circunstancias, con frio y hambr[illegible]

¿en la cuadratura del círculo? en la piedra filosofal?... Voi a ir al rancho a ver...

Aliaga se enderezó para levantarse; pero Lostan lo sujetó de un brazo diciéndole:

—¡Alto ahí... no irás... Si llegas hasta allá vas a volver helado, y a acostarte junto a mí que medio me estoi entibiando... ¡No me hace cuenta!... acuéstate...

Lostan tenia mucha razon. Habia convidado con cama (si cama puede llamarse un par de frazadas) a Aliaga que con su caballo habia perdido todo su equipo, y no le convenia que su huésped saliera a enfriarse por ir hasta el rancho y volviera a acostársele al lado.

Un momento despues aparecian los asistentes trayéndoles platos de caramayolas llenos de caldo del rancho hecho para la tropa.

Comiendo estaban cuando un asistente dijo:

—Ya llegaron las dos, la yegua y la mula.

—Amarrarlas ahí, y que coman,—dijo Lostan designando un lugar próximo en que habia amontonados algunos manojos de *coiron* mandados buscar por él y dejados ahí expresamente para que las bestias estuvieran comiendo a su vista durante la noche.

Entre los asistentes que llevaban "platos de rancho" a sus oficiales iba Peralta, el asistente de Alvar.

El teniente habia tenido que hacer toda la jornada a pié y muerto de cansancio se habia acostado en un poyo arrimado a una pared que habia descubierto Peralta con su vista de lince.

—Aquí está la comida, mi teniente,—díjole Peralta.

Alvar se enderezó para recibir el plato y se puso a comer.

—Miéntras come usted ésto voi a buscar el asado, mi teniente.

—Conque tenemos asado,—replicó Alvar sonriéndose.

—Ya sabe, mi teniente, que a Peralta nunca le falta, — contestó el soldado con cierta énfasis que le gustaba usar en aquellas circunstancias y para lo cual tenia gracia.

Un rato despues aparecióse con un trozo de carne asada.

—¿Ahora, mi teniente, tomará café?

—¡Café tambien!... tráelo, pues, hom-
:.

—¡Es un banquete el que te está dando Peralta! —exclamó un oficial que estaba junto a Alvar.

—El vino falta no más... —respondió el asistente; — pero no he querido traerlo por falta de vasos.

—Pues, hombre, tráelo. — gritó el oficial, — que lo beberemos en un cachucho de caramayola.

—En tiesto de hoja de lata toma mui mal gusto... un vino tan rico, seria perderlo, mi subteniente; más vale no destaparlo,—contestó Peralta sin vacilar, y yendo en busca del café.

Los oficiales se rieron porque sabian mui bien que lo del vino era solamente una fábula.

....

Como a las diez de la noche el ayudante entraba al campamento y se dirijia al rancho ocupado por el coronel a dar parte a éste de lo ocurrido durante la caminata que hizo en busca de los rezagantes.

—Es decir que nadie se ha quedado en el camino, — preguntó el jefe despues de oirle.

—Así lo presumo.... a no ser que alguno se ocultara o guardara silencio, pues la oscuridad no permitia ver nada.

—No podemos tener seguridad de que estén todos aquí hasta que se haya pasado lista. La jente está ya acostada y seria penoso despertarla para eso... habrá que esperar hasta mañana. Haga tocar diana a las cinco y media de la madrugada para pasar lista y saber a qué atenernos.

Por otra parte, aunque en ese mismo instante se hubiera sabido que faltaban algunos individuos, poco se habria avanzado, puesto que con la oscuridad no se les podria encontrar, siendo que, como lo vimos, el ayudante y la guardia habian arrastrado con cuantos hallaron.

Con esto se habia hecho todo lo posible.

XXI

Agua y nieve.

Apénas una débil claridad se vislumbraba a traves de las espesas nubes la mañana siguiente, cuando se pasaba lista a la tropa del Setiembre.

Al tomar los partes de los oficiales de semana, el ayudante casi se fué de espal-

das sabiendo que faltaban diezíocho individuos de tropa.

—¡Diezíocho faltos!—exclamó;—¡capaz que se muera de rabia el coronel al saberlo!

Temeroso del disgusto que iba a tener el jefe, se dirijió a darle parte.

No es menester ponderar el desagrado del coronel.

Hizo llamar al oficial de la guardia y éste se disculpó diciendo:

—Hasta llegar un poco mas acá de la última laguna estoi seguro de que no quedó ningun rezagado; pero ahí comenzó a oscurecerse y no se pudo ver nada, absolutamente nada; desde entónces fué posible que algunos se quedaran más atrás de nosotros, sin que los viéramos.

Estas razones a pesar de ser justas no le ahorraron al oficial su reprimenda, ni tampoco al ayudante, quienes salieron del paso recibiendo la órden de regresar en busca de los rezagantes con las mulas y los arrieros al momento mismo, hasta el lugar donde el dia anterior anocheció a la guardia.

....

La noche habia sido tan fria como era de esperarlo en aquellas rejiones situadas en las faldas de los Andes o más bien en medio de ellos.

Sin embargo, el pueblo de Pachachaca se encuentra un poco resguardado por hallarse situado en un valle algo bajo respecto a los montes que lo circundan. Pero no por esto aquella noche habia dejado de hacer un frio suficiente para conjelar el agua de los charcos y tambien la que habian dejado en algun tiesto dentro del único rancho techado.

De consiguiente, tanto los individuos de tropa como los oficiales que habian dormido a la intemperie, amanecieron entumecidos.

No faltaron, como era de esperarlo, algunos nuevos enfermos.

Como en la noche anterior, los soldados hacian fogatas para calentarse, y dirijian miradas hácia el cerro por donde bajaba el sendero que habian recorrido y por el cual acababa de partir el ayudante cumpliendo la órden de su jefe.

Una hora despues de haber amanecido, comenzaron a aparecer algunos soldados de los que habian quedado rezagados.

Estos infelices habian tenido que pasar la noche en las alturas; por fortuna esa noche no habia sido tempestuosa, que a serlo, muchos de ellos habrian encontrado allí el reposo eterno para sus fatigados miembros.

El ayudante y el oficial de la guardia, que habia sido relevado para acompañarle, iban hallando a aquellos desgraciados a los lados del sendero, algunos tendidos y casi helados. Los hacian montar en una de las mulas del bagaje que iban con ellos y los mandaban seguir hácia Pachachaca.

Todos ellos se habian quedado ahí por descansar un rato, y cuando quisieron proseguir su marcha se encontraron solos y fácilmente se extraviaron en la oscuridad.

El ayudante y su compañero subian a algunas colinas y miraban hácia las quebradas próximas con la esperanza de descubrir algun soldado.

Habian recorrido más de una legua en sus menguadas bestias, cuando el oficial dijo:

—Por aquí fué donde principió a anochecerme; más allá estoi seguro de que no ha quedado ningun individuo.

—Pero hemos encontrado solamente catorce; nos faltan cuatro.

—Puede ser que esos hayan tomado por algun atajo para caer a Pachachaca y no los hayamos encontrado por ese motivo.

El ayudante permaneció indeciso.

—Avancemos otro poco más, —dijo al fin.

Así lo hicieron.

Al cabo de unos diez minutos divisaron unas nubes mui densas que venian del occidente.

Un estampido que retumbó en las cavidades de las montañas les hizo comprender que aquellas nubes eran el jérmen de una tormenta.

Esto decidió al ayudante a regresar, teniendo principalmente en cuenta que ya habian llegado más allá del lugar donde era presumible encontrar rezagantes.

Torcieron bridas, pero por más que apuraron a sus gastadas cabalgaduras, la tempestad los alcanzó.

Una copiosa lluvia de agua y granizo los empapó en un minuto.

Por aquellos desfiladeros era imposible galopar, y hubieron de resignarse a soportar el agua y la granizada al paso de la marcha de sus caballos.

....

En el campamento la tropa contin

haciendo fogatas para calentarse miéntras llegaba la hora de la partida.

Alguno que otro rezagante seguia llegando. Uno de ellos que venia en una mula habia sido recojido de entre unas rocas donde habia caido despeñándose. El practicante habia acudido a reconocerlo y notó que se habia desconcertado un brazo y un pié, habiéndose hecho además varias lastimaduras.

—Ya tenemos que andar con una camilla,—dijo el coronel.

Un momento despues la tempestad que habia cojido al ayudante y su compañero, apareció encima de los derruidos muros de Pachachaca.

Los que cupieron se metieron dentro del rancho techado; pero ésos no pasaron de dos docenas.

La lluvia y la granizada comenzaron a caer con tal ímpetu, que bastó un instante para que todas las fogatas se apagaran y los soldados quedaran calados.

Las detonaciones del trueno espantaban a las mulas del bagaje, y los relámpagos y rayos hacian pestañar a los soldados que se ponian de piés para mojarse un poco ménos.

Veinte minutos duró la tempestad.

—¿Qué haremos?—dijo el coronel dirijiéndose al mayor;—si esperamos que la jente seque su ropa tendremos que acampar aquí hasta mañana, porque la jornada de hoi no es mui corta, cinco leguas... Y mañana, quién nos asegura que no haya otra tormenta.

—Es la verdad, señor; creo que no hai que vacilar; conviene seguir la marcha.

—Además debo encontrarme con el batallon en Tarma a la brevedad posible.

El coronel quedó un momento pensativo y al fin dijo:

—No hai que titubear; marcharemos. Ya son las ocho ménos diez minutos,—añadió mirando su reloj;—mande tocar tropa. La jornada de hoi no es tan dura; cinco leguas, pero camino llano.

Luego se hizo oir el toque de tropa.

Bastó un instante para que la jente estuviera formada y dispuesta a partir.

Los que tenian caballos ya los habian hecho ensillar, puesto que estaba dada la [illegible]n de partir a las ocho. Igualmente las [illegible]as del rancho y del bagaje estaban lis[illegible] ménos las que aun andaban con el [illegible]dante.

Cuando estuvo formada la tropa se tocó lista.

Concluida ésta, el mayor despues de tomar los partes de los capitanes, se acercó al coronel diciéndole:

—Faltan dos individuos.

—Puede ser que vengan con el ayudante que todavía no llega.

El mayor mirando hácia el sendero replicó:

—Viene ahí.

Efectivamente; el ayudante con el oficial que le acompañaba venia descendiendo por el sendero.

—Haga que armen una camilla para conducir al individuo que se despeñó,—dijo el coronel al mayor.

—Bien, señor. Hai además un soldado mui enfermo que no puede marchar.

—Y serán dos camillas,—dijo el coronel haciendo un jesto como para expresar cuán desagradable y molesto era aquéllo.

—Ordene que parta la tropa de la descubierta, y con ella los que se encuentren algo enfermos para que tomen alguna delantera y no estorben la marcha.

El mayor fué a hacer ejecutar estas órdenes.

El ayudante llegó luego, y apeándose de su caballo fué a dar cuenta de lo que le habia ocurrido en su rebusca de rezagantes.

—Me dice usted,—exclamó el coronel despues de oirle,—que no ha encontrado más jente, y sin embargo, faltan dos individuos.

El ayudante replicó repitiendo la relacion de cuanto habia hecho por hallar más soldados rezagados, que era lo único que podia contestar.

Era forzoso contar desde luego a aquellos dos infelices en el número de los *desaparecidos* en las marchas, epíteto que en las campañas hechas por los chilenos en La Sierra del Perú ha sido aplicado a tantos desgraciados, de cuya suerte nunca se ha tenido noticias.

¿Qué habia sido de ellos? ¿Se despeñaron y cayeron destrozados en algun precipicio? ¿Se sumerjieron en algun atolladero o pantano? ¿Se helaron y la nieve ocultó sus cuerpos? Difícil será saberlo jamás.

El batallon estaba ya sobre las armas y sólo esperaba el sonido de la corneta para emprender la marcha.

El coronel montó a caballo y a una señal suya se hizo oir el toque esperado.

....

El Setiembre tenia por jornada aquel dia recorrer el camino de Pachachaca a La Oroya.

La via es llana y no ofrece dificultades. Sigue a la orilla del rio Yauli hasta llegar a pocos pasos de La Oroya.

En gran parte del trayecto el batallon marchó por los terraplenes del ferrocarril, que están formados, pero sin rieles naturalmente, dado que la línea férrea aun solamente alcanza hasta Chicla.

Cada hora y media se daba algun descanso a la tropa, y al fin de algunos minutos se proseguia la marcha.

Grandes bellezas naturales de aspecto sombrío e imponente habia que observar en el camino. Pero la tropa no tenia aliento para preocuparse sino de su cansancio y del soroche que aun abrumaba sus pulmones, y tambien del frio y de sus labios rasgados por la intemperie y la fiebre.

Sin embargo, a pesar de su fatiga no dejó de llamarle la atencion un curioso capricho de la naturaleza que ahí se ostenta. El rio Yauli corre por una ancha quebrada que casi parece un valle mui prolongado; el curso de las aguas es rápido; en cierto lugar el rio desaparece sumerjiéndose en las rocas, y durante varias cuadras deja de ser el compañero del camino. Al fin aparece nuevamente brontando de entre unas peñas.

La tropa marchaba con menor dificultad que el dia anterior, pero siempre bajo la influencia del frio glacial y del soroche.

Poco despues de las dos de la tarde se encontraban a la vista de La Oroya; más, para llegar hasta ella habia que pasar un gran rio, el Oroya.

Para atravesarlo habia existido ahí un puente colgante, pero poco ántes habia sido cortado por las fuerzas del caudillo Cáceres para dificultar la marcha de los chilenos.

El Oroya se desliza en aquel lugar majestuosamente por una profunda hendedura del terreno, y es de todo punto imposible vadearlo, pues tienen varios metros de hondura sus aguas.

Poco más arriba de ese sitio el rio Yauli y el Junin, que viene del norte, se juntan formando una Y, y de su confluencia resulta el Oroya.

El batallon Setiembre para continuar su marcha debia pasar al lado opuesto de la corriente. Faltando el puente y siendo invadeable el Oroya, no le quedaba otro recurso que vadear separadamente el Yauli y el Junin, o sea los brazos de la Y.

No habia que vacilar.

Se buscó el lugar más aparente, y uno de los que iban a caballo vadeó el Yauli llevando un lazo, cada uno de cuyos extremos se ató fuertemente de unas piedras a cada orilla del rio, quedando el lazo de una a otra márjen como la virgulilla que une las dos líneas paralelas de una H.

La corriente era mui violenta, y el agua helada como que acababa de nacer de la nieve.

A pesar del frio que los tenia entumecidos, los soldados hubieron de desnudarse y atravesar la corriente con el agua hasta la cintura y cojiéndose con firmeza del lazo para no ser arrastrados.

A dos o tres cuadras de distancia habia que hacer lo mismo con el Junin; pero este rio era más ancho y correntoso. Las dificultades se multiplicaron.

Trabajo costó hallar un vado.

Por fin pudo pasar un caballo.

Tres lazos hubo que añadir para alcanzar de una a otra orilla.

No nos detendremos haciendo la descripcion del paso del rio; porque es fácil suponer los tropiezos que ofrecia.

La jente tuvo que desnudarse por completo, y no era el traje de Adan el más adecuado para soportar el frio de la cordillera.

Hacia cada uno un atado de su ropa y equipo y se lo ponia a la cabeza; el rifle iba a la espalda.

Y comenzaba la travesía con el agua a veces hasta el pecho, sujetando con una mano el atado de su ropa y con la otra asiéndose fuertemente del lazo puesto exprofeso con tal fin.

La corriente era poderosa y los soldados avanzaban con mucha dificultad. El piso era pedregoso y difícil, por consiguiente, afirmarse en él.

Algunos soldados diestros para manejar el lazo estaban en las márjenes listos para lacear al que fuera arrastrado por las aguas. Tambien otros, montados, atravesaban e rio con igual objeto.

De cuando en cuando algunos que s sentian impelidos por el torbellino del lí quido elemento tenian que soltar el atad

para aferrarse a dos manos del lazo. De esta manera se salvaban, pero perdiendo su ropa y equipo. Otros eran arrebatados por las aguas no teniendo bastante fuerza en sus ateridas manos para sujetarse del látigo; mas, afortunadamente todos ellos alcanzaron a ser laceados por los individuos apostados con ese propósito, y escaparon, eso sí que sin atado y medio desvanecidos.

Una vez que ganaban la ribera opuesta, procedian a secarse el cuerpo con sus frazadas, mojadas ya por la lluvia, y se vestian; pero los que habian perdido su atado de ropa y equipo quedaban...... y ahí no habia hojas de higuera como en el Paraiso...... De esa situacion que hubiera parecido ridícula a no hacerse terrible por el excesivo frio, tenian que librarlos sus compañeros despojándose de alguna parte de su escaso abrigo para cubrir su desnudez.

Algunos de los asnos y de las más abatidas bestias que iban con el batallon fueron más desgraciados. El rio se los llevó y pusieron entre sus ondas punto final a su aporreada vida.

Los oficiales atravesaron montados; en sus cabalgaduras los que las tenian, y los que no, en las que sus compañeros les prestaban. De igual modo pasaron los enfermos.

....

Con todas esas dificultades el paso del Yauli y del Junin demoró más de tres horas.

Era cerca de las seis de la tarde cuando llegó el Setiembre al pueblo de La Oroya.

Este, como Pachachaca, se hallaba destruido, habiendo solamente un miserable casucho con techumbre.

De consiguiente se repitieron las escenas de la noche anterior, supuesto que el alojamiento era semejante.

Hubo de ménos esa noche el inconveniente de los rezagantes; todo el batallon llegó a un tiempo al alojamiento, debido a ser el camino ménos pesado y más corto.

En cambio tuvieron en su contra la falta de combustible para hacer fogatas en que hubieran podido calentarse y secar sus ropas, pues muchos que no habian perdido sus atados los habian mojado, como es fácir de adivinarlo, al dar algun traspié o tropezon durante el paso de los rios.

Tambien algunos oficiales habian perdido los equipos que traian en algunas de las acémilas arrebatadas por la corriente.

Así como el hospedaje, el frio corrió parejas con el de la pasada noche; decir esto nos bastará para no tener que entrar en detalles y pormenores.

La jornada del dia siguiente era larga y el camino nada bueno.

Se dió la órden de partir a las cuatro de la madrugada.

....

A la hora prevenida se emprendió la marcha.

La oscuridad era completa; ni una estrella se divisaba en el cielo encapotado.

Desde el primer paso habia que ir ascendiendo por el fondo de una quebrada.

Comenzaba de nuevo la lucha contra el soroche.

La tropa avanzaba lentamente sin saber dónde pisaba.

El frio era glacial, y cuanto más se subia tanto mas sensible se iba haciendo; era tal que a pesar del soroche la tropa preferia andar sin hacer descansos.

Los hombres y las bestias resbalaban a menudo en la escarcha.

Cuando principió a clarear se divisaron los arroyos que cruzaban en diferentes direcciones completamente helados; y el agua que manaba de las rocas se habia conjelado formando estalactitas semejantes a las que hace la esperma derretida de una vela que ha corrido a lo largo de ella.

La jente urjida por el soroche se veia obligada a respirar con celeridad: el aire helado entrando en sus pulmones era malsano y producia la más desagradable sensacion.

Por fin las nubes comenzaron a dividirse en grandes jirones, y los soldados divisaron algunos rayos de sol bañando las cumbres de las montañas que iban repechando.

La tropa hacia esfuerzos supremos por avanzar hasta allá para recibir la grata influencia del luminar.

Seria las ocho de la mañana cuando llegó a una cima desde donde podia contemplar la augusta faz de Febo. Era de ver como los soldados se regocijaban exponiendo sus ateridos cuerpos a la espléndida lumbre del astro.

Ahí se dió un largo descanso.

No faltaron individuos rezagados que fueran llegando paulatinamente.

Las camillas de los que no podian marchas por hallarse enfermos eran traidas a hombro, cada una por cuatro soldados. Estos, que bastante pena tenian con arrastrar

su propio cuerpo en aquellos desfiladeros, avanzaban como podian jadeantes y abrumados bajo el peso del compañero imposibilitado.

Desde el lugar donde habia llegado el batallon empezaba a hacerse ménos duro el camino.

Habia que cruzar una extensa puna, y luego se descendia por una larguísima quebrada hasta caer a un valle.

Desde aquel paraje se podria decir que comenzaba una nueva vida: concluia el frio intenso y el soroche, los pisos quebrados, los desfiladeros, y principiaba la vejetacion y el camino llano.

El batallon Setiembre hizo ahí un largo descanso que la jente aprovechó para comer la carne fria que traia en sus morrales.

Al toque de atencion formó la tropa en dos filas y continuó la marcha conservándose este órden con cierta regularidad ahora que lo permitia el terreno.

A medida que los soldados avanzaban se internaban en una nueva zona, de otro clima y otro aspecto enteramente opuesto al de las alturas que dejaban a su retaguardia.

Despues de las punas y despeñaderos estériles, se veia muestras de vejetacion que tanto más medraban cuanto a mayor distancia iban estando de la cordillera. Primero algunos solitarios y espinosos *quiscos*, luego algunos bajos y recojidos arbustos que parecian arrebujarse para guarecerse del frio, más allá pequeños sembrados de cebada, despues alfalfales, maizales, y al abrirse el valle, que hasta entónces era solamente el fondo de una ancha quebrada, presentaba el más pintoresco aspecto con sus siembras y plantios en fincas bien delineadas que daban a aquel paisaje la apariencia de un tablero de ajedrez cuyos escaques tuvieran los diversos tonos del color verde.

Aunque hacia únicamente una semana que el batallon Setiembre habia salido de Lima, con las penurias de la marcha su jente habia encontrado mui largo aquel lapso de tiempo, y al ver nuevamente la vejetacion creia encontrarse despues de luenga ausencia con un amiga querida.

Todos aspiraban con ansias el aire perfumado por las plantas como queriendo recompensar a sus pulmones las angustias sufridas con el soroche.

Los caballos y las mulas que tan largos ayunos venian haciendo, no eran los ménos contentos, como lo demostraban con sus resoplidos; trabajo costaba retenerlos para que no se lanzaran con carga y jinetes a devorar el espléndido banquete de verde mantel que les brindaba la naturaleza. Para dar descanso a la tropa se elejian los lugares próximos a algun alfalfar, y miéntras la jente reposaba, las acémilas hacian crujir los débiles tallos de la alfalfa triturándolos en el molino de sus mandíbulas.

A ambos lados del camino se encontraban ranchos, deshabitados en su mayor parte; de cuando en cuando solamente, se veia algun cholo a quien los soldados preguntaban si aun quedaba mucho que andar para llegar a Tarma, el fin de la jornada.

—Estás llegando, *niño*,—contestaba el cholo.

Pero lo cierto era que la tropa seguia marchando a buen paso, y corrian horas sin que llegara a Tarma, a pesar de la consoladora noticia del cholo.

La yegua tordilla del capitan Soler habia cobrado alientos cuando cesaron las repechadas; caminaba regularmente conduciendo a cuestas la persona de dueño.

La mula de Lostan iba a su lado con su jinete.

Los dos capitanes se habian sacado sus ponchos porque el sol que al salir en la mañana les causara placer, estaba ahora calentando con tal fuerza que parecia querer dar por junto al batallon todo el calor que habia dejado de percibir en los pasados dias.

—Hace como dos horas que nos dijeron que faltaba una legua para llegar, y todavía no se le ve el fin al camino,—dijo el capitan Soler.

—Estas leguas de Las Sierras son parientes con las semanas de la profecía de Daniel,—replicó Lostan.—Pero en fin, de todas maneras hemos de llegar este dia a Tarma; miéntras tanto no podemos quejarnos de monotonías en la marcha de hoi: esta mañana helándonos de frio, y ahora asándonos de calor.

—Maldita la gracia que le encuentro a la alternativa.

—Sin embargo, tanto ésto como todos los aporreos de la marcha te han hecho un gran beneficio.

—Te regalo el beneficio, querido Lostan

—No tomes como bromas mis palabras que son mui razonable. Sin todas las penurias pasadas, habrias estado constant

mente preocupado de la suerte de Luisa, con lo cual sin remediar nada te habrias quebrado inutilmente la cabeza. Con el soroche, el cansancio y las mil y una molestias, no se encuentra uno capaz de sentir otra cosa que fatiga: las penas corporales adormecen el espítiru: no hai pasion que resista. Yo me comprometeria a curar el amor más acendrado de un galan, sin filtros ni obras de majia, sino haciendo que el amartelado mozo tomara parte en una expedicion como la nuestra: marche el señor enamorado, recorra sendas, pase desfiladeros, salte rocas, soporte el soroche, y suba y baje, resbale, caiga, levántese, tropiece, magúllese, reniegue, camine, lluévase, pase la nieve, pise la escarcha, pise el hielo, sufra el hambre, aguante el frio, no coma, no beba, no duerma, y al cabo de un par de dias de esta jarana, prosiga usted pensando en su amor... si acaso puede. Si el cuitado Werther de Goethe se hubiera encontrado con nosotros, en el fastijio de los Andes habria olvidado el recuerdo de sus fatales amores. El amor, como las flores, no sabe vivir a diez y siete mil pies sobre el nivel del mar. Así, compañero Soler, estos dias de penalidades han sido una tregua para tus pensamientos; ahora mirarás las cosas con más calma; comprenderás que Luisa no corre' gran peligro, que su herida fué leve y que tendrá ella buen cuidado de ponerse a salvo para que no le acontezca algun lance parecido otra vez.

—No es tanto el temor que abrigo de que ella se encuentre en peligro, cuanto el deseo de desenmarañar el misterio que parece rodear aquel asunto, y el de saber quién fué el agresor.

—Quisieras conocerlo; sospecho que tienes intenciones bélicas.

—¿Te parece que me faltan motivos?

—No te digo tal cosa; hago solamente una observacion.

Los dos capitanes tuvieron que separarse en ese momento para atender a la tropa de sus compañias.

....

Poco más de las cuatro de la tarde era cuando el batallon Setiembre pasaba debajo del arco de mampostería sito a la entrada de Tarma.

Atravesando las estrechas calles de la [c]iudad llegó hasta la plaza.

[U]na parte del batallon fué alojado en la [pla]za, en un edificio público, y la otra par[te e]n otro que se hallaba a corta distancia.

La ciudad de Tarma es una de las más comerciales de La Sierra. Hai hoteles, tiendas y pulperías, y aunque los artículos extranjeros son caros por la dificultad para conducirlos desde la costa, los naturales no lo son ni tampoco escasean.

Pronto acudieron a la puerta de los cuarteles una multitud de cholas vendiendo frutas, pan y tros comestibles que compraban los soldados a quienes el bolsillo les daba permiso para ello.

Los oficiales estaban alojados en unas pocas piezas que se les habia designado en los mismos cuarteles de sus respectivas compañías. Ahí tenian techo para librarse de la lluvia y piso para acostarse en él. La ausencia de muebles era completa: ninguna silla o mesa podia quejarse de que la habian dejado sola, ni tampoco los ladrillos del pavimento de que se les cargara con el peso de algun trasto.

Despues de pasar lista y dejar instaladas sus compañías, los oficiales pudieron salir. Los que tenian cumquibus se dirijieron al hotel, pues la hora de comer hacia tiempo que estaba sonando para ellos; los demás, que era la gran mayoría, fueron a dar un vistazo a las calles, miéntras sus asistentes les preparaban alguna comidilla, o mui cansados para andar, se quedaron esperándola en el cuartel.

XXII

Prontitud de Peralta para tirar el lazo.

El teniente Alvar fué uno de los que sintiéndose mui fatigado con la marcha, prefirió permanecer reposando en la pieza que le servia de alojamiento.

Hizo extender en un rincon una frazada y se acostó sobre ella, reclinando la cabeza en su morral, que previamente habia puesto allegado a la pared.

Sobre el pavimento solado con ladrillos, sin una mísera estera que cubriese sus rojizos cuadriláteros, se veian los equipos de varios oficiales; pero en ese instante sus dueños estaban ausentes, excepto Alvar, como hemos dicho.

De piés a su lado se hallaba Peralta.

—Mui cansado estoi, hombre, —decia aquél.

—Cómo no ha de estarlo pues, mi teniente, si ha hecho toda la marcha a pié.

—Voi a hacer todo lo posible por conseguir un caballo o una mula... es endemoniado este asunto de viajar a pié...

—Así es, la verdad.

—Oí decir al mayor que aquí se les prestaria probablemente dinero a los oficiales que quisieran comprar caballo.

—Esta poblacion es bastante grande; ha de haber bestias que comprar.

—Tal vez no haya muchas; habrá arrastrado con casi todas el ejército de Cáceres; en cambio hai bastantes oficiales que se encuentran en circunstancias iguales a las mias, y sucederá que el que no ande mui listo se quede sin hallar cabalgadura que comprar.

—La cuestion está en tomar la delantera, mi teniente.

—Para eso seria preciso tener desde luego el dinero.

—Miéntras viene la plata se hace la dilijencia. Ahora, sobre la marcha me voi a buscar una bestia para dejarla tratada, cosa que no nos ganen el quien vive. Pero, —añadió Peralta rascándose la cabeza, como si tropezara con algun inconveniente;—pero, y la comida...

—No tengas cuidado, el asistente de Martel está haciendo de comer para nosotros.

—Entónces, voi al negocio de una vez; le pediré prestado un lazo a uno de los «niños», por si hai que traer la bestia para que usted la vea.

Peralta anduvo hácia la puerta de la habitacion algunos pasos; ántes de salir regresó rascándose nuevamente la cabeza.

—¿Qué dificultad se te ofrece? — preguntó Alvar que por aquel ademan de su asistente adivinó que algun tropiezo se presentaba.

—Estos serranos, mi teniente, son mui desconfiados; si no se les muestra la plata en la mano, no se hace ningun negocio con ellos; si a falta de plata tuviésemos una prenda que dejar en seña...

—Explícate.

—Si encuentro una bestia y la dejo tratada con su dueño, él seria mui capaz de venderla si se le presentase otro comprador, por desconfianza de que el trato no se llevara a cabo; pero habiendo recibido algo de plata o alguna prenda en seña se veria obligado a cumplir.

—Ya te comprendo; más, de dinero no hai que hablar; sabes que no tengo, y en cuanto a prenda... ¿de dónde sacamos?

Alvar se quedó pensativo, mirando a todos lados.

—Aquí hai una,—dijo extendiendo una mano y sacándose con la otra un anillo que tenia en uno de sus dedos;—esta argolla es de oro y me costó ocho soles de plata.

—Con esto tenemos para hacer la parada,—replicó Peralta cojiendo el anillo.

Y salió de la habitacion.

Un momento despues salia del cuartel llevando un lazo hecho de un látigo colgado al brazo.

....

No era tarea mui sencilla la de encontrar cabalgadura de venta en Tarma por aquellos dias. Casi todas habian sido ocupadas por los ejércitos que habian pasado por ahí poco ántes. Las pocas que aun quedaban eran sijilosamente ocultadas por sus dueños, quienes las necesitaban para su propio servicio.

Mucho anduvo Peralta preguntando por aquí, averiguando por allá, sin obtener el menor resultado satisfactorio.

Cansado de recorrer calles, se dijo:

—A mí no me la pegan estos cholos: han de tener bestias, pero las tienen más encondidas que la muela *jordan*. Andando hácia el campo puede ser que logre hallar algo.

Y echó a andar por el camino que conduce a Acobamba.

Varias cuadras anduvo noticiándose de los habitantes que encontraba y subiéndose a veces a las murallas para ver los potreros, todo infructuosamente.

A lo sumo logró hallar algun animal deslomado o con más lacras que el burro adornado de la fábula de Iriarte.

Pensando estaba ya en regresar, cuando a unos veinte o treinta pasos más adelante del camino vió salir por la puerta de un rancho un paisano montado en un caballo alazan, y trás de éste otro jinete que llevaba en una mano un cordel con el cual tiraba a una mula que iba desensillada.

El primer jinete vestia un sombrero de pita y un largo poncho de *paco*. El segundo era un cholo que parecia ir a las órdenes de aquél.

—¡Eh! miren, oigan una palabra,—le gritó Peralta corriendo hácia ellos.

El primer jinete pareció disgustado de verse retenido. Echó miradas a lo larg

del camino que acababa de recorrer el soldado y vió que nadie más venia por él. Esto quizá lo tranquilizó, pues detuvo su caballo a la vez que se reponia su semblante.

—¿Qué necesita usted?—preguntó a Peralta que ya se habia aproximado.

—Quisiera comprarle esa mulita que lleva ahí descargada.

El jinete pareció reflexionar, y al fin eludiendo una contestacion, preguntó:

—¿Pertenece usted al batallon Setiembre?

—Claro está; ¿no vé usted mi uniforme?

—No sé distinguir los uniformes.

—Y dígame, ¿podríamos tratar la mulita?

—Esa mula no está de venta. Sin embargo,—añadió el desconocido sacando un cigarrillo y encendiéndolo con cierta calma como si quisiera ganar tiempo para resolver alguna cosa;—sin embargo, podemos tratar, y si acaso me conviene... ¿Para usted quiere la mula, o le han encargado comprar una?

—Es para un oficial; yo soi su asistente,—contestó Peralta haciendo valer ésto para inspirar confianza, y como le pareció que ésta seria tanto mayor cuanto más alto fuera el grado del oficial, arriesgó una mentirilla, diciendo:—es un capitan.

—¿Un capitan del Setiembre?

—Es claro.

—¿Cómo se llama él?—preguntó el jinete con una emocion que trataba de disimular.

—Orrego,—respondió Peralta sin vacilar nombrando al capitan de su compañía, pues queria a toda costa infundir confianza para llevar a efecto la compra de la mula. Por lo demás todas esas interrogaciones le parecian naturales de parte de un vendedor receloso.

Quizás tambien por su cuenta el del sombrero de pita queria evitar sospechas, pues dejando de hacer preguntas, dijo:

—Esta mula es un excelente animal, de mucho aguante.

Peralta se puso a examinar las patas del cuadrúpedo como un conocedor en la materia.

—¿Y cuál seria el precio?—preguntó al abo de un instante.

—No la doi por ménos de cuarenta soles de plata, al contado.

—Antes de ofrecerle yo algo, necesito probar la bestia, ensillarla.

—Pero es el caso que yo estoi de viaje y no puedo perder tiempo.

—Con todo, tendrá usted aquí en la ciudad alguna persona de su confianza a quien le pueda dejar la mula para cerrar el trato.

—No me faltan conocidos, en realidad.

—No tenga usted desconfianza; no entregará el animal hasta que no reciba la plata. Lo que quiero es que se comprometa a vendérmelo a mí. Déjelo en una casa conocida de usted, y yo en seña de trato dejaré este anillo. Iré a dar parte a mi capitan esta noche, y mañana queda el negocio terminado.

El desconocido cojió el anillo que le mostraba Peralta, y mirándolo con distraccion se lo puso en un dedo.

—Este anillo será sin duda del capitan Orrego,—dijo.

—De él es.

—Yo conozco a varios capitanes del Setiembre; pero no por el nombre. Y principalmente a uno de ellos cuyo retrato ando trayendo aquí casualmente.

El jinete se echó al hombro el lado derecho de su poncho, sacó de un bolsillo de su chaqueta una tarjeta con un retrato fotográfico y señalándosela al soldado sin soltarla, le dijo:

—¿Será éste el capitan Orrego?

A la primera mirada exclamó Peralta:

—Ese es mi capitan Soler.

—¿Soler?—repitió el desconocido como si quisiera grabarse aquel nombre en la memoria.

—¿Y de dónde ha sacado usted ese retrato?

El jinete no contestó. Habia alzado la cabeza y dirirjia una escudriñadora mirada hácia el camino por encima de una muralla y veia avanzar por él un grupo de soldados armados cuyos rifles apénas se columbraban por estar ya declinando la tarde.

Dijo algunas palabas en *lengua*, mezcla de quichua y castellano, al cholo que le acompañaba, y dirijiéndose al soldado añadió:

—Todo bien considerado no me conviene vender la mula; no la vendo. Tome usted su anillo.

Esta negativa tan repentina dejó casi pasmado a Peralta y mirando al jinete que trataba de sacarse del dedo el anillo, pero que no lo conseguia, ya fuera por la

prisa con que lo hacia o por que le quedara éste mui estrecho.

—¡Y despues de estar tratando me sale usted de un repente con ésta!—exclamó Peralta encolerizado sintiendo ímpetus de irse a puño cerrado sobre su interlocutor, pero absteniéndose por las estrictas órdenes que tenia la tropa de evitar querellas con los habitantes de esos pueblos.

Y no hallando otro modo de vengarse, gritó:

—¡Me dará mi anillo y tambien ese retrato de mi capitan que usted debe haberse encontrado perdido en la marcha!

—El anillo sí, pero el retrato... ¡ah, ja, ja!— exclamó el jinete como estallando de ira;—¡dile al capitan Soler que se lo mandaré envolviendo en él una bala!

Y dió un violento azote a cada lado de las ancas de su caballo que partió a escape seguido por el del cholo y la mula.

—¡Y te llevas el anillo!—gritó Peralta.

Y sin cortarse por la brusca partida, borneó sobre su cabeza el lazo que tenia en las manos, lanzólo con fuerza hácia adelante y afirmó los piés en el suelo.

El lazo hendiendo el aire fué a caer sobre la cabeza de la mula que iba ya al galope.

La tirada fué recia. La mula dió un brinco y quedó como clavada en el suelo al mismo tiempo que el cholo exhalaba un grito al sentir que el cordel de que la llevaba se le escurria quemándole la mano

Pero los dos caballos no interrumpieron su carrera acosados por el azote y las voces del primer jinete que gritaba a su compañero.

—*Chamui, chamui*, (ven, ven, en *lengua*).

Todo esto habia sucedido con gran rapidez, habian bastado cuatro o cinco segundos para ello.

Peralta se apresuró a aproximarse a la mula para aflojarle el lazo que estrechándole el pescuezo podia estrangularla.

—Se me fué con el anillo; pero no se lo lleva tan barato...... la mulita vale más ...... si no es que ando tan vivo me deja con la boca abierta.

Esto decia el asistente acariciando con la mano al cuadrúpedo.

—Y cómo es que no vuelve a buscar su mula... será porque tendria que explicarse sobre esa amenaza que hizo a mi capitan Soler,—agregó observando que los dos caballos se perdian ya de vista en una nube de polvo.—En fin, ya tenemos bestia para la marcha... probémosla...

De un salto montó en pelo sobre el lomo de la mula.

Al hacerlo divisó el grupo de jente armada que un momento ántes viera el jinete del sombrero de pita; venia como a una cuadra de distancia.

—Es alguna avanzada,—murmuró.

No se equivocaba. Eran veinticinco hombres del Setiembre al mando de un oficial que iban a colocarse de avanzada durante la noche.

—¿Qué anda usted haciendo por aquí? ¿de dónde ha sacado ese animal?—preguntóle el oficial cuando estuvo al habla con Peralta.

—Se lo he cambalacheado por un anillo de oro a unos paisanos que van allá galopando... ¿no los ve, mi subteniente?

—Sí; se vé una polvareda.

—La mula es para mi teniente Alvar; de él era el anillo.

—¡Era uno que andaba trayendo puesto en un dedo?

—Sí, mi subteniente.

—Entónces ha estado bueno el cambalache, porque la mula tiene buena traza... Con tal que no haya hecho usted alguna diablura y venga algun reclamo al cuartel...

—Nada hai; eso se verá, mi subteniente, puesto que si sale algun reclamo, al cuartel ha de ir.

—Mejor si es así. Siga su camino para al.., porque ya está haciéndose mui tarde.

Peralta azotó su mula sonriéndose de contento y deseoso de llegar cuanto ántes a dar la noticia a su teniente.

....

En una pieza contigua a aquella en que estaba hospedado el teniente Alvar habian sentado los reales los capitanes Lostau, Soler y Orrego.

Sus poco mullidas camas estaban tendidas en el suelo, y al lado de cada una de ellas se dejaban ver los morrales de sus dueños. En un rincon se hallaban las monturas.

Una botella desempeñando provisoriamente el empleo de candelero, sustentaba el prolongado cilindro de una vela cuya macilenta luz alumbraba la habitacion.

Era cosa de las ocho de la noche. L tres capitanes, que recientemente habi llegado del hotel donde se dirijieron a c

mer, se encontraban echados en sus respectivas camas.

Los tres conversaban fumando sendos cigarrillos.

—¡Diantres! —exclamó de pronto Lostan.

—¿Qué ha habido?—preguntó Orrego enderezándose.

—¡Esta maldita cama tiene un lobanillo que se me está incrustando en las costillas!

—¡Qué disparate estás diciendo!

—No es la cama, es el suelo el que tiene el lobanilo,—replicó Lostan levantando una parte de la frazada que le servia de colchon;—¿no lo decia? ¡aquí está el picaro!

Y con la mano señalaba un pedazo de piedra que estaba engastado en un ladrillo como un brillante en una sortija.

—¡Qué linda noche iba yo a pasar durmiendo en este embeleco debajo del cuerpo!—exclamó Lostan tratando de aventar el trozo de piedra con la guarnicion de su sable.

Luego añadió:

—Ya está ésto. Puedes continuar, Orrego, haciendo tus comentarios.

—Como les iba diciendo,—dijo Orrego cual si continuara una conversacion interrumpida;—el individuo que hoi divisé, cuando entraba el batallon en la ciudad, de piés en la puerta de un almacen y mirándonos con tamaños ojos, es el mismo que estaba en la estacion de Desamparados en Lima, el dia que nos vinimos, mirando un retrato.

—¿Y qué consecuencia quieres sacar de esto?—preguntó Soler.

—¿Consecuencia?... ninguna. Hago simplemente una observacion.

—Ya te lo he dicho, Orrego,—dijo Lostan;—eres suspicaz como un perfecto guaso.

—Me llama la atencion el hecho de haber visto a ese sujeto allá y volver a encontrarlo tan pronto aquí.

La conversacion continuó un momento más, y fué despues interrumpida por la entrada a la habitacion de un soldado.

Era Peralta.

Adelantóse hasta el medio de la pieza y dijo dirijiéndose al capitan Soler:

—Mi teniente Alvar me manda hablar a usted, mi capitan.

—¿Apropósito de qué?—preguntó Soler.

—Para que le cuente una mano que me asado con el trato de una mula.

—A ver, oigamos esa historia,—dijo Soler sonriéndose al oir la frase de Peralta.

Este, con su peculiar lenguaje comenzó a referir punto por punto lo que le habia sucedido con el jinete desconocido un par de horas ántes.

Apénas hubo concluido su narracion, Orrego le preguntó con viveza:

—¿El paisano aquel llevaba sombrero de pita?

—Sí, mi capitan,

—¿Y poncho de paco listado, blanco y color chocolate?

—Al justo, mi capitan.

—¿Era un mozo chupado de cara y de pocos bigotes?

—Eso es, un bigote castaño, ralo, a modo de alas de chicharra.

—¡Es el mismo que viste y calza!—exclamó Orrego dirijiéndose a sus compañeros;—es el mismo individuo de la estacion de Desamparados en Lima y del almacen aquí en Tarma. Lo del retrato lo está diciendo clarito... por la hebra se saca el ovillo.

—Aquí no se trata de un ovillo,—replicó Lostan riendo,—sino de una bala que quieren introducir en la persona de nuestro compañero Soler. Ese individuo misterioso debe ser un corso que ha jurado la *vendetta*...

—Déjenme hacerle una pregunta a Peralta,—dijo Soler.—Digame Peralta, ¿en el retrato que le mostró ese desconocido estoi con képis o a cabeza descubierta?

—Con képis, mi capitan.

—¿En cuanto pronunció él aquella amenaza contra mí, picó el caballo sin esperar más?

—Disparó como un volador; suerte fué para él andar tan vivo, porque si no, le alcanzo a echar el lazo y lo traigo caballo abajo.

—¿Y no le sorprendió usted alguna palabra que le dejara adivinar por qué me tenia mala voluntad?

—Nada; pero el odio se le conocia porque cuando nombraba su apelativo Soler parecia mascar la palabra, y con la rabia no atinaba a sacarse el anillo del dedo hasta que se le salió la amenaza y prendió la carrera. Ahí fué donde anduve yo listo para echarle el lazo a la mula, que si no es por eso quién sabe lo que habria pensado mi teniente; él es mui bueno conmigo y me habria creído; pero otros serian capaces de

decir que yo me habria fundido con el anillo... ¡lindo habria quedado yo!...

—Celebro que no lo hicieran tonto llevándole el anillo. Ahora déjeme solo con Lostan y Orrego porque tengo que hablar con ellos.

—Con su permiso, mi capitan,—contestó Peralta

Y salió de la pieza.

Sus dos compañeros miraron a Soler de una manera interrogativa cuando quedaron solos con él.

—Díme, Lostan, — preguntó aquél, — ¿cuando encontraste a Luisa herida reparaste si llevaba algo en las manos?

—Nada llevaba; estoi seguro de ello, pues como ella se desmayó tuve especial cuidado de mirar dentro del coche para ver si quedaba algo perteneciente a ella para entregárselo a la que decia ser su madre y en cuya casa la dejé.

—Pues bien; aquella noche al separarme de ella le dí un retrato mio que me habia pedido; no quiso guardarlo en su bolsillo por temor de que se ajara y lo llevó en la mano.

En ese retrato estoi yo con képis puesto, pertenece a una docena que mandé hacer poco há en esa forma; en otros que tenia anteriormente estaba yo con la cabeza descubierta. De esa docena he obsequiado solamente uno, que es el que te digo que dí a Luisa.

—De consiguiente, aquel retrato y el que hoi vió Peralta en manos del desconocido deben ser uno solo.

—Es uno mismo; parece indudable.

—La cosa es clara,—dijo Orrego alzando la voz y sentándose en su cama como para hablar con más facilidad; no hai donde equivocarse; este es el caso: el corso, como dice Lostan por el sujeto del sombrero de pita, el corso, diré, fué el que le dió la puñalada a Luisa por celos, le quitó el retrato y por éste conoció la cara de su amante. Con el retrato a la vista ha ido en busca tuya primero a la estacion de Desamparados, y despues ha llegado hasta aquí queriendo vengarse; este es el caso, y nadie me lo quita de la cabeza.

—Quizás tus suposiciones no sean del todo erróneas,—observó Lostan.—De mil casos, el que hiere a una mujer lo hace por celos.

—Todo eso puede ser mui bien,—dijo Soler pensativo;—pero lo que me pregunto sin hallar qué responderme es por qué motivo Luisa no ha querido denunciar a su agresor, y al escribirme me ha ocultado el hecho.

—Ya esto es más difícil de adivinar. Se me ocurre otra observacion: el desconocido de Peralta huyó en circunstancia de que aparecia por el camino tropa armada nuestra, y bien sabes que aquí solamente los montoneros o los que están relacionados con ellos huyen de nosotros.

—Es la verdad.

—Luego ese individuo tal vez será montonero.

—Lo es, no cabe duda,—gritó Orrego a quien le gustaba marchar siempre a la cabeza en lo de hacer conjeturas.—Si acaso no lo fuera no habria venido de Lima en las circunstancias presentes, cuando todos estos pueblos de La Sierra se encuentran en gresca. Vaya, Soler, estás convertido en un personaje de novela; tienes por rival en amores y por enemigo en la guerra a un mismo individuo; si el corso logra acertarte un balazo mata dos pájar os de una pedrada, un rival y un enemigo.

—Y me lleva una parte ganada,—dijo Soler riendo;—y es que yo no tengo revólver, de manera que si llega el caso tendré que cruzarme a sable con él.

—El sable es más seguro que el revólver.

—Además,—agregó Lostan;—miéntras el corso para cumplir su palabra se pone a envolver la bala en el retrato, tienes tu tiempo para llegar y pararle la obra de un sablazo.

Los tres compañeros continuaron un rato aún haciendo broma sobre el asunto y afirmándose cada vez más en dar por ciertas las conjeturas que habian hecho.

Pero luego el cansancio del viaje hecho aquel dia los rindió, y un pesado sueño se apoderó de ellos.

El último en dormirse fué Soler, preocupado con la idea de haber tenido un rival en sus amores sin haberlo sospechado siquiera; pero abrigando siempre algunas dudas, pues se le hacia difícil pensar mal de Luisa.

Por lo que hace a la amenaza el desconocido, le era indiferente; tanto más que encontrándose en La Sierra en aquellos tiempos estaba de hecho amenazado de igual manera por cada montonero, de modo que carecia de novedad el peligro que le anunciara uno de ellos.

XXIII

Lucía.

Transmontaremos los Andes, pero con ménos penalidades que las que sufrió el batallon Setiembre al pasarlos, y con más velocidad que la del fluido electrico al correr por el alambre del telégrafo. Será nuestro vehículo. "El ímpetu veloz del pensamiento," como dijo el cantor de *El Diablo Mundo.*

Rápido modo de viajar con que la Providencia ha obsequiado a la fantasía humana, mediante el cual puede el hombre ver todos los mundos conocidos e ignotos, no con los ojos de la cara, que polvos son y en polvo se convertirán, sino con los del alma, que son los que han de ver la cara de Dios... o la del diablo...

De esta violenta manera volaremos de Tarma a Lima.

Y como el pensamiento es un vehículo tan exquisito que no solamente puede hacer un viaje demorando "nada", sino tambien "ménos que nada," a semejanza de aquellos monomios aljebráicos precedidos del signo *ménos*, haremos el viaje gastando "ménos seis dias," o sea, llegando seis dias ántes de haber partido. ¡Si así pudiera hacerse el viaje de la vida! ¿faltaria alguna hermosa que al contar treinta años emprendiera una instantánea viajata para llegar con quince ménos?

Estámos, pues, en Lima y seis dias ántes de que ocurriera lo que relatamos en el anterior capítulo.

Lucía, la linda niña a quien dejamos sumerjida en amargo llanto cuando Peralta salió del departamento del hotel en que ella estaba, al quedar otra vez sola se dejó caer sobre un sofá abatida por el dolor.

No dudó que el soldado regresaria pronto como se lo habia prometido, y lo esperaba ansiosa para saber algo más de la marcha de Alvar.

Su oprimido pecho dejaba escapar la respiracion envuelta en tristes sollozos y sus ojos se bañaban en inagotables lágrimas.

Largo rato permaneció en ese doloroso estado.

Sin embargo, en medio de su angustia staba atento oido a cualquier ruido de sos que venia del pasadizo por donde bia partido Peralta. Siendo aquella casa hotel, muchas personas pasaban por ahí; pero todas seguian sin detenerse junto a la puerta del departamento ocupado por Lucía.

—¡Cuánto demora! —murmuraba de cuando en cuando,

De pronto recordó que Alvar habia dejado su reloj sobre una mesa.

Se levantó del sofá y fué a verlo.

—Las ocho y media no más,—balbució; —creia que era más tarde.

Rregresó al sofá y se echó nuevamente sobre él.

Mil ideas se agrupaban en su imajinacion, todas nacidas de las escenas que acababan de ocurrir. La impensada marcha de Alvar era en ese momento lo que más la aflijia; estando a su lado no abrigaba ningun temor; pero al verse sola todo lo veia con sombríos colores. Peralta le inspiraba confianza porque era enviado por Alvar: estando él ahí cobraria ella algun ánimo; mas, aun no regresaba.

El tiempo trascurria para la desgraciada niña con una lentitud abrumadora.

Esperar causa siempre desazon; pero para el que está bajo la presion de un dolon, es un martirio.

Lucía a cada instante acudia a ver el reloj que no habia querido mover de la mesa donde estaba, y cada vez volvia al sofá con mayor abatimiento: comenzaba a ser asaltada por punzantes dudas con la demora del soldado.

Sus lágrimas vertidas con tanta profusion parecian agotadas; pero su llanto continuaba en el pecho. Cuando en una de sus idas vió que el reloj marcaba las diez y media, sintió una conmocion que la ahogaba: a esa hora le habia dicho Alvar que estaria de regreso junto a ella, y en vez de esa dicha que esperaba con tanto anhelo, se veia sola, abrumada por el pesar y sin saber siquiera cuándo volveria a verlo. Nuevas lágrimas que parecian manadas por lo más íntimo del corazon acudieron a sus ojos, y se dejó caer sobre una silla que se hallaba a su lado.

Esta explosion del sentimiento la anonadó por algunos momentos.

Luego su dolor comenzó a tomar otro carácter.

Pensó en la tribulacion que sentiria su padre en aquel mismo instante por la huida de ella. Recordó su casa, su habitacion, los objetos que en ella la rodeaban, sus muebles, el piano en que pasaba una parte del dia tocando miéntras su padre escribia

y su tia sentada en un sillon leia algunos libros; esa vida tranquila sin sobresaltos ni agudas penas, amenizada con las visitas que hacia a algunas amigas o recibia de ellas; su sosiego, su alegría; todo eso lo poseia un dia ántes, y todo lo habia perdido por seguir a un amante que despues de algunas horas de caricias se encontraba léjos de ella.

Si aun se hallara en el dia anterior, en su hogar, al lado de su familia, sabria ahogar los ímpetus de su corazon, obedecer a su padre ántes que acceder a los ruegos de su amante: así pensaba ella ahora. Era un nuevo dolor que venia a acongojarla, eran los síntomas del arrepentimiento que comenzaba en ella tan pronto, como pronto habia comenzado a sufrir las consecuencias del funesto extravío de abandonar la casa de su padre.

Pero esto era un hecho consumado y habia que doblegarse ante él; aunque el arrepentimiento le royera su desgarrado corazon conocia que pertenecia a su amante y solamente de él debia esperarlo todo. En adelante su hogar y su familia serian nada más que un triste recuerdo para ella.

La demora de Peralta que al principio le habia causado desasosiego, comenzaba a producirle sobresalto.

—¿Por qué tarda tanto?—murmuraba; —el tren debe haber partido hace largo tiempo.

A medida que avanzaba la hora su sobresalto iba trasformándose en temor.

Cuando vió que las dos manecillas del reloj juntándose marcaron las doce, sintió un estremecimiento.

—Es imposible que el tren no haya partido,—dijo.—El soldado quedó en regresar apénas partiera, y aún no llega.

Tras de esto comenzó a hacer mil reflexiones, pero todas la dejaban sumerjida en inciertas dudas.

La desesperacion no tardó en apoderarse de ella. Comenzó a dar ajitados paseos; iba de una a otra de las habitaciones que componian aquel departamento, se dejaba caer ya sobre el sofá ya sobre alguna silla; a veces se dirijia hácia una ventana que daba a la calle y abriendo un poco el postigo miraba ocultándose recelosa de ser vista, pero lograba sólo divisar los altos de la casa que habia al frente; para ver el pavimento de la calle y la jente que pasara por ella le habria sido preciso abrir completamente la ventana y sacar la cabeza afuera, y a esto no se atrevia.

Con los ojos enrojecidos por el llanto, estrujando en las manos su pañuelo empapado en lágrimas, yendo y viniendo desatinada por la habitacion, ya sollozando, ya dejando escapar dolorosos jemidos; al verla, el más frio espectador se habria encontrado conmovido.

¡Tan jóven y entregada a tanta desesperacion, en una edad en que la vida se presenta con los más risueños colores!

A menudo cojia las breves cartas escritas esa mañana por Alvar y por Soler; las leia; pero no pudiendo coordinar sus ideas sólo veia en ellas que su amante habia partido dejándola sola, aislada.

Trataba de calmarse para formar un juicio cabal de su situacion. Sus pensamientos, atropellándose en su afiebrado celebro, no se lo permitian.

Hubo un momento en que sin darse quizás cuenta de lo que hacia, y con movimientos maquinales, se dirijió hácia el lavatorio y durante un rato estuvo echándose agua a la cara que la sentia arder.

La accion del agua fria le produjo un efecto benéfico. Tranquilizó algo su ajitada imajinacion y pudo por un momento raciocinar con cierta claridad.

Releyó las cartas que le trajera Peralta y logró darse cuenta de su contenido.

Siguiendo las instrucciones de Alvar, debia dirijirse a la calle de Calonje a casa de la persona indicada en una de las cartas. Ahí esperaria el regreso de su amante.

Pero ir en busca de una persona enteramente desconocida, hacerla al momento confidente del secreto de sus amores, vivir en su compañía; todo eso desazonaba a Lucía. Habia abandonado su casa por estar con su amante; encontrándose a su lado en cualquier parte se sentiria contenta: pero faltando él, faltaba todo para ella.

Pronto volvió la desesperacion a apoderarse de la hermosa y aflijida niña. Nuevas lágrimas inundaban sus negros ojos, y aturdida iba de un lado a otro sollozando.

Echóse al fin de bruces sobre el sofá.

El recuerdo de su casa, de su familia, su arrepentimiento, la imájen de Alvar, aquella señora desconocida a cuya casa debia ir, regresar a su hogar abandona[illegible] implorar el perdon de su padre, impet[illegible] la intercesion de su tia, el semblante aira[illegible] de su padre rechazándola, el desprecio, vilipendio; todas estas ideas desfilaban

confuso tropel por la turbada mente de Lucía. Pero la que más le atormentaba, la que más se presentaba a su celebro como un sombrío y amenazante fantasma, era la idea de ser abandonada por Alvar. Rechazaba con terror ese pensamiento fatídico que le vaticinaba la angustia, el desprecio, la vergüenza.

—¡No, no!—murmuraba como si quisiera oirse a sí misma;—¡eso no puede ser! no lo hará Vírtor!

Este nombre le traia a la memoria dulces recuerdos, y esperanzas y alivio al corazon. A la edad de Lucía las ilusiones son gratas compañeras de la vida; aun el frio de la experiencia no ha extinguido su consoladora lumbre. Por instantes las perspectiva de algunas halagüeñas horas en lo porvenir desahogaba su pecho: el ruido de pasos que solia sentir en el pasadizo le hacia palpitar con violencia el corazon; pensaba que tal vez no se habria llevado a efecto la marcha del batallon y era Alvar mismo quien venia; pero el ruido no se detenia junto a la puerta y la esperanza se desvanecia.

Pronto aquellas ilusiones se derrumbaban con la misma presteza que se habian levantado, y la realidad de su situacion se le presentaba aún más triste y desconsoladora.

Todas estas alternativas de su imajinacion le producian fiebre.

Largo tiempo duró ésto. Sus ideas se hicieron confusas, y fueron oscureciéndose los tintes de sus imájenes gradualmente: a la vez cierta insensibilidad iba apoderandose de todo su cuerpo.

Un momento despues su acompasada respiracion anunciaba que dormia.

....

En el estado de excitacion bajo cuyo dominio se encontraba Lucía, su sueño no podia ser sencillamente un tranquilo reposo. Miéntras dormia se representaban en su fantasía una multitud de sucesos incoherentes de que ella misma posteriormente no conservó sino un vago recuerdo.

Esos sueños pasaron por su memoria como una brisa que lame la superficie de un lago produciendo ondulacion en el agua miéntras dura; pero no dejando para despues huellas de su paso.

Sin embargo, así como el último son de la campana es el que queda repercutiendo en el eco, el último de aquellos sueños se conservó en su memoria, segun Lucía lo refirió despues.

Era aquella hora en que habiendo llegado el sol a su ocaso la luz menguante del crepúsculo vespertino alumbra débilmente la tierra.

Lucia se encontraba en un sitio poblado de grandes árboles cuyas hojas ostentaban un color verde de un tono mui oscuro. Ella caminaba pausadamente mirando a todos lados y viendo matas cargadas de flores; cojia algunas y cortando sus tiernos tallos las acercaba a sus narices: pero todas ellas carecian de perfume; las arrojaba al suelo y cojia otras; mas, ninguna despedia el más mínimo olor.

A veces hallaba a su paso angostos arroyos cristalinos que corrian precipitándose; pero sus aguas no producian el menor ruido al correr.

De los árboles pendian frutos maduros que halagaban la vista e invitaban a comerlos, eran chirimoyas, granadillas, duraznos y otros muchos. Cojia algunos y los llevaba a su boca; comia de ellos, comió varios de diversas clases; pero todos carecian de sabor completamente.

Todo eso le causaba extrañeza. La naturaleza le parecia ahí muerta y deseaba encontrar alguna persona que explicara aquello.

Con este fin anduvo en diferentes direcciones y reparando con sorpresa que sus pisadas no producian ningun ruido en el suelo.

Al cabo de haber recorrido varios senderos se vió en una especie de plazoleta circundada de altos árboles, y afirmada en el tronco de uno de éstos divisó a una señora que parecia enteramente distraida.

Lucía se aproximó a ella; pero la señora permaneció indiferente y sin dar muestras de haberse apercibido de su llegada.

Esa indiferencia le produjo una onda pena, le pareció una crueldad.

Quiso hablar con voz suplicante; pero su garganta se negó a producir ningun sonido, trató entónces de exhalar un grito, mas no lo consiguió; para lograrlo hacia inútilmente esfuerzos supremos: sentia que la sangre se le agolpaba al pecho, y le zumbaban los oidos.

De pronto oyó un ruido seco que le pareció terrible: el gritó anhelado logró escaparse de su garganta.

Y desapareciendo súbitamente el cuadro que tenia a su vista, se halló en la habita-

cion y sobre el sofá donde algun tiempo ántes se habia quedado dormida.

Respirando ajitadamente y con los ojos espantados miraba sin darse aún cuenta del lugar donde se encontraba, alumbrado ahora escasamente por la luz crepuscular, cuando oyó repetirse el ruido que percibiera al despertar.

Lucía sintió helársele la sangre.

Sin embargo, aquel ruido nada tenia de extraordinario; era sencillamente producido por unos lijeros golpes dados a la puerta; pero a la excitada niña le parecieron tremendos.

Maquinalmente se enderezó hasta quedar sentada en el sofá.

Con este movimiento se despejó la mente de Lucía. De súbito se le representó la realidad de su situacion. Todo lo comprendió: se habia dormido, y tal vez por largo rato, pues ya estaba declinando el dia.

Los golpes se repitieron.

—Están llamando a la puerta,—murmuró;—¿quién será?

Y movida por la curiosidad y quizás por una débil esperanza, fué hácia la puerta y la abrió un poco.

Un individuo estaba al lado de afuera.

—Soi mozo del hotel,—dijo,—y vengo a ver si se le ofrece a usted algo.

—Nada,—contestó Lucía.

—He venido a llamar a la puerta temiendo que se hubiera usted enfermado; como no se ha hecho servir de almorzar ni ha pedido nada en todo el dia...... y es ya la hora de comer. En este hotel se da habitacion solamente o tambien comida segun lo deseen los pasajeros...... si gusta puedo servirle...

Lucía recordó que efectivamente no habia comido nada en todo el dia; sin embargo contestó:

—No tengo ganas; no me traiga nada.

—Está bien. Si desea algo más tarde, toque usted la campanilla que hai sobre la mesa y vendré yo.

El mozo se retiró.

Lucía cerró la puerta.

Las pocas palabras del mozo la hicieron volver por completo a la vida real.

Conoció que le era preciso tomar alguna resolucion definitiva.

Se sentó junto a la mesa y por centésima vez leyó las cartas escritas por Alvar y Soler.

Apoyó los codos en la mesa, y la cabeza en las mamos; permaneció en esa meditabunda posicion un momento.

Estaba ya anocheciendo. Los muebles de la habitacion perdian ya sus colores y las sombras lo envolvian todo.

De pronto se representó a la imajinacion de Lucía el sueño último que habia tenido. Alzó la cabeza, y viéndolo todo sombrío en su rededor, se levantó sobresaltada.

Aquella oscuridad le daba miedo.

Andando con presteza se dirijió a la otra pieza del departamento.

Encima de un velador habia un candelero con una bujía y una cajita de fósforos.

Lucía raspó un fósforo y encendió la bujía.

Con esta claridad se repuso algo; pero no del todo.

Regresó trayendo el candelero y tomó nuevamente su colocacion al lado de la mesa.

Las lágrimas que durante algun tiempo habian estado ausentes de sus ojos no tardaron en correr de nuevo copiosamente.

—Ese soldado,—murmuraba;—que debia conducirme a casa de aquella señora no ha regresado, no regresará... ¿por qué me ha engañado?... y ya es de noche... ¡qué voi a hacer yo!

Y Lucía se entregaba nuevamente a aquellos arranques de desesperacion que tanto la habian atormentado durante el dia.

Iba de una pieza a otra retorciéndose las manos y lanzando sollozos. Andaba desatinada alzando a veces los ojos al cielo y dejando escapar jemidos. Ya se echaba sobre el sofá, ya sobre una silla, y si lograba calmarse un instante, era para comenzar nuevamente con mayor desconsuelo.

Hacia bastante tiempo que duraba la efervescencia de la angustiada niña, cuando en una de sus idas tropezó con la mesa que sustentaba el candelero. Por efecto del choque cayó éste y se estinguió la luz.

La repentina oscuridad sobrecojió a Lucía.

Lanzó un grito apagado, y al verse rodeada de tinieblas tuvo miedo.

Quiso buscar a tientas la campanilla para llamar al mozo; pero no logró hallarla.

Trató de encontrar la puerta; andu› al acaso sin saber que direccion tomar, p- dida en la oscuridad.

Palpando los muebles que encontraba al alcance de sus manos, conoció que habia pasado a la otra pieza.

Por fortuna topó con el velador y recordó que sobre él habia quedado la cajita de fósforos.

Tendió las manos y logró encontrarla.

Con sus dedos trémulos por el miedo frotó un fósforo, y sólo al ver la luz pudo sacar su respiracion comprimida.

Temiendo apagar el fósforo con su aliento, no resolló hasta que hubo encendido la bujía que vió caida en el suelo.

—Yo no puedo pasar aquí esta noche,— se dijo sintiendo palpitar violentamente su corazon.

Un pavor mui comprensible en una niña de su edad se habia apoderado de ella, exaltada por sus pesares y debilitada por el ayuno.

La soledad y la noche le daban miedo.

Estaba pálida y miraba a todos lados con recelo. Las sombras producidas por los muebles la asustaban. Todos los cuentos de fantasmas que habia oido cuando pequeña le acudian de golpe a la mente.

Con un rápido movimiento cojió la campanilla y corrió hácia la puerta. Abrió ésta y sacudió aquélla con fuerza.

Desde el pasadizo vió las puertas de otros departamentos con luz. Esto le dió algun aliento; pero no se atrevió a entrar al suyo todavía, sino cuando divisó venir al mozo que acudia al llamado.

Anduvo hasta la mesa y dejó en ella la campanilla, miéntras el mozo que entraba en la habitacion la preguntaba:

—¿Me necesita usted?

—Sí.

—¿Desea que le traiga alguna cosa?

—Nada. Le he llamado porque voi a irme de este hotel.

—Mui bien; iré a buscar la cuenta... aunque, no hai necesidad; lo que debe no es más que el alojamiento.

Esto hizo recordar a Lucía el dinero que le habia dejado Peralta sobre la mesa.

—¿Cuánto es?—preguntó.

—Cuarenta soles.

—Espérese un momento,—añadió Lucia.

Y cojiendo el candelero se dirijió a la alcoba contigua.

Dejó la luz sobre el lavatorio y empleando prontitud en sus movimientos, se puso el manto que habia dejado encima de una silla, cojió su maletin, y trayendo el candelero regresó a la pieza donde estaba el mozo y cuya presencia queria ella seguramente aprovechar para disponerse a partir sin quedar sola y entregada a su pánico temor.

Guardó en el maletin el reloj y las dos cartas que estaban sobre la mesa, y cojiendo luego el manojo de billetes, entregó al mozo la cantidad pedida.

Y en seguida salió echando una postrera mirada a aquella habitacion donde tan alegre y tan feliz se sentia en la mañana y de la cual tan triste y desconsolada salia ahora.

....

Un momento despues salia del hotel, y murmuró una vez que se halló al aire libre:

—Calle de Calonje número 7; es allá donde quiere Víctor que yo vaya.

Y echó a andar con paso vacilante debilitada por la fatiga y por la fiebre.

Al pasar frente a una botica vió un reloj que marcaba las ocho y cinco minutos.

Ocultándose la cara con su manto por temor de ser reconocida avanzó resueltamente sin fijarse en las personas que encontraba en su camino, que por lo demás no eran muchas.

Despues de algunos minutos de andar se halló en la calle de Calonje y frente a la casa que buscaba, la que reconoció por el número.

Llamó a la puerta y esperó.

Luego vino a abrir una negra.

—¿La señora Luisa?—preguntó Lucía.

—No está en casa,—contestó la negra.

La niña no esperaba este contratiempo; sin embargo replicó:

—Deseo esperarla un momento.

—Seria inútil; la señora no regresará esta noche.

Lucía se sintió estremecerse.

—¿No regresará esta noche?—replicó con voz entrecortada y añadió balbuciente: —pero yo necesito hablarla... necesito verla... tengo una carta mui urjente para ella...

La negra se sintió impresionada por el acento conmovedor de la niña.

—La señora,—dijo,—está enferma en casa de su mamá; si es mui urjente que usted la vea puede buscarla allá.

—¿Dónde es eso?

—En Santa Teresa número 70.

—Iré,—contestó Lucía como si le costara trabajo pronunciar esa palabra.

La negra la vió alejarse diciendo para sí:

—Creo que va llorando.

XXIV

La causa del silencio de Luisa.

Recientemente entrada la noche de aquel mismo dia, cuando la luz de gas comenzaba a sustituir con parsimonia a la del sol en las calles de la ciudad, un individuo de aspecto decente entraba en la calle de Santa Teresa. Su paso era lijero, y si acaso alguna persona a la luz de uno de los faroles del gas hubiera visto su semblante habria notado en él el reflejo de una penosa meditacion.

Al llegar frente a la casa donde dias ántes habia conducido el capitan Lostan a una jóven herida y desmayada, el individuo se detuvo y llamó a la puerta.

Pronto le abrieron y entró hasta la sala que ya conocemos, en compañía de una señora que era quien le habia abierto.

A una insinuacion de ella tomó asiento y dijo:

—Hoi he estado esperando inútilmente a Narbona; no le he visto.

La señora que acababa de sentarse enderezóse y exclamó levantando una mano y sacudiéndola con ira:

—¡Narbona es un pícaro!

Su interlocutor pareció mui admirado al oirla.

—¡Anoche ha cometido un crímen!—continuó la señora con vehemencia creciente; —dice usted que no le ha visto hoi, y viene seguramente a buscarlo en casa... ¡ai de él si viniera aquí!

—Me admira, señora, lo que usted dice; no sé que pensar... no puedo comprender...

—Tiene usted razon; es imposible que adivine la picardía de ese mozo...

Y como si no pudiera contenerse, añadió la señora:

—Oigame usted... Narbona ha pretendido anoche asesinar a mi hija Luisa.

El desconocido dió un salto en su asiento exclamando:

—¡Señora... qué me dice usted!

—La verdad. Pretendió matarla; pero por fortuna solamente consiguió herirla.

—¡Herirla! ¿está herida?

—Sí.

—¿De gravedad?

—No; pero no por falta de voluntad de él, pues tiró el golpe al corazon.

—¿Y erró?

—Dió en el brazo.

—Fué una felicidad... pero tamaña locura... no comprendo, y ménos en las presentes circunstancias.... qué móvil puede haberlo guiado...

—Se lo diré a usted en cuatro palabras. Yo tenia mucho cariño a Narbona, primeramente por ser pariente mio y conocerlo desde pequeño; despues por haberlo visto obstinado en pelear por su patria hasta el último instante, retirarse a La Sierra y abandonarlo todo por continuar la guerra contra los chilenos. Cuando hace dos dias vino a Lima ocultamente trayendo comunicaciones para los amigos decididos de nuestra causa, le recibí con cuantas atenciones pude.

—Así me lo refirió él mismo ayer haciendo alabanzas de usted.

—Pero mui mal ha sabido agradecerme; vea usted los hechos. Hace algun tiempo, Narbona poco despues de haber enviudado Luisa, demostró hallarse apasionado de ella y solicitaba ser su esposo; yo miraba con buenos ojos sus deseos y los apoyaba; mas mi hija no correspondia sus afectos, y como ella es viuda y enteramente libre, yo solo podia interponer en favor de él mi influencia moral. Así estaban las cosas, cuando anoche no sé por qué ridículos celos, a tiempo que Luisa regresaba a su casa la esperaba en la calle, y despues de dirijirla algunas palabras le dió de puñaladas...

—¡Qué barbaridad!—exclamó el desconocido demostrando desasosiego;—¿y qué es de él? dónde está? le habrá cojido la policía chilena?... en tal caso nos ha hecho un daño terrible... ¡todas las comunicaciones secretas que él tiene caerán en poder de los chilenos!...

—Tranquilícese usted, Melgar; no se le ha tomado preso... ni se le tomará por su crímen...

El interlocutor, a quien llamaremos Melgar como le llamó la señora, respiró con desahogo.

—¡Qué imprudencia! qué locura!—dijo con más quietud;—exponerse a ser aprehendido en las presentes circunstancias, cuando se encuentra desempeñando u importante comision.

—Eso es lo que lo ha salvado; por e es que ha quedado impune su alevoso at

tado. Pues dando por cierto que Luisa hubiera ocasionado motivos para tener celos, lo cual no puedo creer, ¿qué derechos le asistian a él para tenerlos? ¿es acaso su esposo?

Luisa es enteramente libre, ¿qué facultad tiene él para querer matarla?

—En efecto; únicamente en un cerebro del todo trastornado podia caber semejante resolucion.

—Oiga usted; permítame referirle los hechos,—dijo la señora.

Y en breves palabras le relató como Luisa habia subido en un coche en el cual iba un oficial chileno, y éste la habia conducido a aquella casa desmayada, sucesos que ya conocemos.

—Miéntras el oficial chileno,—concluyó diciendo la señora,—iba en busca de un médico, volvió Luisa de su desmayo y me reveló que Narbona era quien la habia herido. Furiosa yo al verla herida quise dar parte a la policía para que Narbona fuera aprehendido y castigado. ¡Qué importaba que esa policía fuera chilena! La justicia para castigar los crímenes no tiene patria determinada. Ahora vea usted la enerjía y patriotismo de mi hija, de mi querida Luisa. Al oirme hacer amenazas, me dijo:—No harás tal cosa mamá; si Narbona fuera prendido por la justicia que en Lima está ahora en poder de los chilenos, las comunicaciones que él tendrá consigo caerian en las manos de aquellos y la comision que le han mandado desempeñar se desbarataria.

—La accion de su hija es una hermosa prueba de patriotismo,—dijo Melgar con emocion;—quisiera hablar con ella para demostrarle mi aplauso.

—Está en cama; pero eso no será un inconveniente para que la vea; venga usted.

La señora condujo a Melgar a la alcoba contigua.

Luisa estaba sentada en el lecho sobre el cual la depositara Lostan la noche anterior.

A su lado estaba su hermana sentada en una silla.

Al ver entrar a Melgar, Luisa, valiéndose sólo de su mano derecha pues la izquierda estaba colgada al cuello, arregló el ertor de su cama y la parte visible de traje.

elgar despues de hacer un saludo a las jóvenes, dijo a Luisa:

—Por su mamá he sabido el triste suceso que la tiene a usted postrada, y al mismo tiempo la bella resolucion de no denunciar al agresor por no perjudicar nuestra causa; en nombre de nuestros amigos y en el mio felicito a usted por esa prueba de patriotismo.

La jóven herida mostrando una amable sonrisa, contestó:

—No dificultar el progreso de nuestra causa es lo ménos que puedo hacer, ya que como mujer no me es dable tomar una parte activa en ella.

Durante un momento se entabló entre el caballero y las tres mujeres que ahí estaban una conversacion que versó principalmente sobre la herida de Luisa y las predicciones tranquilizadoras del médico.

—Volviendo a Narbona,—dijo Melgar al cabo de un rato,—es para mí un desagradable contratiemqo no haberlo visto hoi.

—Probablemente ha huido por temor de que se le haga tomar preso,—replicó la señora.

—Es de suponerlo. Yo debia haber par tido esta noche con él

—¿Y no puede usted, Melgar, partir sin su compañía?

—Lo podria; tenia hechos todos mis preparativos para la partida; pero un suceso inesperado ha venido a desbaratar mis planes.

—¡Cómo!—exclamó la señora alarmada.

—No se inquiete usted, ha sido un asunto mio, particular, personal.

El caballero bajó la cabeza como agobiado por un gran pesar y guardó silencio.

Al fin dijo con amargura:

—Aún no estoi resuelto; quizás parta de todas maneras; la vida en Lima con la dominacion extranjera se me hace pesada. Mi venida a su casa de usted esta noche tenia por objeto hallar noticias de Narbona para ir a verme con él en caso de no encontrarlo a él mismo aquí.

Melgar permaneció aun un corto instante ahí. Despidióse en seguida y salió.

La señora le acompañó hasta la puerta de la sala que daba al zaguan.

XXV

Dolor de padre.

Partiendo de la calle de Calonje, Lucía echó a andar con paso vacilante, abatida

Los más tristes pensamientos le venian a la imajinacion: al verse sola en la noche caminando por las calles en busca de un asilo que no estaba segura de encontrar, sentia oprimírsele su tierno corazon, sentia dolor y susto a la vez.

Si no encontraba a la persona a quien debia entregarle la carta, ¿qué seria de ella? qué haria? dónde se guareceria?

Y aun encontrándola, ¿querrian hospedarla? querrian atenderla? querrian demostrarle algun interes? En todo caso tendria que sufrir la vergüenza de revelarle su situacion.

Todas estas ideas la atormentaban.

La desgracia hace desconfiadas a las personas. Lucía dominada por su reciente desdicha desconfiaba de todo.

Queriendo conocer pronto hasta dónde alcanzaria la magnitud de su desventura, apresuraba su marcha a pesar de su estado de debilidad.

Al llegar a la calle de Santa Teresa fijaba sus llorosos ojos en los números de las casas.

Por fin divisó el que buscaba.

La puerta de calle estaba cerrada. Se detuvo junto a ella, y lanzando un suspiro que se escapó trémulo de su pecho, alzó un poco el borde de su manto para sacar su fina mano y se dispuso a llamar.

Vaciló un instante.

Era la segunda vez que aquella noche iba a llamar a una puerta desconocida: ¿seria tambien infructuosamente?

Se hacia preciso resolverse.

Ya iba a golpear el tablero de la puerta con su delicada mano, cuando al través de aquella sintió un ruido de pasos.

Esto la retrajo, y se hizo a un lado.

La puerta se abrió para dejar pasar a un individuo y tornó a cerrarse.

Lucía a traves de las lágrimas que empañaban sus ojos echó una mirada a la cara de aquella persona y no pudo contener un grito involuntario.

Aquello le pareció una cosa sobrenatural; casi con espanto se escapó esta palabra de su pecho:

—¡Papá!

El que venia saliendo volvió vivamente la cara y viendo apénas el bulto que hacia la niña en la oscuridad, reconociéndola sin duda por la voz, exclamó:

—¡Tú aquí! ¿qué significa esto? ¿qué haces?

Lucía al oir a su padre conoció que aquello era la realidad, y sin poderse contener rompió a llorar.

—Pero, ¿de dónde vienes? por qué estás aquí? vamos... habla, dímelo...

Aunque hubiera querido responder no lo habria podido la desgraciada niña: el llanto la ahogaba.

Su padre miró a todos lados y comprendiendo seguramente que si esa escena duraba más llamaria la atencion de los que pasaran, con un movimiento de ira mal contenida cojió rudamente de un brazo a Lucía diciéndole con tono seco:

—Camina.

Y la arrastró consigo.

El padre de la niña, o sea Melgar, pues era el mismo a quien hemos visto en casa de la familia de Luisa, anduvo con acelerado paso.

Como se recordará vivia en la calle de Zamudio. Dos cuadras nada más tenia que recorrer para llegar a su casa.

En un par de minutos las anduvo.

Subió rápidamente la escalera y entrando en su habitacion sin soltar el brazo de su hija, empujó a ésta haciéndola caer sobre una silla.

Una señora, que era la tia de Lucía a quien ya hemos visto otra vez, se encontraba ahí.

Habiendo soltado a la niña, Melgar se retiró dos pasos de ella y mirándola severamente exclamó:

—¡Vamos! ¿dirás por fin dónde has estado? ¿qué hacias ahí? ¿de dónde venias? ¿qué has hecho? habla... dílo todo.

La voz de Melgar era temblorosa y amenazante. Lucía la escuchaba estremeciéndose y ahogada por el lloro.

—¡Lloras!... y para huir de tu casa no has llorado!... para dejar a tu padre e ir quién sabe dónde no has llorado!... Y yo he andado todo el dia como un loco buscándote!... sin atreverme a hablar por no esponerme a la vergüenza... estrujando la maldita carta en que me anuncias que te vas fuera de Lima, indagando por aquí, averiguando por allá... sin osar preguntar claramente por no hacerme objeto de escarnio... ¡No quiero mas llanto! ¡quiero que hables! ¡quiero saberlo todo!...

Lucía no hallaba palabras para conte tar ni se atrevia a hacerlo. Solo tenia] grimas y sollozos.

—¡Basta de llanto!—gritó Melgar zando los brazos y dando un golpe con

pié en el suelo;—habla, contesta a mis preguntas... ¡Si no me respondes yo te haré hablar de otra manera!

Y se abalanzó sobre la desdichada criatura.

Lucía se dejó caer al suelo gritando:

—¡Perdon!

Melgar retrocedió algunos pasos y con creciente ira exclamó:

—¡Perdon de qué!... ¡eso es lo que yo quiero saber! ¡quiero conocer por completo la gravedad de tu falta!... habla... contéstame... ¡mírame siquiera!...

Lucía casi de rodillas sobre el pavimento habia arrojado su manto para extender los brazos en actitud suplicante, y no se atrevia a alzar los ojos hasta el semblante de su padre.

Melgar la contempló un instante, y luego lanzando un rujido se echó sobre ella, loco, desatinado, cual si quisiera despedazarla.

La señora que habia sido un mudo testigo de aquella escena se precipitó ante él exclamando:

—¡Déjala!... no puede hablar... ¡ten calma, por Dios!...

Y cojiendo entre sus brazos a Lucía la levantó casi en peso diciéndola:

—¡Ven, desgraciada, ven!

Arrastróla hácia la pieza contigua y cerró tras sí la puerta de comunicacion.

Melgar quedó un momento vacilante e iba ya a correr en pos de su hermana, cuando ésta apareció y le dijo:

—Yo la haré hablar... todo me lo revelará.. ten compasion de ella; déjame a mí... todo lo sabrás luego.

Y se retiró sin esperar la contestacion de Melgar que abrumado se dejó caer sobre una silla.

....

Al cabo de una hora y media regresó la señora.

Viendo a su hermano inmóvil en la silla, creyó que se hubiera quedado dormido y pensaba ya en retirarse nuevamente deseosa tal vez interiormente de postergar aquella entrevista cuanto le fuera posible, cuando notó que los ojos de él la miraban interrogativamente.

Toda temerosa se acercó a él diciéndole:

—Me lo ha revelado todo.

Efectivamente; Lucía interrogada con ulzura por su tia, ajitada por la fiebre y ocida por la debilidad, no habia tenido lor de ocultarle nada.

La señora se sentó al lado de Melgar bajando la vista y temblorosa como si ella misma fuera la culpable. Tomando por calma del espíritu la inmovilidad de su hermano, comenzó a buscar palabras con que repetir la relacion de su desgracia que acababa de hacerle Lucía.

Poco a poco fué repitiéndolo todo y clavando miradas de tanteo en la fisonomia de Melgar, quien la oia impasible y continuó escuchándola sin hacer el menor movimiento, como si aquello que le relataba hubiera sido ya adivinado por él.

Solamente al fin del relato hizo explosion la tempestad de ideas que atolondraban el celebro del padre de Lucía.

—¡Infames! — exclamó con trémulo acento y haciendo rechinar los dientes;—¡infame él, que la ha perdido para abandonarla al dia siguiente!... infame ella que lo ha seguido!...

Y arrebatado por un arranque de ira se puso a andar por la habitacion haciendo movimientos desordenados con los brazos y pronunciando frases cortadas y amenazantes.

La señora no osaba decir ni una palabra, y se aproximó a la puerta por donde acababa de entrar cual si quisiera interponerse nuevamente entre el padre y la hija.

Por fin Melgar lanzó una terrible mirada a la puerta y corrió hácia ella.

Su hermana le cortó el paso colgándosele del cuello.

—Qué vas hacer con esa infeliz criatura! —exclamó rompiendo en lágrimas.

—¡Déjame, mujer!—gritó él tratando de desasirse.

Pero ella no lo soltó.

—No te dejaré... estás mui alterado, estás loco... Tu eres su padre, justa es tu indignacion, derecho tienes para castigarla como quieras... pero es preciso que ántes te repongas, que te calmes... Si te dejara, tu mismo tendrias que arrepentirte de lo que hicieras.. en esta gran desgracia que nos aflije necesitamos calma para tomar una resolucion...

Melgar forcejeaba por librarse de los brazos de su hermana y exclamaba:

—¡Déjame!.. yo quiero arrojar a esa muchacha de mi casa!... arrojarla a la calle!... suéltame!...

—¡A la calle!... ¡pobre hermano! el dolor te ofusca la razon... ¡Lucía en la calle como una muchacha perdida!..eso es precisamente lo que debemos evitar....

—No quiero que esté ni un minuto más en esta casa! ¿lo oyes?

—Pues bien,—replicó la señora con firmeza;—me iré yo con ella.

—¿Tambien tú te pones en contra mia?—exclamó el lacerado padre desplomándose sobre un sofá hácia al cual lo empujaba su hermana.

—¿Querrias que la dejara sola, abandonada en medio de la calle, sin hogar, sin familia, sin amparo, para que en poco tiempo se convirtiera en una mujer perdida, vergüenza para su padre y para su familia?... Ni lo pienses... Ya que por misericordia de Dios nuestra desgracia no se ha hecho pública, no eres tú quien debe propalarla. Debemos devorar ocultamente nuestro dolor.

La señora continuó hablando largamente en ese mismo sentido, y su hermano la escuchaba sin rebatirle habiendo caido despues de su ímpetu de cólera en una gran postracion moral.

Solamente de cuando en cuando la interrumpia para decirle como expresando una resolucion inquebrantable:

—Yo no quiero que esté más a mi lado.

Su hermana no le contradecia en este punto; pero le explicaba que todo podia hacerse sin escándalo.

Por fin Melgar logró dominarse algo y reflexionar con alguna claridad.

Despues de una discusion que duró algunas horas, se convino en un plan que debia ponerse prontamente en ejecucion.

Mostrándose Melgar completamente decidido a no volver a verse con su hija, esta saldria de Lima.

Su tia iria con ella a una provincia de donde era orijinaria. Esa provincia se encontraba en el departamento de Ayacucho.

Ahí se esperaria el curso de los sucesos.

XXVI

Una conversacion íntima.

Dos dias despues se hallaban en la sala de la casa que ya conocemos en la calle de Santa Teresa dos hermosas jóvenes.

Una de ella tenia el brazo izquierdo colgado al cuello de un pañuelo de seda y estaba reclinada en un sillon.

La otra, sentada frente a aquélla, la miraba con esa ternura que se demuestra a una persona querida que se ve enferma.

Eran Luisa y su hermana.

La luz del sol pasaba suavemente a traves de la rejilla de la ventana.

Seguramente Luisa habia hecho a la niña confidencias, a juzgar por la conversacion que ambas tenian.

Como ya te lo he contado,—decia Luisa en el momento en que indiscretamente sorprendemos el íntimo coloquio de las dos hermanas;—acababa de despedirme de Soler y llevaba su retrato en la mano...

—Y en el corazon,—dijo la niña interrumpiéndola.

Luisa se sonrió y prosiguió:

—Habia andado un cuarto de cuadra por la calle de Calonje y estaba cerca de casa, cuando de repente veo acercarse un individuo.

—Era Narbona.

—Sí.—"¿De dónde viene usted?" me preguntó bruscamente. A mí me impacientó su tono y le repliqué:—"Nada le importa a usted."—"Lo sé todo,"—me dijo; "ha estado usted con un chileno, tiene usted amores con él." Ardiendo en cólera, le contesté:—"Es usted un insolente... ninguna explicacion tengo yo que darle... déjeme el paso libre." Entónces él lanzó una imprecacion contra los chilenos y levantó una mano como para pegarme; extendí yo los brazos para defenderme, y él, arrebatándome el retrato con la izquierda, me dió con la mano derecha un gran golpe que recibí en el brazo y me hizo caer al suelo.

—Pícaro,—dijo la niña.

—Yo creí que iba a seguir pegándome; pero no lo hizo. Al verme caer huyó.

—Pensó que habrias muerto.

—Tal vez. En ese momento fué cuando ví venir el coche.

—Tú no viste la daga o puñal con que te hirió.

—Nada. Creí que me habia pegado solamente con el puño. No quise irme a casa temiendo que, como vivo sola con la criada, Narbona volviera a molestarme allá.

—Hiciste mui bien en querer venirte para acá. ¿Y no sentiste nada al ser herida?

—El golpe no más, que me pareció una bofetada. Solamente cuando el oficial que iba en el coche encendió un fósforo y me vi la sangre, conocí que estaba herida y que el dolor que estaba sintiendo no provenia de un simple golpe.

—Así es que Narbona se quedó con retrato.

—Sí, pues.

—De modo que por el retrato va a conocer al oficial.

—Es de creer que ya habia visto a Soler; presumo que esa noche me siguió y me vió cuando estaba con él. Si yo hubiera gritado cuando fui herida, quizá Soler habria acudido, pues aun debia estar a la vuelta de la esquina; pero al punto recordé que Narbona debia tener consigo papeles compromitentes para varios de nuestros amigos.

—Es la verdad; entre esto se cuenta ese señor Melgar que parece un buen caballero, aunque no le conocemos sino por las veces que ha venido a casa a consecuencia de estos asuntos de la guerra. No convenia que Soler hubiera ocurrido.

—Ya lo creo. No ha sabido nada de todo esto ni lo sabrá. En la carta que le escribí ayer, como tu lo viste, le digo que estoi enferma, y esto lo hice porque el individuo que me trajo su carta lo supo por tí y naturalmente habrá de decírselo.

—¿Quién será esa niña llamada Lucía de quien te habla?

—No lo he podido adivinar; no he comprendido esa parte de su carta.

—Parece que esa niña debia buscarte.

—Así lo he comprendido; pero no ha sucedido eso.

—A no ser que hubiera ido a la calle de Calonje...

—Quizá... eso lo podríamos saber por la criada.

—Y casualmente la morena está aquí ahora... ¿preguntémosle?

—Bien; llámala.

La niña salió de la sala y regresó pronto seguida de una negra.

—¿Ha ido alguna persona a buscarme a casa?

—¡Ai, señora!—contestó la descendiente de la antigua Libia haciendo aspavientos;—como una loca me habia olvidado... pero es tanta la pena de verla herida que no tengo memoria para nada... antenoche, no, anoche... antenoche fué... llegó a la casa una niña triste, mui triste, preguntando por la señora... yo le dí las señas de esta casa... decia que tenia una carta para usted... se vino llorando, ¿no estuvo aquí?

—No, respondió Luisa.

despues de hacer retirarse a la negra, quedó un instante mirando a su hermana

—Esa debe de ser la persona a quien se refiere Soler,—dijo.

—Seguramente.

—Siento no haberme encontrado en casa. Por lo que cuenta la morena esa niña parecia sufrir.

—La conversacion de las dos jóvenes fué interrumpida por la entrada de la madre de ellas.

—¿Cómo te sientes?—preguntó la señora cariñosamente a Luisa.

—Me molesta poco el brazo; es en las curaciones cuando sufro dolor, o bien cuando hago algun movimiento.

La señora lanzó un suspiro y se puso a acomodar una almohada en que reposaba la cabeza de su hija, y en seguida dispuso algunas otras cosas para proporcionarle mayor comodidad.

Despues de esto la hizo tomar una bebida fresca y se sentó a su lado.

....

El pronóstico del médico su cumplió en Luisa.

La curacion de su herida no ofreció dificultades.

Al cabo de quince dias estaba cerrada y le permitia mover libremente el brazo.

Estando ya sana, la jóven viuda regresó a su casa de la calle de Calonje y continuó viviendo en ella.

XXVII

Dudas y recelos.

Como lo hemos dicho anteriormente, la banda de música y la tropa enferma del batallon Setiembre habia quedado en Lima a cargo del mayor del detall.

Esto no tenia nada de extraordinario, pues raro fué el batallon que llevó sus músicos a las expediciones de La Sierra. Para ello habian motivos poderosos, y no era el menor que con el soroche en muchos lugares apénas podia la jente aspirar el aire necesario para la vida y mucho ménos para darle viento a un requinto o a un trombon; además los labios, jeneralmente rasgados por la intemperie en aquellas alturas, no se avenian con la boquilla de los instrumentos. Por otra parte, entre los expedicionarios todo el que no era individuo armado y listo para el ataque y la defensa era un gran estorbo.

En cuanto a los enfermos y los que no

tenian la robustez necesaria, ya sabemos que eran incapaces de trasmontar a pié la Cordillera de los Andes.

Por este motivo se veia en Lima durante las expediciones a La Sierra una cantidad de tropa perteneciente a los batallones expedicionarios, lo cual hacia preguntarse a muchos: "¿Cómo es que tal batallon anda en el interior y está en Lima?"

A medida que iban saliendo del hospital los enfermos, hacian su servicio en el cuartel, sus ejercicios y demás tareas militares. Igual cosa sucedia con los oficiales que se hallaban en el mismo caso en la capital.

Un dia del mes de agosto recibió el mayor del detall del Setiembre un telegrama de Chicla en que le anunciaban que venia del interior un capitan conduciendo enfermos del batallon.

A la hora conveniente se dirijió a la estacion de Desamparados con alguna tropa y algunas camillas.

Paseándose por el andén esperó la llegada del tren en que venia el capitan anunciado.

La locomotora se dejó ver a la hora designada por su itinerario.

Tan pronto como hubo detenido su carrera, descendió de un vagon un oficial cuyo aspecto contrastaba con el de otros oficiales que se encontraban esparando la llegada del tren, tanto por su traje cuanto por su fisonomía.

Con el cutis quemado por la intemperie, la barba intonsa, el képis deshormado y las trensillas sin brillo, el dolman raido, las botas deslustradas; todo él así en su cara como en su uniforme dejaba conocer que venia de un largo y penoso viaje.

El mayor se acercó a él saludándolo afablemente.

Despues de cambiar con él algunas palabras amistosas, le preguntó:

—¿Cuánta jente enferma trae?

—Cuarenta y cinco individuos.

—¿Cuántos de camillas?

—Seis: los demás podrán ir al hospital en coche. Tambien vienen dos oficiales enfermos, pero que se hallan en estado de poder irse en coche.

El mayor llamó a un subteniente que le acompañaba, y le ordenó hacerse cargo de conducir al hospital aquella tropa.

Tomadas estas disposiciones, el mayor dijo al capitan:

—Ya por ahora está usted desocupado de ésto.

Y guardando en el bolsillo una lista de los enfermos y unas cartas que le habia dado el capitan, agregó cambiando de tono:

—Pero, hombre, toda su persona viene en tal estado que a no saberlo de antemano, jamás hubiera podido reconocer en usted al capitan Soler.

—Ya lo creo, mayor; he mudado tres o cuatro veces el cuero allá en La Sierra; no me ha sucedido lo mismo con el paño de mi uniforme.

—Bien se ve. En fin, vamos andando. Supongo que querrá usted ir al cuartel a cambiarse de de ropa.

—Naturalmente; pero ántes debo ir al Estado Mayor a dejar unas comunicaciones que traigo.

—Vamos allá.

—En seguida iré a mudarme; despues a una peluquería para que con navaja y tijeras disipen un poco mi aspecto selvático, y luego me echaré a cumplir una multitud de encargos que me han hecho los compañeros.

Ambos salieron de la estacion y se dirijieron al Estado Mayor. De ahí tomaron el camino del cuartel en un coche.

Como era natural, el mayor hacia miéntras tanto mil preguntas a Soler sobre la expedicion y el estado en que se hallaban sus compañeros.

—El batallon está ahora en Huancayo, —contestaba el capitan;—entre esta ciudad y Cerro de Pasco hemos estado en continuo movimiento durante todo este tiempo. Marchas apresuradas, fatigas, enfermedades, correrías, encuentros con montoneras, tiroteos, de todo esto ha habido en abundancia; por fortuna nuestras bajas, nuestros muertos y heridos, han sido pocos respecto a los del enemigo.

Llegando al cuartel Soler procedió a mudarse de ropa y el mayor continuaba en su compañía haciéndole mil preguntas.

—Muchas hambres habrá tenido que pasar por allá Aliaga que es tan comedor.

—Algunas; pero cuando logra una coyuntura favorable se da unos hartazgos que no sé cómo no revienta.

—¿Y Lostan?

—Dice que se ha convertido en filósofo por que no hai por allá ninfas a quie[illegible]s galantear.

—¿Y el ayudante?

—Rabiando como un pagano por t[illegible]o

lo que tiene que trabajar en las marchas con el rancho, alojamiento y lo demás.

—No será él el único que rabie con tantas penurias.

—Ya lo creo; con una expedicion como la nuestra, el mismo santo Job habria perdido muchas veces la paciencia.

Despues de dar algunas noticias más al mayor y habiendo cambiado de uniforme, Soler salió del cuartel y montó en un coche que lo condujo a una peluquería acompañado de un asistente.

Ya afeitado y peinado, sacó de su *dolman* un librito de memorias y pasó la vista por una larga lista de encargos hechos por sus compañeros. Compras, recados, cartas que entregar, noticias que inquirir, etcétera; todo eso se leia en ella.

Soler miró su reloj e hizo un jesto diciendo:

—Son las cuatro de la tarde; desde ahora hasta mañana a las ocho de la mañana, ¿cómo voi a alcanzar a cumplir con tanto encargo? En fin, vamos andando; se hará lo que se pueda.

Y echó a caminar por las calles para desempeñar las dilijencias que le habian encomendado. Mui luego el asistente se encontró con una cantidad de paquetes que llevar al cuartel.

No seguiremos paso a paso a Soler en sus negocios; de dos de estos solo haremos mencion.

Fué uno mandar con un cochero una carta a Luisa, y el otro enviar a un muchacho, a quien anteriormente conocia, a la calle de Zamudio para hacer discretamente algunas averiguaciones por encargo del teniente Alvar.

....

Pocos minutos despues de las ocho de la noche una dama vestida de negro y con la faz cubierta por su manto iba por la calle de Bodegones.

Al llegar a la plaza avanzó hasta las gradas de la Catedral dirijiendo miradas investigadoras a un coche que estaba detenido frente a ellas.

La puertecilla del coche se abrió en ese instante, y la dama anduvo hácia él y subió resueltamente.

—¿Luisa?—murmuró apasionadamente l[illegible] voz de un individuo en cuyos brazos [illegible] la dama al entrar en el carruaje.

[illegible] puertecilla se cerró y el cochero hizo [illegible]r los caballos como si cumpliera órde[illegible] [illegible]ibidas.

—Tanto tiempo sin saber de usted... estaba llena de temores... ¿ha sufrido usted muchas penurias?... ¿ha estado enfermo? cuénteme...

Soler, pues era el capitan recien llegado quien estaba en el coche, contestó con algunas palabras a esas y otras preguntas análogas que le hacia su amante.

Despues de rodar algunos minutos, el coche se detuvo. Habia llegado a la plaza de Santa Ana.

Soler saltó del carruaje y dió la mano a Luisa para ayudarla a descender. Luego ambos amantes fueron a sentarse en uno de los bancos que rodean el jardin.

La plaza estaba desierta.

—Aquí podemos conversar con más tranquilidad; el ruido del coche nos interrumpia,—dijo Soler.

—A ver si con el ambiente del jardin se pone usted mas expansivo, pues estoi notándolo mui retraido para contestar ¿Qué es lo que tiene?

—Justamente es eso lo que deseo decirle, sin hallar cómo ni por donde empezar.

—¡Vamos! me está dando usted sobresalto. ¿Qué le sucede?

—Me ha hecho usted tantas preguntas —dijo el capitan tratando de sonreir, que apénas he tenido tiempo para contestarlas sin poder, a mi vez, hacerle algunas.

—Hágalas usted, pues.

—Por su carta supe que al partir yo de Lima se habia enfermado usted...

Sí; estuve un poco enferma y me fuí a casa de mamá; pero eso ya pasó completamente.

—Así lo he presumido al ver su semblante: ¿y que fué lo que tuvo?

—Fiebres,—replicó Luisa sin vacilar, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Con estos meses de ruda campaña,—replicó Soler queriendo darle a su entonacion un aire de chanza,—alejado del trato de las ciudades me he puesto algo brusco, así es que le pido no extrañe si le contesto de esta manera poco urbana: usted, Luisa, no me dice la verdad.

—¡Cómo que no!—exclamó Luisa algo turbada.

—No ha sido la fiebre, sino otra la causa de su mal; usted ha estado herida.

La jóven hizo un movimiento de sorpre-

sa y guardó silencio pareciendo reflexionar.

—Ya lo comprendo,—dijo al fin,—el capitan Lostan le ha referido su aventura y usted por consecuencias, teniendo en cuenta el lugar del suceso y otras circunstancias, ha descubierto que fuí yo la persona herida.

—Es la verdad; ¿por qué me ocultó usted eso?

—Temí causarle temores por mi salud...

—Bien; pero ahora que está fuera de peligro, ¿por qué seguia ocultándomelo?

—Se lo iba a contar todo,—replicó Luisa con una prontitud que hablaba mucho en favor de su facilidad de inventiva;—pero para hacerlo queria estar en algun lugar donde pudiera mostrarle mi brazo completamente sano de modo que le sacara de cuidado al mismo tiempo que le referia el hecho.

La jóven cojió las manos de su amante y le miró con cariño y fijeza, como si deseara adivinar el efecto que le habian producido sus palabras.

—Pues bien, Luisa; ya ve usted que sé una parte del suceso; ahora cuénteme usted el resto.

—Apénas me separé de usted aquella noche, fuí acometida por un individuo que sin decirme una palabra me hirió.

—¿Sin decirle una palabra? ¿Qué móvil podia arrastrarlo?

—Seguramente pensó que yo llevaria dinero o alhajas...

—¿Un ladron a mano armada?... eso es mui raro en las calles de Lima en este tiempo; no he oido hablar de un caso semejante... ¿Y por qué no gritó usted?... yo habria acudido a socorrerla.

—El susto me cortó la voz.

—Pero su agresor no debió ser un ladron, puesto que nada le robó... ¿a no ser mi retrato?...

—Justamente lo llevaba en la mano, y con la tribulacion se me perdió.

—Tal vez él lo cojeria.

—Bien puede ser.

—Supongo que usted veria la cara del asesino.

—Estaba tan oscura la calle que nada pude ver.

—Cuando se encontró usted con Lostan, así como le pidió que la condujera a la calle de Santa Teresa bien pudo haberle dicho lo que le ocurria; él la habria dejado a usted libre en el coche para correr tras del agresor.

—No lo hice porque pensé que solamente habia recibido una bofetada y que no valia la pena armar un escándalo y que se supiera que yo andaba a esas horas en la calle.

—Pero siquiera al dia siguiente debió usted dar parte a la policía para que se buscara y castigara al asesino.

—Ya que con esto nada aventajaba yo, preferí sufrir en silencio los dolores de mi herida ántes de dar lugar a que se hicieran conjeturas... Una mujer que anda sola por la calle tarde en la noche, orijina hablillas y chismes; quise evitar ésto.

—Luisa, tiene usted un injenio mui despejado,—replicó Soler con amarga sorna,—me habria dejado completamente satisfecho con sus respuestas, a no ser por cierta circunstancia.

—¿Qué circunstancia?—preguntó la jóven viuda reteniendo el aliento con inquietud.

—Seguramente la ignora usted; a saberla, no se hubiera tomado el trabajo de ejercitar su inventiva dándome contestaciones erradas.

Luisa se estremeció. Permaneció un instante en silencio, y luego como si tomara una resolucion, rodeó con un brazo el cuello de su amante y hablándole con el acento más tierno de su pecho le dijo:

—¿Qué es lo que piensas Soler?... qué dudas tienes de mí?... tú sabes que te amo, que por tí lo he olvidado todo... tus dudas me ofenden... ese tono que ahora empleas me hace daño...

El capitan la rechazó suavemente.

—Es preciso, Luisa,—dijo con calma pero con firmeza,—que haya una esplicacion entre nosotros. Yo quiero saber quién es su agresor, y por qué motivo quiere usted que su crímen quede impune; quiero saber qué derechos tiene ese individuo sobre usted.

—Nadie tiene derechos sobre mí, soi enteramente libre.

—¿Y entónces?

Luisa calló.

—Ambos permanecieron en silencio.

Por fin ella como impulsada por un arranque, exclamó:

—Pues bien; dígalo todo.. hable usted claramente, ¿qué es lo que cree?...

—Será el camino más corto para entendernos. Esto es lo que creo: el individuo

que la hirió a usted lo hizo por celos. Ese sujeto me ha demostrado, sin conocerme, un odio profundo; un odio a muerte: esto no se explica de otra manera que siendo él mi rival y creyéndose desdeñado...

Cual movida por una inspiracion súbita, la jóven dijo:

—Usted lo está expresando... un rival desdeñado...

Soler movió negativamente la cabeza respondiendo:

—No, no; por un hombre a quien se desdeña no se deja una mujer dar de puñaladas sin querer que se castigue al criminal. Miéntras usted no me esplique todo esto, miéntras usted no me refiera qué relaciones tenia o tiene con esa persona, me deja en libertad para pensar cualquier cosa, para creer que...

El capitan se contuvo y añadió, dándole quizá un jiro más suave a lo que iba a decir:

—Si ese individuo está celoso, yo tambien lo estoi.

Luisa, con una voz que partia del corazon, exclamó:

—¡Soler, te lo juro, yo no amo a nadie sino a tí!... No he tenido relaciones de amor con ese individuo.

—¿Y entónces, por qué tanto misterio? por qué tantas respuestas evasivas? por qué no decirme desde el principio toda la verdad?

La jóven viuda prorrumpiendo en sollozos balbució:

—Es un secreto... que no me pertenece...

Soler se puso de piés replicando:

—Mis dudas tampoco me pertenecen... no puedo yo dominarlas...

Luisa tambien se levantó para decir:

—Pero, Soler, por Dios, qué piensa usted de mí!... lo adivino... cree que he estado amando a dos hombres a un mismo tiempo...

—Miéntras usted persista en ocultarme la verdad guardando secretos, tengo derecho para creer todo...

—Luisa dejóse caer abatida sobre el banco.

Le pareció que revelar toda la verdad a su amante era como denunciar a sus amigos. Soler como militar chileno tendria el deber de dar parte a sus superiores de lo que se tramaba para el sostenimiento de la guerra de La Sierra, y aquellos serian seguramente apresados o desterrados, todo por su indiscrecion.

Esto pensaba la jóven y continuaba llorando en silencio.

—La prolongacion de esta entrevista,—dijo Soler,—veo que es desagradable para usted. Seguramente deseará ya regresar a su casa.

—Pues bien; si tiene usted prisa en ir, déjeme sola.

—De ningun modo. No porque haya un desacuerdo entre nosotros consentiré en dejarla a usted de noche en la calle, léjos de su habitacion; seria una grave falta de cortesía con una señora. El coche nos espera...

Luisa se levantó de su asiento, y seguida de Soler se dirijió al coche sin decir una palabra.

Ambos montaron y el vehículo se puso en movimiento.

Durante el trayecto los dos amantes abrigaban tal vez la esperanza de que algun acontecimiento fortuito los reconciliaria; pero no fué así.

Un continuado mutismo se apoderó de ellos.

Poco más abajo de la Iglesia de San Agustin, Soler mandó parar al cochero.

En ese lugar acostumbraban ambos amantes separarse, pero siempre habia sido despues de entrevistas de mui diverso carácter al de esta última.

Luisa se preparó para descender del vehículo.

—Una palabra ántes... —la dijo el capitan.

La jóven volvió la cabeza para escuchar.

—Las palabras de usted,—añadió él,—me han dado a entender la existencia de un secreto que disiparia todas mis dudas.

—Es la verdad.

—¿Desconfía usted de mi discrecion?... Nuestras relaciones han llegado a un estremo en que nada debe haber oculto entre usted y yo... Si quiere usted evitar una ruptura entre nosotros dos, ¿por qué no me revela aquel secreto?

—Es imposible,—balbució Luisa con voz ahogada,—tal vez otro dia...

—Es que mañana vuelvo a La Sierra, y ausentarme llevando mis dudas será como afirmarme en ellas. De usted depende tranquilizarme...

—Es imposible... —repitió la jóven en el mismo tono.

—El tal secreto,—dijo Soler con un acento que trataba de hacer sarcástico, pero que era amargo,—el tal secreto es como uno de esos cuentos con que se entretiene a los niños; donde hai desconfianza no puede caber el amor; se ha levantado entre nosotros una muralla que nos separa para siempre.

Luisa quiso replicar; pero conoció que nada podia agregar que no fuera la repeticion de cuanto ya habia dicho.

Vaciló un instante, y tomando luego una resolucion, bajó del coche sin pronunciar una palabra.

Soler al verla alejarse por la acera, murmuró:

—Se acabó todo.

Encendió en seguida un cigarrillo, y batiendo una mano delante de su cara como para aventar el humo y quizás para echar un poco de aire sobre su acalorada frente, añadió:

—No hai que pensar más en ésto.

Dejó pasar un par de minutos y en seguida dijo en voz alta al cochero:

—Vamos a la calle de Ibarola.

Y agregó para sí:

—Cumpliré con los encargos de Aliaga y Orrego, y me distraeré un rato conversando.

El coche partió, y al llegar a la calle de Calonje tomó por ella. Aquel era el camino mas corto.

Esto desagradó a Soler; pero cuando lo notó ya no era tiempo de tomar otra via sin hacer retroceder el carruaje. Prefirió dejarlo continuar su marcha.

Por un movimiento natural se fijó su vista en el camino que debia haber seguido Luisa y en la casa de ella.

Nadie se veia en la calle, y la ventana de la casa estaba a oscuras.

Precisamente al pasar frente a ésta, un repentino rayo de luz se hizo ver a traves de la rejilla.

Era sin duda que Luisa acababa de llegar y encendia un fósforo. Así pensó el oficial.

....

El carruaje siguió rodando hasta la calle de Ibarola.

Al entrar en ella, preguntó el cochero:

—¿Qué número, mi capitan?

—No sé... pára.

Tiró el auriga las riendas de los caballos, y Soler saltó sobre el pavimento.

Pagó y despidió el vehículo; luego echó a andar fijándose en las casas para encontrar una cuyo número habia olvidado y que era la misma donde estuviera la víspera del dia de su partida.

A medida que avanzaba percibia más distintamente un ruido de música y canto acompañado de palmoteos y voces.

El oríjen de aquel ruido no era dudoso, bastaba oirlo para decirse: he ahí jente que se divierte alegremente.

Al llegar junto a la casa de donde partia la festiva bulla, Soler reconoció que era justamente la que buscaba.

—Parece que Carmencita y Elisa esperan gozosamente el regreso de sus queridos, —murmuró el capitan sonriéndose.—Aunque puede ser que se hayan mudado de casa y ésta sea otra jente... veamos...

Soler llamó a la puerta.

Una negra acudió a abrir.

Al reconocer al oficial hizo un movimiento de sorpresa.

—Voi a avisar a las niñas,—dijo.

—No avise nada,—replicó Soler;—yo me presentaré sin tantas formalidades.

Y entró por el zaguan hasta la puerta de la salita, a pesar de que la negra trataba de impedirle la entrada, a lo cual él contestaba riéndose.

Desde ahí pudo ver unas ocho o diez personas que ocupadas unas en tocar, otras en bailar y las demás en aplaudir, no se apercibieron de su llegada.

El capitan reconoció a Elisa en una jóven que estaba sentada al piano, y a Carmencita en otra que bailaba una marinera.

—Vaya,—se dijo sonriéndose al ver ésto, —es un modo mui agradable de pasar las penas de la ausencia.

En ese momento una de las personas que palmoteaban volvió la cara y lo divisó. Era la niña que algun tiempo ántes vimos disfrazada de india.

Corrió hácia él gritando:

—¡Usted aquí!... qué es ésto!... ¿de dónde se aparece?

—He brotado de la tierra,—contestó Soler estrechando las manos que le tendia la niña.

A los gritos de ésta se suspendió el canto y el baile y todos fueron al encuentro del capitan.

Elisa parecia un poco desconcertada.

—¿Han llegado todos o ha venido ust solo del interior?—preguntó.

—Yo solo.

Dos militares y tres paisanos que habia ahí, casi todos conocidos de Soler, y las mujeres, hacian una multitud de preguntas al capitan que contestaba atropelladamente a todos.

Por fin Elisa le cojió de un brazo y lo arrastró hácia otra pieza diciéndole:

—Venga... tengo muchas preguntas que hacerle.

Cármen y Zoila, aquella que primero advirtió la presencia de Soler, los siguieron.

—¿Qué noticias me da de Orrego?— preguntó Elisa cuando estuvieron los cuatro solos.

—¿Qué me dice de Aliaga? —añadió Cármen.

—Están buenos ambos,—contestó Soler sin poder sujetar una sonrisa al ver la confusion que se pintaba en la fisonomía de Elisa;—me encargaron que pasara a hacerles una visita a ustedes y por eso me ven aquí.

—¿Por qué se rie usted?

—¿Me estoi riendo?... pues yo creia que estaba mui serio.

—Se rie porque nos ha encontrado en diversion... vea usted... es una casualidad... vinieron esas dos amigas que están allá adentro con unos conocidos, y luego quisieron cantar y...

—Por mi parte celebro haber llegado en este momento, para mí es mucho más agradable que haberlas hallado bañadas en lágrimas...

Y la sonrisa del capitan se cambió en una gran carcajada.

Cármen se dejó contajiar por la hilaridad y rió como una loca.

Elisa no tardó en imitarla, y luego rieron los cuatro a un tiempo con la mayor expansion.

Era lo mejor que podian hacer, ninguno de ellos era bastante inocente para dejarse engañar por el otro.

Por fin, serenándose un poco pudo decir Soler:

—No quiero representar el papel del Comendador en *Don Juan Tenorio;* no quiero aguarles la fiesta, voi a retirarme.

—¡Eso no!—exclamó Cármen; —será preciso que ántes tome una copa y baile una marinera.

...sde luego lo pongo en baile con Zoila, ...regó Elisa;—tambien quiero que se ...enza usted de que ésto no es más que ... diversion entre amigos... nada más... ...más...

Y cojiéndolo una de un brazo y otra del otro le hicieron prometer que tomaria parte en la jarana.

Soler accedió teniendo en cuenta que despues de la escena ocurrida entre él y Luisa, aquella diversion le serviria para distraerle y hacerle ahuyentar por el momento las ideas que le mortificaban.

Luego que hubo cambiado algunas palabras más con las jóvenes, entró en la salita y tomó parte en la fiesta.

Viendo el capitan a Zoila a su lado, no dejó de reparar que la niña con su traje habitual tenia más gracia y se veia mejor que con el de india que llevaba la última vez que la habia visto.

XXVIII

Noticias de Lima en Huancayo.

Como lo habia anunciado Soler, el dia siguiente por la mañana partió de Lima.

Llevaba como cincuenta individuos de tropa de su batallon de los que habiendo sanado de sus enfermedades se hallaban en estado de marchar. Tambien dos oficiales le acompañaban.

No le seguiremos paso a paso porque seria repetir en su mayor parte lo que relatamos anteriormente.

Diremos sin embargo que la marcha de esta corta cantidad de jente no fué tan penosa como la del batallon porque en Chicla se les proporcionó unos pocos animales para llevar los equipos de la tropa.

Además, cuanto menor es el número de una tropa que marcha, menores son las dificultades que se ofrecen en el camino: hai ménos paradillas, ménos tropiezos y es ménos difícil hallar alojamiento.

Diez dias despues de haber salido de Lima, y habiendo dejado de marchar solamente uno, que sirvió para descansar en Tarma, llegó Soler al fin de su viaje, a la poblacion de Huancayo.

En esta ciudad de La Sierra estaba el batallon Setiembre.

Ahí, sin tener noticia de la costa, o sea del resto del mundo, sino de tarde en tarde, la llegada de álguien que fuera de Lima era un acontecimiento. Cada cual esperaba recibir cartas de su familia o amigos, y diarios, o por lo ménos saber qué sucedia en la tierra cruzada por ferrocarriles y telégrafos, allá en el concierto de la

jente civilizada, el ruido de cuya resonante orquesta solamente trasmontaba los Andes al paso tardío de la mula de carga.

Apénas entró en Huancayo se vió Soler rodeado de sus compañeros que acudieron a saludarlo.

Sin apearse de su caballo se dirijió a la casa ocupada por el coronel para darle cuenta del resultado de su comision y dejar ahí la correspondencia que traia para el cuerpo.

Cuando un batallon chileno se encontraba expedicionando por La Sierra, la correspondencia que le iba de Chile se acumulaba jeneralmente en Lima hasta que se presentaba una oportunidad para hacerla llegar a su destino. De esta manera sucedia que la tropa recibia al mismo tiempo las cartas que de Chile habian partido en cuatro, seis o más vapores distintos.

El capitan Soler habia llevado un gran saco de cartas. Pronto fueron éstas entregadas a sus dueños, y aunque en su mayor parte eran de fecha algo atrasada, la tropa y los oficiales las leian con el interes que inspira la familia ausente.

Miéntras el capitan recien llegado cumplia los quehaceres que le correspondian, tales como los que dejamos dicho y los de entregar con sus respectivas listas la tropa que traia, etcétera, decia a los compañeros que lo rodeaban:

—Cumplí su encargo.—Arreglé tu asunto.—Ví a la persona.—No se pudo hacer nada...—Te traigo una carta.

Estas frases iban dirijidas a diferentes oficiales.

Cuando estuvo desocupado se dirijió a una pieza habitada por Lostan y Orrego con quienes iba a seguir viviendo.

Ahí fué dando cuenta del resultado de sus dilijencias a cada uno de los que le habian encargado algo. Sentado en un banco, sacaba de una bolsa varios objetos y pequeños paquetes que daba a los oficiales para quienes los traia.

Interin decia:

—Déjeme, teniente Alvar, desocuparme de estos *pololos*... hablaremos en seguida.—Con ustedes, Aliaga y Orrego, tengo que hablar largo... muchas cosas que contarles...

El batallon estaba dividido en dos partes cada una de las cuales ocupaba distinto cuartel; los oficiales habitaban en casas próximas a sus compañías. Así como en Tarma, las de Soler, Lostan y Orrego, estaban juntas y tambien lo estaban sus oficiales.

Hasta el dia de partir para Lima, Soler habia estado arranchado con estos dos capitanes. A su regreso naturalmente continuaria con ellos.

—Desocúpate pronto. Soler,—dijo Lostan que era uno de los oficiales que estaba con el compañero recien llegado;—el almuerzo te espera, y ya han dado las doce.

—Voi allá,—costestó Soler levantándose del banco;—ya he concluido... solamente quiero ántes hablar una palabra con el teniente Alvar.

Y cojiendo a éste de un brazo lo llevó hasta una pieza contigua donde estuvieron solos.

—No me he olvidado de su encargo, teniente,—le dijo.

—Gracias, capitan; ¿qué logró saber?—preguntó Alvar con emocion.

—Envié un muchacho a quien conozco para que fuera a noticiarse en la calle Zamudio.

—¿Y que averiguó?

—Que Lucía y su familia salieron de Lima hace más de dos meses.

—¡Entónces Lucía volvió a casa de su padre!

—Así parece. Por los vecinos supo mi enviado que el padre, la tia y la niña habian partido, se decia que para Pisco. Aunque no supieron decir la fecha precisa en que sucedió aquello, es de creer que fué a los pocos dias despues que el batallon se vino para acá. De lo que no hai duda es de que Lucia volvió a casa de sus padres y marchó con ellos. Una vecina le dijo al muchacho a quien yo envié que ella les habia acompañado hasta la estacion del ferrocarril.

—Seguramente su padre logró encontrarla en el hotel donde yo la dejé.

—No; fuí a ese hotel y hablé con el mozo. Ayudándole a hacer memoria por lo que usted me habia contado, recordó que la niña estuvo en el hotel hasta la noche, pagó el valor del alojamiento y salió sola a la calle.

—A casa de su padre, talvez.

—Es de presumirlo. Las noticias que le traigo me parece que no son malas. Lo que más temia usted era que encontrándose Lucía sola fuera arrastrada hácia algun precipicio fácil de adivinar... una niña hermosa abandonada en medio de la calle sin dinero, sin amparo, no es menester se

mui malicioso para sospechar los peligros que corre y la suerte que le espera.

—Es la verdad; eso era lo que yo más temia. Ahora puedo estar más tranquilo, aunque quizá no volveré ya a verla...—contestó el teniente ahogando un suspiro.

—Tambien era aquéllo lo que yo temia, y por eso he tomado cartas en este asunto. Así, teniente, como se lo he dicho, se lo repito con la rudeza del soldado en campaña: no he querido protejer sus amores, sino evitar para esa desgraciada niña un mal mayor. Aunque no me creo con derecho para recidenciar la conducta de usted, como compañero puedo hacerle algunas observaciones. Saca usted a una niña que vive tranquila en su hogar; hai algunas horas de placer; luego queda ahí sola en un hotel; pasa un dia de martirio como es de suponerlo, sin comer siquiera... así me lo dijo el mozo del hotel; sale en seguida a la calle entregada a su suerte, deshonrada, abatida, calenturienta, desengañada del mundo cuando se halla en la primavera de la vida en que todo sonríe, como le sonreia el dia anterior... y ahora todo lo ha perdido... si regresa a su hogar, ¿podrá ser tan feliz como lo era ántes de su desgracia? ¿no tendrá siempre encima la mirada severa de su padre cuyas canas ha deshonrado? ¿las caricias paternales no se cambiarán en acrimonia perpetua?... y luego los semblantes ásperos, las miradas ceñudas, los malos tratos, las palabras acres... en fin, el hogar convertido en una prision... ¡es mucha desdicha para una niña que empieza a vivir!

—Todo eso lo comprendo. Bien sabe usted que si las cosas tomaron tal rumbo no fué por culpa mia; si yo hubiera sabido que íbamos a partir de Lima, mui léjos hubiera estado de sacar a Lucía de su casa.

—Lo creo. Pero, usted recordará lo que a menudo dice Lostan: "Un militar en campaña no debe tener deudas ni compromisos, de manera que esté siempre listo para recibir un balazo sin dejar nada atras." No era difícil prever lo que le sucedió a usted: una marcha impensada es cosa corriente en la vida que llevamos. Por eso nosotros, expuestos constantemente a tales emerjencias, no debemos contraer compromisos serios de los cuales dependa, si no ... vida, la suerte de una persona que no ... cometido otro delito que amarnos demasiado. Tal vez estará usted pensando que ... soi el diablo predicador. No pretendo pasar por un santo, pero no me gusta mortificar a los que nunca me han hecho daño. En fin, espero que no tome a mal cuanto le he dicho: es la opinion de un compañero.

—Lo reconozco...—balbució Alvar quedando pensativo.

La voz de Lostan se dejó oir desde la habitacion vecina gritando:

—Soler, ya está listo el almuerzo.

—Voi allá,—contestó el capitan.

....

Un momento despues se hallaba en una pieza que servia de comedor.

Una mesa y un par de bancas allegadas a ella era el mueblaje.

Solamente un cubierto habia en la mesa, pues todos habian almorzado un par de horas ántes.

Soler, Lostan, Orrego y Aliaga se sentaron en las bancas.

—Bonita cara tiene la cazuela,—dijo Soler mirando el plato que le habia sido servido.

—La gallina mas gorda que se encontró en el pueblo perdió la vida y cayó a la olla en celebracion de tu feliz arribo,—respondió Lostan.

—Entónces esto tiene semejanza con la parábola del Hijo Pródigo...... Pero voi a tener que comer yo solo a lo que veo.

—Como no sabíamos que venias, almorzamos hace poco... te acompañaremos con una copa de vino.

—A no ser que Aliaga quisiera hacerte compañia en lo sólido.

—Vamos Aliaga, acompáñame, mira que esta cazuela está como de mano de monja.

—Hombre haz un empeñito...

—No me estén embromando.

En ese instante apareció un asistente trayendo otro cubierto y otro plato de cazuela que colocó delante de Aliaga.

Todos se reian.

—Ustedes quieren embromarme,—dijo Aliaga;—pues no les desairaré la broma...

Y se puso a comer añadiendo:

—Ni les diré que es broma de mal gusto... sino mui sabrosa... está de chuparse los dedos...

La charla continuó miéntras almorzaba Soler y miéntras Aliaga reforzaba el almuerzo que habia tomado en la mañana.

Cuando llegó el momento de tomar el café, Soler dijo sonriendo:

—Aunque Lostan está presente, creo

que podré dar cuenta de la visita que hice a la calle de Ibarola.

—Si hai secreto de por medio, me retiro,— expuso Lostan.

—Los interesados resolverán.

—¡Qué ocurrencia!—dijo Orrego.

—Habla no más,— añadió Aliaga,— aquí estamos en familia.

—Me ví con las dos ninfas...... trataban de consolarse de la ausencia: a Elisa la hallé cantando.

—¿Y a Cármen?

—Bailando.

—¿Quiénes estaban con ellas?

—Amigas.

—¡Ah!

—Y amigos.

—¡Uf!—exclamó Lostan.

—Pero eran amigos de mucha confianza; uno de ellos tuteaba a Elisa. Tuve ocasion de observar eso porque permanecí en la casa hasta las cinco de la mañana, hora en que me retiré; pero la jarana continuaba en su punto aún. No reparé que a Cármen la tuteara alguno de los presentes; pero a uno le oí quejarse de que aquella locuela le habia mordido los labios...

—Seria por equivocacion,—dijo Lostan mui serio.

Orrego estaba un poco amoscado.

Aliaga parecia vacilar, pero luego soltó una carcajada y exclamó:

—¡Suficiente con lo que me has contado!... en eso la conozco... tambien esa diablilla me los mordió a mí una vez y me tuvo dos dias sin poder fumar.

Todos rieron de la mejor gana, incluso Orrego que tomó el partido de hacer lo mismo.

Mil chanzas se cruzaban.

Lostan decia:

—Dos meses de ausencia era un plazo mui largo para unas niñas tan sensibles como aquéllas. El tiempo de la juventud pasa mui lijero para perderlo suspirando por un ausente. El corazon ardiente de una jóven necesita otro que esté latiendo junto a él y no a sesenta leguas de distancia y con la Cordillera de los Andes de por medio... Pasando a otra cosa, ¿qué se dice, Soler, de nosotros en Lima?

—Que haremos una expedicion a Ayacucho.

—¿Es un hecho?

– Así se corre.

—Hasta allá no ha llegado todavía ninguna fuerza chilena.

—Seremos los primeros.

—Ya se habla de que los montoneros nos pondran obstáculos en todo el camino.

—Apropósito,—dijo Orrego alzando la voz;—te contaré que hemos tenido noticias del Corso, del individuo del retrato.

—¿Qué han sabido?

—En dias pasados fuí a La Banda con mi compañía porque habia aparecido una montonera. Hubo su tiroteo. La mayor parte de los montoneros huyeron. Entre los que corrian, Peralta dice que reconoció al Corso por el caballo y la manta. Muchos cayeron, pero él se salvó por el caballo.

—Bueno será que no ande exponiendo mucho el pellejo en sus correrías si es que pretende cumplir su amenaza de darme un balazo.

—Así es; estuvo en un tris que lo pilláramos, y como ni los montoneros con nosotros ni nosotros con ellos entendemos de palabras sino de obras, no habria podido contar el cuento. ¿Y lograste averiguar algo en Lima relativo a aquel sujeto?

—Les contaré el resultado de mi entrevista con Luisa ya que ustedes saben parte de la historia.

Soler se puso a hacer la narracion de lo que habia hablado con la jóven viuda.

Concluida que fué, los cuatro compañeros se entregaron a diversas conjeturas; pero sin acertar con la verdad, y continuaron conversando hasta la hora de la llamada que se hizo esperar poco.

XXIX

Estadía en Huancayo.

Pocos dias despues se hacian los preparativos para emprender la expedicion de Ayacucho.

Dos meses ántes, en el mes de julio, el caudillo Cáceres habia sido derrotado en Huamachuco, y del desastre de su ejército habia logrado escapar él en el lomo de su caballo corriendo hácia el sur de La Sierra, hasta más al sur de Huancayo que era el más meridional de los pueblos ocupados por fuerzas chilenas en La Sierra.

La Sierra, como se sabe, es el nombre que se da en el Perú a una gran parte de su territorio que está al oriente de la Co. dillera de los Andes.

La presencia del tenaz caudillo hiz cundir las revueltas y montoneras que t

-nian infestadas las poblaciones de aquella parte de La Sierra.

Hasta media jornada de distancia de las guarniciones chilenas llegaban las guerrillas en sus correrías. A menudo habia que estar mandando pequeñas fracciones de nuestras fuerzas para dispersarlas, lo cual siempre se conseguia, pero nunca con un resultado definitivo, pues pronto volvian a aparecer, si no las mismas, otras nuevas, ya por un lado, ya por otro.

Quienes más sufrian con las montoneras eran los habitantes tranquilos de los pueblos, puesto que se veian obligados a sostenerlas dándoles recursos y hospedaje, y exponiéndose a ser cruelmente tratados cuando no se apresuraban a satisfacer su exijencia.

El ejército chileno sólo tenia que sufrir las molestias de hacer marchar algunas compañías o fraccion de tropa siempre que las guerrillas se aproximaban mucho. Sin embargo, en los continuos encuentros y tiroteos, ora resultaba un soldado herido, ora uno muerto, y aunque las pérdidas de los montoneros eran dobles, triples y a veces décuplas o más todavía; gota a gota nuestras mermas iban ya formando una regular suma, y a la larga aquello debia hacerse sentir.

Nuestro ejército podia mui bien haber permanecido en sus guarniciones sin molestarse; los enemigos no se atrevian a llegar hasta él. Pero como su mision era pacificar aquellos pueblos, se veia en la necesidad de hacer repetidas excursiones.

Se tenian noticias de que entre Huancayo y Ayacucho Cáceres habia encontra- nuevos adeptos, logrando formar un ejército con aspecto regular además de las montoneras.

Una expedicion a Ayacucho podia tener por objeto pacificar los pueblos por donde pasara, y atacar a Cáceres, si es que éste se decidia a presentar combate. Además en aquel tiempo otro ejército chileno iba a marchar sobre la ciudad de Arequipa: la existencia de fuerzas nuestras en Ayacucho era conveniente para cortar la retirada al enemigo hácia el norte.

Sin querer entrar en explicaciones que tenecen a la historia, hacemos sólo es- observaciones, necesarias para la clarid de nuestro relato.

Los preparativos para emprender la ex-dicion eran principalmente conseguir el yor número posible de bestias de carga para aliviar al soldado del peso de su equipo en la marcha, y para conducir a los que se fueran enfermando y los que resultaran heridos.

Ya el Setiembre en sus excursiones habia logrado juntar algunos animales quitados en su mayor parte a los montoneros; a la reunion de aquellos cuadrúpedos se le daba pomposamente el nombre de caballado. Al cuidado de un oficial y alguna tropa se la mandaba pastar en los potreros cercanos.

La tal caballada era una asamblea de humildes borricos entre los cuales sobresalian las cabezas de algunas mulas y de unos pocos caballos que relinchaban de pena al verse en tan mala compañía.

....

Huancayo es una ciudad de poca extension. Sus habitantes son casi en su totalidad de raza indíjena o mestizos, pero domina en ellos la sangre de los incas; su cútis cobrizo lo deja notar a primera vista.

Las mujeres usan sombreros de pita o de paño, y *liclita*, especie de mantilla de bayeta que se ponen en la espalda, dos de cuyas puntas pasan por los hombros para juntarse y ser prendidas sobre el pecho; una saya de una tela tejida por ellas mismas completa el traje, que no es bastante largo para ocultar sus piés descalzos.

En cambio los hombres que por allá deben ser más delicados de piés que las mujeres, usan no solamente calzado, sino tambien medias; su calzado que llaman *shucui* es una suerte de sandalias. Los *cholos* son hombres que han puesto en planta el arte del buen vivir: sus mujeres tejen medias y ellos se las ponen, ellas hacen chicha y ellos se la beben, ellas ganan dinero trabajando y ellos se lo gastan divirtiéndose; ellas son amantes y fieles, y ellos les corresponden administrándoles de cuando en cuando algunas respetables tundas... ¿Ellas los odiarán al verse aporreadas?— ¡Nada de eso! es para ellas la mejor prueba del cariño marital, y la pagan con nuevas atenciones, obsequios y caricias...

Cholos se llama a los mestizos de indio y blanco.

Tambien se ve en las calles de Huancayo algunas indias o cholas de capuz, especie de camisa de jerga negra que se ponen a raiz de las carnes y que les cubre desde el cuello hasta las rodillas, dejando ver la piel cardada de sus brazos y piernas; aquel sencillo traje que no tiene una pulgada

más de lo estrictamente necesario, se sujeta por un ancho cinturon de cuero lleno de dibujos. Dicen que aquel capuz es luto que llevan por la muerte de... Atahualpa: más de trescientos años, ¡es llorar a un muerto! Pero al fin y al cabo aquellas infelices al llorar el horrible sacrificio de su inca lloran su dicha perdida, arrebatada por la "civilizacion", que se presentó a sus ojos con un garrote en la mano...

La jente blanca de la poblacion forma corto número, y es compuesta principalmente por los comerciantes, dueños de tiendas y pulperías.

Los atractivos que ofrecia aquella sociedad a los del batallon Setiembre, eran mui reducidos. Las familias se encerraban en sus casas sin querer mantener relaciones con los chilenos, para lo cual no les faltaba razon, puesto que cuando estos partieran volverian los montoneros y les harian pagar su amabilidad con cupos y otras gabelas.

Para matar el tiempo los oficiales no tenian otra cosa, que conversar entre ellos o ir a tomar helados a mediodía, miéntras calentaba el sol, porque fuera de esa hora no necesitaban más refresco que el que pródigamente les proporcionaba el aire.

Los que lograban conseguir libros, leian; pero éstos no eran mui abundantes, y en los mostradores del comercio a los sumo podia comprarse algun silabario o catecismo...

Varios solian reunirse en una especie de café que tenia, además de un mediano surtido de botellas, un billar. Ahí a la luz de una lámpara no mui clara se hacian algunas carambolas por los pocos que podian jugar a la vez; los demás miraban sentados en un banco hasta que se aburrian y se iban a sus habitaciones.

Desde que positivamente se supo que pronto se marcharia sobre Ayacucho, algunos oficiales hicieron traer sus caballos del potrero donde pacia la caballada para cuidarlos en sus casas, y principalmente para estar seguros de tenerlos el dia de la marcha: no era raro que a última hora al moverse toda la pandilla cuadrúpeda se extraviara alguna bestia en medio de la confusion, y para evitar ésto convenia tomar aquella precaucion.

Uno de los precavidos fué el capitan Lostan que era ahora dueño de un caballo overo comprado por él en Jauja, pues la mula que traia desde Chicla habia decaido mucho con la marcha, tanto en pujanza como en gordura, y el capitan hubo de despojarla del honor de cargar su persona dándole la tarea ménos honorífica, pero más liviana, de soportar solamente el peso de su equipo y el de su asistente en los viajes.

Teniendo ya su caballo en la casa donde vivia, pensó Lostan que seria mui cauto tener tambien ahí la mula. Fácil le era hacerla venir, pero quiso ir él mismo a buscarla al potrero, lo cual le serviria de paseo.

Hizo ensillar su caballo y pidió otro prestado a un compañero para hacerse acompañar de su asistente.

Para llegar al potrero habia que salir como una milla fuera de Huancayo en direccion a Concepcion.

Lostan fué allá y despues de buscar su mula un largo rato ántes de encontrarla entre las demás bestias, la envió a la poblacion con su asistente.

Quedóse una hora más conversando con el oficial de la caballada y tomando algunos tragos de chicha de maiz, bebida a la que como casi todos sus compañeros se habia acostumbrado en La Sierra.

En seguida montó a caballo y tomó el camino de Huancayo.

Tuvo que andar por un sendero algunas cuadras hasta salir a la via principal demarcada por largas hileras de matas de pita.

XXX

El capitan Lostan encuentra algo que le gusta.

Apénas Lostan hubo llegado al camino divisó venir dos jinetes. Fijó en ellos una mirada y detuvo su cabalgadura.

Aunque se hallaban aún bastante léjos, pudo notar que el jinete de la derecha venia montado a horcajadas y el de la izquierda llevaba las dos piernas a un lado.

Esto para cualquiera querria simplemente decir que el de la derecha era un hombre, y el de la izquierda una mujer; pero Lostan que estaba al cabo de las costumbres de La Sierra pensó de este modo:

—Aquella mujer no es una chola: las cholas montan a caballo como los hombres, abriendo las piernas más que una tijera: es una dama civilizada, fruta no mui

abundante por estos mundos; vale la pena de esperar para verla.

Se puso a encender un cigarrillo y aguardó.

Como solian hacerlo en los viajes por La Sierra los militares chilenos, Lostan se habia puesto una manta y un sombrero de paño, así es que mostraba el aspecto de un paisano.

Poco a poco, a medida que se acercaban los dos jinetes, el capitan notó que la dama traia un sombrero negro de paja y de él pendia un velo que le cubria completamente el rostro.

—Una chola no tiene miedo de que el sol le queme el cútis,—pensó;—ésta no debe de serlo... será tal vez alguna hermosa jóven que teme por su epidérmis... con tal que no sea alguna vieja que se pone velo por miedo de que en el camino se le rellenen con tierra las arrugas... en fin, trataremos de saberlo... en todo caso poco se perderá...

El compañero de la dama era un individuo que representaba unos cincuenta años; vestia sombrero de pita y manta de vicuña, lo cual dejaba ver que era persona acomodada.

Cuando pasaron frente a él, Lostan les hizo un saludo, y haciendo mover su caballo fué a colocarse al lado del jinete masculino.

Este acto era mui natural de parte de una persona que parecia encontrar viajeros que seguian su mismo camino.

—¿Va usted para Huancayo, señor?—preguntó el capitan.

—Sí, vamos para allá.

—Vendrán ustedes de Concepcion.

—Hemos pasado por ahí, pero venimos de más léjos, de Jauja.

—Se conoce, efectivamente, por los caballos; parecen algo cansados.

—Es que llevan dos dias de viaje; ayer salimos de Tarma.

Abierta la conversacion, continuó versando sobre los caminos, el tiempo, los alojamientos, y cosas semejantes. La dama tambien tomó parte en ella, y el capitan reparó que tenia una voz clara, voz de jóven; pero siempre le quedó la duda de que debajo de su velo podia ocultarse la cara de un endriago.

Ella iba a la izquierda de su compañero y Lostan a la derecha, lanzándola continuas miradas.

Seguramente adivinaba los pensamientos poco favorables para ella que jiraban en el celebro del capitan. ¿A qué mujer le gustará que hagan falsos juicios en menoscabo de su hermosura? ¿Y cuál querrá quedar bajo el peso de ellos si fácilmente puede desvanecerlos? Ello es que fuera por un motivo o por otro, la dama al cabo de un momento alzó el velo y se puso a abanicarse con un pañuelo, diciendo:

—Hace calor.

Entónces pudo Lostan observar que el rostro de la jóven, si no hermoso, era por lo ménos bien parecido y simpático.

Luego tornó ella a bajar su velo, pero ya el capitan habia visto lo suficiente para mostrarse más atento y amable aún.

Estaba como a dos cuadras nada más de distancia del sólido puente de piedra que hai a la entrada de Huancayo, cuando Lostan al ofrecer un cigarrillo a su interlocutor dejó ver algunos botones de su uniforme.

—¿Es usted militar?—preguntó éste con cierta sorpresa.

—Sí, pertenezco al batallon Setiembre,—contestó el oficial.

Los viajeros guardaron silencio.

Lostan miró a la dama para ver qué efecto le producia aquella declaracion, pero nada pudo leer en su semblante puesto que lo llevaba cubierto. Sin embargo no se le ocultó que tal vez no le gustaria entrar en la poblacion en compañía de un militar chileno, que aunque no tenia visible su uniforme debia ser conocido por lo ménos de vista en la ciudad.

Dejó pasar un instante y luego dijo:

—Ya estoi cerca de mi cuartel que se encuentra al lado de acá del puente, junto a él; voi a adelantarme porque tengo algo que hacer.

Lostan se despidió del viajero dándole la mano. En seguida haciendo pasar su caballo al lado en que estaba la dama la tendió tambien la mano diciéndola:

—De súbito me siento impulsado a entrar en la poblacion para averiguar algo que me interesa mucho; pero como no puedo hacerlo con este traje de paisano, voi a adelantarme para cambiarlo.

Estrechó suavemente la mano enguantada de la dama y partió espoleando su caballo miéntras ella quedó seguramente tratando de interpretar aquellas palabras.

Frente al cuartel donde estaba la compañía de Lostan se hallaba su casa. El capitan entró en ésta sin apearse.

En el patió habia algunos asistentes de los oficiales que ahí habitaban.

Dirijiéndose a uno de ellos, dijo:

—Tráigame mi képis y deje en mi pieza esta manta y este sombrero.

Y se sacó estas prendas dándoselas al soldado.

Pronto regresó éste trayendo lo pedido.

Lostan se encontró de uniforme y en estado de andar por las calles de la poblacion, pues no era permitido a un militar pasearse por la ciudad vestido de paisano.

Desde el patio de la casa donde estaba veia por la puerta de calle a los que pasaban por afuera.

Con la vista fija esperó divisar a los jinetes que debian venir mui cerca.

En efecto; luego pasaron.

La dama volviendo la cabeza dejó conocer que miraba hácia adentro.

—¡Malvado velo que no me deja ver qué cara me pone!—murmuró Lostan.

El marco de la puerta ocultó pronto a los viajeros.

Dejó correr el capitan un par de minutos. En seguida salió hasta la calle.

Aquellos habian pasado ya el puente y sus cabalgaduras seguian caminando rectamente.

El oficial esperó que hubieran avanzado más de una cuadra, y dándole una suave palmada en el pescuezo a su caballo, lo hizo andar al paso.

Interin se decia:

—Por la conversacion he sabido que son padre e hija, que pasado mañana continuarán su marcha hasta Huancavelica y que aquí se alojarán en casa de una vieja. Esta será alguna de las que viven en este pueblo a puerta cerrada, de manera que puedo contar como seguro que no lograré verme con la del velo... y es tan simpática... la única persona que me ha llamado la atencion en estas alturas... En fin, veremos lo que se pueda hacer.

Los viajeros continuaban su marcha, y la dama de cuando en cuando volvia la cabeza para atras.

—Es indudable que me ha visto... me mira... esto no va estando tan malo... Ya prontamente han de llegar a la casa donde se dirijen, pues la ciudad no es tan grande...

Efectivamente, algunos minutos despues se detuvieron ambos frente a una puerta que luego se abrió.

Lostan apuró su caballo.

Algunas personas salieron a recibir con muestras de cariño a los viajeros.

El capitan vió que la dama volvia la cara hácia él, sin velo ahora, y le pareció divisar una sonrisa.

—¿Esta sonrisa será para mí o para las personas que salen a recibirla?—se preguntó Lostan.

Y tras de ésto vió que el padre y la hija entraban por la puerta y ésta se cerraba en seguida.

Prosiguió andando, y al pasar frente a ella murmuró:

—He ahí una puerta más tirana que el velo: el velo me ocultaba solo su faz; la puerta me la oculta de cuerpo entero.

....

Despues de lo anterior, varias veces pasó el capitan Lostan por frente a la casa que servia de hospedaje a los viajeros.

Las hojas de la puerta permanecian cerradas y lo mismo los postigos de las ventanas. Esto no era raro; muchas casas observaban igual sistema durante la estadía del ejército chileno.

En balde el oficial gastó sus zapatos en las mal soladas aceras; en balde gastó su paciencia conversando una hora con un italiano, en la tienda de éste, desde donde podia contemplar el mutismo y la obstinacion de aquella puerta y aquellas ventanas. Nada vió.

Por fin, para no hacerse notar paseándose por una misma calle, se puso a andar al rededor de la manzana en que se hallaba la casa por cuya puerta habia entrado la dama del velo.

—¡Cansado estoi de ver las paredes por fuera; yo las quisiera ver por dentro!

Así murmuraba él discurriendo algun modo de cumplir este deseo.

En una de sus vueltas se fijó en tres o cuatro casas que se hallaban deshabitadas.

Empezó a echar sus cuentas. Una de aquéllas debia juntarse por los piés con la que le tenia preocupado: estaba situada en la calle opuesta.

Entrar en ella no era difícil: era una casa medio destruida cuya puerta tenia por candado un cordel de pita.

Desató el cordel y entró

Esto no podia llamar la atencion de los vecinos porque era cosa corriente que los oficiales visitaran las casas desocupadas en busca de alojamiento para la tropa o para ellos mismos.

Anduvo hácia el fondo de la casa, donde llegó despues de cruzar varios patios.

Una muralla bastante alta impedia ver las casas vecinas.

Miró a todos lados tratando de descubrir alguna escala o madero u otro objeto que le sirviera para ascender: nada halló.

Se fijó entónces en un cuarto desde cuyo techo tambien podria verse para la vecindad; pero para subir a él se le presentaban las mismas dificultades.

Examinando aquel trozo de edificio que parecia ser un granero, notó que en uno de sus costados habia una escala de adobes para dar subida a un sobrado.

Sin vacilar trepó por ella.

El sobrado estaba oscuro.

Sacó de su bolsillo una caja de fósforos, encendió uno y a la luz de él entró.

Despues de gastar varios fósforos pudo descubrir que en el fondo del sobrado habia una especie de ventanilla triangular.

Inpeccionándola pudo saber que estaba sujeta por un pestillo oxidado. Valiéndose de su sable logró mover el pestillo.

La ventanilla se abrió y un rayo de luz inundó el sobrado.

Mirando hácia afuera, Lostan pudo ver el patio de una casa que quedaba a sus pies. Habia allí algunas plantas y unos pocos árboles; aquello parecia un jardin.

Sacando un poco la cabeza divisó a sus lados otros patios o huertos y algunas personas que se entregaban a faenas domésticas.

Se puso a echar cálculos y resolvió para sí que si la que deseaba ver no era la casa que tenia a sus piés, seria sin duda alguna de las vecinas.

Procurando no ser visto permaneció largo rato observando a las diversas personas que trajinaban por lo interior de las casas; pero en ninguna de ellas reconoció a los viajeros de aquel dia.

Ya comenzaba a anochecer cuando tomó el partido de retirarse no mui satisfecho del resultado de su pesquisa.

Salió de la casa atando la puerta con el cordel que hemos mencionado y anduvo hasta la esquina contando los pasos.

—Sesenta,—murmuró al llegar a ella.

Fuése entónces a la calle opuesta y desde la esquina anduvo llevando la cuenta de los os otra vez.

Al contar sesenta se hallaba frente a la a donde entrara la dama cubierta con el lo.

—No me he equivocado—pensó;—aunque los ángulos de las esquinas no sean rectos, no ha de haber tanta diferencia que esta casa no se corresponda con la otra.

Tuvo deseos de regresar al sobrado; pero estaba ya anocheciendo y comprendió que era preciso esperar el dia siguiente.

....

En la mañana próxima apénas se oyó el primer redoble del toque de diana, Lostan se levantó de un salto.

—¡Qué tiene Lostan que anda tan listo para levantarse!—exclamó Orrego al verlo.

—Me he clavado una espina en el pecho.

—¿Cómo se entiende éso?

—No doi explicaciones.

Se vistió y fuése en seguida a la cuadra de su compañía a pasar lista, y luego al ejercicio de armas.

Poco despues de las nueve estuvo desocupado y sin perder un minuto voló a la casa deshabitada, pasando ántes frente a la otra cuya puerta y ventanas continuaban cerradas.

Abrió la ventanilla del sobrado y con el pecho palpitante se asomó.

A duras penas pudo contener una exclamacion.

En el patio, jardin o huerto que tenia a sus piés divisó dos personas, dos mujeres.

Una de ellas perecia ir mostrando a la otra las plantas y flores que allí crecian; su traje y aspecto jeneral demostraban claramente que era una moza chola, que sin duda en aquella casa desempeñaba ese papel indeciso de la criada sin salario, mui en voga por aquellas alturas.

La otra vestida a la europea, era una simpática jóven que podria contar veinticuatro o veinticinco años. Sus ojos eran grandes y de expresivas miradas; sus facciones sin ser de una perfeccion irreprochable formaban un agradable conjunto. En ese momento llevaba suelta su abundante cabellera, y un peine prendido en ella.

Lostan no tuvo que mirar dos veces su rostro para reconocer el que el dia anterior habia visto sólo dos instantes en que se lo permitiera un denso velo.

La chola hablaba largamente en su lengua, y por los ademanes que hacia se notaba que sus palabras versaban sobre las plantas del jardin.

—La presencia de la chola me embroma,—se decia el capitan;—si me ve aquí lo hara saber en toda la casa, no hai duda,

y yo me quedaria en las mismas... mejor será tener un poco de paciencia.

La dama continuaba recorriendo el jardin guiada por la muchacha.

Por fin llegó a un sitio en que habia dos sillas. Un paño de manos colgaba del respaldo de una de ellas y sobre el asiento de la misma reposaba una palangana de loza.

La jóven se sentó en la otra. Luego cojiendo manojos de su negra cabellera comenzó a desenredar sus hebras con el peine.

La chola de piés junto a ella seguia hablando, y aunque Lostan la oia perfectamente puesto que distaba de él a lo más seis u ocho metros, no podia comprender sus frases porque eran dichas en lengua.

La dama le replicaba de cuando en cuando en el mismo idioma.

Por fin la muchacha pareció decir su última palabra y se encaminó hácia la casa dejando a la dama ocupada en la tarea de ordenar sus cabellos.

Apénas Lostan la vió quedarse sola, murmuró:

—No hai tiempo que perder.

I dió un lijero golpe en el marco de la ventanilla.

Al ruido la dama volvió la cabeza.

La vista del capitan pareció sorprenderla, a la vez que se ponia colorada instantáneamente.

Lostan la hizo un cortés saludo que ella contestó bajando la cabeza.

—¿Habrá amanecido usted mui fatigada con el viaje?—la preguntó.

Ella vaciló ántes de contestar. Miró a a todos lados como si temiera ver a alguien y al fin respondió:

—No mucho.

—¿Y su papá?

—Tampoco.

—En él no es raro; quizás estará acostumbrado a hacer viajes; pero para usted debe de haber sido mui molesta una caminata de veinte leguas a caballo en dos dias...

La dama parecia toda indecisa y cortada; nada contestó.

—Seguramente,—dijo Lostan tomando una pronta resolucion,—le ha desagradado a usted la indiscrecion que he cometido sorprendiéndola y dirijiéndole la palabra en momentos en que usted se ocupa de su tocado. Pero la vi a usted aquí y no pude resistir al deseo de la saludarla, sobre todo teniendo en cuenta que no me seria fácil verla en otra parte.

Lostan supo dar a su frase un acento adecuado a las circunstancias. La jóven le contestó con una expresiva mirada balbuciendo:

—No me ha desagradado, pero...

Y dejando interrumpida la frase levantóse de su asiento como queriendo retirarse.

El capitan se apresuró a decir:

—Ese pero me indica que no quiere usted oirme más.

La jóven pareció resolverse a dar una esplicacion.

—Si las personas de esta casa me ven hablando con usted me lo tendrán a mal...

—Lo creo, señorita; en esta ciudad las familias poco gustan de tener relaciones con los chilenos.

—Aunque no le fuera usted... este es un lugar casi solitario y no encontrarian propio que yo......

—Nada veo de impropio en que conversáramos un instante. En todo caso si lo que teme usted es que álguien juzgue mal, su temor es vano, puesto que nadie nos oye.

—Pero tambien las personas que haya en la casa donde está usted quién sabe qué pensarian.

—Nada pensarian puesto que aquí no hai nadie, nadie más que yo.

—¡Qué! ¿vive usted ahí solo?

—Le diré a usted con franqueza lo que hai en ésto. Esta casa se encuentra deshabitada y casi en ruinas. Ayer al despedirme de usted la dije que deseaba averiguar cierta cosa.

—Sí; no he podido adivinar que es lo que quiso usted darme a entender.

Esto dijo la jóven con prontitud, y al instante bajó la vista abochornada y como arrepentida de haber contestado esa frase, la cual dejaba entender que habia estado preocupada por las palabras de Lostan.

Al capitan no se le escapó nada de aquello.

—Lo que deseaba averiguar era el lugar donde se hospedaria usted. Deseaba poder verla aún otra vez. Como la puerta y ventanas de su casa permanecieran obstinadamente cerradas, me puse a discurrir algun modo de satisfacer ese deseo que cada vez sentia más imperioso.

En seguida le refirió cuanto habia hecho: sus paseos por la calle, el descubrimiento de la casa deshabitada, su larga permanencia en la ventanilla el dia anterior,

y todo lo que ya sabemos, ponderando su empeño y sus sentimientos.

La jóven poco a poco iba mostrando mayor interes en el relato y lo escuchaba sonriendo.

Cuando se concluyó, dijo:

—Pues ya ha cumplido usted su deseo, ya me ha visto, ya me ha hablado.

—Es la verdad, y por eso me siento tan feliz como un ánjel en el cielo.

—Qué ponderativo habia sabido ser usted.

—No pondero; al contrario, no encuentro palabras con que expresar a usted lo que siento, la impresion que usted me ha causado.

—Si apénas me vió un instante,—replicó ella casi riendo;—todavía yo le ví a usted más tiempo, a traves del velo......

—Comprendo; y no sintió usted impresion ninguna: eso le muestra que en el mundo no siempre se corresponden los sentimientos. Bastó ese solo instante, una sola de sus miradas, para que usted ocupara por completo mi pensamiento.

—Una cándida seria yo si le creyera.

—Ni diga tal cosa. ¿Por qué duda de mis palabras?

—¿Sabe que me gusta la pregunta? Para sentir todo eso que usted dice es preciso conocer algun tiempo a una persona.

—Eso sucede con los afectos tibios; pero las grandes pasiones, las verdaderas pasiones, nacen y se desarrollan de súbito.

El diálago continuó por un rato en términos análogos.

Al fin dijo ella:

—Por último; no me hable más de eso; usted sabe que mañana me voi de Huancayo.

Y le dirijió una mirada que estaba palmariamente en contradiccion con ese mandato.

Lostan no era tan dócil que obedeciera a la primera órden, y replicó:

—Imposible me seria cumplir lo que me pide; no podria hablar de otra cosa que de lo que me tiene lleno el pecho.

—Entónces me retiraré de este sitio.

—¡Eso no! estaré... callado todo el dia.

—¡Qué cosa!... usted habla como si yo fuera a quedarme aquí todo el dia...—dijo la jóven haciendo un mohin mui gracioso.

—No pretendo tal cosa; pero en el curso del dia dará usted alguna vuelta por el jardin.

—A mí me gusta ver las flores por la mañana; por eso quise venir a peinarme aquí. Pero en el dia no vendré para acá.

Y añadió la jóven lanzando al capitan una mirada llena de travesura:

—No tengo a qué venir.

—¿Quiere usted matarme a pesadumbres? Ya adivino lo que usted siente; pero sea bastante compasiva para no decírmelo. Es la verdad: a usted nada le importa que esté yo en este sobrado todo el dia esperando como una ánima del purgatorio.

—Con irse para su cuartel se libra de estar ahí.

—No lo podria hacer.

—¿Quién se lo impide?

—Una cadena misteriosa que me tiene aprisionado aquí miéntras tenga la esperanza de poderla ver a usted en este sitio.

—Pero estando ahí podrán verle las personas de la casa y quién sabe qué pensarian.

—No tenga usted cuidado; no siendo usted sola, al aparecer cualquiera persona me ocultaria.

En ese instante se oyó una voz que llamaba:

—¿Niña Rosa?

Y luego algunas palabras en *lengua*.

—Me llaman para ir a almorzar,—dijo la jóven y agrego gritando:—Voi allá.

—¡Se va usted ya!—exclamó Lostan con apagado acento.

—Sí, pues... déjeme irme...

—Pero regresará.

—No sé... quién sabe...

—Se lo ruego... no sea cruel conmigo... la espero aquí...

—Más tarde, más tarde... déjeme irme... adios...

—¿Me promete regresar?

—Sí, sí,—contestó ella echando a andar rápidamente.

Al llegar a un corredor desde donde iba a perder de vista la ventanilla, volvió la cabeza, y Lostan pudo ver una sonrisa en su rostro encendido.

—Es jentil,—murmuró el capitan viéndola desaparecer entre el follaje.—Ese «déjeme irme» que me repitió dos veces significa mucho; si yo encaramado en este granero sólo podia sujetarla con palabras, ella me ha dejado entender que mi voluntad algo podia en su persona, puesto que

me pedia que la dejara irse. Hagámonos cuentas alegres que nada se pierde.

Miró su reloj y comenzó a salir de aquel desvan.

Andando hácia la puerta de calle se sacudia la ropa que habia atrapado algun polvo y telarañas en el granero.

—Su nombre es Rosa: así llamaron,—se decia ínterin.—Ya es hora de almorzar; el amor no alcanza a matar el apetito, y que lo diga Aliaga para quien es un magnífico aperitivo. Miéntras ella almuerza haremos lo mismo.

Y salió a la calle.

XXXI

Un amorío interrumpido por una órden.

Tan pronto como concluyó de almorzar, el capitan Lostan tornó al sobrado.

No habiéndole indicado la jóven la hora a que vendria al jardin, se veia obligado a esperar sin certidumbre.

Pasó una hora, y aburrido estaba prometiéndose no admitir nunca más citas sin hora fija, cuando apareció ella.

—Temiendo estaba que no viniera usted,—la dijo.

—¿No le habia prometido regresar?

—Sí, pero temia... cuando uno está en mi situacion se ve lleno de temores.

La conversacion se entabló siendo esta vez más expansiva naturalmente que en la mañana.

De cuando en cuando Rosa decia:

—Pero yo no puedo llevarme todo el dia en el jardin.

Y sonreia; pero no se iba.

Con los colores más vivos que le ofrecia la paleta de su imajinacion, Lostan le pintaba el rápido desarrollo de su amor.

—¿Para qué me dice todo eso si mañana me voi de aquí?

Esta frase la decia ella a menudo y el capitan contestaba de diversos modos, ya asegurándole que eso no impediria que continuara amándola siempre, ya esperando que se volverian a ver o bien pidiéndole que no partiera.

Pero a esto ella respondia:

—Tengo a la fuerza que partir con papá.

Habia cojido algunas flores del jardin y se las habia tirado al oficial. Esto les habia proporcionado cierta diversion porque muchas de las tentativas de Rosa para arrojar las flores a la ventanilla salian fallidas: chocaban en la pared y caian al suelo; volvia ella a cojerlas y tirarlas riéndose de su mala puntería, y sólo al cabo de mucho trabajar llegaban a su destino.

Lostan tirándole un clavel de los que acababa de recibir le pidió que lo colocara en su cabellera. Ella accedió sonriendo.

Como se ve no se mostraba mui dengosa.

Le habia revelado su nombre, que aunque el capitan lo sabia por haberla oido llamar con él en la mañana, quiso cerciorarse y oirlo de su boca.

Lostan le habia dado una tarjeta suya pidiéndole que le escribiera si se presentaba alguna oportunidad.

Cuando se acercó la hora de la llamada, él la dijo que se veia obligado a ir al cuartel; pero que pronto volveria otra vez.

—Nos despediremos ya,—contestó ella.

—¡Ya!—exclamó Lostan suplicante;—¿por qué? todavia podemos vernos un momento despues de las cinco de la tarde.

—Si es verdad todo lo que usted me ha dicho, cuanto más tiempo me vea, más sentirá la despedida.

Lostan con gran elocuencia le probó que seria todo lo contrario.

—Pero no quiero,—dijo ella con gran elocuencia y bajando la vista,—no quiero hablar tanto, tanto, con usted... Pienso en que me voi mañana y ya no le veré más...

—Todo eso le será indiferente a usted.

—Si me fuera indiferente todo eso... no estaria yo aquí.

Al decir esto Rosa sonreia y Lostan hubiera querido pagarle con una dulce caricia aquellas palabras.

No pudiendo hacerlo desde el desvan en que se hallaba, se contentó con decir:

—Si algun interes le inspiro, demuéstremelo viniendo para acá despues de las cinco.

—Vendré un momento...

Por fin se oyó el toque de las cornetas que hacian oir la llamada y Lostan despues de hacer repetir su promesa a la jóven marchóse a paso largo al cuartel.

....

Miéntras Lostan esperaba las cinco de l tarde desempeñando las atenciones que l imponian sus deberes militares, solia mu murar:

—No me seria difícil, valiéndome de un cordel, descolgarme por la ventanilla y caer al jardin; pero... pero apénas divisara el descenso de mi persona alguna chola desde los patios vecinos, arremangándose la saya correria hasta el cuartel gritando: «¡Soldao está entrand a las cas!» lo cual no seria mui conveniente para mí.

Con efecto, si a un oficial se le hubiera sorprendido en un acto semejante habria sido severamente castigado, además del natural bochorno.

A la hora designada para continuar, puede decirse, la cita, Lostan se halló libre de sus compromisos.

Un momento despues estaba en el desvan mirando por la ventanilla.

Rosa no tardó en aparecer.

—Vengo solamente por un momento mui cortito,—dijo ella al estar cerca del capitan.

—Pero, ¿por qué tanta prisa?

—Hai unas visitas en la casa.

—Visita por visita, yo tambien lo soi.

Rosa se rió contestando:

—Lo mismo puedo decir yo: ¿me viene usted a ver a mí, o vengo yo a verlo a usted?

Y como arrepintiéndose de haber dicho esto, agregó incontinenti:

—Vengo sólo para darle el adios.

—Pero, esto no puede ser; usted me habia prometido estar un rato cerca de mí.

—Ya ve que no puedo.

—Si tengo aún tantas cosas que decirle.

—Hable usted.

Lostan se puso a hacer, como dicen los músicos, variaciones sobre el mismo tema. Habló del afecto que habia nacido en él, del sentimiento de la separacion y del recuerdo que guardaria eternamente.

Rosa le respondia con mayor expansion cada vez y le prometia acordarse de él; llegó hasta decirle:

—Más valiera que no lo hubiera conocido a usted.

Y tambien algunas otras palabritas tan significativas como ésas.

El capitan sentia de véras que fuera a partir tan pronto aquella jóven cuyo buen talante para oir y aun para contestar sus declaraciones le dejaba muchas esperan-

pronto dijo Rosa:

-Ya he tardado mucho; es preciso des-rnos.

—¿Tan luego?

—Me esperan.

—Entónces regrese cuando se vayan sus visitas.

—No se irán hasta la noche.

—A cualquier hora que sea, yo la esperaré aquí.

—No, no; mejor será despedirnos ya: adios, adios,—dijo ella haciendo un saludo con la mano y retrocediendo, como familiarmente se dice, a reculones.

—¡Un minuto más todavia! óigame, Rosa!

Habia tal acento de súplica en la voz de Lostan, que la jóven se detuvo y aun se acercó algunos pasos.

El capitan aprovechó esta buena disposicion para rogarle con el tono más tierno salido de su pecho que regresara todavía otra vez en la noche para decirle adios. La hizo ver que era una noche de luna y que nada tenia que temer, y acumuló mil elocuentes argumentos.

Al fin de mucho implorar logró sonsacarle la promesa de que vendria otra vez más al jardin por un breve instante.

Quedó convenido que esto seria despues de que se oyera el toque de retreta ejecutado por las cornetas que repecurtia en toda la poblacion.

Rosa se alejó volviendo repetidas veces la cara y dejando ver a Lostan tiernas miradas y sonrisas.

....

En el comedor de los tres capitanes que ya hemos mencionado se veia puesta la mesa.

Soler y Orrego se hallaban ahí.

—Ya está servida la comida, y aun no viene Lostan,—decia Orrego.

—En el segundo patio está,—replicó Soler.

—Estará viendo su mula; hoi se la trajeron del potrero. Pero ese no es motivo para que deje enfriarse la sopa.

Y asomándose a la puerta del comedor que daba a un patio, gritó:

—¡Lostan, la comida está en la mesa!

Una voz lejana se oyó respondiendo:

—Voi.

Esa voz venia de otro patio.

Ahí estaba Lostan con su asistente.

Tenia en sus manos un lazo de látigo a lo largo del cual habia estado haciendo pequeñas lazadas distantes medio metro unas de otras. Una de las puntas del látigo estaba sólidamente atada en la mitad de un

palo cuya lonjitud era la de un baston regular. Si se hubiera levantado aquel palo horizontalmente a cierta altura, con el látigo que en él estaba amarrado habria formado la figura de una T, siendo la raya vertical de ésta el látigo con lazadas, en cada una de las cuales podia caber el pié de un hombre.

Lostan miraba su obra y se decia:

—El palo, atravesado por dentro de la ventanilla... el látigo colgando... y yo bajando por él...

Y se le reia la cara.

En esta situacion se encontraba cuando oyó el llamado de Orrego.

Envolvió el lazo en el palo, mandó a su asistente dejarlo en un rincon de su pieza, y se fué al comedor.

—¿Qué hacias?... tanto demorarte en venir a comer...—le preguntó Orrego.

—Repasaba mis bártulos, — contestó Lostan con gravedad.

—¿Para qué?

—La curiosidad en la boca de un militar viene tan bien como un cigarro puro entre los labios de una colejiala. «Curiosidad, tu nombre es mujer,» bien se puede parodiar de esta suerte a lord Byron.

Orrego alzó los hombros y se puso a comer contestando:

—Vete al diantre con tu filosofía.

Durante la comida se charlaba entre plato y plato, para lo cual no faltaba tiempo a causa de la vajilla; hallándose ésta reducida a su más simple expresion. como dicen los estudiantes de matemáticas, habia de esperarse que se lavaran los platos entre guiso y guiso.

En medio de la conversacion, dijo Orrego:

—Hoi he recibido un regalo.

—¿En qué consiste?

—En dos baldes de leche.

—¡Jugoso regalo!

—Ya lo creo.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Los mandé a casa de una chola que conozco para que los convierta en un gran ponche de esos que llaman en Chile «padre *mercedario.*»

—Mercenario, querrás decir, Orrego.

—¿Maestrito?... lo que quiero decir es ponche en leche... ¿entendiste?

—Mucho mejor que ántes.

Aquí es de advertir que todavía no se habia publicado la duodécima edicion del Diccionario de la Real Academia que en su suplemento acepta el adjetivo *mercedario.*

—Esa chola sabe cantar en la vihuela; podemos pasar allá un rato esta noche,—agregó Orrego.

—Lo pasarán ustedes,—contestó Lostan;—pero yo no les haré compañía.

—¿Por qué?

—Tengo cierto asuntillo que me lo impide... sin embargo, puede ser que si me encuentro libre a tiempo vaya a probar un vaso de tu ponche.

—A propósito; en todo el dia poco se te ha visto, ¿dónde has estado?

Lostan respondió sentenciosamente:

—A la curiosidad, con el silencio.

—Estoi sospechando que tienes alguna intriga entre manos... alguna chola...

—¡Qué horror! ¿cómo puedes imajinarte tal cosa cuando sabes que cada chola con su gran sombrero redondo, su desgraciada *lliclla* y sus sayas puestas unas sobre otras como las hojas de un repollo, se me figura un lio mal hecho, una caricatura grosera de la mujer? Aquellas cholas con el pecho descubierto, desaseadas hasta la exajeracion y casi todas ellas con cria, con un hijo que llevan a la espalda como una mochila y a quien amamantan echándose al hombro uno de esos grandes odres que tienen en vez de seno. Todo eso en la calle, sin que les importe un bledo las miradas del público.

—No todas ellas son iguales.

—Pero se parecen.

—Además, tambien hai aquí algunas de raza blanca.

—Pero ésas se esconden en sus casas y poco se dejan ver de nosotros.

—En fin, ya estamos para irnos a Ayacucho; allá será otra cosa; dicen que hai otra clase de habitantes.

—Mucho lo dudo. En cada ciudad de La Sierra por donde hemos pasado he oido ponderar lo que sucede en otras, y a medida que las he conocido me he ido convenciendo de que todas son iguales o parecidas.

—Es la verdad.

Los capitanes guardaron silencio por un momento miéntras comian.

Al cabo de un rato dijo Orrego:

—Mui pensativo estoi viendo a Lostan.

—En efecto; estoi pensando...

—¿En qué?

—En algo que a cada uno de nosotro nos ha ocurrido desde que somos militares.

—¿Y es?...

—En los amoríos interrumpidos.

—Soler y Orrego soltaron una carcajada al ver la formalidad de su compañero para decir aquello.

—No hai vida más propensa a esa especie de interrupciones que la militar,—continuó Lostan;—sin ir más léjos, nuestra venida nos proporcionó un caso. La vida del militar en campaña puede llamarse artificial. En la vida civil, en la vida natural del hombre sucede que los amoríos tienen su principio y su desarrollo hasta llegar a un fin determinado, concluyendo en un matrimonio, en una querella, en unas calabazas, o en algo que ponga de acuerdo o desacuerdo a los interesados; cuando éstos encontrándose en la mejor concordia y armonía son violentamente separados uno de otro, y quedan sin poderse ver, hablar, ni comunicarse, llamo al caso amorío interrumpido. El militar en campaña está constantemente amenazado por esa clase de interrupciones: está uno tejiendo con la mejor suerte su telita: hai miradas, sonrisas, palabras que dan aliento, y cuando más esperanzas se tienen, cuando más enamorado se encuentra uno, suena la corneta... y adios: marche usted sin mirar para atras: hé ahí un amorío interrumpido, interrumpido por el rigor de la corneta. Ya saben ustedes lo que me aconteció con Blanca al salir de Lima; en aquella aventura iba yo navegando con viento fresco, iba al vapor; pero sonó la corneta, y marchamos para La Sierra, y aquel asuntillo quedó cortado, desbaratado, interrumpido; me acuerdo de ese caso porque ha sido el último, no porque haya sido el único, bien me lo sé yo, y bien lo saben ustedes que mil veces les habrá sucedido lo mismo... Mi suerte ha sido siempre desde que soi militar fatalísima para esto, y por lo tanto siempre estoi receloso...

Lostan cortó su discurso por la llegada de una persona.

Era el mayor del cuerpo quien venia.

Los capitanes ofrecieron asiento al mayor; pero éste rehusó diciendo:

—Vengo sólo por un instante. Capitan Lostan, va a salir usted inmediatamente con su compañía para ir al pueblo de La Punta, donde ha aparecido una montonera.

—Voi al momento,—contestó Lostan levantándose y poniéndose su espada.

—Sin perder un minuto. Las instrucciones son las de costumbre en estas circunstancias. Acabo de recibir la órden del coronel y recomienda prontitud; estaba yo comiendo, voi a concluir.

Y tras de esto el mayor salió.

—¡Qué a tiempo!—exclamó Lostan riendo, pero con mui pocas ganas, y avanzando hasta la puerta para llamar a su asistente.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Algun amorío interrumpido?—dijo Orrego que era mui suspicaz como sabemos.

—¡Me estaba avisando el corazon!

Orrego soltó una carcajada, diciendo:

—Dame las señas, iré yo en tu nombre.

—Gracias; no entiendo inglés.

El asistente acudió.

—Ensille al punto mi caballo y prepárese; vamos a salir con la compañía,—le dijo Lostan.

Y a toda prisa se dirijió a la cuadra de ésta que se hallaba a un paso.

Estaba ya anocheciendo.

La tropa se encontraba desocupada; algunos soldados echados en sus frazadas; otros en el patio conversando o fumando; varios en una especie de huerto que tenia el cuartel, dispersos o en cortos grupos haciendo alguna comidilla en pequeñas fogatas que habian encendido.

Entrando a la cuadra, Lostan halló al sarjento primero y le ordenó:

—Que forme la compañía con armas y equipo... El sarjento de semana que avise a los oficiales... ¡Vivo!...

El primero, golpeando las manos unas con otras, gritó:

—¡A formar con armas y equipo!... arriba!... El cabo de cuartel llame a los que anden en el patio...

Como si un resorte los moviera a todos, los soldados se levantaban, enrollaban sus frazadas, cojian sus armas; los que se hallaban afuera cortaban sus conversaciones, botaban sus cigarrillos, abandonaban sus fogatas lanzando una mirada de adios a sus comistrajos aun no cocidos, y todos corrian a armarse, equiparse y tomar su puesto en las filas.

Los oficiales de la compañía acudian mascando todavía, pues todos se hallaban en la mesa y habian interrumpido su comida.

Aun no habian pasado tres minutos y sólo estaba formada la mitad de la tropa, cuando Lostan empezó a dar las voces de mando.

—Compañía, atencion.—Tercien, ar.—Flanco derecho, a la deré.—Hileras a la izquierda, paso redoblado...

Al oir estas voces los que aun no estaban formados doblaban su prisa en ponerse su armamento y equipo.

Echó el capitan una mirada y viendo que sólo mui pocos quedaban por formar, dió la voz ejecutiva:

—¡Mar!

Y la compañía emprendió la marcha.

Los que todavía no estaban listos seguian la marcha arreglándose y andando a la vez.

No hacia cuatro minutos que Lostan recibiera la órden del mayor, cuando toda esa jente, cerca de cien hombres, que se hallaba tranquila y sin imajinarse lo que iba a suceder, marchaba en perfecto órden armada y equipada.

Al salir del cuartel el capitan se encontró con Soler y Orrego a quienes sin detenerse, les dijo:

—A mi asistente díganle que me alcance con mi caballo.

El mayor tambien habia acudido a ver desfilar la compañía y a dar algunas breves instrucciones al capitan sobre lo que debia hacer.

Lostan, acompañado de un corneta que acababa de juntársele, marchaba al frente de su compañía, diciéndose:

—¡Me quedé con el trabajo de haber preparado mi escala de látigo!

XXXII

Una excursion inútil.

Estaba comenzando a clarear.

Los cornetas en las puertas de los cuarteles hacian oir los alegres toques de la diana.

Por las calles de Huancayo se veian transitar algunas cholas que de prisa se dirijian a la plaza con el cuerpo encorvado llevando a la espalda su chiquillo y algun atado de legumbres o frutas, y en las manos cestos, ollas u otros utensilios semejantes; cargadas como acémilas.

La plaza se convertia en mercado a cielo descubierto.

Las cholas se iban sentando en el suelo, y poniendo al rededor de ellas sus frutas, legumbres, carnes, aves, etcétera, esperaban que los gastrónomos de Huancayo ocurrieran en busca de provisiones para el dia.

A esa hora se abrió la puerta de una casa que ya conocemos, para dar paso a dos personas.

Ambas estaban a caballo.

Algunas mujeres acompañándolas hasta el umbral de la puerta, se despedian de ellas con frases cariñosas.

Aquellas dos personas, o sea dos jinetes, eran un hombre y una mujer; ésta llevaba el rostro cubierto por un velo. Pero a pesar de eso el capitan Lostan habria reconocido en ella a Rosa.

En efecto, era ella y su padre.

Al encontrarse en la calle Rosa volvió la cabeza mirando a todos lados; tal vez esperaria ver a álguien.

Las cholas comerciantes solamente se divisaban.

Un suspiro se escapó del pecho de la jóven.

Su padre dirijió su caballo calle arriba y el de ella siguió al lado de éste.

Rosa parecia distraida a juzgar por la vaguedad con que respondia a las palabras de su compañero.

Aunque sus cabalgaduras caminaban pausadamente, pronto estuvieron fuera de la ciudad y continuaron avanzando por la via que conduce a Pucará.

....

A esa misma hora el capitan Lostan se encontraba en La Punta con su compañía.

Al llegar allá la noche anterior habia tomado sus precauciones haciendo que la tropa rodeara el pueblo para encerrar a los montoneros, si es que éstos aun estaban ahí, lo cual no era de esperar puesto que su táctica era rehuir el combate siempre que no se presentara en condiciones mui favorables para ellos, o batirse en retirada.

El plan preparado por Lostan se ejecutó con la mayor exactitud. Su compañía, dividida en cuatro fracciones entró al pueblo por diversos lados, y la montonera debia haber sido encerrada; pero... no estaba ya en el pueblo.

Segun lo averiguó Lostan entre los habitantes, habia huido de ahí más o ménos a la misma hora en que él salia de Huancayo con su compañía, de modo que debia estar ya mui léjos.

Esto no le causó extrañeza porque lo esperaba.

Era ya la media noche.

—Permaneceremos aquí hasta que an

nezca,—dijo Lostan a uno de sus tenientes; —los montoneros se han retirado temiendo seguramente que viniéramos nosotros. No podemos seguirlos porque nos llevan mucha delantera y van a caballo.

Puede ser que al aclarar vuelvan por aquí; así suelen hacerlo.

—Mucho lo dudo, pero ojalá lo hicieran para que no hubiéramos venido en balde.

Despues de tomar las precauciones necesarias para evitar una sorpresa, dejó el capitan que su tropa se entregara al reposo y echóse él mismo sobre un poncho en el suelo.

Apénas principió a clarecer fueron mandados algunos grupos de soldados a reconocer las cercanías.

Nada de sospechoso se encontró.

Poco despues de las seis de la mañana Lostan hizo emprender la marcha de regreso a su compañía, ajustándose a las instrucciones que habia recibido.

Montado en su caballo overo iba renegando de la montonera que a tan mala hora le habia hecho abandonar a Huancayo, y que ni siquiera lo esperaba para proporcionarle la satisfaccion de tener un tiroteo con ella.

Por su parte la tropa pensaba de igual manera: haber andado la mitad de la noche para desandar el mismo camino sin haber hallado enemigo con quien batirse, no era excursion mui halagüeña.

Llevaban ya más de una hora de marcha cuando Lostan divisó a lo léjos venir en direccion opuesta, dos jinetes.

Como es natural, en una compañía algun soldado ha de tener la vista más penetrante que los otros. Esta cualidad era mui apreciada y útil en las campañas de La Sierra, pues constantemente se necesitaba ver a larga distancia; el que habia sido más protejido por la naturaleza en esa facultad, era reconocido por todos y a menudo prestaba servicios de catalejo.

En la compañía de Lostan era un soldado llamado Muñoz el que se distinguia por su poder visual.

Apénas se divisaron los bultos de los dos jinetes, la tropa se fijó en ellos. Enemigos no podian ser porque venian aproximándose al parecer tranquilamente.

[illegible]stan habia sentido latir su corazon. [illegible]raba encontrar a Rosa y su padre, [illegible] aquel era el camino para Huanca[illegible].

[illegible]ijiéndose a un soldado, preguntó:

—¿Muñoz, qué jente es esa?

El catalejo viviente se llevó una mano a la cara que puso de pantalla sobre los ojos, y contestó sin vacilar:

—Un hombre y una mujer; la mujer viene en silla de señora.

El capitan pensó:

—Ellos son.

Poco a poco, a medida que se aproximaban, pudo convencerse de que no se habia engañado.

Lostan espoleó su caballo y se acercó a los jinetes.

—Qué casualidad,—dijo saludándolos, —que nos hayamos vuelto a encontrar en un camino.

—Efectivamente,—contestó el padre de Rosa.—¿Viene usted de Pucará?

—No, vengo de La Punta. Inpensadamente recibí órden ayer como a las seis y media de salir con mi compañía en persecucion de una montonera. Mucho fastidian estos señores montoneros con sus correrías, y aunque suelen pagar caro sus travesuras, siempre le incomodan a uno. Anoche, verbi gracia, tuve que echarme a correr caminos en circunstancias que debia haber pasado un rato con.....un compañero que hoi parte para Lima; no me alcanzó el tiempo ni para avisarle que salia con mi compañía.

Diciendo esto último Lostan dirijió una expresiva mirada a Rosa.

—De modo,—dijo ésta,—que su amigo le habrá estado esperando inútilmente.

—¡Quién sabe!

—Pero es temprano aún; quizás alcance a verlo.

—Dando un galope no me seria difícil encontrarlo en el camino; pero tendria que despedirme de él así....a la lijera; y me quedaban varios encargos que hacerle, o más bien dicho, me faltaba recordarle los que le habia hecho.

—Si es un buen amigo, se acordará de todo.

—Sin embargo, como no sé cuando volveremos a encontrarnos yo hubiera querido *verlo* para despedirme.

El capitan acentuó dulcemente la voz *verlo*.

Rosa haciendo retroceder un paso a su caballo, sirviéndose de una fusta que llevaba en la mano alzó una punta de su velo. Lostan pudo ver su rostro: habia una triste sonrisa en su boca, y en sus ojos un brillo

que parecia provenir de una lágrima. Esto duró un segundo: el velo volvió a caer.

El padre de la jóven para quién pasó desapercibido este incidente, dijo a ese tiempo:

—¿Y encontró usted a los montoneros?

—Habian partido ayer mismo; perdí mi viaje.

Esta entrevista no podia dudar mucho. Despues de cambiar algunas palabras más, dijo el viajero tendiendo la mano al capitan:

—No quiero demorarlo.

Era preciso despedirse.

Un apreton de manos al padre y otro a la hija era lo que le quedaba que hacer a Lostan.

Rosa con su manecita enguantada supo corresponder tiernamente a la presion de la mano del capitan.

Las cabalgaduras de los viajeros echaron a andar.

Lostan caminando en direccion opuesta para juntarse con su compañía que habia seguido la marcha ínterin, se volvia sobre la silla para ver el talle de la jóven que a sentadillas en su caballo se alejaba con su padre.

XXXIII.

En marcha hácia Ayacucho.

En la mañana del 13 de Setiembre de 1883 se encontraba formada en la calle principal de Huancayo la tropa que debia hecer la expedicion a Ayacucho.

El dia anterior en la tarde se habian hecho venir de los potreros las bestias de carga que debian aliviar a la tropa del peso de su equipo. Casi todas ellas eran de largas orejas y pelo ceniciento, lo que vale tanto como decir que eran asnos.

A cada compañía se le dió doce o quince de estos sufridos cuadrúpedos y tambien unos cuatro o cinco caballejos entecos y de intonsa crin.

Sobre el lomo de cada uno de estos animales ponian los soldados una media docena de rollos y morrales que sujetaban con pedazos de cordeles, de correas o de látigos, segun lograban encontrar.

Cada compañía destinaba algunos soldados para cuidar sus burros.

Todo esto se hacia en la mañana a tiempo de partir.

Las dificultades con que se tropezaba son fáciles de adivinar: careciendo de arneses, de enjalma, albarda u otro aparejo, ya una carga se aflojaba, ya otra se caia, a la de más allá se le escurria un rollo, y aquello era una larga historia.

....

La tropa expedicionaria que estaba formada en la calle y esperando el sonido de la corneta para romper la marcha, se componia de fuerzas de las tres armas: seis piezas de artilleria del rejimiento número 2; ciento cincuenta o doscientos hombres de caballería, una parte de Granaderos y la otra de Carabineros, y los batallones de infantería 3.º de línea y Miraflores.

Para proseguir con libertad nuestra novela, haremos que el batallon Setiembre de que venimos hablando sea uno de los dos expedicionarios, y al otro lo llamaremos *Rodriguez*, en recuerdo de uno de los dos más puros y más queridos héroes de nuestra independencia nacional.

Claramente comprenderá el intelijente lector que esta alteracion nos es necesaria al tratar de escribir una novela en que figuran hechos históricos y recientes, cuyos actores se encuentran vivos en su mayor parte.

Para amalgamar la historia con el romance nos veremos a menudo obligados a achacar a nuestros personajes de nombre supuesto acciones verídicas que siempre narraremos tal cual acontecieron, pero a fuer de discretos, cumpliendo con el refran que dice "contar el milagro pero no el santo." Tambien sucederá a veces que le achaquemos a un santo los milagros de otro o viceversa; mas, el milagro se contará tal como pasó, sin entrar en exajeraciones que le darian mayor interes, pero que le quitarian el mérito de la verdad.

Fácil nos seria hacer depender el éxito de las marchas, asaltos, tiroteos, etcétera, de alguna intriguilla romántica o cosa por el estilo, aquello seria mui novelesco y tal vez le daria cierto atractivo a esta narracion; pero tendríamos que falsear los hechos, y esto es justamente lo que no queremos. Aunque con pena hayamos visto y sigamos viendo en este libro languidecer el argumento y faltar la unidad de accion, no nos separaremos del camino que nos hemos trazado y continuaremos avanzando baj el peso de la historia, asi como los soldado del Setiembre trasmontaron los Andes ag

biados bajo el peso de su armamento sin separarse de él.

Forzoso no es declarar que nuestro propósito no es escribir la historia de las operaciones militares que figuran en estas pájinas, sino relatar de esas operaciones lo referente a la vida de campaña en sus detalles íntimos, cosa que no cabe ni puede caber en la mision del historiador; pero que se amolda perfectamente a la novela.

Hechas estas advertencias, seguiremos adelante.

....

Las fuerzas expedicionarias estaban formadas a lo largo de la calle en batalla.

La tropa descansaba sobre las armas, y los oficiales casi todos se encontraban montados a caballo. Por de pronto sus cabalgaduras dejaban mucho que desear por el aspecto; eran caballos o mulas de tristísima figura; sin embargo, estando recientemente salidos del potrero, se hallaban en regular estado de pujanza.

Como a las diez comenzó el desfile.

La descubierta era compuesta por alguna tropa de caballería.

Iba en seguida una compañía de infantería, que se llamaba compañía de vanguardia.

Despues dos piezas de artillería.

Estas fuerzas marchaban adelante para despejar el camino.

Dos o tres cuadras más atras venia el grueso de la division.

A retaguardia de cada batallon tenian sus puestos los burros cargados con los equipajes, arreados por soldados.

En seguida de la division se veia el bagaje, compuesto de una tropa de mulas que cargaban las provisiones, camillas y cajones de cápsulas.

Cerca de éste, unos cuatro o seis soldados de caballería arreaban un pequeño ganado vacuno para el rancho de la tropa.

Cerraba la marcha una compañía de infantería, designada con el nombre de compañía de retaguardia.

En esta forma salió de la ciudad de Huancayo la fuerza que marchaba sobre Ayacucho. Mil quinientos era próximamente el número de hombres que la componian.

Al mando de la division iba el coronel don Martiniano Urriola.

Cerca de medio siglo ántes, en 1838, las huestes chilenas habian paseado la bandetricolor por las elevadas alturas de La Sierra. Si la nieve de los Andes conservara las huellas que en ella imprime la planta del hombre, los soldados de 1883 en su marcha hubieran ido recorriendo las pisadas de los que hacia nueve lustros por ahí pasaron para ir a cubrírse de gloria en Yungai.

Uno de ellos, uno solo, hubiera reconocido la huella de su propio pié: era el coronel Urriola.

Fué el único que trascurrido un intervalo de medio siglo volvia a trasmontar los Andes llevando al cinto la espada con que se segara los laureles de Yungai.

....

La primera jornada iba a ser corta; la division pernoctaria en Pucará.

El camino era llano y ancho, atravesando el extenso valle en que se encuentra Huancayo.

La llaneza y anchura de la via no solamente hacia descansada la marcha, sino que ademas evitaba que las guerrillas enemigas pudieran molestar a la division en el trayecto.

Desde algunos dias ántes se tenia noticia de que los montoneros estorbarian con cuantos medios les fueran posibles el paso de lo expedicion.

Los vecinos de Huancayo ponderaban las dificultades que habria para tomar el puente de Izcuchaca reputado como inexpugnable, y tambien los peligros que ofrecian los desfiladeros en los cuales las guerrillas fastidiarian tenazmente y con multiplicadas ventajas a la division.

La marcha de la primera jornada se hizo sin más inconvenientes que el natural cansancio de la tropa, producido no tanto por la distancia recorrida, tres leguas, cuanto por el soroche que, aunque levemente, tambien se deja sentir en aquel paraje puesto que como toda La Sierra se encuentra a gran altura sobre el nivel del mar.

Fueron los burros quienes más dieron que hacer aquel dia. Si mui buenos servicios prestaban, mejores molestias ocasionaban a sus conductores. Ya a unos se les cortaban las correas, ya a otro se le desemparejaba la carga, ora éste queria salirse del camino que estaba sin cercar, ora aquel corria tras de una pollina dejando en el suelo sembrados los morrales y rollos.

Los conductores tenian que sudar para poner órden en el ganado orejudo.

El pueblo de Pucará se encuentra situa-

do en los confines del valle, sobre la falda de una colina. Sus casas amontonadas sin órden ni concierto, forman callejones tortuosos que siguen las sinuosidades del terreno.

Aquellas casas, o mejor dicho, aquellos ranchos, se veian en su mayor parte deshabitados.

Los alcaldes del pueblo con sombrero cónico de «panza de burro», manta indijena, calzon corto, medias largas y *shucui*, empnñando en la diestra el baston, insignia de su majistratura, acudian a recibir la division designando los ranchos en que podia alojarse.

A medida que los oficiales dejaban instalada la tropa de su compañía en algun rancho, buscaban en la vecindad de ella una choza o cuarto pequeño donde pasar la noche.

Tan pronto como tenian alojamiento hacian desensillar sus cabalgaduras y luego enviaban a buscarles pienso. Cada uno se preocupaba más de cuidar su bestia que de su propia persona. Era preciso atenderla con esmero para que pudiera alcanzar hasta el fin del viaje o que por lo ménos resistiera mayor trecho. No fué difícil hallar alfalfa y cebada: los cuadrúpedos aquel dia no debieron quedar descontentos.

Una vez atendidas las bestias, los asistentes ocurrian al rancho en busca de las raciones de sus oficiales. En el de cada batallon se habia descuartizado un buei.

Regresaban los asistentes trayendo las provisiones y se procedia a aderezar la comida que se reducia a una carbonada o cosa semejante.

Para esto se juntaban en rancho tres o cuatro oficiales. De tal suerte miéntras un asistente hacia fuego, otro cortaba la carne y las papas. y un tercero iba a traer el agua u otra cosa.

Como a las ocho de la noche las comidas iban estando listas, y los oficiales a falta de mesas comian poniendo el plato en un poyo o simplemente en el sinuoso pavimento.

A esa hora más o ménos la corneta anunciaba que el rancho para la tropa estaba a punto.

Poco más tarde se dió la órden de partir a la madrugada y todo el mundo se echó a dormir.

Que la cama de la tropa era una frazada y el suelo debajo de ella, será inútil decirlo, pues ya de esto hemos hablado ántes; igualmente respecto a los oficiales no tendríamos sino que repetir lo dicho anteriormente.

Al decir que todo el mundo se echó a dormir, nos referimos naturalmente a los que tenian derecho para hacerlo. En pié quedaban: el jefe de dia, nombrado por turno entre los jefes y capitanes; las guardias de prevencion de cada cuerpo, y las avanzadas que se colocaron en lugares convenientes para impedir una sorpresa nocturna.

Los rancheros tambien tenian que velar preparando el café de la tropa.

XXXIV

Tiroteo de Acostambo.

La diana se tocó ántes de las tres de la mañana.

Sucedió este adelanto en la hora a causa de un accidente casual que mencionamos por ser una de las infinitas gabelas que suelen pagarse en la vida de campaña.

Por descompostura o sobrada prisa del reloj de un oficial de guardia, se tocó la diana en un cuerpo; imitaron esto los otros, y el resultado fué que todo el mundo se levantó sin que nadie sospechara la verdad y creyendo que se habia ordenado hacerlo así, cosa mui natural.

Cuando se conoció el error pudo la jente acostarse de nuevo despues de haber estado en pié una media hora y haber enrollado sus frazadas; no era esto por cierto mui divertido para individuos que descansaban de una ruda jornada y en el reposo tomaban fuerzas para emprender otra más pesada.

Cada compañía tenia sus burros en un lugar separado, y ántes de que amaneciera los pollinos recibieron el peso de los equipos.

Al toque de rancho ocurrió la tropa a tomar su café, del cual tambien tomaban los oficiales.

Luego partió la descubierta de caballería y la compañía de vanguardia, que por turno fué la del capitan Soler.

Como lo dijimos, en Pucará termina el valle.

Desde allí comienzan los cerros, los senderos estrechos, las subidas y bajadas; una palabra, el camino trabajoso para tropa.

El capitan Soler montaba un caballo a

zan. La yegua tordilla en que salió de Chicla se habia gastado en las marchas más de lo que estaba y habia concluido por ser apénas capaz de cargar el equipaje de su amo y marchar conducida por el asistente del capitan.

Yendo a la cabeza de su compañía, a menudo miraba hácia atras para conservar la conveniente distancia de la division. Y cuando las vueltas del camino le hacian perderla de vista se guiaba por el sonido de la corneta que ordenaba descanso para detener tambien la marcha de su tropa.

Altos cerros se elevaban a uno y otro lado.

Como cuatro horas llevaba de camino cuando se oyeron algunos disparos de fusil por los cerros de la izquierda.

Esto no causó extrañeza porque era esperado; a nadie le cabia duda de que los montoneros espiarian el paso de la division en lugares convenientes.

Los que disparaban debian hallarse a gran distancia: no se divisaba el humo de los tiros ni se habia oido el silbido de las balas.

Sin hacer detenerse a su compañía Soler de un trote subió a una colina desde donde se podia observar mejor.

Mui a lo léjos, quedando por medio una ancha quebrada, divisó un grupo de jente que parecia huir. Seguramente de ahí habian partido las detonaciones.

Conociendo que no valia la pena ocuparse de eso, continuó avanzando.

Luego le alcanzó el jefe de estado mayor preguntándole:

—¿Qué tiros han sido aquellos?

—Algunos disparados desde mui léjos.

Y Soler le refirió lo que habia visto.

—No hai cuidado, entónces; siga avanzando.

El capitan continuó andando.

El jefe de estado mayor seguido de sus ayudantes pasó adelante hasta juntarse con la descubierta de caballería.

Habia pasado como una hora de ésto.

La compañía de vanguardia descendia y entraba en un valle no mui ancho en cuyo confin opuesto se divisaba un caserío.

Alpunos disparos se oyeron hácia ese extremo.

Luego un ayudante viniendo al galope d[illegible] caballo se aproximó a Soler comunic[illegible]ole esta órden:

Que avance al trote.

-Trote!—dijo el capitan a su corneta.

El toque se dejó oir y la compañía tomó ese paso.

Aunque el terreno en ese sitio era algo pantanoso y los soldados tenian los piés perdidos en el barro, se avanzó con lijereza.

Luego se llegó a un piso seco y Soler estuvo al habla con el jefe de estado mayor.

—Hai enemigos en el pueblo; suba usted con la mitad de su compañía por los cerros de la derecha; su teniente con la otra mitad atacará por aquí abajo.

Esta órden recibió el capitan y al momento se puso a cumplirla.

Con la primera mitad de su compañía empezó a subir a los cerros que quedaban a la derecha del valle.

Esto, que se llamaba tomar las alturas, era una de las partes más pesadas de las expediciones hechas en La Sierra; pero a la vez era indispensable.

Si la mitad que quedó con el teniente avanzaba por el plan, los enemigos haciendo fuego sobre ella desde los cerros circunvecinos la diezmarian impunemente, agazapados tras de algunas piedras.

Para atacar sin exponer inútilmente la jente, era preciso esperar que la altura estuviera dominada.

Soler trepaba con su jente empleando el menor tiempo posible; pero el soroche impedia a los soldados ascender con la velocidad que deseaban.

Algunos montoneros que habia en el cerro se retiraban hácia otros montes más lejanos haciendo unos pocos disparos. El capitan les hacia contestar sólo con uno que otro tiro para no gastar sus municiones. Pronto aquellos se perdieron de vista.

Al cabo de una media hora Soler con su tropa se hallaba en las alturas que dominaban el valle.

Este se prensentaba a su vista como una plaza al que la mira desde un balcon.

Soler vió que toda la division habia llegado ya al valle y estaba en descanso.

La mitad de su compañía que mandaba su teniente, desplegada en guerrilla avanzaba hácia el caserío, o sea el pueblo de Acostambo, que se veia en el fondo del valle.

Desde el pueblo, parapetados tras de algunas murallas, los montoneros hacian un regular fuego sobre la guerrilla chilena, pero ésta seguia avanzando con el mejor

órden y alineacion como si estuviera en un ejercicio.

Soler desde la altura observaba con satisfaccion la disciplina de aquella tropa de su compañía, era la segunda mitad de ella y contaba unos cuarenta hombres. Al mismo tiempo avanzaba él tambien con su jente por la cima de los cerros.

Cuando la guerrilla estuvo a la distancia conveniente del pueblo, el teniente hizo romper el fuego. Los soldados, acostumbrados ya a esa clase de combates, no disparaban a ciegas malgastando sus municiones, sino solamente cuando veian algun enemigo y tenian probabilidades de aprovechar sus cápsulas.

A la izquierda de la guerrilla marchaban los veinticinco hombres de caballería de Granaderos, listos para cargar en el momento preciso.

Desde su ventajosa posicion, cubiertos por la muralla, los montoneros sostenian el fuego sobre los asaltadores que adelantaban por el plan y tambien sobre los que mandaba Soler en la altura.

El capitan, contestando con algunos tiros sueltos, avanzaba con la mayor prontitud posible. Su intento era tomar una posicion desde donde pudiera cortar la retirada al enemigo.

Por laderas, desfiladeros, senos y hondonadas se acercaba como podia al pueblo con su tropa.

Una segunda guerrilla chilena habia marchado desplegada a retaguardia de la otra para protejerla en caso necesario.

La primera guerrilla estaba ya a unos ochenta o cien metros del enemigo cuando éste comenzó a mermar sus fuegos. El capitan Soler desde el cerro pudo ver como los montoneros iban abandonando sus baluartes y corrian huyendo.

Por ese momento la caballería, sable en mano, emprendió el galope por un camino que daba entrada al pueblo. Los montoneros más tenaces o que no habian andado mui vivos para huir a tiempo y los que no habian sido hallados por el plomo de la infantería, cayeron bajo el afilado acero de los jinetes o bajo el herrado casco de los caballos, y los que de éstos libraron, no escaparon de las bayonetas de los infantes que corriendo llegaban en pos de la caballería.

El pueblo de Acostambo estaba tomado.

El asalto habia sido perfectamente dirijido, y las disposiciones tomadas con él mejor acierto. Aunque aquello era una accion sin gran importancia por ser pequeño el número de los combatientes, los jefes que la habian ordenado y los pocos oficiales y soldados que habian tomado parte en ella habian dado pruebas de pericia y disciplina ejecutando a tiempo lo dispuesto y cumpliendo cada cual su cometido con acierto y perfecto órden.

La division esperaba que el pueblo fuera tomado para entrar en él.

Entre tanto los que la componian permanecian de espectadores observando el ataque, y con placer demostraban su aprobacion por los compañeros que tomaban parte en la accion. Cada uno sentia entre sí, y lo dejaba entender a veces con palabras, el deseo de ser de aquéllos.

....

Acostambo está situado en el fondo del valle.

Los fujitivos trepaban los cerros para escapar.

Estos eran demasiado empinados y rocallosos para que la caballería tratara de subirlos.

Soler seguia corriendo por las alturas con su jente y esperaba cortar la retirada a los montoneros. Cuando creia que ya lo iba a conseguir, una circunstancia mui comun en los combates de La Sierra vino a impedírselo.

Se encontró con una profunda hendidura del terreno, una quebrada cuyas paredes aparecian cortadas a pique: era imposible pasar de ahí. Para hacerlo era preciso dar un gran rodeo, y éste demoraria mucho más del tiempo necesario para que los fujitivos escaparan.

Lo más acertado era esperar ahí la pasada de los montoneros por el lado opuesto de la quebrada y hacerles fuego.

Luego empezaron a pasar. Una cresta de rocas tras de la cual se deslizaban, les guarecia. Pero a intervalos la cresta dejaba algunos claros.

Los derrotados al atravesarlos recibian los disparos de Soler y los contestaban sin parar su fuga.

Uno de esos claros distaba apénas del capitan y su tropa cincuenta metros, que que era el ancho de la hendedura o quebrada.

Se alcanzaba a distinguir medianamenl la fisonomía de los que huian.

Varios habian caido heridos o muertos y

sus cuerpos se divisaban tendidos en el suelo.

De pronto apareció en el hueco un montonero con su fusil preparado y disparó.

Al mismo tiempo, un soldado que tenia listo su rifle, tiró sobre él.

El montonero cayó de bruces.

—¡Otro al saco!—gritó un soldado.

—No,—dijo el que habia hecho fuego,—cayó ántes... lo ví a punto que apretaba el disparador... se está haciendo el muerto.

Como para confirmar este acerto, se oyó una voz que gritaba:

—¡Capitan Soler!...

Y algo más que no se alcanzó a percibir. A la vez se vió junto al recien caido el humo de una explosion, y el silbido de una bala hirió los oidos de los soldados.

—A mi capitan están llamando,—dijo un sarjento.

—¿Qué es lo que han dicho?—preguntó Soler.

—No se entendió,—respondió el sarjento apuntando atentamente con su rifle al que tiraba echado de bruces.

La bala partió, pero no debió dar en el blanco porque el indivíduo echado tornó a hacer fuego.

—Es de *peabody*,—observó el sarjento oyendo el agudo silbido del proyectil.

Al mismo tiempo un soldado que estaba junto a Soler se arremangó vivamente una manga de su chaqueta.

En el brazo tenia un rasguño del que vertian algunas gotas de sangre.

—No ha sido nada,—dijo mirándose,—me rozó el cuero no más.

Miéntras tanto otro soldado habia descargado su arma.

En ese instante aparecieron en el hueco de la cresta tres fujitivos corriendo hácia arriba.

El que estaba echado se juntó con ellos. Al enderezarse dejó ver rápidamente su cara.

Soler creyó reconocer al individuo que un dia viera en la estacion de Desamparados.

Cuatro soldados dispararon a la vez sobre el grupo enemigo. Un montonero cayó. Los otros tres se perdieron de vista tras de las rocas y entre éstos el que habia esta-') de bruces.

—Debe ser él,—murmuró el capitan;—ro esta vez no ha logrado cumplir su omesa.

Despues de esto, que no habia tardado más de dos minutos en suceder, pasaron todavía algunos derrotados.

Al cabo de un cuarto de hora no habia ya nada que esperar.

La division marchaba por el valle en direccion al pueblo.

El capitan Soler tuvo que desandar parte del camino hecho en el cerro para encontrar bajada. Cuando la halló hizo que su jente se sentara a descansar y aguardó que la division entrara al pueblo para efectuar el descenso; pues era preciso no ser mui confiado; bajando ántes los montoneros podian tomar la altura que él abandonaba y hacer fuego sobre la division, como solia suceder; y unos dos o tres enemigos, aunque más no fueran, disparando balas sobre una multitud de jente, teniendo tanto blanco, podrian fácilmente acertar sus tiros, quedando ellos impunes por hallarse parapetados tras de algunas piedras.

....

El pueblo de Acostambo estaba desierto. Sus habitantes lo habian abandonado con anticipacion, quedando solamente aquellos que debian tomar parte en la defensa.

A la entrada se veian esparcidos por el suelo los cadáveres ensangrentados de los enemigos para quienes aquella jornada habia sido la última de su vida.

La iglesia de la poblacion y algunos de los ranchos, que no eran otra cosa los edificios que ahí se levantaban, sirvieron de alojamiento.

Encumbrados cerros cercaban el pueblo y desde sus cumbres algunos tenaces montoneros hacian fuego; pero la distancia era mucha y las balas no alcanzaban a llegar.

....

Lostan y Orrego estaban ya alojados en un rancho a la llegada de Soler, quien luego fué a juntarse con ellos.

Eran las siete y media de la noche cuando los asistentes entraron al rancho ocupado por los tres capitanes llevando unas ollas de barro.

Una vela pegada en la pared alumbraba aquella rústica y desmantelada habitacion.

—¡Al fin!—dijo Soler recibiendo de su asistente un plato de caramayola lleno de comida;—tengo una hambre digna de Aliaga; no he comido nada desde ayer; habiendo subido a los cerros no me junté con los comestibles que traia mi asistente en la yegua; quedaron abajo, y yo me he dado

hoi un ayuno de hermitaño... ¿Qué guiso es éste?

—Cazuela de vaca,—contestó seriamente el soldado.

—Me gusta tu pregunta, Soler,—dijo Lostan que reclinado en su cama tenia tambien un plato en el suelo frente a él y lo examinaba moviendo el comistrajo con una cuchara;—¿qué guiso quieres sea, sino el de todos los dias? caldo con carne y papas, la diferencia puede solamente consistir en que las papas estén en mayoría o en minoría respecto a la carne.

—Sea por fas o por néfas, ello es que está espléndida la dichosa cazuela.

—Con buena hambre no hai pan malo, —replicó Orrego.

—Esó... —dijo Lostan moviendo negativamente la cabeza;—eso no es mui cierto: aquí tenemos buena hambre, pero pan... ni malo ni mui bueno...

En verdad, el pan no tomaba parte en las expediciones hechas por los chilenos en La Sierra; solamente de tarde en tarde en algun pueblo habitado se veian algunos ejemplares del alimento cuyo nombre figura en la oracion dominical.

La charla continuó entre los tres compañeros miéntras comian su sencillo guiso. Hubo un momento en que Orrego dijo a Soler:

—Con que te has puesto al habla con el Corso.

—Me pareció que el de los tiros era el pájaro en cuestion.

—No puede ser otro... te queria manducar por lo visto.

—Pero hoi se ha mostrado mui chambon.

—¿Por qué?

—Tenia yo cuarenta soldados, si le hubiera hecho hacer una descarga cerrada... habria quedado ahí.

—¿Y por qué no se la mandaste?

—Por no gastar municiones.

—Yo creo,—dijo Lostan riendo,—que Soler como los paladines de la edad media quiere medirse brazo a brazo con el Corso, en singular y descomunal batalla. Pero el combate ha de ser a lanza.

—A propósito; hoi se han encontrado unas cuantas lanzas de los indios,—dijo Orrego:—no te faltarán armas...

La caida de la vela que estaba pegada en la pared vino a poner punto final a la conversacion.

—La vela al caer nos aconseja dormir... acordémonos de que al amanecer volamos de aquí.

....

A esa hora el teniente Alvar estaba con veinticinco hombres a algunas cuadras del pueblo. Por turno le habia tocado salir de avanzada durante la noche.

Sentado junto a una pequeña fogata extendia sobre ella manos para calentárselas, cuando apareció Peralta, su asistente, a quien ya conocemos.

Traia éste en las manos un objeto que no alcanzaba a distinguirse en la oscuridad.

—¡Ai! mi teniente,—dijo con una voz mui melancólica,—he tenido un sentimiento mui grande.

—¿Por qué hombre,—preguntó el teniente.

Haciendo ver a la lumbre que lo que traia era un pollo de regular tamaño, Peralta respondió:

—Este pobre animalito andaba por ahí solo en un rancho gritando pio pio, llorando por su mamita... ¡pobrecito!... me dió tanta pena el verlo tan triste, que lo agarré y para que no sufriera más... le torcí el pescuezo...

Inútil nos parece decir que un rato despues el compadecido pollo estaba hirviendo en una olla.

XXXV

Toma del puente y del pueblo de Izcuchaca.

Una espesa neblina impedia ver los cerros circunvencinos al dia siguiente por la mañana.

Al salir del pueblo la division se encontró en unos desfiladeros de fatal piso, por los cuales se avanzaba con grandes dificultades. Una menuda lluvia completaba la la obra poniendo resbaloso el rocalloso suelo.

Las bestias caian a cada momento, y siendo el sendero mui angosto, miéntras se levantaban y se les acomodaba la carga, interrumpian la marcha, resultando menudas paradillas.

Se iba de repechada y el soroche molestaba naturalmente a la tropa.

Como era de esperarlo, los montone espiaban la pasada de la division desde cerros vecinos. Pero la neblina los ch queó.

Sin embargo, sospechando sin duda que los chilenos iban ya pasando por los desfiladeros, tiraban sus balazos a la ventura a traves de las nubes.

Las balas pasaban silbando pero sin hacer daño.

Los soldados que arreaban los burros eran quienes más tenian que trabajar; los testarudos brutos se hacian rogar mucho para repechar.

Con todas esas dificultades la division avanzaba.

Calados por la lluvia, yertos por el frio, jadeando con el soroche, resbalando, cayendo y levantando, los soldados seguian cuesta arriba.

El fin de esa jornada debia ser el pueblo de Izcuchaca, o sus cercanías, dado caso que la division llegara mui tarde y hubiera que esperar el dia siguiente para atacarlo.

....

El rio Oroya, de que ya hemos hablado, despues de correr medio centenar de leguas engrosando sus aguas, se desliza majestuosamente por el fondo de una profunda y sombría quebrada.

Las paredes de éstas son encumbrados cerros cortados a plomo.

Casi podria decirse que el rio en esos parajes parece un enorme canal cuyos costados se elevan más de mil piés sobre la superficie de sus aguas.

Así encajonado corre largo trecho; pero en cierto lugar, a su derecha, se ensancha el fondo de la quebrada formando un pequeño valle con la figura de una D, siendo la raya recta el rio y la curva unos cerros.

En ese pequeño valle están situadas las blanqueadas casas de Iscuchaca.

Un pequeño puente de piedra, de sencilla pero sólida construccion, atraviesa el rio frente al pueblo. Tres metros de ancho y unos veinte de largo tiene aquella obra que no carece de interes.

En uno de sus extremos, el que está del lado del pueblo, se eleva una torrecilla en cuya base veíase una gran puerta de fierro que daba entrada al pueblo.

Era irremisible pasar por ese puente y por esa puerta para entrar al pueblo viᵭdo por la márjen izquierda del rio.

l caudal de éste tiene ahí unos quince :os de anchura y la mitad quizás de undidad. A falta de puente sólo en barᵒodria cruzarse, pero en aquellos mundos ni de nombre se conoce una embarcacion.

El uso del puente se hace pues indispensable.

En la ribera izquierda a lo largo del rio sigue un angosto camino que es el único.

En la derecha se ve una muralla que seguramente se ha construido para que sirva de trinchera permanente. Parapetándose tras de ella se puede fusilar con la mayor impunidad a los que a pecho descubierto tienen que venir por el estrecho camino de la ribera opuesta desfilando a veinte metros de la boca de sus fusiles.

Esta defensa casi natural del pueblo es lo que le ha dado el nombre de inexpugnable. Y en realidad tal calificativo no es inmerecido.

Muchos hombres tendrian que caer bajo el fuego de los defensores atrincherados de Izcuchaca ántes de llegar al puente. Al fin alcanzarian hasta él los invasores si eran numerosos y decididos; pero una vez en él, una vez en el puente, faltaba todavía que luchar contra la puerta de fierro y echarla abajo recibiendo miéntras tanto a quema ropa el fuego de los defensores.

Si el invasor tenia bastante jente para reponer a los que iban cayendo, al fin lograria abrirse paso; mas, sus pérdidas habrian sido tremendas.

El jefe de la expedicion chilena sabia todo esto y convinó un plan de ataque con el cual obtendria la victoria economizando la sangre de sus soldados cuanto fuera posible.

Su plan era marchar por sendas extraviadas y subir a los elevados cerros que estaban frente a Izcuchaca: dejarse caer por la ladera, y llegar hasta el puente sin haber pasado por el peligroso comino de que hemos hablado. De esta manera, los chilenos atacando el pueblo de arriba a abajo se verian en una situacion relativamente ventajosa.

....

La neblina habia pasado, y luego tambien la lluvia.

La division continuaba repechando por interminables quebradas, laderas y desfiladeros.

Para subir a las alturas desde donde se debia poner en ejecucion el plan del jefe, no habia camino y era preciso ir reconociendo el terreno.

La subida era penosísima.

El soroche que desde la mañana produ-

cia sus efectos, se hacia ya insoportable. Hasta las bestias apénas podian avanzar; algunas completamente extenuadas se echaban al suelo y era forzoso quitarles la carga y, para que no cortaran el paso en los desfiladeros, habia que despeñarlas. Aquellos infelices brutos caian en los precipicios destrozándose contra las rocas... Y no era posible hacerlo de otra manera.

No referiremos las fatigas de la tropa porque seria repeticion de lo que hemos escrito en anteriores capítulos al hablar del cansancio y del soroche en las repechadas.

Si se les hubiera tomado su parecer a los soldados, todos hubieran preferido atacar el pueblo por el fondo de la quebrada; más bien querian correr el albur de atrapar un balazo que soportar la opresion del soroche.

El jefe de la division raciocinaba con más cordura: las fatigas al fin pasan; pero la muerte...

Cada soldado pensaba por sí mismo; pero el jefe pensaba por todos, cualesquiera que cayesen eran pérdidas para la division.

Despues de mil agonías llegó la tropa a las punas.

Era más de las tres de la tarde y se habia marchado como cinco leguas.

Para coronamiento de la obra el agua habia faltado temprano, a pesar de que pocas horas ántes llovia. ¡ Así andan las cosas por esos mundos!

En las punas encontraron una gran poza de agua. Trabajo costaba sujetar a las bestias para que no se lanzaran a beber primero que jente. Cuando ésta apagó su sed, se dió suelta a los sedientos animales.

Corrian éstos a cierto lado de la poza solamente, porque el opuesto era un atolladero o pantano, objeto de terror para los prudentes brutos.

No faltó un borrico que no hallando hueco en el terreno firme, olvidando noramala su natural filosofía en circunstancias que acababan de quitarle la carga para arreglársela, corrió acosado por la sed a saciarla en la orilla peligrosa.

Bebia con ansias y se apuraba sintiendo que sus patas se hundian en el barro. Por fin levantó la cabeza y quiso salir: pero ya era tarde. En balde hacia movimientos desesperados, queria saltar, queria brincar; todo fué en vano; se sumerjieron primero sus patas y despues su cuerpo; estiraba el pescuezo hácia el cielo como implorando en su desdicha; su largo hocico fué lo último que desapareció aspirando por vez postrera el aire ralo de las punas.

Mucho hicieron los soldados por salvarlo tirándole lazos; pero fué imposible porque estaba a mucha distancia del terreno firme, y además se carecia de lazos sólidos; el único que lo alcanzó a *pescar* se cortó con el peso del jumento.

Despues de un corto descanso que los jefes aprovecharon para reconocer el terreno, la tropa avanzó un poco más y se encontró en el borde teniendo a sus piés la profunda quebrada por donde corria el Oroya.

A otro lado de ésta, encima de los cerros, se veia un pueblo y jente que corria bajando a Izcuchaca.

El eco de la quebrada repercutia los toques marciales con que los defensores del pueblo se preparaban a la defensa. El ronco sonido del bombo era el dominante.

Durante todo el dia desde los cerros vecinos habian hecho disparos al paso de la division. Ahora tambien continuaban, pero a tanta distancia los hacian que no valia la pena de responderles.

Poco a poco se venian acercando los enemigos, y ya se oia silbar algunas de sus balas.

Aunque era cerca de las cuatro de la tarde, convenia atacar ese mismo dia para no tener que pernoctar en las punas a la intemperie.

....

Se montaron la piezas de artillería en un lugar conveniente para impedir a los del pueblo de Izcuchaca la retirada a los cerros.

Este pueblo, que como sabemos estaba en el fondo de la quebrada, no se alcanzaba a divisar todavia.

Se mandó descender un batallon de infantería por cierta parte y el otro por otra, de manera que el puente quedara entre los dos.

La artillería rompió el fuego sobre los que en el lado opuesto bajaban al pueblo.

La infantería comenzó a descolgarse por la falda del cerro.

Grande fué sin duda la consternacion de los defensores del pueblo cuando vieron las enormes alturas que tenian a su frente coronadas por los chilenos que dominaban con sus tiros la poblacion y el puente. Sin embargo, ocultándose tras de las paredes y dentro de las casas hacian fuego hácia arriba.

La bajada era dificilísima. La falda del

cerro era casi tan pendiente como una pared, cual ya lo dijimos. Para descender se hacia necesario ir agarrándose con las manos. Además, mirar hácia abajo causaba vértigos: aquella altura de mil piés era para hacer bambolear la cabeza más sólida.

Inútil es decir que las bestias no podian bajar por ahí.

Poniendo un pié aquí, otro allá, saltando un poco, resbalando mucho, magullándose, y raspándose, la jente iba descendiendo.

Los soldados teniendo que guardar el equilibrio, rara vez podian disparar sus rifles, pues constantemente tenian que ir afirmándose con las manos.

Para colmo de... molestias, habia una cantidad de *quiscos* de aguzadas espinas, duras como si fueran de acero, que pasaban a traves de la suela de las botas como a traves de un papel.

Preocupados en no despeñarse, los soldados poco paraban la atencion en los silbidos de las balas enemigas.

Naturalmente en su descenso hacian rodar una multitud de piedrecillas que los que iban más abajo recibian en la cabeza.

El que llegaba a algun hueco o lugar donde podia afirmarse convenientemente, disparaba su rifle si veia enemigos, y seguia bajando.

Solamente en la mitad del descenso se les presentaban a la vista el pueblo y el puente de Izcuchaca.

Esto aumentaba sus deseos de llegar al fin.

Un oficial fué el primero en llegar al fondo de la quebrada y sin vacilar corrió hácia el puente hasta llegar a la puerta de fierro. Esta era de reja y los defensores tras de ella hacian fuego para barrer el puente.

La reja hasta un metro de altura estaba atrancada con una trinchera de piedras.

Esto favoreció al oficial que quedó acurrucado en el ángulo formado por el suelo y la trinchera miéntras los tiros de los de adentro pasaban a dos cuartas encima de su cabeza. No tenia mas armas que su sable: imposible le era luchar en ese momento: su sable nada podia hacer a traves de la reja, y los enemigos lo habrian fusilado a quema ropa.

Los soldados que iban más cerca del fondo de la quebrada ansiosos buscaban donde isar para ir a juntarse con el oficial que ya acia un rato se encontraba al pié de la uerta de fierro. Por temor de herirlo no se atrevian a tirar sobre los montoneros que disparaban sus fusiles por encima de él.

Al fin saltaron al camino dos o tres, y de ahí corrieron al puente. Luego se juntaron otros, y con esa propension natural que tiene el soldado chileno de buscar la pelea con su enemigo cuerpo a cuerpo, se arrojaron sobre la reja sin que les intimidaran las balas que les salian al encuentro.

Allí se hallaron con los defensores de la puerta como dos amantes que hablan a traves de una verja.

Esa situacion no podia durar más de un segundo.

Ahí fué. Al chocarse dispararon sus rifles los que los tenian cargados; cayeron los heridos, y los montoneros que habian salvado, conociendo que ya no podian resistir más, corrieron hácia adentro.

La reja impedia a los chilenos seguir tras de ellos.

Desde algunos metros más adentro los más tenaces de losdefensores guareciéndose tras de alguna esquina o pared persistian disparando sus armas.

Pero la mayor parte se habia declarado en derrota y huia hácia los cerros segura de que mucho tiempo habia de pasar ántes que los chilenos derribaran la puerta de reja, que era de fierro.

Una cruel decepcion esperaba a los fujitives que creian salvar.

Desde las alturas del lado opuesto del rio los chilenos dominaban con sus fuegos el pueblo y los cerros por donde podian huir. El mortífero plomo los alcanzaba y cortándoles su carrera los hacia caer rodando por el suelo.

En el puente se iba juntando cada vez mayor número de chilenos.

Con furor remecian la reja que era de barras con más de cinco centímetros de grueso. Sin otra fuerza que el vigor de los brazos era imposible derribarla.

Además la trinchera de piedras que habia por dentro era otro impedimento para abrir la puerta.

Alguien divisó que en la parte alta de ésta faltaba un barrote, dejando un regular hueco.

Por ahí entraron tres o cuatro y se pucieron a deshacer la trinchera, lo que en un instante consiguieron.

Notóse entónces que un grueso cerrojo con llave sujetaba la puerta. Era preciso forzar la cerradura.

Algunos balazos disparados contra ella fueron impotentes.

Esto impacientaba naturalmente al jefe de la division que habia sido de los primeros en llegar al puente.

—Golpeándola con estas piedras tal vez se logre... —dijo el capitan Lostan que ahí se hallaba, mostrando dos grandes piedras que habia mandado buscar con dos soldados.

—Haga la prueba,—contestó el jefe.

Sirviéndose de aquellas piedras como de mazos, dos fornidos soldados consiguieron a poco afectuar la apertura de la puerta.

Como una ola se precipitó la jente por ella tropezando en los cadáveres de los montoneros que ahí habian sucumbido.

Sesenta u ochenta chilenos que eran los que ya habian llegado se derramaron por el pueblo.

Aun quedaban muchos montoneros que no habian huido, tal vez por temor a los fuegos que lanzaban los soldados de las alturas a los fujitivos, y confiaban en la solidez de la puerta de fierro, que quizás resistiria hasta la noche, cuyas sombras ya comenzaban a extenderse sobre el pueblo: con la oscuridad habrian podido huir sin peligro.

Corriendo por las calles, entrando a las casas y esparciéndose por todas partes, pronto los soldados hallaban a los enemigos, uno por aquí, dos por allá. Seguia una breve lucha cuerpo a cuerpo, de individuo a individuo; el éxito no era dudoso; el derrotado se defiende mal; en pelea mano a mano, los montoneros carecian de fuerza física y de fuerza moral para resistir el vigoroso brazo del vencedor.

La noche, como sucede en esos parajes, habia caido casi repentinamente, y pronto no quedó enemigo con vida en todo el pueblo.

La guerra que se hacia en La Sierra era sin cuartel, a muerte. De ambos bandos, los enemigos no podian esperar piedad.

....

Los soldados continuaban descendiendo por el despeñadero. Con los piés saeteados por las espinas y la cabeza abrumada por el ruido atronador de las detonaciones que repecurtian en la quebrada ensordeciendo, bajaban poco a poco buscando donde asentar el pié.

Así como al detenerse el péndulo de un reloj todas las ruedas de la máquina dejan de moverse y las manecillas quedan marcando una hora y sin andar para adelante ni para atras, así al entrar repentinamente la noche los soldados descendentes quedaron sin poder avanzar ni retroceder, bajar ni subir. Si a la luz del dia era difícil hallar dónde apoyar la punta de la bota, en la noche se hacia imposible. Era necesario no solamente desechar la pretension de seguir adelante, sino permanecer quieto; con el menor movimiento se despeñaria, y una caida de centenares de piés es el medio más rápido y seguro que la naturaleza proporciona para romperse todos los huesos.

Era forzoso resolverse a quedar ahí como un mono estampado en una pared. Soportar ahí el frio terrible de la noche, la falta de alimento y la sed consiguiente producida por la fiebre de la pesada jornada, y todo eso cuidando de no dormirse ni cabecear siquiera para no perder el equilibrio.

¡Qué noche para aquella jente!

Dias despues algunos soldados recordaban que uno de los que quedaron en tan plástica situacion fué el renegador sarjento Carrion.

Aquel hombre con un pié en una piedra y el otro en otra, abierto de piernas como el coloso de Ródas, blasfemaba más que los fabricantes de esta maravilla.

—¡Maldicion!—vociferaba,—¡aquí estoi con un pié en el purgatorio y otro en el infierno!... ¡cómo demonios voi a pasar la noche condenado vivo!... ¡más que me tiro de cabeza para que me lleven de una vez los grandes diablos!...

—No haga tal, mi sarjento,—gritaba un soldado de más abajo;—si se tira pasa a llevarme y caemos revueltos...

....

Los montoneros que habian logrado huir por los cerros de la derecha del rio echaban sobre el pueblo enormes galgas que al caer hundian el techo de los ranchos próximos al pié de la empinadísima pendiente, y disparaban algunos tiros sobre la poblacion que estaba llena de soldados.

A pesar de la oscuridad hubo que mandar una compañía para ahuyentarlos a balazos y quedar de avanzada con el fin de impedir que durante toda la noche estuvieran aquellos molestando. Dando cierto rodeo y marchando a tientas logró la compañía ejecutar esto: los montoneros se alejaron batiéndose en retirada.

....

Las bestias con los equipos y el ranch

de la tropa habian quedado en las punas. Lo que vale tanto como decir que aquella noche no habria abrigo ni alimento, circunstancia que tiene escasísima gracia despues de una penosa jornada y de haber caminado lo suficiente para dijerir veinticuatro veces la comida tomada veinticuatro horas ántes.

El pueblo estaba deshabitado y falto de recursos. Todo lo comestible que se halló fué un medio saco de pan y unas cuatro o seis gallinas... ¡Qué seria aquello para quinientos o más hombres cuyo apetito se estaba acumulando desde la noche anterior!... ¡Feliz el que logró siquiera tener noticia de tan fausto acontecimiento.!

....

La iglesia y las casas sirvieron de alojamiento a la tropa.

Despues de haber estado algunas horas en la plaza del pueblo conversando sobre los sucesos del dia con sus compañeros, Soler y Lostan se metieron en un cuarto para pasar ahí la noche.

En el cuarto habia una mesa y un poyo de adobes: era todo el ajuar.

Lostan sacó de su maletin un cabo de vela envuelto en un papel y lo encendió.

Una mirada bastó a los dos capitanes para comprender que el mejor partido que podian tomar era acostarse en el poyo buscando préviamente un adobe que les sirviera de almohada.

Así lo hicieron.

Sus caballos con los equipos habian quedado en las punas y de consiguiente no tenian más abrigo que lo puesto, como en jeneral todos los que estaban en el pueblo.

Acostados se encontraban ya cuando entró el capitan Aliaga.

—¿Han logrado hallar algo?

Estas fueron sus primeras palabras.

—Un poyo,—contestó Lostan.

—¡Un pollo!—exclamó Aliaga con aire voraz.

—Sí; un poyo... éste en que estamos acostados... el apetito te hace confundir la y griega con la elle, y ves un pollo de pico y plumas donde hai un poyo de barro y adobes.

—¡Qué diantre! me has embromado... Y qué vamos a hacer. Tengo tanta hambre y estoi tan vacío que ya se me junta el cuero de la barriga con el del espinazo.

—Lo mejor que podemos hacer,—dijo Soler,—es buscar en el sueño el olvido del apetito.

—Trataremos de soñar,—añadió Lostan,—que nos encontramos en Valparaiso; hoi es 15 de setiembre y además, sábado; seguramente habrá allá esta noche baile de máscaras para comenzar las fiestas del 18. Creeremos estar en él y que salimos un rato para cenar un agradable francachela... una cazuela, un valdiviano, una tortilla de erizos, una...

—¡Basta!—gritó Aliaga tragando la saliva;—se me está liquidando hasta la lengua...

....

Los habitantes al desamparar el pueblo se habian llevado naturalmente todos los víveres.

Las cuatro o seis gallinas que encontraron los soldados debieron quedarse clandestinamente escondidas.

Un gallo, más cauto que las damas de su serrallo, trepado en un techo escapaba del jeneral retorcimiento de pescuezos gallináceos.

Era tarde de la noche: la tropa echada en el suelo dormia con ese sueño indeciso del que tiene exhausto el estómago.

Reinaba el silencio más completo.

A esa hora que ántes llamaban el galicinio, siguiendo por instinto la costumbre de los de su casta, sobre el techo enderezóse el bien librado gallo, batió las alas, estiró el cuello y exhaló el más sonoro *¡quiquiriquí!*

Como al oir la trompeta del juicio final se levantarán de un golpe todos los muertos, así al oir aquel espléndido *¡quiquiriquí!* se levantaron de un brinco cien soldados...

¿Alcanzaria aquel gallo a lanzar otro *quiquiriquí?*—No lo creais lector.

Ántes de que tuviera tiempo de tomar resuello para hacerlo, ya estaba desplumado, destripado y descuartizado adentro de una olla...

....

Cuando apareció la luz del dia, desde la plaza miraban los chilenos el empinado cerro por donde habian bajado.

Echando la cabeza atras para alcanzar a ver la cumbre, se admiraban ellos mismos de haber podido bajar por ahí.

Se veian pegados en la pendiente muchos soldados de los que ahí tuvieron que pasar la noche; parecian moscas que se han parado en una pared.

Aunque habia luna casi llena, la melancólica luz del satélite no habia alcanzado a traspasar los espesos nublados que cubrian el cielo. Aun sin nubes, sólo poco ántes de

amanecer su luz habria penetrado en la profunda quebrada.

Poco a poco fué llegando la jente.

Luego tambien comenzaron a arribar las bestias que desde las punas tuvieron que dar un rodeo para tomar el camino. Los conductores de ellas habian tenido que pasar mui malos ratos. Muertas de hambre querian lanzarse en busca de alimento. Era entónces el trabajar por contenerlas en medio de la oscuridad de la noche y en campo abierto. Por fortuna mui pocas se extraviaron llevándose sobre el lomo los equipos que cargaban.

Como era de esperarlo, entre los que pasaron la noche de planton, muchos se enfermaron gravemente. Algunos amanecieron casi helados, entumecidos, y con grandes dificultades hubo que bajarlos amarrados como quien echa un balde a un pozo...

Ejecutando esta operacion, entre los soldados que la llevaban a cabo solia alguno de buen humor decir:

--Esto me hace acordarme de una vez que bajamos a un San Antonio de un nicho.

Y otro agregaba dirijiéndose al infeliz a quien arriaban:

—Padre mio San Antonio, *hácenos* el milagro de sacarnos de tantas pellejerías.

....

Desde que apareció el dia oficiales y soldados se afanaban al estar desocupados en sacarse de los piés las espinas clavadas en el descenso.

Algunas de estas pícaras se habian resbalado tan adentro que los médicos de la division tuvieron que hacer tajos para extraerlas.

¡Y marche usted por aquellos andurriales con un tajo en un pié!

Estos no podian por lo ménos negar que aquel paraje merecia bien su nombre de Izcuchaca, que en la lengua de los que se lo pusieron quiere decir «puente de las espinas».

....

Ese dia era preciso descansar en el pueblo; se tenia que esperar que la tropa se juntara y que comiera.

Los montoneros iban siempre tras de los talones de la division.

Pronto aparecieron en las cumbres de los cerros que dominaban el pueblo lanzando galgas y balas.

Tirando ellos de arriba para abajo, sus proyectiles alcanzaban perfectamente; pero los nuestros, de abajo para arriba, no llegaban hasta la mitad; tan altos eran aquellos montes.

Hubo que mandar piquetes en diversas direcciones para poner órden en aquello.

Los montoneros tenian la ventaja de conocer el terreno; pero nuestra jente con la práctica se habia hecho mui diestra en esa clase de guerra: arrastrándose y agazapándose, solia llegar a alcanzarlos y les jugaba bromas mui pesadas. Más de treinta pagaron ese dia con la vida su temeraria tenacidad en molestar a la division.

De esa manera se les alejó para que no pudieran lanzar sobre el pueblo sus balas que viniendo de arriba para abajo taladraban los techos y se aparecian de visita en los ranchos donde estaba la tropa, ni tampoco sus galgas que entorpecian las vias de comunicacion.

....

La puerta de fierro en que tantas esperanzas fundaban los defensores del pueblo fué arrancada y arrojada al rio en cierto lugar de donde difícilmente podrá ser extraida. Así se evitaba que al regreso de la division pudiera servir nuevamente de estorbo.

Los fusiles que se tomaron fueron destruidos, conservándose solo los de sistema de Peabody para armar con ellos a los arrieros. Igual suerte corrieron los bombos que tanta bulla metieron el dia anterior.

XXXVI.

Subir hasta Huando.

De Izcuchaca hácia el oriente sale un camino por la márjen derecha del rio.

Por ahí debia continuar su marcha la division.

La via sigue por el fondo de la quebrada. A ambos lados se ven prolongarse los elevados cordones de cerros que la forman.

Desde sus cumbres los enemigos podian proseguir en su tarea de molestar el paso de la tropa expedicionaria con galgas y con tiros.

Para evitarlo el único medio era hacer tomar previamente esas alturas por tro] nuestra.

Así se hizo.

Se tomó tambien otra medida mui cor veniente: salir ántes de amanecer. En '

oscuridad los montoneros no podrian fijar sus punterías.

A las cuatro más o ménos de la mañana se emprendió la marcha.

Aunque habia luna, su luz no alcanzaba hasta el profundo fondo de la quebrada.

La tropa marchaba en medio de la oscuridad haciendo el menor ruido posible y sin fumar, para no ser oida ni vista.

La avanzadas chilenas de retaguardia y de la izquierda del rio se habian juntado recientemente a la division.

Con antelacion se habia mandado dos compañías para tomar las alturas de la derecha e impedir las galgas. Pero tomarlas todas era casi imposible a consecuencia de algunas quebradas que nos permitiremos llamar afluentes de la principal.

Para explicar esto supongamos que la division marcha por una larguísima calle en una ciudad. Desde los techos de las casas los montoneros echan galgas y balas. Se manda una compañía que marche por encima de los techos e impedida esto.

La compañía lo ejecuta y todo anda mui bien durante una cuadra... ahí se encuentra con una calle traviesa; los soldados carecen de alas para volar como los pichones de los techos de una cera a los de la otra; tienen que bajar hasta el pavimento de la calle y volver a subir: esto se repite cada cuadra y va dejando tiempo a los montoneros para que guardando una distancia de dos o tres manzanas hagan sus travesuras contra la division cuyo largo es de varias cuadras.

Las quebradas que hemos llamado afluentes desempeñaban el oficio de calles traviesas.

Los montoneros, que como los ratones en sus cuevas debian estar con el hocico de fuera observando si se alejaba el gato, sin duda sospecharon que la division se ponia en movimiento.

Luego sintieron los soldados el ruido atronador de las galgas hácia arretaguardia: los enemigos venian algo atrasados y sus piedras no caian sobre la division. Sin embargo la compañía de retaguardia tenia que tomar algunas precauciones.

Aquel paraje era como hecho expresamente para las galgas. Una piedra del tamaño de un hombre arrojada desde la cum-
caia arrastrando una multitud de pe-
que se chocaban y rompian como granlas. Aquello formaba un estrépito ensor-edor que atronaba el ámbito de la quebrada. La galga que al principio partiera sola, llegaba al fondo trayendo en su séquito cincuenta o cien quintales de piedras destrozadas y cayendo con la velocidad de las balas.

Las compañías que iban por las alturas tiraban sobre los que arrojaban galgas. Aunque en la oscuridad no veian a aquellos, por el ruido de éstas adivinaban su posicion.

Luego los montoneros contestaron los fuegos.

Era un bello espectáculo el que ofrecia a la vista de la division el centelleo de los disparos. Sus luces rapidas y fugaces parecian fuegos fatuos. Aquello tenia algo de fantástico: en la oscuridad y a la altura en que se hallaban los tiradores, era de imajinarse ver una cantidad de estrellas que se encendian y apagaban simultáneamente.

Algun soldado solia decir:

—¡ Buen dar! qué cholos tan arrevesados... encienden los fuegos del 17 en la mañana.

Aquel soldado recordaba que ese dia era el 17 de setiembre, cuya noche es de fuegos artificiales en Chile.

Algunas balas llegaban silbando hasta la division; pero no se contestaban: habria sido ofrecer a los enemigos fijeza para sus punterías sin provecho, pues ellos debian estar atrincherados tras de algunas piedras y a tanta altura que no recibirian daño.

....

Cuando empezó a amanecer, la division habia pasado la parte más peligrosa.

Para evitar las galgas se habia resuelto hacer la marcha por las alturas.

Se iba subiendo por un desfiladero cuyo piso era tan escabroso que costaba enorme trabajo hacer pasar las bestias.

A veces angostaba tanto el paso, teniendo el cerro a un lado y el vacío al otro, que era necesario descargar los animales para que pudieran pasar. Todo eso ocasionaba paradillas y demoras capaces de aburrir a todos los santos de la corte celestial.

Miéntras tanto los montoneros desde las cumbres vecinas seguian a la division haciendo disparos.

Es una cosa verdaderamente desagradable esto de ir por un camino o desfiladero a pecho descubierto miéntras individuos desde arriba de un cerro, escondidos tras de piedras, estén tirandoos una, otra y otra bala, poco a poco, a pausa y durante horas y dias y semanas... Cada uno de los indi-

viduos que en una division se encuentran en ese caso, puede considerar como una rara casualidad ser el elejido por una de esas balas aisladas; pero tampoco está seguro de lo contrario; al oir el agudo silbo de un proyectil, bien podrá decirse: „¿Si será para mí?„

En una lotería hai mil individuos que compran su boleto: no cabe duda de que cada uno tiene la esperanza de ganar el premio.

Algo semejante... pero al reves, bien podia suceder a cada cual de los soldados expedicionarios.

En una gran batalla hai lluvia de balas; pero hai entusiasmo, estruendo, movimiento, se ataca, se pelea; se hace mucho y se reflexiona poco.

En una marcha como la de que tratamos no hai nada de esto: se camina paulatinamente con toda calma al paso tardío del cansancio; no hai bulla ni entusiasmo; se hace poco y hai tiempo para reflexionar.

Sin que merezca el nombre de cobarde un hombre puede sentir, no diremos miedo, pero sí un molesto desagrado de que cuando va caminando tranquilamente, a cada pocos minutos le estén haciendo silbar una bala por las orejas, así, a sangre fria.

....

Diversos piquetes de tropa iban tomando las alturas vecinas para mantener alejados a los montoneros.

Pero en aquellas serranías tan quebradas los picos eran tantos que hacian imposible ocuparlos todos.

Sin embargo, los oficiales con la constante práctica se habian hecho diestros, y los que con una compañía o un piquete iban a dominar una altura, solian situarse de manera de abarcar con sus fuegos el mayor espacio y protejer del mejor modo la pasada de la division;

Inútil será advertir que lo de trepar a las cumbres fatigaba horriblemente a las compañías o piquetes. Marchando por los escabrosos senderos ya la division iba extenuada por el cansancio y el soroche; ahora a los que se les mandaba tomar alturas, era como darles miel sobre hojuelas... al reves.

Diremos desde luego, para no estarlo repitiendo, que esta jarana era la historia de todos los dias.

En beneficio del buen órden, se alternaban diariamente los dos batallones de infantería: cada dia entraba uno de ellos de servicio, y a él le tocaba dar las compañías de vanguardia y retaguardia, las avanzadas, los piquetes para dominar alturas, etcétera. Igualmente la caballería se turnaba en los servicios de su resorte, un dia Granaderos y otro Carabineros.

Las camillas iban aumentando de dia en dia con los enfermos y heridos. Esto era algo de lo que mayor mortificacion ocasionaba. Los soldados que con tanta fatiga arrastraban su propio cuerpo, tenian que soportar sobre sus hombros el peso de sus compañeros imposibilitados.

Entre cuatro hombres llevaban una camilla, y era preciso destinar diez y seis por lo ménos para cada una de ellas, de manera que aquellos pudieran remudarse.

Mucho era el trabajo, pero cómo no hacerlo; cómo dejar en el tránsito abandonados a aquellos infelices enfermos o heridos para que fueran atrozmente asesinados por los enemigos.

....

Como a las dos o tres de la tarde llegó la division a las cercanías del pueblo de Huando que se encuentra en una planicie poco accidentada.

Desde un collado se divisaba todo el pueblo y se veia gran número de jente en la plaza.

No se sabia si aquella jente estaria ahí reunida para resistirse al paso de la division o si serian habitantes tranquilos.

Siendo nuestra division una expedicion pacificadora, no se atacaba ni se hacia el menor daño a ningun pueblo que no se mostraba hostil.

Pronto se salió de dudas.

Desde el pueblo tiraron algunos fusilazos a la tropa que iba más a vanguardia.

Se ordenó montar un cañon y se les mandó un cañonazo a los del pueblo.

Luego huyeron los huandinos sin hacerse mucho rogar.

Perdiéronse por las quebradas y se hizo imposible perseguirlos.

....

Poco despues la division entró en Huando y alojó ahí.

XXXVII

Un 18 de setiembre poco divertido

El dia siguiente era el 18 de setiembre. Antes de que clareara ya estaban l

soldados cargando los burros; este era el principal y único preparativo para continuar la marcha.

Por su parte los oficiales hacian ensillar sus caballos o mulas.

Varios se encontraban ya a pié. Con las marchas sus cabalgaduras se habian gastado de tal manera que no podian con sus amos, y estos se daban por satisfechos logrando que continuaran con las sillas para no perderlo todo.

El capitan Lostan era de los que se encontraba en este caso.

—Monta en mi yegua,—le dijo Soler.

—Pero, ¿podrá con mi humanidad?

—Seguramente; ha venido descansada todo el camino trayendo solamente los equipos; pondremos estos en tu caballo, ¿te parece?

Lostan aceptó.

....

Apénas estuvo claro, partió la division.

Aunque no con tanto ahinco cual lo hicieron el dia anterior, luego se dejaron oir los montoneros.

El fin de la jornada de ese dia era la ciudad de Huancavelica.

En las primeras horas el terreno que se recorria favorecia poco las miras de los montoneros.

A eso de medio dia la division se encontraba en un valle de pintoresco aspecto.

Concluido el valle, el camino seguia por una quebrada cuyos costados eran altas montañas.

Saltaba a la vista el peligro de internarse en ella sin que con antelacion se tomaran las alturas.

Se dió descanso a la division e ínterin se mandó subir una compañía a la izquierda y otra a la derecha.

La de Lostan fué a la izquierda:

Un guia acompañaba al capitan: era un paisano montado en una mula.

—¿Va usted a trepar el cerro montado?—preguntó Lostan al guia viendo que no se apeaba.

—Sí, pues;—contestó el guia.

—Pero, ¿habrá camino para bestias?

—Cómo no.

—Magnífico; subiré tambien con mi yegua,—respondió el capitan animado con la respuesta del paisano.

La ascension comenzó luego que en un minuto el capitan hubo tomado todas las medidas convenientes que habia ido aprendiendo con la práctica. Habia una multitud de pequeñas precauciones sin las cuales sobrevenian despues mui graves dificultades: llenar de agua las caramayolas, para no ser acosado por la sed; no llevar en la compañía los individuos de más debil complexion porque retardarian la marcha de los demás; hacer que cada uno sólo llevara sobre su cuerpo lo indispensable para que el peso no le cansara; llevar cuenta exacta del número de jente que le acompañaba de manera que al llegar a la cima supiera si alguno faltaba para hacerle buscar, pues podia haberse despeñado o haber sido herido sin que nadie le viera. Estas y otras muchas previsiones largas de enumerar se hacian indispensables: el oficial veterano, aguerrido, no olvidaba ninguna: con despejo y rapidez tomaba sus medidas sabiendo que un olvido podia ocasionarle mil tropiezos y otros tantos sermones... o algo peor.

A medida que la compañía trepaba, la pendiente se iba haciendo más rápida.

La yegua que montaba Lostan respiraba con fuerza urjida por el soroche; andaba algunos pasos, se detenia para respirar; adelantaba otro poco tropezando y volvia a pararse para resollar; tan abatida se mostraba, que ya el capitan pensaba en apearse... pero no tuvo tiempo de hacerlo. La bestia allá entre su deprimido ángulo facial debió resolver mostrar de un modo tan elocuente como lacónico su cansancio: se echó al suelo.

Lostan estaba listo y pudo librar sus piernas.

—¡Maldita yegua!— exclamó;—¡ahora sobre subir a pié he de ir tirando a este animal de las riendas!...

No habia tiempo para vacilar.

Cojió las riendas de la bestia que aliviada del peso de su jinete pudo levantarse, y echó a andar.

Poniéndose cada vez más empinada la falda del cerro, la tropa tenia que repechar arañando.

Llegó un momento en que ni la yegua de Lostan ni la mula del guia podian avanzar.

—Y usted me habia dicho que habia camino para las bestias,—dijo Lostan apostrofando al paisano con mal humor.

—Si hai camino, capitan... dando un rodeo por ahí.

—No se trata de dar rodeos sino de subir rectamente... en dar vueltas perderíamos una hora y la division tendria que es-

tar esperando... ¡cómo se le ocurre!...
Y Lostan ahogó una interjeccion.
No le faltaba motivo para renegar.
Abandonar la yegua era perder bestia y montura, lo que no era un lindo negocio en aquellas circunstancias.
Reflexionando un poco, añadió:
—En fin: ya no hai otro remedio; váyase usted por el rodeo y lléveme la yegua...
Y soltando las riendas siguió repechando.
Lo cierto era que el guia conocia bien los caminos; pero no los cerros, a los cuales nadie tenia para que subir. De la misma manera que algun individuo conoce perfectamente bien las calles de una ciudad; pero no los techos de las casas.
Con el resuello cortado por los jadeos llegaron por fin los soldados a la cima.
Los cerros, y especialmente los de La Sierra del Perú, son mui engañosos mirados desde abajo; se ve una cumbre, que parece la más alta; pero una vez en ella se encuentran nuevas alturas sucesivas y escalonadas, siempre ascendentes.
Diremos, pues, que la compañía llegó a la cima del primer cordon, o sea al primer peldaño de la colosal escalera. Algunos montoneros se retiraban a la segunda disparando fusilazos. Iban mui léjos y era inútil perseguirlos. Se le contestó con tres o cuatro tiros y luego se perdieron de vista.
Sentóse Lostan en una piedra y pudo contemplar a sus piés el precioso panorama que presentaba el valle. La division aparecia como una mancha oscura en el césped. En los cerros que tenia a su frente divisaba a la otra compañía que habia tomado esa altura.
Repartió el capitan reducidos piquetes en diversos puntos dominantes y luego pudo esperar tranquilamente que sin riesgo pasara la division.
Al cabo de un rato se apareció el guia que dando rodeos habia logrado llegar con la mula y la yegua.
Prendido en la silla de ésta traia el capitan su morral. Sacó de él un pedazo de carne, y sentándose a la natural en el suelo, se puso a comer teniendo por trinchante sus dedos, sin que lo preocupara lo màs mínimo que sus manos estaban llenas de tierra... los melindres es de lo primero que se olvida en la vida de campaña...
Algo repuesto del cansancio con lo que habia reposado y comido, Lostan miraba hácia el fondo de la quebrada.

La division pasaba. Parecia un cordon de hormigas.
El soldado Muñoz que como sabemos era el lince de la compañía de Lostan clavaba sus penetrantes ojos en aquel hormiguero.
—Allá va mi coronel,—decia a otro soldado,—lo conozco en la manta de vicuña y el caballo negro... esos dos puntitos que van detras y que parecen liendres son los cornetas... Eso que viene al último a modo de gallina con pollos, son las camillas con los cargadores de remuda.
Muñoz, como el mono de la linterna májica, iba explicando a su manera lo que veia.
Luego Lostan empezó a mover su compañía por la cima en la misma direccion que lo hacia la division.
Tropezando con mil dificultades habia avanzado un buen trecho cuando mui a lo léjos se divisó algo que parecia un grupo de jente.
Muñoz fué el llamado a descifrar ese enigma.
—Es jente de a caballo,—dijo.
Y un poco despues:
—Son como diez.
Al cabo de un rato, añadió:
—Vienen caminando para acá y traen banderas blancas.
Pronto pudieron ver todos que esto era cierto.
Los montoneros acostumbraban llevar banderas blancas; pero aquel grupo no debia ser una montonera, pues venia aproximándose.
Mil conjeturas hacian los soldados con su peculiar lenguaje. El resultado de ellas fué que aquellos individuos eran parlamentarios, pues se habian juntado con la division sin disparar un tiro y seguian ahora, volviendo sobre sus pasos, en compañía de ella.
Como a las tres de la tarde la division habia llegado al fin de la quebrada y subia a unos cerros.
Lostan conoció que ya su permanencia en las alturas era innecesaria y pensó en descender por cierto lugar conveniente que se hallaba a más de una luega del sitio que le habia servido para la ascension.
Comenzó a bajar.
A su paso encontró algunas bestias pertenecientes a los fujitivos, las cuales fueron arreadas para reponer las muertas perdidas en la marcha, que no eran poca
Pasando ya por atolladeros en las puna

ya por desfiladeros en las laderas, al fin se juntó con la division.

Ahí supo que los de las banderas blancas habia sido enviados por la ciudad de Huancavelica para anunciar que no se haria resistencia a la expedicion.

....

La marcha se continuó sin más tropiezos que los ofrecidos pródigamente por el camino con sus pantanos y desfiladeros escabrosos.

Al bajar Lostan habia preguntado a uno de los parlamentarios:

—¿Cuánto nos falta de camino?

—Una legua,—contestó el interpelado.

Un largo rato despues tomó a repetir su pregunta. Como si aquel sujeto no supiera otras palabras, repitió:

—Una legua.

—Pero hace más de una hora me dijo usted lo mismo, y desde entónces habremos andado con esa distancia.

—Es que era entónces una legua larga.

—¿Y ahora?

—Una legua.

A pesar de lo fastidiado que iba con el cansancio, no pudo Lostan retener una sonrisa.

Dejó pasar mucho tiempo; estaba ya entrando la noche y el molimiento de las catorce horas contínuas de pesada marcha le estaba molestando mucho cuando se volvió a interrogar al paisano nuevamente.

—¿Desde aquí cuánto nos faltará?

El interrogado abrió la boca y dejó caer el vocablo fatal:

—Una legua.

Lostan sintió deseos de levantar la mano y cruzar con las riendas el lomo de aquel sujeto.

—Usted debe de ser bueno para rezar las letanías y contestar siempre *hora pro nobis*,—dijo.

—Ahora nos falta una legua corta.

—¡*Misere nobis!*... tiene variantes; pero siempre queda el *nobis* de «la legua.»

....

Huancavelica está situada en un valle para bajar al cual partiendo de Izcuchaca hai que afectuar el descenso por una especie de escalera de piedra de varias cuadras de largo que tiene fama en La Sierra por [illegible]cobrosa. Considerarse por esos mundos [illegible]amino con fama de malo, es tan espre[illegible] como aquel título bíblico «El cantar [illegible]os cantares».

[illegible]ra ya de noche cuando pasó, o mejor dicho, cuando rodó por él la jente expedicionaria.

En medio de una completa oscuridad, era aquello un tropezar y un caer, una de costaladas y porrazos que ni don Quijote se llevó tantos en todas sus aventuras.

Entre los reniegos que salian de las bocas como sale la chicha de un odre cuando se le golpea, no faltaban algunas bromas de los soldados.

—Parece que anduviéramos *curados*.—decia alguno.

—Es que andamos *endieziochados*,—contestaba otro recordando que aquel dia era el 18 de setiembre.

—El agua de estas quebradas debe tener *malicia* y nos ha emborrachado.

Sin embargo, luego pasaron las bromas, porque aquel camino se iba haciendo mui largo y el humor se habia descompuesto por completo.

En un momento de silencio se oye una voz tan lastimera como la de una beata que llora sus pecados:

—¡Bien me decia mi mamita: «¿Niño pa qué vais a padecer al norte?

Era aquella salida tan estemporánea entre esa jente dispuesta no para suspirar sino para rabiar, que una carcajada acojió aquellas palabras dicha por un soldado que tenia fama de zumbon.

Alentada por el efecto, continuó la voz en tono de lamento:

—Eso me pasa por ser hijo desobediente: a estas horas estaria yo en Valparaiso celebrando el diez y ocho en las fondas, bailando la cueca con mi peor es nada... y listo el potrillo de ponche en ron, la horchata bien helada...

....

Entre las nueve y las diez de la noche entró la division en Huancavelica.

La ciudad estaba habitada; pero todas las puertas cerradas, y raro era el habitante que se veia en la calle fuera de los que iban a designar los lugares en que debia alojarse la tropa, que fueron principalmente los conventos.

Despues de los trajines adherentes al alojamiento de la jente y de las bestias, Lostan, Soler y Orrego sentaron los reales en una pieza próxima a su cuartel; dejaron ahí sus equipos y monturas y fueron en busca de alguna posada o cosa parecida donde pudieran comer algo.

Las calles estaban desiertas y oscuras.

Al fin de mucho andar y de haber en-

contrado solamente cholos que no entendian castellano, se hallaron con un ayudante del Estado Mayor quien les dió las señas de un café de chinos, que era el único de la ciudad.

Allá se dirijieron.

Aquellos hijos del celeste imperio que habian dado media vuelta al globo terrestre para ir aguisar el arroz en esa sierra de la cual fueran antípodas, sirvieron una comida para cuyos guisos no habr'a abierto la boca ningun gastrónomo. Pero los tres capitanes que habian hecho aquel dia un ejercicio algo mayor que el de la palestra, la comieron con la mejor voluntad.

Lostan decia:

—Con el gusto de verme despues de tantos dias que parecen siglos comiendo en una mesa con mantel, platos, cubiertos etcétera, no me importan los guisos y seria capaz de comerme aquí aunque fuera la cabeza de este horroroso chino que nos está sirviendo.

Luego añadió:

—No quiero hablar nada en el mal de estos asiáticos; merced a su comercio, a su industira, hemos tenido hoi mesa y vino para tomar una copa en nombre de la patria. Es fama que donde quiera que se encuentre un chileno el 18 de setiembre hace un recuerdo de tan glorioso dia; no faltaremos nosotros a lo que va haciéndose una tradicion; en esta elevada sierra, separados de Chile por los Andes y un océano, pongámonos de pié para beber una copa por el aniversario de su independencia.

Los tres capitanes lo hicieron así.

Luego aparecieron otros oficiales y la charla se hizo más animada.

Sin embargo, pronto empezaron a retirarse: el molimiento del viaje estaba pidiendo a gritos reposo.

XXXVIII

El capitan Lostan encuentra una rosa en Huancavelica.

Lostan, Soler y Orrego estaban acostados en la pieza donde se hallaban sus equipos.

Tendidos en el suelo se preparaban a dormir rendidos de cansancio.

—¡Lindo *diez y ocho* hemos pasado!—dijo Orrego estirándose en su poco mullido lecho y dando su voz acento de ironía.

—¡Cómo nó! — exclamó Lostan; —¡cuántos *diez y ochos* nos hemos acostado cansados de haber bailado zamacuecas! ahora estamos cansados por haber marchado prestando algun servicio... prefiero esto último.

—Estás mui filósofo.

En ese instante entró en la pieza un soldado, y dirijiéndose a Lostan le dió una carta.

—¿De dónde viene ésto?—preguntó leyendo el sobre.

—Lo trajo al cuartel hace como una hora un cholo.

—¿De parte de quién?

—No supo decir; no hablaba castellano; dejó la carta y se fué.

Una idea vino al pensamiento del capitan. Rompió el sobre y leyó:

«Una persona a quien usted conoce un poco desea verlo esta misma noche para pedirle un servicio.

«Si usted por curiosidad o por otro motivo quiere verse con quien le escribe, vaya a la calle de X... y como a media cuadra de la plaza verá un pañuelo atado en un barrote de una ventana. Aunque encuentre la ventana cerrada, tenga seguridad de que si junto a ella pronuncia usted no mui alto la palabra «recuerdo,» se le reconocerá por la voz y se le abrirá."

Cuando hubo concluido la lectura, Lostan murmuró:

—Es de Rosa.

—¿Quién te escribe?—preguntó Orrego.

—Un oficial del Rodriguez.

Orrego pudo encontrar raro que un oficial mandara esa noche su carta con un cholo; pero, muerto de sueño, tenia más deseos de dormir que de averiguar cosa alguna. El y Soler se durmieron con esa prontitud peculiar de la vida de campaña, en que siendo escasas las horas de reposo no se quiere perder de ellas ni un segundo, así como el borracho a quien le miden el vino seca el vaso sin dejar una gota.

Lostan de espaldas, con la cabeza apoyada en su morral, reflexionaba profundamente.

—Me pone Rosa en un trance bien fuerte. Necesario es confesar que despues de estarse algunos dias trepando cerros, corriendo tras de montoneros, durmiendo ma y comiendo peor, calado por la lluvia, entumido por el frio, lánguido por el hambre y rendido por la fatiga, el corazon está má

dispuesto a latir de cansancio que de amor: este es el caso. Rosa es una encantadora jóven; pero con las penurias de estos dias no he tenido tiempo para pensar en ella.. Ella es una flor; mis penurias, un huracan; el soplo del huracan arrebata las hojas de las flores; el viento de mis penurias ha arrebatado a mi pensamiento la imájen de Rosa.

Esto se dijo Lostan, y quedó pensativo. Luego añadió:

—¡No es exacta mi retórica!...El huracan levanta una gran polvareda e impide ver los paisajes vecinos; pero al serenarse el tiempo, el polvo cae y vuelven a divisarse los paisajes... *eccola qui*!... esta es la cosa: con el reposo volveré a recordar que Rosa es una hechicera jóven y tornaré a verla grabada en mi mente. Ella seguramente no piensa en todo esto: se imajina que un enamorado es un ser a quien nada le importa nada, fuera de su amor; un ser de corazon blando y de cuerpo duro; pero no, un enamorado es un individuo de carne y de huesos, y yo soi uno de ellos, que por más señas tiene tanto la carne como los huesos, magullados, molidos, extenuados, y que se encuentra con mui pocos deseos de abandonar el lecho donde yace muerto de sueño y cansancio para ir a correr aventuras por las calles... ¡Ai! Rosa, si tu hermosura merece mil consideraciones, tambien mi estropeada humanidad las merece de mi parte! harás el favor de esperarme hasta mañana.

Mui maltrado debia hallarse Lostan con las marchas para que raciocinara de esta manera. Abandonar una aventura que lo llamaba como el alegre chocar de las copas al buen bebedor... ¡aquello era exorbitante!

Cerró los ojos y quiso dormir.

Pero un ruido sordo se lo impidió.

Ese ruido no hacia vibrar el aire; mas, Lostan lo sentia atronador dentro de sí mismo: era un diálago mudo entre el corazon y el cerebro.

—¿Lostan, es imposible que infieras tal desaire a una dama?

—Estoi cansado.

—¿Es posible que la dejes ahí plantada esperándote?

—Estoi extenuado.

—¡Tamaña descortesía! eso no lo hace un hombre galante.

—Pero lo hace un hombre molido.

—¡Que de tal manera se conduzca el capitan Lostan que siempre corrió veloz tras e un par de bellos ojos!

—El capitan Lostan no puede ahora correr; todavía quedan en sus piés algunas puntas de las espinas de Izcuchaca.

—Abandonar una aventura a media noche, en calles solitarias...

—¡No te oigo! estoi muerto de sueño y de cansancio.

—En calles oscuras y desiertas, una ventana que se abre y luego el dulce acento de una voz...

—¡Huye demonio tentador!

—Una voz dulce y tierna como un suspiro que murmura amor...

—¡ *Vade retro!*

—Una mano fina y aterciopelada...

—¡Abrenuncio!

—¡Ai! algun transeunte que pasando a lo léjos alcanza a oir un ruido suave, algo semejante al chasquido de un beso...

Lostan sentóse de un salto y se pasó la mano por la cabeza. Al cabo de un rato murmuró:

—Pero yo no sé siquiera cuál es la calle de X..., ni tengo a quién preguntárselo... hai ocho calles que dan a la plaza,... tendria que recorrer la primera cuadra de cada una de ellas... ocho de ida y ocho de regreso hacen diez y seis...¡Cristo me valga!... ¡diez y seis cuadras cuando apénas puedo moverme!...

Despues de cavilar un minuto, añadió:

—Bien pudiera dar con la ventana en la primera calle que recorriera: ya serian solamente dos cuadras.

Extendió una mano y cojió la cartita que habia dejado junto a su cabecera. Leyéndola nuevamente, se dijo:

—"Para pedirle un servicio"... bien pudiera ser cierto que necesita un servicio de mí... Para no asistir a una cita amorosa, uno es mui dueño de su propia suerte; pero para negarse a acudir cuando solicita un servicio una dama a quien se ha galanteado.. esta es otra cosa...

Moviéndose con dificultad, comenzó a ponerse las botas y luego se puso de piés exclamando:

—¡Pobre mi cuerpo!

Cojió su espada y se encasquetó el képis.

Con esto se hallaba listo, pues estaba vestido en la cama.

....

Un momento despues se encontraba en la plaza.

¿Habia sacudido el cansancio y el sueño por oir al corazon, por servir a una dama,

o por ambas causas a la vez? Eso no sabremos decirlo.

Miraba Lostan las ochos oscuras bocas de las calles que daban a la plaza, y no sabia por cuál comenzar.

Pronto optó por la que estaba más próxima.

Marchó por una acera mirando atentamente para descubrir en la oscuridad el pañuelo blanco atado a un barrote que era su atalaya.

Fué y volvió sin haber visto aquel punto blanco.

—Vamos a la otra,— se dijo.

Así lo hizo.

Igual resultado.

—¡A la tercera!—exclamó con impaciencia;—estando en el macho no hai más que domarlo.

Nada.

Por fin en la cuarta divisó un pequeño bulto blanco en las condiciones requeridas.

Se acercó a él palpitante y vió que era un pañuelo amarrado en una de las barras de fierro que servian de reja a una gran ventana.

Lostan se sonrió en la oscuridad.

—Ya dí con el *tú galgo*,—pensó;— ahora demos el santo.

I sin esperar más pronunció en voz baja pero clara esta palabra:

—Recuerdo.

Sin duda álguien esperaba tras de la ventana, pues un postigo de ésta se entreabrió en silencio y una voz arjentina hirió el oido atento de Lostan murmurando:

—¿Es usted?

—¿Qué otro podria ser?

—Temiendo estaba que mi carta se hubiera extraviado, que hubiera caido en otras manos; temiendo eso le pedí que pronunciara alguna palabra para reconocerlo ántes de abrir la ventana.

Rosa; que era quien hablaba, dejaba notar en su voz una tierna conmocion.

—Ya ve usted que sus temores fueron infundados: acabo de recibir su preciosa esquela y me he apresurado a venir...

—Gracias.

—Yo soi quien debe dárselas a usted.

—No, no,— dijo la jóven con un tono mui expresivo;— yo le doi las gracias porque usted ha acudido cuando le he llamado "para pedirle un servicio."

I acentuó estas cuatro últimas palabras. añadiendo:

—Espero que usted no habrá pensado otra cosa.

Lostan pensó:

—¡Es hábil esta chica!

I añadió en voz alta:

—Yo sólo he pensado que es mucha felicidad para mí que usted me pida le sea útil en algo. Pero hábleme de usted misma; cuénteme si hizo con felicidad el viaje desde Huancayo hasta acá; si se ha acordado de que álguien quedaba suspirando... en fin, hábleme.

—Papá y yo hicimos el viaje sin mas contratiempos que el mal estado de los caminos.

—Los conozco.

—Sí, pues; ustedes han venido por ahí, ¿mucho han sufrido?

—No lo crea; es un paseo que venimos haciendo.

—Dicen que les han echado galgas y balas y han muerto a muchos chilenos, a muchísimos, a más de la mitad.

—Milagro es que no hayan dicho habernos muerto a todos, y que los que aquí estamos somos solamente las ánimas de los difuntos.

—No se ria usted, muchos muertos habrán tenido, pero los ocultan... Yo estaba temiendo...

—¿Qué cosa?— preguntó Lostan viendo que Rosa dejaba trunca la frase.

—Nada.

—¿Qué es lo que tenia?

—¡Tch! qué curioso habia sabido ser usted... Aquí en Huancavelica no conocian a los chilenos todavía. Algunos montoneros querian hacer resistencia, pero al fin se resolvió que no... las mujeres tenian un susto... creian que los chilenos iban a entrar matando a todo el mundo. La señora dueña de esta casa ha tenido un miedo... todos estos dias ha estado de rodillas rezando un padre nuestro para los muertos en estos últimos combates y otro para ella que ya tambien se creia muerta...

—Pero, ¿no le decia usted que los chilenos no venimos matando mujeres?— preguntó Lostan sonriendo.

—Al verla tan aflijida le decia que en Tarma, Huancayo y todas esas ciudades ocupadas por los chilenos a la jente pacífica nada se le hacia. Con todo, no se le pasaba ni se le ha pasado el temor.

—Y han continuado los rezos.

—Sí, pues.

—Usted le habrá ayudado.

—Cómo no; por los muertos.

—¿De los montoneros?

—Cada uno reza para los suyos, para sus paisanos.

—De manera que si a mí me hubieran muerto no habria tocado de usted ni un *gloria patri*.

—No se esté riendo; hablemos de otra cosa. Voi a expresarle el servicio que quiero pedirle. Una hermana de papá ha llegado a Ayacucho acompañada de una sobrina; han venido de Lima pasando por Ica. El deseo que tiene papá de verse con su hermana ha sido el motivo de nuestra venida a Huancavelica. Con todos estos trastornos de guerras y montoneras es para zozobras continuar el viaje. Papá ha resuelto esperar que esto se tranquilice, pero desea escribir a su hermana. Fácil seria esto en otras circunstancias: ahora no hai correos ni viajeros.

—Nosotros,—se apresuró a decir Lostan,—vamos en marcha para Ayacucho, y si usted me confiara el encargo de entregar una carta a esa señora, lo haria con sumo placer.

—Gracias. Justamente le dije a papá que solicitara ese servicio de usted. Él no se atreve a hacerlo en atencion a que solamente conoce a usted por haberlo encontrado dos veces en un camino.

—Pues déme usted la carta y...

—¡Vaya! no me ha comprendido usted; es preciso que sea papá quien se la dé; ni él ni mi tia saben ni deben saber que yo me he visto con usted.

—¡Verdad!—respondió Lostan adivinando que Rosa no debia querer figurar en todo eso.

—Yo le diré a papá: "Véase con... ese capitan, salúdelo, hable con él; seguramente al despedirse le preguntará por cortesía natural si se le ofrece algun encargo para Ayacucho."

—Bien pensado; trate usted de que se vea él conmigo y tenga la seguridad de que sabré inspirarle confianza para que me encargue de entregar esa carta.

—Este era el servicio que queria pedirle; para eso me tomé la libertad de llamarlo.

—¿Para eso no más?—replicó Lostan itirando la diestra a traves de la reja y ojiendo una manecita a la jóven;—de ıanera que sin esta circunstancia casual o me habria hablado usted.

—¿Para qué, pues?

—Rosa, ¿quiere usted martirizarme? ¿no se acuerda de sus promesas?

—¿Qué le he prometido que no lo haya cumplido?

—Me ha prometido acordarse de mí.

—¿Y por qué cree que no lo he hecho?

—Por su despego.

—¿Cómo entiende usted eso?

—De una manera mui sencilla,—dijo Lostan estrechando tiernamente la mano de la jóven que no habia soltado;—yo la amo, usted lo sabe bien, y no corresponde absolutamente a mi afecto.

—No me hable más de eso,—dijo la jóven con un acento débil y haciendo un movimiento aún más débil para desprender su mano.

—¡Cómo no hablarle! ¿le fastidia a usted que le hable de mi amor?

—Oígame; he pensado mucho en todo lo que ha ocurrido entre nosotros, y me he arrepentido de haber tenido ciertas conversaciones con usted.

—¿Se ha arrepentido?—replicó Lostan con una entonacion bastante adecuada para darle expresion a su frase.

—Sí; yo no debia haber escuchado sus palabras. Nos encontramos una vez por una casualidad; por otra casualidad hemos vuelto a encontrarnos, y siempre solamente de paso, para separarnos luego. Ya lo ve usted; entre nosotros dos sólo debe haber un afecto sencillo, la amistad; de otra manera la separacion seria mui triste, y esto ocurriria a cada momento.

—(¡Esta serranita es mui hábil!)—pensó Lostan, y añadió dialogando:

—Pero usted, Rosa, me da a un mismo tiempo la vida y la muerte; me deja entrever que podria corresponderme y me dice que no quiere hacerlo.

—Así es preciso; voi a decirle una cosa... la última vez que estuvimos hablando en Huancayo, le ofrecí yo regresar al jardin en la noche para despedirme de usted; así lo hice... estaba aquello solitario y oscuro; esperaba que usted estuviera en la ventanilla para decirle adios y retirarme... llegué, y viendo que usted no daba señales de hallarse ahí, le llamé... permanecí en el jardin largo rato, y como usted no apareciera, creí que se habia olvidado de la cita, que estaria divirtiéndose con sus amigos... con alguna otra persona... aquello hirió mi amor propio, sufrí mucho... yo no me creia tan insignificante para que me hicieran un desaire... este es otro punto

del amor propio... y sufrí mucho... Al otro dia cuando le encontré a usted en La Punta y supe la causa por qué no habia ocurrido a la cita, sentí un gran alivio; usted no habia asistido a la cita por habérselo impedido su deber; pero al mismo tiempo comprendí que una no debe... no debe... ¿cómo le diré?... no debe escuchar las palabras de hombres que no pueden disponer de sí mismos.

—(¡Es discretísima esta serranita! ¡me muero por ella!)—raciocinó rápidamente el capitan y agregó respondiendo:

—Es decir que uno por ser militar está condenado a no deber amar porque se halla bajo el peso de obligaciones imperiosas.

—Al ménos, ¿para qué hacer entrever a las personas felicidades que no han de durar?

—Rosa, usted reflexiona mucho; el amor no sabe reflexionar y yo la amo a usted.

La jóven guardó silencio por un instante y luego dijo:

—Le voi a decir una cosa; pero ántes, suélteme usted.

E hizo esfuerzos para que Lostan le soltara la mano.

Al fin lo consiguió, y entónces murmuró:

—Usted va a irse de aquí mañana temprano, o sea dentro de pocas horas; y no volveremos tal vez a vernos más; mi despedida será decirle que... yo tambien lo quiero a usted...

Y cerró el postigo de la ventana con prontitud.

Lostan impresionado verdaderamente, exclamó:

—Rosa, Rosa, no voi a partir mañana; óigame una palabra más.

El postigo permaneció cerrado.

—Prométame que todavía mañana volveré a oir su voz.

La mano que sujetaba el postigo no debia ser mui tenaz, pues aquel volvió a abrirse y tornó a escucharse la voz de Rosa.

—¿No parten mañana?

—Nó. Despues de lo que acaba de decirme seria una crueldad no querer oirme.

Y Lostan, alentado con la confesion que acababa de recibir, empleando grandes frases y argumentos trató de probar a la jóven que puesto que se amaban debian decírselo y repetírselo mil veces, para lo cual era preciso verse y hablarse el mayor tiempo posible.

Rosa replicaba que lo más prudente era olvidarlo todo, pues que no podia durar.

No faltaban razones al capitan para rebatirla. Si hasta entónces solamente se habian encontrado de paso, llegarian dias mejores; ahora el hado se empeñaba en hacerlos sufrir separándolos, pero ya se cansaria de mostrarse impío; miéntras tanto ellos no debian dejarse doblegar por su funesto influjo, sino al contrario mostrarse esforzados y constantes.

Largo rato duró aquella discusion. Y fuera por mucha elocuencia de parte de Lostan, o por mui buena voluntad para dejarse convencer, de parte Rosa, ello es que acabaron por ponerse de acuerdo.

Así parecia porque fué con un acento impregnado de tristeza como ella anunció que el dia siguiente no podrian hablarse ahí quizás; aquella ventana era del dormitorio de la dueña de casa, quien temiendo corrieran balas a la entrada de los chilenos se habia ido adormir en otra pieza que no estaba junto a la calle; pero seguramente en la próxima noche, viendo que todo se hallaba tranquilo, volveria a su dormitorio.

Si ocurriera este inconveniente, acordaron que hablarian aunque fuera a traves de la puerta de calle; oyéndose al ménos, si no podian verse.

XXXIX

Por huir de una patrulla.

Pocos atractivos ofrecia la ciudad de Huancavelica a la jente de la division.

Aunque en tamaño y edificios tiene cierta semejanza con Tarma, su comercio es menor.

Durante el dia que siguió a su llegada, los oficiales salian a andar por las calles; pero pronto se aburrian y regresaban a su cuartel. Las puertas de las casas permanecian cerradas; las familias blancas se obstinaban en no dejarse ver, y por la calle solamente se encontraban cholos y cholas, que forman casi la totalidad de los habitantes, y muchos indios.

El comercio tenia abiertas sus puertas, pero era tan reducido que pocos recursos prestaba.

Algunos bodegoncillos o pequeñas pulperías, tan pobres como el traje de sus dueños, proporcionaban algunos comestibles. Esto no era una gran ventaja para la tropa

porque en la ciudad sólo corria la moneda de plata, y los soldados si algo de dinero tenian era en billetes.

El soroche hacia fastidioso el paseo por las calles; esto unido al molimiento de la marcha contribuia a que los chilenos se aburrieran más pronto de andar por ellas.

Poco despues del medio dia Lostan iba con dos oficiales por la plaza. Caminaban paso a paso, para lo cual obedecian a dos razones: no tener prisa y estar molidos.

Al pasar frente a una peluquería, pidieron prestado un banco para sentarse al lado de afuera y luego compraron un poco de chicha de *jora* que se pusieron a tomar en una media calabaza.

Hacia un momento que ahí estaban, cuando Lostan se levantó de su asiento y fué a hablar a un paisano que pasaba cerca de ellos.

Era el padre de Rosa.

Sucedió lo que los dos jóvenes habian previsto la noche anterior. Despues de conversar con él un rato, le ofreció con la mayor amabilidad serle útil en algo pidiéndole órdenes, como se dice, para Ayacucho, término de la expedicion.

Gomez, que así durante la conversacion habia dicho llamarse el padre de Rosa, aceptó la oferta dando al capitan una carta en cuyo sobre se leia este nombre. "Manuela Melgar."

—Mi hermana debe estar alojada en casa del señor X, persona mui conocida en esa ciudad.

—Está mui bien; el mismo dia que llegue a Ayacucho estará la carta en su destino.

Continuaron conversando un momento, y al tiempo de despedirse dijo Gomez;

—Debe usted disculpar que no lo invite a casa, pues aquí me encuentro de alojado, y las señoras que me hospedan abrigan ciertos temores; no se atreverian a recibir a uno de ustedes por no ser llamadas *chilenosas* y exponerse a malos tratamientos de parte de los montoneros que no dejarán de regresar tan pronto como ustedes se retiren.

—Ya sabemos eso,— replicó Lostan sonriendo;— lo mismo ha sucedido en las demás ciudades de La Sierra que hemos visitado.

Miéntras hablaban, naturalmente el capitan se informó de la salud de Rosa. Haciendo relacion a ella, Gomez dijo:

—Mi hija es viuda; su esposo murió el año pasado en Pucará.

—¿En el combate que ahí hubo?

—Sí.

Ya Lostan sabia esto porque Rosa se lo habia contado; pero le convenia aparentar que lo ignoraba.

....

Tanto la tropa como los oficiales que no estaban ocupados en las avanzadas, patrullas o guardias, habian concluido por convencerse de que lo más acertado era aprovechar ese dia de descanso descansando, y descansando en toda la extension de aquel verbo: tendidos sobre sus camas o lo que para ellos hacia las veces de tal, esperaban reponerse algo de sus fatigas y criar fuerzas para la continuacion del viaje.

En la noche apénas se hubo tocado retreta todos se acostaron definitivamente. Aunque el dia siguiente iba tambien a ser de reposo, los cuerpos tenian cansancio y sueño para ambos dias con las noches adyacentes.

Pero en realidad no todos iban a esperar en sus camas el toque de diana. Tres o cuatro horas despues de haberse echado sobre su lecho, el capitan Lostan volvia a levantarse.

....

La calle de X... estaba tan oscura como la noche anterior.

Ni el menor ruido interrumpia el silencio.

Sin embargo, si alguna lechuza hubiera volado de la torre vecina, penetrando su poderosa vista en las tinieblas, habria logrado ver la sombra de un individuo parado junto una puerta.

Era de pensar que aquel individuo estuviera llamando a la puerta; pero no; ningun golpe se habia oido.

¿Que hacia ahí?

Si algun curioso se hubiera acercado mucho, con admiracion habria escuchado que aquel sujeto hablaba, al parecer con la puerta.

Pero ésta debia ser una puerta encantada, porque respondia, y era lo más notable que siendo tan grande como la de un templo tenia una vocesita propia más bien de la puertecilla de un tabernáculo de plata; tan arjentina era.

Oigamos como dialogaban hombre y puerta.

—Ha sido un contratiempo como una desgracia que no háyamos podido vernos por la ventana. Apénas alcanzo a oir su voz.

—No puedo hablar mas fuerte; me oirian.

—Si abriera un poquito la puerta; lo suficiente para dejar un rendijita...

—Imposible; tiene muchos cerrojos y trancas.

—Los cerrojos se corren; las trancas se levantan.

—Si viera usted... esto parece una fortaleza... Los cerrojos tal vez alcanzaria a moverlos; pero las trancas...

—¿Por qué no?

—Son mui grandes... una sobretodo es de un gran madero, es mui pesada, no la puedo...

—Haga usted un esfuerzo, Rosa; hágalo por nuestro amor,—decia la voz del hombre implorando.

Y las súplicas continuaban.

Se oia un lijero ruido sordo como si se restregaran dos maderos.

—Ya he logrado moverlo un poquito.

—¡Otro esfuerzo, Rosa!

Esta frase era dicha con un acento tan suplicante como no lograra exhalarlo la dueña de esa casa cuando el dia anterior rogaba a todos los santos por la salvacion de su cobrizo pellejo.

—He logrado correr algo esa bárbara tan pesada; ya puede abrirse un poquito...

Con efecto, la puerta se abrió como un decímetro.

Una mano salió por la abertura. El individuo se apresuró a cojerla lanzando una ahogada exclamacion de gozo. Al mismo tiempo se apoyó en la puerta con todo el peso de su cuerpo, quizás distraidamente, o ... pero no queremos juzgar intenciones ajenas... En verdad, la tranca de que estaba hablando debia ser mui firme: la hoja de la puerta no jiró más.

Si el capitan Lostan hubiera sido testigo de aquella escena, es de creer que habria tenido unos celos furiosos: aquella mano que salia por la rendija de quién podria ser si no de Rosa, de Rosa que tenia cita con alguno...

Pero no; fué testigo y no tuvo celos. Lostan no podia tener celos de Lostan. El individuo en cuestion y el capitan era uno mismo, lo cual no será una novedad para los que hayan leido lo anterior.

—Ahora ya podemos conversar sin echar de ménos la ventana. He hecho muchas fuerzas; me ha dolido la mano.

Lostan creyó oportuno gratificar aquella dolorida manecita con un beso.

—Lástima que sea tan angosta la abertura.

—¿Para qué más?

—Apénas cabe su mano, la mia no puede pasar.

—No tiene nada que hacer su mano aquí adentro,—contestó Rosa con una picaresca sonrisa.

—¿Teme usted que quisiera probar si sería más fuerte que la suya para levantar la tranca?

—No temo... digo mal, estoi toda muerta de miedo... si nos sorprendieran aquí, qué diria la dueña de casa... y usted quizás no aprecia todo lo que hago por usted.

Lostan se deshizo en protestas, y luego el diálogo tomó otro jiro. Aunque en la noche anterior ambos se habian estado diciendo por largo tiempo que se amaban, ahora encontraron oportuno repetírselo nuevamente.

Un rato llevaban de tarea tan grata cuando se oyó un ruido de muchos pasos.

—¿Qué es eso? — preguntó Rosa asustada.

—Una patrulla.

—¡Retírese! que no le vean aquí,—exclamó la jóven queriendo cerrar la puerta.

Lostan con un pié puesto de cuña lo impidió, diciendo a la vez:

—Ya me han visto, o si no, me verán al moverme; darán el "quién vive" y tendré que responder... eso llamará la atencion.

—¡Qué hacer! —exclamó ella confusa, pues por haber estado en ciudades militarmente ocupadas sabia el significado del "quién vive."

—Abrame la puerta; estaré adentro hasta que pase la patrulla... le doi mi palabra que saldré en cuanto usted me lo ordene.

—Pero...

—No hai tiempo que perder.

Las pisadas de la patrulla se oian mui próximas.

La puerta se abrió.

Diez segundos despues pasó aquella fu[illegible] za y no halló nadie a quien darle el "qui[illegible] vive."

XL.

Todavía en Huancavelica.

El capitan Orrego de piés delante de la cama en que dormia un compañero suyo, gritaba para despertarlo:

—Ya está el almuerzo servido... son las once de la mañana y todavía no puede levantarte.

Como su compañero no diera muestra de oirle, se agachó, cojiólo de un hombro, y remeciéndolo repitió las palabras anteriores con mayor sonoridad o más bien, mayor estrépito.

El durmiente hubo de despertar, si no con las voces, con los remezones; ésas o éstos bastaban por sí solos para sacar de su letargo a un liron.

—¡Qué!... tanta bulla!...

—¿Todavía te queda sueño?... son más de las once... el almuerzo está... ¡alza!...

El que despertaba paseó una mirada soñolienta en su rededor y como para sacudir de un golpe la modorra, se paró de un brinco.

Era éste el capitan Lostan. Al verlo en pié, su asistente acudió trayendo una caramayola con agua.

Lostan salió de la habitacion al patio. Ahí abriendo un poco las piernas, doblando el cuerpo y estirando las manos, esperó que el soldado le fuera vaciando agua en las palmas para irse lavando de esa manera tan sencilla y natural.

Un momento despues se sentaba a una pequeña mesa donde ya estaban Soler y Orrego.

—¡Dormirse hasta el mediodia!... esas son las consecuencias de andar picos pardos...—dijo Orrego en son de chanza.

—¿Yo?...

—Saliste anoche despues que Soler y yo nos habíamos dormido, y te sentí volver poco ántes de la diana.

—Estarias soñando.

—¡No estés haciéndote!... todo es para que no te pidamos que nos convides... tú has descubierto alguna parte donde pasar la noche sin aburrirte... ¡qué suerte la tuya!... Soler y yo nos hemos gastado los talones andando para arriba y para abajo lograr hallar donde matar un rato...

La charla continuó miéntras los tres compañeros almorzaban; pero Lostan se mostró reservado contestando con chanzas a las preguntas, sin dejar que consiguieran sonsacarle el empleo que habia hecho de la noche anterior.

Cuando estaban ya tomando el café, hablando de asuntos concernientes al servicio de los batallones, se trató de las avanzadas y patrullas.

—¡Las patrullas!—exclamó Lostan con una expresiva sonrisa;—hé ahí un servicio de campaña que puede contribuir a la dicha de algunos mortales. Las patrullas, o sea diez, quince o veinte hombres mandados por un oficial recorren en la noche la ciudad, gritando a cuanto individuo encuentran:

"—¿Quién vive?

"—Chile,—hai que responder.

"—¿Qué rejimiento?

"—Tal o cual,—se debe contestar nombrando uno el cuerpo a que pertenece. Y es preciso contestar y dejarse reconocer, so pena de que si no lo hace puedan mandarle a uno un balazo.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con la dicha de algunos mortales?

Lostan soltó una carcajada replicando:

—Mediante la vijilancia que ejercen las patrullas todos podemos dormir tranquilos sin temor de una sorpresa que nos quisiera hacer el enemigo.

—¡No es esa la cuestion!—respondió Orrego que siempre era mui suspicaz;—tú has sacado alguna ventaja de las patrullas... a mí no me la pegas,

—Cállate *guaso* malicioso.

Por mas que hicieron los compañeros de Lostan, no lograron que éste les contara qué habia hecho de su persona en la noche pasada.

....

Aquel dia era el segundo que la division descansaba en Huancavelica, ciudad que segun cuentan debe su nombre a la *huanca Velica* o sea la *huanca Isabel*, y sustituyendo la palabra *huanca* por otra equivalente hasta cierto punto y mas usada en la costa del Perú, tendríamos *chola Isabel*... Así, pues, la *huanca Velica*, una posadera, le dió el nombre a la ciudad, y ésta lo lleva hoi dia a pesar de que al fundarla el virei Toledo le diera, en recuerdo del título paterno, el más sonoro nombre de *Villarica de Oropesa*.

Como el anterior, los chilenos aprovechaban el dia descansando; y si por un momento arrostrando la opresion del soroche iban paso a paso a ver los puentes de

piedra de la ciudad, regresaban pronto y preferian contemplar sentados la empinada montaña de Santa Bárbara en cuyo seno se encuentra la famosa mina de azogue que durante siglos enriqueció a tantos españoles y costó la vida a millares de indíjenas forzados al trabajo por el látigo de... la civilizacion....

Como el dia, la noche fué para la division chilena semejante a la anterior, salvo que esta noche tenia en perspectiva que al volver la luz del dia se continuaria la marcha.

Un buen sueño venia de molde.

Sin embargo, el capitan Lostan que tan amodorrido habia estado en la mañana y en el dia, se hallaba mui despierto ahora que eran las once de la noche.

Con paso firme hendia la oscuridad de las calles y sin equivocarse llegó hasta la de X..., no deteniendo la marcha sino al verse frente a una puerta que no nos es desconocida.

La tranca que sujetaba aquella puerta, de cuyo peso se quejó Rosa la pasada noche debia ser de esos largos maderos crecidos por La Sierra en el centro de las matas de pita, los cuales al principio son pesados y se van poniendo livianos de dia en dia; así aquella tranca debia estar ahora más liviana, pues apénas llegó Lostan la puerta se abrió como medio metro.

Salamente un segundo permaneció abierta: volvió a cerrarse incontinenti; pero ya el capitan no estaba en la calle.

Huancavelica se encuentra a 4.783 varas sobre el nivel del mar; a esta altura el aire es mui ralo y, como lo explica la física, la vibracion es mui débil, de consiguiente la voz humana es ménos sonora. Si a esto se agrega que Lostan hablaba quedo, no es raro que su voz se hiciera casi imperceptible.

Sin embargo, si álguien hubiera estado mui próximo a él, habria creido que el capitan se ocupuba con otra persona en repasar una leccion de gramática castellana y estaban ambos en el capítulo de los verbos ejercitándose en conjugar el que sirve de modelo para la primera conjugacion: el verbo *amar*.

Habria oido, ya en voz de barítono, clave de fa; ya en voz de tiple, clave de sol:

Presente:— Amo, amas... amamos... (*dolce.*)

Pretéritos:— Amé, amaste, amaba, amabas.. etc. (*con espressione.*)

Futuro:— Amaré, amarás... amaremos. (*con fuoco.*)

Presente:— Amo... etc...(*da capo...ripetendo.*)

El tiempo presente, aunque es el más sencillo de conjugar, era el que ambas voces repetian mayor número de veces.

XII.

Una noche terrible.

A las seis de la mañana del 21 de setiembre, ya la division iba saliendo de la elevaciudad de Huancavelica.

Continuaba aquella via crúcis.

El frio, el soroche el cansancio, las privaciones, los pésimos caminos, el tomar alturas, el espantar a los montoneros etcétera... No haremos la relacion de esta jornada, contentándonos con decir, como poco ántes, empleando términos musicales, *da capo;* esto es, se repite lo que hemos narrado en capítulos anteriores.

Todo el camino era a repecho, habia que marchar subiendo más de seis o siete leguas.

El fin de la jornada era Pachaclla, una hacienda situada en la falda de un ramal de la cordillera.

Aunque la tropa, veterana ya en las marchas, caminaba mui bien, no se pudo llegar ántes de que entrara la noche.

La oscuridad pilló a la division en un desfiladero tan angosto que apénas dejaba paso.

El piso era fangoso y resbalosísimo.

Como era inevitable, pronto empezaron a despeñarse algunos, principalmente los que iban a caballo, y tambien bestias de carga y mulas de la artillería.

La oscuridad era completa; una espesa neblina lo envolvia todo. Lo de la neblina se conocia únicamente cuando alguno encendia un fósforo cuya luz apénas formaba en rededor una esfera luminosa de una vara de diámetro, que no alumbraba nada.

Los que iban montados hubieran querido apearse; pero el cerro a un lado y el vacío al otro, no se los permitia absolutamente.

No es de arrendarle el placer que le daria a aquel que en medio de las tinieblas sentia resbalar a su caballo y se despeñal con él quién sabe hasta dónde...

No era preciso ser el sarjento Carrion para renegar en aquellas circunstancias.

Al oir el ruido que alguno hacia al caer, gritaban los vecinos:

—Cayó uno... ¿quién fué?

Afortunadamente solia sentirse una voz que viniendo de abajo contestaba:

—Fuí yo.

—¿Está herido?

—¡No... pero estoi... embromado... caramba!...

Con exactitud no eran éstas las palabras de la contestacion; hai voces que pueden disculparse proferidas en ciertas ocasiones, pero que no son para escritas.

Por suerte el que habia caido, rodando unos cuatro metros, llegaba a un terreno pantanoso y no sufria graves heridas; pero el susto se lo habia llevado de mui señor mio, pues con la oscuridad, miéntras iba cayendo, no sabia si seria aquello algun abismo rocalloso como los que se venian viendo en todo el camino.

Muchos rodaron, muchos se magullaron, pero al fin los demás pasaron.

Los que se despeñaban, al sentir la blandura del piso que los libraba, se apresuraban a quitarse de ahí. Aquello debia ser un atolladero, un pantano, como hai en abundancia por esas alturas.

Moviéndose a la ventura lograban hallar terreno firme.

Pachaclla es una pequeña hacienda de cordillera.

Estrechándose lo más posible podian encontrar ahí alojamiento bajo techo unas cuatrocientas personas: el resto de la division tendria que hospedarse al aire libre gozando de la neblina y de una llovisna que no tardó en caer.

El frio era intenso.

A falta de leña, hubo que deshacer algunos ranchos para hacer la comida de la tropa.

Esto no podia divertir mucho a los que se habian guarecido en ellos.

Es mucha historia esto de que le quiten a uno la casa como quien quita un paraguas abierto y lo dejen a la lluvia...

La fajina que servia de techo a los ranchos derribados, pasó a ser alimento de las bestias, que sin haber comido en todo el dia la tragaban mal que mal.

A la media noche vino a estar lista la mida de la tropa: pero por no levantarse arrostrar el tremendo frio de la noche, muchos soldados preferian continuar el ayuno.

....

Aun no amanecia cuando ya se estaba ensillando los caballos y cargando los burros.

Casi todas estas bestias en la noche con el hambre habian cortado sus amarras y vagaban revueltas queriendo subirse a los ranchos o estirando el largo pescuezo para comerse los techos que eran de fajina.

Hubo animales perdidos y cambiados en la oscuridad, y hubo confusion y reniegos.

Por fin una vergonzante luz matinal envuelta en nubes permitió ponerse en marcha a la division, que estando ya lista sól esperaba eso.

Habia que desandar algunas cuadras [illegible] camino hecho en la noche anterior. [illegible] alojar en Pachaclla la division se habia [illegible] viado ese trecho.

Al pasar por el sitio en que la noc[illegible] tecedente algunos se habian despeñ[illegible] soldados se sonreian. Conocieron [illegible] traviados en las tinieblas habian [illegible] sin necesidad aquel desfiladero.

Al pié de éste, sobre el barro, se veia un látigo. Un soldado quiso cojerlo; un látigo es prenda mui apreciada y útil en una marcha; tiró de él y pudo entónces notar que una de sus puntas estaba sumerjida y presa en el pantano. Pronto tuvo la esplicacion de aquello: una mula estaba atada con el látigo, aquella bestia habia encontrado fangosa sepultura en ese sitio.

Los que molidos con la caida de la noche precedente vieron eso, no dejaron de pensar en el peligro que habian corrido de quedar ahí haciendo eterna compañía a la pobre mula.

Se empezó a trepar el ramal de cordillera que se debia trasmontar ese dia.

El soroche sofocaba a la jente.

Con el cuerpo encorvado y jadeando se arrastraban penosamente los soldados caminando a la deshilada.

Volvieron a repetirse las escenas de que hemos hablado al tratar del paso de los Andes.

Desde temprano comenzó a nevar.

Con la faz pálida por la fatiga y la ropa blanqueada por la nieve, aquellos hombres parecian espectros envueltos en blancos sudarios.

Las bestias urjidas por el soroche resoplaban con fuerza y tenian que ir parándose a cada pocos pasos para resollar. Mu-

20

chas se echaban al suelo y era imposible hacerlas andar: consumidas por el hambre y el cansancio estaban completamente agotadas y era forzoso descargarlas i abandonarlas.

La compañía de retaguardia tenia que venir luchando para hacer avanzar a los cansados: no se podia dejar que quedaran soldados rezagados ni mui separados de la division, pues los montoneros venian a corta distancia y el rezagante aislado que encontraran seria ultimado sin remision.

Miéntras caia nieve, la jente sacudia sus mantas o capotes de cuando en cuando y se libraba en parte de ella. Pero al cabo de pocas horas la nevada dejeneró en copiosa lluvia; esto era mucho peor; el agua empapaba la ropa y la ponia pesada; cualquier aumento en el peso se hacia sentir penosamente con los repechos y el soroche; además con el frio glacial de la cordillera aquello era insoportable.

....

La temperatura en esas cordilleras situadas en la zona tórrida es una gran coqueta. Tiene algo de los polos por la enorme altura, y del Ecuador por su latitud.

Cosa de mediodia la lluvia terminó; las nubes corrieron a inundar otras punas y el cielo se dejó ver con ese color azul oscuro que más oscuro se va haciendo cuanto más se sube.

En el centro de los cielos apareció el disco solar luminoso y fuljente. Ni la más leve nubecilla empañaba su faz de oro y plata.

Sus rayos caian perpendicularmente sobre la cabeza de los soldados.

En el primer instante aquello fué un dulce consuelo.

En aquella altura las capas atmosféricas eran mui débiles y el calor del sol las trasminaba sin perder casi su fuerza.

Espesas nubes de vapor se elevaban de los képis que en un minuto estuvieron secos.

Igualmente el agua absorbida por la ropa se evaporizaba velozmente.

Hasta ahí todo iba mui bien. Una vez seca la ropa el frio debia ahuyentarse y todo marcharia a pedir de boca.

Pero sucede que, como lo decian con mucha exactitud los soldados, aquel sol de la cordillera quema pero no calienta.

En efecto, a causa de la rarefaccion del aire, sucede ahí un fenómeno que explica la cosmografía. El sol donde asienta sus rayos, quema, pero lo que queda a la sombra permanece helado: el aire ralo es mal conductor del calor.

Así, extendiendo la mano con la palma hácia abajo, el dorso se quema al sol, y la palma queda fria.

De tal suerte el astro del dia si bien producia algun bienestar, en cambio ocasionaba una gran molestia, y por ahí se iba lo uno con lo otro.

Además el sol reflejado por la nieve produce un esplendor hiriente para la vista.

....

Como a las dos de la tarde se comenzó a descender despues de haber trasmontado las cumbres.

A medida que se bajaba se iban hallando señales de vejetacion, y al cabo de algunas horas la division penetró en una ancha via formada por dos hileras de matas de pita.

Era ya tarde.

La noche se acercaba; pero el alojamiento no estaba léjos segun decian.

Un espeso nublado que venia del oriente apresuró la entrada de la oscuridad.

Algunas gruesas gotas de agua empezaron a caer como palabras de funestos augures.

El vaticinio se cumplió mui pronto.

Rodeándolo todo una oscuridad como la que puede hallarse en el fondo de una mina de carbon de piedra, estalló una tempestad perfecta, completa.

Agua, granizo, huracan, truenos, relámpagos, rayos; una tempestad con todos sus requisitos.

En aquellos escabrosos terrenos, como era inevitable, la division se cortó, y la mayor parte de la jente perdió el rumbo.

Los senderos se convirtieron en un instante en arroyos.

—¿Dónde estamos?—¿Por dónde va el camino?—gritaban muchos.

El huracan y los truenos ahogaban las contestaciones de los que iban más adelante.

Las bestias se encabritaban, la jente tropezaba y caia; todos calados hasta los huesos avanzaban sin saber en qué direccion; algunos se chocaban marchando en sentido contrario y creyendo ambos llevar buen rumbo: era aquello una confusion, un cáos.

La jente vagaba con el agua hasta las rodillas.

Pretender encender luz era una locura: la lluvia y el viento lo impedian.

Los relámpagos y los rayos no ofrecian ningun servicio para ver: la tempestad, como suele acontecer en esas alturas, tenia lugar ahí mismo, encima de las cabezas de la jente, la luz de las centellas era tan viva que podia cegar, pero no permitia destinguir los objetos porque deslumbraba.

Si alguno lograba hallar el camino del alojamiento, nada podia hacer por los demás que no le veian ni oian.

Además cada cual, o cada pequeño grupo, llegaba a imajinarse ser el único que se hallaba en tan angustiada situacion; creia haberse extraviado miéntras la division habia pasado.

¡Qué noche aquella! No la olvidarán fácilmente los que a la intemperie tuvieron que soportar la terrible tempestad despues de un dia de innumerables fatigas.

El pueblo de Acobamba no estaba léjos y ofrecia un regular alojamiento.

Los que lograban llegar hasta allá encontraban en los cuarteles improvisados lumbre para secar sus uniformes y equipos.

Desde la camisa hasta el capote, era preciso secarlo todo. Teniendo que permanecer en cueros miéntras tanto, el alba sorprendió a los soldados en la tarea de secar al fuego su ropa.

Inútil será decir que los oficiales se hallaban en igual situacion.

Aunque durante toda la noche estuvieron llegando individuos dispersos, no alcanzó a juntarse ni la mitad de la division.

....

Luego que amaneció fueron entrando poco a poco en el pueblo los que durante toda la noche habian soportado la tempestad sin techo ni alimento.

Aquellos individuos se movian penosamente, muertos de fatiga, y calados y ateridos.

Estos eran los más bien librados.

Otros no pudiendo mover sus piernas engarrotadas eran conducidos en el lomo de las bestias.

Quedaban todavía muchos que incapaces para mantenerse montados tuvieron que ser traidos en camillas; varios de ellos sin habla ni accion.

Por fortuna fueron solamente dos los oldados que no pudiendo resistir tan ruda rueba perdieron la vida con el rigor de la empestad.

Esta era una elocuente demostracion del vigor y robustez de nuestra jente, que a pesar de las mil penalidades sufridas en la marcha tenia todavía fuerte resistencia, siendo que en circunstancias análogas otros ejércitos enemigos habian tenido proporcionalmente un número mucho mayor de bajas.

....

Ante los sufrimientos de la jente no llamaban la atencion los de las bestias.

Los infelices cuadrúpedos con dos dias de atraso en sus piensos y doblegados bajo su carga, sufrieron mucho más.

Bastantes fueron los que amanecieron muertos y mayor la cantidad de ellos aniquilados en tal manera que se hacian inútiles: echados en el suelo con sus cargas de las que por causa de la oscuridad no habian sido aliviados, apénas daban señales de vida.

Los más animosos se habian puesto a andar en busca de alimento durante la noche, y gran trabajo costó a la jente dar con ellos al otro dia. Muchos se perdieron.

....

Las provisiones tambien tuvieron su parte en los sufrimientos.

Pero como sucede que cuando se rompe una levita, no es la levita sino el dueño de ella quien sufre: no fueron las provisiones sino los hombres que debian alimentarse con ellas quienes sufrieron.

Con la lluvia el azúcar y la sal se liquidaron y escurrieron por entre las mallas de los sacos: el café se convirtió en una especie de barro de feo color...

Esto era un grave contratiempo porque Acobamba carecia de recursos con que reponer esas provisiones tan necesarias para la division.

....

¿Habrá que decír que para los de las camillas, los enfermos o heridos, aquella noche fué tremenda?

A la intemperie, a la lluvia, al granizo; sin abrigo, sin techo, sin alimento, sin medicinas, sin curaciones, sin ningun socorro.

No intentaremos describir sus padecimientos.

....

Algunos encontraron para guarecerse uno que otro ranchito; ahí se agrupaban, se hacinaban; pero pronto sobrevenia un terrible inconveniente: el soroche.

Con el aire ralo de esas alturas en los es-

trechos ámbitos de una reducida cabaña no habia el oxíjeno necesario para los pulmones de la jente amontonada ahí; los hombres se ahogaban, se asfixiaban materialmente: quedándose adentro moririan como los que permanecen algun tiempo vivos en la bodega de un buque ido a pique.

Preferian los soldados salir del rancho: recibirian la lluvia y el granizo toda la noche; pero al ménos tendrian aire pára sus pulmones: la última muestra de vida que da el hombre es respirar: el aire es la vida.

XLII

En Acobamba.

Como se supondrá, aquel dia no se continuó la marcha. Un descanso era forzoso.

El pueblo de Acobamba no es mui pequeño: tiene casas para dos, tres o cuatro mil habitantes.

Al acercarse la division chilena muchos de los pobladores se habian marchado a las cercanías, tal vez por ser partidarios de los montoneros o por temor que los chilenos les hicieran algun daño segun los montoneros lo predecian por convenir a sus fines; pero los más cuerdos se quedaron en la poblacion alentados por las noticias que habian tenido de Huancavelica y convencidos de que la division no hostilizaba de ningun modo a la jente pacífica; al contrario, le compraba y pagaba a buen precio cuanto necesitaba para continuar su marcha.

La principal ocupacion que tuvo la tropa aquel dia fué, despues de traer a los enfermos y heridos, buscar las bestias que se habian extraviado.

Los que no se ocupaban en esto o en las guardias, tenian libertad para reposar o prepararse algun comistrajo. En el pueblo podian comprar trigo y harina y chancaca, así es que no faltó algunos que *pelaran mote* o hicieran sopaipas, etcétera.

Lostan, Soler y Orrego continuaban alojándose y comiendo juntos. Esas pequeñas sociedas formadas por unos pocos oficiales son mui convenientes en una expedicion; para la comida, para el cuidado de las bestias, para hallar alojamiento, presenta muchas ventajas fáciles de adivinar.

Los tres capitanes se habian hospedado en un cuarto que debia haber sido un bodegoncito, pues tenia un mostrador y un estante, eso sí que en triste estado.

Era como las dos de la tarde.

Soler y Orrego estaban en el cuarto. Lostan habia salido a charlar con otros compañeros; pero ántes habia extendido sobre el mostrador algunos papeles que traia en el bolsillo la noche anterior, los cuales con la lluvia se habian empapado. Un rayo de sol caia sobre ellos.

El teniente Alvar, de quien hace tiempo no hemos hablado particularmente, porque nada de extraordinario habríamos podido decir de él, envuelto como estaba en ese torbellino que se llama una expedicion en marcha, corria la misma suerte que sus demás compañeros, los oficiales de su batallon, de quienes nos hemos ocupado en jeneral. El teniente Alvar, llevado por asuntos del servicio, fué a hablar con Orrego, el capitan de su compañía.

Entró al cuarto ocupado por éste y despues de darle cuenta de algunas ocurrencias de la compañía, fijó distraidamente la vista en los papeles que estaban secándose en el mostrador. Entre esto habia una carta cerrada. El teniente, con una curiosidad propia de aquel dia de reposo en que nada habia que hacer ni en qué distraerse, leyó el nombre que estaba escrito en el sobre de la carta.

Aquel nombre pareció producirle algun efecto.

—¿De usted, capitan, son estos papeles? —preguntó a Orrego.

—No.

—Son de Lostan; los puso ahí al sol para que se secaran,—agregó Soler.

Alvar quedó un momento pensativo, y luego dijo como resolviéndose a hacer algo:

—Capitan Soler, hágame el favor de oirme una palabrita.

Por la mirada con que acompañó sus palabras comprendió el capitan que algo reservado queria decirle y salió al lado afuera de la puerta.

Alvar lo siguió y preguntóle:

—¿Se ha fijado en el sobre de la carta que entre otros papeles está sobre el mostrador?

—Ni sé... creo que sí...

—Aquella carta es para "Doña Manuela Melgar."

—¿Qué tiene eso de particular?

—Ese es el nombre de la tia de Lucía.

—¿Sí?

—Precisamente. La direccion dice "Ayacucho."

—Esto indica que aquella señora se encuentra allá. Pero ¿está usted seguro que sea ella misma, la tia de la niña? ¿no será otra de igual nombre?

—Bien pudiera ser... El capitan Lostan en cuyo poder viene esa carta debe saberlo quizás.

—Seguramente; ahora él no está aquí, pero cuando vuelva trataré de averiguar...

—Segun lo supo usted, capitan, Lucía y su familia habian salido de Lima...

—Seria una rara coincidencia que hubiéran ido a parar a Ayacucho... En fin, quizás por Lostan lograremos saberlo... yo lo interrogaré.

Despues de cambiar algunas palabras más el teniente se retiró.

....

Media hora más tarde el capitan Lostan entraba en el cuarto.

Pronto Soler le hizo algunas preguntas a propósito de la carta.

—Un caballero a quien conocí en Huancayo me suplicó ser el portador de ella,— fué la contestacion de Lostan que en seguida añadió:—Con la maldita lluvia de anoche se mojó y está toda arrugada y borrada...¡qué diantres! van acreer que he tenido poco cuidado...

—Pero, díme; ¿no sabes quién es esa señora?

—Qué curioso te has puesto...—replicó Lostan sonriéndose y recojiendo sus papeles que ya estaban secos y guardándolos en el bolsillo de su chaqueta.

—No es por mera curiosidad... He conocido en Lima una persona de ese nombre y queria saber si es la misma.

Lostan se habia mostrado mui díscreto en todo lo relativo a su aventura con Rosa, y creyendo que Soler por chanza queria hacerlo hablar de aquel asunto que medio habria vislumbrado por las ausensias nocturnas del capitan en Huancavelica, se contentó con responder:

—Dame las señas de tu "Doña Manuela, para ver si se parece a la mia.

—La señora de quien te hablo debe haber salido de Lima con su familia.

—¿Y qué más?

—Su familia es un hermano y una sobrina.

—Continúa,—dijo Lostan a quien interesó esta respuesta;—¿cómo se llaman esos dos?

—No sé el nombre del hermano; la sobrina se llama Lucía.

Lostan quedó un instante en silencio y luego dijo:

—Has adivinado... la tuya y la mia son una misma Doña Manuela o Manonga, como se dice en Lima, o Mañusca, cual dicen por aquí.

—¡Qué casualidad!

—¡Cómo! ¿por casualidad has adivinado el nombre de la sobrina?

—Digo que es una gran casualidad lo de haber venido ellas a Ayacucho cuando nosotros vamos para allá.

—¡Ya caigo en ello! tú conoces a la sobrinita... ¿hum?

—Nó; pero hai álguien... en fin, es un secreto que no me pertenece.

Siendo aquellas dos personas párientes de Rosa, era natural que Lostan quisiera saber algo de ellas; pero Soler que solamente de nombre las conocia, no pudo darle muchas noticias; por discrecion no habló ni una palabra de los amores del teniente Alvar.

Tampoco Lostan sabia mucho de las dos viajantes. Con Rosa, corto se les hacia el tiempo a ambos amantes para hablar de ellos mismos, y solamente de paso se habian ocupado de esas dos personas. A veces la jóven serrana le habia dicho: "Dé usted la carta a mi tia y ni trate siquiera de ver a Lucía... yo tengo miedo de las limeñas... lo quieren todo para ellas." Lostan la habia prometido cumplir este mandato; pero allá en el fondo de su conciencia ¡quién sabe!... El capitan habia confesado muchas veces a sus compañeros que él estaba previamente enamorado de toda niña bonita... aún ántes de conocerla. El hecho es que Lostan no estaba mui dispuesto a dar noticias de Lucía a sus colegas: ¿temia que una vez llegados a Ayacucho se presentaran muchos candidatos? Eso debia saberlo él...

Se limitó a decir a Soler:

—Tengo encargo de entregar esta carta a esa señora que hace poco ha venido de Lima con su sobrina; no sé nada más.

....

Poco más tarde Soler y el teniente Alvar caminaban mesuradamente por una de las calles del pueblo.

El capitan referia a éste todo lo que habia sabido por Lostan.

—Son ellas, indudablemente: Lucía y su tia,—decia Alvar.

Y luego venian las conjeturas consiguientes. ¿Por qué se hallaban en Ayacucho? cuál habria sido el motivo del viaje? tendrian en ello parte sus amores con Lucía? por qué no estaba su padre con ella?... etcétera.

Fuerza será decir que el tiempo trascurrido y las penalidades sufridas en las marchas habian cambiado mucho los pensamientos de Alvar.

La desesperacion que al principio le causó el verse violentamente separado de Lucía a quien dejaba abandonada a sí misma, se habia convertido en un triste recuerdo.

El amor en la ausencia para seguir manteniéndose necesita de los recuerdos; si éstos faltan, el amor se va apagando como el fuego cuando le falta el aire.

En esa vida que estaba llevando Alvar en las marchas tan llenas de penalidades, las infinitas penurias del cuerpo impedian que el alma pudiera entregarse con sosiego a dulces meditaciones: en el dia urjido por las obligaciones que imponia su puesto, atareado con ellas, y en la noche abrumado por el sueño y el cansancio: faltando el aire de los recuerdos, el fuego del amor se iba extinguiendo.

Pero quedaba siempre una chispa, y la esperanza que el teniente tuvo de encontrar a Lucía, fué un airecillo que reanimó aquella chispa falta de oxíjeno; pero no de combustible.

....

Como dijimos, la division descansó en Acobamba aquel dia y tambien el siguiente.

Aquel reposo de dos dias vino mui bien a la jente y a las bestias.

Los soldados se repusieron algo; sin embargo el número de enfermos habia aumentado por causa de la terrible noche de tempestad.

Entre éstos se presentó un caso que en las circunstancias porque atravesaba la division era un suceso gravísimo.

A un soldado se le declaró la viruela.

Esto era mas grave que la muerte misma de un individuo.

A los que morian en la marcha se les enterraba en un lugar próximo al de de su fallecimiento ocultando la solitaria sepultura del mejor modo para que los enemigos no la descubrieran y profanaran el cadáver; sus compañeros cumplian este piadoso deber pensando que ya aquel habia cesado de sufrir.

Con un apestado, ¿qué hacer?

Conducirlo, como a los demás enfermos, en camilla, era exponer al contajio toda la division. Las consecuencias podian ser desastrosas.

Dejarlo en el pueblo era entregarlo a la saña de los montoneros que sin duda lo ultimarian sin piedad entrando en el pueblo tan pronto como partiera la division.

¡Triste disyuntiva!

Y era preciso tomar una resolucion.

Primero está la salvacion de todos que la de uno solo. En casos como ese no se puede vacilar.

El apestado debia quedar en el pueblo y los habitantes responderian por su vida, bajo apercibimiento de recibir un terrible castigo.

En favor de esta decision obraba aún otra circunstancia: el apestado conducido en camilla, expuesto al aire y a la lluvia, y sin recibir los socorros necesarios, moriria seguramente en el camino.

Para los acobambinos aquel era un duro trance: vendrian los montoneros armados y ellos no tendrian fuerzas para oponerse a sus designios, de manera que se encontrarian, como acostumbra decirse, entre la espada y la pared. Les quedaba solamente el recurso de ocultar al enfermo lo mejor posible, y esta era la esperanza de los chilenos.

XLIII.

De Acobamba a Cajas, y de Cajas a Marcas.

La próxima jornada debia ser hasta el pueblecito o caserío de Cajas.

Como de costumbre, con la luz del alba se emprendió la marcha.

El número de camillas con enfermos habia aumentado. Esto era mui penoso para los soldados que tenian que soportar sobre sus hombros el peso de ellos.

Algunos montoneros que se habian tomado prisioneros prestaban alguna ayuda para la conduccion de los enfermos.

La guerra que se hacia con los montoneros era a muerte, de ambos bandos, el individuo que caia en poder del enemigo, debia morir; no se daba ni se pedia cuartel. Sabido es que en todo el mundo las hostilidades han tomado ese tremendo ca-

rácter siempre que han aparecido guerrillas.

Cuando los soldados vieron que los montoneros tomados podian aliviarlos en parte del peso de las camillas, comenzaron a hacer prisioneros, y cholos hubo muchos que debieron su vida a las camillas.

....

Como a las dos de la tarde se divisó en una hondonada el caserío de Cajas.

Ahí encontró la division una novedad, la de ver arbustos. En todas las alturas que habia venido pasando solamente se hallaban pobres muestras de vejetacion. En los lugares más elevados la temperatura no permitia la existencia de ninguna planta. A medida que se descendia se iba encontrando *coiron*, luego *champa*, más abajo *ichu*, cebada, pasto; despues maiz y pita; era preciso bajar mucho para encontrar arbustos.

Esa jornada fué una de las ménos penosas que tuvo la expedicion. Los montoneros pudieron molestar poco porque no siempre el terreno se prestaba a sus correrías; sin embargo, no dejaron de disparar sus tiros y fué preciso marchar tomando las alturas como en los dias anteriores.

Algunos de los habitantes del pueblo acudieron con banderas blancas a recibir a la division: esto significaba que no harian resistencia.

Cosa de las tres seria cuando la fuerza expedicionaria entró en las sinuosas calles y vericuetos del pueblo.

La tropa tuvo que hospedarse mui dividida en los pequeños ranchos que formaban ese caserío.

Escasísimos eran los recursos que ofrecia aquel pueblecito; no pasaban de un poco de chancaca y otro de chicha de jora, lo cual fué prontamente comprado por los que primero tuvieron noticias de ello.

Tal era el pueblo de Cajas del Espíritu Santo, nombre que arreglado conforme a la índole de la lengua hablada en él pasa a ser Espíritu Santo Cajas, y luego, abreviándolo: Espíritu Cajas; en seguida, acortándolo aún, Pitu-Cajas, que es como lo llaman sus habitantes.

....

Tan pronto como se vió la luz del dia siguiente, se continuó marchando.

Al salir del pueblo comenzaba un largo pesado repecho. Aunque habia camino por el fondo de quebrada, se marchaba por las cumbres de los cerros: esto era más fatigoso; pero así la division no se veia tan expuesta a las galgas.

Los prisioneros que cargaban camillas iban naturalmente custodiados; pero en tantos desfiladeros, vueltas y revueltas, la vijilancia no podia ser mui estricta. En pasos difíciles algunos solian escabullirse por entre las rocas tomando las de Villadiego.

Ese no era el convenio. Se les habia perdonado la vida para que prestaran servicios.

Conocedores del terreno y yendo sin armas ni peso alguno, tenian ventaja sobre los soldados para correr. Se les perseguia un poco, y si tomaban mucha distancia se les mandaba uno o dos tiros. Algunos escapaban como el raton que se sale de la trampa y se mete en su cueva.

Para resolverse a correr el riesgo de ser alcanzados por un balazo, debia influir en los cholos prisioneros el temor de que al fin de la marcha se les ajustaran las cuentas por sus anteriores pecados; eran desconfiados como gatos monteses.

Pero su temor era infundado. Pasado el calor de la pelea, por la cabeza de ningun chileno vagaba la idea de ultimar a esos infelices, quienes al fin y al cabo prestaban un buen servicio ayudando a cargar las camillas: tambien es cierto que si ellos no hubieran tirado galgas y balas no habria habido heridos que llevar en camillas; pero el chileno no es rencoroso.

Cuando algun soldado de las custodias lograba alcanzar a un prisionero que huia, lo traia riéndose y por todo castigo se contentaba con darle unos tirones de oreja, diciéndole:

—¡Qué chúcaro habís salido!... agradecé que no te arrimo un buen palo por no descomponerte y que no podais ponerle el hombro a la camilla...

El cholo que no entendia ni una palabra de ese castellano ni tampoco de otro más castizo, se llevaba una mano a la oreja zamarreada, y al notar que estaba en su puesto quedaba más tranquilo y seguia la marcha dándose por satisfecho de haber salvado a tan poca costa, o tal vez cavilando en que se las harian pagar todas por junto.

....

El término de la jornada de aquel dia debia ser Marcas, pequeña hacienda sin recursos.

Durante el trayecto los montoneros no

dejaron de molestar; pero, como el dia anterior, poco daño pudieron hacer.

A las cuatro o cinco de la tarde estaba la division en Marcas.

En los pocos ranchos que ahí habia apenas cupo un poco más de la mitad de la jente.

....

El capitan Orrego habia hecho clavar unos cuatro palos en el suelo formando un cuadrilátero; debian servir de pilares para improvisar una choza; de techo y paredes sirvieron algunas mantas o frazadas.

Ahí se alojaron los tres capitanes, Orrego, Lostan y Soler.

Aquel edificio no era mui empinado, y sus tres moradores tenian que entrar en él a gatas. Esto importaba poco a sus dueños, pues no lo querian para dar un baile dentro de él, sino para dormir.

—Parece que la jornada de mañana será saladita,—decia Orrego a sus compañeros cuando habia anochecido y los tres se disponian a dejarse abatir por Morfeo.

—Siete leguas,—dijo Soler.

—Y un rio que pasar. Alojaremos en Huanta.

—Dicen que esta es una ciudad, una gran ciudad.

—¡Hum! ya lo veremos; siempre en La Sierra hablan de grandes ciudades... pero deben ser ciudades encantadas, pues cuando llegamos a ellas se reducen a pueblos que no valen tres caracoles.

—Los huantinos han mandado una nota al coronel diciendo que no harán resistencia, que son partidarios de la paz.

—No dudo, querido Soler,—dijo Lostan poniéndose de lado en el lecho para fumar un cigarrillo,—no dudo que los habitantes tengan el deseo de no hacer resistencia; pero tampoco dudo que a los montoneros les importa un bledo lo que piense aquella pacífica jente. Esta quiere la paz, y aquellos la guerra; nosotros para ser obsecuentes les daremos gusto a la una y a los otros.

—El servicio, como de costumbre; palabras de la órden del dia.

—No habrá faltado algun cabecilla de montoneros que se haya adelantado para perorar a los indios y cholos comarcanos para que salgan a recibirnos con galgas y balas. No será raro que por aquí ande el Corso de Soler entusiasmando a los indios y ávido de ejercer la *vendetta*.

—Hace tiempo que no se deja ver,—dijo Orrego riendo; —pero yo creo que no debe andar léjos de nosotros. El otro dia monté en la yegua de Soler, y a cada bala que sentia silbar, me decia; «Esta es del Corso que por la yegua cree que soi Soler.»

Este capitan siguiendo la broma, replicó:

—Esa es otra que me debe el Corso: confundirme contigo.

—A mí es a quien le debe esta...

Despues de chancear un rato, dejaron las bromas para mejor oportunidad y se dispusieron a dormir teniendo en cuenta que a las dos de la mañana debia continuarse la marcha.

....

Mui buena noche habrian pasado los tres capitanes en su improvisada cabaña, si no es por cierta ocurrencia que no era mui rara en esa clase de expediciones.

Un paciente jumento de los de la division debia estar sintiendo en el lomo alguna comezon, producida quizás por el roce de los aperos que habia llevado todo el dia.

Seria cosa de media noche cuando el dicho animal se acercó mesuradamente a la cabaña aquella, y se puso a restregarse el lomo en uno de los postes.

Este apénas estaba enclavado en el suelo y se balanceaba; el burro se cargaba más y seguia frotándose. Por fin el palo perdió el equilibrio y cayó arrastrando a los otros tres con frazadas y amarras.

De un salto despertaron los capitanes al sentir que se les venia encima el edificio.

XLIV

El bosque de Huanta.

Eran las tres de la mañana y la débil luz de una luna menguante alumbraba apénas la serranía cuando la division iba ya marchando.

La jornada era larga y bastantes los tropiezos: habia sido preciso partir a tan temprana hora para alcanzar a llegar al alojamiento con el dia.

Aunque trabajosamente, se avanzaba en aquella media oscuridad.

Cuando sobre la cumbre de un cordon de negras montañas que columbraban en lontananza, apareció la claridad del crepúsculo matutino, la division iba descendiendo a la deshilada por unos ásperos desfiladeros.

Hácia abajo, a enorme distancia, como si aquello estuviera en la tierra de los antípodas, se percibia un extenso valle.

A medida que crecia la luz, se pudo ver que a lo largo del valle se extendia una ancha faja plateada. Era el rio Huarpa.

Allende el rio y del lado del sur yacia una dilatada mancha opaca que pronto se supo era un gran bosque dentro del cual estaba Huanta.

La perspectiva era encantadora y los soldados llegaban a olvidar por un minuto su cansancio para contemplar aquel hermoso cuadro de la naturaleza.

—¿Para dónde corre el rio?—se preguntaban muchos.

Habia diversas opiniones y se cruzaban apuestas.

—Corre para la derecha.

—No; para la izquierda.

—Apuesto un real.

—Apuesto dos.

—Yo no tengo plata, pero apuesto la primera gallina que encuentre allá abajo.

Al que esto decia le replicó al punto un soldado:

—Apuesto esa perdiz que va pasando.

Se referia al silbido de una bala que hendia en ese momento el aire cerca de ellos produciendo un ruido semejante al vuelo de esa ave.

En la cumbre de una altura separada por una quebrada se divisaba una nubecilla de humo, y como aun no estaba mui claro, se distinguian los fogonazos de los disparos que desde ahí hacian los montoneros.

Aunque la compañía de vanguardia estaba más próxima a ellos, disparaban sus tiros principalmente sobre la division, teniendo sin duda en vista que esta presentaba mayor blanco para acertar sus punterías.

No debian ser mui pocos los montoneros a juzgar por lo nutrido de su fuego.

La compañía de vanguardia avanzó rápidamente y los hizo retroceder.

Al mismo tiempo por todas las eminencias vecinas aparecian enemigos.

Los soldados contestaban con algunos tiros siempre que lo ordenaban sus oficiales, y la marcha continuaba.

A la division en su paso le sucedia lo que al viajero en algunos caminos de nuestros campos cuando le sale al encuentro una jauría de perros ladrándole; si se descuida le muerden las ancas del caballo; pero él levanta el rebenque y los perros se mantienen a respetable distancia, ladrando siempre y siguiéndole por algunas cuadras... ahí sale otra jauría y se repite la cancion...

Se mandaban piquetes de tropa en diversas direcciones para mantener alejados a los recalcitrantes guerrilleros; pero a veces se interponian profundísimas quebradas y era forzoso contentarse con responder sus fuegos a traves de éstas.

Los enemigos tenian en su favor la ventaja de estar quietos y agazapados detras de piedras miéntras la division tenia que ir desfilando a pecho descubierto al frente de ellos.

....

Se continuaba la marcha descendiendo, y como a las siete se llegó a una parte a la cual no alcanzaban los fuegos enemigos.

Desde ahí se envió la artillería y el bagaje por cierto sendero para bajar al valle junto a un lugar del rio en que los guias decian haber vado. Se les mandó resguardados por una compañía de infantería.

Luego se prosiguió el descenso.

La altura a que se encontraba la division no seria menor de cinco o seis mil piés sobre el lecho del rio.

Esto no parecerá una exajeracion si se tiene en cuenta que La Sierra del Perú es notable en todo el mundo por su altura y los precipicios que hai en ella. Basta consultar las obras de jeografía para convencerse de esto.

Aunque impulsados por la rapidez de la pendiente los soldados bajaban de carrera, demoraron más de cuatro o cinco horas para llegar al valle.

A los montoneros no les convenia encontrarse en el llano con fuerzas chilenas; naturalmente la mayor parte de ellos se habia retirado allende el rio y los demás permanecian trepados en los cerros que iban quedando a retaguardia de la division.

El Huarpa es un rio bastante caudaloso, pero en algunos trechos hai vado para las bestias.

En cierta parte pasa lamiendo los cerros que limitan el valle por el oriente. Hai ahí un puente colgante de cuarenta o cincuenta metros de lonjitud transitable solamente para la jente de a pié.

Las miras de los montoneros era impedir el paso del Huarpa, o por ménos dificultarlo, aprovechando lo trabajoso de la

situacion para hacer gran número de bajas a los chilenos.

Con este fin se habian posesionado, al lado opuesto del rio, de las alturas que dominaban el puente y los vados.

Los huantinos eran quienes pretendian llevar a cabo esta empresa. Se habian reunido en gran número armados con fusiles, hondas y lanzas.

La compañía de vanguardia y la que resguardaba la artillería, ésa pasando por el puente y ésta por el vado, y tambien la caballería, cargaron sobre los enemigos.

Estos trataban siempre de conservar una prudente distancia y retrocedian ya subiéndose a los cerros ya corriendo hácia el bosque, y disparando sus fusiles tanto en la retirada cuanto luego que hallaban donde parapetarse.

....

Miéntras tanto el grueso de la division se habia acercado al puente colgante.

Este puente era formado por tres grosísimos cables de pita tendidos paralelamente de una ribera a otra como las cuerdas de una guitarra; sobre los cables se habian puesto ramas y maderos atravesados. Siendo aquéllos de unos cincuenta metros de largo, naturalmente con su propio peso hacia el puente una gran comba, casi un semicírculo. Dos cordeles puestos a los lados servian de barandilla.

Las bestias no podian pasar por ahí.

La jente sí; pero no toda unida còmo si transitara por un puente sólido. Para hacerlo así habia un grave inconveniente: el puente se cimbraba como una varilla de junco.

¿No ha visto el lector bailar en la maroma o en la cuerda a un volatinero? Pues bien, si dos volatineros quieren bailar a un tiempo en la misma cuerda, con lo que ésta se cimbra, a la primera cabriola es seguro que uno o los dos van al suelo.

Igual cosa sucederia en aquel puente colgante a los soldados chilenos que debian convertirse para el caso en volatines. Era preciso que pasaran uno a uno, o a lo más tres o cuatro a la vez yendo mui juntos y pisando a un mismo tiempo.

Como se comprenderá, todo esto causaba gran demora y fastidio.

Una media cuadra más abajo del puente el rio se abria y habia vado. Por ahí pasaban las bestias; esto es, las que tenian fuerzas para hacerlo; aquellas que carecian de vigor, principalmente algunos burros mui extenuados con las marchas, eran arrastradas por la corriente del Huarpa y arrebatados por ella seguian hasta ir a servir de alimento a los lagartos o cocodrilos del Amazonas.

Los cuádrúpedos que tantos servicios prestaban a la division con sus lomos, se veian tambien obligados a soportar las penurias y hasta las balas: muchos de ellos habian caido como buenos atravesados por el plomo enemigo; tambien entre ellos habia heridos, pero no habiendo camillas para sus pesados cuerpos, debian sanar caminando, y si la herida era grave, esperar tendidos en algun sendero el fin de su aporreada existencia.

....

La compañía de retaguardia habia tenido que venir tiroteándose con los montoneros marquinos (de Marcas). En pos de la division venian estos pisándole los talones, o más bien dicho pretendiendo pisárselos, pues la compañía de retaguardia los mantenia a raya.

Luego que esta compañía dió principio al descenso de la enorme cuesta, los marquinos aparecieron en la cumbre descargando sus fusiles. Que la compañía hubiera tornado a subir para ahuyentarlos, habria sido una gran bisoñada o *reclutada*, y nuestra jente era ya mui veterana en esa clase de guerra para caer en tal tentacion. A medida que subieran los soldados se retirarian los marquinos, y no se habria sacado otra cosa que cansar inútilmente a la tropa.

....

Miéntras el grueso de la division pasaba el rio, obra que duró algunas horas, las compañías que iban a vanguardia y la caballería hacian retroceder a los indios y montoneros huantinos.

Muchos de estos pagaron con su vida el deseo de atajar en su paso a las fuerzas chilenas. En las faldas de las colinas y a la entrada de los bosques sus ensangrentados cadáveres probaban cuán temeraria fué su pretension.

....

Desde el puente se anduvo como una legua por las cuestas que ahí hai, y luego entró la division en el espeso bosque divisado por la mañana desde las alturas de Marcas.

Razon tienen los jeógrafos en ponderar la variedad de climas de La Sierra. Hai un lugar con frio y nieve eterna donde ja-

mas se ve la hoja de una planta, y a dos o tres leguas de distancia se extiende un valle en que se cultiva el algodon y el café. Aquello parece fantástico, es juntar el hielo de los polos con el sol del ecuador.

La division chilena que en la mañana estaba en Marcas donde apénas se ven algunas matas de *coiron* y algunos *quiscos* que pueden resistir el frio, y donde el invierno parece perdurable, entraba poco despues del mediodia en un bosque de árboles tropicales, y un sol abrasador obligaba a la jente a despojarse de los abrigos que horas ántes encontrara livianos.

El bosque favorecia a los enemigos; ellos lo conocian, miéntras que los chilenos lo veian por vez primera.

No se puede negar que los montoneros eran tenaces y que no les faltaba atrevimiento para no desalentarse por la muerte de muchos compañeros.

Los más pertinaces se guarecian detras de los árboles y hacian fuego sobre la division, y a veces a cuatro pasos de distancia se sentia el estampido de un balazo.

Piquetes de soldados desplegados en guerrilla los batian; pero no siempre la espesura de la floresta lo permitia.

Rabiaban los soldados cuando un montonero al ser alcanzado, ya a dos varas de distancia, se les escondia entre las matas como una perdiz.

Los oficiales tenian que guardar vijilancia para que la tropa en la persecucion no se internara en la floresta y se extraviara dentro de ella.

Un camino de regular anchura surcaba el bosque serpenteando; era aquello una calle de árboles. Por él marchaba la division.

Molles, guayabos, lúcumos, limones, paltos y chirimoyos, cruzaban sus ramajes formando arcos sobre la via. A pesar del cansancio y de los montoneros que no cesaban de molestar con sus tiros, los chilenos contemplaban con placer tan frondosa vejetacion y respiraban con avidez el aire dulce de la floresta despues de haber estado tanto tiempo aspirando el soroche de las montañas.

A menudo se encontraban chozas, cabañas o ranchos deshabitados de indios y cholos. No faltaban gallinas por centenares, y no fueron pocas las que cantaron *clo clo* al sentir en su pescuezo la vigorosa mano de un soldado. Tambien se encontraba al paso una cantidad de cerdos que hacian reir a los chilenos por cierto adorno que llevaban en el cuello; era un triángulo de madera que a modo de collar sus amos les habian puesto para que no pudieran internarse en los matorrales.

El capitan Soler habia montado en su yegua tordilla porque su caballo estaba mui cansado y el camino era ahora bastante bueno para ella, para la Cenicienta, nombre que el capitan le habia puesto por el color de su pelo.

La via estaba mui asendereada y a ambos lados se habian hecho lomos que con algunas piedras extraidas del pavimento y echadas sobre ellos formaban unas murallas de la altura de un hombre.

Iba Soler atendiendo a que sus soldados no comieran limones, lúcumas u otras frutas de las que ahí abundaban, siempre que no estuvieran maduras.

De pronto sintió a dos metros de su oido izquierdo la detonacion de un tiro de rifle.

Volvió rápidamente la cara y a traves de una nubecilla azuleja de humo, vió el cañon de un rifle apoyado encima del lomo de piedras, y al extremo opuesto de él una cara que creyó reconocer.

De un salto se apeó de la yegua y quiso brincar sobre las piedras.

Al mismo tiempo un soldado que iba tras de Soler saltó tambien y se trepó en ellas.

Pero aunque esto habia sido ejecutado con la rapidez del rayo, el montonero habia logrado huir internándose sin duda en el bosque cuya espesura llegaba hasta las piedras.

Pasando al otro lado el capitan quiso seguir la pista al que huia; anduvo algunos pasos apartando las ramas con las manos; mas, pronto conoció que aquello era inútil, pues no sabia la direccion tomada por el fujitivo que se habia emboscado.

—¿Se divisa álguien? — preguntó al soldado que trataba de abrirse paso por otro lado.

—Nada, mi capitan; el cholo se ha hecho humo... ya debia tener estudiada la retirada cuando se atrevió a acercarse tanto...

Soler comprendió que el soldado debia tener razon y le ordenó regresar con él al camino.

Ahí divisó que varios soldados observaban el pescuezo de la Cenicienta.

Se aproximó a ellos y vió que examinaban una herida de bala que tenia la yegua

en la parte superior del cuello. El proyectil habia pasado al otro lado dejando un agujero en el pescuezo de la bestia.

—La herida no es fea,—sanará, decia un soldado.

....

A medida que la division se acercaba a la ciudad de Huanta se dejaban de percibir los tiros de los montoneros.

Una multitud de jente trayendo banderas blancas salió a recibir a los chilenos.

Como a las cinco de la tarde entraba la fuerza expedicionaria en Huanta.

Esta ciudad estaba habitada; pero las puertas derribadas de las casas, los muebles hechos pedazos, los papeles y destrozos sembrados en las calles, demostraban que un gran trastorno o un saqueo habia tenido ahí lugar recientemente.

Pronto se supo el significado de esto.

Como lo habia dicho en una conversacion el capitan Soler la noche anterior, los vecinos de Huanta habian mandado una nota al jefe de la division chilena comunicándole que la ciudad era partidaria de la paz y que por consiguiente no haria resistencia contra el paso de la expedicon pacificadora, sino que al contrario la recibirian amistosamente.

Los partidarios de Cáceres que habia en la ciudad no eran de la misma opinion Juntaron a los indios comarcanos y les perоraron en su lengua diciendo que los huantinos de la poblacion eran unos *argollistas* y unos *chilenosos* a quienes se debia castigar ejemplarmente.

Reunieron tres o cuatro mil indios armados de lanzas, hondas, fusiles, escopetas y algunos rifles. Ese tropel de hombres salvajes cayó como una plaga de langastas sobre el pueblo. Los vecinos, segun lo oimos contar a ellos, se atrincheraron en las calles próximas al centro y trataron de resistir la invasion armados con veinticinco rifles que era todo el armamento existente en la ciudad.

Las mujeres y los niños se habian refujiado en la iglesia.

Los vecinos se defendieron hasta agotar todas sus municiones. Cuando se hubieron quemado todas las cápsulas, se retiraron a la iglesia, dejando la ciudad abandonada a los vencedores.

Los indios llegaron hasta la puerta del templo; pero no osaron entrar por ser mui fanáticos. Ante la profanacion retrocedian ya que no ante los crímenes a que se entregaron mui pronto.

Tras de los indios venian sus mujeres conduciendo con sus respectivos aparejos sus burros, mulas y caballos.

Al verse dueños de la ciudad, los indios dieron principio al saqueo mas prolijo, comenzando por las tiendas y pulperías donde no dejaron botella con gollete.

Reforzados con la ebriedad sus instintos salvajes, se entregaron a la ejecucion de actos horrorosos y repugnantes. Todos los habitantes que no habian alcanzado a refujiarse en la iglesia, hombres, mujeres, niños y viejos, fueron bárbaramente asesinados y descuartizados, sus troncos arrastrados por el suelo y sus cabezas ensartadas en las puntas de las lanzas y paseadas por las calles en medio de vociferaciones.

Miéntras tanto las indias llevaban a cabo el saqueo de las casas con una minuciosidad exclusivamenté femenil, no dejaban ni los alfileres. Todo lo que podia ir en el lomo de las bestias y en el de las indias caminaba para la montaña habitada por los saqueadores.

Esto sucedió el 25 de setiembre, o más bien comenzó ese dia y duró hasta el 27 que fué cuando entró la division chilena.

Durante esos dos dias los habitantes permanecieron sitiados en la iglesia; ahí pretendian los invasores hacerlos morir de hambre y sed, y esperaban el trájico fin de los huantinos en medio de la crápula más desordenada.

Sabido es que por lo jeneral para los salvajes que entran a saco a una ciudad la hermosura femenil es el botin mas precioso: un indio que galopa llevando en la grupa de su caballo una linda jóven desmayada, ha sido escena repetida mil veces en mil épocas distintas.

Pero los indios que se apoderaron de Huanta eran una excepcion de la regla: a pesar de su desenfreno, no ejecutaron actos de violacion. Mas, no podremos decir que no lo hicieran por respeto a las mujeres, puesto que si no les usurpaban sus gracias y hechizos, en cambio les quitaban la vida sin piedad.

Aquellos indios eran poco galantes.

El dia 27 al saber que la division chilena se aproximaba, abandonaron la ciudad y corrieron hasta el puente del Huarpa pretendiendo detener a los chilenos.

Ya hemos visto el resultado de sus pretensiones: los que no fueron al otro mundo

a dar cuenta de sus crímenes, tuvieron que huir a refujiarse en los bosques y en las montañas.

XLV.

Huanta.

La division alojó en algunas casas de la ciudad, elijiendo las pertenecientes a individuos que andaban con los montoneros, y es de advertir que en el calor del saqueo los indios no reconocian propiedades de amigos; todos los muebles, todas las mercaderías, todos los objetos eran considerados como *chilenosos* y se les tomaba. Así los que habian instigado el ataque tuvieron su merecido castigo siendo robados por las mismas hordas a quienes azuzaban.

Los habitantes de la ciudad miraban a los chilenos como sus salvadores, y sin embargo los chilenos estaban en guerra con su patria. Pero los enemigos de su patria no les hacian ningun daño, y sus compatriotas se convertian para ellos en crueles verdugos.

En las cercanías de sus respectivos cuarteles los oficiales se habian acomodado como mejor habian podido.

El capitan Orrego se habia alojado en una casita de altos que estaba deshabitada.

Los muebles destrozados y los pedazos de trapos y papeles revueltos y esparcidos por el suelo denunciaban el paso de los indios.

Lostan y Soler se instalaron con su compañero. Los tres hicieron tender sus camas en la misma pieza.

Sus asistentes, buscando por aquí y por allá, habian logrado encontrar un par de ollas escapadas a los indios y en ellas se pusieron a hacer la sencilla comida de costumbre; aunque esta vez no estuvo tan mala la cosa, pues no faltó una gallina y algunas verduras cojidas en el camino, de lo cual venian careciendo desde algunos dias.

Sentados al rededor de una mesa coja habian hecho los honores a una comida ue parecia opípara comparada con las de os dias precedentes; pero que con todo no asó de una cazuela y un trozo de asado on un jarro, una taza o un plato de café, gun el utensilio en que era servido el timulante líquido.

Estaban concluyendo su modesta comida los tres capitanes cuando entró en la habitacion el capitan Aliaga exclamando:

—¡Buen pais! excelente pais!... qué lúcumas, qué chirimoyas, qué paltas y qué gallinas!

Una vela alumbraba la estancia. Lostan la cojió con una mano miéntras con la otra alzaba el faldon de la chaqueta de Aliaga, y alumbrando el cinturon de éste gritó:

—¡Qué panzada te has dado! has tenido que alargar cuatro pulgadas los tiros de tu espada! Lúculo, Heliogábalo, confiésanos que has tragado lo necesario para hacer estirarse cuatro pulgadas la circunferencia de tu barriga.

—Déjate de bromas porque vengo de duelo. He subido hasta aquí para darle mi pésame a Soler por la herida que hoi ha recibido la Cenicienta. ¡Pobre Cenicienta! a mí tambien me hizo el favor de llevarme a cuestas algunos trechos al pasar la Cordillera. ¿Y es grave la herida?

—Segun la opinion del médico de cabecera, soldado de mi compañía que tiene sus puntas de veterinario, sanará si se la cura, —contestó Soler.

—Merece que se la atienda; ha prestado buenos servicios.

—Y sobre todo, Soler,—agregó Orrego, —debes tener en cuenta que la yegua ha recibido la bala que te mandaban a tí, el regalo del corso... Pero ese diantre debe haber estado ahí más de una hora esperando que pasaras para cumplir su amenaza.

—Si ántes no se ejercita un poco en el tiro al blanco, dudo mucho que llegue a cumplirla con la puntería de que hoi ha dado muestras errando un tiro a cuatro pasos.

—No lo erró del todo puesto que hirió a tu bestia, y en una marcha el jinete y su caballo forman, puede decirse, un solo individuo.

—Tambien a mí,—dijo Lostan,—la Cenicienta me ha prestado sus lomos, pero recuerdo que me hizo pasar una ruda rabia ántes de llegar a Huancavelica por haberse echado al suelo cuando montado en ella subia yo a tomar unas alturas. Ese dia tambien me hizo rabiar un individuo que hoi ha corrido una suerte mas triste qué la yegua Cenicienta.

—¿Quién fué él?

—El guia que llevaba.

—¿Y qué le ha sucedido?—preguntó Aliaga.

—¿No has sabido? El y ese italiano que habia alquilado algunas bestias a la division, se adelantaron para llegar más pronto a Huanta, aburridos de venir al paso de la tropa y deseosos de descansar a su gusto. Pero contaban sin la huéspeda. Aquí se encontraron con los indios, quienes sin entrar en pormenores les cortaron el pescuezo, y tanto el guia como el italiano han tenido el honor póstumo de sus cabezas hayan sido ensartadas en las puntas de las lanzas y paseadas por las calles de la ciudad.

—Bien habia extrañado yo no ver al italiano juntando sus bestias a la llegada.

—Si ahora el pobre pudiera juntar algo, juntaria su cuerpo con su cabeza... Por lo demás, lo que han hecho los indios con esos dos individuos es mui lójico; venian ambos al servicio de la division y los indios los han tratado como a enemigos: al fin y al cabo nosotros somos sus enemigos y es natural que nos hagan todo el mal posible, están en su perfecto derecho. Pero lo verdaderamente abominable es lo que han hecho con los habitantes de esta ciudad que son sus compatriotas; saquearlos y asesinarlos porque no querian hacer la temeraria locura de oponerse a nuestra entrada en la ciudad careciendo de los elementos necesarios para la resistencia; esto es lo que me parece abominable, una obra de bárbaros malvados. Y no son tanto de culpar los indios como los blancos que los han instigado a ejecutar la sangrienta devastacion. Desde los tiempos de Colon, los hombres blancos, los civilizados, han sido para los de piel cobriza, para los salvajes, maestros de la maldad y del vicio; la historia nos cuenta mil ejemplos, y aquí se presenta hoi uno: los indios vecinos estaban tranquilos en la montaña cuidando sus maizales y sus ganados, cuando he ahí que se les aparecen algunos blancos hablándoles de crápula y pillaje, y dándoles rifles y municiones; avivan sus pasiones; con el aliciente del saqueo que les muestran como una cosa lícita, santa y buena, los salvajes no vacilan, sacuden su habitual pereza y empuñando rifles y lanzas caen sobre los habitantes de Huanta como una partida de salteadores más bien que de guerreros. Una vez ebrios de licor y de sangre, roban y matan sin que nadie pueda contenerlos, sus mismos instigadores si pretenden entónces sujetarlos, pueden quemarse en el fuego que ellos mismos han encendido.

—Y es la verdad,—observó Orrego,—es la verdad lo que dice Lostan, pues las casas de muchos caceristas incitadores de los indios, han sido tambien saqueadas.

—Naturalmente; ahora los salvaje por instinto hacen la guerra de razas: consideran como enemigos a todos los blancos, chilenos o peruanos, y aún a los meztizos, los cholos.

—De todas maneras, a pesar de que han obrado por instigacion ajena, los indios merecen ser castigados,—dijo Aliaga.

—Esto es clarísimo,—replicó Lostan;—si un individuo azuza sobre mí a una jauría de perros, yo comienzo por dar de palos a los perros, sin perjuicio de administrarle una paliza al dueño, reconociendo que éste es mi verdadero enemigo.

Los cuatro compañeros siguieron discurriendo un rato sobre esta materia.

Al cabo de algun tiempo, Aliaga dijo sonriendo.

—Me estoi riendo de una cosa.

—¿Y es ella?...

—¡Estos niños son mui vivos!... no pierden tiempo... Supónganse que al venir para acá ví una puerta de calle abierta, y creyendo que seria alguna casa deshabitada, entré con la intencion de ver si me convenia para alojarme en ella; a los pocos pasos diviso a mi buen teniente Martel mui sentado en un sofá al lado de una serranita y en grandes conversaciones con ella, y ella le ponia la oreja cerca de la boca para escucharle mejor.

—Y no hace más de dos horas que hemos llegado; de véras que, como dices, estos niños son mui vivos.

Los cuatro capitanes continuaron haciendo algunas bromas sobre el caso.

....

Como se recordará, el teniente Martel era de la misma compañía e íntimo amigo de Alvar, y ya de él nos, hemos ocupado a la lijera.

Luego que entró la division en Huanta y se hubo pasado lista, el teniente salió a andar por las calles distraidamente.

En una puerta divisó a una jóven nada mal parecida, y habiéndola encontrado mui adecuada a su gusto, se acercó a ella, preguntándole cortésmente si habia tenido mucho que sufrir con el asalto de los indios: no faltaba materia de conversacion ésta se alargó, y la jóven invitó a entrar al oficial para mostrarle los destrozos hechos en la casa por los saqueadores.

Ahí se halló el oficial con una señora hermana mayor de la jóven y dueña de casa, que estaba algo enferma con las privaciones sufridas en los dos dias que estuvo entre los sitiados en la iglesia.

La conversacion se animó. Martel demostró mucho interes por la enferma y ofreció traerle algunos remedios del botiquin de la ambulancia, para lo cual salió y regresó mui pronto.

Despues de hacer durar su visita un par de horas, se retiró prometiendo volver al dia siguiente para informarse de la salud de la enferma.

Supo que la jóven se llamaba María, y aunque no pudo saber qué impresion le habrian causado ciertas palabras dulces como las piñas de la montaña vecina, hai cosas que se adivinan... ahí están los ojos que saben dar miradas... y la boca que sabe sonreir...

....

El próximo dia fué de descanso.

Como de costumbre, se pusieron avanzadas chilenas en las afueras de la ciudad. Los montoneros desde las montañas y desde los bosques hacian disparos sobre ellas. Hasta durante la noche se habian oido tiros.

Tambien los indios habian cortado en los cerros el agua que corria por las acequias, que era la del consumo. Varias veces tuvo que mandarse jente de caballería para destruir los tacos. Los indios la recibian a balazos, habia su tiroteo; muchos de ellos pagaban mui caro sus hostilidades; pero el resultado era que se hacia correr el agua.

La tropa que estaba desocupada, como lo hacia siempre que habia un dia de descanso, con lo que compraba en el pueblo a las cholas y con las verduras que habia cojido en el camino, se preparaba algun comistrajo. Los que al pasar por el bosque habian logrado poner la mano encima del cogote de una gallina, se saboreaban comiendo su buena cazuela.

Y miéntras hacian la dijestion se ocupaban en zurcir su ropa destrozada en las marchas, y principalmente en hacerse ojotas o sandalias del cuero de las reses cuarteadas para el rancho, porque de las botas sólo quedaban las cañas... Esa primitiva specie de calzado era llamada *chalala*.

Aquel soldado zumbon de quien ántes :mos hablado, solia decir exhalando un :mico suspiro:

—¡Cómo lloraria mi mamita si me viera andar con *chalalas!*... ella que desde chiquito me cuidaba tanto los piés...

No faltaba en la ciudad chicha de maiz y chicha de molle. Tanto la tropa como los oficiales bebian de ellas largos tragos, en La Sierra se habian acostumbrado a beber de esos líquidos. Esto no estaba prohibido, porque aquellas chichas no producen embriaguez, son algo como aloja; si los indios y cholos se emborrachan con ellas, es por la sencilla razon de que a veces les ponen aguardiente...con tal requiquito bien podrian embriagarse con el agua cristalina que corre por sus profundas quebradas.

Durante el dia la tropa franca y los oficiales daban algunas vueltas por las calles viendo los destrozos hechos por los indios, y encontrando una multitud de cholas que no se cansaban de llorar contemplando el desbarajuste hecho en sus miserables bienes.

....

Como era de esperarlo, el teniente Martel no se olvidó de hacer la visita prometida en la noche antecedente.

María tuvo una encantadora sonrisa para recibirlo. Con su sombrero de pita y su rebozo de lana, no carecia la jóven de cierta gracia.

Así lo pensó Martel y no tardó en manifestárselo a ella con las mejores palabras que encontró en el diccionario de su imajinacion.

Y como palabras sacan palabras y razones sacan razones, las frases del teniente sacaban respuesta de la serrana y la conversacion se animaba.

Teniendo el oficial que regresar pronto a su cuartel, por asuntos del servicio, su visita quedó cortada; pero en cuanto se vió desocupado, la añadió.

Esto se repitió en todo el dia, de manera que sus compañeros decian a Martel en los ratos que lo veian:

—Tú te nos pierdes a cada instante.

....

En la noche se ordenó que el dia siguiente por la mañana salieran cuatro compañías de infantería, cada una por distinto lado, hácia los cuatro puntos cardinales.

Veinte o treinta hombres de caballería debian acompañar a cada una de ellas.

Estas fuerzas habian de buscar a los indios en sus mismos ranchos y castigarlos

por su ataque a la division y por el saqueo de la ciudad.

XLVI.

Castigo impuesto a los saqueadores.

A las seis de la mañana se encontraban formadas en la plaza de la ciudad las cuatro compañías antedichas. Eran dos de cada batallon de infanteria.

Bien podria decirse que Huanta está en el centro de un bosque. Pero éste no es una selva inculta. Hai en él viñas, maizales, cañaverales, alfalfares y muchos otros plantíos y sembrados cultivados por el hombre.

Al oriente un alto cordon de montañas limita la planicie.

Las faldas de esas montañas ofrecen un aspecto de los más pintorescos; son habitadas y cultivadas por los indios; cada uno posee su pequeña estancia en la cual planta o siembra lo que conviene. Vistas desde la ciudad, las faldas parecen un enorme escudo de armas con mil escaques de diversos colores.

Las compañías se pusieron pronto en marcha cada una con el rumbo que le fué designado.

La del capitan Lostan debia subir a las montañas.

Para ejecutar esto marchó Lostan hácia el norte por el plan como una legua hasta llegar a cierto pueblecito cuyo nombre no recordamos. En su camino iba divisando muchedumbres de indios en las montañas que tiraban algunos fusilazos. Las balas pasaban derribando las hojas de los árboles; pero Lostan no contestaba esos tiros por ser mui grande la distancia a que se encontraban los enemigos; sus balas viniendo de arriba recorrian bien todo ese trayecto; mas, de abajo para arriba, los proyectiles de los chilenos no alcanzaban a llegar: esto debian saberlo mui bien los indios y por eso se dejaban ver en grandes grupos.

Cuando hubo llegado la compañía al pueblecito antedicho, cambió de rumbo, marchó al oriente para subir a las montañas por una quebrada.

Era esta quebrada un paisaje lindísimo. Bajaba por ella despeñándose un torrente de agua tan cristalina que los soldados la bebian sin tener sed. Multitud de árboles extendian sus frondosas ramas recibiendo los rayos del sol naciente; ni la más leve brisa sacudia sus hojas, y entre éstas se dejaba oir un chirrido destemplado cada vez que alguna bala las rompia abriéndose paso.

—¡Qué hermosa mañana y qué bello paraje!—dijo Lostan dirijiéndose a su teniente;—más propio seria venir aquí con un pincel y una paleta que con un rifle y una canana.

La compañía comenzó la ascension.

Los soldados iban uno en pos de otro y conservando cierta distancia de manera de no presentar mucho blanco a los enemigos.

A medida que los chilenos subian, los indios y montoneros tambien ascendian a las partes más altas de la montaña. Por fin aparecieron en la cima de un gran promontorio que hácia el lado por donde venian los chilenos parecia cortado a pique; era imposible subir a él de frente.

Ahí se detuvieron los enemigos, y en medio de un atronador vocerío se pusieron a echar galgas y a tirar balazos y hondazos.

La compañía seguia marchando en el mejor órden. Ningun soldado disparaba un tiro miéntras no se lo ordenaban.

Las municiones estaban escaseando mucho en la division y por este motivo Lostan no ordenaba hacer fuego sino cuando habia probabilidad de no perder el plomo.

Viendo los indios que se les tiraba poco, no vacilaban en mostrarse sobre la cumbre lanzando grandes gritos, entre los cuales se oia principalmente:

—¡Jámui! jámui!

Esto significa, «venid, venid.»

De cuando en cuando Lostan mandaba descargar sus rifles a cuatro o seis soldados. Como si un resorte los moviera, todos los indios desaparecian echándose al suelo. Pronto volvian a mostrarse con mayores gritos.

De esta manera prosiguió avanzando la tropa. Cuando estuvo a una cuadra de distancia del promontorio, marchó hácia la derecha describiendo un cuarto de círculo hasta quedar a la izquierda de los enemigos. Por este lado habia una subida ménos difícil.

Al llegar a una estancia cercada de murallas, Lostan hizo que su tropa se sentara a descansar guarecida por ellas. Mui cansada venia la jente, pues habia subido a

detenerse, porque toda la subida estaba dominada por las galgas y los fuegos del enemigo.

Miéntras tanto Lostan se puso a examinar el terreno.

Los indios estaban tan entusiasmados con el alboroto y la bulla que tenian, que seguian echando galgas, aunque ya no podian hacer daño con ellas.

Tres o cuatro de los mejores tiradores de la compañía sostenian el fuego de los enemigos apuntando con toda calma para no desperdiciar sus cápsulas. Con el hecho de estar dia a dia en esa clase de combates, los soldados se habian acostumbrado a ellos, de tal modo que al verlos ahí cualquiera hubiera pensado que estaban en un ejercicio de tiro al blanco. Todos los soldados en el mayor órden, ninguno se atrevia a descargar su rifle sin que previamente se lo ordenaran, ni tampoco, aunque con el impulso natural del soldado chileno sintiera deseos de atacar de frente, osaba moverse de su puesto sabiendo que por ello en vez de ser aplaudido podia ser castigado, pues que con su arrojo desbarataria quizás el plan de su capitan.

Lostan para no hacer un nutrido fuego sobre los enemigos tenia dos poderosos motivos. Era uno la escasez de municiones que se hacia sentir ya en la division; éstas con tan continuos tiroteos habian mermado mucho. El otro era que los indios con el estruendo de cien rifles disparando a la vez, podian amedrentarse y huir a otras alturas mayores y más lejanas donde escaparian.

Miéntras descansaba la tropa, el capitan seguia examinando con la vista el terreno.

Al cabo de diez minutos llamó al oficial que mandaba la fuerza de caballería, veinticinco hombres de Carabineros, y señalándole con la mano cierta prominencia, le dijo:

—Váyase usted con su jente por esa loma para cortar la retirada o perseguir al enemigo, segun el caso. Voi a mandar tambien a retaguardia de usted veinticinco hombres de infanteria. Yo atacaré por nuestra izquierda.

La caballería desfiló y la siguió la fuerza de infantería mencionada por el capitan.

Las galgas, hondazos y balazos aumentaron considerablemente y tambien la vocería.

Cuando fué tiempo, Lostan con el grueso de la compañía se dirijió a trepar sobre el promontorio ocupado por los enemigos.

La tropa marchaba dispersa en guerrilla. Era de ver la pericia de aquella jente tan habituada ya a esa especie de asaltos. Aprovechando las escabrosidades del terreno para esquivar las galgas, no descargando su rifle sin tener blanco seguro, escurriéndose por aquí y deslizándose por allá, subia con gran lijereza.

Los indios envalentonados por su número y su posicion, se sostuvieron mucho tiempo; dos de ellos apurados por echar galgas se despeñaron con ellas; galgas, balazos, hondazos y hasta tierra... lanzaban sobre los asaltadores.

Sin embargo, a medida que los chilenos subian, muchos se iban dispersando, pues conocian que no eran capaces de pelear cuerpo a cuerpo con los soldados. Solamente unos pocos de los más tenaces permanecian ahí cuando llegaron a la cumbre los primeros soldados, y éstos tras una breve lucha tenian seguramente el éxito favorable.

Desde la cima se veia una extensa bandada de indios fujitivos perseguida por los carabineros y los veinticinco infantes que habian dado con antelacion un rodeo para cortarles la retirada. El indio que era alcanzado, al ver el sable o el yatagan, exclamaba con voz suplicante:

—¡*Taitaco! taitaco!*

De ahí que los soldados llamaran *taitacos* a aquellos indíjenas.

En la cima del promontorio pudo ver Lostan que los indios no carecian de estratejia. Tenian sus parapetos mui bien dispuestos con dos órdenes de trincheras; grandes peñascos socavados y listos para arrojarlos como galgas sobre los asaltadores; montones de piedras, cada una del tamaño del puño, para arrojarlas con la honda, y muchas otras medidas de guerra.

Esa especie de fortaleza debian tenerla preparada desde dias ántes temiendo un ataque.

Varios cadáveres esparcidos por el suelo y con heridas en la cabeza o en el pecho demostraban que habian sido certeras las punterías de los soldados.

En el centro de la meseta habia un rancho que parecia servir de cuartel para avanzadas; dentro de él se hallaron algunos cancos de chicha que vino mui bien a los soldados para la sed.

....

La caballería persiguió a los derrotados

hasta donde fué posible, hasta llegar a un lugar tan escabroso que era intransitable para los caballos.

Despues de destruir las armas que se habian tomado a los enemigos, Lostan marchó hácia arriba por la cima del promontorio para llegar hasta un sendero que por allá se divisaba.

A su paso iba encontrando más cadáveres de montoneros. Tambien tuvo ocasion de comtemplar un luctuoso cuadro inesperado.

En las faldas septentrionales del promontorio una mujer y algunos niños horrosamenee despedazados yacian entre las piedras y la tierra. Fácilmente se comprendia la causa de aquel sangriento destrozo. En el lomo del cerro los indios habian querido precipitar un peñasco hácia el sur por donde venian los chilenos, pero la pesada mole se inclinó hácia el norte y se despeñó aplastando a su paso a aquella india que con sus hijos se habia puesto al lado contrario del cerro para librarse de las balas. Eso debia haber sucedido algunas horas ántes a juzgar por el color negruzco de la sangre.

No siendo ya posible perseguir más a los fujitivos que corriendo como gamos habian tomado mucha distancia, Lostan hizo tocar retirada a los que más léjos andaban tras de los indios, y se dispuso a descender.

Cincuenta o sesenta indios o montoneros habian pagado con la vida los crímenes cometidos en Huanta y los ataques hechos a la division.

Al bajar de la montaña Lostan segun las órdenes que tenia iba haciendo destruir los ranchos donde se hallaban armas u objetos de los robados en Huanta. Tambien hacia arrear algunas bestias de carga para reponer las que venia perdiendo la division.

Por la mitad de la bajada Lostan se encontró con Soler que venia con su compañía. Habiéndose visto desde la ciudad las galgas y el gran número de enemigos que se defendia de Lostan, enviaron otra compañía para reforzarle.

Todos los indios muertos tenian colgado al cuello un bolson y dentro de él, cancha, maiz tostado; los soldados se aprovechaban de esto para distraer el apetito.

Al encontrar uno de esos tendido exánime en el suelo, algun soldado metiéndole la mano en el bolson solia decir:

—Cariñoso el taitaco; aquí me estaba esperando con cancha...

Centenares de gallinas habia en la montaña y tuvieron aquel dia su San Bartolomé: buena fué la recojida que hicieron los soldados.

El descenso no pudo ser mui rápido por que venian dos caballos de los carabineros heridos que sólo podian andar mui lentamente y cuyas heridas no eran bastante graves para matarlos como se hacia en tales casos con el objeto de que si sanaban no sirvieran a los enemigos; eran caballos chilenos y en aquellas alturas tenian un precio inestimable. Como a las tres y media de la tarde llegó la compañía de Lostan y la de Soler a la ciudad.

....

Las otras tres compañías de infantería que habian salido en diversas direcciones ya estaban en la ciudad despues de haber tenido sus tiroteos y haber castigado a los indios hostiles que encontraron.

En una de estas compañías que anduvieron por el bosque iba el teniente Martel. Tan pronto como se hubo desocupado y comido algo a la lijera, se lavó para sacarse de la cara el polvo del camino y sin perder tiempo se dirijió...

¿Adónde?

¿Adónde habia de ser sino a casa de María?

Y María al verlo no demostró ninguna especie de pena; al contrario puso una cara de aleluya.

¡Dichoso el teniente Martel que al regresar de una excursion tenia quien le pusiera cara de aleluya!

XLVII

De Huanta a Pongora, y de Pongora a Ayacucho.

Gran sentimiento demostraban los huantinos el dia siguiente por la mañana al ver partir la division chilena. Se veian expuestos a ser nuevamente atacados por los indios. Muchos se prepararon a seguir a los chilenos hasta Ayacucho que distaba ocho leguas.

En las primeras horas de la marcha los montoneros dispararon algunos tiros, pero luego se les alejó.

A poco andar terminó el bosque y co-

menzó el mal camino, pero por fortuna sin grandes repechos.

Al mediodia llegó la division al pueblo de Pacaicasa.

Los habitantes de este pueblecito, indios pacíficos, salieron a recibirla con banderas blancas y gran entusiasmo. Hubo repiques de campanas y aclamaciones amistosas.

Rodeando los vecinos al coronel Urriola gritaban:

—¡Viva el *señor* Chile!

Este era todo el castellano que sabian.

Al mismo tiempo invitaban con chicha de maiz a los chilenos.

Tambien demostraban su regocijo con saltos, brincos y carreras que eran para la risa.

Aquellos remotos indios creian de buena fe que Chile era un caballero que despues de haber andado por muchas partes les hacia el honor de pasar por su pueblo.

A los soldados no les gustaban mucho estas recepciones amistosas; apénas veian las banderas blancas en un pueblo decian:

—Hoi no tendremos gallinas.

Con efecto, en los lugares donde se recibia pacíficamente a la division les estaba prohibido tocar ni las plumas de un pollo; así es que preferian algunos balazos a trueque de comer cazuela...

El sol estaba quemando con mucha fuerza, y siendo poco lo que faltaba para llegar al alojamiento, la hacienda de Pongora, se descansó en el pueblo dos o tres horas.

....

A las cinco de la tarde la division llegaba a la mencionada hacienda. Era un precioso lugar cruzado por un rio.

Aunque no habia techo para la tropa, no se hacia sentir esta falta porque la temperatura era benigna.

Como habia árboles, algunos, mas bien por placer que por necesidad se fabricaban una ramada para pasar la noche.

El cielo estaba despejado y por primera vez se fijaron los que componian la division en aquella luz rojiza que por ese tiempo apareció en los cielos y que tanto preocupó a los astrónomos.

....

—Por fin estamos a las puertas de Ayacucho.

—Por fin vamos a llegar.

—Sólo tres leguas nos faltan.

—Saldremos ántes de las cuatro de la añana y estaremos allá a mediodia.

Todas estas frases y otras semejantes se oian aquella noche.

Poco despues de las tres de la mañana se puso en marcha la division.

Estaba oscuro y bastante trabajo costó trepar una cuesta infernal de piedra que era la primera parte del camino.

Pasada ésta, la cosa no era tan mala, y además vino la luz del dia.

Cosa de las siete y media seria cuando se divisó a la distancia, tendida muellemente en una planicie, la ciudad de Ayacucho con sus veinticuatro o veintiocho iglesias.

Un calor tropical se desprendia del sol y esto hacia comprender cuán prudente habia sido partir tan de madrugada.

A la entrada de la ciudad se detuvo la division un momento para que la tropa arreglara sus rollos y se acomodara el traje lo mejor posible con el objeto de no presentar mui triste aspecto.

El capitan Lostan se habia apeado de su caballo y lavándose la cara con el agua de una caramayola decia a Soler:

—Con tal que no me esté acicalando de balde, que la ponderada ciudad de Ayacucho no sea una estampa de las demás de La Sierra.

—No parece... ¿no ves tantas casas, tantas iglesias?...

—En honor de ellas me estoi lavando... El cuello de la camisa no me lo veo; pero a juzgar por el de la tuya, adivino que necesita un pan de jabon.

—Con un pañuelo se arregla esto... ¿no ves?... así...

—*All right*... voi a hacer otro tanto... Ahora una pasada de escobilla... tengo una en mi morral... Eso es...

Y haciendo lo que decian, trataban de darse un aspecto medianamente decente; pero no era fácil conseguirlo: con las marchas su ropa dejaba mucho que desear respecto a limpieza y cohesion...

La division se unió, la tropa formó en órden, los oficiales de infantería se apearon y colocaron en sus compañías conforme a la táctica, y luego se marchó en esta forma para entrar a la ciudad como si la division regresara de un ejercicio.

Oficiales y soldados miraban naturalmente con curiosidad las calles y edificios de aquella ciudad, ya que para llegar a ella tantas penurias habian tenido que sufrir.

Una multitud de habitantes en las aceras, en las bocacalles y en las ventanas y

balcones observaba la entrada de la division.

Lo que más llamaba la atencion de los chilenos era el gran número de clérigos y frailes que se divisaba entre los paisanos, y la *shucupa* de las ayacuchanas.

Es la *shucupa* un pequeño rebozo de bayeta, una *liclita* como dicen en Huancayo, de lo cual ya hemos hablado; las ayacuchanas doblan ese pedazo de bayeta dándole una forma triangular y se lo ponen sobre la cabeza, no encasquetado, sino tendido encima. Esto lo hacen las indias y las cholas.

Casi la totalidad de la jente que se veia era de la raza cobriza.

El teniente Alvar marchando en su compañía lanzaba a todos lados escudriñadoras miradas esperando ver una cara que le era mui conocida; pero no lo consiguió.

En diversas casas y conventos fué alojada la division; los vecinos, que dias ántes habian manifestado no hacer resistencia, tenian listo el alojamiento, y era éste mejor sin comparacion que los que hasta entónces habia venido teniendo en el trayecto.

....

Tan pronto como se encontraron desocupados, despues de haber dejado instalada la tropa en su cuartel, varios oficiales salieron en busca de algun hotel donde poder almorzar, pues ya era tiempo. Todo lo que para el caso encontraron, por no haber más en laciudad, fué una fonda de chinos. Ahí comieron algo quedando dispuestos a no regresar.

El capitan Lostan no se olvidaba del encargo que tenia de entregar cierta carta en Ayacucho. Despues de almorzar pensó que lo primero era tener alojamiento.

Frente a su cuartel se habia designado una casa deshabitada para hospedaje de los oficiales del batallon; las piezas no eran muchas y por consiguiente varios debian ocupar una misma habitacion. Como lo habia hecho durante toda la marcha, Lostan se acomodó en compañía de Orrego y Soler. Tan pronto como llegó su caballo y su mula que habian quedado en poder de su asistente afuera de la ciudad, pues las bestias debian entrar despues de la division, hizo colocar su cama en un rincon de la pieza, y tras de tan sencillo preparativo quedó ya instalado.

La casa carecia de toda especie de mueblaje, de consiguiente, para lavarse nuevamente, Lostan tuvo que mandar buscar a la pila un poco de agua en una caramayola. Cuando la tuvo, a falta de palangana se lavó "a pulso" y a falta de espejo se peinó "de memoria."

En seguida se cepilló la ropa largo rato, y aunque al fin de todo reconoció que no estaba mui galano, se resolvió a salir.

La plaza principal de Ayacucho está rodeada de portales y en estos hai tiendas. Allá se dirijió Lostan, y preguntando pronto supo donde estaba la casa del señor X...

Ahí debia encontrarse alojada la señora Melgar, segun se lo habia indicado Gomez al darle la carta en Huancavelica.

Es de sospechar que si el capitan se apresuraba tanto por cumplir el encargo de entregar aquella carta, parte en su prisa debia tener el deseo de conocer a la sobrina, a esa Lucía de quien Rosa le habia hablado.

En la casa del señor X..., Lostan se halló con criados indíjenas que hablaban solamente *quichua*. Valiéndose de un intérprete logró saber que el dueño de casa no estaba en Ayacucho, sino en otra ciudad lejana, y en cuanto a doña Manuela Melgar, no se la conocia.

—¿Y dónde voi a encontrar esa señora? —se preguntó el capitan.

Andando por el comercio y noticiándose de varias personas, todo lo que logró saber fué que dos o tres meses ántes habia venido efectivamente de Lima esa señora con una niña; pero que sólo de paso estuvo en Ayacucho, pues pronto partió no se sabia para dónde.

....

Por su parte el teniente Alvar habia recorrido muchas calles con la esperanza de divisar en alguna ventana o balcon a Lucía. Todo fué inútil.

Habiendo divisado en los portales a Lostan, se resolvió a apersonársele: era para él el medio más corto de salir de dudas.

—Capitan, dispénseme que le haga una pregunta.

—Hágame, teniente, las que guste, con tal de que no quiera preguntarme en qué se puede aquí matar el tiempo, pues no lo sé; hace unas pocas horas que me encuentro en Ayacucho, en la antigua Huamanga, y ya estoi aburrido por no saber qué hacer.

—Es otra cosa lo que deseo que usted me diga,—replicó Alvar sonriendo.

—Veamos, pues.

—Sé que usted trae una carta para doña Manuela Melgar, y quisiera saber si ha visto usted á esa señora y en qué casa vive.

Con mucha calma sacó Lostan un par de cigarrillos y ofreciendo uno al teniente le dijo pausadamente con acento de chanza:

—Este asunto hai que tratarlo mui despacio. Usted debe conocer a esa señora y quizás tambien a...álguien que la acompaña.

—En efecto: las conozco.

—¡Hum! ya pareció aquello... pues yo no las conozco, y sin embargo me interesaria saber algo de ellas porque he trabado amistad con personas de su familia, y no está léjos que llegue a tener relaciones con ellas mismas.

Ya que la casualidad u otro motivo iba a poner a Lostan en relaciones con la tia de Lucía, Alvar comprendió que por varias causas convenia que el capitan estuviera al corriente de sus asuntos, y sin vacilar se puso a referirle la historia de sus amores.

Cuando hubo concluido, ya Lostan sentia mucho menor deseo de apurarse para entregar la carta de que era portador.

—Pues, teniente,—le dijo,—tal vez logre usted ser más afortunado que yo en saber el paradero de la tia y la sobrina; a mí no me ha sido posible averiguar más que esto: hace dos o tres meses ambas estuvieron en esta ciudad, pero mui pronto partieron no se sabe para donde.

XLVIII

En Ayacucho.

La ciudad de Ayacucho, o Huamanga, como persisten en llamarla los indíjenas a pesar de que en 1825 en recuerdo de la victoria obtenida el año precedente por los patriotas en un lugar vecino llamado Ayacucho ["rincon de muertos"] se le dió este nombre; aquella ciudad encierra unos veinte o veinticinco mil habitantes y es una de las más grandes y pobladas de La Sierra.

Sus casas son de piedra y es de notar el gran número de iglesias que se elevan en su recinto, llegan ellas hasta veinticuatro o más.

Su comercio tiene regular movimiento. Los artículos extranjeros son mui caros, pero en cambio los del pais son baratos. La llegada de la division chilena hizo una notable alteracion en el precio de estos últimos, las indias, que son principalmente quienes comercian con ellos, se apresuraron a duplicar su valor como sucedia siempre en tales casos en La Sierra; para esto no habia diverjencia de opiniones, indios, cholos y blancos, nacionales y extranjeros, todos los comerciantes estaban acordes en estrujar el bolsillo de los chilenos.

No faltan industriales en Ayacucho. A la mayor parte de los soldados chilenos se les mandó hacer pantalones de cordellate, que aunque no mui durables, buenos servicios prestaron, pues los de paño que traian ya no resistian más zurcidos. Tambien se surtió la tropa de zapatos que se compraban poco a poco en los tendales de la plaza, porque a pesar de que ahí se vendia calzado en abundancia, las dimensiones no siempre correspondian con los robustos piés del soldado.

Por el feo aspecto que ofrecian, no se les daba puerta franca a los soldados de *chalalas*. En partidas de diez o doce los llevaban los oficiales a la plaza a comprar zapatos; los que tenian el pié chico se calzaban prontamente, pero los otros... tenian que renegar contra las pequeñas hormas usadas en Ayacucho, y regresaban de mal humor al cuartel donde debian quedar en reclusion hasta que se "encontrara la horma de su zapato."

Esto sucedia en las mañanas. A esas horas la plaza se convertia en un mercado o feria. Comestibles, calzado, ropa, de todo se vendia ahí por las indias que no sabian de castellano más que dos palabras, *real* y *medio*. Los chilenos se entendian con ellas por señas para comprarles algo, y aquello daba naturalmente lugar a mil cómicas escenas.

—*Ojta* real,—decia una india a un soldado.

Y este debia entender "seis reales," o si no, designar con una mano el objeto que queria comprar y con la otra ir agrupando real sobre real hasta que la india se mostrara satisfecha.

Todo eso en los primeros dias era motivo de diversion, pero despues se iba haciendo fastidioso.

No solamente la ropa y el calzado de los chilenos expedicionarios habia llegado en un estado deplorable; el traje natural, el pellejo propio, no habia sido mejor tratado por la intemperie en las marchas: bien claramente lo denunciaban las caras con el

cútis quebrado y sollamado, los labios rasgados y las narices desollejadas.

Debajo de la piel la cosa no andaba mucho mejor. Comidas a destiempo y menudeados ayunos en medio de pesadas marchas e inumerables fatigas, no es el sistema más propicio para engordar ni para tener buena salud. Si el cútis sollamado impedia notar la palidez de los semblantes, no ocultaba las grandes ojeras, como tampoco las chaquetas ahora amplias escondian la flacura de los cuerpos. No era raro por consiguiente ver en las ambulancias un gran número de enfermos.

El rancho de la tropa que en las marchas no habia pasado jeneralmente de agua, carne y sal, pasó en a Ayacucho a recibir preciosas alteraciones: en los calderos, con la carne hervian ahora zapallos, papas, coles, repollos y otras verduras y adherentes que elevaban la pitanza al rango de una suculenta olla podrida; esto sucedia dos veces al dia, en la mañana y en la tarde, e iba en compañía de una racion de pan; además por la madrugada se repartia café.

Con todo, los soldados no se atenian exclusivamente a la olla oficial; se daban sus hartazgos de frutas y otras golosinas que compraban en la ciudad mostrando gran preferencia por las piñas que en aquella tierra se encontraban al alcance de sus bolsillos: un real o real y medio costaba cada una, de modo que con poco gasto podian gozar el placer de llenarse la tripa con tan delicada fruta.

Cierto es que muchos de ellos hubieran querido apurar la dijestion con unos buenos tragos de pisco de Ica que bueno y barato se expendia en las tiendas y pulperías de Ayacucho; pero a los comerciantes les fué absolutamente prohibido vender a la tropa licores espirituosos, y los soldados hubieron de contentarse con la *chica* [racion de pisco que se les daba por la mañana] y con la chicha o el vino, bebida que se les toleraba siempre que no abusaran de ella.

Tambien los oficiales trataban de recuperar el tiempo perdido haciendo jugar el diente. Esto les servia para contentar el estómago y para matar el tiempo a falta de otras entretenciones.

Lostan solia decir:

—Me he puesto comedor de puro aburrimiento; no hallo qué hacer y estoi siempre deseando que llegue la hora de almorzar o de comer para pasar el rato.

En efecto, la vida para los chilenos, como en las otras ciudades de La Sierra donde habian estado, era monótona y fastidiosa. Las familias se retraian de tener relaciones con ellos por temor a los montoneros, y no les faltaba razon, pues posteriormente las què hubieron abierto sus salones a los oficiales expedicionarios sufrieron terribles ataques a sus personas y a sus bienes.

Una de las pocas entretenciones era observar las costumbres de los habitantes, algunas de las cuales llamaban la atencion de los chilenos, principalmente las relativas al fanatismo de los ayacuchanos. A las diez de la mañana se tocaban algunas campanadas en la catedral, y al oirlas, todos los transeuntes en las calles, en la plaza y en los portales caian de rodillas y rezaban; esto se repetia otra vez a las cinco de la tarde. Cuando se llevaba el viático a un enfermo, el sacerdote iba debajo de un palio y tras de él marchaban algunos músicos, uno con una flauta y otro con un flautin, otro con un violin y otro más con un violon; aquellos cuatro tocaban y una muchedumbre de mujeres seguia en pos cantando; para el caso las devotas se sacaban la *shucupa* de la cabeza, y desenvolviéndola se la ponian como manto.

No continuaremos hablando de las costumbres ayacuchanas porque seria tarea mui larga para esta narracion; solo mencionaremos cuando sea preciso aquellas que tengan alguna relacion con nuestro relato. Gruesos volúmenes se necesitarian llenar para describir los usos, trajes y lenguas de los pueblos que hallaba en su trayecto la division expedicionaria chilena; teniendo casi cada poblacion diferente clima y diversas producciones, sus costumbres y vestidos eran distintos, como lo eran sus dialectos; todos esos pueblos podia decirse que eran pequeñas naciones distintas, aunque la constitucion peruana las reunia en una sola, cosa que por lo demás sus habitantes parecian ignorar por completo.

Aquellos indíjenas eran peruanos por la lei; pero tenian tantas noticias de la existencia del Perú como de la salud del bei de Túnes. Cada uno se consideraba nacional de su pueblo, y una prueba mui reveladora de esto es que se batian con bastante valor para defender su comarca, y no estaban dispuestos a enrolarse en los batallones para marchar a la costa en defensa de la república peruana. Ya hemos visto qué

para atacar la division chilena cada montonera o indiada peleaba en su comarca.

....

Los caballos y las bestias de carga de la division fueron mandados a los potreros vecinos.

Pero eran tantos los animales que mui luego concluian los alfalfales cercanos y se hacia preciso llevarlos a otros más retirados.

Esta circunstancia podia infundir a los montoneros la idea de atacar la caballada, y en prevision se dispuso que dos compañías de infantería fueran destacadas para custodiarla.

Con este fin partia de la ciudad una compañía de cada batallon y durante una semana permanecia destacada, sin regresar hasta que otra compañía iba a relevarla.

....

El teniente Alvar habia tratado en vano de inquirir noticias de Lucía; nada habia logrado saber de ella ni de su tia.

Poco a poco fué perdiendo la esperanza que abrigara de encontrarla en la ciudad, y concluyó por aguardar tranquilamente que alguna casualidad imprevista lo sacara de dudas.

Alvar era el teniente más antiguo de su batallon; con este motivo al llegar a Ayacucho se le dió accidentalmente el mando de una compañía que no tenia capitan; esto era interin llegaban de Chile sus despachos, pues habia sido propuesto para ascender a capitan.

Encontrándose en otra compañía, Alvar se vió obligado a dejar a su asistente, puesto que todo oficial sólo podia tener por asistente un soldado de la compañía en que él mismo servia.

Peralta sintió mucho separarse de su teniente a quien tenia cariño; Alvar tambien sintió esta separacion tanto porque tambien habia cobrado afecto al soldado, cuanto porque ya éste con el largo tiempo que le servia se habia hecho mui conocedor de sus gustos y sabia, como suele decirse, adivinarle el pensamiento, además era mui listo y tambien un excelente buscavidas, cualidades de alto precio para un asistente en campaña.

—Cuando lleguen mis despachos de capitan solicitaré que te pasen a mi compañía, lo cual estoi seguro de conseguir, y entónces continuarás siendo mi asistente.

Con estas palabras de su teniente, Peralta se puso a esperar con paciencia que llegara aquel caso, pensando resarcirse del disgusto presente con ser dentro de poco asistente de un capitan, lo que al fin era mejor que serlo de un teniente, y consideraba que él iba a tener su parte en el próximo ascenso de Alvar.

Pero esto debia demorar algun tiempo; en Ayacucho la division chilena no recibia ninguna especie de correspondencia; los montoneros tenian cortada las comunicaciones; ni una carta ni un diario se recibia; podia decirse que al salir de Huancayo la division se habia retirado del mundo; se habia apartado del concierto de la jente civilizada por lo ménos.

Entre tanto Alvar habia tomado otro asistente de la compañía que ahora mandaba; sin embargo Peralta en las horas francas acudia a la pieza del teniente y aunque mui poco habia que hacer en su reducido equipaje, lo observaba y examinaba todo haciendo advertencias al nuevo asistente con cierto aire majistral; este lo miraba de reojo, pero lo escuchaba como un recluta a un veterano.

Llegó un dia en que Peralta no pudo continuar desempeñando su puesto de vijilante censor; su compañía entraba de destacamento en la hacienda donde se hallaba la caballada.

Como se recordará esa compañía era la que mandaba el capitan Orrego.

XLIX

Una calaverada.

Hacia tres o cuatro semanas que la division chilena estaba en Ayacucho cuando le llegó al capitan Orrego el turno de ser destacado con su compañía a la hacienda de San Martin.

—El dia fijado al amanecer partió de la ciudad. Despues de andar unas tres o cuatro leguas llegó a la hacienda mencionada que estaba cerca de Llamojtachi, entre Ayacucho y Huanta.

Una semana debia estar destacada, aunque no en el mismo lugar, pues no tardaban más de dos o tres dias en agotarse los pastos de una de esas pequeñas haciendas, y era preciso trasladar a otra la caballada y naturalmente la tropa que la custodiaba.

La hacienda estaba completamente deshabitada.

Los edificios de ella que se reducian a una casa que fué ocupada por los oficiales y dos o tres bodegas en que alojó la tropa.

La vida que ahí llevaban los chilenos era bastante aburridora. Los soldados de caballería diseminados por los potreros cuidaban de los caballos. Los de infantería se ocupaban en buscar hortalizas para prepararse algun comistrajo, en examinar los árboles por si descubrian alguna fruta madura o que lo estuviera a medias, pues en esto no se mostraban mui melindrosos, y los que en contraban harina se ponian a amasar para hacer sopaipas o tortas. Los oficiales pasaban la mayor parte del tiempo en los corredores esperando que se deslizara aquella semana.

En la noche gran parte de la infantería se repartia en pequeños piquetes rodeando la hacienda para evitar las sorpresas de los montoneros, quienes favorecidos por la oscuridad bien podian llegar hasta donde estaban los caballos y alborotarlos asustándolos para que huyeran en todas direcciones y se perdieran en los montes causando un tremendo perjuicio a la division.

....

El teniente Martel, como se recordara, pertenecia a la compañía de Orrego y por consiguiente era uno de los oficiales alojados en San Martin.

Al extremo de un corredor habia una pieza a la cual se entraba por una puerta de una hoja. El mueblaje de esta habitacion se componia de un catre de fierro y una ventana por la cual penetraba el aire perfumado por las plantas y árboles de un huerto colindante. Ahí se habia instalado Martel.

Desde que llegó a la hacienda no podia apartarse de su mente ¡la idea de que sólo tres o cuatro leguas de camino lo separaban de Huanta. En aquella ciudad estaba María, aquella serranita que tan amable se habia mostrado con él.

—De un galope podria ponerme allá,— solia decirse pensando en la dulce sonrisa y el armonioso acento peculiar de la niña que tanto encanto le daba a su voz.

Sin embargo, la distancia era pequeña, pero los peligros eran grandes para recorrerla, todos los alrededores estaban cuajados de enemigos y aventurarse solo entre ellos era una temeridad; mas, no era esto lo que retenia a Martel, sino que llevaba a cabo esa calaverada y lo sabia el capitan, podia costarle un serio castigo.

Con todo, la idea seguia brincándole en la cabeza.

Una mañana oyó que al pié de su ventatana decia la voz de un soldado que hallaban con otro:

—Por ese camino se llega hasta Huanta; la semana pasada fuimos unos cuantos a buscar potreros y llegamos cerquita del pueblo.

Martel se asomó a la ventana y vió que que el que hablaba era un carabinero; se fijó en su cara.

Algunas horas más tarde se echó a andar por los alrededores de la casa y no tardó en volver a divisar al carabinero; le hizo una seña a la cual obedeció ese acudiendo al punto.

—¿Usted conoce ese camino que va a Huanta!—le preguntó.

—Sí, mi teniente.

—¿Podria andarlo en la noche sin perderse?

—Como no, pues, mi teniente: cuando yo he pasado por un camino no se me olvida nunca; ¿no ve que ya estoi viejo en esto?...

—Pues bien; yo quisiera ir esta noche a Huanta; pero como no he andado por estos lugares, sino por el otro lado, por donde se vino la division, en la noche me extraviaria.

—Pídele a mi alferez que me mande a mí de vaqueano y lo llevo derechito.

Martel miró al soldado sonriéndose de un modo expreciso y contestó:

—Es el caso que no quiero que ni él ni nadie sepa nada de este viajecito hasta despues...

El carabinero no necesitaba que se le dijera una palabra más para comprender de qué se trataba. Aquella calaverada que podria calificarse de locura le entusiasmó de golpe. Salirse del campamento en la noche y galopar por los lugares ocupados por el enemigo era una aventura demasiado agradable para rehusarla, sobre todo siendo a escondidas de sus superiores.

—Se hace la arrancada, pues, mi teniente,—contestó sin vacilar.

—Necesitamos dos caballos buenos.

—Eso déjelo a mi cuidado; ¿a qué horas le parece que montemos?

—A eso de las nueve, que ya estará todo el mundo durmiendo.

—A esa hora estarán ensillados dos ani-

males de lo que hai de bueno... ya les tengo echado el ojo.

—Será preciso que usted lleve su carabina por lo que pudiera suceder...

—Esa no me abandona nunca.

El teniente y el carabinero siguieron concertando su plan hasta dejar todo acordado.

....

Martel al decir que nadie debia tener noticia de la escapada que iba a hacer, hizo sin duda excepcion en favor de uno de sus compañeros, un subteniente. Aunque no era probable, bien podia suceder que miéntras anduviera ausente el capitan lo necesitara para algun asunto del servicio y le convenia que álguien pudiera dar una disculpa.

El subteniente que no era más cuerdo que el teniente, en vez de disuadirlo, le decia con sentimiento:

—¡Qué diantre! estar yo de semana! sin esto, te habria acompañado, aunque fuera sólo por el gusto de hacer una escapada...

Estas palabras no eran por cierto para desalentar al teniente.

Luego que se oscureció, la tropa se retiró a sus cuadras y los oficiales despues de charlar un rato fueron yendo en busca de sus camas.

Martel fué de los primeros en irse a su habitacion.

Una vez ahí se puso un sombrero de paño que usaba en las marchas y un largo poncho de lana. Con este traje tenia un aspecto de paisano.

Encima de la mesa habia un revólver de seis tiros que habia pedido prestado al subteniente. Lo cojió y guardó en el bolsillo de sus pantalones. En otro bolsillo se echó una cajita con algunas cápsulas.

Al cinto llevaba tambien su espada, que no se veia, oculta por el amplio poncho.

Despues de hacer estos preparativos, apagó la vela que alumbraba la estancia y abrió la ventana. Luego de un salto salió por ella.

Saliendo por la puerta habria sido visto por varios oficiales, y entre ellos Orrego, que estaban en el corredor.

La ventana, como hemos dicho, daba a un huerto.

Martel anduvo algunos pasos hasta salir de él.

A poca distancia columbró unas sombras. Se acercó a ellas preguntando:

—¡Es usted?

—Sí, mi teniente,—contestó una voz.

Luego reconoció Martel al carabinero, quien tenia de las riendas dos caballos.

—Son dos bestias de lo mejorcito...capaces de ir a Huanta y volver de un galope.

—Magnífico, para que alcancemos a estar de vuelta ántes de que rompa el alba.

Un minuto despues los dos caballos marchaban con sus jinetes.

Luego se oyó el grito de la centinela de una avanzada que daba el "quién vive." Martel se dió a reconocer y pudo continuar su camino, pues las avanzadas tenian órden de no dejar salir del campamento a la tropa, pero aquello no rejia con los oficiales.

Es verdad que si Orrego hubiera sospechado la calaverada de su teniente, la órden se habria hecho extensiva a todo el mundo.

La luz rojiza de ese fenómeno vespertino de que ya hemos hablado, y despues la de las estrellas, alumbraban el camino lo suficiente para hacerlo transitable.

....

Aunque no era de presumir que los montoneros o los indios trasnocharan asechando el camino, no dejaba de ser probable que tuvieran sus avanzadas.

La via por largo trecho seguia a la orilla de un rio poco caudaloso. A veces cruzaba arboledas y a veces terrenos estériles, hasta que por fin se internaba en el bosque de que ántes hemos hablado en cuyo centro más o ménos está Huanta, pero no por los lados recorridos por la division chilena que habia pasado de norte a sur, sino por el costado occidental.

Aunque la noche no estaba mui oscura, Martel y el carabinero no podian apurar mucho a sus cabalgaduras porque el piso no era mui parejo.

Muchos ranchos y casitas hallaban a su paso; mas, debian estar deshabitados o bien sus moradores dormian tranquilamente, pues a ningun ser humano se veia ni oia.

Sin tropiezos llegaron hasta los afueras de la ciudad.

Ahí se detuvieron un instante.

—Si entramos a caballo en la ciudad nos sentirán quizás,—dijo Martel a su compañero de escursion.

—¡Qué nos han de sentir! todito el mundo a estas horas estará durmiendo.

—No tal; hai algunos vecinos que hacen guardia temiendo que de un rato a otro se descuelguen otra vez los indios, así lo he sabido en Ayaccuho.

—Esos vecinos no son jente enemiga y nos recibirán bien.

—Tal vez; pero a mí no me conviene que me vean; cualquiera de ellos podia conocerme y de seguro contaria a otros que me habia visto aquí, y de boca en boca no tardaria la noticia en llegar a oidos del coronel, porque constantemente están yendo huantinos para Ayacucho.

—Tambien es cierto esto.

—Entrando a pié, se desliza uno por las paredes, y si llegan a verlo así con sombrero y poncho, creerán que es cualquier paisano que va por la calle.

—Pero, ¿y los caballos donde los dejamos?

—Por aquí entre los árboles, fuera del camino.

—¿Solos?...no tendrian más que encontrarlos los indios así ensilladitos y montarse en ellos...y adios mí plata...

—No, pues; la cosa seria que se quedara usted con los caballos miéntras yo voi a la ciudad.

—Bueno, pues, mi teniente; entre a la ciudad y yo lo espero aquí, a un lado del camino.

Ambos se apearon y tirando de las riendas a los animales se internaron un poco en la floresta.

Cambiaron algunas palabras más y quedó convenido que Martel entraria en Huanta, y a su regreso, si por la oscuridad no podia llegar exactamente al sitio donde le esperaba el carabinero, silbaria entonando el toque de atencion para anunciar su vuelta.

Martel desanduvo algunos pasos y se encontró nuevamente en el camino saliendo de la floresta que se veia envuelta en completas tinieblas.

Resueltamente y a paso largo se echó a andar hácia la poblacion.

Como cuatro o seis cuadras tenia que recorrer para entrar en el recinto propiamente urbano, y desde luego el camino se iba convirtiendo en una calle de casas y huertas.

Martel reconoció aquella parte de la via por haberla transitado anteriormente el dia en que salió con su compañía a hacer una escursion por las cercanías de Huanta.

Esto le dió mayor seguridad para caminar.

Poco a poco las casas se veian más agrupadas, y al cabo de unos pocos minutos Martel se encontró en las calles de la ciudad.

Ni una luz se divisaba, y el agua al susurrar deslizándose por los arroyos era lo único que interrumpia el silencio.

Esta soledad agradó al teniente que no deseaba encontrarse con nadie.

Avanzaba sin vacilacion, cruzó la plaza y sin haber hallado a ningun ser viviente llegó hasta una calle que ya debia conocer mui bien hasta en sus detalles, puesto que ni aun miraba a sus lados para orientarse.

Junto a una ventana se detuvo.

El ruido de unos golpecitos débiles y acompasados se dejó oir alterando por un segundo el silencio profundo.

Se repitió dos o tres veces con algunos intervalos, y los ojos de Martel habituados a la oscuridad de aquella noche, pudieron ver que una hoja de la ventana se abria.

—¿Es usted?—preguntó una voz que trataba de ahogar un expresion de sorpresa, y esa voz tenia el dejo particular de María que tanto agradaba a Martel.

—Ya ve bien que soi el mismo,—contestó el oficial.

—¿Y cómo está usted aquí? ¿Acaso han regresado los chilenos? ¿Qué significa esto?...

Estas y otras preguntas hacia la voz, y al mismo tiempo la otra hoja de la ventana se abria.

No habia reja ni rejilla, ni barrotes de fierro ni de madera; parecia la boca de una cueva aquella ventana abierta en la oscuridad. Pero si era cueva no habia de haber dentro de ella ningun monstruo, pues Martel entró sin demotrar el menor susto.

L.

El teniente Martel en un trance apurado.

Era de suponer que Martel queria regresar a su campamento en la misma noche llegar allá ántes que amaneciera, de modo podia pasar desapercibida su es pada, y además, en la noche era ménos ligroso transitar por un camino lleno

enemigos, quienes no le verian en la oscuridad, pero que a la luz del dia lo divisarian irremisiblemente.

No todas las horas son del mismo largo; esta es una mentira que parece verdad. Parece verdad para el hombre que mide el tiempo de su vida por horas de placer y por horas de pesar: aquellas son cortas y éstas son largas, aunque el reloj a todas las halle iguales.

Algo de esto debió suceder a Martel aquella noche; tal vez le pareció que las horas perdian gran parte de sus minutos, así como el que huye se despoja de su carga para correr más lijero.

El cielo estaba perdiendo parte de su oscuridad y las estrellas parte de su brillo, cuando el teniente iba caminando a buen paso por la plaza de Huanta.

—Se me ha hecho tarde; está comenzando a amanecer,—murmuraba;—con tal que llegue antes de que el capitan se haya levantado... ahora con la claridad se puede galopar por el camino, y en una hora u hora y media...

Un ruido confuso que llegó hasta sus oidos le hizo interrumpir su monólogo.

Aquel ruido se sentia hácia retaguardia, como diria él en términos militares.

Tornó rápidamente la cabeza, y a lo léjos, cosa de dos o tres cuadras, divisó una masa sombría encajonada en la calle. La luz naciente del dia no alcanzaba a alumbrar aquello. Pero el ruido, aumentando, dejó conocer que procedia de una gran vocería.

—¿Qué es esto?—se preguntó.

Casi a ese mismo tiempo, cual si fuera una respuesta a su pregunta, oyó el teniente voces agudas que gritaban con espanto:

—¡Los indios! los indios!

Como por instinto Martel se llevó una mano al bolsillo en que tenia un revólver y la otra a la empuñadura de su espada.

Los gritos de terror cundian.

—Qué diablos voi a hacer aquí yo solo... no hai ni que pensarlo, buscar mi caballo es lo primero... vamos andando... vienen léjos todavia.

Raciocinando de este modo siguió caminando el oficial.

Algo como ocho cuadras le faltaban para ..gar al sitio en que debia estar esperán..o el carabinero.

..a voz de alarma cundió con una rapi.. admirable entre los habitantes ya prevenidos; por todas partes percibia el oficial que gritaban:

—¡Los indios! los indios!

Las puertas se abrian y bultos blancos corrian hácia la plaza; eran sin duda jente que en camisa buscaba el refujio de la iglesia.

Martel continuaba avanzando en direccion opuesta, hácia la parte occidental. La masa opaca con su vocería venia por el oriente, seguramente de la montaña.

La claridad de la aurora aumentaba con esa prontitud peculiar de los crepúsculos en la zona tórrida.

Ya habia salido el teniente del recinto urbano y se encontraba en aquella parte del camino en que, ántes de entrar en el bosque, se pasaba entre casas y huertos.

La gritería se iba haciendo ménos sensible.

—Los indios se han repartido por la ciudad y se han quedado en ella; si supieran que por aquí anda un chileno solo, como perros se vendrian sobre mí con qué gusto... Ya se divisa el bosque; en cinco minutos más estaré a caballo; el carabinero no debe haber sentido nada de la bulla de los indios.

Esto iba pensando el teniente cuando sintió otra algazara hácia su frente ¿Seria un eco de la grita que la caterva salvaje tenia en la ciudad? No era de creerlo; no habia cerros ni quebradas por ese lado donde pudieran repercutir las voces ¿Seria otra turba que venia del bosque? Esto parecia la verdad.

Con el oido atento y mirando a todos lados para reconocer el terreno, Martel no detuvo su marcha.

Los gritos se hacian cada vez más perceptibles; ya no podia caber duda de que otra muchedumbre venia por ese lado.

De pronto vió el teniente que saliendo del bosque un enjambre de indios entraba en el camino como entran las aguas fluviales en el lecho de un rio.

—¡Estoi encerrado!—murmuró.

Pero no se turbó por esto; comprendió perfectamente bien su situacion.

Con su revólver y su espada podria defenderse un momento; mas al fin lo abrumaria el número de los enemigos, quienes además de sus lanzas y hondas tenian algunos rifles. Quedándose en el camino fácilmente seria ultimado de un balazo. Le convenia colocarse en algun lugar donde al ménos pudiera hacerse pagar cara la vida.

No habia tiempo que perder.

De un salto se trepó sobre una tapia que delineaba el camino; pasó al otro lado y se encontró en un huerto. A pocos pasos se veia una casa a la cual debia pertenecer el huerto; era un edificio bajo de regulares dimensiones cuyas puertas estaban cerradas; si tenia moradores, éstos debian dormir y en su sueño nada habian sentido de la gritería que presajiaba un saqueo.

Martel pensó en entrar a aquella casa; en una casa hai diversas habitaciones, puertas y muebles y puede uno con un revólver defenderse por largo rato con ventaja. Pero si esa casa estaba habitada encontraria en ellas nuevos enemigos, porque al fin y al cabo los dos bandos, los indios y los blancos, eran enemigos de él como chileno; y aunque estos últimos se habian mostrado amistosos con la division expedicionaria, no era de esperar que se mostraran tan afables con un chileno solo, aislado y mucho ménos que se encontraran dispuestos a guarecerlo con peligro de sus propias vidas, pues si entraban ahí los indios, ¿qué mayor prueba de ser *chilenosos* que tener en una casa a un oficial chileno? con esto si los indios estaban ántes dispuestos a dejar con vida a los moradores, los asesinarian sin remision. Además la casa podia estar habitada por caceristas o montoneros y entrando en ella el teniente no habia ganado sino encontrar nuevos enemigos.

Todas estas reflexiones se hizo Martel en un segundo.

Quedarse en el huerto no era prudente; el primer indio que asomara por ahí lo descubriria y daria la voz de alarma tras de la cual una horda de salvajes inundaria aquel sitio.

Paseó una mirada en contorno buscando un lugar más seguro

En La Sierra es costumbre que las casas tengan un sobrado o desvan el cual sirve de granero; para subir a él hai por el esterior una escalera de piedras o adobes. Ya hemos hablado de uno de estos, que fué aquel desde donde el capitan Lostan sostuvo sabrosos diálogos con Rosa en Huancayo.

Pegada a una de las paredes de la casa que tenia a la vista, Martel divisó una escalera de adobes que daba subida al desvan.

Se dirijió hácia ella apresuradamente y subió. Una puertecilla cerrada y sujeta por por un pestillo era la entrada al sobrado. El teniente corrió el pestillo y empujó la puertecilla; ésta se abrió fácilmente y aquél pudo entrar, lo que hizo cerrando nuevamente la entrada.

Todo esto fué hecho en breves instantes.

Dos ventanillas alumbraban el desvan que era bastante grande. Habia ahí trojes, *cancos y porongos* llenos de maiz, cebada o trigo, y habas y arvejas y otras legumbres secas; trastos viejos y otras cosas por el estilo.

El ámbito del desvan tenia la forma de un prisma triangular y estaba dividido en dos departamentos que se comunicaban por un hueco hecho como para colocar en él una puerta.

Martel examinando el sitio en que se encontraba se asomó por aquel hueco y vió que el departamento contiguo era semejante al primero que habia visto en la forma y tambien en los objetos que lo ocupaban.

Miéntras tanto el ruido de la vocería se acercaba.

El teniente fué a asomarse cautelosamente por una rendija de la puertecilla, y por encima de la tapia que separaba el huerto del camino pudo ver las puntas de algunas lanzas que se movian avanzando hácia la ciudad; era claro que los indios se dirijian para allá.

Mirando ya por la rendija, ya por la ventanilla, veia el desfile de aquellas armas oyendo a la vez una gritería de palabras que no comprendia porque eran del *quichua*.

A veces en la punta de alguna de las lanzas se veia como pendon de guerra un bulto que el teniente no alcanzaba a distinguir; pero que fácilmente adivinaba en él la cabeza o un algun trozo humano, pues ya conocia las costumbres de los salvajes.

—Con tal que estos bárbaros no hayan encontrado al carabinero; pero nó, el carabinero no es niño que se deje poner la mano encima como un cordero de corral; habria hecho fuego con su carabina y aquí se habrian sentido los disparos... Con tal que a estos demonios no se les antoje venir para acá...algun trabajo les habia de costar, pero al fin acabarian conmigo...

Y murmurando esto, el oficial sacaba d su bolsillo la cajita de cápsulas que traia las contaba.

—Veintiuna, y con las seis que tiene revólver son veintisiete cápsulas... aq

tengo donde parapetarme... pero estos diablos si me descubren son mui capaces de prenderle fuego a la casa....

De pronto vió que un ser humano saltaba por la tapia: era un indio Sacó su revólver y estuvo a punto de disparar; mas aquello solo serviria para dar la alarma a la turba salvaje, pues el indio se hallaba fuera del alcance del revólver.

Tras de aquel saltó otro, y luego otros y otros; en un momento el huerto estuvo lleno de indíjenas armados con lanzas, garrotes, hondas y armas de fuego. No ménos de sesenta venian aproximándose a la casa.

No pretendemos hacer de Martel un héroe épico ni siquiera uno de uno de romance, un Juan Sin-miedo, un hombre exento de las debilidades humanas; nada de esto; estamos escribiendo una novela en que se hallan amalgamados una multitud de hechos históricos y los personajes que figuran en ella no son enteramente fabulosos e imajinarios; por consiguiente, no le daremos libre expansion a la fantasía, para encerrarnos en los estrechos límites de la verdad. Con fidelidad y sencillamente diremos que Martel al ver la turba salvaje encaminándose a la casa donde él estaba, tuvo miedo.

Pero no se crea que aquel miedo del cobarde que se amilana y pierde el tino; no tal. Fué aquel miedo tranquilo que quizás es el valor del filósofo; en sus venas la sangre no se heló, sino que circuló por ellas esa sangre fria que da prudencia y discrecion.

—Aquí la largamos,—murmuró.

Y sin atolondrarse acumuló algunos *cancos* y trastos cargando la puertecilla.

Miéntras ejecutaba esto se agolpaban a su mente las ideas que construian su verdadero temor. Hacia tres o cuatro años que llevaba la vida de campaña; en varias grandes batallas y en muchas escaramuzas se habian encontrado mirando de frente a la muerte; la muerte ya no le espantaba; quedar tendido en un campo de batalla donde al dia siguiente sus compañeros recojerian su cadáver y piadosamente le darian sepultura con los honores prescritos por la Ordenanza, era un fin natural y honroso para un militar en campaña, y desde el primer dia que se puso espada al cinto estaba preparado a él; morir a manos del enemigo era lójico. Pero que su cuerpo fuera descuartizado y que los trozos sangrientos fueran revolcados en el suelo y luego enclavados en las lanzas y escarnecidos por una horda ebria y salvaje... aquello le horripilaba, heria su amor propio, su orgullo, ese sentimiento peculiar del militar pundonoroso que aun para despues de muerto se siente ávido de honores.

Cuando Martel hubo amontonado bastantes objetos para impedir la apertura de la puertecilla, se dirijió al desvan contiguo que tambien tenia una puertecilla, la cual pensaba atrancar de la misma manera.

Iba ya a penetrar en el segundo desvan cuando vió que la puertecilla de éste se abria. Al punto echó mano a su espada y se hizo a un lado sin pasar por la puerta de comunicacion.

Clavó la vista y divisó que entraban al sobrado dos personas. Eran dos mujeres.

Una de éstas parecia ser madre de la otra a juzgar por la edad que representaban.

Por la prisa que traian y la tribulacion de que daban muestras se conocia que huian y trataban de esconderse.

—Cerrar la puerta y asegurarla con muebles...con cancos...con todo lo que pueda...—decia la mayor tratando de contener la voz.

—Ayúdeme, tia...este canco que es pesado...eso es...este palo tambien...

Y diciendo esto las dos mujeres agrupaban objetos cargando la puertecilla.

—Ahora la puerta del otro sobrado...

—(¡Diablos! vienen para acá,)—pensó el teniente.

Y se ocultó con prontitud tras de unos trojes.

Las dos mujeres entraron corriendo en el primer desvan.

—Esta puerta está con barricada, niña.

—¿Quién la habrá puesto?

—Seguramente está desde la otra vez que pasaron los indios; las cholas de la casa la pondrian.

—Así debe de ser...está firme...

—Pero no nos quedemos en este sobrado...los indios vienen por este lado y si echan balas penetrarán hasta aquí...al otro, al otro...—dijo la mayor empujando a la otra hácia el segundo desvan.

—Acá estamos más seguras...

—¿Seguras?...¡ai niña!... qué seguras hemos de estar si no nos ampara la Vírjen Santísima!...!Válganos Nuestra Señora de los Milagros!...con tal que estos bárbaros no echen candela a la casa y nos quemen vivas...! ¡Dios nos asista!...

Y la señora que esto decia seguia lamentándose e invocando a toda la corte celestial al mismo tiempo que se enjugaba algunas lágrimas.

La otra, que era una niña, aunque con menores aspavientos, no dejaba de mostrar un gran temor.

—¡Ai, niña, con la carrera se me olvidó traer la estampa de Nuestra Señora del Cármen que nos hubiera favorecido.

—Pero, tia, tiene usted el escapulario.

—Sí...—contestó la señora extrayéndose del seno la piadosa insignia que besó repetidas veces con uncion.

A pesar de lo serio de las circunstancias, Martel que oia todo esto se sonrió diciéndose:

—Estas tienen más miedo que yo.

La gritería y bulla de los indios se sentia cada vez más próxima; ya se les oia al pié del desvan.

Luego hirieron los oidos las detonaciones de algunos fusilazos.

La tribulacion de las dos mujeres crecia naturalmente.

Por instantes Martel sentia deseos de presentarse a ellas tratando de calmarlas e infundirles algun ánimo, pero se decia:

—Este par de lloronas...al verme son capaces de asustarse aún más y dar gritos que llamen la atencion de los indios...Además, ¿quién me asegura que no digan: "Entregando a este nos salvamos nosotras"...y luego quieran con voces llamar a los indios para que se desfoguen conmigo?.. Lo que conviene es esperar el curso de los acontecimientos, a ver si logro salir de esta ratonera en que estoi metido.

Tratando de no ser visto por las dos mujeres, Martel se acercó a una de las ventanillas del granero y miró con cautela por ella.

Los indios en el mayor desórden y confusion entraban a la casa unos, y otros salian sacando objetos o rompiendo muebles en medio de una batahola infernal y exhalando vociferaciones en *quichua*. Algunos disparaban balazos al acaso. No eran ménos de cien o ciento cincuenta los que se veian entregados al saqueo.

La señora cual si adivinara lo que estaba sucediendo, decia:

—¡Que lo lleven todo, que lo roben todo, pero que nos dejen con la vida; esto no más te pido Dios mio!

—No grite, tia... no sea que la oigan...

—Sí, niña... no grito... esto es horrible... en este pais no se puede vivir... esto no es vida...

Y la señora seguia clamando.

De pronto lanzó un grito de espanto y se abrazó de la niña.

Acababa de sentir que daban golpes a la puertecilla del desvan.

—(¡Diantres! ahora la cosa es seria...) —pensó el teniente sintiendo que los golpes redoblaban y que se trataba de derribar la puertecilla.

Ya iba a lanzarse para comenzar desde luego la defensa dasesperada que estaba dispuesto a emprender, cuando la puerta cedió y aparecieron dos indios.

Uno traia una lanza y el otro un rifle.

—Si no fueran más que estos dos, no se irian riendo,—pensó Martel.

LI.

Un drama en un desvan.

Las dos mujeres cayeron al suelo alzando las manos en actitud de implorar.

Martel habia desenvainado su sable y lo tenia empuñado con una mano; con la otra estrechaba la culata de su revólver.

El indio de la lanza levantó su arma con ademan amenazante y dirijió a las mujeres algunas palabras en *quichua*.

La señora temblando de susto contestó en el mismo idioma.

Uno de los indios cerró entónces la puertecilla. Parecia que quisieran quedarse ahí los dos salvajes sin que sus compañeros lo supieran: tal vez deseaban repartirse solos el botin que encontraran.

Tornó el de lanza a hablar a la señora y ésta le respondió con voz trémula.

Despues de un breve diálogo durante el cual los dos salteadores no cesaban de hacer amenazas con sus armas, la señora se sacó de los dedos algunos anillos que llevaba y se los dió diciendo al mismo tiempo a la niña.

—Dales tus anillos... tus pendientes... todo... nos dejarán con vida.

—(Parece que la tia sabe *quichua* y la niña nó; con tal que esos badulaques se contenten con las alhajas y se manden mudar, la escapada será buena).

Esto pensó Martel viendo que la niña se apresuraba a sacarse sus anillos y sus pendientes.

Los indios recibieron estas prendas, per no parecieron contentos.

Un nuevo diálogo se entabló.
La afliccion de la señora crecia.
—¿Qué quieren?—preguntaba la jóven temblorosa.
—Que les demos más.
—Pero si no tenemos.
—Dicen que debemos tener.
Seguramente los indios tenian poca fé en las palabras de la señora, pues sin muchos miramientos se pusieron a rebuscar entre sus ropas. No hacia ella ninguna resistencia a esto; pero la niña cuando se vió víctima de igual pesquisa quiso pudorosamente oponerse; ni sus débiles fuerzas ni su conmovedor llanto pudo nada contra la codicia brutal de los salvajes.
Poco satisfechos debieron quedar éstos, porque no hallaron en aquellas ninguna alhaja en que pudieran ejercer su rapiña.
Hasta entónces con dificultad habia podido contenerse el teniente, esperando que una vez saciada su codicia los salteadores (nombre que bien merecian aquellos salvajes) se irian.
Una escena mucho más bárbara que las anteriores comenzó.
Los indios apoyaban sus armas en el pecho de las infelices mujeres ya muertas de terror y continuaban urjiéndolas con palabras y amenazas.
—¿Qué quieren ahora? — clamaba la niña.
—Que les demos plata... y si no que nos matarán, dicen... —contestaba la señora en el colmo de la desesperacion.
—¡Pero, por Dios, si no tenemos nada.
Y la niña al decir esto se dirijia a los indios, como si pudieran entender su idioma, alzando las manos con angustia; su pálido y hermoso semblante, sus lágrimas, su acento suplicante, eran incapaces de conmover a esos jaguares escapados de la montaña o del bosque.
La señora apartaba con sus manos la punta de la lanza que un indio le apoyaba en el pecho. Enfurecido con esa débil resistencia natural, el salvaje la cojió rudamente con una mano de las muñecas y con la otra debió cargar con fuerza la lanza sobre el pecho de su víctima, porque ésta exhaló un alarido de dolor.
La jóven quiso abalanzarse a rechazar el arma fatal, pero el otro indio la cojió brutalmente del cuello.
—¡Que me mata!... ¡piedad, por Dios! -esclamó la señora yéndose de espaldas.
Martel no pudo contenerse más. Con el sable levantado cayó como un rayo sobre el indio, y de un terrible golpe que le dió en la cabeza lo derribó al suelo.
Al ver esto el otro indio brincó hácia atras y apuntó con su rifle.
Pero Martel que seguramente habia previsto esto, no le dió tiempo de disparar. Blandió con ímpetu el revólver que tenia en la mano izquierda y con la culata de éste rompió la frente del salvaje que cayó de bruces al recibir tan rudo ataque.
El techo del desvan siendo mui bajo impedia al oficial descargar sablazos sobre los cuerpos de aquellos miserables. Podia darles de estocadas; pero le repugnó herir a seres que se hallaban exámines. Cojiendo un palo que divisó entre los trastos que ahí habian, descargó un garrotazo en la cabeza del indio caido el segundo que hacia algunos movimientos en el suelo.
Todo esto fué obra de dos segundos.
Ambas mujeres habian quedado extáticas, atónitas, sin comprender casi lo que sucedia, sin saber si el jóven era un salvador o un nuevo enemigo que se presentaba a disputar el botin a los dos indios.
Por fin la señora hizo ademan de hablar; pero Martel le impuso silencio diciéndole con voz seca:
—Cállese usted, señora, o hable en voz baja.
Tembló ella y murmuró sin poderse contener para disipar una duda:
—Pero usted habla en castellano... no es indio...
—Ya ve usted que nó... silencio y no moverse de ahí... no tengan miedo que ningun daño pretendo hacerles...
Las dos mujeres se miraron sin comprenderse, pero un poco respuestas con esas palabras. Sin atreverse a hablar ni a moverse veian que el recientemente aparecido amalgamaba objetos para asegurar la puerta.
Cuando pareció satisfecho de la firmeza de aquella barricada, se acercó a ellas y les dijo:
—Hace un largo rato que estoi aquí; yo fuí quien puso obstáculos en la otra puerta de este granero; yo las ví a ustedes entrar aquí y he sido testigo de todas las escenas ocurridas en este recinto. Creyendo que los indios se contentaran con llevarse las alhajas que ustedes les dieron no queria moverme del otro desvan desde donde lo observaba todo. Cuando ví que uno de ellos

atentaba contra la vida de usted, señora, de un salto me puse aquí...

La señora que aun no podia darse cuenta de dónde tenia su alma, preguntó:

—¿Y con qué objeto?

—Me gusta la pregunta.

—Seguramente,—dijo la niña que parecia estar más en sus sentidos que su compañera de susto,—con el de salvarnos la vida.

—La señorita lo ha adivinado mui bien, —replicó Martel

Mui léjos de encontrarse tranquila estaba todavía la señora; muchas dudas se le ocurrian, pero no sabia cómo expresarlas, al fin dijo, ávida de saber qué debia esperar:

—¿Es usted un amigo?... ¿o viene usted con los indios?...

—Veo señora que aun no se le pasa el susto; está creyendo que yo vengo en compañía de los indios...

—Yo no sé nada... no sé dónde tengo la cabeza... Usted parece chileno por el acento...

—Lo soi...

—¡Entónces los chilenos andan con los indios!—exclamó la aflijida mujer alarmándose nuevamente.

—Señora, no diga tal disparate,—contestó el teniente con desagrado;—tenga un poco de calma y escúcheme, pues será preciso que le dé una esplicacion para que se tranquilice. Yo me encontraba solo en Huanta al amanecer cuando entraron los indios de la montaña; me vine hácia acá para irme donde está mi alojamiento y me encontre con los indios del bosque. Yo solo no podia batirme con una caterva, y apartándome del camino llegué hasta este desvan y me oculté en él esperando que los indios pasaran; pero estos salvajes en vez de seguir andando hasta Huanta, han entrado a saquear esta casa.

—Ahora lo comprendo todo,—dijo la señora respirando con desahogo;—usted es un compañero en el peligro que aquí corremos nosotras.

—Algo parecido; con diferencia que a ustedes podrian tal vez los indios perdonarles la vida, miéntras que a mí como chileno jamas consistirian en dejarme vivo; eso si que no les seria tan fácil matarme a mí como matarlas a ustedes que son dos personas débiles por su sexo; pero al fin lograrian vencerme puesto que son muchísimos contra uno.

—Es verdad; ellos son tantos...

—Por ese motivo me conviene estarme aquí en silencio y les he pedido a ustedes que no hagan ruido; cualquier grito podria llamar la atencion de los indios que subirian hasta aquí, y no es prudente esperar que siempre fuera yo tan afortunado como con estos dos miserables que yácen ahí.

La señora tembló nuevamente de susto tartamudeando:

—Sí... es preciso no hacer bulla... estar quietas...

—Es lo esencial... Ahora voi yo a observar por las ventanillas qué hacen los indios.

Martel iba a pasar al desvan contiguo, y la señora lo detuvo diciéndole a la vez que designaba los cuerpos inertes de los salteadores:

—¿No estarán vivos estos? ¿No irán a venirse otra vez sobre nosotras?

El teniente se agachó para examinarlos.

—No dan señales de vida, de lo que me alegro, pues si algunos de ellos estuviera resollando siquiera, me veria obligado a ultimarlo para evitar que dando un grito llamara a sus compañeros.

....

El teniente Martel se puso a atisbar con sijilo por las ventanillas.

Los indios continuaban entregados al saqueo de la casa con gran alboroto; pero ya algunos comenzaban a dirijiase hácia el camino.

Miéntras el oficial asechaba, las dos mujeres estaban pendientes de un hilo; ya les parecia oir que trataban de derribar la puertecilla del sobrado. La señora se encomendaba a todos los santos del calendario, pero no conseguia rezar oracion alguna, pues hasta el Padre Nuestro se le habia olvidado de golpe con el pavor.

De cuando en cuando el teniente se acercaba a ellas y con algunas palabras les comunicaba un poco de su calma. Pero al retirarse aquel o al sentir que los indios alzaban el diapason de su batahola tornaban a angustiarse.

Por fin empezó a aumentar el número de los salvajes que salian de la casa y marchaban hácia la ciudad.

Poco a poco fué disminuyendo la algazara y alejándose.

Un instante despues Martel se acercó a las acongojadas mujeres diciendo:

—Parece que se han marchado ya todos no se divisa ninguno.

—Ni se oye ruido,—respondió la niña

—Con tal que no regresen, agregó la señora jimiendo.

No es de presumirlo; han saqueado la casa, se han llevado cuanto han podido, así es que no tienen más que hacer aquí.

—Que se lo lleven todo dejándonos la vida!

—No será todo entaramente — replicó Martel sonriendo;—siquiera se han librado las alhajas que este par de pillos habian arrebatado a ustedes.

Y rejistrando el bolson que cada uno de los indios llevaba al cuello, encontró las prendas mencionadas.

—Aquí estan sus anillos y pendientes de ustedes: ¿son estos todos?

—Sí, — contestaron ambas recibiendo aquellos objetos de mano del teniente.

Y la mayor añadió:

—¡Que escapada hemos hecho!... A mí ya este hombre me estaba asesinando; me clavaba la punta de la lanza en el pecho y la estaba cargando... me ha dejado una gran magulladura... Si no es por el ausilio de usted me mata, nos matan... usted nos ha salvado; con la tribulacion nos hemos puesto sosas y no hemos sido capaces de mostrar a usted nuestro agradecimiento.

Como para reparar este olvido con ventaja, la señora enhebró un discurso de elojios que Martel trataba de cortar contestando:

—Todo esto era mui natural; habria sido una ruindad dejar asesinar a dos mujeres indefensas.

Luego aquella dando otro jiro a sus alabanzas decia:

—¡Qué buenos golpes dió usted a estos pícaros!... cayó usted aquí como una bomba y ¡pif! ¡paf!.. no alcanzaron ni a decir Jesus...

—A decir verdad respondió el oficial sonriendo,—al primero le pegué *a la mala* esto es, a traicion; pero ellos eran dos y tenia yo que comenzar por anular a uno; además con un par de salteadores como esos no hai necesidad de gastar muchas cortesías.

—Claro está...¿iria a proponérseles un desafío caballeresco a dos salvajes asesinos que están matando a la jente indefensa?... ¡Qué susto hemos pasado!... en este pais no se puede vivir... Nosotras no somos de aquí, sino de Lima; aunque yo nací en Ayacucho, desde pequeña he vivido en la capital; pero esta niña, sobrina mia, es limeña. Hace dos meses que vinimos de allá. Si yo hubiera podido imajinarme lo que teníamos que sufrir, no habria habido poder humano capaz de sacarme de Lima.

—No vale la pena dejar a Lima por venir a La Sierra.

—Ya lo creo. Ustedes, los chilenos, estarán ya aburridos.

—Tenemos de La Sierra hasta la frente.

—¿Desde cuándo andan por aquí?

—Yo, o mas bien dicho, mi batallon, desde el mes de junio.

—¿Desde junio?—preguntó la niña con interes;—¿cuál es su batallon?

—El Setiembre.

Las dos mujeree se miraron y la jóven bajó tímidamente la vista.

—Pero usted anda vestido de paisano, —observó la señora.

—Naturalmente; para venir a Huanta me puse este traje.

Y echándose sobre el hombro un costado de su poncho, dejó el teniente ver su chaqueta militar.

—Es usted oficial,—dijo la niña.

—Sí, señorita; teniente.

La tia y la sobrina volvieron a mirarse.

—Mi batallon,— continuó diciendo Martel,—está en Ayacucho; pero mi compañía se encuentra destacada más cerca de Huanta. Anoche hice una travesura viniéndome para acá y debo regresar lo más pronto posible; solamente espero que se alejen un poco más los indios para partir.

—¡Y vamos a quedar solas nosotras!— exclamó la señora palideciendo.

—No es probable que vuelvan para acá otra vez los indios; además mi compañía de mui poco puede servirles.

—¡Qué dice usted! si ya nos ha salvado una vez.

—Esto fué una gran casualidad que mui difícilmente volveria a repetirse. Si los indios regresaran tendrian que vencerme por el número; yo no podria hacer nada en favor de ustedes, y al contrario, mi presencia las perjudicaria: hallando aquí a un chileno, ya los indios no querrian tener piedad de ustedes.

—¡Qué terrible situacion!—exclamó la señora estremeciéndose.

Martel trató de serenarla asegurándole que los indios no pensarian en regresar a una casa saqueada ya, donde no encontrarian el botin que buscaban.

Al cabo de un rato la niña dirijiéndose a la señora, dijo:

—Óigame usted, tia, una palabrita.

E hizo indicacion de que pasara al desvan contiguo.

El teniente se apresuró a replicar:

—Si usted desea hablar con la señora, voi a dejarlas solas en este departamento.

—No se moleste usted,—balbució la niña.

Pero con discrecion, el teniente salió para el sobrado vecino.

Desde ahí oyó que las dos a quienes acababa de dejar hablaban en voz baja y parecian discutir, o más bien que una trataba de impetrar algo de la otra. El acento de la más jóven era suplicante.

—Parece que la niña implora algo, y hasta creo que está sollozando... Es una linda chica a pesar de la palidez que le producia el susto, y a pesar del pelo y del traje descompuesto se veia bonita...y más que María...

Esto pensaba Martel mirando por una ventanilla y viendo que el huerto estaba despejado de indios.

Al cabo de algunos minutos sintió unos pasos lijeros detras de él y volvió la cara.

Mui próxima divisó a la niña que bajando la vista y estrujando un pañuelo que tenia en las manos parecia querer decir algo sin saber como hacerlo

Al fin murmuró:

—Dispénseme usted que le haga una pregunta.

—Cuantas guste.

—¿Conoce usted a un teniente de su batallon?...

—Los conozco a todos,—contestó el oficial sonriendo disimuladamente al ver que la jóven se interrumpia como vacilando para pronunciar un nombre;—dígame cómo se llama aquel a quien usted se refiere.

—Víctor... Alvar,—balbució la niña.

—A ese lo conozco más que a ninguno; es de mi compañía e íntimo amigo mio.

—¿Está él en Ayacucho?

—Sí.

—Cuando usted lo vea seguramente le contará todo lo que ha sucedido esta mañana.

—Sin duda; tendremos con ello motivo de larga charla.

—Y tambien le contará que una de las personas a quien ha salvado la vida usted hoi, ha preguntado por él.

—Es natural.

—Pues hágame usted el servicio de agregar que esa persona se llama...

—Lucía,—dijo apresuradamente el oficial, en quien el corto diálogo habia inspirado ciertas sospechas.

—¡Cómo sabe usted mi nombre!—exclamó con sorpresa la niña.

—Lo he adivinado.

Y viendo que ella se ponia encendida, añadió Martel:

—Tal vez ha sido una indiscrecion mia pronunciar su nombre; pero Alvar es como un hermano mio y no tiene secretos para mí.

—¿Le ha hablado de mí?

—Sí; mucho. Va a tener un gran placer cuando yo le dé noticias de usted, pues nada sabe; lo único que ha logrado averiguar es que usted habia partido de Lima con su familia, por lo cual presumia que usted habria regresado a casa de su papá.

—Así fué; todo eso sucedió; pero ántes tuve y he tenido que sufrir muchísimo.

—Así lo adivinaba Alvar, y lo que más le aflijia era el temor de que usted pensara mal de él.

—Yo no lo he culpado de nada; todos mis pesares los he atribuido a la fatalidad, a mi desgracia.

—Nuestra salida de Lima fué impensada; nada sabíamos ni sospechábamos siquiera hasta la noche anterior, o sea hasta pocas horas ántes de partir.

—Así lo he creido siempre.

—La vida del militar en campaña tiene de esas alternativas. Así tambien el soldado que debia haber prestado algunas atenciones a usted, se vió compelido a marchar con el batallon sin poder regresar a verse con usted.

—Aquel dia fué terrible para mí,—dijo la niña exhalando un trémulo suspiro ante su recuerdo;—desde entónces todo ha sido pesares y sufrimientos, y todos han tenido la misma causa; mi partida de Lima, mi venida para acá, los sobresaltos y los peligros, incluso el de ahora mismo del cual me ha salvado usted, todos tienen el mismo oríjen.

—Lo comprendo.

—Si algun dia logro hablar con Víctor, se lo contaré todo y él no podrá menos que conmoverse.

—Esto téngalo usted seguro. Permítame que le pregunte por qué cuando hace d estuvimos en Huanta no trató usted hablar con él; ¿no sabia usted que esta él ahí?

—Lo presumia; pues supe que el Setiembre andaba en la expedicion. Quise mandarlo llamar, quise escribirle; pero mi tia se opuso.

—¿No quiere que se vea usted con Alvar?

—Nó, pues; dice que yo no debo hablar con él, y ménos aquí en La Sierra siendo él militar chileno, porque nos acarrearíamos el odio de esta jente y nos expondríamos a mayores peligros: ella tiene mucho miedo a los indios y a los montoneros.

—Pero siquiera podia usted haberle escrito.

—Lo he hecho; pero no he hallado con quien enviarle una carta que tengo desde hace dias.

Y sacando del bolsillo de su vestido una carta un poco ajada por el roce que debia haber tenido, Lucía añadió:

—¿La vé usted? Los dos dias que permaneció la expedicion chilena en Huanta, nos estuvimos aquí a puertas cerradas, a pesar de que esta casa se halla retirada de la ciudad. Solamente habria podido mandar la carta con alguna de las cholas que nos sirven, pero ninguna queria acercarse a los chilenos: les tienen tanto miedo...

—Y sin embargo ningun daño les hemos hecho.

—Es la verdad.

—En la ciudad no nos han mirado mal.

—Así lo hemos sabido despues, pero las cholas de esta casa como están fuera de la ciudad son más desconfiadas, y aunque han visto que los chilenos han protejido a los habitantes, los miran siempre con recelo. Un dia corrieron a esconderse porque pasó por el camino una fuerza de chilenos.

—Precisamente era mi compañia que iba a hacer una excursion por el bosque.

—Yo me subí a este granero para verla pasar; tambien mi tia vino conmigo. Si hubiera estado sola habria llegado hasta la muralla del huerto; desde aquí con la polvareda do se distinguia la cara de los que marchaban.

—Alvar iba entre ellos.

—¡Si lo hubiera sabido yo!... lo habria llamado a gritos si no me dejaban correr hasta allá.

—Y de un salto él se hubiera puesto aquí sin que nadie pudiera contenerlo. Así lo dirá él cuando yo le cuente que ha sado tan cerca de usted sin sospecharlo.

—¿Y le dará usted mi carta en cuanto vea?

—Sin perder un minuto

Y añadió el jóven sonriéndose;

—Si es que llego a verlo, pues para juntarme con mi batallon tengo todavía que pasar por algunas pruebas. En primer lugar necesito encontrar mi caballo que dejé anoche en el bosque a unas dos cuadras de aquí y fortuna será que lo consiga.

—¿Quedó solo?

—Un soldado lo cuidaba y la pasada de los indios tal vez lo habrá obligado a cambiar de lugar

—¿Si lo habrán encontrado aquellos?

—Me parece que nó.

—¿Por qué?

—El soldado se hubiera resistido a balazos y yo hubiera oido aquí las detonaciones.

—Si se han sentido muchos tiros.

—En efecto; pero han sido de fusil o de rifle y mi soldado tenia carabina; los estampidos de estas armas son diferentes y nosotros los reconocemos mui bien.

—Para mayor seguridad seria prudente que no partiera usted hasta la noche; pueden los indios verlo en el camino.

—Es cierto; pero me es forzoso regresar luego y correr el albur... Es de suponer que los salvajes se hallarán entretenidos saqueando la ciudad, y el camino estará desierto, de manera que podré llegar hasta mi campamento, y aunque Alvar está en Ayacucho, le remitiré su carta de usted con otra mia contándole lo ocurrido.

—Que mi tia no sepa que le he dado a usted una carta para él, pues me ha costado muchas súplicas conseguir que me dejara preguntarle a usted por Víctor.

—Así me parecia oir ruegos de usted desde aquí...

La aparicion de la tia de Lucía, o sea doña Manuela Melgar, interrumpió aquel diálogo.

Venia la señora despavorida y apénas pudo balbucir:

—Se oyen pasos... suben..

Y designaba la puertecilla del próximo desvan.

Lucía palideció.

El teniente andando de puntillas se acercó a la pequeña trinchera improvisada empuñando su revólver y prestando oido atento.

Sintió que empujaban sin mucha fuerza la puertecilla, y luego daban unos lijeros golpes en ella diciendo al mismo tiempo una voz:

—¿Manonga?... Lucia?... están ahí?...

—Son ellos... —dijo la señora cual si sintiera a la vez desvanecerse sus temores.

Y abrió la boca como para contestar en voz alta, pero Martel le impuso silencio con un jesto y le preguntó:

—¿Quiénes son ellos?

—Unos parientes nuestros que sin duda vienen a socorrernos.

—Esos pueden ser amigos de ustedes, pero quizás no lo sean mios; usted sabe que no todos los blancos que hai en Huanta son partidarios de la paz.

—Pero nuestros parientes son jente pacífica.

—Está bien, ábrales; mas, ántes ocultaremos los cadáveres de los indios por si acaso no vienen solos...

—Es prudente hacerlo así...

Y contestando esto la señora se puso a ayudar a Martel que cubria con unas esteras los cuerpos de los salvajes.

Los de afuera repetian sus golpes y llamados:

—Si están ahí, abran la puerta... somos nosotros dos solos... no tengan temor...

—¡Vamos allá! esperen un instante... estamos quitando unos trastos, con que habiamos atrancado la puerta,—respondió la señora en voz alta.

Martel dijo a ésta:

—Yo voi a meterme en el otro granero porque no me conviene que llegue a saber el jefe de la division que he venido de escapada hasta Huanta y a ustedes les pido que me guarden el secreto.

—Haremos cuanto usted nos pida; nada diremos...

Tras de esta promesa pasó el teniente al sobrado vecino.

La tia y la sobrina se pusieron a deshacer la barricada.

Un minuto despues dos hombres de sombrero de pita y de manta entraban en el desvan.

LII.

Una buena escapada.

—Tremendo susto habrán pasado ustedes,—dijo uno de los recien llegados.

—¡Horrible!

—¿Nada han sufrido personalmente?

—Nada,—contestó la señora, que aunque ardia en deseos de relatar su aventura la calló por la promesa hecha a Martel.

—Los indios han saqueado la casa por completo.

—De aquí los hemos sentido.

—Pero no hai que temer vuelvan otra vez acá; están en la ciudad en el mayor desfreno... Parece que han encontrado un soldado chileno en el bosque y lo han descuartizado.

Martel que oia esto desde su escondite, sintió que toda la sangre se le agolpaba al pecho: aquel seria indudablemente el carabinero.

—Han arrastrado los trozos por el suelo, —prosiguió diciendo el que hablaba,—los han paseado en las lanzas... la chaqueta del soldado era llevada en triunfo. Pero el grupo que conducia esa prenda entró a un tambo donde habia un poco de licor y se olvidó por un momento de ella. Aproveché yo el caso para cojerla y esconderla debajo de mi poncho: aquí la traigo.

Y mostró una pieza de uniforme militar llena de polvo y sangre.

—Conviene esconder esta chaqueta para que los chilenos no lleguen a saber que con uno de sus soldados han hecho tal atrocidad y quieran tomar alguna venganza.

Las dos mujeres hacian un jesto de horror contemplando aquel traje ensangrentado.

—¿Y cómo es que ustedes dos no los han asesinado tambien?—preguntó la señora.

—Saben que nosotros no somos de la ciudad, y a demás nos acompañaba un jóven Narbona amigo nuestro que andaba con ellos y al cual le pedimos que nos escoltara para venir en busca de ustedes a quienes suponíamos en peligro.

Martel oia todo esto dominado por la emocion más violenta.

—(¡Han muerto al carabinero!)—pensaba.

De pronto oyó que uno de los recien venidos decia examinando la chaqueta encontrada:

—Parece de caballería.

No pudo contenerse más, y se abalanzó hasta el desvan donde esto se decia.

Los dos hombres que ahí estaban hicieron un movimiento de sorpresa, pero doña Manuela, aunque algo admirada de que el jóven se descubriera voluntariamente, los calmó exclamando:

—No tengan cuidado: es un amig nuestro.

Esta frase los serenó.

—Permítame usted, señor, examinar ese uniforme,—dijo el teniente al último que habia hablado, quien le alargó el objeto pedido.

Luego añadió murmurando:

—Es de carabineros... no puede haber sido otro que él...

Los parientes de doña Manuela miraban atónitos a esta señora interrogándola con la vista.

—¿Quién es este señor?—preguntó por fin uno de ellos.

Doña Manuela sin atreverse aún a hablar miró a Martel.

—Ya que estos señores me han visto, no hai inconveniente para que lo sepan todo; puede usted, señora, si gusta, referirle lo ocurrido. Pero ántes, señores, háganme ustedes el servicio de decirme si no llevarian los indios tambien dos caballos chilenos.

—Nó; caballos no deben haber encontrado, pues se habrian apresurado a montar en ellos para lucirse por la ciudad; son fanfarrones y les gusta la farsa... ademas nada oimos decir de caballos...

Miéntras la señora con grandes aspavientos contaba las escenas de la mañana a sus parientes, él pensaba:

—(El carabinero debió dejar escondidos en el bosque los animales y salió tal vez a buscarme...—ahí lo sorprenderian los indios...¡pobre carabinero!...¡ha sido una locura mui grande la mia!...)

Y Martel seguia atormentado por todos estos pensamientos.

Cuando la señora mostró a sus oyentes los cuerpos exánimes de los dos indios, aquellos no pudieron dudar de su relato y dirijieron algunos extremados cumplidos al oficial por los buenos golpes que habia dado a los salvajes.

Y luego dijeron a doña Manuela y a Lucía:

—Pero ustedes han hecho una gran chambonada metiéndose en este granero.

—¿Dónde escondernos mejor?

—Se conoce que las limeñas no están al cabo de las costumbres de los indios, deberian haberse encerrado en el oratorio que hai en esta casa.

—Ahí nos habrian encontrado fácilmente.

—Pero no se habrian atrevido a entrar: os indios son mui fanáticos y a una igleia o capilla u oratorio no son capaces de ıtrar en son de combate.

—Habia oido decir esto, pero no lo creia.

—Las cholas criadas de la casa están ahí, acabamos de verlas y nada les ha sucedido; los indios no han osado penetrar al sitio sagrado.

—Pues entónces vamos allá por si regresan esos bárbaros.

Todos se dispusieron a bajar para dirijirse al lugar mencionado, ménos Martel, quien por más que ambas mujeres le dijeron insistió en que puesto que los indios se hallaban en la ciudad, él iba a emprender su partida para su campamento.

Cojió el rifle y las cápsulas pertenecientes a uno de los indios, pues esa arma podia servirle mucho en el camino, y despues de recibir nuevas demostraciones de agradecimiento de doña Manuela y Lucía y tambien de los dos parientes, todos los cuales, esas y éstos, les comunicaron sus nombres, Martel se dirijió al huerto.

Un momento despues saltaba la muralla que seguia a hilo del camino y se encontraba en éste mirando a todos lados sin divisar a nadie.

....

Se puso a caminar a toda prisa.

Iba ansioso de saber si estarian aún los caballos donde habian quedado la noche anterior. Mui poca esperanza tenia de hallarlos.

—¡Qué locura tan grande ha sido la mia!... pero ya no tiene remedio... todo habria sido nada sin la muerte del carabinero... ¡qué razon voi a dar de esto!... si hubiera muerto én algun asunto del servicio, seria la cosa mas natural, eso sucede todos los dias... pero así por una calaverada... ¡qué diablos!... este negocio me va a costar caro...

Y pensando en el justo enojo que tendrian sus jefes, Martel olvidaba el peligro que aun corria de ser descubierto por alguna partida de indios o montoneros.

Luego reconoció el lugar donde la noche precedente se habia separado del soldado; estaba frente a él.

Se internó en la floresta y recordó la señal con que debia anunciar su llegada al carabinero.—¡Cómo podrá oirme el pobre muchacho hecho pedazos por los salvajes!—pensó.

Y avanzó por entre los árboles y matas echando a todos lados miradas escudriñadoras.

El suelo estaba tapizado de hojas secas y era imposible distinguir las huellas de los caballos.

Largo rato anduvo vagando presa de mortal ansiedad, y temia ya perderse en el bosque si más se internaba.

Quiso acercarse un poco al camino desesperando ya de hallar los animales y creyendo que habrian sido cojidos por los indios, pero no le fué fácil hacerlo.

Por la posicion del sol lograba orientarse; mas, luego dando vueltas y revueltas volvia a extraviarse.

Deseoso estaba de tropezar con un delgado arroyo que venia del camino segun lo habia observado un momento ántes.

Por fin logró divisar aquella segura guia.

Andando por las orillas del arroyuelo y metiendo a veces los piés en los charcos que formaban sus derrames, se puso a caminar hácia arriba.

Como era natural el agua corriente hacia muchas curvas.

De repente se detuvo.

Entre unas matas habia percibido un bulto que le pareció ser un hombre.

Vaciló entre poner una cápsula al rifle que llevaba en las manos o desenvainar su espada. Obtó por lo último. El acero ofrecia sobre el plomo la ventaja de no hacer ruido que causara alarma.

Con la espada desnuda avanzó de puntillas y cautelosamente.

Luego se convenció de que lo que llamaba su atencion era un hombre en cuclillas. Estaba inclinado sobre el arroyo y parecia lavar un objeto casi esférico que bien podria ser una piña de las que se producen en las montañas vecinas por la figura, aunque era demasiado grande.

Se acercó con sijilo hasta tener al alcance de su sable a ese individuo cuyas espaldas veia y que vestia un poncho de indio y un sombrero plomo de paño de forma cónica.

—Es un indio,---pensó el teniente.

Y al mismo tiempo notó con repulsion que lo que lavaba en el agua era una cabeza humana horrorosamente desfigurada.

Martel levantó su sable en actitud amenazante, pero no para descargar un golpe sobre aquel sujeto que bien podia ser un cholo pacífico, sino con el objeto de tenerlo dominado desde luego dado caso que fuera un enemigo y evitar que diera voces llamando a otros.

Un lijero ruido que el oficial produjo expresamente con el pié, en el suelo, hizo volver con prontitud la cara al desconocido.

Dos gritos de sorpresa se oyeron a un tiempo:

—¡ Es usted, carabinero!

—¡Es usted, mi teniente!

—¡ Yo le creia muerto!—exclamó Martel.

—¡ Y yo, mi teniente, creia que esta cabeza que estoi lavando era la suya!

....

Estas últimas palabras del carabinero revelaban una escena en que habia una mezcla de lo horrible con lo grotesco; escena que parecerá inverosímil. Sin embargo, entre aquellos desbordes de una horda salvaje que descuartizaba a sus enemigos o a los que tenia por tales, las escenas mas horrorosas habian llegado a ser vulgares: cuántas veces despues de las orjías sangrientas que presenció por esos tiempos la ciudad de Huanta, muchos se dedicaban piadosamente a recojer del suelo, entre el polvo y el barro, trozos de cadáveres humanos, y limpiándoles la sangre y el lodo trataban de reconocer los restos de algun amigo o algun deudo!

Así, pues, la escena que acabamos de describir no debe considerarse como un parto grotesco de la imajinacion del que esto escribe, sino como la estampa fiel de un cuadro que en aquellos selváticos parajes se observó por esa época con deplorable frecuencia.

....

—Pero, hombre, ¿como ha escapado usted?...yo he oido contar su muerte...hasta he visto pruebas...¿Entónces, los indios no le han encontrado a usted?

—Si me han encontrado...

—¿Y cómo ha logrado librarse?...

—Eso es, mi teniente, lo que tengo que contarle. Anoche cuando me quedé aquí con los caballos, tendí mi poncho en el suelo sobre el pastito y me puse a pitar un cigarro, y así seguí dejando correr la noche de cigarro en cigarro hasta que me pilló el sueño...Cuando vine a despertar ya la mañana estaba a medias luces. «Amaneciendo ya y mi teniente no aparece todaví me decia para entre mí, cuando en esto sentido un bochinche de gritos.

—"Estos no pueden ser sino los taitacos,—pensé.

"Por la bulla que traian saqué la cuenta que era una nube de indios, de muchísimos.

"¿Qué hacer? Lo primero era mirar por los caballos. Los llevé tirando hasta una espesura tan escondida, que habria que ponerles la mano encima a los animales para encontrarlos, y ahí me quedé con ellos.

"Los indios pasaron para el pueblo.

"Mi susto era por usted, mi teniente.

—"Se lo van a zorzalear a mi teniente, —pensaba yo.

"Cuando estuvo esto en silencio, salí de la espesura hasta cerca del camino dejando siempre escondidas a las vestias. Me daban ganas de montar a caballo y hacer una entrada a galope al pueblo, pero me sujetaba el pensar que usted podria venir para acá y no encontrar a nadie. ¿Qué hacer?

"En esto estaba cuando se me han aparecido de no sé donde como seis para ocho taitacos con lanza. Verlos yo y pelar el sable fué todo uno: al que tenia más cerca del primer hachazo lo traje al suelo...los otros que vieron esto apretaron a correr a perderse, se hicieron humo...de a lo léjos les sentia yo los gritos que llevaban...

—"A mí no me la pegan; van a juntarse más para dejarse caer aquí.

"Y así no más fué; lueguito se sintió la gritadera.!Me tenian rodeado como un zorro. Los caballos era lo que me daba cuidado de perderlos, y yo qué sacaba con montar, si aquí los árboles cuando estuviera montado no me dejarian dar un sablazo si se ofrecia... no habia ni qué pensar... "Aquí te quiero ver escopeta mal cargada"... Cuando de repente se me vino una idea...El taitaco que habia botado yo estaba ahí tendido... me le fuí encima; le quité el sombrero y el poncho, y me saqué el dolman, y en dos por tres se lo puse al indio; despues le saqué a tirones los calzones y las chalalas, y con barro le revolqué la cara y todo el cuerpo...

—"Tú, taitaco, habís de aguantar por mí,—decia yo.

"Lo que lo dejé listo, prendí una carrera y me trepé en ese molle que está ahí, coposo. Si no me salia bien la treta, de arriba del árbol con mi carabina esa seguro de botar muchos indios ántes me agarraran a mí.

-"Habís sentado plaza de carabinero despues de muerto,—decia yo mirando al taitaco desde el molle.

"La bulla de los indios venia creciendo. Poco tuve que esperar, cuando se ha aparecido un piño de indios, unos con lanzas y otros con fusiles. ¡La hervicion de esos diablos gritando en su lengua!...yo no les entendia más que "¡chileño! ¡chileño!"

"Ganas me daban de empezar a jugarles bala y cazarlos como pichones, pero eso era denunciarme, y eran tantos, más de doscientos todos ellos.

"Olfateando andaban en busca mia, cuando unos pocos han divisado al taitaco tendido, y han plantado un grito, y lo han oido los demás, y todos se le han ido encima como moscas...¡Qué fué aquello!...se lo peleaban...uno le metia la lanza, otro un cuchillo...En ménos de lo que canta un gallo lo habian hecho tiritas...El que lograba quedarse con una presa del taitaco llegaba a zapatear de gusto...¡Ave María con la jente!...Como quien ensarta un pollo para asarlo ensartaban los pedazos del cuerpo en las lanzas...el que le echó mano al dolman fullereaba levantándolo en un chuzo...

"Al cabo de un rato aquellos condenados cortaron para el pueblo dejando esto solo.

"Yo me quedé en el molle haciéndome chiquitito y acordandome de usted, mi teniente. ¿Qué habria sido de usted? Si lo habrian pillado los indios?

"Cuando ya habian pasado como dos horas y todo estaba en silencio, me daban ganas de montar a caballo para irme al campamento, pero me sujetaba el pensar que usted podia llegar, podia haberse escapado así como yo de los indios. ¿Qué hacer?

"Yo habia visto que cuando llegaron los indios uno traia en la punta de su lanza una cosa como la cabeza de un cristiano, y despues en la pelotera se le caeria porque no la ví más.

"Me bajé del árbol y me acerqué por donde habian andado los indios. Buscando buscando, logré dar con esto, con esta cabeza; pero estaba tan llena de sangre y barro que casi ni se conocia cual era la cara ni cual era la nuca.

—"¿Si será que han pillado a mi teniente y lo han degollado? No seria mucho que fuera así...cuando él no ha llegado hasta ahora...Por sí o por nó voi a reconocer esta cabeza.

"Así pensé, y la agarré y la traje para acá, y en este hilo de agua me puse a lavarla...Pero está tan hecha pedazos que ni señales de narices ni ojos le quedan, y al pelo no se le ve el color con la sangre y el barro...

"Dudando estaba cuando se me ha aparecido usted, mi teniente.

—Lo que es de ahora,—dijo Martel despues de haber oido la narracion que a su manera le habia hecho el carabinero,—no le puede caber duda de que no es esa mi cabeza, sino esta otra que tengo encima del pescuezo.

—¿Y cómo es, mi teniente, que no han dado con usted los indios?

—Ya le contaré lo que me ha pasado; pero ántes dígame dónde están los caballos.

—Ahí, a veinte pasos.

—Pues montemos ahora que está todo en silencio.

—Voi por los animales.

Un momento despues ambos estaban a caballo y se dirijian al camino.

—¿Y ese rifle que trae usted, mi teniente?

—Este rifle estaba esta mañana en otras manos.

—¿Y quizás su dueño estará a estas horas dándole cuenta a Dios de sus pecados?

—Así me parece. Salgamos al camino y sobre la marcha le contaré todo lo que me ha pasado.

—Ya vamos a salir a él. No tenemos más que andar con el ojo vivo para que no nos den un malon los taitacos. Ahora me está ardiendo un poco el muslo izquierdo, porque el indio me alcanzó a picar con la lanza.

—Entónces está usted herido.

—No es nada; un rasguñito: lo que más siento es la pérdida de mi dolman, porque no sé que cuenta voi a dar de él y por su falta me van a pillar.

—No será por eso,—contestó Martel sacando de bajo de su poncho un objeto que tiró sobre el arzon de la silla del carabinero.

—¡Es mi dolman!—exclamó el soldado atónito al reconocer aquella prenda que ya se adivinará de donde habia traido el teniente.

LIII.

Justo enfado del capitan Orrego.

Aquella mañana tan pronto como se tocó diana en la hacienda de San Martin, el subteniente a quien Martel la noche anterior habia comunicado la calaverada que iba a hacer, se dirijió a la pieza habitada por el teniente esperando hallarlo ahí y deseoso de saber cómo le habia ido en su correría.

—Se ha demorado por allá,—pensó el oficial habiendo hallado intacta la cama del dueño de la pieza.

En seguida fué a verse con un alférez de Carabineros que era el oficial de caballada a cuyo cargo estaban la jente y los caballos de su rejimiento que se encontraban en San Martin.

En el corredor se topó con el alférez que parecia mui alarmado.

Este, ántes que aquel le dijera nada, le habló en estos términos:

—Pues hombre, ¿sabe lo que me pasa? me falta un soldado y dos caballos...¡qué diantres se habrán hecho!...Voi a darle parte al capitan, a ver si se manda jente por todos lados para buscarlos.

El subteniente vió que era preciso tranquilizar al alférez revelándole lo que él sabia para evitar que el asunto llegara a conocimiento del capitan Orrego.

—¡Grande la colejialada de Martel!—dijo el alférez cuando estuvo acabo de lo ocurrido;—pero ya podia haber llegado.

—Puede ser que haya esperado el alba para volverse, por ser tan malos los caminos. Luego ha de estar aquí.

—Esperaremos, pues.

Los dos oficiales continuaron conversando un rato sobre el asunto y haciendo conjeturas y deseando que Martel regresara ántes de que el capitan Orrego se hubiera levantado y pudiera notar la ausencia del teniente.

....

Cuando dieron las ocho de la mañana y los dos oficiales ántes mencionados vieron que aun no llegaba Martel, comenzaron a alarmarse.

—Esto se va poniendo sospechoso.

—De véras. Ya es tiempo de que estuvieran de vuelta.

—Si les habrán salido los indios al atajo; aunque andan bien montados y con dar un galope se pondrian en salvo...

—A no ser que los hubieran cortado...

Así discurrieron ambos durante un momento, y al fin dijo el alférez:

—Puede ser que estén aflijidos por al ya es tiempo de ir pensando en ir a bu carlos.

—Pero la cosa habia de ser de modo que no no lo supiera el capitan.

—Esa es la cuestion.

—El capitan Orrego no entiende de bufonadas; de seguro pasaba un parte al coronel y Martel salia embromado.

—Ya lo creo. Pero si por librarlo de las llamas lo echamos en las brasas; si por que la cosa quede oculta dejamos al teniente tal vez en algun apuro, en algun peligro, poco saldria ganando.

—Es cierto; pero, ¿cómo mandar jente fuera del campamento sin que lo ordene el capitan?

—Ahí esta la cosa.

El alférez quedó un rato pensativo, y al fin dijo:

—Lo primero es lo primero: hai que ir en busca de ellos que quizás están por ahí acorralados por los indios. Voi a hacer montar diez hombres y yo mismo iré con estos.

—Es poca jente.

—Pero no puedo llevar más, pues voi a ir con el disfraz de salir en busca de otros potreros porque ya en estos lados los pastos se están acabando.

—De véras que está buena la disculpa.

—Y no hai que perder tiempo.

—Cuánto siento estar de semana y no poder ir yo tambien.

El alférez fué a dar las órdenes necesarias para llevar a cabo su excursion.

....

El capitan Orrego a quien varias veces hemos oido llamar *guaso* por sus compañeros, era mui afecto a las partidas o paseos campestres.

Recordando la vida de campo que en otros tiempos habia llevado en Chile, ahora que se encontraba destacado en una hacienda, gustábale montar a caballo y dar una vuelta por los contornos como un hacendado que visita sus tierras.

Aquella mañana ántes de que se tocara diana habia ordenado a su asistente que ensillara su caballo, y saltando de la cama, apénas se vistió, halló la bestia lista y montó en ella.

Sin alejarse del campamento, anduvo dando sus paseos, ya cruzando los potreros, ya subiendo a los collados vecinos.

Más de dos horas llevaba de aquella disteccion, cuando divisó a poca distancia un grupo de diez o doce jinetes en quienes facilmente reconoció tropa de caballería.

Picó espuelas y en un instante estuvo junto a ellos.

Era el alférez de Carabineros quien iba al mando de aquella jente, y al ver al capitan le salió al encuentro diciéndole:

—Creí que todavía estaria en cama, capitan; por eso sin pedirle permiso salí con esta jente para ir a buscar por ahí otros potreros: los pastos ya van mui a ménos por aquí.

—Está bien,—contestó Orrego porque aquello era cosa que se repetia cada dos o tres dias y no tenia novedad.

Luego agregó:

—Voi a ir yo tambien; a mí me servirá de paseo, me divierte recorrer estos campos.

Con esto no se esperaba el alférez, a pesar de que era la cosa más natural. Si el capitan iba con él, no podria llevar a cabo su excursion, que no era, como se sabe, buscar pastos, sino llegar hasta Huanta. Para hacer desistir a Orrego de su deseo solo se le ocurrió decirle:

—Tal vez se nos va a hacer tarde, y ya se acerca la hora del almuerzo.

—No importa; una hora más o ménos no quita ni pone rei.

El alférez conoció que era imposible ir en busca de los ausentes, siendo que quizás estos se hallarian en peligro. Dejarlos abandonados era una barbaridad y mucho peor que revelar sencillamente al capitan lo que sucedia, para que él tomara las providencias del caso. Así lo pensó el oficial y en consecuencia comunicó a Orrego el verdadero objeto de su expedicion.

Grande fué el juramento que echó el capitan Orrego, y no le faltaba razon, pues al fin y al cabo él como jefe del destacamento era el responsable de todo lo que ahí aconteciera, tuviera o no la culpa: esto era cosa larga de averiguar.

—¡Usted, alférez, debia haberme dado ántes parte de todo esto!...¡cómo se entiende que aquí sucedan cosas tan graves sin que yo tenga conocimiento de ellas!... ¡es intolerable!...

Despues de exclamar lo anterior con ira reconcentrada, el capitan añadió:

—Por de pronto lo primero es que siga usted hasta Huanta y averigüe lo que pueda...si en cuentra al teniente y al soldado los trae para acá en calidad de presos...¿me entiende?

—Sí, capitan.

—Es poca la jente lleva; voi de un galope hasta el campamento para mandarle quince hombres más...Siga marchando al paso miéntras se le juntan éstos.

En cinco minutos llegó Orrego al campamento y a toda prisa hizo salir los quince hombres de que habia hablado.

....

Miéntras toda aquella tropa andaba en excursion, el capitan se paseaba por el corredor de la casa de la hacienda con un humor que le tenia la sangre hirviendo.

Llamó al subteniente que ya conocemos y despues de echarle un sermon de a folio, le mandó arrestado por haberse hecho cómplice ocultando la escapada de Martel.

¿Qué habria sucedido? ¿Habrian salido los indios al encuentro del teniente? ¿La fuerza que acababa de mandar tendria que sostener tiroteos con los indios? ¿Resultarian bajas?...Y todo ello sin necesidad ni beneficio alguno. Podria haber pérdidas de jente, de caballos, de municiones, y todo sin más motivo que por habérsele ocurrido al teniente hacer una calaverada.

Así pensaba Orrego, y preciso es reconocer que le sobraba razon para rabiar.

Poseyéndole por completo su justo enojo, ni aun tuvo ganas de almorzar. Gritando a unos y sermoneando a otros, todo lo encontraba malo, todo le parecia mal hecho, en todo veia motivos de reprension.

En un cuartel o cualquier recinto ocupado exclusivamente por militares, el humor del jefe principal es un accidente de mucha importancia.

Si el jefe está enfadado, todas las fisonomías toman un aire seco y cada cual se apresura a concluir con lo que tiene que hacer y trata sobre todo de no ponerse a la vista de él, escabulléndose cual si huyera de un tigre de Bengala, pues está seguro de que cuando un superior quiere sermonear a un indivipo de su dependencia, nunca deja de encontrar motivos, y sean estos fundados o no, siempre tendrá que escuchar el sermon sin chistar...como si estuviera en la iglesia...

Esto era lo que sucedia aquella mañana en la hacienda de San Martin.

—Como un toro está mi capitan,—decian los soldados en voz baja.

Y trataban de hacer poco ruido y moverse poco, y principalmente de huir el bulto, o bien se entregaban con mucho teson y silencio a alguna tarea propia de su profesion.

Por lo que el subteniente contara a otros oficiales y por lo que oyeran los asistentes, poco a poco se habia difundido en el campamento la noticia del dia, y todos se confesaban que era mui justo el enfado del capitan.

Orrego habia hecho poner un «loro», un soldado, en una colina cercana para que mirando el camino pudiera anunciar el regreso de la fuerza de caballería.

Era más de las diez de la mañana cuando el «loro» llegó jadeando y dijo a Orrego:

—Ya vienen, mi capitan.

—Vamos a ver el resultado,—murmuró éste, cuya ansiedad no mermaba;—¿vienen mui léjos?

—Por el otro lado del rio.

—Hai más de media legua. Monte usted en mi caballo que está ahí y de un galope vaya a encontrarlos y pregunte al alférez si hai alguna novedad. Tráigame la contestacion de carrera.

El soldado partió.

....

A los pocos minutos regresó diciendo:

—No ha habido novedad, mi capitan: encontraron en el camino a mi teniente y al carabinero; vienen con ellos.

Orrego respiró.

Su ansiedad habia concluido; pero no su fundado enojo.

Entró a su pieza y ahí esperó la llegada de la fuerza de caballería.

No tardó en ver que el alférez acompañado del teniente Martel se apeaban de sus caballos en el patio.

El alférez se adelantó a dar parte al capitan del resultado de su corta correría.

Entrando en la pieza le dijo:

—Encontré en la mitad del camino al teniente y al soldado; se habian demorado porque...

—Está bien, no quiero saber más,—replicó Orrego pensando que el oficial enhebraba una disculpa;—¿se ha perdido algo del armamento o de las monturas?

—Nada.

—Está bien; tenga la bondad de llamarme al teniente Martel.

El alférez salió.

Un instante despues entró Martel.

Aparentando una calma que estaba mui distante de sentir, Orrego lo interrogó de esta manera:

—¿Con qué objeto, teniente, salió usted anoche del campamento?

—Fué por andar un rato por los alrededóres, contestó el teniente con poca seg ridad.

—¿Y por qué no me advirtió ántes hacerlo?

—Creí volver mui pronto; pero...

—¿Pero no sabe usted que nadie se debe mover del campamento sin mi permiso?—replicó Orrego interrumpiendo y dando poco a poco rienda suelta a su mal contenido enfado.—¿Qué significa esto! ¿soi yo aquí acaso un cero a la izquierda para que se hagan tales cosas sin mi conocimiento? Se va usted llevándose a escondidas un soldado que ni siquiera es de su compañía y se aparece al dia siguiente, y miéntras tanto está uno aquí sin saber qué pensar, expuesto a cargar con graves responsabilidades por faltas ajenas...Si por allá le hubieran salido enemigos, si lo hubieran muerto a usted o al soldado, yo habria tenido que responder aunque no tuviera culpa en ello...usted sabe como se entienden las cosas militarmente, usted sabe lo estricto que es el coronel jefe de la division; a mí me habria tachado de descuido, quizás me habria hecho sumariar...y esto no es nada, dejo a un lado lo mio...¿Qué derecho tiene usted, nada más que por darse el gusto de hacer una calaverada, para arriesgar la vida de un soldado, cuando ni aun tiene derecho para arriesgar la suya propia miéntras sea militar, y mucho ménos en campaña, pues pertenece por completo a la nacion a cuyo servicio se encuentra?...

Orrego continuó su arenga en estos términos encolerizándose progresivamente, y por fin concluyó exclamando:

—Esto no puede quedar así; yo no puedo convertirme en disimulador de las faltas de los que están bajo mis órdenes...Retírese usted a su pieza y permanezca ahí arrestado hasta segunda órden.

Martel viendo el grado de exaltacion en que estaba el capitan conoció que lo más prudente era callar.

Así lo hizo y salió.

....

Un momento despues Martel estaba en su pieza rodeado de los oficiales del campamento a quienes habia contado su aventura con todos los detalles de que ya hemos hablado.

—¡Qué linda aventura!—exclamaba un subteniente, y agregaba con envidia:—no haber sido a mí a quien le ocurriera.

Entre aquellos oyentes más impetuosos e cautos, ménos difícil era encontrar lausos que vituperio para el lance en estion.

—Todo habria salido a pedir de boca si la cosa no hubiera llegado a oidos del capitan,—decia Martel.

—Así no más es.

—El capitan está furioso como un quique y de seguro va a pasar parte al coronel; ahí voi a salir embromado...

—De véras; el coronel es más de temer que todos los indios juntos.

—Recibiendo el parte me va a tener en el *chuncho* quién sabe hasta cuando; eso es si no pide mi separacion...

—De temerlo es; la *colejialada* ha sido tan grande... la cosa era ver modo de que el capitan no pase parte.

—¿Y cómo impedirlo?

—El capitan Orrego no es rencoroso: quitándosele la rabia se olvida de todo.

—Pero es que ya está escribiendo el parte.

—Así debe ser,—dijo otro oficial;—acabo de pasar por frente de su pieza y lo he visto sentado a la mesa con la pluma en la mano. Voi a ir a hablarlo con cualquier pretexto y veré si es el parte lo que hace.

El oficial que esto habia dicho salió y luego regresó diciendo:

—Es el parte; me ha pedido que le envíe un soldado para mandarlo a Ayacucho.

—¡Diantres!

—Si pudiéramos demorar el envío del parte por algunas horas, quizás todo podria arreglarse, pues ya se le habria pasado el mal humor.

Habia en la habitacion además de los oficiales un soldado a quien ya conocemos; era el Peralta. Como anteriormente lo hemos dicho, Peralta era un factótum, uno de esos soldados de inapreciable valor en la vida de campaña, que entienden de todo un poco; él tenia algo de cocinero, sus puntas de sastre, su barniz de mecánico, un recorte de cigarrero, un poquillo de talabartero, en fin, de todo oficio entendia algo, o segun la expresion de él mismo: «a todo le metia.» Aquel dia habia sido llamado por Martel para que le hiciera algunos cigarrillos, y con ese motivo estaba en la habitacion de éste sentado en un banco y teniendo en sus faldas una caja con tabaco y papel. Ahí escuchaba la conversacion de los oficiales.

Cuando oyó de boca del último oficial que habia hablado que si se lograba retardar el envío del parte Martel podria escapar, dejó a un lado la caja del tabaco y acercándose a aquél, le dijo:

—Mi subteniente, si ha de mandarle un soldado a mi capitan, mándeme a mí.

—¿Para qué quiere ir usted?

—Es que llevando yo el parte puede ser que no llegue a las manos de mi coronel.

Martel intervino diciendo con seriedad:

—Si el capitan lo manda a usted espreciso que obedezca; lo primero es la obediencia.

—Por cierto. mi teniente; pero ya sabe que a Peralta nunca le faltan industrias para dejarlos a todos contentos.

Los oficiales sabian mui bien que Peralta era hombre de muchos recursos y muchas tretas que se le ocurrian a su despierta imajinacion. Se miraron unos con otros, y despues de sonreirse, el subteniente que ya habia hablado, dijo al soldado:

—Está bien; venga conmigo.

....

Un cuarto de hora despues, Peralta, armado con su rifle, montaba a caballo y salia de las casas de la hacienda llevando el parte que habia escrito Orrego.

Como a dos cuadras de distancia tenia que pasar un rio; era éste el mismo que habia atravesado Martel la noche anterior.

Desde las casas se divisaba perfectamente el rio.

Cuando Orrego vió partir al soldado sintió esa especie de calma que sobreviene a un individuo cuando ha terminado la obra que hacia de mal humor. Ya no le quedaba sino esperar el resultado, es decir, esperar la resolucion que tomaria el jefe de la expedicion.

El subteniente que le habia llevado a Peralta, se quedó disimuladamente cerca del capitan cuando partió el soldado.

Con la calma le vinieron a Orrego deseos de comentar con álguien el suceso del dia despues de haber rabiado a solas. Aprovechó la presencia del subteniente para decir:

—Los oficiales me hacen rabiar muchas veces más que toda la tropa de la compañia.

—Cierto, capitan, que ahora ha tenido usted mucha razon para disgurtarse,—contestó el oficial con diplomacia.

—¿Le parece que tengo poco motivo?

—Por eso no le digo lo contrario; aunque se trate de un compañero, no puedo negar que ha sido mui grande la locura de Martel: exponerse él y esponer a un soldado inútilmente a tantos peligros de los que ha escapado en una tabla, porque contra esa caterva de indios que le salió qué podian hacer dos hombres solos.

—¿Acaso vienen contando que les han salido los indios?

—Sí, pues; les salieron.

—Serán bromas,---replicó Orrego, que, aunque más tranquilo, no estaba repuesto del todo.

—No, capitan; es la verdad; traen pruebas de ello; Martel quitó un rifle, y ya sabe usted que lo indios no dejan sus rifles donde se los puedan quitar sin pelear ántes con ellos.

—¿Conque trae un rifle?---dijo el capitan prestando interes a este hecho.

—Sí, y con muchas cápsulas.

—¿Y cómo y dónde se hizo de él?

El subteniente se puso a referirle lo que un momento ántes habia oido a Martel, las diversas peripecias que le habian ocurrido en Huanta.

Orrego le escuchaba con atencion creciente. Encontrándose en campaña, siendo él mismo militar y tratándose de un oficial de su compañia, aquella aventura le interesaba vivamente.

Con satisfaccion notaba el oficial que el semblante del capitan perdia poco a poco su aire colérico. Parecia indudable que a juicio de Orrego los peligros corridos por Martel eran causa .atenuante para su falta. Aquellos lances apurados, aquel riesgo gravísimo, eran bocados exquisitos para su paladar; escuchando la relacion de ellos puede decirse que los saboreaba, y es de asegurar que Martel le parecia mucho menos culpable habiéndose visto en trances angustiosos que si hubiera llevado a cabo su calaverada sin inconveniente alguno.

Deseosísimo estaba de oir la narracion de boca del mismo teniente; pero despues del disgusto que habia tenido con él no queria hablarle, al ménos tan pronto.

El subteniente adivinaba lo que sucedia en la mente de Orrego, y se decia:

--Lo malo es que ya el parte va en camino y no hai remedio; ahora quizás el capitan estaria dispuesto a no mandarlo; pero hacerlo regresar es otra cosa mui distinta.

No le faltaba razon al oficial para pensar pe este modo. Es una cosa mui conocida entre militares que un superior puede vacilar entre hacer o no hacer algo; pero una vez que ha dado el primer paso, no vuelve atras, seria "sentar un mal p[illegible] cedente." Era un disparate pensar q[illegible] Orrego mandara alcanzar a Peralta y a [illegible] cerlo volver con el parte; solamente alg

caso inesperado podia impedir que éste llegara a su destino.

No pudo resistir Orrego a sus deseos de tener más detalles de lo ocurrido aquella mañana, y para oirlos de la voz de uno de los mismos actores, mandó llamar al carabinero.

El diálogo anterior habia tenido lugar en la puerta de la pieza de Orrego, o sea en el corredor de la casa, que era donde se encontraban el capitan y el subteniente.

Esperando estaban la llegada del carabinero cuando se notó un movimiento en el patio que tenian al frente. Varios soldados acudian a cierta parte de ese patio desde donde se divisaba el rio y mirando hácia allá decian:

—El que iba para Ayacucho se ha caido al agua.

—El caballo ha de haber tropezado.

—El rio es mui pedregoso.

—Siempre tropiezan las bestias.

Aunque el rio no era mui caudaloso, bien podia haber peligro para un soldado que cayera en él llevando a la cintura el peso de la canana llena de cápsulas. Orrego se apresuró a mandar unos cuatro hombres que corriendo fueran a ver si era preciso prestar algun auxilio.

Miéntras corrian éstos, desde el corredor se vió que algunos carabineros que al cuidado de los caballos estaban en un potrero próximo al rio, se acercaban de carrera y ayudaban a salir del agua al soldado, el cual como se supondrá, era Peralta.

....

Pocos minutos más tarde Peralta se encontraba frente al capitan. De piés a cabeza estaba completamente calado de agua.

—¡Cómo diantres fué usted a caerse al rio!—le preguntó Orrego.

—Hai tantas piedras, mi capitan, el caballo resbaló y se fué de punta: ahí caí yo... Así mojado y todo iba a seguir para Ayacucho, pero como llevaba el parte que usted me dió en la canana...

—Se lo llevó el rio.

—No, mi capitan; lo tenia bien seguro ... pero está empapado y me dió no se qué llevárselo así a mi coronel... podia parecerle mal... Aquí está.

Y diciendo esto Peralta sacó de su canana el parte hecho una sopa y con la tinta revenida.

—¡Debia usted haberlo llevado así como está!—exclamó Orrego.

—Como estaba yo aquí tan cerca, me pareció que debia venir a tomar su parecer ántes de llevárselo en ese estado a mi coronel... pero ya que así la dispone usted, mi capitan, monto otra vez a caballo y sobre la marcha voi con el parte.

Si Peralta saliendo del agua hubiera continuado su camino hasta entregar el oficio mojado y borrado como estaba, nada podia decir el jefe contra Orrego que ignoraba aquel caso fortuito; pero ya que el capitan tenia conocimiento del hecho, cometia una grave falta de respeto enviando a un superior un parte ajado y lleno de borrones. Es de advertir que militarmente tal falta es considerada como punible.

Tuvo Orrego ganas de echar un buen sermon a Peralta; pero al verlo ahí empapado y considerando que la caida enel rio era una cosa mui natural y hasta un caso que frecuentemente sucedia, se contentó con decirle:

—Usted debia haber continuado su camino sin venir a consultarme nada... Váyase a su cudara a secarse la ropa.

Y volviendo las espaldas se entró a su pieza.

Tiró el malogrado parte sobre la mesa y haciendo entrar al carabinero que ya habia acudido al llamado, le pidió hacer una relacion de lo que le habia ocurrido.

....

Entre tanto en la habitacion del teniente Martel los oficiales reian comentando la travesura de Peralta, o la «industria», como él decia.

Luego apareció el subteniente de quien hemos estado hablando.

—Al capitan,–dijo,—se le ha compuesto el humor; está oyéndole contar la historia al carabinero, y cuando no se ha puesto a escribir otro parte sobre la marcha, es seña de que ya se le ha pasado la idea.

En efecto el enfado de Orrego se habia calmado, y despues de oir al carabinero pensaba que bastante castigada estaria quizás la calaverada del teniente con los apuros porque habia tenido que pasar.

Un par de horas despues del mediodia hizo llamar a Martel, y cuando le hubo hecho referir en detalle sus aventuras, cuya relacion le encantaba porque los lances llenos de riesgos y peligros tenian gran hechizo para Orrego, concluyó por decirle con severidad, pero sin enojo:

—Ya ve usted, teniente, a todo lo que se ha expuesto con su locura; ha escapado

por una chiripa; y por otra chiripa se ha librado de que el hecho estuviera ya en conocimiento del coronel; quien si no pedia su separacion le pasaba raspando... Váyase a su pieza y ahí permanecerá arrestado hasta que vuelva la compañia a Ayacucho para que no le vengan nuevas tentaciones de ir otra vez a Huanta.

....

Mas tarde sus compañeros decian a Martel:

—Te has librado de buena, gracias a la industria de Peralta.

LIV.

Salida de Ayacucho.

El grueso de la division expedicionaria continuaba en Ayacucho sin que le hubiera ocurrido nada de interesante para la narracion que estamos haciendo.

Poco a poco la permanencia en la ciudad se iba haciendo difícil a causa, principalmente, de que el pasto para los animales iba mermando en las cercanías y ya, como hemos visto, era preciso tener las caballadas a cuatro o cinco leguas de la division.

Tampoco el estado sanitario de la tropa era mui halagüeño: las ambulancias estaban llenas de enfermos.

Cual lo dejamos dicho en otro capítulo, no se tenian comunicaciones con la costa, pues los indios y los montoneros las interrumpian. Sin embargo, por algunos paisanos se habia sabido la capitulacion de Arequipa, y por consiguiente con esta circunstancia la permanencia de la division en Ayacucho no era ya tan necesaria.

Mui a tiempo se tuvo aquella noticia, pues ya se estaba haciendo mui trabajoso conseguir los víveres necesarios para el mantenimiento de la jente. Siendo hostiles a los chilenos todos los indios de los alrededores, arreaban sus ganados para esconderlos por las montañas a pesar de que la division los pagaba a buen precio; era preciso estar haciendo continuas excursiones para obtener algunas reses, lo cual no siempre se lograba, llegando a veces a escasear la carne hasta para la dieta de los soldados enfermos y heridos.

Por estos y otros motivos que no es del caso entrar a detallar en esta narracion, se resolvió el regreso de la division.

....

No entraremos en pormenores sobre los preparativos para la marcha, pues seria hacer una repeticion de lo que en otros párrafos anteriores hemos referido.

El 12 de noviembre al amanecer estaba formada la division en la plaza de Ayacucho y esperando los toques de las cornetas para emprender la marcha.

Iba a comenzar nuevamente la lucha contra los malos caminos, los desfiladeros, el cansancio, las fatigas, el soroche, las privaciones; contra los rios, la lluvia, la nieve, el hielo, y en fin, contra las mil penurias que ya hemos enumerado y contra otras nuevas que no dejarian de presentarse.

A las seis de la mañana salió la division de la "piadosa ciudad ayacuchana," como con letras de resalte está escrito en el frontispicio de una de las principales iglesias de Ayacucho; salió por el mismo camino que le sirviera para hacer su entrada seis semanas ántes.

La jornada fué hasta Pacaicasa, aquel pueblecito de que ya hemos hablado.

Ahí alojó la expedicion.

....

En la hacienda de Llamojtachi se hallaban dos compañías de infantería cuidando las caballadas. Aunque los caballos fueron remitidos a Ayacucho para que partieran con la division, las dos compañías se quedaron en la hacienda, pues desde ahí sólo tenian una corta jornada que hacer para llegar a Huanta, donde se resolvió que se juntara con el grueso de la expedicion.

El camino que tenian que seguir aquellas compañías era el mismo que habia tomado el teniente Martel cierta noche; en unas pocas horas podian llegar a Huanta.

Desde el instante en que la division salió de Ayacucho, los indios vecinos se alborotaron como los niños de una escuela cuanse ausenta el maestro. Sin embargo, el primer dia no molestaron a la division y se contentaron muchos de ellos con atacar a dos oficiales y dos soldados a quienes hallaron aislados.

Al dia siguiente por la mañana se levantó el campamento de Llamojtachi; poco despues de las ocho ya iban en marcha las dos compañías.

A poco andar se ofreció el caso de vadear el rio de que ya hemos hablado. Esto para la tropa no presentaba más dificultades que el fastidio de tener que descalzar[illegible] sacarse los pantalones.

Así lo hicieron los soldados, y com[illegible] cede naturalmente en tales circunstan[illegible]

tan pronto como se hallaban en la ribera opuesta, se sentaban en el suelo para calzarse nuevamente y vestirse. En aquella tarea estaban, y formaban un grueso grupo, cuando por encima de sus cabezas oyeron los agudos silbidos de algunas balas.

Pronto se pudo conocer que los proyectiles venian de retaguardia y disparados desdes unos cerros.

Esto no extrañó a ninguno de los chilenos, pues ya suponian que los enemigos no los dejarian pasar sin molestarlos.

El fuego de montoneras recibido por retaguardia es mui fastidioso. Desandar camino para ir a sofocarlo es triplicar inútilmente la fatiga de la marcha: regresando la tropa, retroceden los montoneros; vuelve aquella a caminar a vanguardia, y tornan los montoneros a repetir la fiesta: aquello seria un cuento sin fin.

Lo más cuerdo era seguir camino adelante tomando a la vez ciertas precauciones. Así se hizo.

Las compañias continuaron avanzando a la deshilada evitando formar grupos para no presentar un blanco seguro al enemigo.

Algunos paisanos venian con la tropa; eran habitantes pacíficos que huian de la ciudad por temor a ataques de las indiadas. Entre ellos andaba un comerciante extranjero quien al oir el silbido de las balas preguntó tranquilamente:

—¿Y esto?

—Son balas,—contestó uno de sus compañeros.

No debió ser mui grande el gusto que le causó la respuesta, a juzgar por el aspecto que tomó su semblante.

Prontamente se apercibieron de todo esto algunos soldados que iban cerca de él, y les pareció una excelente coyuntura para reirse de un prójimo acongojado.

—No tenga cuidado; agáchese no más cuando sienta venir una.—No mire para atras.—Póngase las alforjas en la espalda.

Todo esto le decian los soldados, y el pobre comerciante, que iba a caballo, ejecutaba lo indicado: se doblaba, se encorvaba, sacaba las alforjas de la silla y se las ponia a la espalda blindándose con ellas; en fin, hacia cuanto le recomendaban sin tomarse el trabajo de calcular que era burla y preo-[illegible]ado solamente de cuidar que su pellejo [illegible]uera agujereado por alguno de aquellos [illegible]dores proyectiles.

[illegible]uanto más angustiado lo veian mayo-[illegible]bromas le hacian los soldados, y hasta habia algunos que detras de él imitaban con la boca el silbido de las balas; tan buenas eran las imitaciones que el infeliz comerciante temblaba al oirlas. Uno más travieso que sus compañeros llegó al extremo de lanzar un silbo imitativo y al mismo tiempo punzó con un palo la espalda del paisano.

—¡Ai! me han muerto!—gritó éste aterrorizado.

—Póngase la mano en la herida.—Apriétese para que no se vaya de sangre.—No se suelte hasta que lleguemos a un descanso para vendarlo.

El desgraciado obedecia y con la mejor fé del mundo creia que si se quitaba la mano de donde se la habia puesto, por la presunta herida se le saldria no solamente la sangre, sino hasta los huesos...

Las compañias continuando su marcha se habian puesto fuera del alcance de los disparos que les hacian por retaguardia desde un cerro.

Pero nuevos enemigos habian aparecido por el costado derecho y tambien por vanguardia en algunas eminencias.

Al llegar a cierta ensenada donde podia descansar quedando resguardada, la tropa hizo alto por órden del que la mandaba, quien envió un piquete para que fuera miéntras tanto por las alturas limpiándolas de individuos hostiles.

El comerciante extranjero aprovechó aquel descanso para aproximarse a un capitan, y con la cara compunjida y tapándose siempre con la mano la boca de la supuesta herida, le pidió jimiendo que le hiciera vendar.

Ya se comprenderá cuanta no seria la risa de los soldados a quienes el capitan, que no sospechaba la verdad, ordenó prestar algun auxilio al comerciante. Por último, éste no queria creer que su cuero se encontraba intacto.

....

Al cabo de unos quince minutos, cuando el piquete hubo tomado la altura lateral, prosiguió su marcha la tropa.

A medida que ésta avanzaba, los montoneros de vanguardia se iban retirando, pero sin cesar de hacer fuego, fuego que los soldados contestaban con parsimonia por no desperdiciar sus escasas cápsulas.

Varios de los enemigos perdieron la vida en el tiroteo por haber osado descender demasiado sin tomar en cuenta o ignorando

que un piquete iba por las alturas, con lo cual quedaron ellos encerrados.

El capitan que mandaba las dos compañías tenia órden de hallarse a las tres y media a la entrada de Huanta por el poniente y esperar ahí que el grueso de la division entrara en la ciudad por el camino de Pacaicasa o sea por el sur.

Cuado llegó con su tropa al bosque los indios y montoneros habian cesado de molestarlos.

Desde ahí se oia un estruendo de detonaciones, y aun se divisaban nubecillas de humo por el lado del sur. No podia caber duda de que la division era atacada y que los enemigos debian ser numerosos puesto que les habia sobrado jente para atacar la tropa que venia de Llamojtachi.

LV.

Sangrientas escenas en el bosque.

Hemos dicho en el capítulo anterior que el grueso de la division pernoctó en Pacaicasa.

A las cinco de la madrugada emprendió la marcha para Huanta.

Se sabia que los indios estaban mui entusiasmados para estorbar la pasada a los chilenos, distinguiéndose entre ellos los "libres izquichanos" o sea los ciudadanos de la república de Izquicha, una tribu que se da los aires de nacion independiente y que ha conquistado fama de bravura.

En las primeras horas no se tropezó con inconvenientes extraordinarios; pero como al mediodia se notó que la descubierta y la compañía de vanguardia se detenian.

Pronto se averiguó la causa de su parada.

El camino iba por una ladera y estaba recientemente cortado por los enemigos, quienes como era natural habian escojido para cortarlo un lugar donde el reparamiento fuera trabajoso.

Sin perder un momento el jefe de la expedicion ordenó componer la senda valiéndose de los pocos recursos de que ahí podia disponerse. Teniendo por herramientas los yataganes y por material ramas de árboles y cascajo, dos compañías se dedicaron con asombrosa actividad a ejecutar aquella obra.

Entre tanto otras dos compañías tomaron una colocacion conveniente para evitar que los enemigos molestaran con sus fuegos a los que trabajaban.

Al cabo de dos horas quedó repuesto el camino y se pudo proseguir la marcha.

....

El capitan Soler iba a la cabeza de su compañía, pero no a caballo en la yegua Cenicienta. La infeliz bestia era ahora incapaz de llevar encima el peso de su amo. De la herida que recibiera mes y medio ántes de aquel dia habia sanado merced a los solícitos cuidados de su dueño, pero quedando en tal estado de debilidad y flacura que apénas podia conducir un costal con la batería de cocina del capitan, lo que no era mucha carga, pues aquella batería solo tenia dos... cañones: una olla y una sarten...

Soler montaba el caballo colorado que ya le conocíamos, y al paso de él seguia la marcha, cuando se comenzaron a oir por adelante muchos tiros disparados sin duda sobre la compañía de vanguardia.

Luego se divisaron por diversos lados numerosos grupos de indios armados y con banderas, quienes se movian en son de guerra atronando los ámbitos de las quebradas con sus bombas y pitos alternados y confundidos con la griteria bélica que les es peculiar.

Se mandó avanzar otra compañía para que se inclinase a la izquierda miéntras la de vanguardia se cargaba a la derecha.

El grueso de la division continuó marchando.

Cada vez iba arreciando más el fuego, principalmente por la derecha. Se hacia conveniente reforzar ese costado, y hácia allá fué enviada la compañía de Soler.

Doblando el paso avanzó éste.

La compañía de vanguardia mandada por Orrego sostenia un vivo fuego con los indios y estaba desplegada en guerrilla. Los enemigos eran muchos, y envalentonados por su superioridad numérica dejaban acercarse bastante a la tropa. Siendo el terreno mui accidentado y habiendo tapias y árboles que impedian a los soldados observarse unos con otros, habia el peligro de que alguno cayera en manos de un grupo de indios y aislado tuviera que sucumbir peleando en combate desigual. Esto tenia que suceder, y con efecto se vieron aque dia varios casos de soldados que corrieron tal suerte por su noble afan de cargar sobre el enemigo sin contar su número, y despues de muertos fueron bárbaramente

mutilados por los salvajes; pero no se crea que se dejaron degollar con la mansedumbre de un cordero, pues más tarde pudimos observar que al lado de cada cadáver descuartizado habia uno o dos indios muertos a bala o yatagan, lo cual era una prueba de que la víctima se habia hecho pagar anticipadamente el precio de su vida.

La compañía de Soler prestó una eficaz ayuda a la de vanguardia.

Al verla aproximarse los enemigos doblaron sus fuegos; pero luego se declararon en derrota huyendo por el bosque hácia la montaña.

Soler sin detenerse emprendió la persecucion de ellos atendiendo a que su tropa no se dispersara mucho.

Sin apearse de su caballo el capitan se internó en el bosque tomando por un angosto sendero.

Los derrotados en su retirada hacian bastantes disparos prevaliéndose de las ventajas que con sus árboles les presentaba la selva.

A su paso habia visto Soler el cadáver destroncado de un soldado; ese acto de barbarie encendió su indignacion y con furor se entregó a la persecucion de los salvajes para que el mayor número posible de de éstos recibiera su merecido castigo.

A pesar del cansancio que les cortaba el aliento, los chilenos corrian en pos de los fujitivos haciéndoles tremendas bajas.

De pronto oyó el capitan que un soldado con la voz entrecortada por los jadeos le gritaba:

—¡Por ahí va... el del anillo... el del retrato!...

Volvió la cara y vió a Peralta que corria por entre los árboles.

—Correr a ver si se los quitamos,—contestó Soler apurando a su caballo.

El sendero lleno de recodos impedia apresurarse mucho, y tambien eran un gran estorbo las ramas que azotaban la cara del capitan.

No obstante, avanzaban.

Al cabo de recorrer como una cuadra, llegaron a un sitio en que la senda se ensanchaba y era recta por algun trecho.

A unos cuarenta pasos delante de ellos divisaron un jinete y unos cuatro indios a pié huyendo velozmente.

—¡Ése es!—exclamó Peralta.

Al mismo tiempo el jinete tornó la cabeza y Soler pudo reconocer en él al que habia herido a la Cenicienta.

Desenvainó el capitan su sable y dando un fuerte cintarazo a su caballo en las ancas para apurarlo, gritó:

—No te escaparás ahora.

El jinete o montonero echó atras la mano izquierda en la cual tenia un revólver y soltó dos tiros sin cesar de correr y gritando en quichua algunas palabras a los indios cual si los exhortara a detenerse.

A su vez Peralta descargó su rifle logrando derribar a uno de los salvajes.

Todo esto pasó en un breve instante. Los fujitivos volvieron a perderse de vista cubiertos por los árboles.

No amainaron sin embargo los perseguidores; continuaron con mayor afan su tarea.

—¡Que se nos pierden!—clamó el soldado saltando por encima del indio derribado.

—Van mui cerca... los alcanzaremos... —replicó Soler.

Un momento despues volvieron a encontrar ensanchado y recto el sendero.

En medio de éste estaban los perseguidos: ya no corrian: dos de los indios apuntaban con sus rifles y el jinete con su revólver.

Al aparecer el capitan y el soldado, aquellos tres a la vez hicieron fuego.

Peralta avanzó aún unos seis pasos y cayó de bruces lanzando con su arma un balazo que uno de los indios recibió en el pecho.

Soler, sin ver nada de esto, clavó su caballo a toda fuerza con las espuelas, y como un rayo cayó sobre el jinete enarbolando el sable.

Tenia éste su revólver en la mano izquierda y un espada en la derecha. Disparó con la primer arma y quiso defenderse con la segunda.

Pero ni su bala consiguió herir a Soler, ni su espada logró quitar un terrible sablazo que el capitan le asestó en el hombro izquierdo haciéndole soltar el revólver que cayó a algunos pasos de distancia.

El montonero con tenacidad se defendió un instante, y aun de una estocada rasguñó la piel de su adversario; pero éste de un nuevo sablazo le hendió la cabeza y lo hizo desplomarse resbalando por las ancas de su caballo hasta caer al suelo.

Los dos indios que quedaban en pié habian retrocedido hasta ponerse entre unos troncos de árboles y cargaban sus armas.

Dando una rápida mirada vió el capitan

a Peralta tendido en tierra y a los dos salvajes en su actitud hostil.

Hasta estos no podia llegar a caballo.

De un salto se apeó y se abalanzó sobre ellos.

Uno tenia ya preparado su rifle y guarecido tras de un tronco le apuntó. Soler alcanzó con su mano izquierda a desviar la punta del cañon a tiempo que partia la bala, y ésta fué a traspasar el cuerpo del jinete herido o muerto ya.

El otro indio teniendo ya lista su arma se alejaba pausadamente a reculones dirijiendo su puntería al capitan. quien sin soltar el cañon del rifle que tenia cojido y que su dueño habia abandonado por temor al sable, se escudaba con el tronco mencionado.

Esto duraba un instante, cuando el indio desarmado empuñó una lanza de su compañero muerto que tenia a la mano y diciendo una palabra en quichua a su paisano, ambos se echaron sobre el capitan.

Al verlos venir, Soler abandonó resueltamente el sitio guarecido en que estaba, para salirles al encuentro esgrimiendo su sable.

La lucha iba a ser desigual; para el capitan solamente habia la esperanza de que el indio del rifle errara su tiro; cosa difícil por ser tan reducida la distancia que los separaba.

Jugando el todo por el todo se abalanzó sobre él. El indio apuntó, miéntras su paisano bajando la lanza se echaba sobre el el costado izquierdo del capitan.

El instante era decisivo, de vida o muerte para los contendores. Si el del rifle erraba, caeria fulminante sobre su cabeza el sable del oficial; pero el indio dejaba acercarse a su adversario para no marrar.

Ya iba a disparar casi a quema ropa, cuando un ruido violento, una detonacion inesperada y un golpe recibido en un brazo le hizo temblar el pulso y variar la puntería a tiempo que partia el tiro: el fogonazo alcanzó a sollamar la cara de Soler, pero la bala no lo tocó.

El sable hendiendo el aire cayó como una centella sobre el cráneo del salvaje.

Tornóse Soler rápidamente para defenderse del indio de la lanza, y vió que éste tirando al suelo su arma huia despavorido.

—¡Qué a tiempo!—gritó una voz.

Era la de Peralta, quien herido de una pierna, sin poder levantarse, se habia arrastrado hasta alcanzar el revólver que botara el derribado jinete, y asestando un balazo al indio que sin duda iba a ultimar a Soler, le hizo perder la puntería.

De una mirada el capitan lo adivinó todo: Peralta en tierra, tenia extendida una mano y en ella el revólver todavía humeante.

Viéndose ya libre de enemigos, se acercó al soldado preguntándole:

—¿Está herido usted?

—Sí, mi capitan... pero no es cosa... es en una pierna.

—¿Podrá sostenerse a caballo?

—Tal vez.

—Ojalá, porque no conviene que esté en el suelo... no sea que vengan nuevos enemigos...

Y diciendo esto Soler levantaba suavemente en peso al soldado herido. Miéntras lo conducia hácia su caballo, añadia:

—De buena me ha salvado usted.

—Tambien sin usted, mi capitan, los indios me pillan aquí tendido y me hacen charquican...

En ese momento se oyó un estrépito de gritos y bulla de jente que se acercaba.

—¿Qué es eso?—murmuró el oficial.

—Jente que viene corriendo... son muchos...—respondió Peralta;—ántes que lleguen no va a alcanzar a ponerme encima del caballo... mejor es que me déje junto a ese árbol y me pase el revólver... aquí nos defenderemes...

Con efecto; era larga la tarea de colocar en la silla al herido, y no habia tiempo que perder. Hizo Soler lo que aquel le indicaba y se puso a su lado sable en mano.

Todo esto, como las escenas anteriores ocurria en ménos tiempo que el necesario para leer el relato de ello.

Trascurrieron breves segundos y el capitan y el soldado aunque eran de probada enerjía, sintieron cierto frio en la sangre al ver venir hácia ellos una caterva de indios que corrian precipitándose.

Soler alzó su sable; Peralta preparó su revólver. Pero aquellos salvajes pareció que ni aún los divisaban: con el cuerpo hácia adelante y los codos hácia atrás, en vertijinosa carrera, no miraban nada, no veian nada; poseidos del mayor espanto, no tenian ojos y sólo tenian piernas para escapar con la velocidad de los derrotados.

Algunos tropezaban en los cadáveres d jinete y del indio que yacian en el sende caian, rodaban, eran pisados y tropella por otros; ninguno se dolia de los su

mientos ajenos; ninguno auxiliaba al compadero, al hermano quizás; cada uno sólo atendia a sí mismo; cada uno miraba por su propia salvacion, que era la fuga.

Y así lo era, pues los soldados venian persiguiéndolos de mui cerca, y justamente irritados por los bárbaros descuartizamientos de algunos de los suyos, daban furibundos golpes.

Los dos cadáveres y los dos caballos sirviendo de tropiezo, hicieron que en ese sitio se formara un agolpamiento de fujitivos que fueron alcanzados por la tropa.

Y ahí el brazo vengador del soldado, ya esgrimiendo el yatagan, ya blandiendo la culata del rifle, cobró a doblado precio las sangrientas mutilaciones de sus compañeros.

Los indios en su desesperacion al verse atrapados trataban de defenderse; pero para esto carecian de vigor y no conseguian ni aun dilatar su fin.

Ninguno de los enemigos que en ese sitio estaban hubieran escapado con vida, a no ser por la voz del capitan Soler que ordenó suspender la sangrienta escena haciendo que los que aun quedaban vivos fueran hechos prisioneros para cargar las camillas de los enfermos y heridos.

Diez o doce cadáveres yacian ahí sobre el suelo, y solamente uno era de chileno.

Este grupo de indios pertenecia a los que ántes dijimos estaban batiéndose por el lado izquierdo de la division, o sea al occidente. Al ser derrotados huian hácia la montaña, y por tal motivo se encontraron en el lugar donde hacia un minuto que el capitan Soler y Peralta habian sido actores en una escena propia de aquellos parajes y aquellos tiempos.

Cuatro o seis soldados quedaban ahí; los otros de los que habian venido seguian en persecucion de los fujitivos que lograran pasar adelante.

Cuando hubo un poco de calma, Soler hizo examinar la herida de Peralta. Era ésta en el muslo izquierdo y parecia no ser de gravedad.

Levántandolo en el peso, sus compañeros pusieron al herido en la silla del caballo del montonero muerto.

No por su herida olvidaba Peralta algo --- tenia mui presente en la memoria desneses atras: era el anillo "con que se le ia ido el montonero," segun él decia. ijiéndose a uno de sus compañeros le ió que viera si el montonero muerto conservaba la alhaja que le preocupaba.

El compañero accedió, y examinando las manos del cadáver, contestó:

—Sí; tiene un anillo.

—Pásalo para verlo,—le dijo Peralta.

—No se puede sacar.

Hizo aproximarse su caballo Peralta y viendo de cerca la alhaja exclamó:

—¡No me habia engañado, mi capitan! es el mismo individuo... todavía tiene la sortija de mi teniente Alvar...

—Yo tambien lo he reconocido, contestó el capitan.

—De seguro debe andar trayendo el retrato de usted.

—Eso vamos a ver.

—En el bolsillo de la chaqueta lo ha de tener.

Oyendo esto, el soldado que examinaba el cadáver sacó un fajo de papeles del bolsillo indicado, y mirándolos exclamó con sorpresa:

—¡Aquí hai un retrato de mi capitan!

Al momento se levantó para dar los papeles a Soler.

Miró éste su efijie y con velocidad acudió a su memoria el recuerdo de los trastornos que habia ocasionado aquella estampa fotográfica: él la habia regalado como una prueba de cariño; pero la imájen cambiando de posesor le habia proporcionado un odio a muerte que sólo acababa de terminar hacia un instante con el último aliento del pecho que lo abrigara.

Repasando a la lijera los papeles que estaban en el mismo fajo, halló varias cartas abiertas dirijidas a "Evaristo Narbona", y entre ellas una en que al punto reconoció la escritura de Luisa.

Fácilmente comprendió el capitan que esa carta le revelaria algo de lo que para él era un misterio; pero el momento no era oportuno, ante todo tenia que atender a su tropa.

Guardó los papeles en el bolsillo y montó a caballo.

—Recojan las armas de los muertos y sigamos marchando,—dijo a los soldados.

El que habia estado examinando el cuerpo del montonero, hacia esfuerzos para sacarle la sortija que Peralta le pedia con instancia repitiendo:

—Yo quiero llevarle el anillo a mi teniente para que vea que no lo habia engañado... yo sé que él me ha creido todo; pero más seguro estará cuando vea la prueba; lo mismo otros que podian haber pen-

sado que yo me habia achatado con la prenda...

Por fin consiguió el soldado extraer la sortija.

—Al cabo te tengo en mis manos despues de haberte deseado tanto,—exclamó Peralta recibiendo el anillo.

Se habian recojido las armas de los muertos y era tiempo de seguir andando.

Así se hizo.

Al andar, Soler echó una última mirada sin rencor sobre el cuerpo exánime de aquel individuo que tanto odio le habia demostrado, que tanto habia hecho por quitarle la vida, y con quien jamás habia tenido una explicacion ni cambiado siquiera una palabra, llegando hasta ignorar la verdadera causa de ese aborrecimiento tan profundo.

....

Miéntras acontecia lo que acabamos de narrar, escenas semejantes, al ménos en el resultado, tenian lugar en las cercanías.

Los enemigos habian sido completamente derrotados y perseguidos de una manera dura por algunas compañías de infantería y una partida de caballería.

Poco a poco el fuego fué cesando hasta concluir.

Entre las cinco y las seis de la tarde la division entró en la ciudad de Huanta, siendo pre- cedida por las compañías que se habian desprendido para atacar a los indios y montoneros. Tambien a esa hora entró por el occidente la tropa que venia de Llamojtachi.

Con esta jente venia el comerciante extranjero que todavía se palpaba no hallándose aún bien seguro de no estar herido.

....

La tropa se alojó en los mismos edificios que lo hiciera mes y medio ántes cuando a la ida pasó por esa ciudad.

Una de las primeras atenciones de los soldados fué tratar de secar su ropa que se habia mojado bastante con una lluvia que cayó a la hora del combate, pero que por fortuna pasó pronto.

Esto lo hacian aquellos que no fueron enviados en busca de los compañeros muertos, cuyos cadáveres trajeron para darles sepultura ocultamente de manera que no fuesen fácilmente hallados por los indios cuando hubiera partido la division, y evitar así que los despojos mortales fueran profanados.

LVI.

El capitan Soler descubre un secreto.

El capitan Soler se habia hospedado en la misma casita de altos y con los mismos compañeros que durante su anterior permanencia en Huanta.

La noche del dia de su llegada estaba él sentado junto a una mesa, y a la modesta luz de una vela leia por tercera o cuarta vez una de las cartas encontradas en poder de su pertinaz enemigo.

Fácilmente se adivinará que aquella era la escrita por Luisa.

Decia así:

«Señor Narbona:

«La accion que usted ha cometido contra mí no es sino una gran maldad. Si yo alguna vez le hubiera dado siquiera esperanzas de corresponder el afecto que usted me decia sentir por mí, le habria encontrado una disculpa a su atentado; pero nunca ha sucedido esto; siempre le he repetido que de mi parte solo tendrá usted la estimacion natural de nuestras relaciones de amistad y de parentesco, nada más.

«Sin embargo, se ha tomado el derecho de tener celos hasta el extremo de atentar contra mi vida. Eso ha sido simplemente un crímen. Y si no he puesto el hecho en conocimiento de la justicia para que usted fuera justamente castigado, se lo debe agradecer a la circunstancia de hallarse entónces usted ocultamente en Lima como portador de ciertas comunicaciones secretas, que el ser usted aprehendido habrian caido en poder de los chilenos con perjuicio de nuestros amigos.

«Le escribo esta carta para prevenirle que si se repitiera semejante atentado, ninguna consideracion me detendria para denunciar a usted; además mi madre y otras personas están al cabo de lo ocurrido y si me sucediera algun accidente inesperado, ya sabrian quien era el culpable y no vacilarian en pedir justicia.

«En fin, espero que nada de esto acontecerá, pues supongo que usted habrá reflexionado y estará arrepentido de lo que de considerar en adelante como un extrav momentáneo.

L.»

Esta carta revelaba a Soler claramente la verdad de lo ocurrido; la leia con satisfaccion y sentia cierto pesar por haberse mostrado duro y receloso con Luisa en la última entrevista que con ella tuvo en Lima.

Pensando estaba el capitan en todo esto, cuando entraron en la habitacion sus dos compañeros, Lostan y Orrego.

Este último se adelantó hácia él diciendo:

—He conseguido tener noticias del Corso o sea de Evaristo Narbona.

—Qué mas noticias que la de que se encuentra descansando por los siglos de los siglos,—contestó Soler.

—Digo noticias anteriores... Con preguntar por él nombrándolo, varios habitantes de la ciudad me han contado haberlo conocido: era uno de los cabecillas que entusiasmaba a los indios para dar asaltos a la ciudad, y para salir a molestarnos a nosotros; desde que salimos de Huancayo ha venido levantando los pueblos por donde hemos pasado... me han hablado mucho de él, era militar desde el principio de la guerra y despues de la toma de Lima se hizo montonero; tenia gran partido entre los indios y los entusiasmaba prometiéndoles que ninguno de los chilenos de la division saldria vivo de estos mundos.

—Trazas quiere la guerra,—respondió Lostan;—razon le encuentro al montonero Narbona en ser largo para prometer la victoria: si un prójimo busca soldados para combatir y empieza por decirles que es para ser derrotado, no le será mui fácil hallarlos.

Soler habia contado a sus dos compañeros lo ocurrido en el dia y tambien les habia dado a leer la carta de Luisa. Aludiendo a todo esto, Lostan continuó diciendo:

—Por fin, Soler, has salido de azarosas dudas; la lectura de esa carta ha sido como descorrer el velo que ocultaba el misterio.

—Nunca habria yo logrado adivinar la verdad de este asunto.

—No era mui sencillo.

—Fundamento tenia Luisa para decirme que habia de por medio un secreto ajeno.

—Y tú no le creiste, con lo cual te mostraste mui cauto: bastante tarea tiene uno con creer en lo que ve, para que todavía se recargue la conciencia creyendo en lo que le cuentan.

—Sin embargo, ya ves que por no creer me engañé.

—Para que una vez te engañes por incrédulo, doscientas te engañarás por crédulo. En fin, ya puedes estar contento y saborear desde luego el placer de hacer las paces con Luisa cuando la vuelvas a ver.

—No estoi del todo contento porque pienso que ella bien podia haber tenido confianza en mí y no ocultarme nada.

—Pues, hombre, no estamos acordes en esto; precisamente lo que más aplaudo a tu Luisa es su discrecion. Por su carta se comprende con claridad que lo que ella ha querido ocultar es la existencia de comunicaciones entre jente de Lima y los montoneros; en ellas sin duda se trataba del envio de recursos a éstos; aquello era una especie de complot indudablemente para perjudicarnos a nosotros los chilenos. Si Luisa por probarte su fidelidad contigo te hubiera revelado todo eso, te habria metido en un gran berenjenal: por hidalguía te hubieras visto obligado a guardar silencio sobre ello, y como militar era tu deber dar parte a tus jefes de lo que habias sabido...

—Cierto,—exclamó Orrego interrumpiendo;—porque todos los recursos que de Lima presten a los montoneros, sea dinero, armas, municiones o dinamita, son para embrobarnos a nosotros, y tú Soler, como militar, tendrias que considerar que vale más la vida de un soldado que el amor de todas las Luisas de Lima por más bonitas que sean... más vale que no hayas sabido nada, pues entre el amor de la niña y el deber hácia tus compañeros te hubieras visto como un burro entre dos atados de pasto...

—Mui bien, hombre,—replicó Soler riéndose;—te he comprendido, o más bien diré que te habia comprendido sin necesidad de que al último salieras comparándome a mí con un burro... y a Luisa con un atado de pasto...

Lostan que tambien reia agregó:

—Tampoco a mí por lo que me toca, me ha gustado que compares a tus compañeros con el otro atado...

Orrego se apresuró a contestar:

—¿No están ustedes siempre diciéndome que soi guaso? pues yo hago mis comparaciones a lo guaso.

Los tres compañeros siguieron charlando y comentando los sucesos del dia.

....

LVII.

Los sufrimientos de Lucía.

El teniente Alvar estando en Ayacucho habia recibido una carta de su amigo Martel, quien le referia en detal su arriesgada aventura por las cercanías de Huanta y al mismo tiempo le incluia la cartita de cuya remision lo habia encargado Lucía.

Grande fué el placer de Alvar que ya habia desesperado de encontrar a su amada por aquellos apartados lugares.

No obstante, con aquella noticia solamente lograba saber el paradero de la niña, quedando atormentado por el sentimiento de no poderla ver a pesar de encontrarse tan próxima, ni poder siquiera escribirle, pues como se sabe, las comunicaciones estaban interrumpidas.

Forzoso le fué resolverse a esperar lo que dispusiera la suerte. En medio de mil ilusiones que forjaba en su impaciente imajinacion, la única que aparecia en lontananza como una cosa real y no como un miraje, era la posibilidad de que la division regresara pasando nuevamente por Huanta; en tal caso no le seria difícil verse con Lucía, o por lo ménos él sabría vencer todas las dificultades que se presentasen hasta lograr verla y hablarla.

Cuando Martel regresó con su compañía de la hacienda donde estaba destacado, Alvar que lo acosó a preguntas, cincuenta veces le hizo repetir las escenas del desvan que ya conocemos pidiéndole los más mínimos detalles en todo referente a Lucía.

—Ya sabes tanto como yo,—solia contestarle Martel sonriendo.

Pero siempre Alvar encontraba algun nuevo pormenor que hacerle referir sobre el semblante, las lágrimas, la desesperacion o la actitud de la niña en tal o cual instante de las peripecias de aquella terrible mañana.

La carta de Lucía era una relacion tierna y sencilla de sus desventuras desde el momento en que su amante se separara de ella en Lima. Contaba sus pesares y sufrimientos con tan delicada naturalidad, con injenuidad tan candorosa, que su narracion se hacia doblemente triste y Alvar se enternecia leyéndola; pero lo que más le conmovia era que la sincera niña no le dirijia el menor reproche en medio de sus penas; al contrario, le repetia que nunca habia dudado, que siempre habia tenido y tenia fé en él.

La vuelta de la division expedicionaria pasando por Huanta otra vez, fué motivo de profunda alegría para el teniente que veia acercarse el momento en que tornara a encontrarse con su amante.

....

Apénas se encontró en la recien saqueada ciudad y estuvo desocupado de sus obligaciones, Alvar fué en busca de Martel.

Ambos, como la vez precedente que ahí estuvieron, se habian hospedado en una misma habitacion, o más bien dicho, habian ordenado a sus asistentes dejar en ella sus monturas y equipos, pues ellos aún estaban ocupados en atender sus compañías, cada uno en la suya, pues ya sabemos que Alvar estaba al mando de otra.

Por el cuartel y en la habitacion, que estaba al frente, buscó el teniente Alvar a su amigo; pero no logró encontrarlo. Preguntando por él, ya a algunos soldados, ya a algunos oficiales, supo que habia echado a andar por una calle.

Se resignó a esperar, y al cabo de un cuarto de hora, estando en la puerta de su pieza, vió aparecer a Martel.

—Te me escurriste,—le dijo al tenerlo cerca.

—Que quieres, pues, hombre,—contestó el recien llegado,—yo tambien tengo mis intereses en este pueblo y fuí a echarles un vistazo.

—Ya comprendo; fuistes a ver a María.

—Fuí a verla, y encontré a mi cholita dudando de que yo fuera yo, pues aquí todavia están creyendo que aquella memorable mañana fué efectivamente el cuerpo del carabinero el que pasearon descuartizado, y además han corrido que no fué ese el único chileno que pillaron los indios, sino tambien varios otros, y entre éstos me contaba María.

—Pero ya la habrás dejado convencida de que tú eres tú.

—Sí, y de que vengo de Ayacucho y no del otro mundo. Me apresuré en ir a verla para quedar pronto libre y poder dedicarme contigo a tus asuntos.

—Entónces ya podemos ponernos en marcha.

—¿Para dónde?

—¡Qué pregunta! ¿Para dónde ha de s sino para la casa de ella?

—¡Hombre, qué de prisa vas! eso h que tratarlo con calma.

—¿No habíamos convenido que llegando me llevarias allá?

Martel sin contestar de pronto, sacó un cigarrillo, lo encendió con tranquilidad, y luego dijo:

—Vamos andando hácia la plaza y en el camino conversaremos.

Así lo hicieron, y entre tanto ése añadió:

—En efecto, habíamos convenido en ir a la casa de Lucía; pero contábamos sin la gran batahola de indios que hoi ha habido.

—¿Y esto qué tiene que ver con lo otro?

—La casa está como a ocho cuadras de la poblacion y para llegar hasta allá tendríamos que pasar por encima de los indios.

—No lo creas; con la refriega han de estar léjos; ¡han de ir corriendo todavía.

—¡Hum! ya sabes que esos diablos son como las moscas: se espantan, huyen, pero vuelven al momento. Para ir allá será preciso que llevemos una carabina cada uno de nosotros.

—Podemos ir a pedir prestadas esas armas a algun amigo de caballería o de artilleria

—Bien: pero tú sabes que nos está prohibido salir del campamento; ahora que aun es de dia llamaria la atencion vernos salir de la ciudad con carabinas; cualquier jefe podria sorprendernos, o si no, cualquier huantino podria ir a soplarle el cuento al coronel.

—¿Entónces qué vamos a hacer?

—Esperar la noche, y a lo somorgujo nos largamos para allá.

—Pero más tarde puede sobrevenir cualquier inconveniente, como ser que te nombren para algun servicio; hai tantas avanzadas y guardias.

—Además ten presente otra cosa: yendo a casa de doña Manuela y su sobrina de dia, les hacemos un flaco servicio; los que nos vean entrar allá las tomarán por *chilenosas* y esto las puede perjudicar, sobre todo viviendo léjos de la ciudad y en medio de los indios.

Esta razon produjo más efecto en Alvar que las anteriores y convino en esperar la he, la que por otra parte no tardaria más ına hora en llegar.

iéntras tanto habian llegado a la

..

pronto Martel divisó venir a corta distancia un paisano en quien se fijó diciendo:

—Ese es uno de los individuos que llegaron al desvan aquella mañana: por él podemos tener noticias de ellas.

—Sal a hablarlo,—contestó vivamente Alvar.

Este al reconocer a Martel lo saludó con afectuosas demostraciones.

—De su cuartel vengo,—le dijo,—estuve a buscarlo por encargo de Manuela que está ansiosa de saber si le ocurrió a usted alguna desgracia en su regreso a la hacienda aquel dia.

El teniente contestó agradeciendo la atencion y refiriendo que habia ejecutado el regreso sin novedad. En seguida preguntó, como era natural, por la salud de la señora.

—Manuela está bien,—contestó el paisano,—aquel mismo dia tan pronto como se retiraron los indios se vino para la ciudad; vive en mi casa.

—¿Y la señorita sobrina de ella?

—Tambien está aquí; la niña se encuentra algo enferma; todos estos trastornos han alterado su salud.

Alvar con sobresalto hizo ademan de hablar; pero Martel lo contuvo con una mirada, pues indudablemente no convenia que mostrara interes por una persona a quien era preciso aparentar que no conocia.

—¿Y es grave su enfermedad?—se apresuró a preguntar Martel.

—No es cosa... unas lijeras fiebres que la obligan a guardar cama por algunos dias, pero sin peligro.

Con esta contestacion Alvar se repuso algo.

El paisano a su vez interrogó a los oficiales sobre los sucesos del dia. Despues de un rato de conversacion, Martel dijo a ése en un momento oportuno:

—Muchos deseos traigo de pasar a saludar a doña Manuela.

—Tambien ella tendrá un gran placer en ver a usted; pues continuamente está haciendo recuerdos del inmenso servicio que usted le hizo.

Y como si de antemano tuviera pensado lo que iba a decirle, agregó el huantino:

—Si usted gusta, esta noche le buscaré a usted en su cuartel para que vamos a casa.

Aceptó el teniente y quedó convenido

que a las ocho de la noche le esperaria, no en el cuartel, sino ahí mismo, en la plaza, para ahorrarle la molestia de llegar hasta allá.

Despues de cambiar algunas palabras más, se despidieron.

....

Era solamente las siete y media cuando ya Alvar instaba a Martel para que se dirijieran a la plaza.

—En estos pueblos,—decia aquel para disculpar su apuramiento,—la jente no se rije por ningun cronómetro, así es que bien puede aquel individuo ocurrir a la cita ántes de la hora y marcharse si no te encuentra, creyendo que tú no habrás querido asistir.

—Vamos andando; al fin y al cabo lo mismo nos da estar en esta pieza que estar en la plaza.

Ambos compañeros se dirijieron al mencionado lugar.

En el centro de la plaza habia un pila de piedra; en sus bordes se sentaron ambos vueltos hácia el oriente para contemplar la luz de la luna llena que se elevaba sobre la montaña.

—Ha sido buena mi idea de preferir encontrarme aquí en la plaza con el paisano, —decia Martel a su amigo;—si me hubiera ido a buscar a mi pieza, habria sido impropio que yo te invitara a tí a venir conmigo, miéntras que hallándonos en la plaza es la cosa más natural que por no dejarte aquí plantado te convide a que me acompañes en la visita.

—Es cierto.

—Tú sabes que aquí la jente se recela de tener relaciones con los chilenos; que a mí me reciba doña Manuela es muil ójico puesto que al fin y al cabo le he hecho un buen servicio; pero tú para ella eres un extraño y es preciso usar de todas esas tretas para llevarle allá.

—Tienes razon; pero estoi pensando en una cosa: Lucía está enferma en cama y por esto tal vez no lograremos verla.

—La veremos; te garantizo que yo me daré trazas para que la veamos; pero lo que no puedo asegurarte es que logres hablar con ella sin testigos; esto tendremos que arreglarlo una vez allá, sobre el terreno. Pasemos a otra cosa: la señora te conoce de nombre.

—Sí; Lucía en su carta me dice que todo se lo reveló a su tia.

—Y la tia no quiere vuelvas a verte con la sobrina; de consiguiente conviene que te presente con otro nombre; te llamaré el teniente Ramirez; este es tu apellido materno y así la mentira no será tan grande.

—Será media mentira, pues que ese es la mitad de mi apellido,—contestó Alvar sonriendo.

—Si comenzara por decir tu verdadero nombre es seguro que la señora te pondria mala cara y no nos dejaria ver a la niña. Por lo demás no será extraño que barrunte algo; pero yo tomaré mis medidas para disipar sus sospechas; eso corre a mi cargo.

Siguieron conversando los dos oficiales un momento y admirando la belleza de la luna en un cielo completamente despejado despues de la lluvia caida pocas horas ántes.

A poco rato divisaron venir el huantino a quien esperaban.

....

Como a dos cuadras de la plaza habia una casa semejante a muchas de la ciudad. Tenia una gran puerta de calle y por ella se entraba en un ancho zaguan; la desembocadura de éste daba a un patio bastante extenso y rodeado de habitaciones.

Una de estas habitaciones estaba débilmente alumbrada por una vela cuya luz dejaba ver algunos escasos muebles de forma sencilla y estropeados, pero que en sus quebraduras mostraban limpias astillas, por lo cual se conocia fácilmente que su destrozo era reciente y no por efecto del uso.

Como diez minutos despues de haberse encontrado en la plaza, entraron en aquella sala los dos tenientes conducidos por el huantino, el dueño de casa.

El huantino con cortesía ofreció asiento a los jóvenes oficiales y dirijiéndose en seguida a una pieza vecina por una puerta de comunicacion, volvió pronto acompañado de una señora que era doña Manuela Melgar.

La señora se acercó prestamente a Martel y le estrechó con efusion las manos diciéndole:

—Cuánto gusto tengo de volver a verlo; no he estado tranquila desde aquel dia hasta hace una hora que Mariano me dijo: «Lo he visto; he hablado con él.» No podia creer que no le hubiera sucedido alguna desgracia al regresar a su campamento.

—Ya ve usted que fuí y estoi de vuelt-

Reparando la señora en Alvar le hizo · lijero saludo, y la expansion que se pin ba en su semblante pareció contraerse tanto.

—Es un compañero mio, el teniente Ramirez, a quien tengo el honor de presentar a usted.

Esto dijo Martel, y añadió miéntras la señora y el jóven se saludaban:

—Ahora cuando me encontró don Mariano; estaba yo charlando con Ramirez, y aunque éste queria irse ya a la cama, fatigado con la marcha de hoi, no pudo rehusar la amable invitacion de don Mariano y vino con nosotros.

Esta explicacion pareció tranquilizar a la señora que con amabilidad invitó a los dos oficiales a tomar asiento.

Luego comenzó a hacerles una serie de preguntas relativas a los encuentros y tiroteos de aquel dia, con lo cual habia bastante tela para vestir la conversacion.

En medio de ésta, doña Manuela dijo respondiendo a una interrogacion de Martel:

—Aquel mismo dia, en cuanto los indios se fueron nos trajo Mariano para acá, para su casa; allá no podíamos seguir viviendo, era como estar perennemente con la soga al cuello, ¡Jesus!... además todo lo habian saqueado, todo lo habian hecho pedazos siempre que no habian podido alzar con ello. En esta casa tambien estuvieron; pero aquí siquiera han dejado algunas sillas en que sentarse, eso sí que en el estado que ustedes las ven, truncas, cojas, dadas a la trampa... ¡Qué dias tan amargos!... sin poder ni dormir con sosiego, hemos llegado a enfermar, sobretodo Lucía; tengo a la pobre niña en cama...

—Segun me lo notició don Mariano,—dijo Martel interrumpiendo;—no es grave su enfermedad.

—No parece grave; pero temo que empeore, pues aquí no se encuentran auxilios; la botica ha sido tambien saqueada y no se halla de dónde sacar un remedio.

—Azarosa situacion; cuánto lo siento por la señorita; hubiera deseado saludarla ántes de partir.

—Ella tambien tiene muchos deseos de ver a usted; estamos tan agradecidas por el socorro que usted nos prestó, sin el cual habríamos sido atrozmente asesinadas; apénas supo que usted iba a venir, me pidió que le hiciera entrar un momento a su alcoba.

—Tendré un gran placer.

-Está en la habitacion contigua; si gusta usted pasar allá...

Diciendo esto la señora se levantó de su asiento y Martel la imitó.

Nada tenia de disonante que Martel fuera invitado a entrar en el dormitorio de la niña enferma, pues entre él y ella existia uno de esos lazos que acercan a dos personas lo suficiente para poder pasar por encima de ciertos miramientos sociales: Martel habia salvado la vida a esa niña, y además estaba en la ciudad solamente de paso: era por consiguiente mui natural que fuera a saludarla ántes de partir. Pero no sucedia lo mismo respecto a Alvar, quien para doña Manuela era un extraño; en consecuencia la señora invitó particularmente a Martel.

Este comprendió fácilmente la cosa; pero para él lo principal era que se viera con Lucía su amigo, quien le dirijia una expresiva mirada.

Tratando de dar a su voz el mayor acento de naturalidad, dijo a Alvar:

—Vas a conocer a mi otra compañera de peligros.

No esperó Alvar que le repitiera el convite para levantarse tambien de su silla.

Seguramente a la señora no le pareció correcta la libertad que se tomaba Martel; pero disimuló porque estaba dispuesta a disculpar al que consideraba como su salvador, y se adelantó hácia la puerta por donde habia venido, seguida de los dos oficiales.

....

Lucía estaba sentada en su lecho; tenia la espalda reclinada sobre un almohadon. Una *polca* cubria su cuerpo hasta el talle, quedando el resto bajo las coberturas de su cama. Por el lijero arreglo que habia hecho en sus cabellos a pesar de hallarse enferma, se conocia que esperaba alguna visita.

Su fisonomía estaba pálida, pero no desmejorada por la enfermedad; al contrario, su palidez le prestaba cierto aire melancólico que la hacia más interesante.

Al lado del lecho habia una mesita y en ella una vela que alumbraba escasamente la alcoba.

Una chola sentada en el suelo a algunos pasos de distancia parecia hacer compañía a la enferma.

La habitacion era bastante espaciosa, de modo que gran parte de ella quedaba en una especie de penumbra o de sombra parcial.

Martel al entrar se adelantó con viveza hasta acercarse a la niña diciéndola:

—Señorita, cuánto he sentido saber que usted está enferma;—y añadió en voz ba-

ja:—No demuestre sorpresa porque su tia no sabe quién es el que me acompaña.

Por el acento con que el teniente pronunció estás últimas palabras adivinó ella al punto la presencia de su amante. Hizo un movimiento de hombros como para ahogar una exclamacion; pero no pudo contener asimismo sus ojos que con rapidez eléctrica buscaron en la sombra a aquel cuya venida se le anunciaba.

Alumbrado débilmente por la escasa luz, divisó el semblante de Alvar quien fijaba en ella una mirada con la cual le decia lo que sus labios se veian obligados a callar.

Lucía se estremeció y dos lágrimas brillaron sobre sus negras pupilas; sintiéndose obligada a mostrarse impasible cuando en su pecho retozaban mil emociones, tuvo que dejar caer la cabeza hácia atras para sacar la respiracion que la ahogaba.

Notando Martel la ajitacion de la niña, se apresuró a colocorse entre ella y la vela para dejar su rostro a la sombra, y queriendo al mismo tiempo disimular el silencio que podia hacerse embarazoso, se puso a hablar con soltura.

—Felizmente su enfermedad no debe ser grave porque tiene usted mui buen semblante; pero yo hubiera querido encontrarla enteramente bien para reirnos un poco recordando la aventura del desvan. Justamente ahora habia venido yo con un compañero mio y nos habríamos entretenido contándole los detalles de aquellas peripecias, es el teniente Ramirez, a quien voi a tener el honor de presentar a usted.

Alvar avanzó algunos pasos para saludar a Lucía. Era un verdadero suplicio para los dos amantes estar compelidos a saludarse con helada cortesía cuando apénas podian contener los impulsos de sus corazones.

El conoció que le era forzoso pronunciar algunas palabras porque su silencio podia causar extrañeza, y dominando su emocion, dijo con voz pausada.

—Por mi compañero he sabido las tribulaciones que han tenido que sufrir usted y su tia... aunque no tenia el honor de conocer a ustedes, oir la relacion me ha causado un vivo pesar.

—Sí, hemos sufrido mucho... desde que salimos de Lima todo ha sido contrariedades...

Lucía tuvo que hacer un gran esfuerzo para decir estas palabras sin que su acento revelara su ajitacion.

Afortunadamente doña Manuela tomó el hilo de la conversacion añadiendo:

—En efecto, ha sido todo penalidades: el viaje, la cordillera, los indios, y ahora enfermarse esta niña en circunstancias que no hai médico ni botica en la ciudad.

—De manera que no habrá podido ser debidamente atendida,— preguntó Alvar sintiendo un amargo dolor por la incuria en que estaba la amada niña.

—Aquí le hemos suministrado algunos remedios caseros... no se ha podido más...

—Si usted lo permite, señora,—dijo el teniente con entonacion casi suplicante,—puedo solicitar de alguno de los médicos de la division que venga a visitarla.

—Seria un gran servicio que nos haria,—contestó la señora sin vacilar.

—Voi al momento...

Y diciendo esto Alvar hizo ademan de salir.

Lucía aceptaba con vivo placer la solicitud del jóven oficial, no tanto porque iba en busca de socorros para su salud, cuanto por ver en ella una prueba del interes que le inspiraba; sin embargo, balbució:

—Mi enfermedad es lijera... los médicos estarán ocupados con los heridos...

—A esta hora habrán concluido ya sus tareas,—se apresuró a decir Martel.

Alvar se despidió de la enferma con una tierna mirada, y salió.

Doña Manuela le acompañó hasta la sala contigua en la cual estaba Don Mariano.

Apénas hubieron salido de la alcoba aquellos, Lucía dijo con viveza a Martel:

—¿Le dió usted mi carta? Hable sin cuidado;—y añadió designando a la mujer que permanecia sentada en el suelo:—la chola no entiende nada de castellano.

—Sí le dí la carta. Ahora para traerlo a esta casa me he visto obligado a cambiar su nombre temiendo que su tia de usted se negara a recibirlo.

—Ha hecho mui bien; mi tia no quiere que yo me vea con él; y es necesario, es preciso que yo le hable...

La vuelta de doña Manuela hizo callar a la niña.

....

En dos trancos se puso Alvar en la ambulancia.

El jóven doctor X era un intelijente y aplicado médico que habiendo interrumpido momentáneamente sus estudios escolares para tomar parte en la guerra, despues de la toma de Lima habia vuelto a las aulas;

y al cabo de un par de años regresaba trayendo su diploma profesional y continuaba prestando nuevamente sus servicios en la ruda y larga campaña. Su carácter afable y su amistoso trato lo hacian ser un amigo querido de los oficiales.

A él se dirijió Alvar.

Lo encontró disponiéndose a echarse a la cama cansado de las fatigas del dia que para él concluian en ese momento, pues recientemente habia terminado de pasar su visita a los numerosos enfermos y a los heridos de la division.

—A tiempo he llegado, doctor: vengo a molestarlo y no se me enoje hasta que me haya hecho el servicio que vengo a pedirle.

—¿De qué se trata?

—De que vaya a ver un enfermo.

—¿Algun herido?... he estado sintiendo tiroteos en las avanzadas.

—No; es un enfermo, o mejor dicho, una enferma, una mujer, una niña, que reclama sus servicios.

—Pero, ¿es caso de gravedad?

—No lo sé.

—Mire, teniente, que estoi muerto de cansancio y si no es cosa que apure lo podemos dejar para mañana.

—No, doctor,—replicó Alvar chanceando;—me he comprometido a llevarlo esta misma noche; si no lo consigo voi a quedar como un negro y me enfermo de bochorno, de manera que tendrá usted que irme atendiendo en todo el camino; más le conviene hacer el sacrificio de andar un par de cuadras y robarle un cuarto de hora al sueño... Aquí está su poncho; póngaselo y andemos.

Aunque el doctor no tenia obligacion de atender a otros enfermos que a los de la division, escuchó los ruegos del oficial y obedeciendo a su propio impulso, se decidió a acceder, como ya lo habia hecho anteriormente en la ciudad de Huanta visitando a enfermos y heridos de los habitantes.

A pesar de la fatiga que lo rendia, se puso su poncho de paco y su sombrero de vicuña, y echó a andar guiado por el teniente.

....

Un momento más tarde ambos se encontraban en la alcoba de Lucía.

Despues de cambiar algunos saludos y algunas palabras con las personas que ahí estaban, el doctor se puso a examinar a la enferma, tomándole el pulso.

—Es una lijera fiebre que no ofrece peligro,—dijo al cabo de un instante,—sin embargo, será preciso que guarde cama un par de dias y tome algunos medicamentos que le haré preparar en el botiquin nuestro.

Este dictámen tranquilizó a todos.

Hizo el doctor algunas preguntas a la niña relativas a su enfermedad, y en seguida señaló el réjimen que debia observar é indicó la forma en que habia de tomar las medicinas que le enviaria aquella misma noche para que desde luego comenzara a usarlas.

Despues de esto, cansado como estaba, el médico se dispuso a retirarse prometiendo volver al dia siguiente a visitar otra vez a la enferma.

—Yo iré con usted, doctor, para traer los remedios,—dijo Alvar.

—Está bien,—contestó el médico.

Y luego que hubo respondido cortesmente a los agradecimientos que le manifestaba doña Manuela, se dirijió al enamorado oficial, diciéndole:

—Entonces, vamos andando, teniente Alvar.

Este nombre pronunciado en voz natural, hizo volver rápidamente la cabeza a la señora.

Lucía y los dos oficiales quedaron mudos.

El jóven doctor sin haber reparado en todo esto salió de la habitacion.

Alvar aprovechó esta circuntancia para seguir tras de él sin mirar el rostro de la señora.

....

Doña Manuela permaneció un instante en silencio; luego hizo una seña a Martel y pasó a la sala contigua.

Don Mariano no estaba ahí; tan pronto como cononoció la opinion del médico respecto a la salud de Lucía habia salido de la casa para ir a encontrarse con un amigo con quien le urjia verse.

Una vez en la sala la señora y el oficial, aquélla dijo a éste sin enfado pero con seriedad:

—El compañero de usted se llama Alvar y no Ramirez.

Martel esperaba estas u otras palabras semejantes; no se atrevió a negar; pero para no hacer un papel tan desairado despues de haber sido descubierto, contestó:

—Se llama Alvar Ramirez; ambos son apellidos suyos.

—Si usted no me lo hubiera presentado solamente con el último de estos, lo habria

recibido aquí por deferencia hácia usted; pero de ningun modo habria permitido que entrara a esa alcoba.

Y la señora designó con la mano la habitacion de donde acababan de salir. Sus palabras envolvian una delicada reconvencion por el engaño que se le habia hecho.

Martel se sintió abochornado, pero tomando una resolucion propia de su carácter, replicó decididamente:

—Yo, señora, no sé disimular; si quisiera hacerlo me enredaria todo; permítame usted que le hable con franqueza: he dado a mi amigo solo su segundo apellido justamente para que usted no lo reconociera y no le impidiera la entrada a esa alcoba como acaba usted de decirlo. Alvar es íntimo amigo mio, es para mí casi un hermano, y yo estoi al corriente de sus secretos. Ya usted comprenderá lo demás.

—Asimismo comprenderá usted que no puedo consentir en que ese jóven se vea con Lucía; su padre no lo quiere. Debe usted saber que he hecho todo lo posible para evitar que se comunique con él; ya cuando hace uno o dos meses estuvo la division aquí, ya cuando se encontraba en Ayacucho, mantuve la mayor vijilancia para impedirlo; nunca accedí a los ruegos de mi sobrina. Aquel terrible dia en que fuimos amenazadas por los indios en el desvan que usted conoce, no sé yo dónde tenia la cabeza, era yo entónces una débil mujer muerta de terror ante el tremendo peligro que corríamos y no tenia enerjía para nada; no pude resistir a las súplicas y lágrimas de Lucía, consentí en que le pidiera a usted noticias de ese jóven. Posteriormente me he arrepentido de mi debilidad, y ahora mucho más, pues sin eso no habria sucedido lo de esta noche.

—Yo creo, señora, que a lo ocurrido esta noche usted le da un alcance que no tiene. ¿Qué es lo que ha habido? Mi amigo ha acudido a ver una persona a quien ama y que está enferma, que sufre.

—Despues de todos los acontecimientos que usted no ignora, su amigo no debe volver a verse con Lucía; él ha sido causa de la desdicha de esa desgraciada criatura, y lo ménos que puede hacerse es cortar toda especie de relaciones entre ellos y echarlo todo al olvido. Y así es que voi a solicitar de usted un gran servicio que no será el primero que le deba: su amigo ha de regresar luego a esta casa; dígale que es necesario se retire y no vuelva a pretender hablar ni verse con Lucía; yo no puedo permitirlo.

Un jemido ahogado que se oyó hizo volver la cabeza a doña Manuela.

De pié, afirmada en una jamba de la puerta de comunicacion y envuelta con el cobertor de su cama, divisó a Lucía, quien sospechando de qué se trataba en la pieza vecina no habia titubeado en saltar del lecho para ir a escuchar.

La señora corrió hácia ella exclamando:

—¡Qué has hecho, niña, por Dios!... así, descalza, en el suelo... vas a enfermarte más...

Y cojiéndola de un hombro la empujó hasta el lecho.

Martel por discrecion se habia quedado en la sala.

Lucía se dejó arrastrar sin oponer resistencia, y lanzando comprimidos sollozos se echó a la cama quedando como estaba un momento ántes.

Entre severa y quejosa, añadió la tia:

—Pero, hija, qué locura la tuya... levantarte desabrigada, con los piés desnudos... ¿no ves que puedes empeorarte?...

La niña haciendo esfuerzos por contener el llanto, contestó con voz entrecortada:

—Me he levantado para oir lo que usted hablaba, y lo he oido todo... usted no quiere que Víctor me vea más... eso es completar mi desgracia... si él no me vé me olvidará... y yo deberé perder toda esperanza de que algun dia cesen mis sufrimientos... Su amor es para mí más que la vida misma, pues solo él en el mundo me puede devolver la dicha perdida... y si eso tambien lo pierdo, ¿qué me quedará ya...

La infeliz niña cojia ambas manos a la señora y sacando de su angustiado pecho el acento más tierno y suplicante, añadia:

—Yo sé que usted me quiere, que me considera como una hija suya... le he causado muchos pesares, la he hecho sufrir mucho... pero usted me lo perdona todo porque es mui buena... es mui buena conmigo y no querrá que yo pierda la única esperanza que me queda... Usted creia que Víctor me habia abandonado para siempre, que no hacia juicio de mí... pero ya ha visto cómo se ha apresurado a venir hácia mí... cómo se ha entristecido al verme e[illegible]ferma... cómo ha corrido a buscarme medios... todo eso no se hace cuando hai amor... él me ama todavia, me a[illegible] siempre... Déjeme usted hablar un [illegible]

mento con él, déjeme referirle todo lo que he sufrido por él... yo sabré enternecerlo... él no es malo, tendrá piedad de mí... y yo soi una desdichada que necesito implorar piedad... se la pediré a él... como se la pido ahora a usted...

Y Lucía no logrando conseguir con sus razones una palabra de asenso de la señora, la colmaba de caricias y le daba mil nombre tiernos mezclando con ellos sus súplicas.

Los inauditos extremos de la niña le partian el alma a la buena señora que ante tan profundo dolor se sentia vacilar y apénas podia balbucir:

—Niña, por Dios, esta ajitacion aumenta tu fiebre... te mata... ten calma... ya hemos sufrido bastante, y si tu enfermedad se agrava, ¿qué vamos a hacer? ¡Vírjen Santísima!...

Pero la emocion de la desventurada niña crecia hasta asemejarse al delirio.

El teniente Martel paseándose en la sala alcanzaba a percibir sus palabras convertidas en jemidos.

....

Alvar no se habia separado del doctor hasta que éste le hubo dado las recetas, con las cuales se dirijió adonde estaba el botiquin de la division.

Algunos minutos más tarde entraba en la casa de don Mariano llevando dos frascos con las medicinas prescritas.

Martel que estaba solo en la sala lo recibió diciéndole:

—La señora lo ha adivinado todo.

—Ya lo suponia yo desde que mi nombre fué pronunciado en su presencia... ¿Y qué ha dicho?—preguntó Alvar anhelante.

En breves palabras su compañero le contó lo ocurrido y concluyó diciendo:

—¿No oyes como Lucía continúa abogando?

Ambos oficiales alcanzaban a percibir como un murmullo la voz llorosa de la niña.

—¿Qué haremos?—balbució Alvar.

—Me parece lo mas acertado que entremos a la alcoba; tú harás como que ignoras lo que ha pasado... ya sabes que hai que obrar con mucha cautela, pero tambien con cierta resolucion y prudencia a la vez...

Los dos amigos se dirijieron decididamente a la habitacion contigua.

artel para nó sorprender en medio de ijitacion a la señora y sobrina y darles ipo de que se repusieran un tanto, dijo le la puerta en voz alta y natural:

-Ya están aquí los remedios.

Y tras de esto entró seguido de Alvar.

La señora se habia desprendido prontamente de las manos de Lucía, y ésta miraba hácia la puerta con ansiedad enjugándose los ojos con el dorso de sus manos por que las lágrimas le impedian ver. Al divisar a su amante su angustiada fisonomia se iluminó; pero su boca no pudo articular ni una voz.

Martel se acercó a doña Manuela y cojiéndole una mano la tiró hácia la sala diciéndole con acento rogativo:

—Hágame usted el favor de oirme una palabra.

La conturbada señora se dejó conducir.

Una vez en la otra pieza, Martel añadió en el mismo tono:

—Señora, si no por otra cosa, hágalo usted por compasion de la salud de su sobrina... vea que la pobre niña está enferma y contrariarla es agravar su mal, es provocar un accidente que puede arrastrar fatales consecuencias... ¿No se conmueve usted?... Le aseguro que yo siendo un extraño en todo esto me siento alterado... estoi arrepentido de haberme mezclado en ello, porque estas tristes escenas me desazonan en extremo... pero ya está hecho... Déjelos hablar un momento; mayor mal hai en impedirlo... además está usted aquí a un paso, y ellos no están solos; se encuentra tambien en la alcoba esa chola que atiende a la enferma; ya ve usted que no se falta a las conveniencias...

La señora abatida por tantas conmociones, de dejó caer sobre una silla y rompió a llorar.

....

Lucía al ver que su tia y Martel salian dejando ahí a Alvar, tendiendo hácia él sus brazos solo pudo exhalar una palabra, un nombre:

—¡Víctor!

Era tan impresionado el acento de la niña, que Alvar con sobresalto se abalanzó hácia ella y tomándola una mano le suplicó:

—Lucía, ten calma, por Dios, no te alteres tanto... tu salud está delicada...

La jóven respiró con fuerza y logró exclamar:

—¡Al fin puedo hablarte!... yo creia ya que esto no sucederia nunca... Pero estás aquí, te tengo a mi lado... siéntate en esa silla junto a mi cabecera, bien junto... eso es... háblame ahora; no temas que la chola entienda tus palabras, pues no sabe castellano... dímelo todo, díme si me has olvida-

do, díme si aun me amas, pero díme la verdad, no tengas temor de matarme, porque si no me amas para qué quiero yo vivir...

Era tal la emocion de la niña que Alvar se vió obligado a decirle:

—Tu ajitacion me desespera... ¿no ves que te estás matando?... serénate un poco... sin eso no podré decirte una palabra... sólo podré sufrir de verte así...

Lucía se pasó las manos por la cara y tratando de sonreir, dijo sin exaltacion:

—¿Lo ves?... ya estoi calmada... no temas por mi salud, porque me siento mejor con verte aquí... He pensado mil veces en este momento y mil cosas tenia preparadas para decirte la primera vez que te viese; pero ahora que ha llegado el caso no sé lo que me pasa; todo lo he olvidado... no sé cómo comenzar, no sé qué decirte... solo una cosa no más: ¿me has olvidado? ¿me amas todavía?

—Siempre, y ahora mucho más por lo que te he hecho sufrir...

—No, Víctor; tú no me has hecho sufrir; todo ha sido obra de la casualidad, de mi desgraciada suerte que lo ha querido...

—¡Qué jenerosa eres!...—murmuró Alvar a quien la magnanimidad de su amada conmovia más que lo que pudieran haberlo hecho sus recriminaciones.

—Es la verdad lo que le digo... yo lo comprendo todo... tú no quisiste abandonarme; tu deber, tu honor te obligó a partir; tú no podias quedarte allá cuando tu batallon iba a correr peligros, a entrar en combates; habrian dicho que eras un cobarde; para disculparte nadie habria tenido en cuenta el dolor de una pobre niña... todo eso lo he adivinado... hai algunos puntos que no he podido comprender: ese soldado que debia dirijirme y que no regresó; esa señora en cuya casa debia ir a esperarte y a quien no encontré... en fin, tú me explicarás todo eso; yo estoi segura de que en nada hai culpa tuya...

—Ese soldado no pudo volver al hotel porque fué obligado a marchar con nosotros; sucedió eso a tiempo de partir el tren, cuando me era imposible comunicártelo...

—Ya ves como tenia yo razon en no culparte; ese hombre parecia mui bueno, yo tenia confianza en él, me consoló mucho; me dijo que era tu asistente.

—Sí; es un buen muchacho que me ha servido muchísimo con sus atenciones; por desgracia hoi ha tenido mala suerte, ha sido herido.

—¿Sí?... ¡pobre!... ¡cuánto lo siento!... ¿y está de gravedad?

—No; es una herida en una pierna; sanará enteramente.

—Más vale así... Aquel dia se mostró mui bueno conmigo: yo lo esperaba con ansias... ¡qué recuerdo! ¡qué dia tan amargo?... despues he sufrido muchísimo; pero creo que no tanto como entónces: aquella soledad, aquella incertidumbre, aquel desamparo, me mataban: es cierto que todavía no estaba acostumbrada a los padecimientos: aun me parece ver esa habitacion, la puerta por donde saliste, la mesa en que estaban tus cartas, el sofá en que me echaba a llorar desesperada, y luego el ruido de las pisadas de los que andaban por el pasadizo que me cortaban la respiracion creyendo fueran del soldado, pero pasaban sin detenerse y quedaba todo en silencio; sin embargo, lo más tremendo para mí fué aquel sueño horrible... te lo he contado en mi carta... ¿lo recuerdas?...

—Sí; ¡lo he leido tantas veces!...

—Constantemente se me representaba en la imajinacion: esas flores sin olor, esos frutos sin sabor, esos arroyos cuyas aguas saltaban sin producir ningun sonido, todo eso es una copia de mi vida desde aquel dia acá, desde entónces no ha habido para mí ni perfumes, ni gustos, ni armonías; como aquella naturaleza muerta, así ha sido mi existencia; solo he vivido dentro de mí misma que es donde están mis pesares. Y despues aquella desconocida tan indiferente que encontré al fin de mi camino y que ni aun se fijó en mí, me parece que es el mundo, la sociedad, que para mi no tiene ni una palabra, ni una mirada; donde no hai nadie que vuelva hácia mí los ojos...

—No digas tal cosa, Lucía; ¿no me tienes a mí, que te amo? ¿no tienes a tu tia?...

—Sí; ahora los tengo; pero fíjate, Víctor; el jardin de mi sueño se me figura que es mi vida, y fué en los fines de ese jardin donde hallé a la indiferente mujer. No quiero hablar más de esto que es mui triste para mí: con la desgracia me he puesto supersticiosa: la desdicha enseña mucho; yo ántes no hablaba como ahora, ¿no es cierto, Víctor? ¿no lo has reparado?...

—Es verdad, y tienes razon para hablar así; has sufrido tanto.

—Me compadeces; esto es el mayor al vio para mí. Si tú me hubieras visto aqu dia; si más tarde, en la noche, hubier visto a tu pobre Lucía vagando sola por l

calles sin tener un asilo seguro, anegada en llanto, muerta de pena y hasta de miedo, entónces te hubiera causado mayor lástima ... ¡Cuánto padecer!... Y luego encontrar a mi padre donde ménos lo esperaba; me pareció una cosa sobre natural, perdí la cabeza y apénas sé cómo me arrastró hasta la casa; su ira, sus palabras, sus amenazas, son cosas que no logro recordar bien, sólo tengo memoria de que él, siempre amable aunque inflexible conmigo, me parecia aquella noche un hombre terrible cuyo aspecto me sobrecojia. Únicamente cuando mi tia me condujo a su alcoba pude recobrar la razon que tenia perdida. Al dia siguiente amanecí con una fuerte fiebre; pero cuando mi tia fué a hablarme no la dije ni una palabra; yo comprendia que en adelante sólo tenia el derecho de padecer en silencio y sin importunar a nadie con mis quejas; me avisó que íbamos a salir de Lima, y yo incliné la cabeza sin atreverme a pronunciar una réplica ni aun a preguntar adónde nos dirijiríamos; habia yo caido tan abajo que no osaba ni levantar la vista, mucho ménos la voz. Llegó el momento de partir y me dejé conducir como una persona muerta ya; ¡qué resistencia podia oponer! Mi padre no me dirijia ni una mirada y yo no chistaba siendo todo mi anhelo pasar desapercibida.

Alvar escuchaba enternecido aquella arjentina voz que tan alegre habia oido otras veces y que ahora estaba impregnada de la más profunda melancolía. La infeliz niña sabia dar a su acento tal entonacion y tal expresion a su fisonomía recordando la historia de sus pesares, que el más indiferente se habria conmovido oyéndola.

—Cuando estuvimos en el Callao,—continuó diciendo,—y entramos en un bote, yo tuve susto, se me imajinó que me iban a mandar a tierras mui lejanas, no sé que locura pensé, creí que me iban a dejar abandonada; temblando me atreví a inclinarme hácia el oido de mi tia para preguntarle:—"¿Dónde vamos? ¿No me dejarán sola?" Mi tia me miró y al verme tan aflijida me tuvo compasion y respondió:—«¿No ves que voi contigo?» Esto me tranquilizó algo. Subimos a un vapor y mi padre nos llevó hasta un camarote donde nos instaló; en seguida salió con mi tia dejándome a mí sola; al cabo de un rato regresó ella únicamente: mi padre se habia ido a tierra sin espedirse de mí... En mi carta te he contado todo eso: léjos de tí y rechazada por mi padre; tú comprenderás la amargura de mi situacion. Durante la navegacion mi tia se mareó y esto fué una fortuna para mí porque me esmeré tanto en atenderla que logré que me mirara con mejores ojos y que me dijera cual era el fin de nuestro viaje. Desde entónces he hecho cuanto me ha sido posible por captarme su voluntad, sin replicarle jamas, obedeciéndole con prontitud en todo, adivinándole el deseo hasta en lo más mínimo; ella me quiere y me trata bien; pero yo angustiada, llena de recelos, temiendo que algun dia por cualquier disgusto que involuntariamente le cause llegue a echarme en cara mi falta: ese dia me moria yo de vergüenza.

Lucía se detuvo para exhalar un comprido suspiro, y luego prosiguió:

—En Pisco desembarcamos y pronto hicimos ese viaje terrible a traves de las cordilleras: el frio, las tempestades, la nieve, los precipicios, los peligros; pero yo casi no atendia a mí misma, lo único que me preocupaba eran las quejas de mi tia, temerosa de que atormentada por sus penalidades llegara a decirme:—"Tú tienes la culpa de todo." Pero se ha portado mui noblemente y jamas me ha dirijido un reproche; pero no por eso dejo de estar atormentada, porque lo que no me dice lo sentirá, y en los trances difíciles no me atrevo a mirarle la cara por miedo de ver la reconvencion en sus ojos. Y cuánta justicia tendria para ello cuando ha estado a punto de ser asesinada por los indios, como tú lo sabes, y todo a consecuencia de mi falta; sin eso viviria ella tranquilamente en Lima.

—Lo que tú dices de tu tia lo puedo yo decir de tí; soi yo la causa de todos tus padecimientos; pero créeme que si yo hubiera sabido que el dia siguiente iba a salir de Lima, no te habria hecho abandonar tu casa; habria sido una infamia de mi parte...

—Te lo creo, te juro que lo creo,—replicó la niña con viveza;—no pienses que yo intento hacerte recriminaciones; si te cuento las penas de mi corazon es porque quiero desahogarme refiriéndotelas... En fin ya he logrado esto y me he aliviado al contarte lo pasado...

Y haciendo una pausa para respirar en medio de sollozos, agregó:

—Solo me falta lo futuro.

—Pero, Lucía, tú misma te apesadumbras aún más forjándote penas para lo porvenir; ya has apurado lo más amargo del

cáliz; he oido repetir a tu tia que pronto regresará a Lima sin que nadie la retenga.

—Es verdad; tiene esa firme resolucion: ya no puede soportar más su permanencia aquí.

—Ya ves que tus temores son infundados.

—No, Víctor; mis temores tienen otra causa... que será la de mis mayores sufrimientos... de eso nada sabe mi tia ni nadie... solamente yo lo sé... y tú lo puedes adivinar...

Cubrióse Lucía el rostro con ambas manos, y dando tregua por un instante a su llanto, acercó la boca al oido de Alvar y murmuró en voz baja y temblorosa:

—¡Víctor, pronto tendré un hijo tuyo!

Alvar sintió un hielo mortal en su sangre.

Aquello que en cualquiera circunstancia era una gran desventura para la desdichada niña, se convertia ahora en una terrible desgracia.

El jóven quedó anonadado. Lo que más le abrumaba era considerar que él no podia prestarle socorro alguno, ni hacer nada por ella; al contrario, pronto se veria obligado a partir y a dejarla sola con su dolor. ¡Qué iba a ser de ella! Rechazada por su padre, separada de su amante. Y él ¿qué podia hacer en su favor? Nada, absolutamente nada; tenia por la fuerza que dejar correr los acontecimientos entregados al acaso. Todos estos pensamientos le vinieron de golpe en la mente y murmuró;

—¡Qué desdicha tan grande Lucía.

—Ya ves cuál es mi situacion. Cuando mi tia lo sepa voi a morirme de vergüenza... ¿Y qué va a hacer ella conmigo? ¿dónde me va a llevar?... aquí no querrá ella sufrir una afrenta ante sus parientes...

—Pero ustedes van a regresar pronto a Lima; yo tambien voi para allá; allá me encontraré contigo y no nos separaremos más.

—Bien conoces el estado en que se encuentran estos paises; con las montoneras y revueltas están interceptados los caminos y quien sabe cuándo podremos marcharnos... y quizás entónces... ya no será tiempo.

Alvar no halló qué responder.

Lucía le cojió una mano y la estrechó con vehemencia a la vez que mirándolo tiernamente le dijo:

—Si tú deseas, como dices, no separarte más de mí, puedo yo hacer una cosa... irme de aquí contigo cuando tu te marches...

El jóven oficial la dirijió una mirada de compasion, y ahogando un suspiro contestó:

—¡Pobre mi Lucía!... venirte conmigo, marchar tú con la division... eso es imposible... A ninguna mujer se le permite... Tú habras visto u oido decir que en algunos batallones ha habido cantineras y gran número de mujeres que andaban con ellos; eso ha sido en la costa: aquí en La Sierra las marchas son terribles; muchos soldados, hombres fornidos, no pueden resistirlas y mueren en ellas; la débil complexion de la mujer es incapaz de tolerar sus penalidades; con nosotros no van personas de tu sexo. Ahora a tí tan delicada y en el estado en que estás, permitirte tal locura seria para que murieras desamparadamente en la mitad del camino.

—Prefiero correr toda clase de peligros y estar a tu lado.

—No me desesperes, Lucía, pidiéndome lo que no puedo concederte. Aunque lo quisiera hacer, los jefes lo impedirian.

—Pero... yendo ocultamente...

—En una division que marcha como la nuestra hai muchos ojos para que algo pueda existir oculto. Además con una palabra que doña Manuela dijese al coronel se impediria tu marcha y solo se habria logrado dar un escándalo. No hai ni que pensar en eso; no es posible ejecutarlo; no lo seria aun si estuvieras en perfecto estado de salud; ahora, enferma... ¡qué podre decirte!

El acento y las razones de Alvar convencieron a Lucía que contestó bajando la cabeza:

—Es justo lo que me dices; tendremos que separarnos nuevamente.

—Pero tambien nuevamente nos encontraremos, y en circuntancias más felices. Un mes nos demoraremos en llegar a Lima allá te encontraré yo, puesto que tú yéndote por Ica llegarás más pronto. Por ahora la separacion nuestra es forzosa: tú no puedes venir conmigo, y yo puedo quedarme aquí...

—¡Tú quedarte aquí,—exclamó Lucía con espanto;—¡eso nunca! te matarian... ¡qué harias tú solo entre tantos enemig me haces temblar con decir tal cosa...

—No niego que esa es la verdad, y a mas, ¿qué favor podria yo prestarte qued

dome?... ninguno; al contrario, te expondria inútilmente a sufrir mi misma suerte.

—No me hables de tal cosa: me causa terror: es preciso que tú te vayas con tu batallon... yo te he visto, te he hablado, te he contado mis penas y con esto tendré paciencia, y contando las horas esperaré el dia en que vuelva a encontrarte... Yo no quiero ser contigo una persona exijente que te fastidie: mi deseo es agradarte y por ello diera la vida; mi único anhelo, mi único afan es que me quieras; miéntras tú me ames tendré la esperanza de que algun dia concluyan mis desdichas... Si ahora te he abrumado refiriéndote mis desventuras ha sido porque ellas me ahogaban ocultándolas en mi pecho... tú al oirlas has mostrado la compasion en tu semblante; esto me ha aliviado... ya no te hablaré màs de ellas... Quisiera estar buena para presentarme risueña y alegre ante tí; pero esta fiebre no me deja, siento pesada la cabeza... Quisiera que me hubieras encontrado en pié y bien puesta; el aspecto de una enferma, palida y desaliñada produce mala impresion... Tú has conocido a otra Lucía que la que ahora ves.

Y dejándose arrastrar por aquel sentimiento innato en una niña de su edad, que siempre aspira a aparecer bien, sentimiento que se trasluce aun en las circunstancias mas apremiante de la vida, Lucía se sonrió dulcemente y pasándose una mano por la cabeza para alisar sus cabellos, preguntó a su amante:

—No es verdad que estoi horrorosa?

—Estás encantadora,—contestó Alvar con pasion.

Lucía trató de sonreir con esa gracia que tanto hechizo le daba a su lindo rostro; más sus labios se contrajeron suavemente y en su semblante no lució la gracia que Alvar le habia conocido; pero sí una dulce melancolía que bien merecia el epiteto de encantadora pronunciado por su amante.

La aparicion del teniente Martel vino a interrumpir el diálogo.

La chola, que permanecia en la habitacion, lo miró con esa indiferencia e inmovilidad propias de las de su raza. Ahí habia estado sentada, quieta, indolente, masticando algunas hojas de coca y sin comprender lo que pasaba a su alrededor ratar tal vez de comprenderlo.

artel se aproximó al lecho diciendo:

Aun no ha tomado la señorita sus reios.

Miró Lucía hácia la mesa donde estaban los medicamentos, y contestó:

—No; pero hai tiempo para eso.

—Sin embargo, seguramente le convendria tomarlos luego, y en seguida entregarse al reposo; ¿no te parece Alvar?

—Es verdad,—respondió el teniente que aunque hubiera querido prolongar el coloquio, conoció que era necesario cortarlo mirando por la salud de su amada.

Y se levantó de su asiento.

—¿Ya?—exclamó la niña.

Martel contestó por su amigo:

—La conversacion puede aumentarle la fiebre; es menester suspenderla. Mañana le haremos otra visita.

Doña Manuela acababa de entrar y oyó estas palabras. Lucía la miró y vió que su semblante no demostraba asentimiento; pero tampoco reprobacion: permaneció impasible.

Despues de cambiarse algunas palabras entre todos, durante las cuales la señora esquivó dirijirse al teniente Alvar, éste se despidió de Lucía dándole la mano.

—Hasta mañana,—dijo ella.

—Hasta mañana,—balbució él temeroso de que la señora le impidiera repetir su visita.

....

Los dos oficiales saliéron de la alcoba seguidos de doña Manuela.

Alvar estaba demasiado conmovido con lo que acababa de oir a Lucía para que le causara temor tener una explicacion con la señora.

Cuando estuvieron en la sala, doña Manuela se dirijió a él y sin exaltacion, pero con seca serenidad, le dijo:

—Señor, usted ha hecho mui mal en venir a esta casa; Lucía estaba ya tranquila; poco a poco habia yo ido logrando que olvidara lo pasado, y su presencia ha venido a trastornarla nuevamente. Como usted lo ve, ahora se encuentra enferma, se encuentra en un triste estado, y yo por evitar un accidente me he visto obligada a consentir en que usted la vea y la hable despues de ser ésto lo que con más cuidado he tratado yo de evitar. Si usted hubiera tenido siquiera compasion de esa pobre niña, no habria venido por acá a remover sus pesares.

—Tiene usted razon, señora, para mirar con desagrado la manera algo irregular como he venido yo aquí; pero hai en mi favor una gran disculpa: yo necesitaba ver

a Lucía, me era preciso hablar con ella, me era menester darle mis explicaciones de viva voz para convencerla de que yo no habia tenido la intencion de abandonarla, que habia estado mui léjos de pensar en tal infamia y que todo habia sido la obra de una fatal casualidad. Si estando yo aquí, en Huanta, donde ella está, no hubiera tratado de verla, Lucía habria creido indudablemente de mí todo lo más malo posible: que yo era un miserable; que la habia arrancado de su hogar para abandonarla al dia siguiente; que con la mayor vileza la habia dejado ahí en medio de la calle sin socorro, sin asilo y entregada a la ventura: todo eso habria creido ella pareciéndole una prueba el hecho de que yo no pusiera empeño en verla. Yo avalúo mui alto el aprecio de Lucía para que quisiera perderlo sin tentar nada en mi favor. Este es el caso, señora.

—Con disculparse usted ante ella cree haber enmendado su falta; pues yo pienso de otra manera. Lo que ha hecho usted es solamente avivar el fuego de su tormento.

—Pues yo creo por el contrario que mi presencia le ha traido algun alivio, algun consuelo.

—Esto es momentáneo; lo esencial es lo porvenir. Yo tengo órdenes de su padre y he querido y debo impedir ésto.

—Al oir el modo como usted dice "esto," cualquiera podria pensar que se trataba de alguna accion ruin; ¿y qué es lo que hai? que yo he venido a ver a una enferma y a decirle algunas palabras de aliento.

—Es lo que no quiero consentir y me asiste derecho para ello.

Alvar replicó con calma, pero con firmeza.

—Yo tambien me creo con derecho y hasta con obligacion de ver a esa niña y atenderla como me sea posible.

La señora tuvo un arranque y exclamó con ira mal contenida:

—¡Al fin de todo yo no soi su madre! ¡si usted se cree con derecho sobre ella, sáquela al instante de esta casa, llévesela usted!...

El amante de Lucía enmudeció.

Su amigo contestó por él.

—Señora usted se exalta demasiado, dice lo que no piensa; propone hacer lo que está más dispuesta a impedir... Tenga un poco de sosiego.

Doña Manuela se dejó caer desplomada sobre una silla y pasándose la mano por la frente murmuró:

—Es verdad; no sé lo que digo.

Martel prosiguió:

—Estos asuntos tan delicados y de los cuales puede depender la dicha de una persona querida, es necesario tratarlos con toda serenidad. Mañana estará usted más sosegada y podrá hablar con mayor tranquilidad. Creo que por ahora lo más acertado será suspender esta entrevista.

La voz de Martel ejercia gran influencia en la señora que lo miraba como su salvador. Nada contestó, y tomando el teniente su silencio por aquiescencia, la dijo dándole la mano:

—Hasta mañana.

Alvar hizo un saludo con la cabeza y ambos oficiales salieron de la sala.

....

Cuando estuvieron en la calle Alvar respiró con fuerza diciendo:

—Vengo que no sé donde piso, con la cabeza atolondrada.

—De véras que la señora se ha mostrado mui pertinaz.

—No es eso lo que me preocupa; es ella, es Lucía; su desdicha, y su angustiada situacion me tienen abrumado.

—En verdad esa pobre niña es mui desgraciada, ha sufrido mucho.

—Y tú no lo sabes todo. Lo más duro para mí es no poder hacer nada por ella; esto me mortifica... Por concederle la paz, si posible fuera, ahora mismo me casaria con ella.

Martel juzgó que debia hallarse mui conturbado su compañero para que tal deseo expresara. Le pareció una cosa tan estrambótica, tan exorbitante, hablar de matrimonio en aquellas circunstancias, en medio de la campaña activa, de las marchas, de los continuos combates, que miró a su amigo con sorpresa, y dijo:

—Hombre, para tal cosa, sin contar con los otros mil inconvenientes que se presentan, hai uno que lo impide de hecho, y es que no existe aquí ningun sacerdote.

—Ya lo sé, y aunque lo hubiera, faltarian muchos requisitos que llenar... seria imposible.

Tras de esto Alvar quedó silencioso y ambos compañeros siguieron andando hácia su cuartel.

LVIII.

El capitan Lostan cumple su encargo.

El dia siguiente la division permaneció en Huanta; pero aquel dia no fué de descanso para toda la tropa, pues algunas compañías de infantería y fuerzas de caballería salieron a dar una corrida a los indios. Como ya en otro capítulo hemos hablado de otra excursion semejante por aquellos mismos parajes, el bosque y la montaña, nos contentaremos con decir esta vez que muchos enemigos fueron rudamente castigados.

Alvar y Martel no tuvieron que tomar parte en la correría, y hallándose desocupados, en la mañana se dirijieron a la ambulancia a ver a Peralta

Era natural que Alvar fuera a ver al herido que tan buenos servicios le habia prestado siendo su asistente. Martel lo acompañó con gusto, pues recordaba que gracias a su "industria" se habia escapado de un t-·nce pesado.

Estaba el soldado tendido de espaldas en su camilla, posicion que le obligaba a guardar su pierna herida. Aunque despues de recibido el balazo habia conservado entera su razon por algunas horas, en la noche tuvo una fuerte fiebre y delirio; sin embargo, no habia amanecido mui mal y tenia la cabeza regularmente despejada.

Alvar le hizo algunas preguntas, y viendo que la herida no ofrecia gravedad, le dijo sonriendo:

—Pero, hombre, a tí que nunca te faltan *industrias* no se te ocurrió ninguna para sacarle el cuerpo a la bala.

—Se lo saqué, pues, mi teniente, y le puse la pierna: así siquiera lo más que me puede pasar es quedar como los loros cuando tienen frio, parado en una pata...

En ese momento apareció el capitan Soler que tambien venia a ver al herido con quien el dia anterior se habia visto en tan críticos lances. Lostan lo acompañaba.

Despues de cambiar algunas palabras con Peralta, los dos capitanes se retiraron, y ›stan pasando por entre las camillas de , enfermos y heridos que ahí estaban ali-›das, decia:

–Cómo vamos a vernos para marchar ı tantas camillas, sin contar con que irán aumentando en el camino... Aunque tambien es cierto que muchos de estos infelices irán encontrando en las vias y en las punas la gran cama, la tierra, donde ya no tendrán que pasar penurias ni que hacérselas pasar a los otros infelices que tienen que cargarlos en sus hombros.

Los dos tenientes alcanzaron en la puerta de la ambulancia a los capitanes.

Alvar se acercó a Lostan diciéndole a un lado:

—Ya se dónde está la persona para quien tiene usted una carta.

El capitan se sonrió contestando:

—Lo que usted sabe, teniente, es dónde está la otra persona, la otra personita.

Le pidió en seguida que le diera las señas de la casa y concluyó diciéndole:

—Yo iré solo a ver a esa señora y entregarle la carta de que soi portador; no lo invito a venir conmigo porque aquellas personas podian creer que yo me valia del pretexto de la carta para introducirlo a usted allá, y con franqueza le diré que a mí no me gusta meterme en los asuntos ajenos, mucho menos tratándose de amoríos... aunque por otra parte presumo que ya usted se habrá dado sus trazas... como su cara me lo está diciendo... En fin, de todas maneras prefiero ir solo.

....

· Queriendo cumplir su encargo, Lostan se dirijió a casa de doña Manuela.

La señora lo recibió con cierta reserva; pero cuando supo el objeto de su visita y hubo leido la carta, cambió de fisonomía. Le dió las gracias por su atencion y le hizo algunas preguntas a propósito de la salud de su hermano, y luego añadió cuan conveniente habria sido para ella que éste hubiera alcanzado hasta Huanta.

En seguida la señora hizo rodar la conversacion sobre las penurias que habia tenido que sufrir en esos tiempos, sin olvidar la apurada aventura del desvan y los indios.

—Ya ve usted,—concluyó diciendo,—como sin ese oficial habriamos sido asesinadas. Le estamos mui agradecidas.

Lostan se sonrió contestando:

—Me parece que el mejor modo de mostrar su gratitud seria silenciando el hecho, pues puede llegar a oidos de los jefes y tendria malas consecuencias para el teniente.

—De véras que así me lo habia recomendado él; pero yo por hablar en su alabanza...

—Comprendo, señora.

—Espero que usted no lo divulgará.

—No tema usted. Yo conocia ya el trance aquel, y aunque le aplaudia el castigo que dió al par de indios, le vituperaba el acto de salir fuera de su campamento. De todas maneras, celebro infinito que haya prestado a ustedes un buen servicio. Si sabe el teniente que están ustedes en la ciudad vendrá seguramente a hacerles una visita.

Doña Manuela miró con fijeza a Lostan y contestó:

—Anoche estuvo aquí.

—¿Sí?—dijo el capitan, que en realidad ignoraba esa circunstancia.

—Estuvo con otro oficial.

Tornó la señora a mirar a su interlocutor; pero éste aunque supuso quien era el otro oficial, permaneció impasible, pues como lo habia expresado no queria mezclarse en asuntos ajenos.

—Mucho nos sirvieron,—continuó doña Manuela,—pues trajeron médico y medicinas para mi sobrina que está enferma.

Y tras de esto contó las escenas de la noche anterior que ya conocemos, pero callando por supuesto lo relativo a los amores de Alvar y Lucía.

Desde el lugar donde estaba sentado Lostan alcanzaba a dististinguir una parte del lecho de la niña enferma en la habitacion contigua.

Lucía que habia sentido entrar a un estraño y tambien conocido que era militar por el ruido que hacia su sable, no pudo resistir a su natural curiosidad y se inclinó en su cama lo suficiente para divisar a la visita.

Vió Lostan la cara de la niña y con serenidad preguntó a doña Manuela:

—¿Es esa señorita su sobrina?

—Sí,—contestó aquella volviendo la cara y agregó en voz alta dirijiéndose a la niña: —Es una carta de tu tio; y viene tambien adentro una cartita de tu prima para tí, voi a llevártelas para que las leas.

Y así lo hizo levantándose de su asiento.

Lostan tornó a mirar a la niña murmurando en su interior:

—No tiene mal gusto el teniente Alvar.

La señora regresó al punto. Despues de conversar un momento más Lostan se ofreció para ser portador de las contestaciones y la señora aceptó

Se despedia ya el capitan, cuando llegó otra persona. Era el doctor X., quien como lo habia prometido venia a visitar la enferma.

Saludó el doctor, y viendo que Lostan cojia su képis para irse, le dijo:

—Espéreme un instante, capitan, y nos iremos juntos.

—Corriente,—contestó el oficial.

El médico y la señora entraron a la alcoba.

Lostan se puso a pasearse por la sala acercándose disimuladamente a la puerta de comunicacion, deseoso de oir la voz de Lucía, pues la niña le inspiraba interes, tanto por sus aventuras cuanto por ser prima de Rosa.

El doctor encontró en mejor estado la salud de la enferma. Hizo algunas indicaciones sobre el réjimen que debia seguir y despues de cambiar las palabras del caso salió de la alcoba con la señora:

Lostan se adelantó hasta ellos para despedirse nuevamente de la señora.

Oyóse entónces la armoniosa voz de Lucia diciendo un poco alto:

—Tia, de usted las gracias a ese señor que nos ha traido las cartas, y pídale que si ve a mi prima le diga que estoi enferma y por tanto solo le he contestado con unas cuatro letras que es lo que pienso hacer.

Sin esperar que respondiera doña Manuela, Lostan replicó en voz alta:

—Lo haré, señorita, si logro ver a su prima o a su tio; aunque con el sentimiento de darles una mala noticia; mas, espero que ya en ese dia estará usted bien de salud.

—Gracias. Siento haber estado enferma porque hubiera deseado hacerle algunas preguntas a propósito de mi prima Rosa, pues yo no la conozco.

—Poco habria yo podido decirle, puesto que apénas la he visto un par de veces a la lijera, sin embargo ha sido lo suficiente para que me parezca una amable y hermosa jóven.

Lostan oia a su interlocutora sin verla; pero era él demasiado veterano para no satisfacer el deseo que tenia de cambiar algunas palabras cara a cara con la niña; y del modo más natural, haciendo como que no escuchaba bien su voz, fué acercándose a la puerta hasta que desde el umbral pudo ver su dulce y melancólico rostro.

El diálogo continuó durante tres o cu tro minutos versando sobre el mismo asu to más o ménos.

Ese corto coloquio bastó para que Lostan, además de bella, encontrara dulce y discreta a la niña, y para que sintiera simpatía por ella.

Despidióse en seguida y salió de la casa con el doctor.

—¡Pobre niña!—pensaba Lostan;—tan jóven, tan linda, tan aguda, y sufriendo tantas desgracias, sufriendo tanto cuando la vida debia presentarse para ella como un jardin de flores para una mariposa.

....

Desde temprano Alvar habia estado instando a su compañero Martel para que fueran a casa de Lucía. Trabajo le habia costado a éste hacerle ver que era faltar a las conveniencias y llamar la atencion aparecerse allá mui de mañana.

Poco despues del mediodia se pusieron en camino.

—Yo creia,—iba diciendo Martel,—que las cholas sólo servian para vender comestibles y tejer ponchos; pero veo que tambien pueden ser útiles para otras cosas. Ahí tienes qre si no hubiera sido por esa chola que acompañaba a Lucía, tú no habrias podido hablar tranquilamente con la niña. No era posible ni propio que te dejaran solo con ella; doña Manuela habria estado escuchando el diálogo y ustedes no habrian podido hablar a sus anchas. Esa chola estando allí de estafermo te ha venido a las mil maravillas, ella con su quichua que tú no hablas, y tú con tu castellano que ella no entiende, la cosa ha marchado divinamente.

—De véras que ha sido suerte.

—Y grande.

Los dos amigos llegaron a la casa y entraron.

LIX.

Despedída.

Doña Manuela habia reflexionado mucho sobre la situacion.

Más que los ruegos de su sobrina y más que las razones de Martel, la habia obligado a conceder la noche presente un rato de expansion a los dos amantes el temor de que Lucía sintiéndose contrariada se empeorara de salud, lo cual se hacia tanto más temible cuanto que allí se carecia de recursos para atender una enfermedad.

Lo que la señora habia deseado anteriormente era impedir que ellos se hablaran, esperando que con la ausencia vendria la calma y la tranquilidad para Lucía. Así es pue cuando ambos amantes se hubieron visto, cuando se hubieron comunicado, ya no consideraba tan importante seguir luchando por oponerse a ello y mucho más cuando Alvar se veria pronto obligado a partir y la separacion se efectuaria naturalmente.

En vista de todo esto se resolvió a consentir de que el jóven volviera a la casa.

Por otra parte pensó que tener una explicacion con Alvar a nada conduciria. Lo único que podia imponer al jóven era una promesa de reparar su falta lejitimando sus amores. Pero esa promesa la obligaria a hacer ciertas concesiones tales como la de permitir mayor expansion a las relaciones entre los dos jóvenes, consentir en que mantuvieran correspondencia por escrito y comprometerse a regresar ella a Lima llevando a la niña para dar un tranquilo desenlace a aquel drama. La señora no se atrevia a tomar bajo su cargo tamaña responsabilidad; ella no era madre de Lucía y no podia tomar tan grave determinacion sin consultar ántes la voluntad de su padre.

Además consideraba que Alvar, instado por el deseo de verse con su amante, otorgaria fácilmente la promesa, pero sin pensar en cumplirla, y se aprovecharia miéntras tanto de las concesiones que por ella se le hicieran, las cuales, aunque en ningun caso traspasarian los limites del decoro, vendrian a ennegrecer el borron que manchaba la vida de Lucía.

En consecuencia, doña Manuela decidió no tener una entrevista con Alvar y dirijirle a lo sumo unas pocas palabras para explicar su conducta.

Tal era la disposicion en que se hallaba cuando llegaran los dos jóvenes oficiales.

La señora los recibió en la sala y dirijiéndose a Alvar le dijo con serenidad:

—En vista del estado de la salud de Lucía, y bajo el temor de que contrariando su voluntad pueda agravarse su enfermedad, me he resuelto a consentir en que usted hable con ella unos cortos momentos. Puede usted pasar a verla. De paso me veo tambien precisada a decirle que esta situacion es en extremo desagradable para mí; tan pronto como me sea posible regresaré a Lima para dejar a la niña en poder de su padre; yo no quiero cargar por más tiempo con tremendas responsabilidades.

tratándose de una persona sobre quien no tengo derecho para tomar una resolucion definitiva.

..............................,...................

Alvar encontró a Lucía como la noche anterior, sentada en su lecho.

La luz del dia entraba por una ventana: mas una cortina dejaba a la alcoba entre-clara.

El jóven teniente hubiera querido dejarse arrastrar por sus ímpetus e imprimir un tierno beso en la pálida frente de la niña; pero la presencia de la inmóvil chola lo contuvo.

La conversacion de los dos amantes fué parecida a la de la noche antecedente.

La niña hacia algunas alusiones a sus desgracias, pero con delicado tino para que sus quejas no se convirtieran en cargos y acusaciones contra Alvar.

Lo que más preocupaba al teniente era aquel secreto que Lucía le habia revelado. Aunque todavía faltaba mucho tiempo para que se realizara lo temido, era preciso que la niña partiera para la costa lo más pronto posible; pues cuanto más tarde fuera, mayores peligros le ofreceria en su estado el paso de las cordilleras. Su deseo principal era que para entónces la niña se encontrase en Lima y en su poder, de manera que él pudiese prestarle los auxilios necesarios.

Para esto convinieron ambos en que por medio de cartas ella noticiaria a su amante del lugar de su residencia en la capital. Si ella llegaba ántes, fácilmente tendria conocimiento del arribo del batallon, lo cual seria un hecho mui público, y si llegaba despues, la cosa se hacia aun más sencilla.

—¿Y si tú te ves obligado a permanecer en la Sierra?—preguntó Lucía temerosa.

—Eso no sucederá; aunque el batallon si quedara por acá algun tiempo, despues de la expedicion que concluirá con nuestra llegada a Huancayo, no me seria difícil obtener permiso para ir a Lima.

—¿Y si soi yo quien se queda acá?

—Eso nó sucederá; por muchos motivos tu tia está ansiosa de partir, ya lo sabes. Luego que nosotros nos hayamos ido cesarán las revueltas en estas comarcas y no habrá inconvenientes para el viaje.

La niña se tranquilizaba algo con las palabras de Alvar; pero siempre en su pecho se abrigaban punzantes dudas, pues con las adversidades los corazones se ponen tan recelosos.

Despues de muchas frases tiernas, y de momentos en que dando tregua a las tristes ideas hacian dulces recuerdos de otros dias, con lo que templaban la amargura de los sucesos presentes, los dos amantes se separaron, prometiendo Alvar volver ántes de su partida.

....

La division iba a partir al dia siguiente.

Se sabia que los indios estaban dispuestos a hacer cuanto estuviera en su poder para molestar durante la marcha.

Esto se iba haciendo cada vez mas fastidioso porque con los continuos tiroteos y pequeños combates las municiones habian mermado mucho y era preciso economizarlas con gran parsimonia.

Para una division rodeada de numerosos enemigos y sin poder recibir ninguna especie de recursos, ni tener esperanzas de recibirlos, puesto que se hallaba a tanta distancia y separada por enormes cordilleras del Cuartel Jeneral con el cual era imposible comunicarse con seguridad, el agotamiento completo de las municiones habria sido un caso terrible, si no desesperado.

Para que esto no fuera sospechado por el enemigo, se habia usado la treta de no destruir los cajones vacíos en que a la venida se habian traido las cápsulas, y cargar con ellos una recua de mulas, poniendo cuatro sobre los lomos de cada bestia, como si estuvieran llenos y pesados. Tanto en Ayacucho como en Huanta los paisanos habian visto con silencioso respeto desfilar aquella cáfila de cajones dentro de cada cual suponian la existencia de quinientos tiros a bala. Los múltiples espías de los montoneros contaban dos mil por mula, docenas de miles en toda la recua y corrian a dar los datos a sus amigos.

Los oficiales se reian cuando al cargar las bestias delante de los mirones cada soldado para levantar uno de los exhaustos cajones hacia mui formalmente el aparato de poder apénas con su peso.

Las mulas eran las gananciosas con este juego, pues que se las hacia marchar con solo cuatro tablas a cuestas.

Tambien se tomaba la precaucion de no anunciar el dia de la partida; pero esto no producia tan buen resultado como lo otro, porque los enemigos estaban alerta y siempre listos para hacer sus ataques.

Sólo en la noche, despues de la retreta, supo Alvar que ántes del alba se continuaria la marcha el próximo dia.

Con esto resolvió hacer a Lucía su última visita.

Tambien Martel tenia de quien despedirse; sin embargo, por acompañar a su amigo postergó su despedida para segunda hora, como dicen en el congreso.

....

Alvar halló a Lucía un poco más aliviada con los medicamentos que habia tomado. El doctor X. le habia mandado otros más que le duraran por algunos dias.

Aunque la esperaba por momentos, la noticia de la partida la consternó, y solamente por las súplicas del jóven trataba de aparentar firmeza.

—Cuentan,—decia,—que hai miles de indios listos para atacarlos a ustedes; ¡si te tocará ser muerto o herido!... tengo miedo.

—No seas loca; ese es un caso tan remoto.

—No tanto; dicen que han muerto a muchísimos de ustedes, pero que ustedes esconden o entierran ocultamente a sus muertos para disimular sus pérdidas.

—No creas ni en la centésima parte de lo que oigas; esas son voces que hacen correr los caceristas para alentar a sus prosélitos.

—Tú tambien puedes hablarme así para tranquilizarme. Ya ves como Peralta está herido...

—¡Qué quieres! habiendo balas de por medio algunos han de caer; pero de ahí a lo que dicen nuestros enemigos hai mucha distancia. A propósito de Peralta te contaré una historia.

Y sucintamente Alvar para distraerla le contó lo relativo al anillo.

—Esta es la sortija,—dijo al concluir, extendiendo una mano y designando la alhaja que su asistente le habia devuelto y ahora llevaba de nuevo en el dedo meñique,—voi a obsequiártela como un recuerdo de los momentos que hemos logrado hablarnos en estas retiradas tierras.

—Dámelo,—dijo Lucía sonriendo con dulzura;—dámelo que lo guardaré como una reliquia; porque así como este anillo despues de tantas peripecias ha vuelto a tu poder, espero yo tambien, despues de tantas contrariedades, volver a tu lado.

Cojió la sortija y se la ensayó en varios dos: pero como le quedara mui ancha no le sostenia en ninguno; al fin la dejó en dedo del corazon, diciendo:

—Creo que este anillo tiene la virtud de buscarte y juntarse contigo; por eso no me separaré de él para que me lleve hácia tí, y con el fin de que no vaya él solo, ¿ves lo que hago...?

Y Lucía llevándose el dedo a la boca, con sus albos y sólidos dientes de limeña apretó el anillo hasta darle una forma lijeramente oblonga.

—¿Ves, Víctor? ya está seguro; no se me puede salir del dedo aunque haga fuerzas.

Alvar se sonreia con placer porque en ese instante veia a su amada tal como ántes la habia conocido: aguda y graciosa.

Lucía se puso séria de repente, y luego dijo con voz pausada:

—Aquel individuo tambien tenia esta sortija sujeta en un dedo, y tú no la recobraste hasta despues que él murió...

Alvar sintió una penosa sensacion al oir los lúgubres pensamientos de la niña. Sin embargo se esforzó por sonreir, replicando:

—¡No seas loca y superticiosa!... ¿a qué vienes comparándote con aquel individuo que se hallaba en unas circunstancias enteramente opuestas a las tuyas?... A aquel individuo se le buscaba para quitarle la vida a la vez que el anillo; miéntras que a tí su dueño te buscará, no para quitártela, sino para darte su propia vida... Ya ves que no hai parangon posible.

Y luego acentuando más su sonrisa y chanceando, añadió:

—Si como tú lo supones ese anillo posee la propension de venir a mis manos, en él tendré un poderoso ajente que te acercará a mí, pues si no viniera contigo yo no lo recibiria por ningun motivo.

—Esta explicacion me gusta más,—dijo ella soriendo tambien, y añadió dando unos tirones a la sortija:—Está firme no se irá sola.

El teniente para variar de conversacion, pues notaba que en el cerebro de la afiebrada niña hacian impresion aquellas tristes ideas, dijo:

—Tengo que pedirte una cosa, y es que miéntras estemos ausentes tengas entereza de ánimo, que no te aflijas, porque tu melancolía influirá de una manera lamentable en tu salud. Ahora cuando me despida de tí quiero ver tu ojos limpios, sin una lágrima que los empañe; el llanto daria pábulo a tu fiebre y yo me iria desconsolado temiendo que empeoraras.

Ella prometió hacer lo que su amante la pedia, aunque quizás contaba para cumplir su promesa con fuerzas que no tenia.

Durante un momento más continuaron hablando, y aunque se repetian lo que ya se habian dicho, no faltaba en recuerdos de lo pasado o en los proyectos para lo porvenir algun lijero detalle que les parecia haber olvidado.

Por fin la voz de Martel se dejó oir desde la puerta:

—Ya es tarde, Alvar; no olvides que el reposo es una necesidad para la enferma.

El jóven se levantó de la silla en que estaba sentado.

—¿Ya? —balbució Lucía.

—Bien ves que es preciso.

—¡Un momento más!

—Lucía... tu salud lo impide; debia haber permanecido aquí a tu lado mucho ménos tiempo; no me obligues a hacer en contra tuya más de lo que he hecho...

Y cojiendo una mano a su amada, agregó Alvar haciendo poderíos por disimular su emocion:

—Ya sabes que es solamente por un mes... por algunos dias no más.

Y llevó a sus labios la mano que tenia entre las suyas. Al mismo tiempo la dirijió una mirada y vió que ella para cumplir su promesa clavaba en él con fijeza sus negras pupilas, sin que una lágrima las empañara, pero dos gotas cristalinas como las del rocío al resbalar por las hojas de árbol, se deslizaban mudas y elocuentes por las pálidas y aterciopeladas mejillas de Lucía.

Volvió la cara Alvar y salió de la alcoba sin poder murmurar una palabra.

LX.

Una ruda jornada.--Vadear un rio invadeable.

Ya anteriormente hemos hablado del camino que hai entre Huanta y el puente del rio Haurpa; por consiguiente, para recordar esa via sólo diremos ahora que saliendo de Huanta se entraba a un bosque y quedaba un cordon de montañas al oriente; terminado el bosque comenzaba una série de cuestas y hondonadas hasta llegar al puente.

En la pasada del puente podian los enemigos causar muchos perjuicios a la division.

El coronel jefe de ella, veterano cauto y reflexivo, siempre avaro con la sangre de sus soldados y conocedor de aquella clase de guerra en que más provechosa era la astucia que la fuerza, mandó con algunas horas de anticipacion cien hombres de caballería y una compañía de infantería a tomar el puente, y otra compañía a encimar un morro dominante del puente y del vado del Huarpa.

Todas estas precauciones ahorraban muchas pérdidas a la division.

Dos o tres horas ántes de que amaneciera ya la jente se ponia en pié y se alistaba.

Los enemigos no se dormian: por la montaña se divisaban luces en movimiento; era claro que ellos tambien se preparaban.

....

La luna cerca de un ocaso y velada por jirones de nubes alumbraba apenas la plaza de Huanta, cuando ya la division se encontraba formada ahí.

Las fuerzas que debian tomar el puente y el morro vecino de éste habian partido ya, y tambien la compañía de vanguardia.

Los enemigos en la montaña estaban sin duda listos para disparar sobre la division de arriba a abajo cuando ésta pasara por el bosque; pero sus esperanzas fueron frustradas.

Luego que amaneció, la division emprendió la marcha, y para caminar retirada de la montaña, tomó una via que se hallaba más al poniente de aquella por donde habia pasado en el viaje de ida. Las balas de los indios no alcanzaban hasta ella.

Con la tenacidad de que habian dado constantes pruebas los indios huantinos, unos por la cima de la montaña, o más bien del cordon de montañas, corrian a tomar posiciones desde donde tendrian a la division bajo sus fuegos, ya fuera porque el bosque angostaba frente a ellos o por existir algunos claros exhautos de vejetacion; otros indios bajaban de las alturas hàcia el bosque para atacarla desde entre los árboles.

Estos últimos se encontraron con un tropiezo para ejecutar su intento, y fué que la compañía que se dirijia tomar el morro anteriormente mencionado, marchaba po senda del viaje de ida, es decir, entr grueso de la division y las montañas.

Fueron por consiguiente detenidos

esta fuerza y tuvieron con ella su tiroteo de emboscada.

El teniente Alvar que mandaba esa compañia, de buena gana les hubiera dado una corrida a los indios por el bosque hasta la misma montaña; pero en eso perderia tiempo, y tenia otra mision más importante que cumplir, cual era la de ejecutar lo ordenado: tomar el morro a hora oportuna, para no obstruir las combinaciones del jefe de la expedicion, y sobretodo para satisfacer militarmente lo mandado. Se contentó con ir batiéndose sin interrumpir la marcha.

Siendo la compañía muchísimo más corta que el grueso de la fuerza expedicionaria, ocupaba naturalmente menor extension, y asimismo no podia cubrir todo su flanco; en consecuencia los indios que eran mui numerosos y conocedores del terreno, tan pronto como pasaba la compañía se escurrian por entre los árboles y alcanzaban a atacar la retaguardia de la division, y aun corriendo emboscados por el espacio comprendido entre las dos fuerzas chilenas llegaban hasta hacer fuego sobre el centro y la cabeza de aquélla.

En su mayor parte las balas enemigas perdieron su efecto chocándose con las ramas de los árboles, y los soldados contestaban con uno que otro tiro cuando veian algun indio y tenian seguridad de no perder su cápsula.

Bueno era el servicio que la compañía de Alvar prestaba a la division, pues si bien no lograba evitar por completo que algunos enemigos llegaran hasta ella, eran estos pocos comparativamente con los que habrian llegado si no se hubieran encontrado con aquella respetable valla.

Fácil les hubiera sido a los chilenos que marchaban con el grueso de la division internarse en el bosque y estrechar a los más adelantados de los indios contra la compañía de Alvar; pero eran demasiado veteranos para caer en esa tentacion: no decimos esto por el peligro que pudieran correr, pues nuestros soldados con la práctica constante se habian hecho mui diestros guerrilleros y en el bosque podian batirse con grandísima ventaja sobre los indios; sino porque la division tenia una larga jornada que hacer y no podia perder [illegible]npo en escaramuzas que le impidieran [illegible]ar con la luz del dia a su alojamiento. [illegible]os indios que no cargaban más que su [illegible]a, y su bolson con cancha y coca, les era indiferente pernoctar en cualquier parte, miéntras que la division llevando caballería y bagaje tenia imprescindible necesidad de dormir en un lugar donde hubiera forraje para las bestias.

Por encima de todas estas consideraciones se hubiera pasado, como otras veces habia sucedido, si el ataque hubiera ofrecido provecho; por ejemplo, si todos los enemigos hubieran estado ahí, pero por unos pocos no valia la pena retardar la marcha.

....

Gran trabajo tenian los soldados que venian arreando los burros, pues los dichosos animales con más hambre que ganas de seguir marchando con los rollos, a toda costa querian entrar en el bosque donde veian algo que ramonear. Cada uno llevaba su conductor, quien para dominar el importuno apetito tenia que usar las razones convincentes del látigo.

No era mui divertida tarea por cierto para aquellos soldados convertidos en burreros que cansados con la marcha tenian además que lidiar con la proverbial testarronería de sus pupilos.

A veces uno de esos soldados divisaba a un enemigo; soltaba al burro para disparar un balazo, y luego tenia que correr tras del animal que al verse libre habia aprovechado al trote de su manumision.

Tambien solia suceder que algun borrico errante por el bosque, al ver tantos de sus semejantes en recua, venia hácia ellos saludándolos con rebuznos de contento.

—¡Aquí viene un voluntario!—gritaban los soldados riéndose.

En un minuto el amistoso jumento era aparejado convenientemente y recibia el peso de algunos rollos pensando de seguro allá en el fondo de su cabeza de asno que el cariñoso arranque de confraternidad le habia acarreado fatales consecuencias.

....

Mediante las precauciones de marchar léjos de la montaña, de llevar una compañía suelta por el flanco, y algunas otras, se cruzó el bosque en una extension de dos o tres leguas sin mayores inconvenientes.

Se entró en seguida a la serie de cuestas y hondonadas de que hemos tratado ántes.

Los indios corriendo por la cima de las montañas habian venido a ocupar las cumbres de una multitud de cerros que dominaban las cuestas por donde iban a pasar

los chilenos. Ahí se les veia en pequeños grupos.

Aquellos cerros estaban separados unos de otros por grandes quebradas y en tal condicion que para ahuyentar a los enemigos que los coronaban habria sido preciso enviar diferentes piquetes de tropa. No valia la pena hacer esto porque pronto pasaba el camino tras de una colina quedando a cubierto del peligro. Lo único que se hizo fué contestar con algunos disparos, y tuvieron éstos a pesar de la gran distancia tan buena direccion, enviados por el firme pulso de nuestros aguerridos soldados, que varios de los grupos desaparecieron.

Pasada la colina se llegó a una hondonada donde se descansó un momento para dar tiempo que una compañía subiera unas alturas amenazantes y por encima de ellas marchara protejiendo a la division.

Hecho esto se siguió andando.

Cual si no fueran bastantes las molestias que se habian pasado y las mayores que tenian que sufrirse aquel memorable dia, sucedió un hecho casual que anotaremos por lo extravagante y como una muestra de las infinitas miserias pequeñas que se soportaban por esos mundos.

En cierta parte de la via, por donde irremisiblemente habia que pasar, un *chingue* habia hecho...... *una gracia* derramando ahí su pestilente líquido... aquello era tan fétido que ni con el olor de la pólvora se disimulaba... Pasar corriendo valia más que taparse las narices; el tal olor penetraba hasta por las orejas. Muchos estómagos bailaron...

En fin; no oliscaremos más este asunto entrando en detalles ni refiriendo las bromas de los soldados...

Merced a que la compañía que iba por las alturas contenia la aproximacion de los indios, se siguió marchando con más facilidad. Aquella jente se encontró de pronto interrumpida por una gran quebrada, cosa que era mui frecuente en tales casos: se mandó otra compañía y se continuó caminando hasta el puente colgante del Huarpa que ya conocemos.

Miéntras tanto la compañía de retaguardia y los granaderos que venian con ella, tenian que estar en continuo tiroteo con los indios que seguian tras de la expedicion.

....

El puente y el morro vecino estaban ya tomados como se habia dispuesto, cuando llegó la division.

La compañía que habia tomado el puente habia pasado por él y estaba ya en el lado opuesto; tambien los carabineros que la acompañaban habian atravesado el rio, por el vado.

Tan pronto como hubo llegado, empezó el grueso de la fuerza expedicionaria a pasar por el puente colgante. Esta operacion era larga y no habia tiempo que perder. De cuatro en cuatro iban los soldados cimbrándose por el combado puente tal como lo habian hecho la vez anterior. No entraremos en detalles sobre la demora, el fastidio y demás inconvenientes porque esto fué la repeticion de lo que ya describimos al hablar del viaje de ida.

Los burros y las otras bestias pasaron por el vado y varios de estos serviciales cuadrúpedos fueron tambien envueltos y arrastrados por la corriente vertijinosa de las aguas como la vez precedente.

El morro a cuyo pié se hallaba el puente estaba ocupado por la compañía de Alvar. Esa posicion era importantísima, pues habiendo ahí enemigos podria ejecutar terribles perjuicios durante la travesía del rio. Estos que conocian mui bien el valor de aquella altura se dirijian a ella por las cumbres vecinas; pero se encontraron con que Alvar les habia ganado la delantera.

Sucede jeneralmente en La Sierra que los cerros colindantes con los rios tienen tras de ellos otros y otros que van en progresion ascendente; esto sucedia al morro donde estaba Alvar. Los enemigos venian hácia él por alturas mayores. Hizo que su compañía se atrincherase del mejor modo posible y los mantuvo a raya tiroteándose con ellos, que estando en número mui superior se acercaban, pero sin llegar a las manos. Muchas balas pasaban por encima de la cabeza de los soldados e iban a caer al rio donde podian hacer daño a los que lo cruzaban.

Notando esto, el teniente hizo avanzar un poco a su tropa y rechazó a los montoneros e indios, lo suficiente para dejar el rio a salvo.

....

La division debia llegar ese dia a Málloco, y para eso habia que atravesar c rio y otro puente

Apénas se principió el paso del Hua se ordenó que los carabineros y la com

ñía que venia con ellos se adelantara a tomar posesion del puente de Málloco sobre el rio Oroya.

Al mismo tiempo el capitan Lostan fué mandado al morro con su compañía a relevar a Alvar.

Bajó éste con su jente y allá quedó Lostan esperando que toda la division pasara el rio Huarpa.

Entre tanto que esto se llevaba a cabo se empezaron a oir muchos tiros por vanguardia donde iban los carabineros y una compañía de infantería marchando hácia Málloco.

Al momento Alvar y Orrego con sus respectivas compañías fueron enviados a reforzar a aquella jente.

Al mismo tiempo los granaderos y la compañía de retaguardia tenian que venir sosteniendo a los indios huantinos que seguian los pasos de los chilenos.

Los marquinos (de Márcas), que ya conocemos, tambien habian tocado jenerala para obrar en combinacion con los huantinos, y estaban apareciendo por las montañas del occidente, aquende el rio. Fué asimismo necesario ahuyentarlos y se les mandó otra compañía, la del capitan Soler, que era la que a la salida de Huanta llamamos de vanguardia.

Como se vé habia que atender a cuatro puntos distintos a la vez: la retaguardia, el morro, a vanguardia y hácia Málloco.

Si el lector sabe jugar al ajedrez le diremos que el rei era el grueso de la division (con la artillería, el bagaje, los enfermos y heridos); los enemigos jaqueaban sin cesar y era preciso estar: que avance una torre, que salte un caballo, que adelante un alfil; teniendo siempre vijilante cuidando en no perder ninguna pieza; y esta vijilancia era la que estaba a cargo del jugador de la partida, o sea el coronel, quien no movia un peon sin dejarlo convenientemente defendido.

Por fin al cabo de dos o tres horas toda la division pasó el Huarpa.

Los enemigos de retaguardia no podian llegar hasta el puente porque estaba Lostan en el morro y además otra compañía se hallaba del lado de acá del rio para protejer el descenso de la del morro.

Llegó el momento en que Lostan debia bajar.

Llamó el capitan a un teniente de su compañía y le dijo:

—Se quedará usted aquí con treinta hombres miéntras yo con la compañía desciendo; cuando haya pasado yo el puente, bajará usted con su tropa.

Así se efectuó.

Lostan con su jente y la compañía mencionada en la ribera de acá del rio estaban listos para protejer la bajada del teniente y su piquete.

El tiroteo en el morro no cesaba.

Cuando el teniente se movió para descender, los indios viendo que sólo iba con un puñado de hombres, se fueron sobre él.

El piquete bajaba haciendo fuego a retaguardia.

Los enemigos en gran número lo seguian tenaz y ciegamente; pero no contaban con lo que los esperaba en el descenso.

La tropa que estaba con Lostan les hizo tan terrible fuego que muchos bajaron más lijero que lo que presumian rodando atravesados por el certero plomo.

Sin embargo, ellos no se arredraban contestando con sus armas; y hubo soldado que al cruzar el rio herido o muerto fué arrebatado por la impetuosa corriente de las aguas.

Cuando hubo pasado el piquete de los treinta hombres, la compañía de Lostan y la otra siguieron en pos de la division conteniendo a balazos los indios que con su no desmentida pertinacia pasaban el puente y continuaban su obra de molestar la retaguardia.

....

Ccmo se recordará, al ir, la division desde Marcas se habia dirijido a Huanta. Pero en su regreso no iba a seguir el mismo camino; desde el puente del Huarpa se iba cambiar de direccion; en vez de volver a pasar por Marcas se continuaria la marcha por Málloco, pueblo que está en el fondo de una quebrada por donde pasa el Oroya.

Ya sabemos que Marcas se encontraba en la cima de aquellas elevadísimas montañas que nuestra tropa habia demorado cinco o seis horas en descender casi verticalmente. Si en la bajada habia demorado ese tiempo, en la subida debia por lo menos emplear el triple. Los marquinos sabian esto y con gran contento y reunidos por millares, esperaban hacer destrozos en la division dominándolas por las alturas, desde donde con balas y galgas la atacaria a mansalva.

Acongojados debieron quedar los marquinos cuando vieron que la division no

subia la enorme cuesta, sino que por el pié de ella se internaba en la quebrada que conducia a Málloco.

Sin embargo, los que más habian descendido para estar más próximos a los indios, se corrian por las faldas y laderas a medida que éstos avanzaban y hacian disparos.

Ya hemos dicho que la compañía de vanguardia habia salido a alejar a los señores marquinos, quienes al ver a los soldados que se aproximaban, se iban subiendo más arriba de donde estaban sin dejar su actitud amenazante. Ahí se les iba manteniendo a una distaucia conveniente para que no pudieran causar mucho daño a la division.

El grueso de la division se hallaba a veces reducido a mui poca cosa comparativamente, pues de los dos batallones de infantería, o sea doce compañias en todo, hasta seis o siete de éstas, como lo hemos visto en algunos momentos, eran enviadas a cumplir diversas comisiones con el objeto de rechazar a los enemigos que por todos lados aparecian.

Habiéndose internado por la quebrada que conduce a Málloco, el camino que ahora seguia era un laberinto inexplicable de desfiladeros, angosturas, colinas y hondonadas que por lo malo de su piso obligaban a hacer desagradables paradillas, durante las cuales desde las alturas de Marcas los enemigos marquinos lanzaban balas.

Por fin se llegó a la orilla del Oroya frente a un lugar llamado Chulpa.

Ahí se descansó aprovechando la circunstancia de que en ese instante la posicion era favorable.

Faltaba como una legua para llegar al puente de Málloco.

....

Pocas cuadras más abajo del puente del Huarpa se junta este rio con el Oroya y forman el caudaloso Mantaro.

Desde esta confluencia remontando un par de leguas el curso del Oroya se llega al lugar llamado Chulpa que era donde estaba descansando la division.

Este rio, como se recordará, es el mismo que pasa encajonado por Izcuchaca; pero en su carrera de muchas leguas ha recibido numerosos afluentes que han engrosado mucho más sus aguas.

Miéntras se descansaba, un ayudante de estado mayor fué mandado a averiguar si ya estaba tomado el puente de Málloco.

A poco andar se encontró con que unos carabineros venian a avisar que el puente habia sido cortado anticipadamente por el enemigo.

Esto era gravísimo.

¡Qué hacer!

Volver atrás para seguir la marcha por Marcas era un caso extremo. Desandar el camino hecho desde las márjenes del Huarpa y subir la enorme y conocida cuesta era obra de dos dias durante los cuales no habria pasto para las bestias. Además era casi seguro que los marquinos habrian cortado en varias partes los desfiladeros, segun se tenian vagas noticias. Y luego quedaba todavía que en el trascurso de las quince o veinte horas que debia durar la ascension era preciso estar recibiendo las galgas que los marquinos harian rodar impunemente.

Para mandar tomar la cuesta por una guerrilla habria que perder un dia más y faltando el forraje aquello era inaceptable.

Por otra parte se hacia preciso tomar pronto una determinacion, pues ya eran las cuatro y media o cinco de la tarde y la noche se acercaba.

Vadear el rio parecia una cosa imposible: los guias y algunos paisanos de los que iban con los chilenos decian que no habia vado y que no se tenia noticia de que se hubiera pasado por otra parte que por el puente.

Frente a Chulpa la caja del rio se ensanchaba y sus aguas se dividian en tres brazos.

El primero de estos era el mas dilatado y rápido; tenia como treinta o cuarenta metros de ribera a ribera. Aquella inmensa mole de agua que se precipitaba formando un pavoroso estrépito era para infundir espanto a cualquiera.

La tropa rendida de cansancio y fatiga con la ruda jornada de siete leguas recorridas ya y sin más alimento que la carne fiambre conducida en el morral, miraba con temor tener que desandar camino.

Todos los ojos deslizaban sus miradas sobre las aguas contemplando aquella tremenda valla que oponia la naturaleza.

Nuestros soldados que en medio de los mayores contratiempos y penalidades encontraban siempre alguna broma o chuscada que decir, permanecian ahora mudos y hoscos. Eso de desandar camino en u penosa marcha es algo que irrita; ejer aún más influencia en lo moral que en físico.

Antes de retroceder, el jefe de la division deseaba estar completamente convencido de que vadear el rio era una empresa de todo punto imposible, para lo cual era preciso hacer un exámen. Al capitan Orrego fué encomendada esta atrevida obra.

Orrego, a quien sus compañeros solian en chanza llamar *guaso*, era hombre avezado a las tareas campestres que sabia mantenerse firme en la silla de su caballo sin que le arredraran los escollos de la naturaleza bravía.

Picó espuelas y se dirijió a la orilla del rio.

Anduvo un rato a lo largo; luego con su ojo de perito escojió un punto adecuado y entró osadamente hendiendo las poderosas aguas con el pecho de su caballo.

Todas las miradas se fijaban en él.

A veces se veia que la cabalgadura era arrastrada por uno o dos metros, pero el empeñoso animal lograba afirmar sus herradas uñas en el lecho del rio y continuaba luchando por avanzar. En otros instantes echando atrás la cabeza como si fuera a hacer una corveta, se lanzaba a nado.

Todos los pechos estaban pendientes de un hilo ante el peligro que corria el compañero y sin poder contener algunas exclamaciones cada vez que el corcel cedia un paso. Pero el jinete firme en la silla con su sombrero negro y su manta de vicuña, seguia avanzando.

Por fin al cabo de algunos minutos de atrevida lucha, se le vió llegar a la orilla opuesta y pisar las piedras secas sacudiéndose la manta cuyas puntas se habian mojado.

Orrego anduvo un par de cuadras oblicuamente hácia arriba y se halló en la márjen del segundo brazo: este era menor que el precedente y lo pasó sin tanta dificultad.

Luego se dirijió al tercero que arrastraba ménos agua que los otros y tambien lo atravesó.

Tornó en seguida a deshacer lo hecho, pues era necesario que volviera a dar detalles para segun eso ver si podria pasar la division, porque no era la misma cosa el acto de pasar un individuo solo que el de hacerlo un ejército con enfermos, heridos, llería, bagaje, burros, etcétera.

El primer brazo es trabajoso, pero que a caballo la tropa podrá pasarlo; sí que con algun riesgo. El segundo es ejante al rio Junin, que ya vadeamos ántes de llegar a La Oroya. El tercero es poca cosa, algo como el Pongora:

Esta fué la opinion emitida por Orrego.

Y el coronel jefe de la division al expedir la órden se internó en el torrente para dar un ejemplo que inspirara aliento.

....

En otra parte hemos hablado del acto de vadear el Junin y de los peligros que aquello ofreció. Esta vez los riesgos eran incomparablemente mayores: las aguas tenian aquí más volúmen y más velocidad.

Como en el Junin, se tendieron lazos añadidos desde una a otra orilla. Pero los soldados no iban ahora a pasar por sus piés: ninguno habria resistido al ímpetu de la corriente.

Los caballos eran quienes iban a representar en ese drama el papel más importante; el jinete debia encomendarse a la solidez de sus piernas y al mismo tiempo asegurarse en la silla.

Y ¡ai! del que se desprendiera. ¡Ai! del que fuéra arrebatado por el bravío elemento.

La caballería comenzó la pasada llevando infantes a la grupa. Dejaba a unos en el lado opuesto y volvia por otros; pero al volver cada soldado de caballería traia de las riendas un caballo sin jinete para no cansar aún más a las bestias. Los arrieros del bagaje tambien hacian una operacion semejante con sus mulas trasportando infantes. Este fué el mecanismo empleado.

Era un espectáculo imponente el que se ofrecia a la vista.

Los caballos, abatidos bajo el peso de sus jinetes, luchando por abrirse paso entre las furiosas aguas, ya hundiéndose al dar una mala pisada en las resbaladizas piedras del fondo, ya dando un envion para echarse a nado; las ondas del rio pasando sobre sus ancas, y haciendo ellos esfuerzos hercúleos por ganar la ribera opuesta.

Los jinetes aferrándose de las sillas para no ser derribados con los movimientos del caballo o con la fuerza del agua que en algunos casos les llegaba a la cintura; sujetándose con afan seguros de que su vida pendia de su resistencia para afirmarse.

Pero con todo, no siempre era posible resistir: ora por un tropezon de la cabalgadura, ora porque el infeliz bruto estaba ya agotado y no pudiendo sostenerse más se dejaba arrastrar, el jinete era arrebatado por la corriente.

Lograba cojerse del lazo extendido, y ahí se le veia aguantándose algunos segundos, un minuto, esperando un socorro que nadie podia darle. Luego sus manos no podian más contra la violencia del agua, se soltaba una, al instante la otra, y el desdichado era envuelto, arrebatado, perdido a la vista de sus compañeros que nada podian hacer por él. Era llevado con tan vertijinosa rapidez, que los soldados puestos a lo largo de ambas riberas con lazos para tirar no lograban sino rara vez enlazar y salvar a alguno.

Aquel era un cuadro de desolacion.

Aunque no queremos alargar este relato entrando en detalles, no dejaremos de referir cierto episodio.

Venia un soldado jóven en un regular caballo cortando las aguas y estaba ya a cuatro metros de la orilla, pero sea por algun tropezon o por falta de fuerzas, el animal se sumerjió. El muchacho fué arrastrado, y extendiendo las manos logró pescarse del lazo extendido.

Las ondas en su violencia le pasaban por encima de la cabeza, pero sus manos con las ansias del que se ahoga apretaban firme y no soltaban.

Era imposible lacearlo.

Ahí a cuatro metros de la ribera se le veia morir.

¡Qué hacer! ¡Qué auxilio prestarle!

¿Habria alguno tan osado que fuera a tenderle una mano, o mas bien a morir con él? Quien tal hiciese cometeria una temeraria locura; locura que no se le permitiria para evitar que hubieran dos muertes en vez de una.

Pero ántes de que nadie pudiera estorbárselo, con la rapidez propia de los arranques jenerosos del corazon, hubo un soldado que de un salto se tiró al agua y cojido del látigo tenso avanzó hasta el jóven compañero. Este ya se habia soltado de una mano y en pocos segundos más se soltaria de la otra perdiendo toda esperanza.

El instante era supremo.

Los que observaban esa escena vieron desprenderse al jóven y ser arrebatado por la corriente; pero al mismo tiempo la mano del intrépido soldado, como si fuera un resorte de acero, cayó empuñando un brazo del infeliz.

La escena habia cambiado de aspecto.

El soldado cojido del látigo con la diestra, sostenia con la izquierda al compañero cuyo cuerpo inerte la fuerza del agua mantenia horizontal.

Sobrehumanos eran los esfuerzos que hacia por regresar a la orilla. Ganar un paso era la obra de un titan. Salvarse él solo ya era difícil; sin embargo, no soltaba su presa; tal vez iba a perecer con ella.

En tan crítico momento, un lazo tirado de la orilla cayó sobre el robusto brazo del soldado; pescóse de él y pudo con esta ayuda llegar a la márjen sin dejar a su compañero hasta que lo vió en salvo.

Aquel magnánimo soldado era un hombre de edad madura, sus cabellos y su bigote estaban ya grises; quizás era el soldado más viejo de la division.

El jóven salvado aturdido aún miraba a todos lados sin darse cuenta de lo que habia sucedido y sin comprender a algunos soldados que sonriendo conmovidos le decian:

—¡Buena cosa, hombre! los viejos salvando a los jóvenes...

Aunque, como ántes lo hemos dicho, tenemos el propósito de contar en esta narracion los hechos sin mencionar por sus verdaderos nombres a los que los ejecutaron, haremos esta vez una excepcion, ya que éste puede decirse que no es un acto de guerra sino una obra humanitaria de las más nobles y jenerosas: arriesgar la vida por salvar la de un semejante. Aquel soldado pertenecia a la 1.ª compañía del batallon *Miraflores* y figuraba en las listas con el nombre de Segundo García.

Es de advertir que este buen hombre ántes de ser militar habia tenido el oficio de pescador que ejercia cerca de Valparaiso, en Concon, ya en la mar, ya en el rio que ahí desemboca. Sin duda por esta circunstancia consiguió llevar a cabo su abnegada empresa; cualquier otro sin práctica y costumbre de luchar con el agua habria seguramente perecido en ella.

Aquella noble accion pasó casi desapercibida porque ese dia habian ocurrido tantos sucesos notables que todo lo extraordinario llegaba a parecer natural y pasaba envuelto en la vorájine de los acontecimientos.

Miéntras esto sucedia en una orilla, en el pasaje del rio se repetian los hechos desgraciados. Venciendo las tremendas dificultades continuaba la pasada de la division, y para hacerla más fastidiosa, algunos enemigos desde una lejana altura lanzaba balas.

Estas eran pocas porque algunas compañías colocadas convenientemente mantenian a raya a los indios.

La noche se aproximaba.

....

A medida que habian cruzado el primer brazo del rio, los soldados se dirijian al segundo.

Aunque muchísimo menor no dejaba éste de ofrecer peligros.

Tambien se habian puesto ahí lazos de ribera a ribera, y la jente pasaba a pié desnudándose casi completamente como lo habia hecho varios meses ántes al pasar el rio Junin.

Habiendo hecho una relacion detallada cuando referimos aquello, no entraremos en la descripcion de esto.

La jente con el agua hasta el pecho atravesaba sujetándose en los lazos. Llevaba la ropa hecha un atado a la cabeza y avanzaba pausadamente.

El tercer brazo no presentaba peligro, sino molestia simplemente.

....

La noche se aproximaba, deciamos. La oscuridad iba naturalmente a suspender toda aquella tarea.

Aunque se apuraba lo más que era posible, el pasaje de la tropa tenia que ser demoroso.

Estaban ya de este lado la artillería, el bagaje y los enfermos y heridos que habian tenido que ser sacados de las camillas y atasajados sobre alguna bestia.

Muchos fueron los animales que con silla o carga se llevó el rio. Esa cantidad de jacos y rocines o sea *pingos* y *mancos*, cual decian los soldados, esas malaventuradas bestias flacas, hambrientas, extenuadas y llenas de mataduras, no eran capaces de resistir tan tremenda prueba; igual cosa sucedia con los burros; y fueron más de cien los infelices cuadrúpedos que desde allí emprendieron una velocísima viajata al océano Atlántico, donde despues de correr seiscientas o setecientas leguas llegarian sin que nada detuviera sus exámines e hinchados cuerpos... a no ser la tarascada de algun cocodrilo del caudaloso Amazonas...

Quedaba todavia por pasar la mitad de la infantería, cuando con la entrada de la noche se cortó la pasada.

....

La tropa que se hallaba aquende el rio tenia aún que andar algunas cuadras para llegar al punto elejido por alojamiento.

En éste no habia techo ni recursos; pero fué elejido por estar un poco alto y tener el terreno seco.

Los soldados tenian sus ropas mojadas y no encontraban leña con que hacer fogatas para secarlas. Eran moneda corriente en aquella tremenda marcha los contrastes: en la mañana se habia estado en un espeso y grande bosque, y en la noche no se hallaba una rama que encender.

Raros eran los que tenian sus equipos; pues muchos se habian perdido en el rio, otros con las bestias que los traian no habian alcanzado a pasar o se habian quedado entre el primero y el segundo brazo del rio.

Por fortuna no hacia frio.

En el lugar designado como campamento, los soldados rendidos de cansancio se echaban al suelo, a cielo descubierto. Tal era el hospedaje que encontraban despues de un dia de terribles penurias: quince o veinte horas de marcha, tiroteos y paso de rios; sin más alimento que un pedazo de carne fiambre, y al último, sin más abrigo que su ropa empapada.

Mencionamos a los soldados por ser los más numerosos; pero debe de entenderse que los oficiales se hallaban en iguales circunstancias, como sucedia siempre en esos casos.

Sin embargo, no todos podian lograr siquiera ese miserable reposo: varios piquetes tenian que salir de avanzada y tambien varios soldados tenian que dedicarse a preparar el rancho.

....

Unos tres o cuatro ranchitos deshabitados de indios pastores habia por ahí.

En uno de ellos entró el capitan Lostan y esperó que aparecieran sus compañeros Orrego y Soler para que se instalaran en él.

Así sucedió.

Se acomodaron como pudieron para pasar la noche.

—Buena escapada,—decia Soler,—hizo la Cenicienta; viene que no puede más como ustedes saben; yo la estaba mirando cuando pasaba la pobre el rio; ya me parecia verla arrastrada; pero ella seguia avanzando. Estaba ya cerca de la orilla, cuando la corriente la venció.

—¿Y se la llevó?—preguntó Orrego.

—Nó; por fortuna un carabinero alcanzó a echarle el lazo y la sacamos como quien pesca un pez. Se libró ella y se li-

bró mi equipo, pero todo mojado, de manera que estoi con lo puesto... y no mui seco.

—Yo no estoi mejor parado,—contestó Lostan,—la mula que trae mi equipo quién sabe qué se ha hecho; si se ha quedado en el otro lado o si va navegando rio abajo.

—¿Y qué diré yo?—agregó Orrego que estaba envuelto en una manta y bajo de ella completamente desnudo;—yo que me caí al agua y tuve que salir aferrado de la cola del caballo.

—Y dáte por contento con que la cosa fué cerca de la orilla y pudiste escapar. Tambien hai que tener en cuenta que tú atravesaste tres veces el rio, y tanto va el cántaro al agua que al fin se rompe.

—En fin,—exclamó Lostan bostezando, —ya podemos tendernos a dormir, que aunque es en el suelo, con el cansancio me parece que estoi en un colchon de plumas ... ¡Qué dia este!... tratemos de dormir para dejar correr las pocas horas que le quedan...

....

Diálogos como el de los tres capitanes, u otros parecidos, se pudieron haber oido muchos aquella noche.

LXI.

Subir y bajar.

Tan pronto como amaneció, la parte de la infantería que aun no habia vadeado el rio, comenzó la penosa tarea, que fué una copia de lo referido anteriormente, como debia de ser.

Ya se ha dicho que con el fin de impedir a los enemigos tirar balas sobre la jente que cruzaba las aguas se habia mandado tropa a diversas alturas vecinas.

Los indios estaban en gran número y ocultos en los accidentes de las serranías, desde donde cambiaban algunos tiros con los nuestros.

Pero debia llegar el momento en que la tropa tendria que abandonar las alturas para pasar a su vez a la ribera opuesta. Esto habia de suceder tan luego como todos los de abajo estuvieran allá.

Ese intante era sin duda esperado por los indios, pues ya se les conocia sus tretas. Llegarian ellos a las alturas recien abandonadas y harian un mortífero fuego sobre los últimos de los soldados de la division.

Pero este negocio se trató de cierto modo.

Montáronse cuatro piezas de artillería, y varios piquetes de tropa que ya estaban aquende el rio se colocaron en puntos convenientes.

Cuando llegó la hora oportuna, a un tiempo bajaron de las alturas al trote los chilenos que ahí se encontraban.

Pocos minutos tardaron en aparecer centenares de indios sobre aquellas mismas cumbres disparando fusilazos.

Pero la artillería y los piquetes citados que estaban listos los recibieron con una salva tan inesperada para ellos, que retrocedieron al instante.

Con esta previsora medida se pudo terminar ménos difícilmente el paso del rio a eso de las once de la mañana.

....

Los indios o montoneros de Málloco debian tener la completa seguridad de que la division no podria pasar una vez cortado el puente, pues si se hubieran imajinado que el rio podia ser vadeado, no habrian hecho el sacrificio de destruir su puente, que para ellos era valiosísimo.

Así los indios huantinos no cortaron el puente del Huarpa sabiendo que este rio era vadeable.

Los paisanos que venian con la division huyendo de los indios, decian en voz baja:

—Esto no es vado... por aquí no se puede pasar... nunca se ha pasado...

Sin embargo, so pena de caer en las manos de los indios, hubieron de aventurarse ellos mismos; eso sí que perdiendo a dos de los suyos que fueron arrastrados por las inclementes ondas.

Sensibles pérdidas de jente, animales y equipos costó la atrevida empresa; pero se llevó a cabo.

Además de las razones que ántes hemos expuesto, convenia ejecutarla para demostrar a aquellos pueblos que ni con sus tretas podian interrumpir el tránsito de la expedicion ni tampoco desviarla del camino que se habia propuesto seguir.

....

Mui bien habria venido un dia de descanso despues de la pesada jornada anterior; pero no era posible permanecer en ese lugar falto de recursos y donde ni techo se tenia para guarecerse de un sol abrasad, como que era tropical, ni de la lluvia q podia caer de un momento a otro a pes de no divisarse una sola nube, pues p

aquellos parajes sin andarse con muchos preámbulos cambia en un instante la temperatura.

Poco despues de las once de la mañana comenzó a moverse la division.

Marchaba hácia Churpampa, un pueblo trepado en una altura poco menor que la de Marcas.

Habia mucho que repechar.

Luego comenzó a hacer su efecto el terrible soroche qua aumentaba cuanto más se subia.

Cuestas tras cuestas, laderas, desfiladeros, cerros y montañas: todo eso habia que ir trasmontando con el rifle sobre el hombro y jadeando de cansancio y por el soroche: era entrar de nuevo en la clase de caminos que ya hemos mencionado.

Las horas pasaban; pero las subidas no concluian.

Mirando hácia abajo se divisaban desde algunas algunas alturas tres fajas brillantes que eran los tres brazos del Oroya.

En la márjen derecha, que era la del lado de Marcas, se veia una multitud de pequeños puntos en movimiento, algo como un hormiguero. Eran los indios y montoneros huantinos y marquinos que ahí se habian quedado con un palmo de narices.

Algunos entraban al agua, pero a poco andar regresaban. Solamente unos pocos, diez o veinte, alentados sin duda por el ejemplo de la division, llegaron a la ribera izquierda.

Estaban tan distantes que se hallaban fuera del alcance de los rifles.

Los huantinos y marquinos habian quedado, pues, en sus lares. Pero sus comarcanos, los de Málloco, Churpampa y otros pueblos vecinos se hallaban de este lado y ya demostraban su entusiasmo con algunos tiros. Era preciso ir mandando compañías sueltas por las alturas dominantes para correrlos o espantarlos. Con el soroche esto se hacia mui pesado.

Llegó la tarde y el aire refrescó, esto era un desahogo porque el calor se hacia insoportable. Pero pronto entró la noche y el frio hizo echar de ménos el fuego solar del dia.

Cuando se hizo oscura la division iba por una tremenda cuesta cuyo fin no se divisaba aún al huir los últimos resplandores del crepúsculo vespertino.

Qué largas se hicieron aquellas horas de oscuridad repechando por un desfiladero que tenia a un lado una enorme montaña, y al otro un profundísimo precipicio; y habia que marchar por ahí luchando con el cansancio y el soroche.

Las guardias de prevencion y la compañía de retaguardia tenian que venir empeñando la abrumadora lid de hacer avanzar a los soldados rezagados. ¡Ya sabemos lo que era eso!

Por fin, seria cosa de las diez de la noche cuando se llegó, o mejor dicho, se empezó a llegar a una cima donde estaba el pueblo de Churpampa.

Las fogatas encendidas por los primeros en arribar y las de los ranchos de la tropa daban con sus rojizas luces aliento a los soldados para avanzar hasta allá.

El pueblo estaba deshabitado; pero aunque no otros recursos, ofrecia siquiera el de tener ranchos bajo cuyos techos se alojó la tropa.

Tambien en los ranchos se encontró un poco de cebada y maiz para los animales que venian tal vez en más triste estado que la jente.

Se supo que el dia siguiente seria de descanso y en consecuencia los que no estaban de servicio en guardias o avanzadas podian desquitarse con un buen sueño despues de esperar hasta la una de la mañana, hora en que estuvo listo el rancho.

....

El próximo dia mucho madrugaron los churpampinos o churpampanos para ensayar sus punterías desde unos cerros vecinos; pero no lograron interrumpir el sueño de la tropa que no estaba de servicio, pues se les mandó un poco de la caballería e infantería que estaban de turno, y fueron rechazados.

Algunos rezagantes que se habian extraviado en la oscuridad tuvieron que andar a tiros; pero por fortuna para ellos al amanecer que fué cuando los enemigos los vieron, estaban ya cerca del campamento y no corrieron gran riesgo.

Fuera de estos accidentes el dia no fué malo. Se durmió largo... hasta que los huesos se aburrieron de estar en contacto con el suelo, y se comió bastante... eso sí que del mismo guiso: agua, carne, grasa y sal con su poco de ají; aquello, con los ayunos del dia anterior, estaba de chuparse los dedos.

Los soldados aprovecharon el tiempo en hacerse *chalalas* u ojotas, pues a muchos de ellos las que traian puestas se les habian

quedado en trozos por los roqueños desfiladeros.

En el rancho donde alojaron los tres capitanes de que hemos venido hablando encontraron... un violin. Pero no se crea que un Stradivarius, de estos no es de suponer que algunos se haya elevado a la altura de doce mil piés sobre el nivel del mar para meterse en un rancho de Churpampa; era un violin de madera blanca, sin barnizar, hecho ahí mismo desde la caja hasta las cuerdas, obra de los indios que son mui aficionados a este instrumento. Algunos oficiales que entendian algo de ello lo tocaban, y salia la solfa mui acorde... con la categoría del violin.

Para los enfermos y heridos el descanso fué una suerte, pues los unos pudieron tomar remedios y los otros recibir curaciones, cosa que como se comprenderá, en los dias de marcha no se podian ejecutar a no ser una vez, en la noche al alojar.

....

La jornada que habia en perspectiva era respetable: ocho leguas de La Sierra, que es como decir de goma elástica, porque como esta sustancia, tienen aquellas la propiedad de estirarse; ocho leguas de cuestas, desfiladeros, etc. Y era preciso andarlas de un tiron, pues en todo ese trecho no habia alojamiento posible para la division.

A la una de la mañana los chilenos abandonaban sus pocos mullidos lechos y se preparaban para marchar.

Estos preparativos, como de costumbre, consistian principalmente en cargar los asendereados borricos.

Dos horas más tarde, a las tres, se ponia en marcha merced a la luz de la luna menguante que a esa hora alumbraba; sin esa débil claridad habria sido imposible avanzar un paso por aquellos abominables senderos.

Necesario se hacia caminar desde tan temprano para que se alcanzara a llegar ántes de la noche a Paucarbamba, fin de la jornada.

Luego empezó a hacer su efecto el soroche; sin embargo, la tropa avanzaba a mui buen paso.

Cuando salió el sol ya se habian vencido dos leguas: era un buen principio.

A veces las cuestas concluian y se entraba en grandes hondonadas donde habia que descender, pero para subir nuevamente.

Durante las bajadas el que marcha se alivia mucho; sin embargo, los soldados no deseaban encontrarlas, y al presentarse una en vez de alegrarse, murmuraban:

—Todo lo que bajemos tenemos que subirlo despues.

Y tenian razon; así debia suceder y sucedia.

Ese bajar y subir es lo que hace más penosos los caminos de La Sierra. Por ese motivo si uno mira el mapa de aquellos paraje, ve que un pueblo está a un paso de otro; pero en la obra es otra cosa: una legua se convierte en cinco o seis a fuerza de ascender, descender y dar rodeos.

A las nueve y media de la mañana la division habia andado la mitad del camino al decir de los guias. Los soldados sabian que la jornada era ruda y habian hecho un esfuerzo supremo. Es cierto que aquella tropa estaba avezada a esa clase de marchas, sin lo cual en todo un dia no habria hecho tal avance luchando con el soroche.

No habian faltado partidas de montoneros que salieran por los flancos, vanguardia y retaguardia; pero se les habia dispersado con compañías enviadas por las alturas.

Despues de un buen descanso para que la tropa se uniera bien, se empezó a comerle trechos a la segunda mitad de la jornada, que era de suponer fuera mas trabajosa puesto que ya la jente llevaba seis o siete horas de fatigas.

Pidiendo a la voluntad las fuerzas de que los cuerpos iban careciendo, se continuó con las subidas y bajadas, hallando despeñaderos en las alturas y arroyos y pantanos en las hondonadas.

Sabido es que en algunos dias el hombre se encuentra sin conocer la causa, en mejor disposicion que en otros para hacer tal o cual cosa. Así un jugador de billar suele decir: «Hoi estoi mui bueno para hacer carambolas.» Aquel dia se podia haber dicho de la tropa que estaba mui buena para marchar.

A pesar de los numerosos tropiezos y de la lonjitud de la tirada, entre las seis y las siete de la tarde la division llegó a Paucarbamba.

La jente habia marchado con la mayor union y rapidez que podia pedirse en aquellos infernales caminos; a pesar del cansancio los semblantes mostraban esa expresion del que está satisfecho de su obra. Se oia diálagos tranquilos en vez de las mil rabi[illegible] tas y reniegos que eran compañeros insepa-

rables de las marchas difíciles y de los tropiezos.

Paucarbamba es una poblacion situada a menor elevacion que Churpampa. Se ven en ella algunos árboles.

En La Sierra a falta de barómetro se puede calcular la altura por la vejetacion que se encuentra. Desde el *coiron* y la *champa* en las punas hasta los árboles en el fondo de las quebradas hai una escala conocida.

La poblacion estaba sin habitantes; estos habian huido temiendo más a la ira de los montoneros que si se quedaban en sus hogares podian tomarlos por *chilenosos*, que a los chilenos mismos, quienes ningun daño hacian a la jente pacífica como se vió en muchos pueblos.

Paucarbamba con su plaza, su iglesia, (edificio que nunca falta ni en el menor caserío de aquellas provincias) con su ranchos, y dentro de éstos sus *cancos*, botijas y *porongos*, llenos de arvejas, habas u otras legumbres secas, sus trojes con maiz, cebada o trigo; era una poblacion vaciada en el mismo molde que la mayor parte de las que hallaba la division en su camino.

Los animales venian en un estado lamentable. Desde que salieron de Huanta los infelices habian tenido poco para el estómago y mucho para las patas, poco que comer y mucho que caminar.

La suerte de los enfermos y heridos que venian en camillas no era por cierto envidiable; pero aun lo era ménos las de los que tenian que cargarlos sobre sus hombros en circunstancias que para uno cargar con sus propios huesos era una hazaña...

....

La notable jornada de aquel dia habia sido una espléndida victoria ganada al soroche y a las quebradas peñas de las serranías. Aquella era una jornada de chasqui, de correo, de un indio nacido en esos parajes y cuyos pulmones se han formado respirando el aire enrarecido de las alturas, y quien además no lleva el peso del rifle y las municiones, sino un lijero atado comparable con el morral que cargaba el soldado.

LXII.

Balas y galgas; frio y soroche.

Al clarear del próximo dia se continuó a marcha.

Era igual la clase de camino, pero la lonjitud de la tirada fué la mitad de la anterior.

Muchos eran los animales que habian venido muriendo en los senderos por las fatigas y escaso alimento, y muchos tambien los que habia sido preciso abandonar porque su extenuacion los hacia inútiles. Caminar todo el dia, y dia sobre dia, tomando solamente en la noche un reducido pienso... cuando lo habia, era una penuria que no todas las bestias podian resistir.

Aquellos pobres brutos iban tan abatidos, que por ahí andaban los servicios que ofrecian con las molestias que daban a sus conductores. Hacerlos avanzar costaba un triunfo; más se movia el brazo del conductor enarbolando el látigo, que las piernas de las malaventuradas bestias ganando terreno.

Si en esas elevadas cumbres se hubiese hallado algun miembro correspondiente de la Sociedad Protectora de Animales, se habria ido de espaldas viendo aquello. Pero ¿qué habria podido exijir? Entre un hombre y un animal, ambos igualmente extenuados y rendidos, ¿se pediria al hombre tomar sobre sus doblegados hombros la carga de la bestia? Esto no podia ser, tanto más cuanto que aun habiéndolo querido hacer su abatimiento físico no se lo habria permitido. Era, pues, preciso que el animal soportara su ruda suerte y caminara hasta llegar o hasta dejar su pellejo y sus huesos en las escabrosas sendas.

Poco lugar quedaba en los pechos para tener compasion de los irracionales cuando se veia a seres humanos que enfermos o heridos tenian que continuar en aquella penosa marcha careciendo de los cuidados necesarios y hasta del alimento, no pudiendo dijerir la carne fria, única cosa que podia proporcionárseles, y se les veia consumirse en tantas penalidades hasta que la muerte les ponia término ántes que la salud, y a sus cuerpos aun tibios, ser sepultados en alguna ladera a un lado de la via.

Poco despues del mediodia se llegó a Huancho, pueblo situado en una meseta.

Mui a tiempo se arribó, pues en aquel momento se desprendió de las nubes una copiosa lluvia acompañada de nieve i granizo. La tempestad se desencadenaba ahí mismo, encima y a un paso del pueblo a juzgar porque el brillo del relámpago y el estampido del trueno se percibian simultáneamente.

Hubo ropas y equipos mojados; pero como se encontró techo en que guarecerse, la cosa no fué tan grave.

Tambien estaba deshabitado Huancho, como asimismo otros pueblos que se habian hallado al paso y que no hemos mencionado por reducirnos a nombrar solamente aquellos que servian de alojamiento a la division.

Es admirable la multitud de pueblecitos y villorrios que hai en La Sierra; por eso no es de extrañar que entre serranos e indios se cuenten millones.

Si todas esas poblaciones formaran en realidad una sola nacion como aparece en la constitucion del Perú, y unidas hubieran levantado un solo ejército en vez de limitarse a pelear cada una por separado en su propio terreno, la division chilena compuesta de mil quinientos hombres no habria podido tal vez llevar a cabo la expedicion y transitar por el centro de un país donde todo le era hostil: los hombres y la naturaleza. A miles de indíjenas tuvo que rechazar en detalle; si todos ellos se hubieran presentado juntos y escojiendo posiciones estratéjicas, lo que en aquellas serranías abunda, la division se habria visto en un duro lance; por mucho que fuera el empuje de sus soldados, batiéndose contra un número de enemigos veinte o treinta veces mayor o más quizás, al fin habria tenido que sucumbir. De esa abundancia de habitantes proviene sin duda la facilidad con que el jeneral Cáceres levantaba ejércitos en cualquiera parte.

....

Los habitantes al abandonar un pueblo se llevaban todo lo que era portátil, y lo que no, siempre que valiera algo, lo enterraban.

Cuando al hospedarse en un pueblo se hallaban los trojes vacíos, era preciso echarse en busca de los entierros para dar pienso a los animales.

Por más que hacian los serranos por esconder sus *guacas*, no siempre lo conseguian. Los soldados eran mui ladinos para descubrirlas. Un poco de tierra esparcida cuidadosamente en alguna ladera o escondida en bolsas dentro de un granero, indicaba la proximidad de un entierro, y aunque éste se hallara léjos, la punta del yatagan hundiéndose en el suelo lo descubria. Donde el yatagan se introducia con poca dificultad, haí estaba la *bolada*.

Ante la idea aparecen como hermanos jemelos un entierro y un tesoro. Pero no se crea que los soldados en los hoyos sijilosamente encubiertos hallaban onzas de oro, ni patacones de plata con la cara del rei, ni siquiera corbatones con una mitad de plata y otra de cobre; nada de eso, sino simplemente sacos o trojes de maiz, trigo o cebada, y algunos trebejos y cachivaches del uso de aquella pobre jente. Se sacaba el grano para los animales, y se dejaban las otras menudencias que no pasaban de ser una bazofia.

....

Si no hubiera sido por la tormenta, que duró como cinco horas mojando a muchos, pues aunque se habia alojado en los ranchos, eran bastantes los soldados que tenian andar a cielo descubierto para atender a los animales, al rancho, a las avanzadas, etcétera; si no hubiera sido por la tormenta, decíamos, se habria pasado regularmente el resto del dia.

Pero en fin, hubo siquiera combustible para hacer fuego y secar la ropa: aquello no estaba tan malo para las circunstancias.

....

Antes de que se viera la luz del nuevo dia, ya los maltratados talones de los soldados iban midiendo nuevamente las peñascosas sendas de La Sierra.

A poco andar habia que pasar por las faldas de unas altas montañas donde habia gran peligro de galgas. Se mandó a una compañía subir a la cumbre para evitar ese riesgo.

Una densa neblina impedia ver aun a corta distancia.

Tan espesa era que algunos enemigos trepados en la cumbre no alcanzaron a divisar la compañía que ascendia.

La division iba pasando por la senda citada, cuando se sintió el estrépito de grandes galgas que venian despeñándose.

Fué preciso hacer alto porque las piedras arrojadas en partes obstruian el paso. La jente se allegó al lado de la montaña, que cayendo verticalmente venia a ser como una muralla, del mismo modo que se allega a la pared en una calle algun individuo para no mojarse en las horas de lluvia. A pesar de todo esto hubo jente herida y caballos muertos.

Los enemigos aunque con la neblina no veian a los chilenos, debian presumir que iban pasando u oir el ruido que inevitablemente hace una division al marchar y q ahí era repercutido por el eco de una gr quebrada.

La misma neblina favorecia a la compañía que estaba subiendo por otro lado.

De repente los lanzadores de galgas dieron un grito de alarma al verse sorprendidos y huyeron en todas direcciones.

Aquellas cumbres eran altísimas y estaban completamente nevadas. Los soldados llegaban a la cima rendidos por el soroche. Sin embargo, al ver a los enemigos encontraron aliento para irse sobre ellos que corrian en todas direcciones y se perdian en la neblina.

Merced a ésta muchos pudieron escapar; pero tambien una docena pagó con su vida el afan de precipitar peñascos.

Casualmente luego se disipó la neblina, y entónces pudo verse que algunos de los fujitivos se hallaban en las faldas de la montaña, entre la cumbre y la division. La blancura de la nieve no les permitia ocultarse. Fácil es adivinar el gusto que les daria al verse cortados.

¿No ha visto el lector que para destruir las hormigas se les suele tirar un pedazo de melon? Se van a él, y cuando hai algunas juntas se tira el trozo al agua; y es entónces el apuro de las hormigas que van y vienen corriendo por aquella isla flotante, sin hallar el camino de su cueva.

Así corrian los fujitivos espantados, yendo y viniendo, subiendo y bajando, encontrando siempre soldados y nunca escapatoria.

Hacian señas implorando misericordia; pero no mui seguros de conseguirla, pues ellos mismos habian declarado la guerra sin cuartel ejercitando su saña hasta con los cadáveres.

Pero les favoreció una circunstancia que ya conocemos: la necesidad de jente que ayudara a conducir las camillas.

A fuerza de señales se les hizo bajar.

Traian una cara tan compunjida que hacia reir a los soldados.

Fueron agregados a los otros prisioneros que venian ejecutando la tarea de cargar a los imposibilitados para marchar a pié o a caballo.

....

Se echaron a rodar las galgas que interceptaban el paso, y se continuó andando de subida.

No dejaron los indios de seguir molestando desde otras alturas, y habia que ir mandando piquetes para despejar esos altos.

Las fatigas de la marcha duraron hasta las cinco de la tarde; más de doce horas; esto basta para indicar cuán penosas serian puesto que se iba por la misma clase de caminos peñascosos que ya conocemos.

Además en aquella elevacion el frio se hacia insoportable, y con la gran cantidad de rollos que se habian perdido en los rios, muchos soldados carecian de ese abrigo al cruzar por aquellas montañas que eran una cordillera nevada sin ningun pueblo ni habitacion.

....

A la hora indicada se llegó a la hacienda de Tocas.

Ya hemos visto lo que eran esas haciendas de cordillera: unas cuantas casas, un poco de pasto, arroyos, pantanos y todo eso circundado por cumbres cubiertas de nieve, cuyo aspecto acababa de helar los entumecidos cuerpos.

El techo no alcanzó para toda la division y la mitad de la jente tuvo que dormir al descubierto.

Esa noche fué parecida a la que dos meses ántes se habia pasado en Pachaclla.

Con decir esto nos ahorramos de entrar en detalles de las penurias sufridas a la intemperie con el frio y una llovizna que empapaba el escaso abrigo de la jente.

....

La siguiente jornada principiaba con el dia.

Saliendo de Tocas se entraba en una gran quebrada formada por altos cerros. Habia de consiguiente peligro de galgas y balas tiradas a mansalva.

Se mandaron dos compañías de infantería a los cerros de la izquierda y una a los de la derecha.

Pronto empezaron a cruzar el ámbito de la quebrada algunas balas.

Las compañías seguian ascendiendo a pesar de las galgas y los disparos con que pretendian detenerlas. Al mismo tiempo los enemigos retrocedian alejándose hácia mayores alturas, como de costumbre, y haciendo fuego en retirada.

Tambien la compañía de vanguardia tuvo que subir a desalojar a un grupo que tenia una dominante posicion en una elevada punta.

Miéntras tanto la division marchaba pausadamente para dar tiempo a las compañías adelantadas que libraran de enemigos la pasada.

Con este motivo la marcha no se hacia mui penosa. Pero es de advertir que la tirada de aquel dia era corta comparada con las anteriores, y de consiguiente se podia avanzar poco a poco sin grave perjuicio; cosa que otras veces, el dia anterior por ejemplo, no fué posible efectuar por no perder tiempo siendo, al contrario, preciso apurarse para llegar al hospedaje con el dia, aún a riesgo de los daños que desde las alturas pudiera hacer el enemigo.

Tambien esta vez algunos indios se encontraron cercados, y quisieron ponerse a salvo con un acto de audacia.

La cabeza de la division iba por el pié del cerro ocupado por la compañía de vanguardia, que como dijimos habia subido a él. Era un pequeño y fértil valle poblado de árboles y cruzado por un torrente de agua cristalina que corria precipitándose.

Aquellos audaces indios al ver chilenos arriba de ellos, habian bajado ocultándose en grietas y hendeduras del cerro, hasta llegar al valle. Ahí se encontraron con la division que marchaba yendo la jente en dos filas. Sin vacilar tomaron una atrevida resolucion: emprendieron una desenfrenada carrera atravesando por entre los soldados; uno de ellos pasó rozando la cabeza del caballo que montaba el jefe de la expedicion. Pasaron como una exhalacion y se perdieron por entre los árboles; fué ésto cosa de segundos.

Pero los soldados más próximos y un oficial montado corrieron tras de ellos, que eran tres.

Dos de los atrevidos indíjenas fueron tomados; el tercero sin vacilar, al ser alcanzado, se tiró de cabeza al torrente y no se le volvió a ver más...

Los dos prisioneros fueron agregados al servicio de las camillas. Pero mostrándose ahora tan tercos como acababan de mostrarse osados, no querian poner el hombro para recibir el peso de los enfermos. Sin embargo, sus compañeros tomados ántes les hablaron en quichua y concluyeron por hacer lo que se les pedia.

Y en esto anduvieron acertados, pues como se comprenderá aquel servicio no se les pedia por favor, sino en cambio de la pena de muerte que se les perdonaba, y si no se sometian a prestarlo, concluia el trato... Lo ménos que se les podia exijir era que llevasen a cuestas a los que ellos mismos habian herido.

....

Como a las dos de la tarde se entró en el pueblo de Colcabamba.

Las compañías que estaban en los cerros habian estado tiroteándose con los enemigos y los habian obligado a retirarse a mayores eminencias.

Desde el pueblo se les mandó órden de bajar.

Colcabamba está rodeado de altas montañas. Desde la plaza de la poblacion se veia en ellas gran multitud de jente hostil.

Apénas estaba la tropa dejando las armas en sus alojamientos, cuando aquella multitud comenzó a aproximarse disparando balazos.

Sus balas no llegaban hasta el pueblo; pero no convenia dejarlos tranquilos en esa tarea.

Se mandó montar en la plaza un par de cañones y se hizo fuego. Las granadas fueron a estallar en medio del grupo que ofrecia un magnífico blanco por estar las montañas cubiertas de nieve.

Ante aquel saludo tan estrepitoso, los enemigos se despidieron a toda prisa perdiéndose de vista.

Despues de esto pudo la jente dedicarse a las tareas de costumbre en las primeras horas de la llegada a un alojamiento: buscar forraje para las bestias y preparar el rancho.

Más tarde fué necesario hacer avanzar algunas compañías para tener la posesion de algunas alturas, de manera que al dia siguiente no hubiera demora para continuar la marcha.

Con el fin de evitar pasajes peligrosos y desfiladeros de donde los enemigos pudieran a mansalva arrojar balas y galgas sobre la division, el jefe resolvió marchar por las alturas tomando el camino que en siglos pasados hicieron construir los incas.

LXIII.

El camino del Inca.

En la historia del Perú y aun en la de América, figura como una de las obras más notables que los europeos encontraron en el mundo descubierto por Colon, los caminos o calzadas hechos por los incas. Humboldt ha dicho que pueden compararse con los mejores caminos de los romanos.

Aquellas célebres vias soladas de piedras sillares, recien construidas bien pudieron

ser cómodas y hasta suaves para el calloso talon de los chasquis; pero las lluvias y el abandono ha hecho en ellas durante siglos el más desplorable efecto.

El agua del tiempo moviendo la tierra ha hecho que las piedras se inclinen dejando hácia arriba sus ángulos en vez de sus superficies planas, o bien las ha obligado a rodar, de manera que los adoquines sirven más bien de tropiezo que de seguro piso al viajero.

Además esos caminos fueron hechos para jente de a pié, y en consecuencia ofrecen mil inconvenientes a las caballerías.

Por aquella via llamada el camino del Inca iba a marchar la division; por aquella via que quizás no habia sido transitada por jente armada desde los tiempos en que el inca Pachacutec fué a conquistar a Jauja.

Colcabamba está situada en un valle que tiene en sus contornos montañas mui altas, principalmente al sur, y es justamente por este lado y por la cima de las más empinadas eminencias por donde pasa el camino del Inca. Para llegar a él saliendo de esta poblacion hai que subir por una interminable quebrada.

Como era de suponer que los enemigos aprovecharian esta posicion para molestar en la marcha, a la una o dos de la mañana se mandó avanzar un par de compañías a tomar las eminencias de la izquierda y otra a las de la derecha, débilmentes alumbradas por la luna menguante y velada por nubes.

Cosa de las cuatro y media seria cuando la division se puso en marcha.

La jornada de aquel dia no tenia término fijo. Faltaban catorce o diez y seis leguas para llegar a Pampas y en el intermedio no habia ningun pueblo ni lugar abrigado; de consiguiente el primer dia se andaria todo lo posible hasta la proximidad de la noche, y a esta hora se alojaria al raso dondequiera que se estuviese.

Luego que comenzó a amanecer los enemigos trepados en las mayores alturas de la izquierda se dieron a lanzar balas y galgas.

La tropa que se habia mandado tomar esos puestos dominantes iba subiendo; a pesar del soroche y los precipicios por donde los soldados tenian que ir cojiéndose de las rocas, ya estaban cerca de los empinados indios. Pero estos con gran tenacidad no retrocedian ni cesaban de tirar balazos y arrojar galgas.

Sin embargo, al fin tuvieron que ceder la posicion a los chilenos y se retiraron a alguna distancia.

Miéntras tanto otra cantidad de indios con gran temeridad habia aparecido en actitud amenazante por otras eminencias situadas entre las cumbres coronadas ya por las compañías antedichas y el fondo de la quebrada que pasaba la division. Desde ahí atacaban con balas y galgas.

Se les mandaron unos cincuentas carabineros para ponerlos en sosiego. A poco andar estos tuvieron que echar pié a tierra por no permitir el terreno el paso de caballerías, y a pié continuaron avanzando en union de alguna tropa de infantería que tambien luego se envió por ese lado. Esta jente en combinacion con la que estaba en las cumbres, tomó a los temerarios indios entre dos fuegos, y luego atacándolos a sable y yatagan les hizo tremendas bajas. A la vez les tomó armas y prisioneros para la conduccion de las camillas, y tambien bombos y cuernos a cuyo bélico son se alentaban aquellos para la contienda.

Con esto la division pudo seguir marchando libre de ataques.

Entró a la larguísima quebrada que conducia al camino de Inca. El fondo de ésta era de roca viva, y corria por él un arroyo de agua cenagosa; no habia mas sendero que el trazado por el agua.

Las montañas que formaban los lados de la quebrada, empinadas como dos enormes murallas, se elevaban tanto que apénas permitian entrar la luz del dia.

El agua vertiendo por todas partes, ningun vestijio de vida ni de vejetacion, un frio glacial, y todo en medio de sombras: aquella colosal hendidura hecha en las oscuras rocas de inmensas montañas tenia un aspecto tétrico.

El roqueño fondo era transitable sólo para el agua que por él se despeñaba; sin embargo por ahí debia pasar subiendo la division.

Los hombres venciendo el cansancio y el soroche podian ascender ayudándose de las manos; pero para las bestias aquello era una cosa terrible: resbalaban, caian, se magullaban, y solamente a fuerza de sacrificios podian avanzar con lentitud. El ruido de las herraduras al escurrirse rozando las peñas formaba un estrépito constante.

Los conductores tenian que mantener

ruda y cruel lucha para lograr que los animales adelantaran por aquel infernal despeñadero.

Seis mortales horas duró aquello.

Al fin se llegó al nacimiento de la horrible quebrada; desde ahí comenzaban las punas o sea las cinas de las montañas.

Pero para subir allá faltaba todavía un trecho de unos cincuenta metros ante el cual lo anterior habia sido un juguete.

Era un espacio de piedras planas como grandes baldosas, inclinadas y haciendo escalones.

¿Cómo pasar por ahí las caballerías?

Y sin embargo era preciso hacerlo so pena de desandar el terrible camino ya hecho para llegar hasta ahí, y perder tantos sacrificios cuando a sesenta pasos se veian las cimas en las cuales ya estaban muchos soldados, pues para el pasaje de la jente no habia mucha dificultad.

No habia que vacilar.

Antes que retroceder era necesario por lo ménos probar la imposibilidad material de seguir adelante.

Se ensayó primeramente con algunos caballos sin jinete. Los cascos de los brutos se escurrian por las resbaladizas piedras; caian estos y se magullaban haciendo esfuerzos por levantarse, y uno o dos soldados ayudaban a cada uno sosteniéndolo con un lazo que le habian anudado al pescuezo. De esta manera podia llevarse a cabo aquella empresa.

Las mulas de la artillería fueron descargadas; cañones, armones, ruedas y cajas se pasaron a pulso.

Libres de su carga, las bestias tenian mayor facilidad de movimiento.

Ruda era la tarea para los pobres brutos que al ver el precipicio que tenian hácia abajo y al sentirse resbalar, querian clavar sus cascos en la roca con tal fuerza que sus herraduras le arrancaban aristas de piedra.

A pesar de las precauciones tomadas, no faltaron bestias que se despeñaran, y muchas fueron las que sufrieron grandes contusiones.

Las más extenuadas no pudiendo poner fuerzas de su parte, hubieron de ser abandonadas e inutilizadas para que no pudieran servir a los enemigos.

Poco despues de aquel tremendo paso, la division se hallaba en el famoso camino del Inca.

....

Miéntras tanto las compañías que habian subido a las cumbres nevadas continuaban tiroteándose con los indios que habian desalojado, pero para detenerse a corta distancia.

Tambien se les fué a buscar allá, y nuevamente ellos se retiraron para volver a pararse otra vez con gran pertinacia.

No era conveniente continuar persiguiéndolos y cansar con ello inútilmente a la tropa. Como la division hubiera pasado ya la parte peligrosa, se ordenó replegarse a las dos compañías que ahora venian quedando a retaguardia.

Apénas las vieron moverse, siguieron tras de ellas los tenaces colcabambinos; pero con mala suerte, pues el capitan que mandaba la tropa chilena, dejó tras de un morro un piquete de veinte o treinta hombres con el cual se encontraron cuando ménos lo pensaban.

Esta sorpresa en que perdieron muchos de los suyos, los puso recelosos y no quisieron proseguir tras de la division.

Algunos soldados de esas dos compañías con el reflejo de la nieve habian cegado. ¡Terrible emerjencia, y más aún en aquellas circunstancias!

....

Se marchaba por el camino del Inca.

Ahí no habia peligro de galgas puesto que era la cima de la cordillera; pero habia un frio terrible y un soroche abrumador.

Ya hemos dicho el estado en que se hallaba la célebre calzada de los hijos del sol. Lo mejor que se podia hacer era no caminar por ella sino a su lado, siempre que lo permitiera el terreno, para no ir tropezando en sus piedras removidas por la lluvias.

A veces era preciso andar sobre ellas, en las angosturas o bien cuando se daba con un pantano; entónces no habia más recurso que ir cayendo y levantando por el inolvidable camino del Inca.

Muchos años debia hacer que no se viajaba por ahí, pues no se veian vestijios de que algun ser humano hubiera andado por aquellas remotas punas en todo el siglo, y mucho ménos caballerías, si es que alguna vez habia recorrido la notable calzada desde que fué abandonada de todo cuidado.

Aquellas extensas punas sin vejetacion eran un desierto helado; su suelo enteramente húmedo y aún vertiendo agua, sus laderas escabrosas, sus montículos moteados de nieve y sus atolladeros, todo es cercado por nieblas que impedian ver su confines, era un cuadro de desolacion.

Los soldados abatidos por las fatigas, entumecidos por el frio y angustiados por el soroche, marchaban penosamente envueltos en sus ponchos o frazadas y encorvados bajo el peso de tantas penalidades.

Las bestias, aún las más robustas, iban con las orejas caidas y respirando con fuerza para que no las sofocara el soroche.

De esta manera se anduvo interminables horas hasta que comenzó a oscurecer.

Como ya lo hemos indicado, era lo que se esperaba para hacer alto.

Cuando reloj se para, todas las ruedas de su máquina quedan en el mismo sitio con la diferencia que ahora se hallan sin movimiento. Del mismo modo al hacer alto la division en el camino del Inca los soldados quedaron donde mismo se habian detenido, sin moverse.

Cuando se llegaba a un alojamiento, unos entraban en las chozas donde se iban a hospedar, otros iban en busca de leña, aquellos a traer forrajes, los de mas allà a preparar el rancho. Pero ahora nada de esto habia que hacer, pues no habia ni choza donde alojarse, ni leña que buscar, ni forraje que traer, ni ráncho que preparar; no habia nada, nada más que suelo y cielo, suelo húmedo y barroso, cielo opaco y nublado.

El frio era horrible y no habia una astilla que encender para entibiarse siquiera los dedos entumecidos e inertes.

Lo único que se podia hacer era echarse al suelo y esperar la luz del nuevo dia.

Se descargaron las bestias y se les dejó ahí sueltas.

En seguida cada uno se envolvió lo mejor que pudo en su frazada y se tiró al suelo.

No habia techo ni lumbre para nadie: desde el último corneta hasta el mismo jefe de la division, todo el mundo se hallaba en iguales circunstancias.

Sin embargo, habia algunos cuya suerte era aún más triste: aquellos cuyos equipos se habian perdido en los rios.

Los soldados se atracaban unos a otros y se encojian para que sus piés descalzos no salieran fuera de las no mui largas frazadas.

En un instante todos estaban acostados n el extenso y helado lecho que les ofreian las fríjidas y desiertas punas.

De pronto la jente comenzó a sentir ıos lijeros golpes en la cara, y luego estos e fueron haciendo más repetidos. Era una granizada; parecia una lluvia de cuentas de vidrio; el granizo saltaba al caer sobre las personas y rodaba por el suelo.

Todos esperaban con temor que aquello se trocara en lluvia líquida que los empapase; pero por fortuna la naturaleza se mostró piadosa: hubo sus truenos y relámpagos; mas, la tormenta pasó pronto, a tiempo que entraba la noche.

¡Qué noche aquella para esos hombres que despues de un dia de insuperables fatigas, solo encontraban un pedazo de tierra húmeda donde reposar!... y esto a la intemperie en las punas, sin techo para guarecerse de las lluvias, sin fuego para templar el frio, sin tener siquiera el frugal rancho de otras noches para confortar el estómago.

Tras las fatigas del dia, las penalidades de la noche, y tras de éstas las penurias de un nuevo dia de marcha era lo que se esperaba, con más frio, más cansancio y más hambre, puesto que seria más prolongado el ayuno.

....

Los capitanes Lostan y Soler tendidos uno al lado del otro, tapados con sus frazadas y teniendo por almohadas las sillas de sus caballos, hacian *carreta*, como llamaban los soldados el acto de juntarse dos compañeros para compartir su abrigo.

Orrego no estaba con ellos porque se hallaba de avanzada con su compañía, la cual con otras tres más formaba un gran círculo en rededor del improvisado campamento, tanto para evitar alguna sorpresa de los enemigos como para impedir que los animales se alejaran en busca de alimento.

—¡Que noche tan graciosa la que vamos a pasar!—decia Lostan, encasquetándose un pañuelo que a modo de bonete se habia puesto en la cabeza.

—Por fortuna el granizo ha pasado sin trocarse en lluvia,—contestó Soler.

—Suerte ha sido; pero quién nos asegura que más tarde no se nos venga encima el cielo convertido en agua: aquí el tiempo es una coqueta con más veleidades que aquellas Cármen y Elisa cuyos trapicheos descubristes en tu último viaje a Lima. Con todo, aunque no llueva no nos faltan moliendas. ¡Qué oscuridad! es de no verse las manos, como dice el refran.

—Y con el frio están de no sentirlas.

—Este otro refran si que no viene a pelo; pues yo las tengo heladas y me duelen y me punzan con el mismo frio.

—No es lo peor el frio, sino el hambre, —dijo una voz a pocos pasos de distancia.

—¿Eres tú, Aliaga?

—Sí; aquí estoi *alojado* con Galvez.

—Aunque no te hubiera conocido por la voz, te habria conocido por las ideas. Si se pudiera te ofreceria hacer un cambalache: darte mi racion de frio por tu racion de hambre.

—Lo aceptaria.

—Yo que te conozco te comprendo: tú querrias encontrarte al frente de una humeante cazuela, y luego una gran taza de espumajoso chocolate, tal como saben prepararlo las negras en los mercados de Lima.

—¡Qué diantres! no me estes abriendo el apetito más de lo que está.

—O bien un pocillo de aquel bebistrajo con leche caliente, huevos y canela, que sabia aderazarte Carmencita y al cual llamaba *caspiroleta*; ¿qué tal te vendria ahora?... Pero es el caso que a estas horas Carmencita le estará haciendo *caspiroletas* a algun otro prójimo...

—Déjate de bromas, que no tengo alientos para contestarte... ni reirme puedo, con los labios rasgados como los tengo...

—Así estamos todos. Pero lo que tú tomas por chanzas es una seria reflexion que te hago; es una comparacion entre la vida de allá abajo, al nivel del mar, y la de aquí a diez y seis mil piés de altura, hasta donde ni los buitres suben, ni subirán siquiera a comerse las entrañas de las bestias que hoi se nos han muerto en el camino.

—Creo que ésta ha sido la madre de todas las malas noches que hemos pasado en La Sierra,—dijo Soler.

—¿Y la de Pachachaca?

—Allá siquiera hubo rancho que comer.

—¿Y la de Acobamba para los que no alcanzaron a entrar en la poblacion?

—Ahí llovia a cántaros; pero el frio no era tan terrible.

—Y luego habia el consuelo de estar cerca de una poblacion; miéntras que aquí tenemos en perspectiva para mañana otra jornada como la de hoi.

—De véras que ahora se nos ha juntado todo.

—En fin, vamos viendo modo de dormir, que la noche ésta no vale la pena de amanecerse para gozar de ella... ¡Dichoso camino del Inca, no te olvidaremos fácilmente!...

Tras exclamar estas palabras, Lostan lanzó un grito diciendo:

—¡Qué diablo anda aquí!... casi me han quebrado una pierna de una pisada.

Con dificultad pudieron sus dedos ateridos raspar un fósforo.

A su luz pudo ver la figura de un borrico que por ahí vagaba en busca del pienso que no podia encontrar.

....

No todos tuvieron la suerte de poder esperar sumerjidos en el sueño que trascurrieran aquellas horas de oscuridad y frio.

Muchos se hallaban *asorochados* sintiendo un punzante dolor de cabeza que les impedia dormirse a pesar del cansancio que los tenia abatidos.

LXIV.

Por las alturas.

A las tres de la mañana las espesas nubes dejaban pasar una débil claridad que nacia de la luna menguante, la cual por esos dias salia despues de media noche.

Con esta tenue luz se cargaron las bestias a costa de mucho trabajo, pues la jente tenia las manos envaradas por el frio.

La marcha comenzó de nuevo siguiéndose el mismo inolvidable camino del Inca.

Con la prolongacion de las fatigas y privaciones, las penurias eran naturalmente mayores que las del dia anterior.

Pero lo que más mortificaba a la jente era el terrible frio de la mañana que hacia doler los piés, las piernas y las manos.

Los enfermos y los heridos venian en un estado lamentable, sin remedios ni curaciones desde hacia dos dias, y lo que era peor, sin tomar alimento desde entónces; su situacion era de lo más triste.

La mayor parte de ellos tenian enfermedades del vientre, y por consiguiente la carne fiambre, única comida que podia hallarse, era un veneno para ellos. Se veian, pues, obligados a comer solamente una vez cada veinticuatro horas, cuando se llegaba a un alojamiento y se hacia caldo. Ya sabemos que en la noche anterior no habia habido fuego: ¡cómo estarian aquellos -
felices con un ayuno de dos dias cuand
debilidad requeria las mayores atencio
Para esa clase de enfermedades la c
cia y hasta simplemente la razon, acom

comer varias veces al dia en pequeñas porciones; echarle de un golpe mucho alimento al estómago, es fatal. Los soldados enfermos se veian obligados a comer una vez al dia: fácil es adivinar las consecuencias de tal sistema.

Urjido por el hambre, muchas veces un enfermo pedia a sus compañeros un pedazo de carne fria y la comia.

Si algun oficial lo sorprendia solia decirle:

—Hombre, ¿no ve usted que eso le hace mal? ¿no ha visto cuántos han muerto en el camino por comer lo que no les conviene?

—Pero, mi teniente,—contestaba el soldado con voz pausada,—peor es morirse de hambre.

Y no le faltaba razon; si no se moria materialmente de hambre, la falta de nutricion lo iba consumiendo hasta concluir con él.

Los heridos que eran conducidos en camillas sufrian un martirio constante. El movimiento y los tropezones que daban sus conductores, venian a ser para ellos dolorosos golpes que recibian en sus heridas. No una vez, sino muchas, habiendo resbalado los que lo cargaban, cayeron al suelo y allí quedaron exánimes de dolor.

....

Los colcabambinos se habian vuelto seguramente a su pueblo; pero los pampinos (de Pampas) habian trasnochado para salir al encuentro de los chilenos.

Poco despues de haber amanecido, la division, pisando la nieve, llegó cerca de un collado partido por una hendedura por la cual habia que pasar.

Un grueso grupo de enemigos habia en las cumbres. Apénas estos divisaron a la compañía de vanguardia, con gran alboroto hicieron fuego sobre ella. No obstante el cansancio y el soroche, los soldados al trote avanzaron y a balazos les hicieron soltar su buena posicion.

Por otro lado otro grupo subiendo a una altura separada por una gran quebrada empezó a tirar sobre la division que cruzaba un boquete. La artilleria fué encargada de ahuyentarlo, cosa que consiguió pronto con algunos disparos.

Como habia sucedido los dias anteriores, le los promontorios vecinos a la via que levaba la expedicion, se le hacia fuego; pero poco daño podian los enemigos producir ahora, pues si bien el camino del Inca era pródigo en fatigas para la marcha, en cambio carecia de alturas dominantes desde donde agazapados enemigos pudieran perjudicar a mansalva con balas y galgas.

Varios pampinos cayeron en esos tiroteos, y otros fueron hechos prisioneros.

Cosa del mediodia seria cuando la division llegó a una parte del camino que estaba puede decirse encima de la ciudad de Pampas, que era el fin de la jornada.

Se comenzó a descender.

....

A poco andar se entró en quebradas, y de consiguiente habian pasos peligrosos con cerros a ambos lados.

Se hizo un descanso y mandóse una compañía por las alturas de la derecha y otra por la de la izquierda.

Las dos tuvieron que subir a balazos, pues encontraban enemigos que pretendian detenerlas.

No entraremos en detalles de estos tiroteos por haber ya referidos otros con incidentes semejantes.

Cuando estuvieron tomadas ambas alturas, la division continuó descendiendo a buen paso. Se divisaba al pié el extenso y pintoresco valle de Pampas; esto daba vigor a la jente y los animales que enderezaban las caidas orejas viendo verdeguear el pasto.

Los indios que estaban en las punas, que eran los que hasta entónces habian estado molestando, a medida que pasaba la division se juntaban y venian a retaguardia; pero a gran distancia.

Cuando la cabeza de la division estaba llegando al valle, el capitan que mandaba la compañía de retaguardia resolvió jugar una travesura a los tenaces enemigos que venian tras de la tropa. Con este objeto, al doblar una punta de cerro hizo alto y esperó.

Los indios pampinos seguian las huellas de los chilenos y diseminados por la quebrada y por distantes senderos hacian algunos disparos con mucho entusiasmo.

El capitan Soler era el que con su compañía estaba en la cima de los cerros de la izquierda. Desde ahí observaba lo que sucedia abajo.

La compañia de retaguardia oculta tras de la punta estaba lista. Cuando habia pasado una cantidad de enemigos e iba seguramente a ser descubierta por ellos, hizo un nutrido fuego y se fué a la carga.

La sorpresa aterrorizó a los indios: Unos corrieron hácia atras y otros se treparon como cabras por los cerros de la izquierda; muchos murieron y los mas adelantados fueron hechos prisioneros «para las camillas,» como se decia.

Se persiguió un poco a los que retrocedian y se lanzó algunos tiros a los que subian por la izquierda, con el objeto de hacerlos avanzar hácia arriba, cosa que ellos hacian con toda la lijereza de sus piernas sin sospechar que por huir de las llamas iban a caer en las brasas.

Así fué. Soler andando por la cima de los cerros se habia colocado en un lugar conveniente. Los fujitivos que por la configuracion del terreno nada veian de esto, se acercaban a él, e iban ya tomando brios al verse elevados y disparaban algunos fusilazos para abajo.

De pronto el capitan Soler hizo una señal, y una descarga atronó. Muchos montoneros atravesados por las balas cayeron rodando hasta el fondo de la quebrada.

Desde ese momento los demás se declararon en completa derrota huyendo hácia retaguardia por las laderas.

La multitud de quebradas y hendeduras impidió perseguirlos.

Es de notar que jeneralmente los indios no contaban con que los chilenos subieran a las grandes alturas, pues sabian cuan deficultoso es para la jente de la costa lidiar con el soroche. Pero con esa creencia se llevaban a veces, como aquel dia, solemnes chascos, pues nuestros soldados, aunque con mil fatigas y jadeos, sabian obligar a sus pulmones a satisfacerse con el aire enrarecido de esas elevadísimas rejiones.

....

La compañía de vanguardia tambien habia tenido que ír batiéndose con algunos enemigos que le salieron al frente. Con el concurso de unos pocos granaderos los arrolló. Hasta en el puente que da entrada a la ciudad se vieron sus cadáveres.

La ciudad de Pampas estaba desierta.

En muchas casas se veian banderas blancas; pero sus habitantes las habian abandonado. Las banderas blancas significaban paz; pero el hecho de salir de la ciudad queria decir hostilidad, pues se entendia que el que salia lo hacia para subirse a las montañas y molestar a la division como lo hemos estado viendo.

....

En fin, se habia llegado a una poblacion donde habia techo.

Los habitantes se habian ido; mas, no habia tenido el cuidado de llevarse todas sus gallinas, y habian tantas de estas tímidas aves, que hasta por las calles salian al paso de la tropa.

¡Habráse visto osadía igual! ¡salir al encuentro de jente que traia cuarenta y ocho horas de abstinencia! Poco les faltaba para decir en castellano claro:

—¡Queremos que nos echen a la cazuela!

Si gallinas no faltaban, la abundancia de huevos era aún más notable: habia millares.

En un santiamén los soldados prepararon fritadas de docenas, y los engulleron en tal cantidad, que cuando estuvo listo el rancho, raro fué el que quiso comerlo.

Tambien encontraron chancaca y harina, de manera que las sopaipillas con miel fueron a juntarse con los huevos en aquellos estómagos que durante dos dias habian estado haciendo vacío... como una máquina neumática...

LXV.

En Pampas.

Es Pampas una ciudad un poco menor que Huanta y con ménos comercio; pero en ella no faltaba donde alojarse, y habia techo para un número de jente diez veces mayor que el de la division chilena.

El teniente Alvar y su amigo Martel habian sentado los reales en una casita dentro de la cual hallaron una pieza con estera: esto significaba un gran lujo para individuos que venian teniendo por piso y aun por cama en sus alojamientos el suelo desnudo.

Y todavía lo de encontrarlo desnudo era una suerte, pues los indios acostumbran tener dentro de sus reducidos ranchos gallinas, cuyes y chivatos o corderitos pequeños que a la intemperie podrian morir de frio. Decir que hospedaban a todos esos animales y agregar que sus dueños ignoran el uso y hasta la existencia, quizás, de las escobas, es suficiente para que se comprenda... lo que preferimos callar. En las alturas los chilenos acosados por el frio se veian obligados a hacer la vista gorda... al fin y a cabo peor era acostarse al raso y amanecer helados.

Alvar y Martel estaban, pues, mui satisfechos de ver una estera debajo de sus camas y habian pasado la noche como dos príncipes; ¡tan cierto es que los bienes de la tierra se aprecian por comparacion! Aquella pieza blanqueada sobre los ladrillo, de cuyo piso se extendia la dichosa esteras les parecia un palacio comparada con los alojamientos precedentes.

Luego que se levantaron fueron hacer una visita al soldado Peralta.

Encontraron al pobre herido de espaldas en su camilla, flaco, pálido, demacrado; aunque su herida no era de gravedad, la falta de atenciones y reposo que no habia podido tener durante la marcha, le habian reducido a un triste estado.

—Aquí me tiene, pues, mi teniente,—decia Peralta, contando sus penas;—el que ántes no se cansaba trepando cerros por ahí, ahora está que no puede ni enderezarse... Lo que más me mortifica es que cada tropezon que dan los que llevan la camilla lo siento yo en la pierna... He perdido la cuenta de las veces que me he ido camilla abajo... Tantos dolores me tienen ya tonto... Más valiera que me hubiesen apuntado en la cabeza, así habria sido más descanso para mí y tambien para los que me traen en peso, que cada vez que dejan la camilla en el suelo para remudarse, me miran con unos ojos... como diciendo: "¿Cuándo se morirá este diablo para no tener que andar con él al hombro?"...

Los dos oficiales trataron de alentarlo, haciéndole ver que solo faltaban dos jornadas para llegar a Huancayo, y que allá cambiarian las cosas de aspecto.

Ambos regresaron a su habitacion y allá tuvieron un almuerzo opíparo: cazuela de gallina, huevos cocidos, empanaditas fritas y café endulzado con chancaca; aquello sobrepujaba a los festines de Lúculo despues de los hambres pasados. En cuanto a la carencia del pan poco se notaba, pues ya las bocas se habian acostumbrado a comer sin él,

—Hoi tenemos un dia de completo descanso,—decia Martel cuando terminaban el almuerzo;—ni tú ni yo tenemos servicio que hacer,

—No deja de ser ventaja para aprovechar a nuestras anchas de este dia de reposo.

—¿Cuándo continuaremos la marcha?

—Aun no se sabe si mañana o el dia subsiguiente.

—En fin, con dos jornadas más estaremos en Huancayo.

—Pero desde ahí aun nos quedarán siete ocho o nueve más para llegar a Lima. En ningun caso nos hallaremos allá ántes de dos semanas.

—Te comprendo,—dijo Martel sonriéndose;—allá está el punto interesante para tí; miéntras no estés en la capital difícil será que tengas alguna noticia de Lucía.

—Es claro. ¿Qué habrá sido de ella? ¿si habrá partido de Huanta? ¿si habrá podido llegar a la costa? ¡Pobre niña! ¡tanto sufrir.

—De véras que es de compadecerla.

—En todos estos dias con las marchas, los tiroteos, los rios y las mil bromas, no he tenido tiempo de pensar en nada.

—Es cierto que al tener un dia de sosiego se pone uno a hacer un resúmen de lo que le ha pasado.

—A propósito; aun no me has contado en qué quedaron tus asuntos.

—¿Cuáles?

—Aquellos con la serranita María.

—Hombre... poco tengo que contarte... Nos despedimos con gran ternura; ella se aflijió algo... pero no mucho; luego yo me vine dejándola donde mismo la habia habia hallado. Ella no piensa en salir nunca de Huanta, y yo no pienso en regresar jamas allá. Ese fué el fin de la historia; tuvo el desenlace comun y corriente entre nosotros; ya sabes lo que dice la copla.

El amor del soldado
Dura media hora;
En tocando la caja,
Adios, señora....

....

Ese dia el jefe de Estado Mayor hizo con algunos oficiales una excursion para reconocer el camino que se debia seguir. Anduvieron bastante por el valle y llegaron a un punto donde éste angostaba hasta concluir en la boca de una quebrada.

Algunos fusilazos que les tiraron desde los cerros les hicieron comprender que los enemigos estaban alerta y que la division tendria molestias para la marcha.

Pero no fué infructuosa su excursion, pues vieron los puntos convenientes para ser ocupados por fuerzas chilenas y dominar el pasaje.

....

Ya hemos dicho que los habitantes habian abandonado la ciudad; pero no faltó

un individuo que ménos receloso que sus paisanos, se quedara ahí.

Por aquel sujeto se tuvieron algunas noticias.

Pocos dias há una montonera habia llegado a Pampas perorando a los vecinos para que se resistieran a la pasada de la expedicion. Abandonar los hogares, empuñar el fusil, subir a la montaña y pelear, esa era la obra del patriotismo.

Algunos vecinos opinaban que la jente de armas bien podia salir a batirse, sin perjuicio de que las familias quedaran en sus casas.

Pero no; los montoneros decian que quienes permanecieran en la ciudad prestarian recursos a los chilenos, y para evitarlo era preciso que todos se fueran, so pena de ser considerados como chilenosos y tener que vérselas con ellos mismos.

Fácil es adivinar el sacrificio que imponian a aquella desgraciada jente, la cual, entre otros motivos, no queria dejar sus lares porque ya anteriormente dos veces habia cundido la alarma de que los chilenos iban para allá y en ambas ocasiones todo el mundo se habia subido a las montañas, y despues de pasar amargos dias habia regresado sin que los chilenos hubieran aparecido.

Por tercera vez hubieron de ceder los pampinos a los deseos de los montoneros, más por temor a estos mismos que a la expedicion chilena.

Obligar a las familias a sufrir la intemperie y las privaciones de las desoladas alturas era, a la vez que cruel inútil, pues ya mui bien sabian que en las poblaciones cercanas de Zapayanga, La Punta, Huancayo, etc., los chilenos jamas habian hecho daño a los habitantes pacíficos.

....

Aquel dia de descanso fué un gran alivio para la tropa, y quizás el dia siguiente tambien se hubiera dedicado al reposo a no ser porque estaban escaseando las reses para el consumo de la division.

Se resolvió, pues, que en la mañana próxima se continuaria caminando.

LXVI.

Ultimos tiroteos.

Las tres de la mañana era cuando salian de Pampas tres compañías de infantería para tomar alturas desde donde pudieran protejer el paso de la division tal como se habia dispuesto en el reconocimiento hecho el dia anterior. Dos de ellas se dirijieron al cordon de cerros de la izquierda y la otra al de la derecha.

Grande fue el trabajo que costó la ascencion en medio de la oscuridad por laderas roqueñas y escabrosas; pero se llevó a cabo con las dificultades de que en otras ocasiones hemos hablado. Al venir dia ya se tenian tomadas las posiciones eminentes.

....

Al mismo tiempo que salian de la ciudad aquellas fuerzas, el grueso de la division se preparaba para marchar.

Hacer los rollos, cargar las bestias, ceñirse la fornitura y la canana, cojer el rifle y formar cada uno en su compañía; ya sabemos que esto era la principal parte y casi el total de los preparativos, a lo cual no faltaba el inseparable acompañamiento de rabietas y reniegos, porque en medio de las tinieblas, ya era que un borrico se extraviaba, ya que algun soldado no podia encontrar alguna pieza de su equipo, ora a otro se le cortaba una correa y no veia cómo componerla, ora el de más allá daba un tropezon y concluia de bruces el reniego que empezara de piés: a pesar que eso era la obra de todos los dias, nunca dejaban de sobrevenir pequeños inconvenientes imposibles de evitar. Pero con todo, en ménos de una hora ya no habia nada que hacer y la division podia marchar: seiscientos animales, unos con su carga y otros con su silla, estaban listos; diestros con la práctica, en una hora los soldados hacian lo que sin ella habria demorado medio dia.

Antes de la cinco de la mañana la division salia de Pampas y cruzaba el valle.

En los primeros momentos, el camino llano y la «yegua madrina» del bagaje haciendo sonar su cencerro, traia a la memoria los campos de Chile; pero en los contornos no se divisaban árboles, ni en el camino se veia revolotear a las madrugadoras diucas, y si el recuerdo de la patria ausente hacia lanzar un suspiro a los soldados, el aire enrarecido de La Sierra entrando en sus pulmones disipaba por completo la ilusion: aquel aire pobre, débil, exhausto, no era el que habian respirado al venir al mundo.

A este propósito recordamos haber oido decir a un soldado por aquellos parajes:

—Yo no sé por qué encuentro que este aire no es tan *macizo* como el de Chile o el de la costa.

Ese soldado no tenia de la física los conocimientos necesarios para expresarse de una manera científica; pero no por eso su expresion dejaba de ser exacta. Eso de la macicez explicaba perfectamente bien el caso.

La division avanzaba por el valle que iba angostando cual ya ántes lo dijimos.

En las alturas tanto de la derecha como de la izquierda, las compañías ahí colocadas divisaban enemigos y oian los bombos y pitos con que se alentaban a la pelea.

Luego se trabaron combates semejantes a aquellos de que ya hemos hecho mencion. Los motoneros eran numerosos y tenian caballería; tocaban cornetas y se daban aires de emprender una lucha formal.

La division habia llegado a los confines del valle y entraba en la quebrada oyendo silbar las balas de los enemigos que llegaban hasta ella.

Las compañías corriendo por las cumbres de ambos lados y mandando piquetes ya por aquí, ya por allá, ejecutaban la obra de protejer la pasada de la division.

Por momentos la division hacia descansos para dar tiempo a los de arriba que tomaran las posiciones convenientes, o bien se ordenaba que la compañía de vanguardia y algunos granaderos se extendieran hácia las eminencias.

Por fin la division ascendiendo por la quebrada llegó a las punas, a la parte alta, lo que pudo hacer sin gran peligro merced a la proteccion prestada por las compañías mandadas previamente por los cordones de los cerros. Estas habian tenido que sostener rudos tiroteos, en cuyo detalle no entraremos por ser una repeticion de otras empresas análogas ya referidas con algunos pormenores. Hubo piquetes hábilmente ocultados para dar sorpresas a los montoneros que seguian tras de la fuerzas expedicionarias; se tomaron armas y se hicieron prisioneros.

La compañía de retaguardia no habia salido de la ciudad sino media hora despues que la division, y como gran cantidad de enemigos hubiera estado esperando que el grueso de las fuerzas se moviera para entrar en la ciudad, aquella compañía se habia visto obligada a venir tiroteándose con los que desde atras venian haciendo fuego sobre la division.

Algunos soldados conductores de bestias que por algun desarreglo en las cargas se quedaban un instante atrasados, al punto eran hostilizados por enemigos. Se hacia necesario a la compañía de retaguardia dejar piquetes para protejerlos. Esto fué en las primeras horas, pues el que mandaba la compañía tomó pronto las providencias necesarias para que ningun soldado quedara tras de ella.

Pasando por todas aquellas peripecias la division llegó a Pázos.

Pázos es un caserío, o más bien dicho, una ranchería mui pequeña y abandonada, de manera que los ranchos, con excepcion de cuatro o cinco, carecen de techos, pues los viajeros se han servido de ellos como del único combustible que podian encontrar.

Aquel lugar está en las punas y por consiguiente hai en él frio, soroche y carencia de recursos.

Estaba ya anocheciendo cuando la division arribó a aquel desolado paraje, donde hubo de alojar a la intemperie como en el camino del Inca, pero aquí el frio no era tan excesivo ni tampoco el soroche tan abrumador; además se pudo tener lumbre para preparar el rancho destruyendo el techo de alguna choza y haciendo fuego con los palos que en ella servian para sujetar la paja.

....

Lo que hizo más pasajeras las penurias de esa noche fué la esperanza de llegar a Huancayo el dia siguiente.

El trayecto era largo para recorrerlo en un solo dia; pero valia más hacer un esfuerzo que tener aun otra noche de penalidades.

LXVII.

Llegada a Huancayo.

Todavía no estaba bien claro cuando la division salia de Pázos.

Al fin y al cabo poco perdia con dejar aquel alojamiento donde al raso habia soportado el frio de las punas, como poco habia perdido dejando tantos otros anteriores entre los cuales descollaba el memorable del camino del Inca.

Los senderos eran de la misma ralea que la jeneralidad en aquellas alturas; pero ahora se venia de bajada, lo cual proporcionaba algun alivio.

Sin embargo, lo que más aliento daba a la tropa era el deseo de llegar ese dia a Huancayo. Conocida es la influencia que lo moral ejerce en las fuerzas físicas: aquellos soldados alentados por la esperanza de arribar a una ciudad que ya conocian y donde hallarian amigos puesto que estaba ocupada por tropa chilena, encontraban en sus agotados miembros vigor para avanzar a buen paso.

Cosa de las nueve o diez de la mañana seria cuando se llegó a un trivio que ya conocian los soldados. Ahí se bifurcaba en dos brazos el camino que iba de Pucará: el de la derecha se dirijia a Acostambo, por donde a la ida habia seguido la expedicion; el otro era el de Pázos.

—Por ahí fué por donde nos fuimos,—decian los soldados.

Y en sus rostros demacrados se dibujaba una plácida sonrisa como si aquel trivio fuera un amigo a quien volvian a encontrar despues de larga ausencia.

Es necesario darse una cuenta cabal de las circunstancias en que se hallaban esos hombres para comprender su alegría.

Marchar por caminos desconocidos con mil fatigas y tropiezos, sin saber con seguridad dónde está el alojamiento ni las dificultades que habrán de vencerse para llegar a él, es algo que hace doblemente penosa la via.

—Una o dos leguas faltan y el camino es llano,—habian solido decir los guias en muchas ocasiones.

Y se habia marchado horas de horas sin que ese par de leguas terminara, y el camino anunciado como llano era una continuacion de horribles desfiladeros.

Por esto la jente estaba recelosa y no creia, tratándose del camino, sino en lo que veia.

Así es que al llegar al punto antedicho sentia un gran placer, pues ya sabia positivamente cuanto tenia que andar y cuales eran los inconvenientes que le quedaban por superar.

Salir de lo desconocido era un gran consuelo; tal lo manifestaban los semblantes con su contento.

No eran los enfermos los ménos satisfechos. Estos venian en su mayor parte a caballo, pues como anteriormente lo hemos dicho, sólo aquellos del todo imposibilitados y que no tenian fuerza para mantenerse en el lomo de una bestia eran quienes venian en camillas. Si estar doce o catorce horas diarias cabalgando es fatigoso para un individuo sano, ¿que será para un enfermo? ¡A cuántos sorprendió la muerte montados en sus extenuadas cabalgaduras!

Conociendo ya el terreno que pisaba, la tropa sentia brios para caminar y avanzaba a paso largo.

....

Cuesta trascuesta se bajaba por donde mismo se habia subido dos meses y medio ántes.

Por fin comenzaron a divisarse verdeguear los alfalfares y maizales de Pucará.

Las bestias que llevaban dos dias de abstinencia, pues desde Pampas sólo se habian alimentado con el recuerdo de lo que allá comieran, adelantaban sus gastadas uñas con la mayor lijereza de que eran capaces, lo cual formaba contraste con lo sucedido en las primeras horas de la mañana cuando sus conductores para hacerlas andar tenian que apelar a la dureza del látigo... ménos curtido que el pellejo de aquellas infelices.

Entre ellas venia la yegua tordilla de Soler, la Cenicienta; la marcha, su herida y sus ayunos, la habian reducido al más mísero estado de congoja y amargura: Rocinante, el de don Quijote, delante de ella habria parecido un cerdo cebado. ¡Pobre Cenicienta! las carnes se le habian ido; no se sabe por donde, pero lo cierto es que dentro del cuero sólo le quedaban los huesos.

Dia a dia durante la marcha se le habia ido disminuyendo la carga para aliviarla, y ella dia a dia tambien habia ido mermando en fuerzas y en cuerpo. Cuando estaba a la vista de Pucará, hacia ademan de querer apurar el paso, y al tropezar en las breñas, miraba los lejanos potreros y bajando la mustia cabeza parecia decir: «No alcanzaré hasta allá.» Sus enjutas piernas se doblaban como agobiadaspor un enorme peso, y sin embargo, toda la carga que conducia la Cenicienta era... un violin, aquel tosco y pequeño instrumento fabricado por los indios que ya mencionamos anteriormente: los asistentes se lo habian colocado encima por travesura.

....

Ya sabemos que Pucará se encuentra situado en las faldas de una colina y que hasta el pié de ésta llega el extenso valle en que se encuentra Huancayo.

La division atravesó el pueblo sin detenerse hasta llegar al plan; ahí tuvo un lar-

go descanso para esperar que se juntara y uniera toda la tropa.

Desde ahí se iba a marchar en otras condiciones. Ya no habia subidas ni bajadas ni desfiladeros, por consiguiente la tropa caminaria en correcta formacion de dos filas.

Además no habria necesidad de estar continuamente distrayendo jente para tomar alturas, pues ya el peligro de encontrar enemigos emboscados habia concluido, puesto que en esos terrenos no habia puntos dominantes que pudieran ocupar.

Los combates y tiroteos habian cesado. Quizás los cuatro o cinco soldados que perecieron el dia anterior entre Pampas y Pázos fueron los últimos chilenos muertos por las armas de los enemigos en la luctuosa y larga guerra de cinco años.

....

Con anticipacion se mandó jente de a caballo que adelantándose fuera a Huancayo para anunciar el arribo de la division con el objeto de que se tuviera listo el alojamiento que debia ser el mismo que se tenia al tiempo de la partida.

En buena formacion y a buen paso avanzaba la tropa por la ancha y llana via que cruzaba el valle. ¡Qué comparacion con los caminos que habia venido recorriendo los dias precedentes!

Un regular trecho despues de haber pasado el pueblo de La Punta, Lostan reconoció el sitio donde se habia encontrado con Rosa y su padre hacia tres meses. Dulces recuerdos conmovieron el pecho del capitan y naturalmente le acudió a la imajinacion la pregunta de si la volveria a encontrar en Huancayo.

....

Faltaba todavía más de una hora de camino cuando en direccion opuesta a la que traia la division se vió venir algunos jinetes.

Eran oficiales de la guarnicion chilena que habia en Huancayo, quienes venian a recibir a sus compañeros. Cada uno de ellos traia una botella de cerveza o de *vermouth* para agasajar con una copa a los que llegaban.

Los afectuosos saludos, y tras de estos las preguntas y respuestas que se cruzaban son fáciles de adivinar.

Pero lo que tal vez más satisfaccion causaba a los de la fuerza expedicionaria era que les traian la correspondencia de Chile que se les habia estado acumulando en todo el tiempo transcurrido.

Desde principio de setiembre, o mas bien desde agosto, hasta ese dia que era el 26 de noviembre, toda esa jente no habia recibido la menor noticia de sus familias. Ya se comprenderá con cuanta ansiedad se abrian las cartas y se devoraban sus pájinas.

Los oficiales iban con manojos de ellas repartiéndolas a sus dueños en las compañías. Tenian constantemente que echar algunas a un lado porque en el sobre se leia el nombre de algun soldado que habia perdido la vida durante la expedicion.

....

Hácia las dos o tres de la tarde entraba la division en Huancayo con su jeje a la cabeza. Hacia un quemante sol; pero el coronel no habia querido adelantarse con sus ayudantes, deseando sin duda compartir con sus soldados hasta las últimas penurias de la marcha, como las habia compartido en los espesos bosques, en los caudalosos rios, en los peligrosos desfiladeros y en las elevadas punas. Los riesgos y penalidades habian sido para todos: las balas y las galgas, los torrentes y los desfiladeros, las privaciones, el soroche, el frio, la lluvia y las tormentas, los habian igualado a todos, como la nieve por las cordilleras cayendo sobre sus cabezas habian dejado igualmente blancos todos los képis, ya tuviera el cordoncillo de lana del soldado o la trencilla de oro del jefe u oficial.

Triste era el aspecto que presentaba la tropa entrando en la ciudad, con las *chalalas* que solo cubrian la planta del pié, con la ropa poluta y hecha jirones, el rostro pálido y demacrado, las narices desolladas, los labios partidos, la barba y el pelo intonsos; con el cuerpo encorvado y enflaquecido por las fatigas y privaciones, y revelando a primera vista los sufrimientos que habia tenido que sobrellevar en aquella expedicion, una de las más penosas de toda la guerra.

....

Como estaba dispuesto, la jente se distribuyó en los mismos cuarteles que tenia ántes de su partida.

El batallon Maule que estaba de guarnicion en Huancayo fué enviado a Jauja y con esto hubo más espacio para los recien llegados.

....

La expedicion a Ayacucho habia terminado.

Una division de mil quinientos hombres habia llegado hasta esa apartada ciudad y habia regresado. Venciendo toda clase de incovenientes, superando toda clase de obstáculos, habia llegado hasta el centro de la nacion contraria sin que nada pudiera contenecrla en su propósito, atravesando comarcas pobladas por miles de enemigos donde todo le era hostil; los hombres y la naturaleza: aquellos con sus armas, sus galgas y sus emboscadas; ésta con todos sus elementos desencadenados y bravíos: el agua con sus lluvias y sus rios; el sol con su abrasadores rayos en las hondonadas; la tierra con sus punas, desfiladeros y precipicios; el aire con sus tormentas y soroche: todos los elementos la habian combatido y habian tenido asechanzas para con ella: el agua que unas veces faltaba para humedecer los labios, otras se precipitaba en torrentes arrebatando preciosas vidas; el fuego que en unas ocasiones faltó para entibiar los entumecidos cuerpcs y hasta para cocer la dieta de los enfermos, en otras cayendo en rayos del sol quemaba las encorvadas espaldas de la tropa; la tierra que jeneralmente ofrecia al pié la dura roca, otras veces disimulaba pérfidos pantanos o cascajo mal prendido al borde de los precipicios; el aire que era pesado durante las tempestades, se enrarecia en las punas y repechos hasta negar la respiracion a los angustiados pulmones. A la division, lo repetimos, en aquellas comarcas, todo le habia sido hostil: los pueblos y la naturaleza; con todo habia combatido, con todo habia luchado, dia a dia, hora a hora, sin reposo, sin descanso, y regresaba tranquila por haber cumplido con su mision sin haber encontrado una valla que no consiguiera salvar.

Los sacrificios habian sido grandes pero la obra se habia consumado.

Desde el principio de la guerra la nacion vencida habia visto que no podia resistir el avance de las huestes enemigas, ni con sus cañones en el mar, ni con sus rifles en la costa. Le quedaba La Sierra, defendida por el baluarte de granito más poderoso que existe en la faz de la tierra: ¡la Cordillera de los Andes!

—«Aquí no vendrán,» —se dijo;—sólo el *shucui* del serrano encuentra seguro piso en los despeñaderos de La Sierra; sólo sus pulmones pueden resistir el soroche.»

Ante este desafío, el soldado chileno empuñó su rifle, subió montañas tras montañas aquellas que son las gradas de esa colosal escala cuyo último tramo es la blanca cima de la Cordillera, y angustiado por el cansancio, destrozado por la breñas y oyendo a la vez el zumbido de las balas y el silbo de su pecho urjido por el soroche, en su patriotismo encontró fuerzas para llegar a la meta; y tiñendo la nieve con la sangre de sus desgarrados, piés en la cumbre más alta de los Andes clavó el asta con la bandera tricolor.

Roja la sangre vertida, blanca la nieve acopiada en las montañas, azul el cielo con que éstas confinaban: he ahí simbolizado el tricolor en el fastijio, dominando hácia el poniente los arenales de la costa y hácia el levante las punas y los bosques.

....

Era preciso convencer al enemigo de su impotencia, era menester probarle que ni con los favores de la naturaleza, ni con las balas de sus rifles, ni con las galgas desprendidas de los despeñaderos, podrian poner un óbice a la hueste chilena.

Esta fué la obra emprendida por la expedicion que marchó sobre Ayacucho: ya hemos visto cómo la cumplió.

En los espesos bosques y en las desiertas punas, en las profundas quebradas y en las elevadas cumbres, siempre fueron arrollados los enemigos.

Y estos con desesperacion contemplaban que así como los vencia a ellos, superaba igualmente los obstáculos que le ofrecia la naturaleza.

LXVIII.

El capitan Lostan reconoce que ya habia tenido lugar la despedida.

Cual ya lo dejamos dicho, la tropa recien llegada habia ocupado en Huancayo los mismos cuarteles que tenia al tiempo de partir.

Los oficiales, salvo pocas excepciones, se instalaron tambien en las mismas piezas que ántes tenian.

Lostan, Soler y Orrego se hospedaron en la habitacion que ya conocemos.

Luego que dejaron instaladas sus c[illegible] pañías en sus respectivas cuadras acudie[illegible] a su alojamiento. Su primer cuidado [illegible] hacer atender sus caballos: que los dese

llaran, que los llevaran a beber y que les buscaran pasto. Cuidar primero de las cabalgaduras que de sí mismos era la costumbre adquirida en las marchas; en ellas bien se puede decir que los caballos son las piernas de los jinetes, y para caminar lo esencial es que las piernas estén firmes.

Despues de tomar las disposiciones convenientes para la bienandanza de sus bestias, se sacaron los ponchos y maletines que echaron a un lado, y se hicieron cepillar un poco la ropa, que no necesitaba tanto del cepillo como del batan, y aun del telar. Con ella puesta sus dueños habian dormido, se habian echado mil veces en el suelo a descansar, habian hendido enmarañados bosques, y luego el sol, la lluvia y el polvo; todos esos vaivenes no eran para conservarle el color y el pelo a la ropa.

Lostan viendo que su chaqueta blanqueaba por algunas partes, extendia sus manos quemadas por la intemperie, y decia:

—Yo me miro la ropa y me miro la piel; las examino y pienso que o el blanco de mi cuero se ha pasado al paño, o el negro del paño se ha pasado a mi cuero; sea una o otra cosa, reniego del cambalache.

Concluido el somero aseo del cepillo, se hicieron echar un poco de agua en las manos, y despues de lavárselas ahuecándolas, convirtiéronlas en lavatorios *manuales* para mojarse la cara.

Tras de esta operacion salieron a la calle.

Se dirijieron al hotel; pero allá se encontraron con que a consecuencia de la paralizacion del comercio y escaso movimiento de viajeros, no se habia echado leña al fogon de la cocina desde dias há.

No quedaba otro recurso que irse a un café chinesco donde algunos hijos del gran imperio hacian chirriar las sartenes.

Así lo ejecutaron, pues el hambre apuraba demasiado para esperar que los asistentes hicieran de comer; además era justo dejar a éstos descansar.

Sentados junto a una mesa de no mui limpio mantel aguardaron que los *compales* fueran trayendo sus manjares.

Los estómagos hambrientos son poco melindrosos; así nuestros tres capitanes que desde el dia anterior sólo habian comido algun pedazo de carne fiambre, se saboreaban con lo que les servian.

—En fin,—decia Lostan,—sea bueno o sea malo lo que hai en los platos, lo comemos con cuchara, cuchillo y tenedor, y sentados a la mesa; este es un paso que damos hácia la civilizacion, un paso de regreso hácia nuestras antiguas costumbres que dejamos allende los Andes. Del mismo modo que habiendo llegado hasta acá nos encontramos en un término medio, entre la vida salvaje de las montañas y la que se lleva en las ciudades de la jente blanca.

—De véras,—observó Orrego,—que aquí, viniendo de más a lo interior, nos encontramos en el purgatorio, entre el infierno y el cielo, éste está en la costa y ése en las montañas.

—Miéntras tanto,—añadió Soler,—nos estamos alegrando de hallarnos en Huancayo sin acordarnos de que aún nos faltan nueve jornadas para llegar a la costa y entre ellas las de atravesar los Andes.

—Que no es la más lisonjera perspectiva. Pero llegando aquí le hemos dado fin y remate a la expedicion a Ayacucho.

—Sólo nos falta dar otro empellon para llegar a Lima.

—Dí a sus cercanías.

—Es cierto que aquí nos hemos hallado con la noticia de que el ejército chileno se ha retirado de Lima.

—Lo siento por Soler,—dijo Orrego sonriendo,—que ya no podrá verse con aquella dama llamada Luisa a quien le debe una explicacion, y por Lostan que no podrá continuar la aventura que dejó comenzada con Blanca.

—Hombre, aquello no fué más que un conato de aventura, una cancion que se cortó en las primeras notas del preludio, y ya comprenderás que habiendo transcurrido cinco o seis meses, no era cosa de ir a continuar la misma solfa.

—Entre tanto,—replicó Orrego con sorna,—ya Blanca habrá estado cantando otras canciones... a duo...

—Lo creo, y sobretodo cuando sé que tiene a la vista el tentador ejemplo de su amiga Elisa, quien hace tres meses ya se tuteaba con otro prójimo...

Este recuerdo no debió agradar mucho a Orrego.

Lostan se interrumpió para lanzar una exclamacion:

—¡Estos endemoniados chinos le han echado a destajo el ají a su comida!... es como ponerse un sinapismo en la boca... bendito el provecho que le hace a los labios, rasgados como los traemos...

Los tres amigos siguieron conversando durante la comida, y cuando ésta concluyó

salieron a la calle, donde encontraron otros compañeros con quienes charlar.

....

Lostan traia una carta de contestacion que doña Manuela Melgar le habia dado para el padre de Rosa.

El capitan conocia mui bien la casa donde el señor Gomez se habia alojado con su hija tres meses ántes en la ciudad y tenia la intencion de ir allá; pero no habia querido hacerlo en el dia con el fin de evitar que algunos de sus compañeros lo vieran y le hicieran preguntas indiscretas. Esperó la noche.

Despues de la retreta las calles estaban débilmente alumbradas por escasos faroles que colgados frente a algunas puertas ostentaban la luz de raquíticas velas.

Lostan salió de su habitacion en la cual dejó acostándose a sus compañeros rendidos de sueño, y se hechó a andar.

Miéntras caminaba mil dudas se le ocurrian: ¿estaria Rosa en Huancayo? no estaria aún en Huancavelica? ¿iria a verse con ella esa misma noche? ¿habria pasado ya para Tarma? ¿iria en viaje para Ayacucho?

Pensando en todo esto llegó a la casa consabida y llamó a la puerta sin vacilar.

Una chola vino a abrir.

—Está aquí el señor Gomez,—preguntó Lostan.

—Gomez, no conoceré, — contestó la chola con la entonacion peculiar de la jente de su raza y mirando con recelo al oficial.

Este comprendió que difícil seria obtener de ella las noticias que deseaba inquiiir, y replicó:

—Deseo hablar con la señora dueña de esta casa.

La voz de una persona que seguramente debia estar tras de la chola, se dejó oir en la oscuridad, diciendo:

—Aquí me tiene usted.

La que habia hablado era una señora que asomó la nariz por el angosto hueco que dejaba la puerta medio abierta. Para ahuyentar la desconfianza de aquella jente, el capitan contestó:

—Traigo de Huanta una carta para el señor Gomez; se la envia su hermana; sabiendo que ese caballero ha estado otras veces alojado en esta casa, he venido a buscarle aquí.

—Ha hecho usted mui bien; pero ahora Gomez no está en casa, ni tampoco en Huancayo.

—¿No habrá vuelto aún de Huancavelica?

—Sí regresó hace más de una semana; estuvo aquí dos dias y siguió para Tarma.

Por tener alguna noticia de Rosa, Lostan añadió:

—Si estuviera la señorita hija de él podria entregar a ella la carta: seria la misma cosa.

—Pero es el caso que la niña está con él; vino y se fué con su padre.

....

Lostan habia echado a andar regresando a su habitacion despues de oir aquellas noticias y de despedirse de la señora.

—Cuando volvamos a la costa,—pensaba miéntras seguia su camino pausadamente, —pasaremos por Tarma y allá entregaré la carta y tendré ocasion de ver a Rosa; como es probable que en esa cindad descansemos un dia, habrá lugar de despedirse con calma.

El encuentro de un compañero que venia en direccion opuesta cortó el hilo de sus pensamientos. Era el capitan Galvez.

Este se detuvo diciendo:

—¿Sabes que nos vamos pasado mañana?

—¿Es cosa resuelta.

—Sí.

—Es decir que dentro de una semana estaremos en Tarma,—replicó Lostan de cuya imajinacion aun no se habian desvanecido ciertas ideas.

—No tal.

—¿Cómo?

—Llevaremos otra ruta; nos vamos por Cachicachi ahorrando una jornada; Tarma quedará léjos.

Lostan no contestó nada, y Galvez añadió:

—En fin, mañana conversaremos... voi a acostarme porque estoi rendido de sueño. Hasta mañana.

Tras de esto se marchó.

El capitan Lostan se quedó un momento pensativo y al cabo murmuró:

—Nos vamos por Cachicachi ahorrando una jornada... justamente la jornada que no hubiera querido ahorrar... ¡Mui bien!... esto quiere decir que mi definitiva despedida de Rosa no tendrá lugar, sino que ya lo tuvo; no será en Tarma, sino que ya lo fué en Huancavelica.

LXIX.

El campamento de Chorrillos.

Al desocupar a Lima el ejército chileno se habia retirado a Chorrillos.

Esta ciudad estaba casi totalmente destruida y los batallones para tener alojamiento se habian visto en la necesidad de improvisar cuarteles.

En los potreros vecinos se habian construido grandes ramadas que servian de cuadras para la tropa y habitaciones para los oficiales.

Los piés derechos y las vigas eran de madera labrada; pero las paredes y el techo estaban formadas por cañas, paja o *totora*. Estos materiales se colocaban a medida que se les traian de los campos vecinos; miéntras estaban verdes ofrecian un bonito aspecto; pero tan pronto como se secaban cambiaba por completo la apariencia.

Y no hubiera sido nada esto, sino que al mismo tiempo de perder el color perdian una parte de sus dimensiones, de manera que dejaban numerosas rendijas por donde se colara el polvo fino y seco que en espesas nubes venia desde los caminos próximos.

Además de la jente, tambien habia encontrado hospedaje en las ramadas una pasmosa cantidad de insectos: habia mosquitos, zancudos, *titiras*, pulgas y otras especies de bebedores de sangre humana, en tal abundancia que es difícil imajinársela siquiera. Los soldados por librarse de ellos salian a dormir fuera de aquellos techos, al raso, pero hasta allá los perseguian los pertinaces bichos, unos con sus lancetas y otros con sus trompetillas; aquellos picando en silencio, y éstos celebrando el festin con la aguda y tremebunda música de sus zumbidos.

Saeteada la piel por los aguijones y herido el tímpano del oido por el monótomo concierto, muchos no lograban dormir, y a veces algun soldado afiebrado por todo aquello, solia exclamar en medio de su insomnio:

—¡Píquenme pero no me canten!

Era de ver durante el dia a los soldados espulgándose como unos macacos y deseando ser cuadrumanos como éstos para darse abasto.

Hácia la tarde solian venir de los cañaverales enormes bandadas de zancudos haciendo sonar sus infaustas trompetillas en son de guerra; formaban nubes, eran verdaderas invaciones. Los soldados corrian à cojer sus frazadas y blandiéndolas tras de ellos, los derrotaban en medio de las risas a que se prestaba aquel combate

Todo este negocio de los bichos punzadores no habria pasado de producir algunos lances que tenian de lo molesto y de lo cómico a la vez, a no ser porque entre aquellos habia unos algo ponzoñosos, pues sus picaduras ocasionaban a veces irritacion y muchos soldados a consecuencia de ellas tenian que ir a parar al hospital.

Fuera de los insectos de batalla, habia muchos inofensivos, pero de no mui agradable compañía, tales como arañas, *baratas*, grillos, cucarachas y otros pelagatos por el estilo, que ni nombre tenian.

En aquellos rústicos edificios el calor era sofocante. Para ir de una cuadra de compañía a otra, habia que cruzar trechos de potreros bajo los rayos de un sol tropical. Salir del campamento y dirijirse a la poblacion era tomar un tremendo solazo e irse derritiendo en el camino, de manera que la jente en las horas francas preferia quedarse bajo sus techos de totora.

Por otra parte la poblacion ofrecia pocos atractivos: raras eran las casas que quedaban en pié. La numerosa cantidad de personas que habia acompañado al ejército en su traslacion a Chorrillos, vivia en los edificios a medio destruir; los habia arreglado provisionalmente, ya poniéndoles techumbre, ya acomodándoles paredes, puertas o ventanas.

El principal solaz de los chilenos consistia en ir a los baños; miéntras estaban sumerjidos en el agua del mar cesaba el calor y las picaduras de los insectos, lo que no era poco conseguir. En los baños se veian algunas personas que diariamente venian de Lima por el ferrocarril para regresarse tan pronto como se hubieran refrescado en las aguas de las playas chorrillanas.

Fuera del establecimiento balneario, donde se notaba alguna concurrencia de jente era en la estacion del ferrocarril; allá acudian algunos oficiales a la llegada y partida de los trenes.

Esto y los baños podian considerarse como los únicos paseos públicos; aunque tambien algunas tardes se tocaban frente a la casa del Estado Mayor Jeneral retretas donde los militares que estaban francos podian ocurrir a escuchar las mismas pie-

zas que habian estado oyendo estudiar en sus campamentos a las bandas.

Las ramadas con su insectos, los caminos con su polvo, la poblacion con sus ruinas, y todo eso bajo un sol ardiente que mantenia a las personas en transpiracion constante, no era por cierto para hacer mui agradable la vida que ahí se llevaba.

Conseguir permiso para ir a Lima era asunto difícil para los oficiales, y si llegaban a impetrarlo era solamente por reducido tiempo: ir y regresar el mismo dia, o a lo sumo el dia siguiente.

Largo se podria hablar sobre el nuevo rumbo que tomó la vida de campaña para el ejército chileno durante los nueve meses que permaneció en Chorrillos, los cuales fueron el epílogo de la guerra terrestre, como al principio otros nueves meses pasados en Antofagasta, habian sido el prólogo. Largo, decíamos, se podria hablar de aquella vida que quizás no era de campaña, pero tampoco era de guarnicion; mas, solo lo haremos someramente tocando apénas los puntos necesarios para terminar esta narracion.

....

El batallon Setiembre era uno de los que se hallaban acampados en los alrededores de Chorrillos.

Habia regresado de Huancayo.

Si bien libre de montoneros que molestaran durante el camino, en nueve jornadas habia tenido que superar nuevamente las fatigas y privaciones de la marcha. Entre aquellas se contaban las empleadas en la ardua empresa de trasmontar los Andes por los mismos desfiladeros y precipicios recorridos seis meses ántes cuando partió de Lima para La Sierra, y cuya relacion no hacemos por no repetir lo referido ya: las terribles escenas producidas por el hielo, el cansancio y el soroche, sobre la nieve eterna de los Andes que los soldados volvieron hollar con la planta de sus piés.

Al acamparse en Chorrillos el Setiembre tropezó con más dificultades que otros batallones por no haberse encontrado en Lima en el acto de la desocupacion. Ya sabemos que los del Setiembre habian partido para La Sierra con lo encapillado, como familiarmente se dice, dejando en Lima todos sus equipajes y reducidos ajuares. A la salida del ejército encontrándose aquellos objetos sin dueños que velaran por ellos, fácilmente se comprenderá que algun menoscabo les pudo ocurrir. «Al ojo del amo engorda el asno,» dice el refran, lo cual deja entender claramente que sin aquel ojo vijilante el asno enflaquece: algo semejante bien pudo acontecer a los antedichos equipajes y ajuares...

....

Cierto dia poco despues de las doce se hallaba listo el tren que segun su itinerario debia partir a las doce y media para Lima.

Varias personas se dirijian a tomar su asiento en los vagones y otras se paseaban por el andén cuyo piso se veia salpicado por pequeños puntos luminosos; eran éstos producidos por rayos de sol que pasaban al traves de una multitud de agujeros hechos en la techumbre de zinc: las delgadas planchas de metal no habian podido contener la lluvia de balas que en un dia no lejano cayera sobre ellas desde el vecino Morro Solar.

Entre los que se paseaban por el andén se divisaba un jóven que lanzaba a cada vuelta rápidas miradas al reloj de la boletería y parecia disgustado de que no anduviera tan lijero como él lo deseaba. Cuando en sus paseos no tenia a la vista la muestra del reloj, se echaba miradas a su propio traje mostrándose como receloso de que su *chaqué* no le viniera bien.

De pronto entró en la estacion un oficial, a quien conocemos, era el capitan Lostan. Volvió la cara a ambos lados y distinguiéndo al citado jóven, se dirijió hácia él a paso largo.

Al aproximarse díjole sonriendo:

—Tienes el aspecto de un verdadero *cucalon*.

El jóven contestó;

—Ando todo empachado con este *chaqué*; me parece que por ahí van a conocer que no es mio, que me lo han prestado.

—Eso no es nada; peor seria que creyeran que te lo habias robado. Pero no tengas cuidado; te queda perfectamente bien.

—Mucho lo dudo, pues su dueño, Orrego, es más grueso de cuerpo que yo.

—Es corta la diferencia para que se note en la ropa. Si tú te pusieras el cuero de él tal vez te quedaria suelto y arrugado como el de una vieja; pero en el traje no alcanza a percibirse la discrepancia.

—No dejará de notarse pues, tu venias riéndote de verme.

—Me reia porque me extrañaba divisar tu persona vestida de paisano, de lo cua

no tengo costumbre. En fin, he ahí que ántes de una hora te hallarás en la Ciudad de los Reyes, querido Soler.

El interlocutor de Lostan era efectivamente su compañero Soler que habiendo conseguido permiso para ir a Lima se habia vestido de paisano, pues desde la desocupacion de la capital, solamente con este traje podian ir allá los militares chilenos. Como era natural no todos los oficiales tenian ropa civil; Soler era uno de los que carecia de ella, y por tal motivo se habia visto obligado a pedir prestado el *chaqué* a Orrego y el sombrero a otro de sus compañeros.

—Tu primera dilijencia,—será tratar de verte con Luisa.

—Le mandaré una carta que llevo escrita tan pronto como llegue.

—En ella sin duda le dices que los papeles que hallaste en poder del difunto Corso, o sea Narbona, como parece que se llamaba, te han hecho descubrir la verdad.

—Naturalmente.

—Y que deseas verla y hablarla para hacerte perdonar a fuerza de explicaciones verbales, halagos, etcétera.

—Claro está; le pido una cita para esta noche... como ántes...

—Como ántes de la tormenta, de la tempestad... mui bien; y tras de eso comenzará una nueva era que parecerá más bella que la anterior porque viene despues de la interrupcion hecha por la querella, como parece más hermoso el sol despues de un dia de lluvia. Con tal que ella no haya tratado de consolarse y...

Lostan no concluyó la frase y miró sonriéndose a su compañero.

Soler tambien se sonrió para responder.

—Ya te veo venir; siempre escéptico tratándose de la fidelidad de las mujeres en el amor, tú sospechas que Luisa despues de nuestra ruptura habrá dicho: «A rei muerto rei puesto.»

—Hombre... al fin y al cabo tú fuiste quien provocó la querella y te marchaste léjos... ¿quién podria culpar a Luisa si con las dulzuras de un nuevo amorcito hubiera querido disipar las amarguras del otro?

—No creas que yo he dejado de pensar en todo eso,—replicó Soler tratando de chancear;—por tal motivo no he querido escribirle desde aquí y he preferido esperar hasta hoi que tengo permiso para ir a Lima, de manera que ella me dé la contestacion de mi carta a viva voz: estas cosas se tratan mejor de palabras que por escrito.

—Ya lo creo.

—Si ha sucedido lo que tú sospechas, no acudirá ella a la cita.

—Es de suponerlo, puesto que el único lazo que la ligaba contigo era el amor. Si hablas con ella le dirás de parte mia que aún no se me pasa el susto que tuve cuando se desmayó en el coche, temiendo que me achacaran a mi el crímen.

—A otra persona más bien que a Luisa querrias tú mandarle algun recuerdo.

—¡Bah! ¿Lo dices por Blanca?

—Tal vez...

—Ya te he dicho que eso fué un conato de aventura y nada más. Si yo fuera a recordarle que hace seis o siete meses nos dijimos algunas palabras el único dia que hemos visto en la vida, se me reiria en la cara preguntándome si me habia convertido en profesor de historia antigua, y yo mismo me encontraria perfectamente ridículo.

—Pero es que aquel asunto quedó pendiente.

—Tambien quedan pendientes los ahorcados y no resucitan nunca.

—Es decir que si la vieras no la hablarias.

—¡Oh! esa es otra cosa; si llego a encontrarla alguna vez, ¿por qué no habré de hablarla y conversar alegremente con ella? Pero de ahí a que yo pretenda hacerle creer que durante los siete meses corridos lo he pasado suspirando por su imájen, hai mucha distancia. Si consigo ir a Lima no pienses que voi a beberme los vientos por buscarla. Por quien únicamente haria tal cosa seria por aquella morenita de quien te he hablado.

—Aquella a quien veias cuando íbamos a misa con el batallon.

—Justamente; aquella linda morenita desconocida que sabia sonreir con tanta gracia detras de su libro de devociones, y de quien nunca logré saber el nombre ni el domicilio siquiera.

—Eso es romántico,—dijo Soler con acento burlesco.

—No tal; no te imajines que yo me habia vuelto un Petrarca; la verdad del caso es que viéndome obligado a divisarla una vez a la semana y a dejarla tan pronto como la corneta tocaba el funesto paso redoblado, tomé a porfía, a capricho, llegar a verla fuera de la iglesia, aunque fuera en

un balcon. Era una lucha sorda entre mi deseo y la tiranía o el rigor de la corneta.

—En fin, hombre, si vas uno de estos dias a Lima, podrás dirijirte a oir una misa en Santo Domingo, y si ella esta ahí, ya no habrá corneta que te haga marchar y podrás esperarla hasta que salga y descubrir lo que anhelas.

El silbo de la locomotora anunció a Soler que era tiempo de que subiese al tren.

Así lo hizo.

Tomó su asiento en un vagon, y asomándose por una de las ventanillas de éste, continuó dialogando con Lostan que se habia acercado a la orilla de andén.

—Espero que traerás de Lima muchas noticias, como aquella vez que viniste de La Sierra y nos llevaste allá un buen caudal de novedades.

—Ahora la distancia es más corta y hora a hora estamos aquí sabiendo lo que allá pasa.

—Tambien es cierto. Puesto que tienes permiso hasta mañana, supongo que no te apresurarás para regresar hoi mismo a sancocharte en las ramadas del campamento.

—Mañana en el tren de las doce estoi aquí.

—Vendré a recibirte si no carga mucho el sol... Ya parte la máquina... Que te sople buen viento por esos mundos...

—Hasta mañana,—contestó Soler despidiéndose de su compañero.

El tren se movió aumentando progresivamente su andar.

LXX.

Encuentro inesperado del capitan Soler.

Embebecido en mil pensamientos iba Soler en su vagon; repasaba en su mente las diversas soluciones que podian tener sus asuntos amorosos.

Sin embargo, a pesar de lo preocupado que iba su espíritu, el capitan dió tregua a sus ideas poco ántes de llegar a la estacion de Miraflores, y otra clase de pensamientos, o más bien recuerdos, acudieron a su imajinacion.

El tren cruzaba en ese momento al campo donde tres años ántes se habia dado la gran batalla que abrió las puertas de Lima, la batalla de Miraflores.

Aquel terreno pedregoso próximo a la línea férrea y limitado por el camino carretero; más allá los potreros, cañaverales y maizales vecinos, las bajas murallas que los dividian donde aún se notaban vestijios de las aspilleras; todo eso contemplaba Soler y a su memoria de golpe se presentaban las épicas escenas de que habia sido él testigo en esos campos. Aun le parecia ver por aquel suelo la muchedumbre de soldados que corrian jadeando al asalto; unos cayendo al ser encontrados por el plomo enemigo, y los más felices avanzando siempre, y siempre tendiendo sus rifles para hacer fuego sobre su atrincherados contendores. Aun le parecia oir el constante estrépito de la pólvora al estallar en el ánima de los cañones, semejante a un trueno que se prolongara indefinidamente.

Soler, conmovido por sus recuerdos, respiraba con fuerza, y aun creia sentir penetrar hasta sus pulmones el humo sulfúreo de la pólvora como un memorable dia, no mui lejano, en aquellos mismos parajes.

De una mirada reconocia a menudo el sitio donde algun querido compañero habia espirado legando a los suyos su ensangrentado cadáver miéntras su nombre penetraba en las inmortales rejiones de la gloria.

Todo el panorama que se ofrecia a su vista se hallaba para Soler revestido de un tinte de grandeza: solemne, por la gran accion consumada ahí; sagrado, por ser la tumba de tantos compatriotas.

Su ánimo quedó suspenso y abismado en grandiosos recuerdos miéntras el tren surcaba velozmente aquel espacio.

....

A la una de la tarde descendia Soler del carro y caminaba por el andén de la estacion de la Encarnacion. Se hallaba a seis cuadras de la plaza principal de Lima.

Varios encargos le habian hecho algunos de sus compañeros, cosa que sucedia siempre al oficial que iba a la Ciudad de los Reyes, y para poder dedicarse con sosiego a sus propios asuntos, empezó por desocuparse de los ajenos. No eran estos mui largos ni difíciles: comprar algunas cosillas; apurar al sastre y urjir al zapatero, quienes siguiendo la inveterada costumbre de los de su estirpe no concluian en el tiempo convenido las obras que les habian sido encomendadas; cambiar billetes chilenos poı los billetes peruanos que los judíos de los portales tenian en manojos de a cien soles mui prendidos con un alfiler o atados con

una hebra de pita; a éstos y otros parecidos se reducian los encargos que llevaba Soler

Al cabo de una hora de andar para acá y para allá, habia cumplido con todos.

—Ya estoi libre; ahora a mis negocios personales,—díjose el capitan saliendo del tugurio de un cambista en el portal de Escribanos donde habia ejecutado la última comision ajena.

Por sus negocios personales entendia Soler en primer lugar remitir a Luisa la carta que llevaba escrita, y en segundo ver de pasar el dia del mejor modo posible, miéntras llegaba la hora de la cita, pues para él aquel dia era como de paseo, y de consiguiente era preciso entretenerse en algo.

Anduvo hasta el extremo del portal que forma esquina con la calle de las Mantas, y ahí se quedó mirando a los transeuntes y esperando que pasara alguna persona a quien encargar de ir a casa de Luisa llevando la carta que la tenia escrita.

Pronto divisó transitar por ahí un muchacho aparente para aquel mandado.

Llamólo y entabló con él este diálago:

—¿Estás desocupado? ¿puedes llevar una carta a una casa no mui distante?

—Sí, señor.

—¿Sabes leer?

—Sí, señor.

—Pues bien; aquí tienes la carta con las señas de la casa escritas en el sobre.

—Ya las veo.

—Preguntarás por la señora a quien va dirijida y se la entregarás en sus manos.

—¿Tendré que esperar contestacion?

—Precisamente.

—¿Y si la señora no está en la casa?

—Regresarás trayéndome la carta; yo te aguardo aquí de todas maneras, y si me aburro plantado en esta esquina, te esperaré en la *heladeria* de Capella; ¿sabes dónde es?

—Cómo no, señor.

—Anda, pues, caminando y no tardes mucho. Toma este par de soles para que vayas con gusto; al regreso tendrás otros.

El mancebete emprendió a buen paso la marcha por la calle de las Mantas conduciendo la citada carta.

Soler sacó un cigarrillo y lo encendió con calma echando cuentas sobre lo que podria demorar su mensajero en ir y volver, y pensando a la vez en la respuesta que le traeria.

Unos pocos minutos llevaba de planton cuando sintió un golpecito en un brazo.

Volvió la cara y vió a su lado la graciosa fisonomía de una niña que lo saludaba sonriendo.

—Casi no lo habia reconocido así, vestido de paisano.

—¡Es usted Zoila!—respondió el capitan contestando afectuosamente el saludo de la niña.

—Ya lo ve. Yo sabia que habia regresado su batallon del interior y que estaba en Chorrillos; pero no esperaba verlo por aquí.

—Acabo de llegar de Chorrillos.

—¿Ha venido por algunos dias?

—No; para volverme mañana mismo.

—¡Tan pronto!

—Así lo manda el imperio de la lei.

—Yo esperaba que fuera a permanecer aquí algun tiempo; tenia deseos de oirle contar lo que le habrá pasado por allá.

—Mui grato habria sido para mí; pero ya que no es posible, celebro mucho más la feliz casualidad que me ha hecho encontrarme con usted.

La interlocutora de Soler era aquella jóven que se hallaba disfrazada de india en esa especie de mascarada donde se habia encontrado el capitan con cuatro de sus compañeros la noche precedente al dia en que partieron de Lima para La Sierra. Era Zoila; la misma Zoila con quien Soler se habia visto despues de aquella vez en la misma casa de la calle de Ibarola, cuando notó que un prójimo se tuteaba con Elisa y otro se quejaba de que Carmencita le habia mordido los labios.

Zoila con su *manta* prendida a la espalda, sus ojos pardos y su gracioso semblante, no carecia de atractivos.

Soler conversaba con ella sin el menor desagrado.

A continuacion del diálogo que hemos anotado, siguieron hablando en términos semejantes un momento.

Por fin dijo ella interrumpiendo el coloquio:

—Le veo mirar mucho hácia las Mantas; quizás está esperando a álguien o tiene algo que hacer y yo estoi deteniéndolo.

—No tal; es cierto que estoi esperando a un individuo; pero la compañía de usted me hace pasar dulcemente el tiempo de la espera. Al contrario, soi yo quien la detiene a usted, que tal vez irá de prisa.

—Nada de eso; habia venido a las tiendas y me regresaba a casa.

—Pues entónces, para no estar aquí pa-

rados, lleguemos hasta la heladería; hace mucho calor y ahí podremos tomar algun refresco.

—Pero si usted está aquí aguardando a álguien....

—El individuo a quien espero me buscará allá; así lo hemos convenido.

Aceptó Zoila a la segunda insinuacion, y ambos se dirijieron al lugar designado.

Algunos meses ántes Soler por ningun motivo se hubiera atrevido a entrar en un lugar tan público y concurrido acompañado de una niña; pero ahora habian cambiado mucho las circunstancias: se encontraba vestido de paisano, que era para él como estar disfrazado, y en una ciudad donde con ese traje era completamente desconocido. Además, que un jóven y una niña entraran a un café a tomar una copa de helados no era cosa para llamar la atencion de nadie.

Dos razones habian impulsado a Soler para hacer esa invitacion. Era una que deseaba saber por Zoila noticias de sus amigas para comunicárselas a sus compañeros y tener motivo de charla en el campamento. Y la otra que él habia venido con ánimo de distraerse del aburrimiento producido por la vida monótona de Chorrillos; ¿y qué mejor modo de distraerse que estando en compañía de una buena moza? No esperaba verse con Luisa hasta las ocho de la noche y, ¿qué iba a hacer durante las horas que faltaban para ese momento? no habia fiestas ni paseos en que matar el tiempo.

Soler y Zoila entraron a la *heladería* y en la primera sala tomaron asiento junto a una mesa.

Pidió el capitan al mozo helados y dulces, los cuales pronto fueron traidos.

Al sentarse habia tomado él la precaucion de quedar a la vista de un espejo en cuya luna se veia reflejar la puerta de calle. De esa manera veria cuando llegara el muchacho con la contestacion de la carta y podria salirle al encuentro, porque, dígase lo que se quiera, es poco galante recibir recados de una dama en presencia de otra, y nadie negará que Soler obraba con finura...

....

El muchacho mensajero habia llegado a la calle de Calonje y habia dado la carta a la misma persona a quien iba dirijida.

Luisa habia reconocido la letra de Soler y rompió rápidamente el sobre, extrayendo el pliego que se puso a leer con el semblante alterado por la emocion.

A medida que recorria con los ojos las líneas escritas, su semblante se sonrojaba y dejaba lucir una plácida sonrisa.

—Lo sabe todo... se ha convencido de que eran infundadas sus sospechas... vuelve hácia mí... quiere verme para darme mil excusas de palabras... duda de que yo quiera perdonarle sus ofensas... Hace mal en dudar... las doi todas al olvido... él tenia razon para abrigar sospechas ante mi silencio...

Todo esto murmuraba Luisa al concluir su lectura.

Y sin disimular la alegría que inundaba su corazon, se dirijió al muchacho preguntándole:

—¿Dónde viste al señor que te dió esta carta?

—En la esquina de las Mantas; ahí quedó esperando la contestacion.

—Pues la contestacion se la voi a llevar yo misma.

—Iré a decírselo así.

—No; vas a ir tú conmigo. Vé a la calle a buscar un coche que tenga cortinillas en él iremos.

El niño salió, y miéntras volvia, Luisa entró a su alcoba y con lijereza se puso a cambiar de traje y arreglar el peinado.

Un momento despues la jóven subia en un coche que habia sido buscado por el muchacho.

Hizo que éste subiera tras de ella y luego que fueran corridas las cortinas de las ventanillas, de manera que ningun viandante podia ver quienes iban dentro del carruaje.

Luisa no pudo resolverse a tener paciencia de esperar la noche para verse con su amante y, lo que nunca habia hecho anteriormente, se decidió a hacerlo ahora. Es cierto que las cosas habian cambiado de aspecto: ya no se trataba de ir a encontrarse a la luz del dia con un oficial chileno, cuyo uniforme habria llamado la atencion y hecho que muchos ojos se fijaran en ella; sino de andar con un individuo vestido civilmente que no tenia por qué atraer las miradas de los curiosos. Sin esta circunstancia, por mucha que fuera su impaciencia no se habria resuelto a dar e[illegible] paso.

A indicacion de Luisa, el coche se hab[illegible] puesto en movimiento para entrar a la pl[illegible]za por la calle de las Mantas.

Miéntras tanto Luisa hacia al niño algunas preguntas sobre el color del traje que llevaba el que le habia dado la carta, y al oir las respuestas de él, alzaba un tantico una de las cortinas esperando reconocer de léjos a su amante por las señas de su ropa.

El trayecto era corto y pronto el coche corria por la calle citada.

El muchacho tambien miraba hácia afuera alzando un poco otra de las cortinas. Llegó un instante en que dijo:

—¡Catai! ahí está; ese señor es.

Al mismo tiempo Luisa habia reconocido a Soler; pero su fisonomía que hasta ese momento habia brillado de alegría, en vez de mostrar mayor júbilo a la vista de su amante, se contrajo de súbito.

Luisa habia visto que Soler no estaba solo, sino que departia amablemente con una jóven y, caso aun más serio, aquella jóven era una buena moza.

El coche pasó a dos metros del capitan.

—¿Hago parar?—preguntó el niño.

—No; más allá...—replicó vivamente la hermosa viuda.

Y luego, alzando la voz, ella misma gritó al cochero que detuviera el vehículo y esperara.

Quedó éste frente al portal de Botoneros y como a veinte metros de la esquina de las Mantas.

Mirando por una especie de tragaluz con vidrio que tenia el coche sobre la testera; podia Luisa divisar perfectamente a Soler y su compañera.

Ambos parecian conversar mui amigablemente y a veces sonreian y hasta reian.

Esto mortificaba a la jóven viuda; pero trataba de tranquilizarse diciéndose que bien podia ser aquella alguna amiga de Soler que casualmente habria encontrado en el portal, pues el muchacho le habia dicho que Soler se habia quedado solo; siendo así, luego la niña seguiria su camino.

Pero los minutos pasaban y Luisa se alarmaba notando que la conversacion de aquellos a quienes espiaba parecia animarse cada vez más.

Clavaba con teson la vista en ambos; ya en sus ojos, como si quisiera adivinar sus pensamientos; ya en sus labios, cual si por sus movimientos pudiera inferir sus palabras: pero siempre quedaba atormentada por las mismas dudas.

Sin embargo, Luisa no era una niña inexperta y supo armarse de cierta calma para esperar alguna circunstancia que o bien disipara sus sospechas o bien las arraigara, ántes de formar un juicio de lo que veia.

Pronto ocurrió un incidente que la hizo contener el resuello: Soler y su compañera echaron a andar por el portal.

Luisa los siguió con la vista y pudo ver que luego ambos entraban a la *heladería* de Capella.

—En ese establecimiento habia quedado de esperar mi contestacion; luego, ya él suponia que debia ir allá porque estaba esperando a la vez a esa otra persona.

Esto pensó la jóven.

Con todo, como un consuelo le acudió a la mente el raciocinio de que bien puede un individuo invitar a una amiga a tomar una copa de helados en la mitad del dia y en un lugar pùblico y decente sin que el amor ande mezclado en el asunto.

Aguardó un momento largo con la mirada fija en la puerta por donde entrara su amante y al fin, no viéndolo salir aún, hizo un movimiento de impaciencia y tomó una resolucion que veremos ejecutar.

—Vas a ir a la heladería,—dijo al muchacho,—y dirás al señor que te envió que me diste la carta y que mi contestacion es que haré lo que me pide.

—Está bien.

—Pero te guardarás de decirle que yo salí de casa ni que estoi en este coche: ¿me comprendes?

—Perfectamente; le diré que usted quedó en la casa.

—Eso es; si lo haces así te daré estas monedas.

—El muchacho se sonrió viendo un par de relucientes pesetas que le mostraba la jóven y partió mui dispuesto a ejecutar lo mandado.

Se dirijió al establecimiento de Capella, y entró.

Soler salió a su encuentro: ya sabemos que mirando el cristal de un espejo aguardaba su llegada.

—¿La viste?—preguntó el capitan sin esperar que el mancebete abriera la boca.

—Sí, señor.

—Traes contestacion.

—De palabra.

—¿Qué te dijo?

—Que haria lo que usted le pedia.

Este era jeneralmente el modo como Luisa acostumbraba contestarle cuando él por medio de una misiva le pedia cita.

Contento con esta respuesta que le hacia

entrever las dulzuras de una reconciliacion, replicó:

—Bien, chico.

Y sacando de su bolsillo un billete de cinco soles, se lo dió diciéndole:

—Has cumplido con tu mision; toma para que vayas a pasearte en las tranvías.

Tras de esto Soler le volvió las espaldas y regresó a la sala donde Zoila le esperaba.

LXXI.

El capitan Soler pierde mas que lo que encuentra.

—¡Era ese muchacho el individuo a quien aguardaba usted?

—Justamente; ¿lo vió usted?

—Sí; por el mismo espejo que usted miraba con tanto ahinco,—replicó Zoila que era quien habia hecho la primera pregunta;—lo he estado observando desde que entramos aquí.

—Ese niño debia traerme una noticia,—respondió Soler sentándose nuevamente en su silla;—y lo esperaba para quedar completamente desocupado.

Y cambiando de conversacion añadió:

—Ha sido una feliz casualidad que me haya encontrado con usted en el portal; sin eso no habria podido verla.

—¡Vaya!... con ir otra vez a la calle de Ibarola, si hubiese querido verme fácil le hubiera sido.

—¿A la casa de Carmencita?

—Pues.

—Yo no puedo volver allá ni vestido de fraile,—contestó Soler riendo.

—De véras que usted fué causa de que cortaran Cármen y Elisa sus amistades con Aliaga y Orrego,—replicó Zoila riendo tambien.

—Ya lo ve usted.

—Pero, ¿para que fué usted tan hablador?

—Me pareció chistoso el cuento y no lo pude callar; sobretodo aquello de ese sujeto que se quejaba de que Carmencita le habia mordido los labios.

Zoila exhaló una explosion de risa que la hizo toser, y llevándose el pañuelo a la boca, exclamó:

—Es tan loca.

—Estos helados están mui helados; la hacen toser; será preciso templarlos con un poco de pisco, así como lo he hecho con los mios.

Unió Soler la accion a la palabra y vació un poco de licor en la copa de la niña. Ella no se hizo rogar para tomar aquella combinacion.

—Ya ve usted,—añadió Soler, reatando la conversacion;—no puedo pues volver a esa casa; me recibirian con la tranca en la mano.

—Al principio estuvieron ellas un poco enojadas; pero ya se les ha de haber pasado.

—De véras que en esas niñas parece que los sentimientos no echan profundas raices.

—No sea usted mordaz.

—No es mordacidad, es una observacion. A propósito de ellas, recuerdo que esa noche del famoso baile de máscaras estaban con ustedes otras dos jóvenes.

—¿Blanca y Olimpia?

—Precisamente; ¿qué es de ellas?

—Están bien; las veo frecuentemente y a menudo nos reimos acordándonos de aquella pasada que les jugaron a los capitanes Lostan y Galvez.

—¿Aun se acuerdan de eso?

—Como no; ¿cree usted que tenemos tan mala memoria? Ellos sí que deben haberse olvidado de todo eso, pues ni siquiera han dado noticias de su regreso despues de tanto... ¡así son los hombres!

—¡Cuidado! mire usted que con esa pedrada mata muchos pájaros.

—¡Qué!... ¡buenas alhajas son todos!

—Pero,—dijo Soler riendo,—déjeme a mí a un lado, aunque sea solo para estar presente.

—¡Qué puede importarle a usted mi opinion!

—Es justamente la más importante de todas para mí.

—¡Guá!... me hace usted reir...

—Qué suerte la mia... la hago reir cuando le hablo con formalidad.

—Es cabalmente de esa formalidad con que me lo dice de lo que me rio. ¿Se imajina usted que aun estamos de máscaras como aquella noche que me dijo tantas cosas?... Allá en medio de la funcion, pase... pero aquí que estamos conversando tranquilamente...

Y Zoila cortó su frase haciendo un jesto expresivo y decidor.

—Pues ahora que se encuentra usted sin

careta tengo más motivo para repetirle esas «tantas cosas.»

—¡Qué es eso!... ¿galanterias tenemos?

—Son razones que le doi.

—¡Cuidado!... vea que usted tal vez ni se acuerda de todo lo que me decia entónces.

—Lo tengo mui presente, y tampoco se ha borrado de mi memoria lo que usted me contestaba.

—¿Sí? —replicó Zoila con graciosa sorna.

—Entónces creo que no se mostraba usted tan recelosa conmigo como ahora.

—Le he dicho ya que en medio de la jarana todo pasaba; pero aquí estamos con toda tranquilidad,—contestó la niña con un acento y una sonrisa que no eran para desalentar a Soler.

—Usted estará tranquila; pero yo no...

—¡Cómo... ¿está usted con tercianas?

—Estoi al lado de usted.

—¿Y eso lo tiene intranquilo? ¿me tiene usted miedo?

Soler la miró fijamente y respondió sonriéndose:

—Otra cosa es lo que le tengo...

—¡Qué tal!... óiganlo!... creo que se me va a declarar enamorado... —exclamó Zoila prorrumpiendo en risa.

—¿Tan chistoso le parece el caso que se rie usted con tantas ganas?

—Naturalmente; usted ni aun se habria acordado de mí, si no es por la casualidad de haberlo encontrado en el portal; ni aun se habria preocupado de dar un paso para verme.

—¿Por qué se imajina tal cosa?

—A la vista está.

—Acababa de llegar cuando me hallé con usted, y ¿qué podria haber hecho ántes para verla?

—Buscarme.

—Pero anduve tan feliz que ántes de que pudiera hacerlo la encontré.

—Sin haberlo pensado.

—No pudiendo ir a casa de Carmencita, estaba yo discurriendo algun modo de poder verme con usted.

—No me cuente ese cuento.

—No es cuento, es historia. Aunque suponia que despues de tanto tiempo usted oria olvidado todo, tenia deseos de verla hablarla aun cuando fuera solamente ıra recordar lo pasado.

Soler continuó tratando de convencer a Zoila de cuán veraces eran sus palabras, y ella si no se iba convenciendo, por lo ménos le escuchaba cada vez con mejor voluntad, y con sonrisas y miradas picarescas lo alentaba en su tarea.

Despues de recibir el recado de Luisa, el capitan se encontraba sin saber cómo matar el tiempo hasta la hora de la cita, y no le parecia absolutamente nada desagradable gastar el cuarto de dia que faltaba para esa hora en sabrosa plática con una agradable niña, quien de un modo mui gachon le recordaba que ya otra vez le habia dicho «tantas cosas»...

Pero no era posible permanecer mucho tiempo en la *heladería* porque no era propio. Así lo notó Zoila diciendo:

—Ya hemos estado aquí mucho tiempo.

—¿Tanto le parece?

—He oido dar las dos en la Municipalidad, y entramos a la una.

—Aun podemos tomar otra copa de helados.

—Ya hemos tomado dos; yo no puedo más... me dolerán los dientes.

—Veo que ya quiere irse.

—Nos vamos a hacer notar quedándonos aquí más tiempo.

—De véras que este establecimiento no es para permanecer largo rato... Pero podemos hacer una cosa.

—¿Y es?

—Ir al Cercado.

—¿Qué vamos a hacer allá?

—Tomar una copa de cerveza y hacer las once; no es posible que despues de vernos al cabo de tanto tiempo nos separemos tan pronto.

Preciso es decir que Zoila era persona de mui buen humor y todo lo que era fiesta o paseo tenia para ella tanto atractivo como los jardines para las mariposas. Oyó sonriéndose la propuesta de Soler y tardó mui poco en aceptarla.

....

Un momento despues ambos subian a un coche y al correr de los caballos partian para el Cercado.

Si el capitan hubiera tenido durante el trayecto la curiosidad de sacar la cabeza por la ventanilla y mirar hácia atras, habria visto que otro coche a media cuadra de distancia venia con la misma direccion que el suyo. Pero Soler no se divertia en mirar para afuera puesto que adentro del carruaje tenia bastante entretencion.

La amistosa pareja llegó a un huerto

que ya el capitan conocia y entraron en él.

Se instalaron en una glorieta y se hicieron servir cerveza, y luego, miéntras les preparaban unas lijeras once, salieron a dar algunos paseos bajo el emparrado que ahí habia.

En aquel huerto se veian árboles, flores, angostas avenidas formadas por plantas, un estanque o baño de ladrillo en el cual se vaciaba un caño de agua, y se respiraba un ambiente suave impregnado de gratos perfumes.

Hacia un fuerte sol; pero las hojas de la vid y las ramas de los árboles ofrecian una sombra protectora a nuestros jóvenes paseantes.

Todo aquello unido a algunas copas de cerveza que se tomaban para dominar el calor, hacia que los corazones se pusieran más expansivos.

Zoila hablaba con mayor verbosidad y se reia con la mejor voluntad del mundo.

Cuando llegó el momento de tomar las once entraron a sentarse en la glorieta.

Aquel refrijerio compuesto de jamon, camarones, aceitunas y otras cosillas por estilo, todo ello remojado con algunos tragos de cerveza y vino, coronó la obra comenzada por el aspecto de la vejetacion y el perfume de las flores.

Zoila se habia sacado el manto para comer y su gracioso semblante brillaba de contento; Soler la miraba sin el más mínimo disgusto y cada vez se sentia ménos dispuesto a arrepentirse de tenerla en su compañía.

Ya ella no trataba de mostrarse incrédula hácia las galanterías de Soler y sabia contestar divinamente.

—Yo creia que usted ni se habia acordado más de mí.

—Ya ve que estaba equivocada.

—Si yo lo hubiera sabido...

—¿Qué habria hecho? dígamelo.

—Le habria escrito a Chorrillos cuando supe su llegada.

—Hubiera sido para mí un placer inmenso.

—Pero, ¿por qué no me escribió usted?

—Esperaba venir acá de un momento a otro.

—Sin embargo, usted me habia prometido escribirme en cuanto pudiera ¿No recuerda?

Esto sin duda entraba entre las «tantas cosas» que le habia dicho Soler

—Lo recuerdo y siempre lo he recordado; pero de La Sierra no se podia escribir para acà. Desde que llegué a Chorrillos no he tenido otro deseo que venir a Lima para ver a usted.

—Y yo todos estos dias me he llevado pensando en ir a Chorrillos con el pretexto de los baños; pero nada más que por verlo a usted.

Soler no decia la verdad; esto lo sabemos perfectamente bien; pero tampoco nos atrevemos a salir garantes de la veracidad que pudiera contener la respuesta de Zoila...

El diálogo continuó, y cada vez iba animándose más.

Hubo nuevos paseos por el emparrado y por entre los árboles.

El sol estaba declinando y ya se hacia agradable sentarse en algunas bancas distribuidas por el huerto.

La niña se tomaba del brazo del jóven y se apoyaba con fuerza; pero él no parecia encontrar pesada esa carga, y continuaban los paseos, deteniéndose cada vez que pasaban frente a la glorieta para entrar en ella y hacerle un lijero saludo a los vasos de espumosa cerveza.

Largo rato duró esto; aunque ellos no debieron encontrarlo tan largo, pues en un momento que Soler vió su reloj, ambos lanzaron una exclamacion de sorpresa al ver que ya marcaba las seis.

—¡Tan tarde!—dijo Zoila;—en casa me estará esperando la chola para comer.

—¿Quién es ella?

—Una sirvienta que tengo; vivo yo sola con ella.

—Déjela esperando para que se acostumbre a tener paciencia y vámonos a comer nosotros a otra parte.

Zoila era condescendiente... sobretodo tratándose de convites.

....

Un momento despues el coche que habia estado esperándolos frente a la puerta de calle partia con ellos y no paró su carrera hasta llegar al hotel de Paris,

Ahí en un gabinete separado hizo Soler que les sirvieran la comida.

El buen humor llama al apetito, y como la jóven pareja traia aquel, fácilmente vino este otro, y el dueño del hotel no pudo quejarse de que le desairaran sus manjares.

Muerto el apetito, queda reinando el buen humor, y tras de él viene la alegría

la alegría trae la expansion, la expansion es el ensanche de los corazones.

Por todas estas alternativas debieron pasar Soler y Zoila; pero con todo, el capitan no olvidaba la cita que tenia para esa noche.

....

El cochero permanecia en la puerta del hotel con su vehículo. De órden del que lo ocupaba habia recibido comida y algunas copas, de modo que no debió parecerle mui fastidiosa la espera.

Algunos minutos ántes de las ocho saltó del pescante para abrir la puertecilla del carruaje al ver que salia del hotel la pareja esperada.

El auriga como ladino y veterano en esos lances, de una mirada conoció que el vino no habia escaseado en la comida. No sacó tal consecuencia tanto por Soler cuanto por Zoila.

El capitan le dió las señas de una casa de la calle de Ibarola; pero que no era la que ya conocemos, sino otra vecina donde vivia su compañera de aquella jornada.

El coche rodó.

Al cabo de un momento despues de haber recorrido varias calles; se detuvo, y el cochero quizás alcanzó a percibir este diálogo:

—Pero ¿es posible que se vaya sin entrar un instante a mi casa?

—Ya le he dicho que tengo un encargo imprescindible que cumplir.

—Bien; pero vuelva a prometerme que en cuanto se desocupe viene para acá.

—Si puedo hacerlo; pues ya sabe que tal vez tenga que irme para el Callao esta misma noche.

—Dé alguna disculpa y véngase para acá... voi a ver a Blanca y Olimpia para que vengan y pasemos un rato... nos vamos a reir mucho...

—No vaya a buscarlas, pues quizás no logre regresar esta noche...

—Bien; pero yo de todas maneras lo espero... y si no pudiera venir ahora, mañana por la mañana ántes irse a Chorrillos, sin falta...

—Eso sí que le aseguro.

Si el cochero alcanzó a escuchar lo anterior, no logró percibir algunas pocas palabras confusas que siguieron tras las otras, pero vió que luego la niña descendia del vehículo, y entónces sí que oyó esta frase dicha con expresivo acento:

—Acuérdese, cholito, que lo espero.

....

—¡A la plaza!—gritó la voz de Soler.

El auriga quiso hacer jirar a su vehículo; pero un coche que habia al lado y cuyo cochero se habia bajado del pescante a acomodar tranquilamente las velas de sus faroles, se lo impidió, y tuvo que avanzar algunos pasos para poder dar la vuelta.

—¡Apúrate!—exclamó el capitan.

El auriga hizo chasquear su chicote y los caballos estimulados de la manera más prosaica, tomaron el galope.

Frente al portal de Botoneros hizo Soler detenerse el coche, y despues de pagar a su conductor, se encaminó a paso lijero hácia las gradas de la Catedral.

—No me conviene quedarme con el mismo carruaje,—murmuraba;—y ya no es tiempo de tomar otro; pero no es eso lo que falta aquí en la plaza.

Llegó frente a la iglesia metropolitana y se puso a pasearse despues de encender un cigarrillo.

Estaba en el lugar de la cita que diera a Luisa; en el mismo sitio donde la habia esperado cierta noche hacia ya algunos meses, como lo vimos. Pero entónces él tenia graves quejas contra ella, miéntras que ahora, al contrario, ocurria él para dar satisfacciones y quizás con la conciencia no mui tranquila... por lo del dia.

Poco tuvo que esperar; al cabo de cortos minutos vió venir hacia él una persona en quien creyó reconocer a Luisa.

Era ella; en efecto.

....

Luisa traia casi todo el rostro tapado con su manto, y las facciones de él que quedaban descubiertas apénas se distinguian a la débil claridad que proporcionaba una lejana luz de gas.

—Luisa,—dijo Soler acercándose a ella, —cuánta ha sido su bondad en acudir a esta cita.

—No es bondad, sino el deseo natural de oir sincerar mi conducta por la misma boca que hace algun tiempo demostró sospecha,—contestó Luisa con acento tranquilo y sin denotar la menor alteracion de ánimo.

—Usted ha leido mi carta; ya sabe que se ha rasgado el velo que me hacia verlo todo con tan sombríos colores. Una pájina escrita por usted que yo encontré en poder de Narbona me lo reveló todo. Ahora sé el significado de aquel silencio de usted que

me partia el alma y me hacia perder el juicio; era que usted se sacrificaba por sus amigos, y aun por mí mismo, no queriendo comprometerme en un asunto delicado. ¡Tanta jenerosidad en usted y tanta desconfianza en mí! esto es lo que más me confunde al darle mis satisfacciones. Sólo una excusa tengo para atenuar mi proceder: el amor es receloso; esta es mi única defensa. ¿Conseguiré disipar su justo rencor? dígamelo, Luisa.

—Desde que leí su carta lo olvidé todo.

—No esperaba otra cosa de la hidalguía siempre manifestada por usted,—exclamó Soler con expansion, y quiso estrechar una mano a la jóven viuda; pero ella la retiró suavemente.

—Las dudas de usted me mortificaron mucho; así es que sus explicaciones me causan un verdadero placer.

—Y son tantas las que le debo,—contestó el capitan algo cortado porque el tono de Luisa aunque político, era frio.

Atribuyó esto a que la jóven en el primer momento querria mostrar alguna reserva, consecuencia natural de la ruptura que ambos habian tenido. Contaba poder a fuerza de halagos y protestas disipar esa nube; pero en aquel lugar donde continuamente estaban pasando transeuntes no era posible mostrarse mui expansivo.

—Tengo tanto que decirle, tanto que rogarle,—añadió Soler;—pero en este sitio no se puede hablar con libertad; voi a llamar un coche para que vamos a alguna parte donde podamos estar tranquilos...

Luisa lo detuvo diciéndole:

—No, no llame; esta entrevista debe ser mui corta, no tenemos necesidad de movernos de aquí.

—Pero... Luisa,—balbució el capitan vacilante;—con esto me demuestra usted que aun me conserva rencor.

—No tal, y la prueba es que estoi aquí, que he venido para asegurarle personalmente que he olvidado todas sus ofensas al leer su carta, y para que luego podamos separarnos conservando siempre un mutuo aprecio.

—¿Aprecio?... pero, ¿que significa esa palabra entre nosotros?

—Significa lo que me parece que usted desea: usted me habia hecho una ofensa; al conocer que era injusta ha venido a darme una satisfaccion, lo cual es de su parte una delicadeza que le agradezco: con esto, si ántes habia alguna desestimacion entre nosotros, ahora podemos separarnos apreciándonos mutuamente.

—Pero, Luisa, para nosotros hai un sentimiento superior al aprecio.

—Lo hubo.

Soler quedó mudo, y luego conteniéndose respondió:

—Le comprendo... ha olvidado usted mis ofensas; pero tambien me ha olvidado a mí mismo.

—Seria aplicar la pena del talion.

—¡Cómo puede usted decirme eso cuando yo siempre la...

—No concluya usted esa frase,—dijo Luisa interrumpiendo vivamente;—quiero conservar de usted para siempre un grato recuerdo: quiero creer que me ha olvidado usted en la ausencia o por una fatal sospecha; pero no que conmigo se haya mostrado falso...

—¿Seré falso si le digo que siempre la amo?

—Un dia dudó usted de mí por una simple sospecha; ahora bien puedo yo dudar de usted teniendo pruebas de las cuales he sido testigo.

—¿A qué se refiere usted?—preguntó temeroso el jóven.

—Sé en qué compañía esperaba usted mi contestacion.

De súbito asaltó a Soler un pensamiento, y lo expresó diciendo:

—El muchacho que le entregó mi carta le dijo que yo estaba con una persona.

—No, lo ví yo misma que me apresuraba a traerle personalmente la contestacion.

—Aquella persona era una amiga con quien estuve un momento...

—Un momento que ha durado hasta este instante; corto le habrá parecido a usted porque debia estar mui entretenido, tanto que ni aun reparó en un coche que le seguia por todas partes. Yo no queria imitarle a usted que por una vaga sospecha armó un juicio; quise tener una certidumbre, y ahora que la tengo bien comprenderá usted que solamente me queda que desearle felicidad y decirle adios...

Y Luisa echó a andar vivamente hácia la calle de Bodegones por donde habia venido.

Soler siguió tras de ella algunos pasos diciendo con voz suplicante:

—Le da usted a eso una importancia que no tiene.

—Cuanto me diga es inútil,—contestó la jóven deteniéndose un instante;--todo esto ha concluido para siempre, y así como fuí constante en mi afecto lo seré en mi palabra...

Habia en el acento de Luisa tal serenidad, que Soler conoció que aquella resolucion era inquebrantable y sólo pudo murmurar:

—Pero...

La jóven continuó andando, y volviendo la cara, dijo:

—No me siga; acuérdese que lo esperan.

LXXII.

Se continúa algo que habia sido interrumpido.

Soler quedóse un instante inmóvil viendo alejarse a la que habia sido su amante. Conocia el caracter de ella y sabia mui bien que con cualquiera tentativa que hiciese nada conseguiria.

—¿Y qué podria yo decirle,—murmuraba,—cuando ella lo sabe todo? hasta ha oido las últimas palabras de Zoila; de ahí que me dijera: «Acuérdese que lo esperan.»

Quedóse un momento pensativo, y luego respirando con fuerza exclamó:

—Se acabó todo.

Y como queriendo desechar sus ideas, se puso a andar atravesando la plaza hasta llegar al portal de Escribanos.

Largo rato estuvo ahí dando paseos de uno a otro extremo y embebecido en sus pensamientos.

De pronto oyó una voz que le decia:

—Aquí está el coche, señor.

Tornó la vista y reconoció al cochero que una gran parte del dia habia tenido a su servicio.

Una idea súbita le vino, y como si quisiera ponerla en ejecucion ántes de que pudiera reflexionar, contestó:

—Bien; sube al pescante y vamos.

El coche estaba a un paso y Soler montó en él.

....

Un cuarto de hora más tarde se detenia un carruaje en la calle de Ibarola frente a la casa de Zoila.

Esta niña debió sentir la llegada del vehículo, pues viniendo a todo correr se abalanzó a la puertecilla, la abrió y de un salto subió a él.

—Lo ha hecho divinamente; me habria muerto de cólera si no hubiera regresado.

Esto decia Zoila al capitan Soler que estaba dentro del coche, y riendo añadió:

—Vea quienes están ahí.

Miró Soler hácia la puerta de la casa y vió a dos personas a quienes al punto reconoció: eran Blanca y Olimpia.

—A pesar de lo que usted me dijo las mandé llamar porque el corazon me avisaba que pronto iba usted a regresar.

Y Zoila saltó fuera del carruaje arrastrando de un brazo a Soler.

....

Durante aquella noche algunos viandantes que pasaban por la calle de Ibarola oian un alegre ruido producido por los martinetes de un piano y aumentado estrepitosamente, por voces humanas y palmoteos, sin que faltara en medio de toda esa zalagarda unos sonidos enteramente iguales a los que hacen los vasos al chocarse unos con otros.

Si el que pasaba era por casualidad algun adivino y ponia en ejercicio su don sobrenatural, adivinaria que ahí habia jente que se divertia; pero si no lo era... tambien lograria adivinar la misma cosa, a no ser que fuera un bendito...

....

Así como el que tuerce la llave de un caño y deja correr el agua hasta que le conviene, y en aquél instante volviendo a mover la llave corta la corriente, así lo haremos nosotros con las horas de aquella noche y aún algunas del dia que le siguió; las dejaremos correr una en pos de otra hasta que veamos el sol en el cenit.

A esa hora entraba en la estacion de Chorrillos un tren compuesto de tres o cuatro carros.

Varias personas, como siempre sucedia, esperaban su llegada, y entre ellas habia muchas que por pertenecer al ejército reconocieron la fisonomía del capitan Soler en un jóven que tan pronto como el tren se detuvo brincó sobre el andén.

Era Soler que regresaba de Lima.

Miró a todos lados, sin duda esperando ver a su compañero Lostau que el dia anterior habia quedado en venir a esa hora a la estacion dado caso que no lo arredrara el sol.

No lo divisó; pero esto léjos de disgustarle pareció producirle cierta satisfaccion, pues murmuró sonriéndose:

—Me alegro de que no haya venido.

Y en seguida se dirijió a la calle a paso largo.

De ahí tomó el camino de su campamento.

Tan pronto como estuvo en él entró a su habitacion y se puso a cambiar de ropa, a ponerse su uniforme militar.

Hecho esto escribió unas cuatro letras en un papel que dió a su asistente diciéndole:

—Llévaselo al capitan Lostan.

Y abrochándose los tiros de la espada salió nuevamente del campamento.

....

Lostan con una blusa de brin puesta sobre la camisa, estaba reclinado sobre unos baules en su ramada.

Tenia en una mano un palo en un extremo del cual se veia un gran manojo de tiras de papel atadas como las plumas en un plumero. Aquel instrumento le servia para estar batallando con la cantidad enorme de moscas y mosquitos que se le iban encima.

En esa posicion y en esa tarea lo encontró el asistente de Soler que le llevaba el papel recien escrito.

El capitan leyó:

«Lostan:

«Estoi en un fuerte compromiso; me harás el favor de venir inmediatamente con Galvez al hotel de la plaza.

SOLER.»

Aunque disgustado por tener que salir con el terrible calor que hacia, Lostan se resolvió a vestirse y fué en busca del capitan Galvez.

....

—¡Hombre! tienes cara de haber pasado una noche mui tempestuosa...—exclamó Lostan viendo a Soler que en el corredor del hotel salia a su encuentro y al de Galvez que venia con él.

—¡Qué diantre!—añadió Galvez;—nos has hecho venir con este sol que nos derrite: ¿qué es lo que hai?...

—Hai que yo estoi solo y no puedo entenderme con tres personas,—contestó Soler con un acento mui serio como si se tratara de algun pleito;—viniendo ustedes en mi ayuda, ya será otra cosa.

—Yo creo que has tomado algunas copas en Lima y te has metido en un berenjenal.

—Así no más es; pero estando ustedes la cosa cambiará; vengan para acá.

Y Soler los condujo a una pieza del hotel.

Entró él primero, y sus dos amigos lo siguieron.

Un estrepitoso coro de voces humanas estalló en risas, gritos y exclamaciones.

En aquella pieza habia tres personas sin nada en su aspecto que justificara el temor aparentado por Soler.

Eran tres jóvenes... pero tres jóvenes del otro sexo...

Zoila, Blanca y Olimpia eran respectivamente sus nombres.

Difícil fué oir entre las risas las primeras palabras y saludos que ahí se cambiaron; pero fácilmente los adivinará el lector.

Por fin despues de aquellos pudieron oirse estas frases:

—¡Preciosa sorpresa!

—Soler, te has portado como un héroe.

—Como un Hércules; te has traido las manzanas de oro del jardin de las Hespérides.

—¿Qué cosa? ¡guá!... nosotras no somos ni manzanas, ni de oro, ni nos han traido, sino que hemos venido a bañarnos...

—Calle usted, Blanca; vea que me siento inspirado al verla y hablo en el lenguaje de los dioses; déjeme figurarme siquiera que son ustedes las tres Gracias, compañeras de Vénus, que han descendido del Olimpo para visitar a estos tres asendereados émulos de Marte.

—Hé aquí el néctar,—exclamó Soler llenando algunos vasos de cerveza.

—Hagamos las libaciones; pero no como los paganos que solo probaban el contenido de sus vasos y derramaban el resto, sino como buenos cristianos, diciendo: «Hasta verte Cristo mio.»

El cristal tocó los labios, y la cerveza se escurrió por las gargantas.

La confianza ganaba terreno a pasos jigantescos. Se conversaba, se chanceaba y se reia conforme al código del más expansivo buen humor.

Ruda tarea seria estampar los diálogos que en aquella pieza se oian, pues tres bocas hablaban a la vez; pero no se formaba confusion, pues cada boca tenia un par de orejas que las escuchara. Esto vale tanto como decir que se habian organizado tres parejas y cada cual dialogaba por su cuenta.

Lostan interpelaba a Blanca; Galv disentia con Olimpia, y Soler se entend con Zoila divinamente.

Para escribir todo lo que ellas y ellos decian, se habria necesitado tres taquígrafos, de consiguiente nos contentaremos con trasladar al papel una que otra frase suelta pillada al vuelo.

—No me diga más, cuando ha sido tan ingrato que ni siquiera me ha escrito.

—Pero Olimpia, ya se lo he dicho: de allá del interior no habia cómo mandar una carta.

—¿Y desde que llegó a Chorrillos?

—Esperaba que llegase el momento en que pudiera ver a usted para pedirle personalmente el cumplimiento de su promesa.

—¡Promesa! ¿qué promesa?

—La de corresponderme.

—¡Qué tal!... yo no me comprometí a tanto,—contestó Olimpia riendo;—le dije solamente que a su regreso lo veriamos.

—Pues bien, veámoslo.

....

—No, Blanca; eso no puede ser; usted pretende retroceder en el camino de nuestros amores.

—¡Guá!... ¿qué amores son esos?... no los conozco.

—Son los que dejamos pendientes al partir yo para La Sierra.

—Nada.

—En la novela de nuestros amores habiamos llegado al capítulo donde el galan y la dama se juran amor eterno...

—No tal... solo ibamos en la primera pájina, donde *él* y *ella* se hablan por la primera vez...

—¡Ah memoria de pajarito!... acuérdese que ya habíamos pasado todo el prólogo y quedábamos en la mitad del capítulo citado: desde ahí debemos continuar la lectura.

—¡Oh! si usted se ha saltado muchas pájinas.

—Ninguna, ninguna; continúo la lectura y digo: «Ha hecho usted de mí el hombre más feliz diciéndome que me ama; al darme su amor me ha dado el cielo en vida...

—¡Párese! párese! que se ha saltado un manojo de fojas.

—Ni una.

—Estamos en el párrafo en que usted me decia cosas y yo no las creia...

—No me esté releyendo las hojas dobladas ya... Prosigo: Repítame, Blanca, mil veces esas dulces palabras; continúe diciéndome que me quiere, que me ama...

....

—Cuánto te estoi queriendo, cholito; pero a veces me parece que te pones triste.

—No seas loca, Zoila; ¿no ves que estoi contento.

—Sí, ahora lo estás; así me gusta. Acerca una copa; vamos a tomar los dos en ella.

....

Todos estos diálogos se oian.

Como por encanto los vasos se veian ya llenos y ya vacios, y la conversacion continuaba y avanzaba.

Galvez habia conseguido que Olimpia resolviese que vieran aquello de la correspondencia.

Y Lostan habia logrado que Blanca se decidiera a continuar la lectura de la novela desde el punto que él señalaba.

En cuanto a Soler y Zoila seguian bebiendo en un solo vaso con una unidad envidiable.

En estas circunstancias se oyeron las tres de la tarde.

Era la hora de la llamada.

—Miéntras vamos al campamento,— dijo Soler a las niñas;—ustedes, como está convenido, pueden ir a los baños; a las cinco nos encontraremos aquí mismo.

....

—Apurémonos,—decia Galvez a sus dos compañeros, saliendo del hotel;—vamos a llegar atrasados.

—No temas,—contestó Soler;—para que no nos sorprendiera la hora tuve la precaucion de adelantar diez minutos el reloj del hotel.

....

El plan propuesto se cumplió.

Ellas se dirijieron a los baños y ellos a su campamento.

Al cabo de dos horas volvian a encontrarse en alegre compañía.

Se acercaba la hora de comer, y luego las tres parejas se sentaron a la mesa.

Blanca y Olimpia pretendian regresar a Lima en un tren que partia a las seis y media de la tarde. Zoila habia declarado positivamente que el aire de Chorrillos le sentaba mui bien, y que permaneceria ahí dos o tres dias respirando las brisas marinas.

Pero durante la comida en medio de una loca alegría, hubo tantas risas y voces en tono alto, que no se oyó sonar el reloj y ni aun se percibió el silbido con que la locomotora desde la estacion anunciaba su partida.

A las siete los oficiales tuvieron que levantarse de la mesa para asistir a la retreta. Sólo entónces Blanca y Olimpia vinieron a darse cuenta de que el tren debia haber partido...

Pero no se crea que este contratiempo las afiijió mucho, pues cuando al cabo de media hora regresaron del campamento los tres oficiales despues de haber pasado lista de retreta, las encontraron mui resignadas a esperar el próximo tren, que no saldria de Chorrillos hasta la mañana siguiente.

LXXIII.

Pasa el tiempo.

El teniente Víctor Alvar, como es de suponerlo, se encontraba tambien en Chorrillos puesto que ahí estaba acampado su batallon.

Ya hemos visto que durante las marchas las penalidades y fatigas por una parte, y las continuas atenciones y preocupaciones que le proporcionaban sus deberes militares, por la otra, habian mantenido dominados o a lo ménos apaciguados sus pensamientos.

Cuando se encontró en Chorrillos llevando una vida más tranquila y libre de tan crudas alternativas, naturalmente el reposo permitió que se representaran a su imajinacion con todo su triste colorido las escenas de Huanta en que habia figurado la tierna y desgraciada Lucía.

Tenia la esperanza de que la niña estuviera ya en Lima, puesto que ella debia haber hecho su viaje por una via más corta y sobretodo mucho más lijero, ya que los viajeros yendo a caballo por aquellos pasajes no tropiezan con las dificultades de una division que marcha a piè, y sin gran fatiga pueden llevar una velocidad tripla o cuádrupla.

Desde el primer momento de su llegada al puerto de Chorrillos esperó con ansias recibir alguna carta de Lucía que le anunciara el lugar de su domicilio en Lima y las novedades que le hubieran ocurrido desde el instante en que se separó de ella.

Pero pasaron varios dias sin que la carta aguardada llegara.

A menudo hablaba de sus asuntos con su amigo y compañero Martel.

—Tal vez han tenido algunos inconvenientes y no han podido regresar todavía, —solia decirle éste;—estando Lucía en Lima le será sumamente fácil saber que el batallon está aquí, y te escribirá como te lo prometió; si no lo ha hecho, es prueba de que aun no ha llegado a la capital.

Alvar le encontraba razon y se resolvia a seguir esperando.

Un dia dijo a su amigo:

—Se me ha ocurrido una cosa para salir de dudas.

—¿Y es?...—le preguntó Martel.

Que me hagas el favor de escribir una carta a doña Manuela y dirijirla a Lima.

—¿Diciéndole qué?

—Saludándola simplemente; tú tienes motivo para hacerlo puesto que existen relaciones amistosas entre esa señora y tú. Ella te estima demasiado para no contestarte si recibe la carta. De esa manera sabremos si está en Lima, pues bien podria ser que vijilaran a Lucía para que no me escriba.

—Fácil es hacer lo que quieres,—contestó Martel.

La carta fué escrita y conducida por el correo sin llevar señas de domicilio, como es de suponerlo.

Nuevos dias de espera trascurrieron sin que la respuesta llegara.

—No están en Lima,—repetia constantemente Martel.

—¡Quién sabe!—murmuraba Alvar dudando.

—Es seguro; doña Manuela me habria contestado.

—Puede ser que quiera ocultarte tu llegada para que yo no la sepa.

Martel no hallaba nada que contestar a esto.

Grande era el deseo que tenia Alvar de ir a Lima para hacer personalmente algunas dilijencias con el fin de averiguar algo de lo que tanto le interesaba.

Por fin se decidió un dia a inventar cualquier pretexto y solicitar permiso para dirijirse a la ciudad del Rimac.

Lo consiguió.

Vistióse de paisano y tomó un asiento en el tren que lo condujo a Lima.

Luego que se encontró en la capital, su primer acto fué investigar si en la casa de la calle de Zamudio donde ántes vivia Lucía sabrian algo de ella. Con este objeto buscó un muchacho despierto, cosa que no le fué difícil, y lo envió a preguntar si aun viviria ahí la señora Melgar, pues averi-

guar directamente algo de Lucía habria dado lugar a hablillas de los vecinos.

El mensajero regresó diciendo que desde que aquella señora habia partido de Lima nada se sabia de ella ni de su familia y que el departamento que ántes ocupara se hallaba ahora habitado por otras personas.

Despues de esto Alvar se dirijió a visitar a aquella señora extranjera en cuya casa habia visto por primera vez a Lucía. De ella esperaba conseguir quizás algunas noticias. Con discrecion en medio de diferentes cosas de que trataron, preguntóla el oficial por la niña y su familia, tratando de ocultar su emocion.

—Hace mucho tiempo que salieron de Lima; creo que se fueron para Ayacucho y supongo que no deben haber regresado, pues aunque habian cortado sus relaciones conmigo, como usted lo sabe, yo habria tenido conocimiento de su regreso por algunas amigas.

Esta fué la contestacion de la señora.

Alvar salió de aquella casa casi convencido de que Lucía aun estaba léjos.

Ya no le quedaba lugar donde hacer nuevas investigaciones.

Se echó a andar por las calles sin rumbo fijo esperando que la casualidad le hiciera encontrarse con el padre o la tia de su amante o con ella misma, si es que estaban en la ciudad.

Todo el dia lo empleó en mirar a los balcones y fijarse en las fisonomía de los transeuntes. Pero este medio no era por cierto el más seguro; casualidad mui grande seria que lograra hallarse con algunas de aquellas personas en la calle durante las pocas horas que iba a permanecer en la ciudad.

Alvar regresó a su campamento sin haber sabido más noticias que las indicadas. Ellas le daban casi una seguridad completa de que Lucía aun no habia vuelto; mas sin embargo, conservaba siempre lijeras dudas.

No le quedaba sino resignarse a esperar.

Dias tras dias y semanas tras semanas transcurrian sin que llegara la esperada carta.

Con avidez leia en los diarios limeños las noticias de La Sierra que solian publicar y temblaba cuando referian algunos hechos sanguinarios ocurridos en las cercanías de donde dejara a Lucía.

....

Miéntras tanto, habian llegado de Chile los despachos que convirtieron al teniente Alvar en capitan.

El hombre en la vida va insensiblemente haciéndose niño, púber, adolescente etcétera, sin que ningun accidente instantáneo revele el tránsito de una edad a otra; pero en la milicia va a enviones y los tránsitos están perfectamente bien demarcados.

En la vida se desliza; en la milicia se va a saltos.

Alvar no habia sabido el instante preciso en que de adolescente pasó a jóven, ningun incidente se lo hizo conocer; pero si supo el momento justo en que de teniente pasó a capitan: fué cabalmente en el rápido minuto que S. E. el presidente de la república trazó en un pliego de papel una plumada con tinta de alquimista.

¿Por que de alquimista?

Porque aquel rasgo de negra tinta se convirtió en una trencilla de oro que circundó el képis de Alvar, paralelamente a las otras dos que ya tenia.

Es de advertir que ántes de que el alto majistrado estampara la consabida plumada, Alvar habia oido zumbar muchas balas, trepado muchas montañas, sufrido muchos ayunos y cambiado muchas veces el color de la epidérmis al sol de los campamentos y la epidérmis ella misma en la cima de las cordilleras.

Para un militar el cambio de grado trae cambios en su vida, en su traje y hasta en su nombre: el teniente Alvar habia pasado de un golpe a llamarse el capitan Alvar.

Desde su nuevo ascenso habia entrado en intimidad con los demás capitanes de su batallon. Estos lo habian recibido mui bien, y él se juntaba con ellos, ya para charlar, ya para salir a dar un paseo por las calles de la poblacion o para ir a los baños, o para alguna otra entretencion que buscaban a la medida de las circunstancias.

....

Aliaga y Orrego habian roto completamente con Cármen y Elisa.

Parece que ellas no se aflijieron mucho por esto; ni tampoco ellos.

—Me alegro,—solia decir Aliaga,—de haber cortado esas amistades; el dia ménos pensado aquella locuela podia haberme mordido la lengua y haberme dejado tres o cuatro dias sin poder comer.

....

Cuando Lostan oyó contar a Soler sus aventuras de aquel dia en que fué a Lima, la manera como se habia encontrado con Luisa y las palabras de ella, le dijo:

—Hombre, has perdido un tesoro; una

dama como esa vale un Potosí. Una mujer vulgar, a gritos te habria llamado embustero, pérfido, pícaro, traidor, apóstata, y habria querido pasarte las uñas por el rostro. Luisa ha tenido la enerjía de dominar su ira y de conservar su dignidad para despedirte con delicada cortesía. ¡Esa mujer vale un mundo!

—Bien conozco lo que he perdido... y para siempre...

—Así me parece que es para *sécula* sin fin. Si te hubiera llenado de improperios, si te hubiera arañado, si te hubiera dado un insulto, podias esperar que se pasara la ventolina; pero cuando con tanta serenidad te ha expresado su resolucion, es de temer que sea irrevocable.

—Yo conozco su carácter y tambien creo lo mismo que tú.

—Te compadezco por lo que has perdido; pero al mismo tiempo te felicito porque has sabido portarte como un filósofo en tu desventura: la vida es mui corta para gastarla en suspiros rechazados: por Luisa, de rebote caiste en brazos de Zoila; te aplaudo.

—¡Qué quieres, hombre! estaba fastidiado con aquel asunto y quise distraerme.

—No te pido disculpas, pues que por el contrario te apruebo; además Zoila es una agradable personita con cuyos halagos bien se puede matar una pena.

....

Aquel dia en que Soler dió tan grata sorpresa a Lostan y Galvez, Zoila habia anunciado que permaneceria dos o tres dias en Chorrillos porque el aire del mar le hacia mucho provecho; pero callandito le habia dicho a Soler en confidencia que no se iba porque lo veia entristecerse de cuando en cuando y estaba resuelta a no moverse de ahí hasta verlo bien consolado de la pesadumbre que parecia aflijirlo.

Ya sabemos que ese mismo dia a Blanca y Olimpia las habia dejado el tren de la tarde; pero el dia siguiente... ¡fué peor! las dejaron todos los trenes... y eso que eran cuatro o cinco los que partian diariamente para Lima: el primero de la mañana, porque aun no se levantaban; el segundo, porque concluido el almuerzo se habian quedado de sobremesa en un diálogo tan interesante con Lostan y Galvez, que se les pasó la hora sin sentir; el tercero, porque la conversacion no se cortaba todavía; el cuarto, por los baños, y el último, porque la dichosa conversacion habia vuelto a anudarse.

Por fin en la mañana próxima ambas, acompañadas de Zoila que ya habia visto consolado a Soler, tomaron asiento en un vagon del tren.

Los tres consabidos capitanes estaban haciendo ejercicio con su batallon en un potrero próximo a la línea férrea cuando las vieron pasar conducidas con la velocidad de la locomotora.

Se iban... pero como las golondrinas, para volver.

Así lo demostró la experiencia.

Volvian de cuando en cuando, ya las tres juntas, como las tres brillantes estrellas de Orion en las tardes de la primavera; ya solamente dos, como la aurora y el sol al despertar el dia; ya una sola, cual el lucero del alba.

El capitan Orrego notaba a veces que Lostan, Soler y Galvez, desaparecian del campamento, y solia decirles:

—Ayer no aportaron ustedes por aquí sino a las horas de lista... entretencion tendrian por allá...

....

Así continuaron las cosas por algun tiempo.

LXXIV.

El capitan Lostan en Lima.

Habia llegado el mes de marzo, cuando cierto dia el capitan Lostan tuvo permiso para ir a Lima.

Blanca debia tener conocimiento de esta viajata, pues apénas Lostan descendió del tren en la estacion de la Encarnacion y salió hasta la calle, la divisó que asomada en la ventanilla de un coche le hacia señas.

Lostan subió en él, y el carruaje partió.

Blanca souriéndose le dijo:

—Tiemblo cada vez que vienes a Lima, porque tú eres tan... Si ves una carita... corres tras de ella y no hai quien te alcance...

—Veo que te sublevas contra mis instintos naturales,—replicó Lostan riendo.

—¡Y te atreves a contestarme eso!

—¡Qué quieres! es el sentimiento nato de mi corazon que me gusten to las muchachas bonitas; por eso es que quiero a tí.

—Sí; pero tengo que estar con cuatro ojos; si me descuido te me vuelas...

Continuando el coloquio en términos semejantes, llegaron hasta la casa de Blanca.

Bajaron ambos del coche y entraron.

....

Algunas horas más tarde, seria cosa de las tres, iba Lostan por la calle de Lescano dirijiéndose a la plaza. Escudriñadoras miradas fijaba en el rostro de los transeuntes...siempre que estos vistieran traje femenil, pues parece que el capitan tenia poco interes en examinar caras de hombre; es verdad que en el campamento estaba dia a dia viendo por centenares fisonomías barbudas, y ya que venia a la ciudad, era mui natural que por cambiar de perspectiva quisiera clavar sus ojos en caritas bien mondadas, sin ningun pelito fuera de las elegantes cejas y de las crespas pestañas.

Además del sentimiento innato que él decia tener, habia otra circunstancia que le hacia fijarse atentamente en las bellas viandantes que hallaba a su paso: Lostan abrigaba la esperanza de divisar entre ellas el lindo semblante de aquella morenita a quien varios domingos viera el año anterior en la iglesia de Santo Domingo, y nunca fuera de ahí.

De pronto el capitan pareció sufrir una alteracion a juzgar por un jesto expresivo que hizo: habia divisado venir en direccion opuesta a una dama de hermoso aspecto, y la miró con insistencia. No debia ella ser la morenita de Santo Domingo, porque su cútis era blanca.

Continuó avanzando unos pasos, y al encontrarse con ella, la detuvo diciéndole cortésmente:

—Dispénseme usted, señorita, que la importune un instante, pero no puedo resistir al deseo de saludarla.

La dama se paró y contestó con una inclinacion de cabeza y una mirada interrogativa que decian claramente: «No sé quién es usted.»

—Veo que no me reconoce,—añadió Lostan;—y es natural, pues la única vez que usted me ha visto estaba mui preocupada con un desgraciado suceso para que se fijara mucho en mí.

Mirándolo con mayor atencion, replicó a jóven:

—Usted parece chileno por el acento.

—Parezco lo que soi.

—¡Ah! ya le recuerdo; es usted el capitan Lostan.

—Así me llaman en mi batallon.

—El mismo que cierta noche me prestó atentos servicios,—contestó ella sonriendo con amabilidad.

—Insignificantes.

—No diga usted eso; le estoi mui agradecida por sus atenciones; merced a usted tuve auxilios oportunos...

—¿Y fueron eficaces? ¿sanó usted completamente?

—Fué todo cosa de unos quince dias.

Ya se habrá adivinado que la interlocutora de Lostan era Luisa.

Despues de las anteriores palabras continuó la jóven viuda haciendo un lijero relato de la curacion de su herida.

Cuando concluyó, Lostan con mucha seriedad le hizo esta pregunta:

—¿Y no ha logrado usted saber quién seria el asesino?

Luisa lo miró con cierta sorpresa, se sonrojó y contestó vacilando:

—Nó.

Una fina sonrisa que dilató los labios del capitan aumentó el sonrojo de la jóven.

—Yo,—añadió él,—como no ví en aquel hecho ningun secreto, conté la historia y... presumia que con los pocos datos que pude dar bien podia haberse llegado... casualmente... a descubrir al agresor... Tal vez fué una grave indiscrecion de mi parte...

Luisa era mui perspicaz para no conocer que Lostan estaba al cabo de todo lo ocurrido, tanto más cuanto que Soler le habia comunicado una vez que por él habia tenido conocimiento de su herida.

—¿Indiscrecion? ¿por qué?—dijo ella, serenandose con alguna dificultad;—era mui natural que usted refiriera aquella aventura.

—Sin embargo, me arrepentí de haberlo hecho, porque a consecuencia de haber oido mi historia, un compañero mio tuvo mucho que sufrir por dudas y penas.

Luisa bajó la vista y disimulando con una sonrisa un nuevo sonrojo, dijo:

—Creo que usted sabe de todas estas cosas... más que yo misma...

—Pudiera ser que la casualidad por una parte y por otra la íntima amistad me hubieran hecho conocer el argumento de ciertos sucesos...

Quedó la dama un instante pensativa, y

al fin balbució como tomando una resolucion:

—Tengo deseos de pedir a usted un servicio.

—Me honrará usted con ello.

—Pero seria preciso que se molestara usted viniendo un momento a mi casa, y quizás está ocupado...

—No tal; ando por las calles en completa vagancia.

—Mi casa está cerca; a dos cuadras; vivo en Calonje.

—Recuerdo esa calle,—contestó Lostan colocándose al lado de Luisa y caminando a la par con ella.

Estas palabras hicieron rodar la conversacion sobre los hechos que en ese sitio tuvieron lugar cierta noche conocida del lector.

....

Llegando a su casa Luisa introdujo a Lostan en una salita adornada sin lujo, pero con gracia y buen gusto.

Invitándolo a tomar asiento, le dijo:

—Antes de que le exprese el servicio que voi a pedirle, permítame le ruegue que cuente la manera como su compañero llegó a salir de las dudas que segun usted le atormentaban... las mujeres somos curiosas.

Justamente era lo que Lostan deseaba, entrar en una conversacion si se quiere confidencial con aquella jóven de quien tanto habia hablado con Soler, y hácia la cual sentia simpatías por su carácter jeneroso.

Contóla cuanto sabia: las vacilaciones de Soler y sus temores; las correrías del *Corso*, sus asechanzas y su muerte, las conversaciones habidas entre los compañeros; en fin todo lo que ya sabemos.

Luisa por la carta de su amante ya tenia conocimiento de aquellos sucesos, pero sin los detalles que Lostan le dió.

—Veo que su amigo ha tenido mucha confianza en usted,—dijo la jóven cuando el capitan concluyó.

—Es natural; estábamos viviendo en la mayor intimidad y siempre es grato revelar a un amigo sus sentimientos.

—Le ha contado todo; pero quizás ha callado lo último... lo relativo a la última vez que me vió.

Lostan no habia querido expresamente hacer mencion de lo ocurrido en la postrera entrevista que Soler habia tenido con su amada, a pesar de que no lo ignoraba; pero ya que ella lo interrogaba directamente, respondió:

—Tambien me lo ha contado. Tuvo usted un disgusto por ciertas sospechas...

—¡Nada de sospechas!—exclamó vivamente Luisa;—fueron hechos de que fuí testigo.

—Pero quizás les dió usted una importancia que no tenian.

—Hace usted bien en defender a su compañero; mas, usted debe saber que en cierta circuntancias los ojos de una mujer no se engañan: yo lo ví varias veces aquel dia con esa señorita en cuya compañía estuvo paseándose y a quien dejó solamente un instante para ir a verse conmigo... en fin, no hablemos más de eso; usted lo sabe lo mismo o mejor que yo... además ya todo concluyó.

—Pero si aquello hubiera sido una apariencia engañosa...

—No diga usted tal; si yo hubiese podido abrigar siquiera una débil duda, otro habria sido mi proceder. Ya entónces tuve la certidumbre, y ahora mucho más. Su compañero estaba en su derecho para hacer lo que mejor le pareciera; pero lo que me ha causado un verdadero sentimiento ha sido que él le haya hablado de mí a esa señorita...

—No crea usted tal cosa;—exclamó Lostan interrumpiéndola vivamente;—Soler no puede haber hecho eso; lo conozco mucho para creerlo capaz de tal... miseria.

—Sin embargo; voi a mostrar a usted una prueba.

La hermosa viuda pasó a una pieza contigua y regresó trayendo unos papeles en las manos.

—Esa señorita me ha escrito esto; lea usted.

Lostan leyó:

«Señorita:

«Hágame usted el servicio de entregar a su dueño la carta que va dentro de ésta; me es imposible escribirle directamente a él y por eso le pido a usted este favor que es inmenso para mí.»

—Pues bien, añadió Lucía—vea usted para quien es la carta que viene adentro.

Y mostró a Lostan un sobre en el cual se leia:

«Señor Soler, capitan del Batallon Setiembre.»

—No comprendo todo esto,—murmuró Lostan.

—Pues yo,—replicó Luisa con una risa forzada, — lo comprendo perfectamente bien; aquella señorita ha querido hacer una travesura que le parecerá chistosa pidiéndome que yo le sirva de mensajera para tener correspondencia con su amante.

—No puede ser eso,—balbució el capitan.

—Está a la vista que ella ha querido jugarme una pasada mui chusca imajinándose que yo, naturalmente, por curiosidad u otra cosa, abriria la carta incluida y me impondria de lo que hai escrito en ella, que será un calendario de palabras dulces y halagos; esa lectura, al parecer de la señorita en cuestion, me haria rabiar, y habrá estado ella gozándose al pensar en la cólera que debo haber pasado.

Lostan no hallaba que pensar.

—Pero le han salido fallidas sus esperanzas; pues, como usted lo ve, no he abierto esa carta.

El capitan Lostan pensaba que Zoila era mui capaz de haber hecho esa broma; pero para llevarla a efecto debia haber estado al cabo de los amores de Soler y Luisa. ¿Cómo podia haber sabido algo de esto? Solamente si Soler se lo hubiese revelado; pero bien sabia él que Soler era demasiado galante para cometer tal villanía.

Despues de cavilar un instante, dijo:

—No le puedo asegurar que esté usted equivocada; pero le puedo garantir que Soler jamás ha hablado de usted con ninguna mujer.

—¿Y entónces?... ¿será alguna adivina la persona que escribió esta carta?

—Tan seguro estoi de lo que le digo, que voi a proponerle una cosa: advertiré a Soler de lo que ocurrre; él vendrá aquí; en presencia de usted abrirá este pliego, y conocerá usted la verdad...

—¡Eso nó!—exclamó Luisa con prontitud;—yo no volveré jamas a verme con su amigo.

—¿Por qué? él lograria disipar estas sospechas... y quizás tambien las otras... y... la reconciliacion es tan dulce...

—Esto... nunca; hai muchas cosas de por medio.

—Sospechas...

—Y ciertas visitas recibidas en Chorrillos... todo suele saberse, y mucho más aquello para lo cual no se toma siquiera la precaucion de hacerlo en secreto.

Por el tono con que la jóven pronunció estas palabras, conoció Lostan que la causa de su amigo estaba del todo perdida. Le quedaba únicamente defenderlo de la falta de hidalguía de que se le acusaba.

—Convengo en cuanto usted quiera, pero vuelvo a asegurarle que Soler jamas ha pronunciado su nombre en presencia de mujer alguna; habria sido una ruindad mui ajena a su proceder. "Esa señorita" debe ignorar todo lo concerniente a él y a usted, pues yo la conozco mucho y puedo aseverar lo que digo. Si ella, o sea Zoila, tal es su nombre; si Zoila algo hubiese sabido de eso, ya se lo habria oido yo repetir muchas veces. Además Soler conserva de usted un recuerdo que puede llamarse respetuoso y creeria ajar su memoria hablando con esa niña de usted.

—¿Y cómo se explica, pues, todo esto?

—Raciocinemos con calma: ¿cuando recibió usted esta carta?

—Hace tres o cuatro dias.

—¿Por qué conducto?

—Por el correo.

—Tiene usted la cubierta exterior?

—Aquí está.

—Veamos el timbre. Viene del Callao.

—En efecto; habrá hecho un paseo para allá y la dejó en el correo.

—Para saber si es Zoila quien la ha escrito, me seria fácil dirijirle unas cuatros letras con cualquier pretexto y por la contestacion que me diera se podria hacer una comparacion de la forma de letra...

—¡Oh! no haga usted tal cosa; pareceria que yo me preocupaba de este asunto más de lo conveniente. El servicio que le anuncié iba a pedirle y para lo cual rogué a usted que viniese a casa, era que usted llevara estos papeles a su dueño.

—Lo haré como usted me lo pide.

—Si alguna vez viene usted a Lima y me honra con una visita, saldré yo de la curiosidad, que, por lo demás, no es mui grande.

Lostan permaneció un momento más en casa de la jóven viuda, y luego se despidió llevando en su bolsillo las cartas.

....

Algunas horas más tarde estaba el capitan en casa de Blanca.

—Nos vamos esta noche a Chorrillos.

—Nada.

—Sí; tengo miedo de que estés en Lima; hai tantas tentaciones para tí.

—Continúa teniendo miedo hasta mañana.

Y así hubo de ser.

....

En la mañana siguiente poco despues de las ocho Lostan se ponia su sombrero.

—¿Dónde vas?—le decia Blanca.

—A cierta parte.

—Si no me dices dónde, te voi a seguir.

Blanca dijo esto sonriéndose; pero aunque vió partir al capitan no lo siguió. Tal vez recordó que éste varias veces le habia dicho que el dia que lo siguiera a escondidas seria el mismo en que tronaran.

A paso largo recorrió Lostan varias calles hasta llegar a la iglesia de Santo Domingo.

Entró en el templo.

Un sacerdote estaba celebrando la misa.

Lostan avanzó por la nave de la derecha hasta colocarse en un lugar desde donde pudiera fácilmente ver las caras de un regular número de devotas ahí reunidas.

Muchos lindos rostros divisó; pero entre ellos no se encontraba el de cierta morenita que él tenia grabado en la imajinacion.

Despues de terminada la misa, retiróse hácia la puerta y saliendo fuera de la verja que hai frente a la iglesia, murmuró:

—¿Estará escrito que no la haya de encontrar?

LXXV.

La carta.

Poco despues de las doce de aquel dia Lostan entraba en la ramada de Soler.

Esta en el tiempo trascurrido desde que la habitaba el capitan habia sufrido notables alteraciones. Distrayendo algunos centenares de soles de su propio bolsillo, el capitan le habia hecho poner papeles en las paredes, ladrillos y estera en el piso y lienzo en el techo; de manera que ya no tenia el aspecto pastoril que le conocimos, sino otro ménos poético, pero más limpio y decente.

En pocas palabras Lostan puso a Soler al corriente de lo hablado en su entrevista con Luisa.

—De modo que tienes ahí las cartas,—dijo éste despues de oir a aquel.

—Hélas aquí.

Soler con precipitacion leyó la primera carta que le dió su compañero.

—No es letra de Zoila,—dijo apénas la miró;—ya lo presumia pues Zoila no sabe ni una palabra de eso; ya supondrás que jamas he hablado de tal cosa con ella. Veamos la otra.

Lostan le pasó la carta que habia venido incluida en la primera y cuyo sobrescrito decia como se sabe: "Señor Soler, capitan del batallon Setiembre."

Soler rompió la cubierta.

Dentro de ella, en vez de un pliego, encontró un nuevo sobre cerrado. En él se leian estas palabras:

"Señor Don
Víctor Alvar,
Teniente del batallon Setiembre."

—¡Hola!—esclamó Lostan;—esta otra carta tambien estaba en cinta.

Soler quedó un instante perplejo, y dijo de pronto:

—Ya lo adivino todo; esta carta debe ser de esa jovencita a quien Alvar sacó de su casa.

—¿De esa linda niña que conocí en Huanta; quien si mal no me acuerdo se llama Lucía?

—De esa misma; ella sabia el nombre de Luisa y tambien que era amiga mia.

—¿Y por qué se habrá dirijido a Luisa y no a tí o al mismo Alvar directamente?

—El nos lo podrá decir; vamos a verlo a su pieza.

....

El capitan Alvar se hallaba solo en su habitacion hojeando los libros de su compañía, cuando entraron sus dos compañeros.

Al saber el objeto de su visita sintió una violenta emocion.

Recibió la carta de manos de Soler y mirando el sobrescrito murmuró al punto:

—Es de ella.

Al fin tenia en su poder aquella carta que tanto habia esperado.

Rasgó la cubierta sin poder dominar un lijero temblor nervioso y sacó de ella un pliego de papel. Lo desdobló, y leyó para sí:

"Querido Víctor:

"Te escribo sin saber si estas líneas llegarán al poder tuyo, pues no sé cómo enviarte mi carta; pero quiero tenerla escri por si se me presenta alguna oportunid de remitírtela. Aquí no hai correos ni te go yo de quién valerme para que esta l gue a su destino. Ya otra vez te habia

crito en iguales circunstancias y una feliz casualidad hizo que me encontrara con tu compañero Martel. Puede ser que ahora la suerte quiera favorecerme nuevamente y se me presente alguna oportunidad que no diviso.

"Despues que tú partiste de Huanta continué algunos dias enferma, pero mejorando, y al cabo de una semana estaba ya bien.

"Mi tia desde que me vió repuesta hizo el mayor empeño por emprender el viaje de regreso a la costa; mas, no se podian hallar arrieros ni caballos para llevarlo a efecto. Todo era dificultades porque aquellos pueblos seguian llenos de montoneros, de indios y de toda esa confusion que conoces.

"Por fin al cabo de un mes se vencieron los inconvenientes y nos pusimos en camino.

"¡Penoso viaje! al traves de esas montañas de nieve donde una se hiela y de aquellas quebradas en que mirando hácia abajo se desvanece la cabeza: tú sabes lo que es eso. Yo sufria infinito, pero guardaba silencio porque todo mi anhelo era llegar a la costa.

"Nada sabia mi tia del secreto que te comuniqué; mas, durante el viaje llegó el momento que lo sospechó y yo no pude ocultárselo más tiempo.

»Triste dia fué aquel para mí. Tanta debió ser mi afliccion y mi vergüenza, que la buena señora me tuvo lástima: no me riñó. Solamente me dijo con calma: «Debias haberme revelado esto ántes y nos habríamos quedado de todas maneras en Huanta; ahora hemos pasado ya la Cordillera y seria una locura peligrosa para tí regresar allá pasando otra vez los Andes. Tampoco en tu estado puedes llegar a Lima ni aún a Ica donde pueden haber personas que nos conozcan. Será preciso que nos quedemos por aquí»

«¿Qué podria contestarle cuando no me atrevia ni a levantar la vista, y cuando veia que ella tenia razon y se sacrificaba por mí?

«Estábamos en el pueblo de XX. y en él nos quedamos y estamos aún. Era preciso esperar aquí más de tres meses para que yo pudiera llegar a Lima u otra ciudad sin ser objeto de vergüenza para mi familia. Y todavía despues de este plazo habria que resolver lo que se haria de mí...

"XX. es un pueblo de cholos como muchos que tú habrás visto en Las Sierras, casi sin comunicacion con el resto del pais. Aquí nadie nos conoce, y mi tia tomó además la precaucion de cambiar de nombre. Está a veinte leguas de Pisco.

"Qué vida tan triste hemos llevado aquí; no quiero referírtela con sus pormenores por que no creas que quiero hacer llegar quejas a tus oidos. Todo lo he soportado resignada ménos dos cosas que son las que más me hacen sufrir: es una no hallar cómo ni por qué conducto escribirte, y la otra ver cuanto se sacrifica mi tia por mí viviendo en este destierro.

"Por fin hace algunos dias llegó el momento esperado... Mi buena tia me atendió con el cariño de una madre, puedo llamarlo así ahora que yo misma sé lo que es ese cariño, ahora que lo siento con todas las fuerzas de mi alma.

"¡Si lo vieras, como lo quisieras! Es un niño lindísimo. Mi tia queria hacerlo criar por una chola; pero este ha sido el único caso en que me he atrevido a oponerme a su voluntad; no he consentido en que se separe de mis brazos.

"Mi padre lo ha sabido todo porque mi tia se lo escribió, teniendo que enviar expresamente un cholo para que llevara la carta a Pisco. Yo no sé qué determinacion habrá tomado él; mi tia recibió contestacion, pero nada me ha dicho.

"Sin embargo, yo he sospechado algo: por ciertas palabras indecisas y ciertas pequeñas demostraciones cuyo significado me desvelo por comprender, me parece que tienen la intencion de separarme de mi niño, de mi hijo. De ir yo a Lima querrian que fuera sola dejándolo a él abandonado a manos extrañas; mi padre preferiria que no regresara yo allá y permaneciera oculta en estos remotos lugares; pero mi tia desea volver cuanto ántes a Lima, pues en esta poblacion casi salvaje sufre mil privaciones y fastidios. Esto es lo que sospecho.

"Ya ves, amado Víctor, cual es la situacion de tu pobre Lucía. Las expectativas que se me presentan son a cuál más triste. Si voi a Lima me acerco a tí; pero tengo que separarme de mi chiquito: si me quedo aquí estoi con él, pero no podré verte, ni siquiera escribirte nunca quizás. Cualquiera de estas dos resoluciones que tomen respecto de mí será para destrozarme el corazon.

"Constantemente me asalta el deseo de tomar en brazos a mi niño, huir con él

para la costa y correr escondida en busca tuya; ya lo habria hecho si supiera dónde estás tú; mas, aquí todo se ignora. Apénas como un rumor ha llegado la noticia de que ya no están los chilenos en Lima, que unos se han ido a Chorrillos y otros a Arequipa, y ni una palabra he oido decir de tu batallon, ni a quien preguntárselo he tenido. No me he atrevido, pues, a dar ese paso; separándome del lado de mi tia, ¿qué iria yo a hacer sola con mi anjelito vagando por todas partes sin saber donde encontrarte?

"¿Has sufrido mucho en tu regreso de Ayacucho? ¿Te has acordado de mí? ¿Has deseado tener noticias mias? ¿Me has buscado si has estado en Lima? Todas estas preguntas me hago y las escribo sin saber si podrán llegar hasta tí; a pesar de todo, escribiéndote hallo un consuelo, me parece que estoi hablando contigo. Para hacerlo me escondo de mi tia, y de temor que me sorprenda siento palpitar el corazon como en otros tiempos mas felices cuando ocultamente iba un instante a hablar contigo.

"¿Me amas aún? ¡Ai! Víctor, no dejes de amar nunca a tu pobre Lucía que te quiere tanto.

"Voi a esperar que alguna feliz casualidad me proporcione la dicha de poder remitirte esta carta; lo espero sólo de la suerte... y ésta se ha mostrado tan dura para mí desde hace tiempo.

"Si llegas a recibir estas líneas y puedes escribirme, hazlo diciéndome lo que debo hacer. Cualquiera cosa que me indiques, sea lo que sea, la ejecutaré sin vacilar.

"Antes de concluir déjame decirte una palabra de mi hijito: en este instante está a mi lado, lo tengo en una cunita de caña hecha en este pueblo; está calladito como si adivinara que estoi escribiéndote y no quisiera interrumpirme; me mira con sus bellos ojos verdes: son tus ojos, Víctor.

"Te ama como siempre tu pobre

Lucía."

"Dias há tenia cerrada esta carta; ahora la abro para decirte que hoi se halla aquí de paso un viajero, es un señor que va para Paita. Le he pedido que al pasar por el Callao deje una carta mia en el correo, y ha accedido con amabilidad. Pero si ve que esa misiva va dirijida a un oficial chileno, se negará indudablemente; además yo no sé dónde estás tú y no podria dar una direccion acertada a mi carta. En tal emerjencia se me ha acurrido cerrar ésta y ponerla dentro de un sobre dirijido al capitan Soler de tu batallon, y como sé que este caballero, segun unas líneas que cierto dia escribió él, es amigo de la señora doña Luisa L. v. de Montemar, mandaré mi carta bajo una cubierta dirijida a ella pidiéndole que me haga el servicio de entregársela al señor Soler, quien al hallarse con un sobre en que verá tu nombre, te la dará a tí. Ojalá no salgan errados mis cálculos."

Miéntras el capitan Alvar leia, ocultando su emocion ante sus dos compañeros, éstos se habian sentado en un baul a esperar, fumando sendos cigarrillos.

Viéndolo concluir su lectura, Lostan le preguntó:

—¿Qué hai? ¿esplica con qué fin se dirijió a Luisa?

Por contestacion, Alvar leyó en voz alta la posdata de Lucía.

—Ya me lo imajinaba yo,—dijo Soler.

—No han salido errados los cálculos de la niña,—añadió Lostan.—Yo la conocí en Huanta, y aunque estaba enferma en cama y poco pude hablar con ella, me pareció intelijente; a propósito, ¿le dice si mejoró?

—Sí; está completamente bien,—contestó Alvar.

—Fuera de esto no debe darle mui buenas noticias, pues que quedado usted cariacontecido con la lectura de esa carta, de esa contenciosa carta que ha preocupado gravemente a dos mujeres hermosas y a tres hombres...que no llamaré hermosos por ser yo uno de ellos y no faltar a la modestia...

Cual ántes lo hemos dicho, desde su ascenso a capitan Alvar habia entrado en intimidad con los que tenian su nuevo grado, como es uso corriente entre militares. Además tanto Soler como Lostan estaban ya en conocimiento de sus amores con Lucía. Todo esto y el deseo de que álguien le ayudara a discurrir sobre el partido que debiera tomar le indujo a confiar a estos dos la parte de aquella historia que aun ignoraban.

Así lo hizo y les dió a leer la carta que acababa de recibir.

Largo rato estuvieron los tres tratando sobre la resolucion a que se podia arribar,

pero siempre se tropezaba con la dificultad de comunicarse con la niña.

Por fin Lostan dijo a Alvar como resumiendo:

—A lo que veo, su deseo principal es que Lucía esté aquí, a su lado.

—Naturalmente, así todo se allanaria.

—Sobre la conveniencia de esto hai mucho que hablar; mas, dejémoslo para despues y sigamos adelante. Para llevarlo a cabo lo primero es ponerse en comunicacion con ella.

—Sin eso no se puede hacer nada.

—Para conseguirlo el único medio es mandar un propio a XX. llevando una carta.

—En efecto, será eso lo que haga.

—¿Y qué le dirá usted?

—Le diré que estoi en Chorrillos y que se venga con el niño a juntarse conmigo.

—¡Divinamente!—exclamó Lostan con cierta sorna,—Lucía es una linda chica en cuya compañía se puede pasar deliciosos ratos; usted piensa en esto, pero no piensa en los peligros que corre una linda niña de diezisiete años viajando sola por lugares medio salvajes y con un niño en brazos, sin tener quien vele por ella.

—Puede venirse con el mismo propio.

—¡Ponerla en poder de un gandul!... no diga tal cosa...

—Puedo buscar una persona formal a quien mandar allá.

—¡Hombre!...no sea usted niño... ¿cómo se imajina que una persona formal quiera encargarse de sacar a una niña clandestinamente del poder de su tia que hace las veces de madre?

—Cierto,—dijo Soler.

Alvar calló.

Pasado un instante Lostan añadió:

—Esa niña ha tenido tanto que sufrir, ha pasado por pruebas tan duras, que es de interesar a cualquiera, yo aunque sólo la he visto una vez, le tengo cariño al mismo tiempo que compasion. Si Lucía continúa al lado de su familia, llegará un dia en que se hayan borrado de la memoria los sucesos y su padre la mirará con mejores ojos; entónces, si no en completa dicha, podrá ella al ménos vivir honesta y tranquilamente. Este es un caso; vamos al otro, Si Lucía se viene con usted, o en términos mas claros, si usted hace de ella públicamente su querida, ¿qué ganará esa desgraciada? no somos niños para no comprenderlo: en los primeros tiempos el amor lo acomoda todo; pero cuando éste se enfríe, cuando Lucía caiga del poder de usted en otras manos y luego en otras y otras, como el fruto que está en la copa del árbol y al caer va tropezando de rama en rama hasta llegar al suelo y confundirse con otros que habian caido ántes, así ella para entónces llegará hasta confundirse con aquellas condescendientes personitas que en Lima se llaman «de la cuerda,» caerá hasta el último grado de abyeccion y miseria. Estas son las dos perspectivas que la suerte ofrece a Lucía para lo porvenir: por una parte, una vida, amargada por un pesar, eso sí, pero tranquila; por la otra, el envilecimiento.

—Pero esto,—dijo Alvar con expansion,—sucederia si teniéndola en mi poder yo la abandonara, y tal cosa no la haré nunca.

—Eso se dice fácilmente.

—Mi propósito es firme.

—Pues, hombre,—replicó Lostan con calma y sacando un nuevo cigarrillo que encendió,—pues, hombre, yo estoi convencido de que el que pasa toda su existencia con una querida concluye por casarse con ella, por casarse con una mujer que durante largos años ha estado sufriendo el desprecio de la sociedad... más cuerdo y conveniente hubiese sido haberlo hecho al principio; así habria tenido por esposa una mujer más jóven y ménos humillada.

Alvar guardó silencio.

Soler que poca parte habia tomado en el diálago, murmuró con voz pausada:

—Eso de casarse... es asunto serio...

El silencio se prolongó un instante más.

Lostan se levantó de su asiento como para salir de la habitacion y dijo:

—Si en el mundo hubiera algun ser sobrenatural encargado de distribuir por iguales partes los pesares a las personas, creo que le diria a Lucía: "Ya usted ha recibido completa la racion de toda su vida; sea usted feliz, y abur.»

Haciendo una pausa, añadió en seguida.

—En fin, lo dejaremos cavilando en sus asuntos. Todo lo que le he dicho no lo tome como consejos, sino como simples apreciaciones mias, como emisiones de mi parecer en un sentido jeneral; lo único que me atrevo a aconsejarle es que ántes de tomar cualquiera determinacion, la reflexione con calma.

Despues de esto, Lostan y Soler salieron.

....

Miéntras cruzaban el gran patio, o más bien potrero, del campamento para dirijirse a la habitacion de Lostan, éste dijo a su compañero:

—Tú dirás que yo soi el diablo predicador.

—Yo no digo nada,—contestó Soler sonriendo.

—Pero lo pensarás, que viene a ser lo mismo. Es verdad que a mi me gustan grandemente las diversiones y sobretodo habiendo amores de por medio, sin lo cual todas me parecen flores sin olor; pero no me gusta mortificar a nadie y mucho ménos a una niña bonita; en consecuencia con mis ideas, siempre a mis queridas más las he hecho reir que llorar.

Y luego agregó:

—Pasando a otra cosa, siento haberte traido de Lima la confirmacion de que tu ruptura con Luisa es... como una ruptura de la espina dorsal, que no sana nunca. Pero en cambio para consolarte te diré que me traje a Blanca y Zoila; esta viene con un sombrerete de paja que la hace verse mui mona. Están en el hotel; voi a ponerme mi espada e iremos allá en seguida.

LXXVI.

Vacilaciones y dudas.

Varios dias permaneció Alvar irresoluto. No hallaba por qué partido decidirse.

Por fin se derminó a escribir una carta a Lucía y buscar una persona que hiciera un viaje expresamente para el caso.

—Si no le escribo creerá que la he olvidado,—se decia.

Ahora le faltaba resolver qué le diria en su misiva. Pedirle que huyera del lado de su tia y que sola emprendiera un peligroso viaje, le pareció una locura tal como lo habia expresado Lostan.

Despues de pensarlo detenidamante se decidió a escribirle noticiándole que se hallaba en Chorrillos y que ahí habia recibido su carta, y pidiéndole al mismo tiempo que no se arriesgara a venirse sola sino en caso que lo considerara indispensable, ya fuera porque quisieran separarla del niño o ya porque se propusieran dejarla allá desterrada indefinidamente. En este sentido escribió largas pájinas llenándolas de palabras cariñosas y de tiernos consuelos.

Luego era preciso buscar un individuo aparente para hacerlo su mensajero.

Esto tenia algunas dificultades, y provenian ellas de que Alvar no queria comprometer a Lucía dirijiéndole una carta por medio del primer venido; era necesario hallar una persona en cuya discrecion se pudiera confiar. El conocia mui pocas personas que parecieran convenir para el caso y no queria ponerse al habla con una y con otra hasta encontrar alguna que aceptara: eso seria llamar la atencion. Amarrado estaba con esto, cuando se acordó de álguien que ya conocemos, de Peralta.

Peralta se encontraba en Chorrillos; pasando mil penurias en su camilla habia llegado hasta Chicla, y desde ahí, con ménos trabajo se le habia traido por el ferrocarril hasta el mencionado puerto.

Despues de dos meses de hospital ya podia ir con un par de muletas hasta el campamento a distraerse hablando con sus compañeros. No por esto habia perdido su buen humor, pues solia decir:

—Si me quedo cojo, qué hacerle; aprenderé a bailar en un pié, lo mismo que los trompos.

Otras veces raciocinaba expresándose así:

—Si para siempre quedo de esta suerte, ¡buen dar!... ántes, cuando tenia mis dos piés, si se me pasaba la mano en la copa, apénas me podia tener parado; ahora quedando con uno solo, ¡cómo seria la cosa!...

Un mes más tarde Peralta habia ya tirado las muletas y salia únicamente con la ayuda de un baston.

Se encontraba ya de alta en el campamento, aunque con descanso por no poder todavía hacer su servicio, cuando fué mandado llamar por Alvar.

Llevaba ya en el brazo su jineta amarilla; era cabo, y como tal habia ingresado en la compañía de este capitan.

Alvar en pocas palabras lo impuso de lo que necesitaba: un individuo, un paisano seguro a quien poder enviar al pueblo de XX. y al mismo tiempo le comunicó el objeto de su viaje.

—He pensado en tí para salir de este apuro,—le dijo Alvar concluyendo; no te pares en ofrecer una buena gratificacion además de los gastos del viaje.

—Déjeme a mí no más, mi capitan,—[illegible]pondió el cabo Peralta con ese tono [illegible] sabia emplear siempre que se le confi[illegible] alguna comision cuyo cumplimiento p[illegible]

cia complicado;—cojeando, cojeando, iré a buscar por ahí, y no ha de pasar de hoi o mañana que la carta vaya caminando con alguna persona que ni se figure a lo que va, de modo que no pueda andar con malos pensamientos.

....

Peralta cumplió su promesa.

Al campamento ocurria una multitud de cholas, negras, mulatas, zambas, zambaschinas, cuarteronas, *quinteronas*, etcétera, que vendian frescos, fruta, chocolate, tamales, butifarras, etcétera. Entre aquellas el cabo Peralta encontró una chola iqueña que conocia el pueblo de XX.; le propuso el negocio consabido de cierta manera y ella lo aceptó.

Despues de darle cuenta de esto a su capitan, se expresó en estos términos:

—Le he contado un cuento largo a la chola; le he dicho que traigo de Ayacucho una carta para esa señorita y que es preciso que lleve la carta y se la entregue mui por lo bajo de modo que nadie la vea y que en todo hai que guardar mucho secreto porque se trata de un entierro mui grande: dos petacas, una de plata sellada y otra de plata labrada... le he ofrecido que si sale bien la cosa la convidaré con un zahumador de plata, el más macizo que salga en la petaca, y que de todos modos tendrá ciento cincuenta soles trayendo contestacion de la carta... La chola está que salta por ir y volver... Para los gastos si que habrá que darle; ella ha estado ya por allá cerca otras veces y dice que los gastos serán cuatrocientos soles porque hai que pagar el vapor...

—Pues bien; se los darás,—contestó Alvar.

Y entregó al cabo el dinero y la carta.

....

La chola partió despues que Peralta le hubo explicado detenidamente lo que debia hacer, dándole a la vez el nombre de Lucía y de doña Manuela, y tambien haciéndole verbalmente el retrato de ambas.

Alvar quedó miéntras tanto contando los dias y reflexionando en las palabras con que Lostan habia expresado sus ideas respecto al asunto que le preocupaba.

Alvar era jóven y emprendedor. Sus compañeros le conocian muchas aventuras amorosas; él las habia llevado a cabo, pero en ninguna de ellas se habia encontrado en una circunstancia semejante a la que lo habian conducido sus amores con Lucía.

Aquella dulce y bella niña que tanto habia sufrido por haberlo amado, la colocaba él en una esfera mucho más alta que otras a quienes habia conocido ántes.

Las ideas emitidas por Lostan lo preocupaban profundamente. Una de ellas podia resumirse así: «Lucía ha sufrido ya lo bastante para tener derecho a ser feliz.» Y era él quien habia labrado su desgracia, y era él tambien quien podia devolverle el bien perdido.

Esto pensaba Alvar, y se decia que estando ella siempre a su lado, siempre se creeria feliz.

Pero entónces le venia a la imajinacion otra de las ideas de Losran: «El que tiene largo tiempo una querida acaba por casarse con ella; más cuerdo seria hacerlo desde luego.»

Era esto lo que más desazon le causaba. Casarse, dejar la vida de soltero, la libertad, la alegría, y todo eso en medio de la vida de campaña, enmedio de ese bullicio, de ese vaiven, de esa efervescencia, que no dejan reposar los sentidos y mucho ménos el corazon: casarse es una cosa enteramente civil que se hace en el hogar, en medio de la familia, en la tranquilidad, y no en la instabilidad de los campamentos, entre las marchas y las expediciones.

Hacia cuatro años que llevaba esa vida de campaña, esa vida que estaba listo para entregar a la primera bala que le saliera al encuentro; sin tener por su persona más preocupaciones que cuidar su liviano equipo, sin pensar jamas en lo que sucederia mañana: esa vida de indiferencia cambiarla repentinamente por la del hombre casado que debe pensar constantemente en su hogar y en su familia, era una cosa fuera del sentido comun.

Y luego, quedaba aún otra consideracion más grave: casarse con la que podia decir que habia sido su puerida: ¡cuántas veces al tratarse de casos semejantes se habian reido sus compañeros, y él mismo habia hecho burlas! Casarse con su querida era cosa de un necio, de un infeliz, de un bienaventurado; era cosa para la risa; así lo habia él oido expresar y así lo habia expresado él mismo.

Todos estos pensamientos bullian en la mente de Alvar y lo dominaban.

Una vez en Huanta él habia dicho a su compañero Martel que si hubiera sido posible en ese mismo instante se habria casado con Lucía; pero aquella vez veia ame-

nazada la vida de su amante y optaba por aquel medio como un caso extremo, como por el único que pudiera salvarla en un momento preciso.

En medio de todos sus pensamientos, Alvar entreveia la triste faz de Lucía tal como la habia visto la última vez en Huanta, apenada y sumisa, sin que le pidiera nada más que un poco de amor.

Esto lo confundia.

Se pasaba la mano por la frente como deseando disipar sus ideas y murmuraba:

—Dejemos rodar los acontecimientos.

....

Con ansiedad estuvo Alvar esperando el regreso de la mensajera; la contestacion que trajese de Lucía podia aclarar mucho el estado de las cosas.

Al cabo de dos semanas vió frustrada la esperanza de recibir tal contestacion. La chola volvió sin haber encontrado a las personas que iba a buscar.

Estuvo en XX., y siendo éste un pueblo pequeño, mui fácilmente supo que habian residido en él algunos meses las dos mujeres cuyas señas le habia dado Peralta; pero pocos dias ántes habian partido sin que se supiera fijamente para dónde.

Volvió otra vez Alvar a quedar sumerjido en la incertidumbre, tal como se encontrara ántes de haber recibido la carta de Lucía.

LXXVII.

Noticias.

Habia pasado el verano con sus dias ardientes pero alegres. Ya no se veia en Chorrillos personas que, ora en la mañana, ora en la tarde, cruzaran sus derruidas calles para bajar a los baños; éstos se hallaban casi desiertos, no eran ahora el punto de reunion, el más concurrido, como en meses pasados; sólo se divisaba ahí alguna concurrencia cuando se embarcaba algun batallon de regreso a Chile.

El cielo permanecia constantemente encapotado; raro era el dia en que se columbraba un rayo de sol. Las mañanas, si no frias, eran destempladas y húmedas; una neblina espesa o una finísima llovizna lo humedecia todo.

Los mosquitos, zancudos y demás menuda ralea volátil de aguijon o trompetilla, habian desaparecido casi por completo de los campamentos; pero en cambio de ellos se presentó otra visita mucho ménos deseable: fué la terciana.

Violentamente se dilató el mal por los improvisados cuarteles. Centenares de soldados fueron atacados por él.

El extenso hospital que tenia el ejército fué incapaz para contener a todos los enfermos. Las enfermerías de los batallones se convirtieron en hospitales y las cuadras en enfermerías.

Sin duda el poco abrigo que ofrecian las ramadas daba mayor incremento a la epidemia entre la tropa.

Durante dos o tres meses fué mucho mayor el número de los soldados enfermos que el de los aptos para el servicio, y estos últimos eran convalecientes a la vez que destinados a sufrir nuevamente aquel mal que sólo dejaba a un individuo por algunos dias para cojerlo nuevamente.

Raro, rarísimo fué el que se escapó, desde los primeros jefes hasta los últimos cornetas.

Los médicos de los batallones demoraban largas horas en pasar sus visitas, cuando ellos mismos no eran tambien atacados y tenian que guardar cama encomendando su tarea a otro colega.

Triste era el aspecto que ofrecia Chorrillos; poca jente se divisaba en las calles, en los cafées y en la estacion, y entre ella lo más comun era ver los rostros de los militares pálidos y demacrados por la terciana.

Las diversiones que hubieran habido en meses anteriores, decayeron como era natural. El batallon Esmeralda en aquella estacion habia construido un elegante y espacioso pabellon que bien merecia el nombre de teatro, en él se daban funciones dramáticas y otras. Tambien en un café se habia arreglado una sala no mui espaciosa con igual fin, pero ésta era una empresa particular: su dueño le daba pomposamente el título de Teatro de Chorrillos. Ambos lugares habian proporcionado ratos de solaz al ejército, principalmente el primero por ser mas extenso y tener espacio para la tropa. Con la terciana la concurrencia a esos espectáculos hubo naturalmente de disminuir: el teatro de Chorrillos cerró sus puertas y el del Esmeralda fué ménos frecuentado.

Las retretas de que ántes hablamos, tuvieron asimismo que sufrir alteraciones, pues las bandas de música tenian la ma-

yor parte de su personal en la enfermería.

....

Tambien la epidemia habia producido alteraciones en las visitas de aquellas "tres gracias" que ya conocemos y... tal vez de otras que no figuran en esta narracion...

Hai unos amores que viven entre los suspiros y las penas, y otros que sólo se alientan entre las risas y la alegría. No correspondian por cierto a la primera de estas categorías aquellas juguetonas pasiones en que tan a solaz tomaran parte Zoila y sus dos amigas, Soler y sus dos compañeros.

Esos amores para estar en su elemento necesitaban un poco de risa, un poco de canto, un poco de baile y una regular racion de cerveza o cosa parecida que azuzara el ánimo; en fin, necesitaban de todo eso que anda en consorcio con la alegría.

Pero la alegría huye de la mala salud como las mariposas del humo.

Los tres capitanes habian sido y seguian siendo atacados por la terciana periódicamente, de manera que se hallaban mui poco dispuestos para el júbilo.

Olimpia habia dicho a Galvez:

—La terciana te pone *resondron;* me da pena verte así.

Y por no pasar esa pena esperaba que Galvez le anunciara estar ya bueno para venir ella a Chorrillos. Pero él, cuando la terciana lo dejaba por algunos dias, no se apresuraba a noticiárselo. El resultado fué que era mui rara la vez que Olimpia tomaba asiento en el tren de Chorrillos.

En el verano Zoila habia encontrado que el aire chorrillano le probaba mui bien; pero Soler le hacia explicado que en el invierno ese aire era mui tercianario y de consiguiente no le convenia respirarlo mui a menudo. Ella parece que se convenció dócilmente de esto, pues sus visitas disminuyeron de un modo notable.

....

El capitan Lostan era uno de los que más fuertes ataques habia sufrido de la terciana.

Hallándose mui mal, solicitó permiso para ir a medicinarse a Lima, cuyo temperamento era propicio para los enfermos de ese mal. Lo consiguió por quince dias partió para aquella ciudad.

....

Tampoco Alvar se habia librado; se ia obligado a pasar un dia en cama y otro en pié siguiendo los caprichos de la infernal enfermedad que va y vuelve como los sombríos inviernos en que medra.

Cada vez que era atacado, el cabo Peralta acudia a atenderlo con la mayor solicitud preparándole alguno de los mil remedios que se usaban para el caso. Esto sucedia siempre que Peralta él mismo no se encontraba tiritando en una camilla de la enfermería, pues la impertinente visita no dejaba a ninguno sin saludar.

El cabo estaba ya completamente sano de su herida y podia correr en busca del médico cada vez que veia mui mal a su capitan.

Miéntras tanto Alvar ninguna noticia habia tenido de Lucía.

Cuando lo encontraba pensativo, Peralta adivinaba el motivo de su preocupacion y solia decirle:

—Así como pudo mandarle una carta, el dia ménos pensado le podrá mandar otra.

Pero los dias pasaban sin que sucediera tal cosa.

Alvar tenia un soldado que le servia de asistente, pero Peralta no dejaba de dar sus vueltas por la habitacion de su capitan aunque éste no estuviera enfermo. De motu propio se convertia en una especie de mayordomo, y a pesar de que en la reducida vivienda no habia muchos quehaceres, no le faltaba a él en qué mayordomear, y como el maestro que pule la obra de su anrendiz, estiraba un poco la colcha de la cama recien hecha o revisaba escobilla en mano la ropa recien escobillada de su capitan.

Siempre que el oficial encargado de la correspondencia del batallon repartia las cartas, acudia él en busca de las que pertenecieran a su capitan; miraba el sobrescrito y fácilmente conocia que eran escritas por algun amigo de Alvar o por algun miembro de su familia.

Cierto dia el oficial ántes citado le entregó una carta diciéndole:

—Para el capitan Alvar.

Cojióla Peralta, y se puso en camino mirando el sobre.

Una circunstancia le llamó desde luego la atencion: aquel sobre tenia una estampilla de franqueo, cosa rara porque las cartas dirijidas a los militares eran libres de porte.

Apresuró el paso y llegó a la habitacion de Alvar.

Este se hallaba reclinado en su cama. El dia precedente habia tenido un fuerte ataque de terciana y se sentia aún fatigado.

—No sé qué le estoi encontrando a esta cartita,—murmuró Peralta entrando;—este sello que tiene da mucho que pensar...

—A ver,—dijo Alvar enderezándose.

Le bastó dar una mirada al sobrescrito para adivinar que habia sido trazado por la mano de Lucía.

—De ella ha de ser cuando se apura tanto mi capitan en abrirla,—pensó el cabo.

Alvar entre tanto recorria con la vista los finos renglones de la misiva que decia esto:

«Querido Victor:

«Hace algunos dias que me encuentro en Lima.

«Mi tia me trajo porque estaba yo algo enferma y por allá no habia recursos como atenderme. El viaje se hizo por voluntad de mi padre.

«No te habia escrito ántes porque estaba en cama y no tenia a quien confiar el envío de mi carta. Ahora que ya puedo levantarme no me será difícil hacerla llegar al correo.

«Desde XX. te mandé una larga carta, pero como no sé si habrás recibido, voi a repetirte brevemente lo que en ella te decia.»

En efecto, Lucía, aunque algo ménos extensamente, referia lo que sabemos por haberlo leido en su anterior misiva. Despues concluia de este modo:

«A los pocos dias, mi tia se trasladó conmigo a un pueblo vecino, porque XX. era un lugar por donde traficaban viajeros y temia ella que pasara algun conocido que descubriera parte de mi historia.

«Ese lugar era semejante a XX. y su temperatura fria me hizo daño, luego enfermé; tal vez contribuyó a esto las atenciones que me ocasionaba el niño.

«Como empeorara, mi tia escribió a mi padre, y él resolvió que viniéramos a Lima porque allá no se encontraba, como te he dicho, ninguna clase de auxilios, ni médicos ni medicinas. Pero el viaje debíamos hacerlo nosotras dos solas, sin traer al niño; ésta era una órden terminante de él.

«Yo reconocia que mi padre tenia razon; pero dejar a mi niño en brazos extraños era para mí un mal mucho mayor que cuanto pudiera decir el mundo de mí y que cuanto pudiera yo sufrir en mi enfermedad. Me resistí a venir alegando que me sentia más bien, que iba mejorando.

«Pero esto no era cierto y mi tia pronto lo conoció. Enternecida sin duda por el cariño que mostraba yo a mi hijito, me prometió que regresaríamos tan pronto como yo sanara y me hizo comprender que por no querer separarme un corto tiempo de él quizás tendria que abandonarlo para siempre, pues mi salud iba cada dia a ménos.

«Al fin hube de acceder y partimos dejando al niño en poder de una chola que lo estaba criando a mi vista desde que caí enferma.

«Lo que me consolaba más de separarme de él era que me acercaba a tí.

«En Lima pronto fuí mejorando y ahora me encuentro bien despues de haber pasado muchos dias en cama.

«Por algunas amigas que han venido a verme he logrado saber que tu batallon está en Chorrillos; pero hasta ahora, como te lo he expresado, no me ha sido posible escribirte.

«Vivo en la calle de Argandoña número 5 con mi padre y mi tia, pero es imposible que nos veamos en casa como tú lo comprenderás.

«Mi tia va todos los dias a misa por la mañana y mi padre no se levanta temprano; de modo que podré salir un momento sin que me vean. El miércoles a las ocho de la mañana llegaré hasta la esquina del Espíritu Santo esperando que tú hayas recibido ésta y puedas venir a Lima para que nos veamos un momento.»

Lucía terminaba su carta con algunas frases cariñosas y haciendo algunos tiernos recuerdos de su niño.

—¿Es de ella, de la señorita, mi capitan?—preguntó Peralta viendo que éste levantaba la vista de la lectura.

—Sí

—¿Dónde está?

—En Lima.

—¡Ya ganamos la partida¡—exclamó alegremente Peralta y empleando el plural como acostumbraba hacerlo cuando se trataba de algo concerniente a Alvar;—de un tranco se va a Lima y otro se vuelve.

—Pero ese tranco no le puedo dar yo,—replicó Alvar con desconfianza.

—¿Por qué no, mi capitan?

—Ya sabes que no podemos ir allá mui fácilmente.

—Se pide permiso, pues: ya ve como mi capitan Lostan está allá desde hace tiempo.

—Está como enfermo.

—Usted tambien se encuentra enfermo, pues.

Alvar refléxionó un instantes, y luego dijo al cabo:

—Anda a buscar al capitan Soler y dile que me haga el favor de venir un momento.

Peralta obedeció.

....

Poco tardó en aparecer Soler.

—¿Cómo va de terciana?—dijo al entrar.

—Hoi no me toca,—respondió Alvar;—pero la de ayer me ha dejado a mal traer.

—En cambio yo descansé ayer y me toca hoi; esto va por turno como las guardias; y ya la estoi sintiendo venir. Aquí me tiene; ¿me necesita para algo?

La contestacion de Alvar fué alargarle la carta que acababa de de recibir!

Soler se puso a leerla.

Cuando la terminó dejóla sobre la mesa diciendo:

—Ahora lo esencial para usted es ir a Lima.

—¿Conseguiré permiso, pues?—replicó Alvar con aire de duda.

—De véras que eso no es seguro; sin embargo usted tiene una buena razon que alegar.

—¿Cuál?

—La de estar enfermo.

—Es que todos, cual más cual ménos, lo estamos.

—Con todo; usted es de los que se hallan en peor estado.

—Es verdad que alegando esto no miento.

—Pues bien; ya que se encuentra en este apuro, para asegurar que le den licencia por un dia, preséntese pidiendo una semana; pedir mucho aunque se necesite poco es cosa de hombre cauto: al que pide una semana no se le puede negar un dia.

—Será lo que haga. Entónces voi a ir ahora mismo al Estado Mayor.

—Sí, pues; hoi es mártes y la cosa es para mañana. Si no le conceden la semana pida como por transaccion el dia para consultar a un médico de por allá, y para no mentir hágalo en realidad; vea al doctor X. pues está usted mui mal.

—Lo haré.

—Pero he notado... —dijo Soler, y se interrumpió para restregarse las manos y dar unas patadas en el suelo con el objeto de calentarse el cuerpo.—Me estoi helando desde los piés hasta la cabeza; en un cuarto de hora más voi a estar saltando en la cama... Pero he notado que Lucía le habla de verse un momento con usted.

—En efecto; lo habia reparado yo tambien.

—¿Qué puede significar eso?

—No comprendo.

—En fin, ¿cuáles son las intenciones de usted?

—Precisamente sobre ello queria hablar con usted y con tal fin lo habia llamado.

—Adivino que usted querrá tenerla a su lado, a pesar de lo que le ha dicho Lostan.

—Ya ve usted que se hace necesario; la obligan a separarse de su niño y eso la martiriza como lo demuestra.

—Y si está usted resuelto a sacarla de su casa, ¿qué es lo que desea raciocinar?

—Si la traeré a Chorrillos o la dejaré oculta en Lima.

Soler moviendo pausadamente la cabeza murmuró:

—La cosa requiere pensarse: si la trae a Chorrillos y su padre viene a buscarla lo puede poner a usted en un aprieto armando una cuestion.

—Eso es lo que temo, tanto por mí como por Lucía; en tal caso todo se desbarataria.

—Naturalmente. Pero tambien el otro partido, el de dejarla escondida en Lima tiene sus inconvenientes. Tendria usted que dejarla sola allá, puesto que le es forzoso vivir en Chorrillos.

—Esta consideracion es justamente lo que me tiene indeciso; pero es preciso resolverse por una u otra cosa, ¿qué hacer? ¿por cuál de ambas decidirse?...

—Hombre, me parece lo más acertado que no se caliente la cabeza en discurrir hasta que haya hablado con Lucía y ella le explique lo que significa eso de salir para verse con usted *un momento*.

—Creo que ha de haber escrito tal cosa sin fijarse; pues ya estamos convenidos en que tan pronto como nos encontremos se vendrá ella conmigo.

—¡Hum!—murmuró Soler como dudando;—Lucía demuestra mucha discrecion en toda su carta para que haya puesto esa palabra inarvertidamente. Quién sabe

si con la desgracia ha reflexionado en su situacion y adivina la suerte que la espera abandonando a su familia por venirse con usted, tal como lo ha previsto Lostan. Y al fin y al cabo mejor seria así, tanto para usted como para ella; usted se libraria de cargos y compromisos, y ella al lado de su padre continuaria una existencia que si bien es amarga ahora, puede dulcificarse con el tiempo. Bastante ha sufrido ella y ¿para qué hacerle perder este último bien que le queda ya que usted no puede proporcionarle otro superior; en una palabra, ya que usted no se ha de casar con ella?... No se me oculta que sobre todas estas consideraciones hai para usted otra que las supera: el amor; y ese niño no entiende de raciocinios ni prudencia.

Un acceso de escalofrío que le acometió, interrumpió a Soler.

—¡Ya llegó esto!—exclamó, castañeteando con los dientes y tiritando;—me voi a zapatear a mi cama...

Y agregó dirijiéndose a la puerta:

—Si consigue permiso... allá se verá con Lostan... hable con él de sus asuntos...

Tras de esto salió sin que el ataque de terciana de que presa llamase la atencion de Alvar, pues en aquel tiempo era cosa que se veia a cada instante.

Cuando el amante de Lucía quedó solo en su habitacion, balbució repitiendo una frase de Soler:

—«Ya que usted no se ha de casar con ella...»

La entonacion y la naturalidad con que Soler habia pronunciado estas palabras, hacia que Alvar las interpretara así: «Ya que usted no ha de cometer tal disparate;» «ya que lo creo a usted suficientemente cuerdo para no hacer tal locura»... «Casarse estando en campaña; es una enormidad; casarse con una persona cuya familia apénas se conoce, es una insensatez; casarse con la que ha sido su querida, es una tontería.«

Todas estas ideas entreveia Alvar en las palabras de Soler, y luego le acudian los pensamientos de que en otro capítulo hemos hablado.

LXXVIII.

El capitan Lostan conoce a una amiga de su amiga.

Desde que llegó a Lima con licencia, Lostan vivia en una casa de la calle de B... donde se arrendaban piezas y departamentos amueblados.

Los arrendatarios eran en su mayor parte hombres solos; pero tambien habia entre ellos algunas señoras con reducida familia.

Lostan ocupaba una pieza. Cuando la terciana se lo permitia iba a comer a un hotel o café, y cuando no... entónces no tenia necesidad de comer, pues uno de los efectos de aquella enfermedad es cortar el apetito. Sin embargo, bien podia enviar por un poco de caldo u otra cosa al mozo que le servia, pues habia cafées a un paso de distancia.

Una tarde estaba en su habitacion prepreparándose para salir, cuando sintió abrir la puerta que sólo estaba entornada.

Alzó la vista y divisó a su compañero el capitan Alvar.

—¡Hola, usted por aquí!—exclamó yendo a su encuentro.

—Ya lo ve usted,—contestó Alvar, estrechando la mano de su compañero.

—Trae usted una maleta; ¿viene entónces por algunos dias?

—Por dos semanaa.

—Me alegro; porque aquí, solo, me aburria. Asiento, pues; ¿y cómo va de males?

—Así... cayendo y levantando... —contestó Alvar sentándose en una silla que le ofrecia su interlocutor.

—Esa es la condicion de la terciana: un dia blanco y otro negro, como los escaques de un tablero de ajedrez... Supongo que no tendrá aún alojamiento.

—No lo tengo; pero pienso venirme a esta casa.

—Magnífico... casualmente la pieza contigua, que como ve usted se comunica con ésta, fué desocupada hoi por un ingles que la habitaba. El tal era un insigne borracho; a media noche llegaba con una mona estrepitosa llevándose los muebles por delante y con más ruido que una carga de caballería; con su estruendo me despertaba y aun despues de echarse al lecho y dormirse no me dejaba a mí hacer otro tanto, pues aquel bárbaro era bebedor de *wiskey* y este licor le secaba de tal modo la campanilla que daba unos ronquidos como terremotos... ¿Ve usted ese frascrito con aceite y ese pincel que están sobre la cómoda? Pues bien, muchas noches he tenido que levantarme, cojer esos bártulos, entrar a la pieza de mi hombre, abrirle la boca y untarle

aceite en el gallillo para que no roncara tanto...

—Espero,—replicó Alvar riéndose que si yo ronco no hará usted la misma operacion conmigo.

—No hai cuidado; voi a llamar al mozo para que le aliste esa pieza ántes de que otro la tome.

Y llegando hasta la puerta, Lostan llamó al fámulo.

Acudió éste y pronto quedó dispuesto que la pieza contigua seria dedicada al recien llegado.

—Ahora puedes llevarte ese pomo y ese pincel,—dijo Lostan al mozo en seguida.

Ejecutada esta órden, volvió el capitan al lado de Alvar, añadiendo:

—Ya puede usted estar sin temor respecto a la uncion de aceite ¿Y cómo han quedado por allá los compañeros?

—Cual más, cual ménos; embromados todos con la dichosa terciana.

Esto contestó Alvar y siguió dándole algunos pormenores de cada uno en particular.

Por fin llegó el momento de referir el verdadero objeto de su viaje, que como sabemos no era solamente su enfermedad. Cómo lo habia hecho con Soler, dió a leer a Lostan la carta de Lucía.

—No me ha estrañado su llegada,—dijo Lostan despues de leer la misiva,—porque la esperaba.

—¿La llegada de Lucía?

—No; la de usted; la de ella la sabia ya.

—¡Cómo!

—Se lo diré; yo, por ciertos asuntillos personales que más tarde le revelaré, acostumbro ir de cuando en cuando a la iglesia de Santo Domingo por la mañana; ahí he visto a doña Manuela varias veces, aunque no la he hablado; ella no debe haberme reconocido a consecuencia del traje de paisano que llevo ahora.

—¡La habia visto usted!...

—Sí; y sin duda usted se resentirá por no habérselo comunicado yo; pero ya conoce mi opinion respecto a sus relaciones con Lucía y no debe extrañar que no haya querido mezclarme en nada de todo eso... A mi entender es una desgracia para esa niña que vuelva a encontrarse con usted, habria obrado contra mis ideas dando una noticia que apresuraria el instante de su encuentro.

—Pero ya ve usted,—dijo Alvar eludiendo en parte una respuesta;—ella me ha dado una cita y yo debo acudir; si no lo hiciera Lucía pensaria que yo queria abandonarla.

—Hombre, los enamorados tienen siempre razon, porque la buscan en las leyes del amor; pero los que los miran tienen otros códigos y juzgan las cosas de otra manera. En este caso usted es el enamorado y yo soi el miron. Discutiendo con distintas leyes difícil será que lleguemos a entendernos; por lo demás ya conoce usted mi parecer.

Y cambiando de tema de conversacion, agregó:

—Vamos a estar aquí perfectamente bien, pues esta pieza se comunica con la suya y cuando alguno de nosotros esté con la terciana el otro podrá atenderlo. ¿Pasemos a ver su habitacion?

—Vamos, — contestó Alvar, levantándose.

Ambos se dirijieron a ver la pieza contigua que ya estaba lista.

La puerta de comunicacion fué abierta y ambos cuartos quedaron unidos.

—Ya está usted instalado; ¿qué tal le parece la pieza?

—Excelente.

—Pues, entónces, creo que podremos ir a comer; ya es hora.

—Pocas ganas tengo.

—Pues yo me siento con un apetito digno de nuestro colega Aliaga. Hace dos dias que no me da la terciana, y me sucede que cuando esa señora me deja por algun tiempo, me vienen ansias de comer de un golpe como para resarcirme de los ayunos hechos miéntras he estado con ella.

—A mí me sucede algo parecido tambien; pero como solamente ayer me dió el último ataque, aun no vuelve el apetito.

—De todas maneras; vamos andando; tomará aunque sea un poco de caldo. En marcha; iremos a la *Maison Dorée* y durante la comida seguiremos conversando.

Alvar aceptó y ambos salieron.

....

Un momento despues estaban sentados junto a una mesa del establecimiento indicado y se hacian servir.

—Vea usted con qué furia ataco los platos,—decia Lostan a su amigo miéntras comia;—esto me hace recordar aquellos memorables meses que pasamos en La Sierra, cuando en una asentada nos teniamos que tragar toda la racion de un dia y a veces de dos: allá ayunos por falta de

comida, acá ayunos por falta de apetito; todo ha sido cuaresma. Llega el instante en que los estómagos claman por las pitanzas atrasadas, es preciso dárselas de golpe, lo que equivale a forzar la marcha como decimos nosotros, y forzar la marcha quiere decir gastarse las piernas: algo paparecido les ha de suceder a nuestros estómagos; lo que es el mio, bien reconozco que no tiene ya aquella fuerza dijestiva que ostentaba ántes de partir de Chile...No han salido mejor librados nuestros cueros: en cada paso de cordillera, en cada puna, hemos mudado uno, y el que ha salido a reemplazarlo, el cuero nuevo, ha resultado más ajado, más sobajado, más ultrajado y más resquebrajado que el otro, que el cuero viejo. Yo tengo para mí que el hombre nace con todas sus pieles una sobre otra como las hojas de un cuaderno: la de más encima es la màs tersa y lozana, es la de la infancia; la de más abajo, las más ruin y floja, es la de la decrepitud: de ahí que tras de cada cutis que hemos perdido haya salido a luz otro peor. Esto no me halaga un ápice por cuanto nuestros prójimos del otro sexo se pagan mucho de la apariencia, de lo que ven; a uno no le divisan más que la epidérmis y si la encuentran estropeada, se imajinan que todo uno está de igual suerte...¡Mal negocio!.

Lostan hizo una pausa, y luego añadió:

—Pasando a otra cosa; ¿qué piensa hacer usted esta noche?

—Acostarme temprano,—contestó Alvar;—me siento algo mal.

—Comprendo; además no querrá usted andar mucho por la calle, donde podria tropezar con doña Manuela, ¿ah?... y que se frustrara la cita de mañana...¿no es eso?...

—Pudiera ser,—respondió el amante de Lucía sonriendo.

—Pero como yo no me encuentro en iguales circunstancias lo dejaré a usted cuando terminemos la comida, pues tengo cierto asuntillo entre manos... es una historieta que le voi a contar miéntras tomamos el café. Usted conoce a mi amiga Blanca.

—Sí.

—Efectivamente, pues dos o tres veces ha estado usted con nosotros bebiendo una copa de cerveza allá en Chorrillos.

—Lo recuerdo.

—Corriente. Aquí en Lima me veo a menudo con ella en su casa. Sucedia que Blanca tenia una amiguita, linda chica que la visita a menudo, y como se dice que los amigos de nuestros amigos son amigos nuestros, he ahí que fácilmente la amiguita de Blanca lo fué mia; teníamos nuestros párrafos de conversacion y una agradable confianza se habia declarado entre nosotros dos. Creo que Blanca no miraba con mui buenos ojos esta amistad; pero nada decia; eso sí que habia dado en varias tretas, como la de dejarnos solos un instante pasando a una pieza contigua, y luego regresar repentinamente mirándonos con tamaños ojos cual si pretendiera descubrir algo. Catita, así se llama la amiguita en cuestion, Catita y yo nos reíamos de esa táctica. Por fin, hace tres o cuatro dias, me presento en casa de Blanca y no la encuentro; me siento a esperarla, y pronto veo entrar a Catita; viendo que no está la dueña de casa quiere irse, pero yo la detengo haciéndole ver que podremos esperarla juntos charlando un rato para matar el tiempo.

—Y ella accederia...

—¡Cómo no! si es tan amable, tan condescendiente. Nos sentamos a charlar; pero poco tiempo duró esto, por que de súbito se nos apareció Blanca y nos interrumpió la conversacion en el punto más interesante. Venia con un humor diabólico; se sacó el manto y lo tiró por allá; en seguida se puso a refunfuñar sobre esto y estotro sin decir claramente la causa de su regaño. Me estaba fastidiando aquello, y por evitar un mal rato, tomé el partido de cojer mi sombrero y marcharme.

—Era lo mas acertado.

—Ya lo creo; aquello estaba por estallar, pues tampoco yo, desde que ando con terciana tengo un humor de santo. En la noche regresé allá.

—¿La encontró calmada?

—Sí. A poco hablar me contó que habia tenido una ruda discusion con Catita a propósito de unos trajes, de una vecina, de un chisme y de no sé cuantas cosas más; que se habian dicho «una fuerza de lisuras», y que habian concluido por reñir y cortar las amistades.

—Era de esperarlo.

—Miéntras tanto mi conversacion con Catita habia quedado interrumpida, y era una conversacion sumamente interesante, como lo he dicho, para no querer reatarla; así se lo manifesté a ella por medio de una esquela. Me contestó, y convinimos en

continuarla; pero la tercina me ha tenido amarrado estos dias y no he podido moverme.

—De manera que estando ahora mejor, irá usted allá.

—Justo.

Prosiguieron ambos capitanes dialogando un momento más, y luego se levantaron de la mesa.

Era ya de noche.

Alvar se dirijió a su habitacion, y Lostan caminando en direccion opuesta seguramente iria a terminar la conversacion que habia dejado pendiente.

LXXIX.

La cita.

Al dia siguiente ántes de las siete y media de la mañana ya se encontraba Alvar en la esquina del Espíritu Santo.

El cielo estaba entoldado de espesas nubes y el aire destemplado y húmedo.

No habia aún mucho tráfico de jente. Algunas devotas ostentando por delante de la sencilla falda la correa de San Agustin u otra se dirijian a alguna iglesia vecina y algunas negras volvian del mercado de la Aurora fumando su cigarro puro y con un cesto al brazo.

Alvar fijaba la vista en la calle de Gremios y contaba los minutos; ese era el camino que a su parecer debía traer Lucía. Sin embargo, tambien echaba miradas hácia las otras calles. Tenia a su izquierda la de la Manita que era poco traficada y se prestaba más que las otras para dos interlocutores que no necesitaban de testigos.

A cada instante consultaba la muestra de su reloj. Formaban las dos manecillas de éste un ángulo recto señalando las ocho ménos cinco minutos, cuando Alvar divisó venir por la calle de Gremios una persona vestida de manto y traje negro. Aunque no alcanzaba a distinguir su rostro, sintió tal impresion al aspecto de esa persona, que adivinó era su amante.

La estatura, el modo de andar con pasos breves y airosos, eran los de ella.

Con la mirada fija la contempló acercarse; poco a poco fué reconociendo las finas y pulidas facciones de Lucía. Una franja de crespon que pendia del borde superior de su manto le cubria la frente y los ojos; pero al traves de aquel tejido vió él brillar las negras pupilas de la niña. Estaba ya a pocos pasos.

Una sonrisa dulce y melancólica le anunció a Alvar que habia sido reconocido.

Se internó unos seis u ocho metros en la calle de la Manita, y esperó.

Viendo aproximarse a su amante sentia que toda la sangre se le agolpaba al corazon; hubiera querido abrir los brazos para recibirla en ellos; pero eso no era posible en aquel sitio.

Reprimiendo sus ímpetus, tendió una mano y sintió posarse en ella la manecita de Lucía, suave, tibia y cariñosa.

La niña tenia la cara un poco más llena que en Huanta; pero siempre pálida. Sin embargo, en aquel instante un lijero sonroseo la teñia débilmente.

Sin murmurar una palabra contempló Alvar el amado rostro, y al cabo de unos breves segundos balbució con el acento más tierno de su voz:

—¡Pobre mi Lucía, cuánto has sufrido; pero estás siempre lindísima!

Lucía contestó con una dulce sonrisa y murmuró con voz entrecortada por la emocion:

—¿Y tú, Víctor... habrás sufrido tambien en esos lugares... te noto descolorido...? Ni una palabra he sabido de tí desde que nos separamos en Huanta..

—Yo sí que habia sabido de tí; habia recibo tu carta escrita en XX.

—¿La recibiste?

—Sí; y la contesté; pero la persona con quien envié la contestacion llegó a XX. despues de que tu habias partido.

—Cuánto consuelo habria sido para mí recibir una letra tuya. Sin tener ninguna noticia, en todo encontraba dudas; ahora mismo venia sin esperanza de hallarte.

—¿Por qué desconfiar? ¿No sabias que a tu llamado debia yo de acudir presuroso?

—Pero temia que no estuvieras en Chorrillos, que no recibieras mi carta, que no pudieras venir a Lima...

—Mas,—replicó ¡Alvar apasionadamente,—no temerias que yo te hubiera olvidado, ¿no es cierto?

Lucía respondió sin vacilar:

—No, Víctor, no; yo creo en tu amor y es eso lo único que me ha hecho vivir hasta ahora.

—En fin, Lucía, ya nos hemos vuelto a encontrar, y me parece que ésta es la primera vez despues de 'habernos separado

aquí en Lima, porque nuestras entrevistas en Huanta se me figuran un sueño triste que quisiera borrar de mi memoria: haberte encontrado en esa remota ciudad enferma, rodeada peligros, sin poder hacer nada por tí, y teniendo que dejarte ahí nuevamente, fue para mí la más aguda desesperacion... En fin nos hemos vuelto a reunir y será para no separarnos nunca, ¿no es verdad Lucía?

La niña pareció vacilar ántes de responder.

Sin esperar su contestacion, Alvar añadió:

—Estando aquí parados podemos llamar la atencion de los que pasan; ¿andemos un poco?

—Vamos,—contestó la niña.

Y ambos echaron a andar pausadamente por la calle de la Manita.

Alvar conoció que aun no habia hecho a Lucía cierta pregunta y este olvido podia herir el intenso amor maternal que ella habia mostrado en sus cartas. Reparando esto se apuró a decir:

—Antes de seguir hablando de nosotros, hablemos de cierta personita a quien queremos ambos.

—¿Lo quieres tú? dijo la jóven volviendo rápidamente la cabeza y sonriendo cariñosamente al adivinar de quien se trataba;—si lo conocieras lo querrias aún más; ¡es tan bonito!

—Desde luego lo quiero como todo lo que es tuyo.

—Y el pobrecito se encuentra ahora en brazos extraños; me habrá echado ménos y quizás se habrá enfermado.

—Pero pronto lo tendremos a nuestro lado para no separarnos más de él.

—Eso no podrá ser,—murmuró Lucía con una entonacion trémula e impregnada de dolor.

Sobresaltado tornó Alvar la cara y vió dos lágrimas que rodaban por las mejillas de su amante. Lleno de zozobra la preguntó:

—¿Qué tienes, Lucía? ¿por qué dudas? ¿por qué dices eso?

—Porque tú no verás nunca al niño.

—No te comprendo, puesto que hacerlo venir será nuestro primer cuidado tan luego como estemos juntos tú y yo; nos pondremos a ello hoi mismo.

—Eso no podrá ser,—replicó la niña con el mismo acento dolorido.

—¿Qué es lo que no te parece posible?

—Qué tú y yo permanezcamos juntos.

Alvar quedó suspenso. Recordó de súbito una circunstancia que le habia hecho notar Soler, y preguntó balbuciente:

—¿Es por eso que en tu carta me dices que nos veremos «un momento»?

—Por eso, precisamente.

Atónito quedó Alvar al oir esta respuesta. No esperaba él que ninguna dificultad viniera a impedirle desde luego llevarse consigo a su amante.

Tan pronto como la habia visto hacia unos pocos minutos venir hácia él, tan pronto como habia divisado su cuerpo flexible y su hermoso rostro, tan pronto como habia oido su dulce voz, habia sentido conmovérsele el corazon con todos los ímpetus de su combatido amor. Para el jóven capitan, las desgracias y los sufrimientos habian formado una aureola en torno de Lucía que la hacian adorable; y el verla siempre bella, y esta belleza dulcificada por la melancolía, sintióse aún más enamorado de ella que cuando un año ántes la hiciera abandonar la casa paterna.

—Es decir,—murmuró,—que ahora solamente nos veremos un momento y volveremos a separarnos...

Y añadió exaltándose:

—Pero Lucía, yo he venido a buscarte para que nos reunamos, no por un momento, sino para siempre... ¿no lo habíamos convenido así? ¿no era esto lo que habíamos dispuesto en Huanta? ¿no es lo mismo que escribiste desde XX? ¿Que significa lo que dices? ¿acaso no quieres venirte conmigo porque ya no me amas?

—No es tal cosa, Víctor; yo te amo siempre;—replicó la jóven con pasion.

—¿Y entónces?... no te comprendo...

—Para que me comprendas es preciso que oigas lo que tengo que contarte y conozcas lo terrible de mi situacion... tú me hallarás justicia...

Revelaba tal desesperacion el acento de Lucía, que Alvar la miró temeroso. ¿Qué otra desgracia habria sobrevenido? No se atrevió a interrogarla precipitadamente.

Habian llegado caminando con lentitud hasta la esquina de la calle del Santuario. Para evitar que los transeuntes fijaran la atencion en ellos se veian obligados a dominar sus emociones. Alvar miró a todos lados y se acordó que a un paso de ahí estaba Santa Rosa de los Padres. Habia al lado un sitio en el cual se construia una iglesia; el trabajo estaba paralizado y el sitio soli

tario sin más habitantes que el encargado de cuidarlo.

Designando aquel recinto, el capitan dijo a la niña:

—Lleguemos hasta allá; en ese recinto podremos hablar con más libertad.

Accedió Lucía y se encaminaron al lugar señalado.

El guardian citado no se negó a permitirles entrar en aquel sitio donde a menudo ocurrian devotos y curiosos por ver los recuerdos de Santa Rosa de Lima conservados ahí, y mucho ménos despues de recibir algunos soles que Alvar le dió para tenerlo más solícito.

Aquel sitio podia considerarse como un gran patio.

Los jóvenes amantes se dirijieron hácia un banco rústico de madera que divisaron. Allí se hallarian libres de miradas curiosas.

Alvar hizo sentarse a Lucía sobrecojido de verla trémula y llorosa.

—¿Qué nueva desdicha ocurre?—la dijo; —¿qué es lo que tienes que contarme?

La niña respiró con fuerza como si quisiera tomar aliento para hablar, y contestó:

—Tú sabes la causa de mi venida a Lima, la sabes por mi carta

—Sé que te trajeron acá por que estabas enferma.

—Llegando a Lima tuve que permanecer en cama.

—Tambien lo he sabido por tu carta.

—Estaba en casa de mi padre. Los primeros dias él entraba un momento a mi alcoba y sin duda compadecido de verme sufrir, me dirijia alguna palabra preguntándome por mi salud. Cuando estuve mejor se acercó una mañana a mi lado, y hablándome con voz grave, pero sin enojo, me dijo:—«Sé que para traerte a Lima, Manuela te ha prometido regresar otra vez contigo cuando estés sana, al lugar donde ha quedado tu hijo. Esto se efectuará; irás allá, porque él no puede venir para acá; ese niño no puede entrar a mi casa: ántes de que partas se esperará que tu salud esté completamente repuesta. Ahora tengo que advertirte una cosa: si tú vuelves a huir de aquí con tu amante, si me haces sufrir tal afrenta, te aseguro que jamas volverás a ver a tu hijo." Al concluir estas palabras se retiró dejándome muda de espanto.

Alvar adivinó los sentimientos que dominaban a Lucía; un frio que le atormentaba recorrió sus venas.

—Pero ese niño es nuestro,—exclamó, —y él no puede impedir que esté con nosotros.

—Sí puede, y lo haria; yo conozco su inflexible carácter.

—No lo creas; nosotros traeremos el niño a nuestro lado.

—Seria imposible; tú eres chileno y no puedes llegar hasta esas montañas donde él está, bien lo sabes; yo sola nada podria hacer.

—Mandaremos alguna persona a buscarlo.

—Nada lograríamos; no se lo entregarian; sé por tia que han tomado ciertas precauciones. Ya ves, Víctor, cuál es mi situacion. Si cediendo a los impulsos de mi corazon te sigo a tí, tengo que abandonar a mi niño.

Y sin poder contener sus lágrimas, Lucía prosiguió diciendo entre sollozos:

—Abandonar a esa infeliz criatura a quien quiero tanto; dejarla que ahí quede sin amparo ninguno... moriria sin duda por falta de cuidado; y si vivia, creceria como un huérfano, despreciado por todo el mundo, aun por aquella jente casi salvaje entre la cual está... sin conocer a sus padres... pobrecito ¡qué seria de él!...

—Tú Lucía, ves las cosas con los colores más tristes, te esfuerzas por verlas así. Tu papa te ha hecho esa amenaza para impedir que te vengas conmigo; pero una vez que estés a mi lado ya ningun interes puede tener en separarnos de nuestro hijo, y consentirá en que lo traigamos con nosotros.

—No lo consentirá nunca.

—Pero, ¿por qué?

—Porque habrá encontrado mi castigo en mi misma falta; me castigará privándome de mi niño.

Alvar estaba horriblemente mortificado por todos estos escollos que enumeraba Lucía; deseando conocer la resolucion de su amada la preguntó:

—En fin, Lucía, ¿qué piensas hacer en esta emerjencia?

—Ir donde me llama mi deber de madre.

—Eso quiere decir que estás dispuesta a separarte de mí nuevamente... Pero, ¿no ves, Lucía, que yo te amo, que necesito tenerte a mi lado? ¿acaso no sabes lo que es amor? ¿acaso lo has olvidado ya?

—Cómo puedes decirme tal cosa,—exclamó Lucía con amargura;—¿no comprendes mi dolor? ¿no ves cuanto sufro? y por

qué será sino porque me veo obligada a separarme de tí cuando te amo aún más que ántes... Pero ¡qué puedo hacer!... si te sigo pierdo a mi hijo, a nuestro hijo, lo pierdo para siempre ¡Entre él y tú!... ¡terrible lucha para mi pobre corazon!... Con todo, no debo vacilar: él es el más débil y el que más necesita de mí...

Alvar guardó silencio. Comprendia los sentimientos de su amante, comprendia que ella ante su hijo hacia el sacrificio de su amor, veia sus lágrimas y adivinaba su dolor; pero al mismo tiempo sentia acrecentarse su pasion; la jenerosidad y belleza de de Lucía, y los obstáculos mismos que se presentaba eran un poderoso incentivo. La pasion lo ofuscaba; sin embargo, no alcanzaba a cegarlo de modo que no pudiera avaluar la tortura de la jóven.

—Entónces,—murmuró con un tono que su amor contrariado hacia algo seco,—¿es esa tu resolucion?

Lucía alzó la cabeza, y mirándolo con indecible ternura, exclamó:

—Te pones serio... ¿por qué me hablas así?...

Y cojiéndole una mano añadió con mayor expresion.

—Yo adivino tu pena por la misma que yo siento al separarme de tí... pero ¡qué quieres! ¡cómo abandonar a mi niño!... Ni las aves que tienen la libertad del aire abandonan a sus hijitos... Si yo lo tuviera en mis brazos, no vacilaria en seguirte donde tú quisieras... nada me importaria lo que dijera el mundo; para mí en toda la tierra no hai nada más que tú y él... Yo iré al lugar en que él está, y si tú siempre me amas, esperaré un momento oportuno, huiré con él en brazos y volaré a buscarte dondequiera que estés... ¿Qué te parece?...

Alvar moviendo pausadamente la cabeza contestó:

—Eso está expuesto a muchas contijencias y dificultades; ya sabes cuanto nos ha costado encontrarnos despues de un año de separacion.

—Pero ahora más que nunca es necesario arriesgar algo; de ella pende la suerte de nuestro hijo.

Durante un momento Alvar movido por los impulsos de su pecho estuvo pintando con los colores más vivos su amor, la desesperacion que le causaria la ausencia y el temor de no volver jamas a encontrarse con su amante. Lucía le contestaba con ternura; pero permanecia inquebrantable en su propósito.

Por fin el jóven, cediendo a un movimiento involuntario, se levantó de su asiento diciendo:

—Si en tu carta me hubieras explicado tu resolucion, me habrias ahorrado la pena de verte para dejarte en seguida.

Lucía lo miró un instante como si quisiera leer en su fisonomía sus pensamientos y luego tirándolo de un brazo lo hizo sentarse nuevamente en el banco.

—Es decir que no habrias venido a verme,—murmuró con un acento en que apénas se percibia la reconvencion entre la dulzura;—pues bien, piensa tú que has hecho ese sacrificio por mí, verte aunque sea un instante es una felicidad. Desde hace un año sólo he tenido unos cortos momentos de dicha: cuando te ví en Huanta y ahora que estoi junto a tí. Este placer me es tan grato, que no vacilé en pedirte vinieras a verme.

Alvar sintió una conmocion profunda,y en un arranque murmuró cojiendo las manos de la jóven y llevándolas a sus labios.

—Yo no sé lo que digo, Lucía, el dolor me ofusca; de todas maneras habria yo venido aunque sólo fuera para divisarte un segundo. Y la prueba es que vendré cuantas veces quieras, y soi yo quien te pide que nos veamos todos los dias como ahora.

—Así me gusta que me hables. Yo trataré de salir mañana otra vez y lo conseguiré como hoi, espero; miéntras mi tia anda en misa, vendré para acá.

—Yo he obtenido licencia para estar dos semanas en Lima. Te diré donde vivo por si se ofreciera que me escribieses: estoi alojado en la calle de B. número 21. Mañana te esperaré otra vez.

—Bien; pero seria conveniente que nos viéramos en otra parte; pues viniendo dos dias seguidos a este recinto se fijaria en nosotros el portero.

—Es verdad; pero en la calle no podemos hablar tranquilamente. Se me ocurre una cosa: mañana a esta misma hora puedes pasar por la calle de B. que no está léjos; yo te esperaré en la puerta de la casa donde vivo; esa casa es habitada por muchas personas y entre ellas algunas señoras, de modo que nadie reparará en tí si entras allá.

Lucía convino en que aquel seria el s
de la próxima cita.

Siguieron hablando un momento más, repitiendo los diálagos anteriores; pero Lucía, aunque dulce y tierna, se mostró siempre inflexible en su decision.

Por fin ella dijo:

—Ya mi tia debe regresar pronto a casa y es necesario que me encuentre allá. ¿Qué hora es?

Miró Alvar su reloj, y respondió:

—Las nueve y cinco minutos.

—¡Ai! qué tarde es ya: no demorará mi tia en estar en casa.

Diciendo esto Lucía se levantó. Su amante no hizo ademan de retenerla porque comprendia que una tardanza podia impedir las futuras citas.

Salieron ambos a la calle y llegaron hasta la esquina del Santuario; ahí era preciso separarse.

—No te olvides de las señas, calle de B. número 21.

—No tengas cuidado.

—Desde las siete de la mañana estaré en la puerta de calle.

—Luego que salga mi tia saldré yo tambien.

Y Alvar mirándola con intenso amor la dijo:

—Reflexiona en todo lo que hemos hablado; piensa en ello...

—Lo he pensado tanto...—murmuró Lucía, y tendiendo su pulida manecita, estrechó la diestra de Alvar diciendo:—Hasta mañana.

—Hasta mañana,—respondió el jóven.

Y de piés en la esquina, permaneció inmóvil viendo alejarse a la hermosa niña que de cuando en cuando volvia la cara hácia atras miéntras caminaba.

LXXX.

A rei muerto rei puesto.

Algunas horas despues de lo que acabamos de referir, el capitan Lostan se encontraba en su pieza.

Tenia ésta una ventana que daba a la calle. El capitan habia puesto una silla junto a ella y sentado estaba mirando hácia afuera.

En esa posicion lo encontró su compao Alvar entrando en la habitacion.

—¡Hola! es usted,—esclamó Lostan, y dió:—Acerque una silla y siéntese aquí a que conversemos un rato distrayendo al mismo tiempo los ojos con lo que pasa por la calle.

Alvar ejecutó lo indicado.

—Lo veo mui cariacontecido, —continuó diciendo su amigo,—¿que ha sucedido? ¿no acudió ella a la cita?

—Sí acudió.

—Entónces ya la tendrá usted bien escondida.

—No,—dijo Alvar con un movimiento de cabeza negativo.

—Lo celebro infinito, y le doi por ello a usted un voto de aplauso.

—Nó lo merezco,—replicó el enamorado jóven tratando de sonreir;—ella no ha querido venirse conmigo.

—¡Hola! pues entónces para ella es mi voto de aplauso. Pero cuénteme usted eso, que debe ser interesante.

Alvar hizo una relacion circunstanciada de su entrevista con Lucía.

Lostan le escuchó con atencion, y cuando hubo concluido aquel, dijo tranquilamente:

—Todo eso es mui claro y sencillo: una madre que quiere a su hijo más que su padre.

—Pero, hombre,—replicó Alvar;—lo dice usted de cierto modo... que parece un vituperio... Yo tambien me intereso por ese niño.

—Está bien; pero esto no desbarata mi opinion, y si le parece vamos a cuentas: ¿Qué hace Lucía por el chico? Sacrificando el amor de su corazon, su juventud, su belleza y cuanto hai de halagüeño en la vida para una niña como ella; sacrificándolo todo, se va voluntariamente desterrada a un pueblo remoto, a vivir entre polutos e intonsos cholos. ¿Y usted qué hace por el mismo chico? Desde aquí.. de todo corazon le desea felicidad..

—Pero, ¿qué puedo hacer yo por él?

—Eso no lo sé.. No crea usted que yo pretendo indicarle tal o cual rumbo, que pretendo convertirme en guia; no tal. Cierta vez entre Huando y Huancavelica un malogrado guia me hizo meterme en unos pantanos por las punas: no sea que fuese yo a hacer algo semejante con usted... Mis palabras se reducen meramente a una observacion; nacen ellas de la manía de filosofar que adquirí en el aburrimiento de La Sierra. De todas maneras, lo felicito por el desenlace que han tenido sus enredados amores.

La voz de Lostan tenia algo de sarcástico que desazonaba a su interlocutor. No halló éste qué contestar sin mostrar disgusto y replicó cual si repitiera un pensamiento:

—Pues yo no me felicito por ello.

—Yo lo comprendo: usted hubiera querido que ella olvidándolo todo se hubiera echado nuevamente en sus brazos para volar no importa adónde: usted esperaba dulces horas de placer; el amor, las caricias, los halagos; con todo eso hai para pasar mui buenos ratos; y luego la satisfaccion de tener unaquerida jóven y bella y desconocida de todos, que lo haga a uno envidiable a los ojos del prójimo: en la pérdida de todo esto no ve usted motivo alguno de felicitacion; está mui bien. Pero yo que en este asunto soi un simple miron, observo las cosas con más sangre fria: veo venir el momento en que, pasados los primeros tiempos durante los cuales el amor todo lo dulcifica, llegararian los dias de hastío y aburrimiento, cuando pareceria vulgar lo que ántes se apreció como una delicia; y entónces usted se encontraria amarrado con una querida de quien no podia desprenderse, a quien sin cometer una ruindad no podia usted dejar en la calle, puesto que no la habia encontrado en la calle sino en su casa. Ahora lo veo libre de todo esto con el desenlace que han tenido sus amores, y por ello lo felicito; éste es el caso.

Alvar inclinó la cabeza sin contestar una palabra.

Despues de una pausa prosiguió diciendo Lostan:

—Con mucho mayor entusiasmo que a usted daria yo mis parabienes a Lucía: se ha sacrificado, pero se ha salvado de la abyeccion; su amor de madre la ha guiado, la ha desviado de la senda de que otra vez le he hablado a usted.

—Usted hablaba en el sentido de que con el tiempo yo me cansaria y la abandonaria; pero tal cosa no habria sucedido nunca.

—Estos son sus propósitos de ahora, así lo piensa y así lo dice; mas, andando el tiempo, en esta vida ansiosa de novedades... ¡quién puede estar seguro de sus sentimientos para el porvenir cuando apénas podria responder de lo presente.

—Alvar tuvo un arranque de expansion y exclamó:

—Veo que tiene usted razon en todo cuanto dice; pero hai... que yo la quiero, que yo la amo, que quiero tenerla a mi lado...

—¡Hola! — replicó Lostan riendo;— ¡qué noticia me da usted! Ya lo estaba viendo... ahora la quiere usted más que ántes; los obstáculos, la jenerosidad de Lucía, su noble conducta, se han convertido en combustible para avivar su llama amorosa; ¡es natural! Aplaudo a su corazon porque se dilata ante algo que me parece mui hermoso.

—Ya ve usted,—añadió Alvar desentendiéndose de la exclamacion de su compañero,—si Lucía se va de Lima la perderé para siempre.

—Ya lo veo; usted quiere que haya amor con caricias y todos sus accesorios; fuera de esto lo demás es pamplina; el porvenir de Lucía y la suerte del niño, es un embeleco.

Esto dijo Lostan con cierta ironía, y luego agregó:

—Pero, hombre, resuélvase por fin a dejar a esa pobre jente en paz. Ya bastante desgraciada ha hecho a la niña con su amor y al chico con darle el ser.

—Todo eso ha sido por un cúmulo de circunstancias fatales.

—¿Y cree usted enmendar la obra haciendo de ella públicamente su querida, y dejándolo a él abandonado?

—Yo no quiero tal cosa,—se apresuró a decir Alvar.

—¿Y que es lo que quiere, entónces?

—Hallar alguna solucion de manera de tener conmigo a Lucía y al niño.

—Pero esto no es posible, puesto que el padre de Lucía ha tomado sus precauciones para evitarlo. Parece que aquel caballero rehusa el honor de tener por hija a la querida de otro; tal vez durante los diez y siete años que tiene Lucía habrá él estado soñando con entregársela a un yerno verdadero, y como usted no ha de serlo...

Alvar miró fijamente a su interlocutor y le preguntó.

—¿Por qué dice usted que yo no he de serlo?

—Por lo que estoi viendo,—respondió Lostan riéndose;—no es extraño que lo diga cuando a la vista está que usted no hace ni amago de querer casarse ‹ ı Lucía.

—Ya Soler ayer me habia dicho a ›

semejante; fueran sus palabras: «Ya que usted no ha de cometer tal locura».

—No sé cuál seria la intencion de Soler; pero en cuanto a mis palabras provienen únicamente de que le veo a usted con mui poco ánimo de entrar a la hermandad de los casados.

Alvar quedó un instante pensativo y al cabo murmuró como hablando consigo mismo:

—Seria en efecto una tremenda locura.

—No seré yo quien se lo contradiga ni quien se lo afirme.

—¿Por qué?

—Yo soi un célibe empedernido que mira el matrimonio como una calamidad, que aconsejaria a todo el mundo seguir mi ejemplo, y sin embargo, en el caso de usted temeria cambiar...

—¿De modo que si yo le preguntara su opinion?...

—No le contestaria ni una palabra.

—Pero,—dijo Alvar insistiendo,—si usted se encontrara en mi caso, ¿qué haria?

—Hombre, no se enfade si le hablo con franqueza: para que yo me encontrara en las circunstancias de usted, habria sido preciso que hubiera tenido otras ideas, sin lo cual no habria hecho a una niña abandonar su hogar ántes de tener un asilo seguro donde colocarla: habiendo tenido pues yo otras ideas respecto al modo de conducirme en el amor, no seria extraño que tambien hubiera tenido otras opiniones respecto al matrimonio. Ya ve que sólo podria contestarle en hipótesis, lo que viene a dar el mismo resultado que no decir nada.

Alvar guardó silencio conociendo que no le seria posible obtener una respuesta categórica de su compañero.

Este, durante el diálogo, no habia dejado de mirar a menudo hácia afuera por la ventana. Estaba haciendo esto despues de haber dicho lo anterior, cuando soltó una carcajada de risa.

—¿De qué se rie?—le preguntó Alvar.

—Para explicárselo necesito contarle ántes lo que me aconteció anoche.

—¿Qué fué ello?

—Ya sabe usted que fuí a casa de esa Catita amiga de Blanca con quien habia dejado interrumpida una interesante conversacion.

—Así me lo contó usted anoche.

—Pues bien; fuí allá. Me recibió ella con una gracia encantadora, contándome con todos sus pelos y señales la disputa que habia tenido con Blanca. Estábamos blandamente sentados en un sofá y habiamos reatado la plácida conversacion cortada: todo eso en dulce calma. De pronto, así como esas tormentas repentinas que estallan en La Sierra, se abre de súbito estrepitosamente una puerta y aparece....

—¿Blanca?

—Ella misma convertida en una verdadera tempestad, lanzando rayos con los ojos y truenos con la boca. Usted creerá que Catita se arredró; pero no; al contrario, se enderezó, se empinó y se apercibió a la contienda. Primero hubo gritos en un diapason ensordecedor, y luego... aquellas dos ninfas se convirtieron en dos amazonas, se embistieron como dos toros bravíos. Yo estaba listo y me puse en medio de ambas; recibí puñetes por la derecha y puñetes por la izquierda y ví trastornarse la mesa, rodar un florero, quebrarse dos vidrios y observé tambien otros varios despropósitos. Queriendo poner fin a ese desconcierto, tomé el partido de cojer a mi buena Blanca de la cintura y salir con ella en peso hasta la calle. Catita tuvo siquiera el buen sentido de cerrar la puerta tras de nosotros. Una vez en la calle quiso continuar la cuestion conmigo; pero yo le corté la palabra recordándole cierta advertencia que ántes le habia hecho, de que el dia que me siguiera seria el último que nos viéramos, y eché a caminar de prisa, que aunque ella quiso alcanzarme, no se lo permitieron los tacones de sus zapatos «a la Luis XV.»

Alvar se reia de la aventura de su compañero, y este prosiguió diciendo:

—Como usted lo comprenderá, era necesario que yo diese un desagravio a Catita. Para esto hoi en la mañana la mandé invitar a que fuéramos a almorzar a cierto café. Aceptó ella, fuimos a aquel establecimiento y nos hicimos servir en un gabinete especial. En la mitad del almuerzo sentimos venir de la pieza contigua una voz que hablaba recio como para hacerse oir a traves de la pared; esa voz era de mujer y mui conocida nuestra.

—¿Era la de Blanca?

—Justo. Alternaba con otra voz de otro tono que anunciaba la larinje de un hombre. Catita y yo nos reimos alegremente del caso. Terminado el almuerzo, salimos del café. Un coche nos esperaba en la puerta. Al subir a él, sentimos de nuevo la voz de Blanca; pero expresamente ni Catita ni yo la miramos, y el coche partió

miéntras Blanca esforzaba cada vez más la voz. Sin imbargo, Catita se dió trazas para aguaitar con disimulo por entre las cortinillas del carruaje y me dijo que su amiga estaba ahí con un señor cambista del portal.

—Blanca habrá dicho: «A rei muerto, rei puesto,»—dijo Alvar riendo de la aventura de su amigo.

—Claro; «El rei ha muerto, viva el rei.» Pero ella quiere a toda costa que el rei muerto vea la cara del rei vivo. Luego que me separé de Catita me vine para acá, y he estado entretenido viendo pasar por la calle un coche con la que fué mi Blanca y el dichoso cambista al lado. Ya me he fijado en el cochero, y cada vez que pasa me pongo a mirar al techo de la casa del frente.

—Y miéntras usted se divierte en ésto, las horas de coche corren para el bolsillo del cambista.

—Véalo usted,—dijo Lostan, señalando a su compañero un carruaje que venia como a media cuadra de distancia;—ese es. Pero ahora voi a mostrarme galante con Blanca, voi a darle el gusto de que sepa que he visto al mequetrefe de mi sucesor.

Con efecto; luego pasó el coche designado frente a la ventana. En su testera venia sentada Blanca con un sujeto a su lado.

Lostan sonriéndose la hizo un amable saludo que ella contestó con un borneo de cabeza.

—¡Pobre cambista!—exclamó Lostan con sorna;—Blanca tiene un magnífico estómago capaz de dijerir todos tus mugrientos billetes.

....

En esos mismos momentos, más o ménos, un caballero a quien ya conocemos iba por la calle de Argandoña. Era el señor Melgar, el padre de Lucía.

Llegó hasta una casa cuya puerta de calle tenia el número 5, y entró en ella.

Un instante despues se hallaba en una de las habitaciones de la casa en la cual habia tambien otra persona. Esta persona era doña Manuela, su hermana.

El caballero dejó su sombrero sobre una mesa, y en seguida sacando un papel doblado del bolsillo de su levita, dijo a la señora:

—Lée esto.

Ella cojió el papel y leyó:

«Chorrillos, Junio... de 1884.

»Señor Melgar:

»Cumpliendo con el encargo de comunicarle a usted cuando vea o sepa que el capitan Alvar va a Lima, le escribo para anunciarle que ayer en la tarde este oficial partió para esa. Segun he sabido ha obtenido permiso por algunos dias para ir a medicinarse allá porque está enfermo de terciana.

»Su atento y seguro servidor

P... V...»

—¿Quién te escribe esto? preguntó doña Manuela.

—Ese empleado de la estacion de Chorrillos de quien te habia hablado. Es pensionista de un café donde comen tambien algunos oficiales del Setiembre, y fácil le es saber cuando alguno de estos consigue licencia para venir a Lima. Por tal motivo me habia fijado yo en él para hacerle el encargo que hoi ha cumplido.

—De manera que ese oficial está ahora aquí en la ciudad.

—Sí, pues; ya sé dónde vive; no me ha sido difícil averiguarlo porque son conocidos los lugares donde alojan los militares chilenos que suelen venir de Chorrillos por enfermos. Hace un momento lo he visto en una ventana de la casa donde está hospedado.

—¿A qué habrá venido? ¿será que efectivamente está enfermo, o vendrá en busca de Lucía?

—No es sencillo adivinarlo. He visto su semblante y a la primera mirada he conocido que en verdad se halla enfermo.

—Entónces no ha venido por Lucía.

—Eso no podemos saberlo; puede ser que su viaje haya tenido dos causas...

—Pero él debe ignorar que Lucía está aquí.

—Quién sabe. Así como yo he tenido en Chorrillos una persona encargada de avisarme si él venia para acá, tal vez él tambien ha comisionado a álguien en Lima de participarle la llegada de ustedes.

—La niña creo que no sabrá nada del arribo del oficial.

—Así lo creo yo tambien.

—Sin embargo,—dijo la señora,—preciso será tener mucha vijilancia.

—No basta eso,—contestó el caballero moviendo negativamente la cabeza;—

miéntras estén ambos en una misma ciudad no podré yo tener tranquilidad. Si Lucía llegara a hablarse con esa persona tal vez seria capaz de olvidar la amenaza que le he hecho de no volver a ver a su hijo y tornaria a huir de casa: tendria yo que sufrir la ignominia de verla convertida en la querida de un individuo, y de un oficial chileno, cuando ni aun por esposa hubiera consentido en dársela a uno de ellos.

—Es verdad; no obstante, lo que en otros tiempos no hubieras consentido seria ahora una felicidad para nosotros.

—Seria... sí, seria por lo ménos una gran satisfaccion,—murmuró Melgar con amargura;—pero es una necedad pensar en tal cosa; para ese sujeto ha sido todo cuestion de un pasatiempo, de una calaverada; jamas ha tenido él la intencion de hacer su esposa de Lucía; si tal hubiera pensado, tiempo de sobra ha habido para que lo hubiese demostrado.

—Tal vez hablándole...— balbució la señora como sin atreverse a explicarse más claramente.

—No seas sencilla, Manuela; conoces mui poco a los hombres: un individuo no se casa con la que ha sido su amante porque el padre de ella vaya a suplicárselo... lograria yo solamente alguna burla, algun sarcasmo; mayor vergüenza, mayor afrenta....

—Yo podria ir a verlo... —replicó la señora siempre temerosa.

—Igual seria el resultado... no hablemos más de esto... El único partido posible es qué Lucía salga nuevamente de Lima; ya se encuentra ella completamente sana y puede partir mañana mismo para San M..., el pueblo donde está su niño. Querida hermana, este es un nuevo sacrificio que te pido; mucho te has mortificado ya sufriendo mil penalidades en los viajes hechos por esta misma causa; pero ésta será la última vez. Los batallones chilenos están ya retirándose de Chorrillos, regresan a Chile; pronto no quedará ninguno: entónces podrás volver a Lima y sólo entónces tendremos algun sosiego.

—Se hará como tú lo quieras,—respondió ella con resignacion;—partiremos mañana. Espero que Lucía no pondrá obstáculos, y al contrario, se alegrará, pues constantemente está pensando en su hijo... lo quiere tanto... eso es lo que me hace tenerle mayor lástima.

Despues de cambiar los dos hermanos algunas palabras relativas a las disposiciones concernientes al viaje, la señora dijo:

—Voi a advertir a Lucía para que prepare su ropa.

Y salió de la habitacion.

LXXXI.

¡Al fin!

El dia siguiente amaneció tambien nublado, sombrío y húmedo. En aquel mes todas las mañanas se parecen en Lima.

A las siete ya el capitan Alvar se encontraba de piés en la puerta de la casa donde estaba hospedado.

El aire destemplado de aquella temprana hora no podia hacer bien a su salud quebrantada; pero ahí le tenia una causa que él consideraba más importante que el cuidado de su salud.

La mayor parte de la noche habia estado desvelado y sumerjido en profundas meditaciones, y ahora nuevamente en el umbral de la puerta, continuaba entregado a sus pensamientos.

Perder a Lucía ahora que la amaba más que nunca, cuando la veia más bella que ántes, cuando conocia el precioso valor de su corazon: era para desesperarse.

Y sin embargo era forzoso que esto sucediese: ella no abandonaria a su hijo; ya le habia demostrado su voluntad inquebrantable.

Su amor, alejándose de su amante; su juventud, desterrándose a un lugar remoto; todo, todo lo sacrificaba ella por su hijo; y aquel hijo tambien lo era de él, y él no hacia nada por aquella criatura a quien habia dado el ser; al contrario, ciego por su amor, pretendia que su madre tambien lo abandonara.

Esto pensaba Alvar y sentia cierto rubor, cierto bochorno que le quemaba la cara.

El único medio de salvar todas las dificultades consistia en casarse con ella: daria un nombre a su hijo y seria dueño de Lucía; la triste y desventurada niña vendria a sus brazos contenta y feliz, engrandecida por sus desgracias, y por la jenerosidad de su corazon. La veria como un año há en una mañana semejante a esa cuando se separó de ella creyendo poder volver a su lado al cabo de pocas horas; ¡estaba entónces tan alegre y risueña, tan amante y cariñosa; habia tanto donaire en sus movimientos, tanta gracia en su expresion! tornaria a ver

en su semblante las placenteras sonrisas; ya no contemplaria en sus ojos lágrimas de pesar, sino miradas de amor y dicha; volveria ella a ser la niña jentil y vivaracha que tanto lo encantaba con su agudeza.

Todo esto se representaba a la imajinacion de Alvar y le producia fiebre. Dejaba vagar por su mente aquella mezcla de recuerdos e ilusiones; pero luego se disipaban éstos; eran borrados por otras ideas que lo acometian.

¡Casarse! Perder la libertad, la alegre indiferencia, la vida descuidada; todo lo que hacia encantadora su existencia de soltero, sin cargos, sin compromisos, sin atenciones, siempre dispuesto a cualquier aventura, siempre libre para disponer de sí mismo. Casarse era perder todo eso; era perder lo que hasta entónces habia considerado como su mayor felicidad.

Y perder todo eso en la vida de campaña; ahí donde nada hai firme, donde todo es vacilante y movible; ahí donde más que en ninguna otra parte necesitaba de su completa libertad de cuidados.

Y luego perderlo por casarse con una persona que le habia pertenecido enteramente.... ¡qué dirian sus compañeros! se reirian de él como él mismo lo habria hecho tratándose de otro...

Pensando así, Alvar se pasaba la mano por su acalorada frente y respiraba con fuerza.

Separarse de Lucía o casarse con ella. Terrible disyuntiva era para él atendiendo a los encontrados sentimientos que lo embargaban.

Queriendo distraer sus pensamientos lanzaba continuas miradas hácia ambos extremos de la calle.

Media hora hacia que estaba ahí, cuando reconoció de léjos a una persona que con menudos pasos se aproximaba al sitio donde se encontraba él.

Era Lucía que acudia a la cita.

....

De súbito desechó Alvar todos los pensamientos que lo acosaban para dedicarse con el alma entera a contemplar a la bella jóven que venia acercándose.

Cuando estuvo junto a él, le tendió una mano que ella estrechó con su delicada manecita sacándola por debajo de su manto.

—Ven; subamos,—la dijo Alvar conduciéndola hácia la escalera.

Ella se dejó llevar.

Subieron hasta los altos y andando algunos pasos por un pasadizo llegaron hasta la habitacion de Alvar.

Esta era una pieza como de hotel, cuyo mueblaje consistia en una mesa, una cómoda, un velador, un par de sillas y un catre.

El jóven hizo entrar a Lucía y adelantó una silla para que se sentara.

—Aquí tienes mi reducido alojamiento, —la dijo.

Al mismo tiempo la miró y la notó más suspirosa y acongojada que el dia anterior.

—Te veo más triste que ayer,—murmuró Alvar con sentimiento.

—Sí; lo estoi,—contestó ella suspirando.

—¿Qué tienes?

Haciendo un esfuerzo para contener sus lágrimas, Lucía contestó balbuciente:

—Esta será quizás la última vez que nos veamos.

—No hagas, Lucía, que me alarme; ¿por qué me dices tal cosa?

—Ayer en la tarde me dijo mi tia que hoi partiríamos regresando a San M...; dentro de pocas horas más nos pondremos en camino.

Alvar se quedó mudo y repitiendo dentro de sí mismo las palabras que acababa de oir como si no pudiera comprenderlas. Dejóse caer en una silla al lado de su amada, exclamando con voz apagada:

—¡Lucía, eso no puede ser!

—Sin embargo,—replicó ella sin poder ya contener sus sollozos;—lo es... mi tia me dijo que estando yo repuesta ya partiríamos hoi... que preparara mi ropa para el viaje...

—Pero tú le habrás dicho que aun no puedes partir... que todavía no estás bien... habrás dado cualquier disculpa...

—Tú sabes que há tiempo no me atrevo a poner el menor obstáculo a su voluntad, a pronunciar ni una palabra...

—Pues bien ahora que estás conmigo no tienes que esforzarte ni ruborizarte para oponer ningun obstáculo, para pronunciar ninguna palabra; te basta solamente quedarte a mi lado; con quedarte aquí... no aquí precisamente, sino que iremos a buscar un lugar más oculto y seguro... Ahora no será como la otra vez; iremos ambos juntos y yo no me separaré ni un momento de tí... Ya ves que podemos ser felices: basta únicamente una palabra tuya...

Alvar rodeando con un brazo el cuello de la niña la hacia apoyar la cabeza sobre su pecho y colmándola de caricias repetia con acento suplicante.

—Dime esa palabra Lucía, y harás mi dicha, nuestra dicha... dime que desde este instante no te separarás nunca más de mí.

—Nó, Víctor,—decia la desgraciada jóven dando libre curso a su llanto;—bien sabes que no es posible... hai una inocente criatura que no puedo abandonar... de mí depende su suerte, su vida quizá... No me hagas sufrir pidiéndome lo que tengo que rehusarte... si fuera yo sola como ántes no podria negarte nada; pero ahora no me pertenezco; tengo un hijo por quien debo sacrificarlo todo... ¡Qué mayor dicha podria haber para mí en el mundo que estar a tu lado, que gozarme en tus cariños, en tu amor!... ¿crees que no se me parte el corazon al separarme de tí?... Voi a ir donde está mi hijito a quien quiero tanto, y sin embargo, lloro; porque para obtener esa ventura pierdo la de verte a tí... Si no voi donde está él lo perderé para siempre... y si voi allá, a tí... a tí tal vez te volveré a encontrar... Ya te lo dije ayer: espiaré el momento oportuno, huiré con él en mis brazos y correré a buscarte...

—Eso será difícil, si no imposible,—replicó Alvar con voz sorda.

—¿Por qué?—preguntó la niña sobresaltada.

—Porque de un momento a otro se irá mi batallon de Chorrillos; iré yo quien sabe adónde, estaré a centenares de leguas distante de tí...

Lucía se irguió vivamente y exclamó palideciendo:

—¡Es decir que te vas!

—Y yo mismo no sé a qué parte; ignorando dónde estuviera yo para entónces, no podrias tú sola echarte a buscarme por una nacion que no conoces y sin saber dónde encontrarme.

Sacando un pañuelo de su bolsillo, Lucía se enjugó las lágrimas que le bañaban el rostro y quedando como aturdida, murmuró con una voz seca y ronca que hizo estremecerse a Alvar:

—He perdido mi última esperanza.

Habia tanta desesperacion en esa voz, que Alvar se sintió sobrecojido.

—¡No digas eso Lucía!—exclamó;—¡no uses ese tono, que me desgarras el alma!... S la causa de tu desesperacion es separarte d mí, en tu voluntad está evitarlo...

—No, Víctor, no lo está; yo carezco de v untad desde que tengo un hijo a quien debo consagrar mi vida aunque sienta partírseme el corazon.

—Pero, Lucía... ya ves que ha llegado el momento en que es preciso tomar una resolucion...

—Ya la he tomado, bien lo sabes... Tú te irás donde te lleva tu obligacion y yo voi donde me llama mi deber; tendremos que separarnos y éste será el último dia que nos veamos...

Ante esta decision expresada con dolor, pero a la vez con una serenidad que hacia conocer cuan irrevocable era, Alvar quedó mudo y abatido.

—Sí, Víctor, será el último dia en que nos veamos,—continuó diciendo Lucía con desconsolado acento;—este dia de hoi, esta fecha, es fatal para mí: hace hoi, dia por dia, hora por hora, un año cabal que nos separábamos... esta fecha la llevo grabada en mi memoria, de ella no se borrará nunca... ¿Recuerdas Víctor?... era una mañana semejante a ésta, estábamos juntos tú y yo, y tambien la habitacion en que nos encontrábamos era parecida a ésta en que ahora nos hallamos; pero entónces... ¡qué contenta! ¡qué alegre estaba yo! ¡cuán feliz me creia! estaba a tu lado y poseia tu amor que era para mí todo el bien del mundo. ¿Te acuerdas, Victor? tu tenias que irte a tu cuartel y mirabas tu reloj contando los minutos que aun podias permanecer conmigo y hacer palpitar mi corazon con tus caricias; y esos minutos que tú contabas eran los últimos de mi felicidad; pero yo no adivinaba esto y me sentia contenta; miéntras llegaba la hora, te sentabas junto a mí y me hablabas de lo dichosos que íbamos a ser, de una casita donde estaríamos ocultos viviendo únicamente el uno para el otro... ¡cuántos risueños planes formábamos sin sospechar lo que iba a suceder!... o bien, ¡cuánto nos entreteníamos hablando de cualquier cosa!... todo nos hacia sonreir, todo nos alegraba porque la alegria estaba en nuestros corazones. Así corrieron aquellos últimos minutos de mi felicidad... Luego llegó el momento en que tú te dirijiste hácia la puerta y yo te acompañé hasta ella; ahí me diste el último abrazo que habia de poner fin al corto término feliz de toda mi vida; tú saliste y yo quedé sola, y entregada ya a una nueva existencia, a esta existencia de dolor y amargura que para mí no concluirá nunca. Hoi mismo hace un año justamente de todo eso, y parece que todos aquellos suce-

sos quisieran repetirse... ¡este dia es fatal para mí!...

—Lucía, desecha esas ideas supersticiosas, te martirizas con ellas...

—Déjame, Víctor, decirte lo que pienso: así como cada año tiene una estacion fija para secar las hojas de los árboles, creo que tambien ha de tener un dia fijo para hacer desgraciada a cada persona: ese dia para mí es hoi, es esta fecha. Y mucho más lo creo ahora que estoi viendo repetirse casi exactamente lo de un año há. Como aquella vez, tambien estamos aquí juntos, solos, y asimismo, a pesar de todo, en este instante yo me siento feliz porque estoi a tu lado. Y, como entónces, luego llegará el momento en que uno de nosotros dos se dirija hácia esa puerta... Esta vez seré yo quien salga y tú quien se quede, yo quien parta y tú quien permanezca aquí: habrá esta diferencia, como tambien habrá la de que la otra vez nos separamos para volver a encontrarnos y ahora nos separaremos para siempre...

Alvar se levantó de un modo brusco de su asiento exclamando:

—¡Esto no puede ser!

Y luego paseándose con viveza por la habitacion, añadió con exaltacion creciente y voz entrecortada:

—Yo no puedo consentir en que vayas de aquí... yo te amo... necesito tenerte a mi lado... no podria vivir sin tí... No sé si es porque haya aumentado tu hermosura o por tus desgracias o por tu jenerosidad, yo ahora te amo más que ántes, ahora te adoro... léjos de tí me desesperaria... no puedo consentir, no consentiré en que te vayas...

—Víctor, considera que yo tambien sufro lo mismo que tú; pero que hago sacrificio de mi amor ante mi hijo; él asimismo es hijo tuyo... haz lo mismo que hago yo... sacrifícate por él...

—A él tambien lo quiero, es hijo mio... pero más te amo a tí... No hai consideracion para mí que valga más que mi amor... esto me domina, es superior a mí...

Y accionando con desesperacion, repetia:

—Yo no podré vivir sin tí... necesito tenerte siempre a mi lado, verte, hablarte, oirte, estrecharte entre mis brazos... tú ya me has dado tu amor y no tienes derecho para quitármelo... ¡No permitiré que me dejes! no lo permitiré!......

—¡Víctor!—exclamó Lucía tendiendo háciaél sus brazos en ademan suplicante,—serénate; no hables así que me das pena, me martirizas... ¡serénate!...

Alvar se detuvo frente a ella y le dijo casi con rudeza:

—Si quieres que me tranquilice dime que no partirás.

—La vida que me pidieras te la daria, porque es mia; pero abandonar a mi hijo, a esa inocente criatura... no puedo, no lo haré nunca.

—¿Es ésta tu última palabra?—preguntó Alvar con tono aún más seco.

—Para tí nunca he tenido sino una sola.

El jóven capitan demostró de súbito una serenidad que estaba mui distante de sentir y dijo con el mismo tono:

—Pues bien; se hará como tú lo deseas; todo concluirá; y si ha de ser luego, ménos amargo lo encontraré siendo de una vez.

Lucía lo miró con indecible ternura y sintiendo que ardientes lágrimas corrian por sus mejillas, murmuró:

—Quieres decirme que parta ya.

Alvar quedó impasible.

La niña inclinó la cabeza, y levantándose de su asiento dió tres o cuatro pasos hácia la puerta.

El jóven de un salto se echó sobre ella y cojiéndola con ambos brazos la llevó casi en peso hasta dejarla nuevamente en la silla. Dejóse caer al lado de ella y exclamó con una voz que sólo mostraba el acento del más intenso amor:

—Yo no sé lo que digo... sólo sé que te amo... a cuantas palabras me oigas no le dés otro significado síno el de que te adoro... ¡Cómo pudiste pensar que yo quisiera de véras que te fueses ya!... ¿no ves que estar contigo es para mí la vida! no ves que yo quisiera prolongar este instante como un moribundo desea prolongar su existencia?... Y tú te ibas, y tú creias que yo te iba dejar irte así... llorando... y sin decirte una palabra, sin hacerte una caricia, sin estrecharte ántes en mis brazos... Te he hecho sufrir con mis palabras; pero tú lo disimularás porque eres jenerosa e intelijente... tú me comprendes... tú sabes que es el amor quien me hace hablar...

Y diciendo todo esto Alvar colmaba de caricias a su amada.

De pronto se oyó un lijero ruido.

Alvar se enderezó de un salto notando que abrian la puerta.

Se abalanzó a retenerla; pero de súbito quedó como clavado en medio de la habitacion.

La puerta se habia abierto.

Lucía lanzó un grito de terror y Alvar quedó inmóvil.

Una persona acababa de entrar; era Melgar, el padre de Lucía.

Avanzó éste pausadamente hasta el centro de la pieza, y ahí se detuvo; cruzóse de brazos y miró fijamente a la niña, que se habia cubierto el rostro con ambas manos.

Hubo un momento de silencio.

Melgar lo rompió dirijiéndose a su hija, con una voz en que se notaba el enojo comprimido y la amargura.

—Ya sabia donde encontrarte. Me imajiné que el amor natural de madre seria un freno para tí; pero me equivoqué: ya en tí no queda ningun sentimiento digno. Has sido mala hija y eres mala madre... ¡todo por seguir al hombre que te ha hecho despreciable a los ojos de todo el mundo y aun a los mios!... ya nada se puede esperar de tí... Un dia abandonaste a tu padre y hoi abandonas a tu hijo...

Lucía escuchaba temblando la voz del autor de su ser; no se atrevia ni a descubrir el rostro; peró al oir la última acusacion encontró fuerzas para exclamar:

—¡No, padre, no!..

—Yo no soi ya tu padre, no quiero serlo...

—¡No, señor, no!... yo no he querido abandonar a mi hijo; a mi hijo... ¡nunca! ... estoi dispuesta a partir para donde él está... hoi mismo partiré...

—¡Y te atreves a decirme eso ahora!—gritó Melgar no pudiendo ya contener su ira;—¡ahora que te encuentro aquí! ahora que tus hechos están desmintiendo tus palabras... ¡desgraciada criatura, no provoques aun más mi cólera!...

Lucía al ver que se dudaba de las palabras que nacian de su alma, sintió que el llanto la ahogaba y no pudo articular ni un vocablo más.

Alvar permanecia mudo; aqnella escena lo habia sorprendido en medio de una excitacion que apénas le permitia darse cuenta de lo que ocurria. Maquinalmente, quizás temiendo que algnuo de los vecinos pasase por ahí, empujó la puerta que habia quedado abierta.

Melgar, que hasta entónces no le habia dirijido ni una palabra, le dijo:

—¿Por qué cierra usted la puerta?... Teme que yo forme un escándalo aquí?...

¡Oh!—exclamó con amargura.—no tema usted tal cosa... durante un año he estado luchando por no armarlo y no perderé mi obra por un arrebato de cólera... sabré contenerme; y aunque siento arder en mi pecho el deseo de vengar el agravio, el deseo de que caiga sobre usted el peso de la justicia que castiga su delito, me callaré; porque pedir justicia seria castigarme a mí mismo, seria publicar mi deshonra... usted quedará impune...

Y como si quisiera poner término de un golpe a aquella escena que debia atormentarlo atrozmente, avanzó hasta Lucía, cojióla con rudeza de un brazo y haciéndola levantarse de un tiron, exclamó amenazante:

—¡Y tú, hija abyecta, irás para siempre allá, léjos de aquí, donde está el fruto de tu culpa! allá no te alcanzará tu amante; allá desterrada con ese hijo espurio devorarás tu vergüenza: ¡ni tú ni él pisarán jamas los umbrales de mi casa, donde traerian el oprobio y la ignominia!... ¡Anda!...

Alvar escuchaba todas aquellas palabras comprendiéndolas apénas; pero bien claro veia que aquel hombre venia a arrebatarle a su amada, a llevársela para siempre, a enviarla donde él jamas la encontraria. El corazon con todas sus fuerzas le mandaba impedir aquel atentado contra su amor, contra su dicha, contra su felicidad; y él deseaba bablar, deseaba hacer algo; mas, no habia qué... Indeciso, inmóvil, atónito, vió que Melgar asia a su hija de un brazo y que gritándole «ánda» la obligaba a moverse, vió que la arrastraba hácia la puerta, vió que salia con ella y que Lucía volviendo la cabeza le dirijia una mirada al traves de sus lágrimas: era un "¡adios!" mudo, triste, desesperado... Alvar no pudo contenerse más: de un salto llegó hasta ella; tendió los brazos, la rodeó con ellos el talle y levantándola en peso, la condujo hasta el fondo de la habitacion, sin que la mano ya débil de Melgar pudiera estorbarlo.

El ofendido padre lanzó un rujido de furor.

—¡Oh!—gritó trémulo y enrojecido por la ira;—¡ahora usa usted la violencia contra un hombre anciano ya!... ¡nada logrará!... ¡quiere que haya escándalo! quiere que haya afrenta! quiere que venga aquí la fuerza pública a hacer valer mi derecho!...

—No,—replicó Alvar con calma y dignidad;—sólo quiero que esta niña sea mi esposa.

Melgar dejó caer los brazos que el furor le habia hecho alzar, y dominando algo la acritud de su tono dijo:

—No tengo obligacion de creer en la palabra de un hombre que tanto me ha ofendido.

—Sin embargo, está en su voluntad conocer que es verdadera; si la acepta, desígneme usted mismo un dia para cumplirla, y ojalá ese dia fuera hoi mismo.

Habia en el acento del jóven tal sinceridad, que Melgar no pudo ya dudar.

Lucía estaba como alelada sin atreverse a creer en lo que oia; Alvar la sacó de su estupor diciéndole con voz firme y apasionada:

—Abrázame, Lucía; tu padre no impedirá que abraces al que luego ha de ser tu esposo... Ya no nos separaremos más y cuidaremos juntos a nuestro hijo.

La niña lanzó un grito que parecia expelido por su oprimido corazon al dilatarse instantáneamente, y ciñó con sus lánguidos brazos el cuello del jóven capitan.

Sentia Melgar en ese instante una satisfaccion demasiado profunda para oponerse a aquella expansion de la felicidad.

LXXXII.

Donde Lostan encuentra lo que tanto habia buscado.

Lostan no cesaba de hacer sus visitas matinales a la iglesia de Santo Domingo.

Pero en balde paseaba su penetrante vista por los rostros de las devotas, nunca lograba divisar entre ellos esa carita morena y graciosa adornada con ese par de ojos negros cuyas brillantes miradas conservaba el capitan indelebles en la memoria o retratadas en la imajinacion.

Salia del templo con paso lento al ver siempre frustradas sus esperanzas; pero al llegar al atrio... ese paso lento solia cambiarse en redoblado, y a este compas llegaba el capitan hasta la casa de Catita...

A Catita, la enérjica amiga de Blanca, nunca le faltaba alguna palabra o dicho alegre para distaaer al capitan del sombrío pensamiento que llevara de la iglesia... dado que no lo hubiera ahuyentado en el camino.

Una semana despues del dia en que tenia por vecino a su compañero Alvar, el capitan Lostan saliendo de Santo Domingo se dirijió rectamente a su casa.

Allá encontró a Alvar y palmeandole un hombro le dijo con buen humor:

—Con que hoi es el gran dia.

—Hoi,—contestó el interrogado sonriendo.

Alvar debia indudablemente saber a qué se referia Lostan, puesto que le correspondió sin vacilar.

Lostan daba el título de grande al dia en que su compañero iba a unir con indisoluble lazo su vida a la de Lucía.

Todos los trámites y preparativos para llevar a cabo el matrimonio estaban ya hechos. Pero todo habia sido ejecutado con cierto sijilo por varios motivos.

Alvar no habia querido solicitar el permiso necesario como militar, porque eso habria dado lugar a ciertas informaciones, con las cuales tal vez se llegara a vislumbrar algo de sus combatidos amores, cosa que habria dado lugar a hablillas que a toda costa queria evitar; además en tal caso se hubiera visto obligado tambien a esperar largo tiempo, en circunstancias de que de un instante a otro podia regresar a Chile su batallon. Haciendo estas consideraciones y azuzado por su amor, habia resuelto casarse sin solitar la licencia requerida.

Para evitar los inconvenientes que de esta omision podian resultar, se arregló todo de manera que el casamiento se hiciese, si no en secreto, al ménos sin ostentacion. Esta disposicion, por otra parte, agradó a Melgar, quien a causa de ser Alvar oficial chileno veia con satisfaccion que el enlace se llevara a cabo del modo mas sencillo posible para evitar murmuraciones.

Solamente algunos miembros de la familia de Lucía y dos compañeros de Alvar debian ser los testigos de aquel acto.

Ya se adivinará que uno de esos dos compañeros debia ser Lostan. El otro fué Soler.

Alvar escribió a éste una carta comunicándole el suceso y rogándole que pidiera permiso para venir a Lima. La contestacion de su amigo fué que habia conseguido licencia y que acudiria a su llamado.

Esa mañana debia llegar.

Lostan y Alvar se habian dado cita para ir a la estacion a recibir al compañero.

Ya hemos visto que aquel saludó a éste diciéndole que se hallaban en el gran dia.

—Ya es hora de que vamos a la estacion,—dijo Lostan en seguida.

—Vamos andando,—contestó Alvar.

Ambos salieron continuando su conv sacion a la vez que caminaban por la cal.

—Pues bien, en la estacion nos juntar

mos con Soler, y los tres nos iremos a un hotel donde tendrá usted su último almuerzo de soltero: se charlará, se reirá un poco y se harán lijeras libaciones, a los dioses penates de su nueva mansion para que los reciban propiciamente... sin embargo, extrañaremos en la mesa la compañía de algunas amiguitas que podian habernos hecho más agradable el rato... Despues del almuerzo iremos a terminar esas dilijencias de curia etcétera, que son la parte prosaica de una boda. En seguida nos iremos a la casa, donde yo me entretendré, como todos estos dias pasados, conversando con doña Manuela de los sustos que pasó en Huanta, miéntras usted se entrega a dulces coloquios: esta vez Soler me ayudará a escuchar a la buena señora y a su hermano. Por último, llegará la gran hora del gran dia; Soler y yo iremos a escuchar cómo un compañero da el eterno sí... nos servirá de experiencia por si nos llega el caso...

—Lo que es a usted,—replicó Alvar sonriendo,— difícilmente creo que le llegue.

—Pienso del mismo modo... Despues que lo hayamos dejado a usted ébrio de felicidad, nos dirijiremos, Soler y el que habla, a cierta parte donde concluiremos la fiesta celebrándola a nuestra manera, como solteros... Habrá ahí un respetable canco en el cual Catita ha vaciado diversos líquidos, en proporciones que ella conoce, hasta formar un famoso ponche de que se dice autora, miéntras usted se encanta en las delicias de su dicha, nosotros al son de piano y vihuela, y en compañía de Catita y unas estimables amigas de ella, le daremos fiero ataque a lo que encierra el canco; aquello será mi despedida de Lima, pues mañana termina mi licencia.

....

El programa anterior hecho por Lostan se cumplió en todas sus partes, desde el almuerzo de la mañana hasta el ponderado ponche de la noche.

La boda se llevó a efecto sin ruido ni ostentacion y sin más testigos que los que dejamos enunciados.

No por esto se sentian ménos dichosos los novios.

Al regresar de la iglesia hubo una comida en que no por ser pocos los invitados fué menor la alegría.

Melgar se mostraba contento.

Doña Manuela gozaba viéndose ya libre de tener que acercarse a La Sierra donde tantos sustos habia pasado.

Una grata sorpresa esperaba a los novios junto al tálamo nupcial. Cuando se hubieron despedido los parientes y amigos, y aquellos entraron a la alcoba que les estaba preparada, divisaron un objeto cuyo aspecto hizo estremecer a Lucía: era una cuna.

Corrió hácia ella, y pudo ver un niño que dormia con el sueño de la inocencia.

—¡Es él, Víctor!—exclamó con toda la alegria de su corazon;—¡es nuestro hijo! Ven a conocerlo, ven a besarlo. Papá y mi tia nos han dado esta feliz sorpresa, ¡qué buenos son!

En efecto, Melgar en esos dias habia hecho venir al niño; pero tal vez, desconfiando hasta el último instante, habia ocultado su llegada.

Alvar se inclinó para estampar en la frente del inocente dormido el primer beso que daba a su hijo.

—¡Bésalo otra vez!—le dijo Lucía que habia vuelto a ser la niña alegre, jentil y graciosa de ántes.

Y viendo que despues de obedecerle se enderezaba, de un salto se colgó del cuello de su esposo, añadiendo:

—Y ahora, a mí. Así como en otro tiempo las desgracias, hoi todas las felicidades vienen juntas para mí.

....

El dia siguiente, seria cosa de las nueve y media de la mañana, cuando un jóven que habia estado largo rato a pocos pasos del altar mayor de la iglesia de Santo Domingo emprendia a paso mesurado la marcha hácia la puerta del templo.

Ese jóven era Lostan.

Alguna beata de las que ahí habia hubiera podido creer o tal vez creyó que iba recitando una oracion; pero si hubiese puesto el oido junto a su boca, habria oido estas palabras, que no es de suponer se encuentren en ningun devocionario:

—Tampoco la he encontrado hoi; mi morenita se ha disipado como el humo del incienso que aquí queman; ya no podré encontrarla jamas, puesto que este el último dia que estoi en Lima...

Tan embebecido iba en sus pensamientos, que sin verla, tropezó con una devota la cual tenia un dedo metido en cierto agujero hecho en una de las pilastras del templo y en esa posicion rezaba, porque segun la tradicion, todo lo que reza un creyente miéntras tiene un dedo encajado ahí, le vale por

mil, como lo sabe todo el mundo en Lima.

Salió el capitan y dirijió sus pasos a su habitacion.

Soler estaba ahí.

—¿Qué hubo?—le preguntó éste al verlo.

—Nada, absolutamente nada, cual siempre.

—Son cosas como tuyas,—replicó Soler riéndose;—creer que habias de encontrar allá mismo a tu morenita.

—¿Y dónde si no ahí? El negro del cuento decia: «Aquí la perdí y aquí la he de hallar.» Yo como soi blanco, alteraba algo la frase diciendo: «Aquí la encontré y aquí la he de hallar.» En fin, ya no volveré más a Lima; perderé toda esperanza, y así como cambié la frase del negro, trocaré el verso del Dante al tiempo de salir diciendo:—«Lasciate ogni speranza voi ch'*uscite.*»

—Ya es hora de irnos a la estacion.

—Pues en marcha.

Lostan llamó al mozo que lo servia en su alojamiento y envió a buscar un coche porque tenia que llevar consigo una maleta con algo de ropa.

Algunos minutos despues los dos compañeros llegaban a la estacion de la Encarnacion, compraban sus boletos y se colocaban en un vagon del tren que debia llevarlos a Chorrillos.

A la hora prefijada el tren comenzó a rodar lentamente.

Los dos compañeros iban sentados el uno frente al otro y asomados por las ventanillas que tenian a su lado, que eran las de la derecha.

Entró la locomotora en la calle de los Arrieros y luego, sin acelerar la marcha, continuó por la de Hormeno.

Allí venia desfilando en direccion opuesta un cordon de cuatro o cinco coches.

—¡Es un casamiento!—dijo uno de los pasajeros.

Y todos los que le oyeron se abalanzaron hácia las ventanillas de la derecha.

—Todos se precipitan a ver los novios, —dijo Lostan alegremente; lo mismo harian si llevaran por aquí un individuo a quien fueran a fusilar.

—Parece que vienen en el último coche; diviso una punta de vestido blanco,—añadió Soler.

La locomotora seguia andando y tambien los vehículos tirados por sus caballos.

Luego llegaria el instante en que los novios pasarian frente a la vista de los dos capitanes.

Y llegó luego en efecto porque el tren iba apurando su andar: los vieron.

En el novio apénas se fijaron: era un jóven de buen aspecto puesto de frac y guantes blancos. La novia como era natural fué quien llamó su atencion.

Era ésta una hermosa niña vestida completamente blanco; bajo una corona de azahares ostentaba un hermoso rostro algo moreno en medio del cual brillaban dos lucientes ojos negros.

Lostan cojiendo un brazo de su compañero, exclamó sacudiéndolo:

—¡Es ella!

—¿Quién?—preguntó Soler sorprendido.

—La novia; es la morenita de Santo Domingo.

El coche pasó, y Lostan que en La Sierra se habia hecho filósofo, murmuró con serenidad y aún sonriéndose:

—¡Miéntras hoi yo la buscaba en una iglesia, ella estaba en otra!

Y el tren acelerando cada vez más su marcha, continuó rodando hácia Chorrillos.

FIN.

INDICE